



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

EL LIRIO DEL VALLE

y

LA PIEL DE CHAGRIN



TOMO XXV

Lectulandia

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».

Balzac

Lectulandia

Honoré de Balzac

**El lirio en el valle & La piel de
chagrén**

La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - XXV

ePub r1.0
mandius 14.02.16

Título original: *Le Lys dans la vallée & La Peau de chagrin*
Honoré de Balzac, 1836
Traducción: Antonio Ribera
Edición: Augusto Escarpizo
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: mandius
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

TOMO XI

ESTE TOMO CONTIENE LAS SIGUIENTES OBRAS

El lirio en el valle

La piel de chagrén



EL LIRIO EN EL VALLE



A LA SEÑORA CONDESA NATALIA DE MANERVILLE

«Cedo en tu deseo. El privilegio de la mujer que amamos más de lo que ella nos ama, es el de hacernos olvidar cada dos por tres las reglas del buen sentido. Por no ver formarse un pliegue en vuestra frente, para disipar la enfurruñada expresión de vuestros labios, entristecidos ante la menor negativa, franqueamos milagrosamente las distancias, damos nuestra sangre, comprometemos nuestro porvenir. Hoy quieres mi pasado, helo aquí. Únicamente sábelo bien, Natalia: al obedecerte, he debido pisotear renuencias invioladas. ¿Mas por qué sospechar de los súbitos y prolongados ensueños que se apoderan de mí a veces en plena felicidad? ¿No podrías tú jugar con los contrastes de mi carácter sin preguntar sus causas? ¿Por qué tu cólera de mujer amada, ante un silencio? ¿Posees en tu corazón secretos que, para ser absueltos, tienen necesidad de los míos? En fin, tú lo has adivinado, Natalia, y tal vez sea mejor que lo sepas todo: sí, mi vida está dominada por un fantasma, que se dibuja vagamente a la menor palabra que lo provoca y que a menudo se agita sobre mí. Tengo imponentes secretos en el fondo de mi alma, como esos productos marinos que se divisan en tiempo sereno y despejado y que las olas de la tempestad arrojan despedazados a la arena. Aunque la elaboración que necesitan las ideas para ser expresadas haya contenido estas antiguas emociones, que tanto mal me causan cuando se despiertan demasiado repentinamente, si en esta confesión hubiesen fragmentos que te hieran, acuérdate que eres tú quien me ha amenazado si no te obedecía; no me castigues, pues por haberlo hecho quisiera que mi confianza redoblase tu cariño. Hasta la noche.

FÉLIX.»

¿A qué talento nutrido de lágrimas deberemos un día la elegía más conmovedora, la pintura de los tormentos sufridos en silencio por almas cuyas tiernas raíces no encuentran aún sino duros guijarros en el suelo doméstico, cuyas primeras frondas son desgarradas por manos rencorosas y cuyas flores son atacadas por la helada en el momento en que se abren? ¿Qué poeta nos dirá los dolores del niño cuyos labios maman en un seno amargo y cuyas sonrisas son reprimidas por el devorador fuego de una mirada severa? La ficción que representarían esos pobres corazones oprimidos por los seres situados en su derredor para favorecer el desarrollo de su sensibilidad, sería la verdadera historia de mi juventud. ¿Qué vanidad podía herir, yo, recién nacido? ¿Qué desgracia física o moral me valía la frialdad de mi madre? ¿Era yo acaso, pues, el hijo del deber, aquel cuyo nacimiento es fortuito, o bien aquel cuya vida es un reproche? Criándome en el campo, olvidado por mi familia durante tres años, cuando volví a la casa paterna me hacían tan poco caso, que soportaba la compasión de la gente. No conozco ni el sentimiento ni la feliz casualidad que hubiera podido ayudarme a superar este primer decaimiento: en mí, el niño ignora; el hombre no sabe nada. Lejos de endulzar mi suerte, mi hermano y mis dos hermanas

se divertieron haciéndome sufrir. El pacto en virtud del cual los niños ocultan sus pecadillos y que les enseña ya el honor, fue nulo a mi respecto; lo que es más, a menudo fui castigado por faltas de mi hermano, sin poder reclamar contra tal injusticia: ¿acaso el servilismo, en germen en los niños, les aconsejaba contribuir a las persecuciones que me afligían, para procurarse el agrado de una madre igualmente temida por ellos? ¿O era un efecto de su tendencia a la imitación? ¿Una necesidad de ensayar sus fuerzas? ¿Falta de piedad? Tal vez esas causas reunidas me privaron de las dulzuras de la fraternidad. Desheredado ya de todo cariño, no podía amar, ¡y la naturaleza me había creado para amar! ¿Recoge un ángel los suspiros de esta sensibilidad rechazada? Si en algunas almas los sentimientos, desconocidos se convierten en odio, en la mía se concentraron y excavaron un lecho del que más tarde brotaron sobre mi vida. Según los caracteres, el hábito de temblar relaja las fibras, engendra el temor y el temor obliga a ceder siempre. De ahí proviene una debilidad que degenera al hombre y le comunica no sé qué de esclavo. Pero aquellos continuos tormentos me acostumbraron a desplegar una fuerza que se acrecentó por su ejercicio, predisponiendo mi alma a las resistencias morales. En espera siempre de un nuevo dolor, como los mártires esperaban un nuevo golpe, todo mi ser debió expresar una resignación bajo la cual fueron ahogadas las gracias y los movimientos de la infancia, actitud que fue considerada como síntoma de idiotismo y justificó los siniestros pronósticos de mi madre. La convicción de esas injusticias excitó prematuramente en mi alma el orgullo, ese fruto de la razón que, sin duda, atajó las malas inclinaciones que semejante educación alentaban. Aunque abandonado por mi madre, yo era a veces objeto de sus escrúpulos, en ocasiones ella hablaba de mi instrucción y manifestaba deseos de ocuparse de ella; entonces yo sentía horribles escalofríos pensando en las desgarraduras que me causaría el contacto cotidiano con ella. Bendecía mi abandono y me sentía feliz quedándome en el jardín jugando con guijarros, observando los insectos, contemplando el azul del firmamento. Aunque el aislamiento debió inducirme a la ensoñación, mi afición a las contemplaciones me vino de una aventura que os pintará mis primeros infortunios. Se ocupaban tan poco de mí, que a menudo hasta mi aya se olvidaba de acostarme. Una tarde, tranquilamente acurrucado bajo una higuera, miraba a una estrella con esa curiosa pasión que prende a los niños, y a la que mi precoz melancolía añadía una especie de inteligencia sentimental. Mis hermanos se divertían jugando y gritaban; yo oía su lejano alboroto como un acompañamiento a mis ideas. Cesó el ruido, vino la noche. Por casualidad, mi madre notó mi ausencia. Para evitar un reproche, mi aya, la terrible señorita Carolina, justificó las falsas aprensiones de mi madre, pretendiendo que tenía horror a la casa; que si ella no me hubiese vigilado atentamente, me habría fugado ya; que yo no era imbécil, sino solapadamente cazurro; que entre todos los niños cuyo cuidado le había sido confiado, no había jamás encontrado uno cuyas inclinaciones fuesen tan malas como las mías. Simuló buscarme y me llamó: yo respondí, y ella vino a la higuera, donde sabía que estaba.

—¿Qué haces ahí? —me preguntó.

—Contemplaba una estrella.

—No estabas contemplando una estrella —dijo mi madre, que nos escuchaba desde lo alto del balcón—. ¿A tu edad conoces la astronomía?

—¡Ah, señora —exclamó la señorita Carolina—, ha abierto el grifo del depósito y el jardín está inundado!

Hubo un rumor general. Mis hermanas se habían entretenido en abrir el grifo para ver manar el agua; pero, sorprendidas por la separación de una mata que las había regado por todas partes, habían perdido la cabeza y escapado sin acordarse de cerrarlo. Convenciéronse de que yo era el autor de semejante travesura, atacado, acusado de mentiroso cuando yo afirmaba mi inocencia, fui severamente castigado. ¡Castigo horrible... fui la rechifla por mi amor a las estrellas, y mi madre me prohibió quedarme en el jardín al anochecer! Las defensas tiránicas agudizan aún más una pasión en los niños que en los hombres; los niños tienen sobre éstos la ventaja de no pensar más que en la cosa prohibida, que les ofrece atractivos irresistibles. Por lo tanto, a menudo recibí el látigo por mi estrella. No pudiendo confiarme a nadie, era a ella a quien contaba mis penas en aquella deliciosa chachara interior en la cual un niño tartajea sus primeras ideas, al igual que antes balbuceara sus primeras palabras. A los doce años de edad, en el colegio, la contemplaba aún, experimentando indecibles deleites, a tal punto las impresiones recibidas en los albores de la vida dejan profundas huellas en el corazón.

Cinco años mayor que yo, Carlos fue tan guapo de niño como lo es de hombre; era el favorito de mi padre, el amor de mi madre, la esperanza de la familia: era el rey de la casa. Yo, canijo y enfermizo, fui enviado a los cinco años medio-pensionista a una pensión de la ciudad, conducido por la mañana y recogido por la noche por el ayuda de cámara de mi padre. Solía llevarme un cestillo poco abastecido, mientras que mis camaradas llevaban abundantes provisiones. Este contraste entre mi carencia y su riqueza engendró mil sufrimientos. Los célebres picadillos y chicharrones de Tours constituían el elemento principal de la comida de mediodía, entre el desayuno y la cena, cuya hora coincidía con nuestro regreso. Este plato, tan apreciado por algunos glotones, aparece raramente en Tours en las mesas aristocráticas; si oí hablar de él antes de ser puesto como medio-pensionista, no había tenido nunca la suerte de ver extender para mí en una rodaja de pan aquella pasta parda; pero, aún de no haber estado de moda en la pensión, mi envidia no hubiera sido menos viva, pues se me había convertido como en una idea fija, semejante al deseo que inspiraban a una de las más elegantes duquesas de París los jigotes guisados por las porteras, y que en su calidad de mujer satisfizo. Los niños adivinan la codicia en las miradas, tan bien como vosotras leéis en ellas el amor: en consecuencia me convertí en sujeto de frecuentes burlas. Mis camaradas, pertenecientes casi todos a la pequeña burguesía, me enseñaban sus excelentes picadillos, preguntándome si yo sabía cómo se hacían, dónde se vendían y por qué yo no los llevaba. Se relamían alabando los chicharrones,

esos residuos de cerdo salteados en su grasa y que semejan trufas cocidas; registraban mi cestillo, no hallaban en él sino quesos de Olivet o frutas secas, y me asesinaban con un: *¿No tienes, pues, con qué?*, que me enseñó a medir la diferencia entre mi hermano y yo. Este contraste entre mi abandono y la felicidad de los demás, ha maculado las rosas de mi infancia, mustiando una juventud verdeante. La primera vez que, engañado por un sentimiento generoso, tendí la mano para aceptar la golosina tan deseada, ofrecida con aire hipócrita, mi burlador retiró su rebanada de pan bien untada de ella, entre las carcajadas de los camaradas que conocían el desenlace.

Si los más distinguidos espíritus son accesibles a la vanidad, ¿cómo no absolver al niño que llora viéndose despreciado, víctima de chocarrerías? ¡En este juego cuántos niños no se volverían glotones, pedigüños, cobardes! Para evitar las persecuciones, me peleé. El valor de la desesperación me hizo temible, pero fui odiado y quedé sin recursos contra las traiciones. Un atardecer, al volver a casa, recibí en la espalda un golpe asestado con un pañuelo atado lleno de piedras. Cuando el ayuda de cámara, que me vengó rudamente, contó el hecho a mi madre, ésta exclamó:

—¡Este maldito crío solamente nos dará disgustos!

Me sumí en una horrible desconfianza para conmigo mismo, al encontrar allí las mismas repulsiones que inspiraba en mi familia. Allí, como en casa, me replegué en mí. Una segunda nevada retrasó la floración de las semillas sembradas en mi alma. Aquellos que veía yo queridos, eran unos completos tunantes y mi orgullo se apoyó en esta observación: permanecí solo. Así continué imposibilitado de desahogar los sentimientos que abarrotaban mi pobre corazón. Viéndome siempre ensombrecido, odiado, solitario, el profesor confirmó las erróneas sospechas que mi familia tenía sobre la perversidad de mi naturaleza. En cuanto supe leer y escribir, mi madre me desterró a Pont-le-Voy, colegio dirigido por religiosos de la congregación del Oratorio, quienes recibían a los niños de mi edad en una clase llamada de los *Pasos latinos*, en la que quedaban también los escolares cuya tarda inteligencia era reacia a la educación. Permanecí allí durante ocho años, sin ver a nadie, llevando una vida de paria. He aquí cómo y por qué. Para mis pequeños gastos solamente disponía de tres francos al mes, suma que apenas bastaba para las plumas, cortaplumas, reglas, tinta y papel de que necesitaba. Así, pues, no podía comprar ni los zancos, ni las cuerdas, ni ninguna de las cosas necesarias a las diversiones del colegio, por lo que me estaban prohibidos los juegos; para ser admitido en ellos, tendría que haber adulado a los ricos o a los fuertes de mi sección. Mas la menor de estas cobardías, que tan fácilmente se permiten los niños, me hacía brincar el corazón. Me colocaba bajo un árbol, perdido en quejumbrosas ensoñaciones y allí leía los libros que mensualmente nos distribuía el bibliotecario. ¡Cuántos dolores se hallaban ocultos en el fondo de esta monstruosa soledad! ¡Qué de angustias engendraba mi abandono! ¡Imaginad lo que mi tierna alma debió experimentar en la primera distribución de premios, donde obtuve los dos más estimados, el de tema y el de versión! Al ir a recibirlos al estrado,

en medio de las aclamaciones y de las fanfarrias, no tuve ni a mi padre ni a mi madre para festejarme, mientras que la galería estaba repleta por los padres de todos mis camaradas. En lugar de besar al que los otorgaba, según la costumbre, me precipité contra su pecho y estallé en llanto. Por la noche, quemé mis coronas en la estufa. Los padres se quedaban en la ciudad durante la semana empleada en los ejercicios que precedían a la entrega de premios, así que mis camaradas levantaban el campo alegremente todas las mañanas, mientras que yo, que tenía a mis padres a pocas leguas, me quedaba en los patios con los ultramarinos, nombre dado a los escolares cuya familia residía en las islas o en el extranjero. Y por la noche, los bárbaros nos ensalzaban los banquetes celebrados con sus progenitores. Veréis siempre aumentando mi desgracia a medida de la circunferencia de las esferas sociales en las que entraré. ¡Cuántos esfuerzos no he intentado para invalidar la sentencia que me condenaba a no vivir sino en mí! ¡Cuántas esperanzas concebidas durante largo tiempo con mil arranques del alma y destruidas en un día! Para decidir a mis padres a venir al colegio, les escribí epístolas llenas de sentimientos, acaso enfáticamente expresados, pero tales cartas sirvieron sólo para que mi madre me dirigiera reproches, reprendiéndome con ironía sobre mi estilo... Sin desanimarme, prometí cumplir las condiciones que mi madre y mi padre impusieron a su llegada; imploré la ayuda de mis hermanas, a las que escribí los días de su santo y de su cumpleaños, con la exactitud de las pobres criaturas abandonadas, pero con vana persistencia. Al aproximarse la fecha del otorgamiento de premios, redoblé mis ruegos, hablé de triunfos presentidos. Engañado por el silencio de mis padres, los esperaba con el corazón exaltado y lo anunciaba a mis camaradas; y, cuando a la llegada de las familias resonaba en las aulas el paso del viejo portero llamando a los escolares, entonces experimentaba enfermizas palpitaciones. Jamás aquel viejo pronunció mi nombre. Acuséme cierto día de haber maldecido mi existencia, el confesor me mostró el cielo donde florecía la palma prometida a los *Beati qui turgent*^[1] del Salvador. A raíz de mi primera comunión, penetré en las misteriosas profundidades de la oración, seducido por las ideas religiosas, cuyas magias morales entusiasman a los espíritus juveniles. Animado por ardiente fe, rogaba a Dios que renovase en mi favor los fascinantes milagros que leía en el martirologio. A los cinco años volaba en una estrella; a los doce, iba a llamar a las puertas del santuario. Mi éxtasis hizo brotar en mí inenarrables ensueños que poblaron mi imaginación, enriquecieron mi ternura y fortificaron mis facultades pensantes. Frecuentemente atribuía estas sublimes visiones a ángeles encargados de preparar mi alma para celestiales destinos: ellas han dotado a mis ojos de la facultad de ver el espíritu íntimo de las cosas; ellas han preparado mi corazón a las magias que hacen al poeta desgraciado, cuando tiene el poder fatal de comparar lo que siente a lo que es, las grandes cosas deseadas a lo poco que él obtiene; ellas han escrito en mi cabeza un libro en el que he podido leer lo que debía expresar y han puesto en mis labios la brasa del improvisador.

Habiendo concebido mi padre algunas dudas sobre el alcance de la enseñanza

oratoria, vino a sacarme de Pont-le-Voy para meterme en París en una institución situada en el Marais. Tenía yo a la sazón quince años. Efectuado un examen de mi capacidad, el retórico de Pont-le-Voy fue juzgado digno del tercer curso. Los dolores que yo había experimentado en familia, en la escuela y en el colegio, aparecieron bajo nuevas formas durante mi estancia en el pensionado Lepitre. Mi padre no me había dado ningún dinero. Para mis padres todo estaba resuelto con saber que estaba mantenido, vestido, atiborrado de latín y de griego. Entre los mil camaradas que, aproximadamente, he conocido durante mi vida de colegial, jamás, y en ninguno de ellos, he hallado un ejemplo de semejante indiferencia. Partidario fanático de los Borbones, el señor Lepitre había tenido relaciones con mi padre en la época en que leales realistas intentaron sacar del Temple a la reina María Antonieta; renovada su amistad, el señor Lepitre se creyó obligado a reparar el olvido de mi padre, pero, al ignorar las intenciones de mi familia, la suma que me dio mensualmente fue mediocre. El pensionado estaba situado en la antigua mansión Joyeuse, en la que, como en todas las antiguas casas señoriales, había una portería. Durante el recreo que precedía a la hora en que el pasante nos conducía al Liceo Carlomagno, los camaradas opulentos iban a tomar algo a casa de nuestro portero, llamado Dolsy. El señor Lepitre ignoraba o toleraba el comercio de Dolsy, verdadero contrabandista que los alumnos tenían interés en mimar: era el encubridor secreto de nuestros extravíos, el confidente de las entradas tardías, nuestro intermediario con los prestamistas de libros prohibidos. Tomar una taza de café con leche era un refinamiento aristocrático, explicado por el excesivo precio que alcanzaron los artículos coloniales bajo Napoleón. Si el empleo del azúcar y del café constituía un lujo en los padres, en nosotros significaba una vanidosa superioridad que habría engendrado nuestra pasión, de no haber bastado la caída en la imitación, la gula y el contagio de la moda. Dolsy nos concedía crédito, suponiéndonos a todos tener hermanas o tías que aprobaban el puntillo de honor de los escolares y pagaban sus deudas. Yo resistí durante mucho tiempo a la llamada de la cantina. Si mis jueces hubiesen conocido la fuerza de las seducciones, las heroicas aspiraciones de mi alma hacia el estoicismo, las rabias contenidas durante mi larga existencia, habrían enjugado mis lágrimas en vez de hacérmelas derramar. Mas, niño aún, ¿podía tener esa grandeza de alma que hace indiferente el desprecio de otro? Luego puede ser que sintiera los asaltos de varios vicios sociales cuya potencia fue aumentada por mi codicia. Hacia el fin del segundo año, mi padre y mi madre vinieron a París. El día de su llegada fue anunciado por mi hermano, quien viviendo en París no me había hecho ninguna visita. Mis hermanas estaban de viaje, y nosotros deberíamos ver París juntos. El primer día, iríamos a cenar al Palais Royal, a fin de estar próximos al Teatro Francés. A pesar de la embriaguez que me causó este programa de inesperadas fiestas, mi gozo fue atenuado por los amagos de tormenta que impresiona tan rápidamente a los habituados a la desgracia. Tenía que declarar cien francos de deudas contraídas en casa del señor Doisy, quien me amenazaba con pedir en persona el dinero a mis padres. Tuve la idea

de tomar por trujamán de Doisy a mi hermano, por intérprete de mi arrepentimiento, como mediador de mi perdón. Mi padre se inclinó hacia la indulgencia. Pero mi madre fue despiadada, sus ojos de oscuro azul me petrificaron con su mirada, y prorrumpió en terribles profecías: «¿Qué será de este muchacho más adelante, si a los diecisiete años comete tales calaveradas? ¿Era en efecto su hijo? ¿Iba a arruinar a mi familia? ¿Era yo el único en la casa? Es que la carrera abrazada por mi hermano Carlos ¿no exigía una subvención independiente, merecida ya por una conducta que glorificaba a la familia, mientras que yo sería su vergüenza? ¿Se casarían acaso mis dos hermanas sin dote? ¿Es que ignoraba yo el precio del dinero y lo que yo costaba? ¿Son necesarios para una buena educación el azúcar y el café? ¿No era aprender todos los vicios el conducirse de tal modo?» En fin, Marat era un ángel comparado conmigo. Después de haber sufrido el embate de aquel torrente que produjo mil temores en mi alma, mi hermano me acompañó a mi pensionado, perdí la cena en *Los hermanos provenzales* y fui privado de ver a Taima en *Britannicus*. Tal fue la entrevista con mi madre, tras una separación de doce años.

Cuando terminé mis humanidades, mi padre me dejó bajo la tutela del señor Lepitre: debía aprender las matemáticas superiores, hacer un primer año de derecho y comenzar estudios superiores también. Pensionado con habitación independiente, liberado de las clases, creí que existía una tregua entre la miseria y yo. Mas, a pesar de mis diecinueve años, mi padre continuó el sistema de antaño enviándome a la escuela sin provisiones de boca, al colegio sin dinero para gastos extraordinarios, dándome a Doisy por acreedor. Tuve, pues, asimismo poco dinero a mi disposición. ¿Y qué podía intentar en París sin él? Además, mi libertad fue sabiamente encadenada. El señor Lepitre hacía que me acompañara a la Facultad de Derecho un pasante, quien me ponía en manos del profesor, viniendo después a recogerme. Una doncella habría sido custodiada con menos precauciones que las inspiradas por los temores de mi madre por la observación de mi persona. París espantaba, no sin razón, a mis padres. Los escolares están secretamente ocupados de lo que preocupa también a las muchachas en los pensionados; hágase lo que se haga, éstas hablarán siempre del amante y aquéllos de la mujer. Pero, en París, y en aquel tiempo, las conversaciones entre camaradas estaban dominadas por el mundo oriental y sultanesco del Palais-Royal. El Palais-Royal era un Eldorado de amor, donde, por la noche, corrían los lingotes convertidos en monedas. ¡Allá concluían las dudas más vírgenes y se satisfacían las más encendidas curiosidades! El Palais-Royal y yo fuimos dos asíntotas dirigidas una hacia la otra sin poder encontrarse. He aquí como la suerte desbarató mis tentativas. Mi padre me había presentado en casa de una de mis tías, que vivía en la isla de San Luis, adonde yo iba a cenar los jueves y los domingos, conducido por la señora o el señor Lepitre, quienes en esos días salían, y me recogían por la noche al regresar a su casa. ¡Singulares diversiones! La marquesa de Listomère era una gran dama ceremoniosa, que jamás tuvo la idea de ofrecirme un escudo. Vieja como una catedral, pintada como una miniatura, suntuosa en su atavío,

vivía en su mansión como si viviera todavía Luis XV y no trataba sino con damas y gentilhombres caducos, sociedad de cuerpos fósiles que me parecía un cementerio. Nadie me dirigió la palabra, y no me sentía con fuerza para hablar el primero. Las miradas hostiles o frías me hacían avergonzar de mi juventud, que a todos parecía inoportuna. Yo basaba el éxito de mi escapada en esta indiferencia, proponiéndome escabullirme un día, para volar a las Galerías del bosque. Mi tía, empeñada en una partida de whist, no me prestaba atención. Juan, su ayuda de cámara, se ocupaba poco del señor Lepitre; pero aquella desgraciada cena se prolongaba desdichadamente en razón de la vetustez de las mandíbulas o de la imperfección de las dentaduras postizas. En fin, una noche, entre las ocho y las nueve, yo estaba bajando la escalera, palpitante como Blanca Capello^[2] el día de su fuga; pero cuando el suizo hubo tirado del cordón de la puerta, vi el fiacre del señor Lepitre en la calle, quien preguntaba por mí con su voz asmática. Tres veces el azar se interpuso fatalmente entre el infierno del Palais-Royal y el paraíso de mi juventud. El día en que, sintiéndome a los veinte años avergonzado de mi ignorancia, resolví afrontar todos los peligros para acabar de una vez con ella; en el momento en que dando el esquinazo al señor Lapitre mientras él subía al coche... operación difícil, pues era tan grueso como Luis XVII y con deformes pies, ¡zas!, llegaba mi madre en silla de posta. Fui detenido por su mirada y me quedé como un pájaro ante la serpiente. ¿Por qué azar la encontraba? Nada más natural. Napoleón intentaba sus últimos golpes. Mi padre, que presentía el retorno de los Borbones, venía a advertir a mi hermano, empleado ya en la diplomacia imperial. Había abandonado Tours en compañía de mi madre. Ésta se había encargado de recogerme, para sustraerme a los peligros que en la capital amenazaban a los que actuaban en inteligencia con los enemigos.

A los pocos minutos fui sacado de París, en el momento en que mi estancia empezaba a serme fatal. Los tormentos de una imaginación agitada sin cesar por deseos reprimidos, los hastíos y desazones de una vida entristecida por constantes privaciones, me habían forzado a lanzarme al estudio, al igual que los hombres cansados de su suerte se confinaban en otros tiempos en un claustro. En mí, el estudio se había convertido en una pasión que podía resultarme fatal, encarcelándome en una época en la que los jóvenes deben entregarse a las seductoras actividades de su naturaleza primaveral.

Este ligero croquis de una juventud en la inspiración de innumerables elegías, era necesario para explicar la influencia que ella ejerció sobre mi futuro. Afectado por tantos elementos mórbidos, a los veinte años era todavía pequeño, flaco y pálido. Mi alma, llena de deseos, se debatía con un cuerpo aparentemente débil, pero que, según la frase de un viejo médico de Tours, era la última fusión de un temperamento de hierro. Niño por el cuerpo y viejo de espíritu, había leído tanto, meditado tanto, que conocía metafísicamente la vida en sus elevadas cumbres, en el momento en que iba a percibir las dificultades tortuosas de sus desfiladeros y los arenosos caminos de sus llanuras. Inauditos azares me habían paralizado en ese delicioso período donde

surgen las desazones primeras del alma, cuando ella despierta a las voluptuosidades y todo es rápido y fresco. Me encontraba entre mi pubertad prolongada por mis trabajos, y el brotar tardío de las verdes ramas de mi virilidad. Ningún joven estaba mejor preparado que yo para sentir y amar. Para comprender bien mi relato, trasladaos a esa bella edad en que la boca está virgen de mentiras, la mirada es franca, aunque velada por los párpados que la timidez entorpecen, en contradicción con el deseo, el espíritu no se doblega a la hipocresía del mundo, y la pusilanimidad del corazón iguala en violencia a las generosidades del primer movimiento.

No os hablaré del viaje de París a Tours realizado en compañía de mi madre. La frialdad de sus maneras reprimió el arranque de mis ternuras. Al salir de cada nueva posta me prometía hablar; pero una mirada, una palabra, ahuyentaban las frases prudentemente meditadas para mi exordio. En Orleans, en el momento de acostarse, mi madre me reprochó mi silencio. Yo me arrojé a sus pies, abracé sus rodillas llorando a lágrima viva, le abrí mi corazón, henchido de cariño; intenté conmovérla por la elocuencia de un alegato hambriento de amor, y cuyos acentos habrían conmovido las entrañas de una madrastra. Mi madre me respondió que yo representaba una comedia. Me quejé de su abandono, y ella me llamó hijo desnaturalizado. Se me estrujó el corazón a tal punto, que en Blois corrí al puente para lanzarme al Loira. La altura del pretil impidió mi suicidio.

A mi llegada, mis dos hermanas, que no me conocían, mostraron más sorpresa que ternura; sin embargo, más tarde, y por comparación, me parecieron llenas de amistad para mí. Fui alojado en una habitación del tercer piso. Habréis comprendido la magnitud de mis miserias cuando os diga que mi madre me dejó, a mí, joven de veinte años, sin más ropa blanca que mi mezquino equipo de pensión, y sin otro guardarropa que mis trajes de París. Si volaba de un extremo a otro del salón para recogerle el pañuelo, no me daba sino las frías gracias que una mujer otorga a su criado. Obligado a observarla para reconocer si en su corazón había algún punto por el que yo pudiera penetrar para encontrar algunas ramas de afecto, vi en ella a una mujer grande, seca, jugadora, egoísta e impertinente como todas las Listomère, en quienes la impertinencia se cuenta en la dote. No veía en la vida sino deberes a cumplir; todas las mujeres frías que he conocido hacían, como ella, de su deber una religión; recibía nuestras adoraciones como un sacerdote recibe el incienso en la misa; mi hermano mayor parecía haber absorbido lo poco de maternal que albergaba su corazón. Nos punzaba sin cesar con el aguijón de una ironía mordaz, el arma de las personas sin corazón, sin que pudiéramos replicarle nada. A pesar de estas barreras espinosas, se hallan sujetos por tantas raíces los sentimientos instintivos, conserva tantos lazos el religioso terror inspirado por una madre de la cual cuesta demasiado desesperar, que el sublime error de nuestro afecto prosiguió hasta el día en que, más avanzados en la vida, fue soberanamente juzgada. Ese día comienzan las represalias de los hijos; su indiferencia, engendrada por las decepciones del pasado, engrosada por los restos cenagosos que llevan, se extiende hasta la tumba. Ese terrible

despotismo ahuyentó las ideas voluptuosas que insensatamente había meditado satisfacer en Tours. Me lancé desesperadamente a la biblioteca de mi padre, donde me puse a leer todos los libros que desconocía. Mis largas sesiones de trabajo me liberaron de todo contacto con mi madre, pero agravaron mi situación moral. A veces, mi hermana mayor, la que se ha casado con nuestro primo, el marqués de Listomère, trataba de consolarme, sin poder calmar la irritación de que yo era presa. Yo deseaba morir.

Grandes acontecimientos, a los que yo era ajeno, se preparaban entonces. Partido de Burdeos para unirse a Luis XVIII en París, el duque de Angulema recibía, a su paso por cada ciudad, ovaciones preparadas por el entusiasmo que prendía en la vieja Francia el retorno de los Borbones. La Turena aclamaba plena de emoción y entusiasmo a sus príncipes legítimos; el rumor de la ciudad rumorosa, las ventanas y balcones engalanados, los habitantes endomingados, los preparativos de una fiesta, me produjeron deseos de asistir al baile ofrecido al príncipe. Cuando me armé de la requerida audacia para expresar tal deseo a mi madre, demasiado enferma entonces para poder asistir a la fiesta, se encolerizó en grado sumo. ¿Es que llegaba yo del Congo para no saber nada? ¿Cómo podía imaginarme que nuestra familia no estaría representada en aquel baile? En ausencia de mi padre y de mi hermano, ¿no me correspondía acaso ir a mí a él? ¿No tenía una madre?; ¿no pensaba ella en la felicidad de sus hijos? En un momento, el hijo casi descartado, se convertía en un personaje. Me aturdió tanto mi importancia como el diluvio de razones, irónicamente deducidas, con las que acogió mi súplica mi madre. Interrogué a mis hermanas, y supe que ella, a quien gustaban estos golpes de teatro, tuvo forzosamente que ocuparse de mi atuendo. Debido a las exigencias de sus clientes, ningún sastre de Tours pudo encargarse de mi traje. Así, mi madre lo había confiado a su jornalera, que según costumbre de provincias, realizaba toda clase de costuras. Me fue confeccionada secreta y medianamente una levita de color azul barbo. Se hallaron fácilmente medias de seda y escarpines nuevos; como se llevaban cortos los chalecos, pude ponerme uno de mi padre; por primera vez tuve una camisa con chorreras, cuyos pliegues hincharon mi pecho y se enredaron en el nudo de mi corbata. Cuando estuve vestido, me parecía tan poco a como era, que mis hermanas me dieron con sus cumplidos el valor suficiente para presentarme ante toda la Turena congregada. ¡Ardua empresa! Aquella fiesta tenía demasiados llamados para que pudiesen ser pocos los elegidos. Gracias a la exigüidad de mi estatura pude deslizarme en un pabellón alzado en los jardines de la mansión Papion, y llegué cerca del sillón donde se encontraba entronizado el príncipe. En un momento me sentí sofocado por el calor, deslumbrado por las luces, por las colgaduras encarnadas, por los ornamentos dorados, por los atavíos y los diamantes de la primera fiesta pública a la cual asistía. Era empujado por una muchedumbre de hombres y mujeres, que se precipitaban impetuosamente a codazos y empellones en una nube de polvo. Los trompetazos y el estrépito de marchas borbónicas de la banda de música militar eran ahogados bajo las

aclamaciones de «¡Viva el duque de Angulema! ¡Viva el rey! ¡Vivan los Borbones!». Aquella fiesta era un desbordamiento de entusiasmo, donde cada cual se esforzaba por sobrepasarse en el celo feroz de correr al sol naciente de los Borbones, verdadero egoísmo de partido que heló mi sangre, me empequeñeció y me replegó en mí mismo.

Arrastrado como una brizna de paja en aquel torbellino, tuve un pueril deseo de ser duque de Angulema, de mezclarme así a esos príncipes que se pavoneaban ante un público embobado. La mema apetencia del turonés hizo brotar una ambición que mi carácter y las circunstancias ennoblecieron. ¿Quién no ha envidiado esa adoración, que algunos meses después vi reproducida cuando todo París se precipitó para recibir al emperador a su regreso de la isla de Elba? Aquel ascendiente ejercido sobre las masas, cuyos sentimientos y vida se identifican con una sola alma, me consagró al instante a la gloria, esa sacerdotisa que degüella a los franceses hoy, como antaño la druida sacrificaba a los galos. Luego, y de pronto, encontré a la mujer que había de agujonear sin cesar mis ambiciosos deseos y colmarlos lanzándome al seno de la realeza. Demasiado tímido para buscar una pareja de baile, y temiendo además confundir los pasos de la danza, me sentí naturalmente muy fastidioso no sabiendo qué hacer. En el momento en que estaba sufriendo del malestar causado por el pateo de la muchedumbre, un oficial me pisó los pies hinchados tanto por lo apretados que me estaban como por el calor. Este último engorro acabó por hacerme aborrecer la fiesta. Resultaba imposible salir, y me refugié en un rincón, en el extremo de una banqueta abandonada, donde permanecí con los ojos fijos, inmóvil y murrioso. Engañada por mi sencilla apariencia, una mujer me tomó por un niño dispuesto a dormirse esperando a su madre, y se situó a mi lado como un pájaro se posa en su nido. Al punto sentí un perfume femenino que inundó mi alma, como más tarde se infiltró en ella la poesía oriental. Miré a mi vecina, y quedé más deslumbrado por ella que lo había sido por la fiesta; ella fue toda mi fiesta. Si habéis comprendido bien mi vida anterior, ya adivinaréis los sentimientos que brotaron en mi corazón. Mis ojos quedaron al punto impresionados por unos blancos hombros redondeados, en los cuales hubiese querido revolverme, púdicos hombros que tenían un alma, y cuya tersa piel brillaba a la luz como la seda. Aquellos hombros estaban divididos por una raya, por la que se deslizó mi mirada, más audaz que mi mano. Erguime palpitante para ver el corpiño, y quedé completamente fascinado por una garganta castamente cubierta por un velo, pero cuyos globos azulados y de perfecta redondez se hallaban munidamente acostados en olas de blonda. Los más ligeros detalles de aquella cabeza fueron otros tantos incentivos que despertaron en mí goces infinitos: la brillantez de los cabellos alisados sobre un cuello aterciopelado como el de una niña, las líneas blancas que el peine había trazado y por las que mi imaginación corrió como por nuevos senderos, todo ello me trastornó. Después de haberme asegurado de que nadie me veía, me precipité hacia aquella espalda como un niño que se lanza al regazo de su madre, y besé los hombros revolviendo mi cabeza. La mujer lanzó un grito

penetrante, que la música impidió oír; se volvió, me vio y dijo:

—¡Señor!...

¡Ah!, si ella hubiese dicho: «¿Pero hombrecito, qué es lo que os ha dado?», acaso la habría matado; pero ante aquel ¡señor!, ardientes lágrimas brotaron de mis ojos. Quedé petrificado por una mirada animada por santa cólera, por una cabeza sublime coronada por una diadema le cabellos cenicientos, en armonía con aquella amorosa espalda. Coloreó su rostro la púrpura del pudor ofendido, desarmado por el perdón que la mujer otorga a un frenesí causado por ella, y adivina adoraciones infinitas en las lágrimas del arrepentimiento. Se marchó con movimiento y andar de reina. Entonces comprendí lo ridículo de mi posición; sólo entonces conocí que estaba ataviado como el mono de un saboyano. Sentí vergüenza de mí mismo. Quedé todo alelado, saboreando la manzana que acababa de robar, conservando en mis labios el calor de aquella sangre que había aspirado, no arrepintiéndome de nada y siguiendo con la mirada a aquella mujer descendida del cielo. Apresado por el primer aspecto carnal de la gran fiebre del corazón, erré por el baile ya desierto para mí, sin poder volver a encontrar a mi desconocida. Y me fui a acostar, metamorfoseado.

Un alma nueva, un alma de alas salpicadas de diversos colores había salido de su larva. Descendida de las azules estepas donde la admiraba, mi admirada estrella se había convertido en mujer, conservando su luminosidad, sus titilaciones, su lozanía. Yo amaba de pronto, sin saber nada del amor. ¿No es cosa singular esta primera irrupción del sentimiento más vivo del hombre? Había conocido en el salón de mi tía a algunas mujeres bonitas, y ninguna me había causado la menor impresión. ¿Existe, pues, una hora, una conjunción de astros, una reunión de circunstancias favorables, una determinada mujer entre todas, para fijar una pasión exclusiva, cuando la pasión abarca el sexo entero? Pensando que mi elegida vivía en Turena, yo aspiraba el aire con deleite, encontraba al azul del firmamento una tonalidad que jamás le había visto en ninguna parte. Si mentalmente me encontraba arrobado, tenía el aspecto de un hombre gravemente enfermo y mi madre sintió temores mezclados de remordimientos. Semejante a los animales que sienten venir el mal, yo me iba a agazapar en un rincón del jardín para soñar en el beso que había robado.

Algunos días después de aquel memorable baile., mi madre atribuyó el abandono en mis trabajos, mi indiferencia a sus avasalladoras miradas, mi despreocupación por sus ironías y mi melancólica actitud, a las crisis naturales que deben sufrir los jóvenes de mi edad. El campo, ese eterno remedio a las dolencias en las que la medicina se siente impotente, fue considerado como el medio mejor para sacarme de mi apatía. Mi madre decidió que yo iría a pasar algunos días a Frapesle, castillo situado en el departamento del Indre, entre Montbazon y Azay-le-Rideau, donde residía uno de sus amigos, a quien sin duda dio instrucciones secretas. El día en que me vi libre en el campo, había navegado tanto por el océano del amor que lo había atravesado. Ignoraba el nombre de mi desconocida; ¿cómo designarla?, ¿dónde encontrarla? además, ¿a quien podía yo hablar de ella? Mi tímido carácter aumentaba aún los

temores inexplicables que se apoderan de los corazones jóvenes al comienzo del amor, y lo primero que experimentaba era la melancolía que remata las pasiones sin esperanza. No pedía cosa mejor que ir, venir, correr a través de los campos. Con ese valor del niño que no duda de nada y tiene no sé qué de caballeresco, me proponía escudriñar los castillos de Turena, viajando a pie, y diciéndome ante cada grácil torrecilla: «¡Ahí está!».

En la madrugada de un jueves salí de Tours por la barrera de San Eloy, atravesé los puentes del Santo Salvador, y llegué a Poncher fijando la mirada en cada casa, metiéndome en el camino de Chinon. Por primera vez en mi vida, podía detenerme bajo un árbol, y caminar a mi gusto lentamente o con rapidez, sin ser interrogado por nadie. Para un pobre ser aplastado por los diferentes despotismos que, poco o mucho, pesan sobre toda adolescencia, el primer empleo del libre albedrío aun ejercido sobre cosas insignificantes, aportaba al alma una agradable expansión. Muchas razones se reunieron para hacer de aquel día una fiesta llena de encantos. En mi infancia, mis paseos no me habían conducido más que a una legua fuera de la ciudad. Ni mis recorridos por los alrededores de Pont-le-Voy ni los que hice en París me habían hecho olvidar las bellezas de la naturaleza campestre. Naturalmente, de los primeros recuerdos de mi vida, me quedaba el sentimiento de lo bello que respira el paisaje de Tours, con el que me había familiarizado. Aunque completamente novicio en la poesía de los parajes, yo era exigente sin saberlo, como aquellos que, sin tener la práctica de un arte, se imaginan ya de buenas a primeras el ideal. Para ir al castillo de Frapesle, los viandantes o los jinetes abrevian el camino pasando por las landas llamadas de Carlomagno, terrenos baldíos situados sobre la meseta que separa la cuenca del Cher y la del Indre, y a donde conduce un camino transversal que se toma en Champy. Estas landas llanas y arenosas, que entristecen al caminante aproximadamente una legua, confluyen por un bosquecillo al camino de Saché, nombre del municipio a que pertenece Frapesle. Ese camino, que desemboca en la carretera de Chinon, mucho más allá de Bailan, bordea una llanura ondulada sin accidentes notables, hasta la pequeña comarca de Artanne. Allí se descubre un valle que comienza en Montbazou, termina en el Loira, y parece brincar bajo los castillos enclavados sobre las dobles colinas; es una magnífica copa de esmeralda en el fondo de la cual se desliza el Indre con movimientos de serpiente. Ante tal panorama se apoderó de mí un voluptuoso asombro, que había ya preparado el aburrimiento de las landas o la fatiga del camino.

«Si esa mujer, la flor de su sexo, habita algún lugar en el mundo, no cabe duda de que ha de ser en éste», pensé.

Con ese pensamiento, me apoyé contra un nogal a cuya sombra, desde aquel día, descanso todas las veces que vuelvo a mi querido valle. Bajo este árbol, confidente de mis pensamientos, me interrogo sobre los cambios que he experimentado durante el tiempo transcurrido desde el último día que marché de allí. Ella vivía allí, mi corazón no me engañaba: tenía por morada el primer castillo que vi en la ladera de una landa.

Cuando me senté bajo mi nogal, el sol de mediodía hacía centellear las pizarras del tejado y los vidrios de las ventanas. Su vestido de percal producía el punto blanco que divisaba yo en sus viñas, bajo un albaricoque. Ella era, como lo sabéis ya, sin saber nada aún, *El lirio de este valle*, donde crecía por don del cielo, llenándolo con el perfume de sus virtudes. El amor infinito, sin otro alimento que un objeto apenas entrevisto, del cual estaba colmada mi alma, lo hallaba yo expresado por la larga cinta de agua que discurre al sol entre verdes orillas por las hileras de álamos que ornan con sus ondulantes encajes aquel valle de amor, por los bosquecillos de encinas que avanzan entre los viñedos sobre ribazos que el río redondea siempre de diferente manera, y por los horizontes esfumados que huyen contrastándose. Si queréis ver la naturaleza bella y virgen como una novia, id allá un día de primavera; si queréis mitigar las llagas sangrantes de vuestro corazón, volved en las postrimerías del otoño; en primavera, el amor bate sus alas en pleno cielo; en otoño se piensa en quienes ya no son. El pulmón enfermo respira allí un frescor saludable, y la vista reposa sobre dorados copetes que comunican al alma sus apacibles dulzuras. En aquel momento, los molinos situados en las cascadas del Indre, prestaban su voz al valle estremecido, los álamos se balanceaban riendo, no había ni una nube en el cielo, los pájaros cantaban, chirriaban las cigarras: todo era melodía. ¿No me preguntáis ya por qué amo a Turena? No la quiero como se quiere a su cuna, ni como a un oasis en el desierto, sino como un artista ama al arte; la amo menos que a vos; pero, sin la Turena, acaso no viviría ya. Sin saber por qué, mis ojos volvían una y otra vez al punto blanco, a la mujer que brillaba en aquel vasto jardín, como si, en medio de las matas verdes, reventara la campánula de un convívulo, marchitada si se la toca. Descendí, con el alma plena de emoción, al fondo de aquel valle, y no tardé en divisar una aldea, que la poesía que rebosaba me hizo parecer sin par. Imaginaos tres molinos emplazados entre islas graciosamente recortadas, coronadas de algunos boscajes en medio de un prado de agua, pues ¿qué otro nombre dar a esas vegetaciones acuáticas, tan vivaces, tan bien coloreadas, que tapizan el río, surgiendo encima, ondulando con él, dejándose llevar por sus caprichos y plegándose a sus tempestades, cuando es azotado por la rueda de los molinos? Aquí y allá se elevan masas de grava, en las cuales rompe el agua, formando en ellas franjas en las que reluce el sol. El amarilis, el lirio acuático, el nenúfar, los juncos y las gramíneas decoran como magníficas alfombras, las orillas. Un tembloroso puente, compuesto de podridas vigas, cuyas pilastras están cubiertas de flores, y sus pretiles sembrados de hierbas vivaces y de aterciopelados musgos se inclinan hacia el río sin caerse; viejas barcas, redes de pescador, el monótono canto de un pastor, los patos que bogaban sobre el agua o se picoteaban limpiándose en la arena guijarrosa que el lecho del Loira arrastra; mozos de los molinos, con el gorro sobre la oreja, ocupados en cargar sus mulos: cada uno de estos detalles confería a esta escena un sorprendente bucolismo pleno de ingenuidad. Imaginaos más allá del puente dos o tres granjas, un palomar, tórtolas, unas treinta casitas, separadas unas de otras por huertas, por setos de madreselvas, de

jazmines y de clemátides; luego, florido estiércol ante todas las puertas, y gallinas y gallos por los caminos: tal es la aldea de Pont-de-Ruan, lindo poblado coronado por una antigua iglesia llena de carácter, una iglesia de la época de las cruzadas, tema buscado por los pintores. Enmarcadlo todo en añosos nogales, y en tiernos álamos de hojas de oro pálido, poned graciosas construcciones en medio de vastas praderas por las que la mirada se pierde bajo un cielo cálido y vaporoso, y tendréis una idea de uno de los mil panoramas de este bello país. Continué el camino en dirección a Saché por la orilla izquierda del río, observando los detalles de las colinas que ornán las márgenes opuestas. Finalmente llegué a un parque poblado de árboles centenarios, en el que estaba emplazado el castillo de Frapesle. Era precisamente la hora en que la campana anunciaba la comida. Tras esta, mi huésped, no sospechando que hubiese venido de Tours a pie, me hizo recorrer los alrededores de su posesión, desde donde vi el valle en sus variadas perspectivas, y también por entero; a menudo, mi vista fue atraída al horizonte por la bella áurea lámina del Loira, en cuyo rodar las velas dibujaban fantásticas figuras que huían arrastradas por el viento. Subiendo a una cima, admiré por primera vez el castillo de Azay, diamante tallado, engarzado por el Indre, y montado sobre pilotes cubiertos de flores. Luego vi en un fondo las moles románicas del castillo de Saché, melancólico paraje lleno de armonías, demasiado graves para las personas superficiales, encanto de los poetas cuya alma está dolorida. ¡Y cuanto, por ende, amé después aquel silencio, los corpulentos árboles copudos y yo no sé qué de misterioso expandido en su solitaria cañada! Mas, cada vez que volvía a hallar en la ladera de la vecina loma el lindo castillo divisado antes, elegido por mi primera mirada, me detenía complacientemente.

—¡Eh! —me dijo mi huésped, leyendo en mis ojos uno de esos chispeantes deseos tan cándidamente expresados siempre a mi edad—, oléis de lejos a una mujer, como mi perro husmea la caza.

No me agradó esta comparación, pero le pregunté por el nombre del castillo y de su propietario.

—Es Clochegourde —me respondió—, una bella mansión perteneciente al conde de Mortsauf, representante de una familia histórica en Turena, cuya fortuna data de Luis XI, y cuyo nombre indica la aventura a la que se lo debe y sus armas y su ilustración descienden de un hombre que sobrevivió a la horca. Así, los Mortsauf tienen *escudo de oro, con cruz de sable alezada, potenziada y contra-potenzada, cargada en corazón con una flor de lis de oro de pie lleno, con Dios salve al rey nuestro señor* por divisa. El conde ha venido a establecerse en este dominio al regreso del extranjero. Esa posesión va a extinguirse con su mujer, una señorita de Lenoncourt, de la casa de Lenoncourt-Givry: la señora de Mortsauf es hija única. La escasa fortuna de esa familia contrasta tan singularmente con lo ilustre de sus nombres, que, por orgullo, o acaso por necesidad permanecen siempre en Clochegourde, sin ver a nadie. Hasta ahora, su adhesión a los Borbones podía justificar su soledad; mas dudo que el retorno del rey cambie su manera de vivir. Al

establecerse aquí, el año pasado, le he hecho una visita de cortesía; ellos me la han devuelto y nos han invitado a cenar; el invierno nos ha separado durante algunos meses; después, los acontecimientos políticos han retrasado nuestro regreso, pues no me encuentro en Frapesle sino desde hace poco tiempo. La señora de Mortsauf es una mujer que podría ocupar en cualquier sitio el primer lugar.

—¿Va a menudo a Tours?

—Nunca. Pero —dijo, corrigiéndose— sí, que fue últimamente, cuando estuvo allí de paso el duque de Angulema, quien se mostró muy gentil con la señora de Mortsauf.

—¡Es ella! —exclamé.

—¿Cómo ella?

—Una mujer que tiene unos hermosos hombros.

—En Turena hallaréis muchas mujeres que los tienen —dijo, riendo—. Mas si no estáis fatigado, podemos atravesar el río y subir a Clochegourde, donde reconoceréis si aquellos son los hombros que decís.

Acepté, no sin enrojecer de placer y de vergüenza. Hacia las cuatro llegamos al pequeño castillo que mis ojos acariciaban desde hacía tanto tiempo. Esta mansión, que produce un efecto tan bello en el paisaje, es en realidad modesta. Tiene cinco ventanas de frente; cada una de las que termina la fachada expuesta a mediodía sobresale unas dos toesas, artificio arquitectónico que simula dos pabellones y confiere cierta gracia a la construcción; la de la mitad sirve de puerta, y se desciende de ella por una escalinata doble a los jardines, que se prolongan hasta un estrecho prado situado a lo largo del Indre. Aunque un camino vecinal separa esta pradera de la última terraza sombreada por una avenida de acacias y de árboles del cielo, parece formar parte de los huertos, pues el camino es hondo, hallándose encajonado a un lado por la terraza y al otro por una cerca normanda. Las pendientes, bien dispuestas, ponen la suficiente distancia entre la mansión y el río, para preservarla de la vecindad de las aguas, sin por ello velar su amenidad. Bajo el edificio se encuentran dependencias, cuerdas, bodegas y cocinas, cuyas diversas aberturas dibujan arcadas. Los tejados están graciosamente contorneados en los ángulos, decorados de buhardillas de cruceros esculpidos y de grumos de plomo sobre los aguilonos. La techumbre, descuidada sin duda durante la Revolución, está cargada de esa herrumbre producida por los musgos planos y rojizos que crecen sobre las casas expuestas al mediodía. La puerta-ventana de la escalinata está coronada por un campanil, en el que subsiste esculpido el escudo de los Blamont-Chauvry: *cuartelado de gules con palo de vero, flanqueado de dos manos palmeadas de carnación y de oro, can dos lanzas de sable en cheurón*. La divisa: *¡Ved todos, nadie me toque!*, me impresionó vivamente. Los soportes, que son un grifo y un dragón de fauces encadenadas de oro, hacían un bello efecto esculpidos. La Revolución había deteriorado la corona ducal y la cimera, que se compone de una palma de sinople frutada de oro. Senart, secretario del Comité público, era bailío de Saché antes de 1718, lo que explica esas

devastaciones.

Todas estas particularidades prestan una elegante presencia a este castillo, labrado como una flor, y que no parece gravitar sobre el suelo. Visto desde el valle, la planta baja parece el primer piso, pero cuando se entra en el palio, se encuentra al mismo nivel con una ancha avenida enarenada que da a un parterre animado por varias canastillas de flores. A entrambos lados, las cercas de los viñedos, los vergeles y algunos cuadros de tierra labrantía, descienden rápidamente, rodeando a la casa con sus arbustos, y llegan a las orillas del Indre, que ornán boscajes cuyos verdores han sido matizados por la propia naturaleza. Al subir el camino que flanquea Clochegourde, admiraba esas masas tan bien dispuestas, respirando un aire cargado de felicidad. ¿Tiene también la naturaleza moral, como la física, sus comunicaciones eléctricas y sus rápidos cambios de temperatura? Mi corazón palpitaba ante la aproximación de los acontecimientos secretos que debían modificarlo para siempre, como los animales se alborozan previendo un buen tiempo. Aquel día tan señalado en mi vida no estuvo desprovisto de ninguna de las circunstancias que podían solemnizarlo. La naturaleza se había ataviado como una mujer yendo al encuentro del bienamado, mi alma había oído su voz por primera vez, mis ojos la habían admirado tan fecunda, tan variada como mi imaginación me la representaba en mis sueños de colegio de los que os he dicho algunas torpes palabras para explicar su influencia, ya que han sido como un Apocalipsis en el que mi vida me fue esotéricamente predicha: cada acontecimiento feliz o desgraciado se anuda a ella por imágenes singulares, por lazos visibles únicamente al alma. Atravesamos un primer patio rodeado de los edificios necesarios a las explotaciones rurales; una granja, un lagar, establos, cuadras. Advertido por los ladridos del perro guardián, salió a nuestro encuentro un criado, y nos dijo que el señor conde había salido a la mañana para Azay, pero que no tardaría en regresar, y que la señora condesa estaba en casa. Mi huésped me miró. Temí que no quisiera visitar a la señora de Mortsauf en ausencia de su esposo, pero dijo al criado que nos anunciara. Impulsado por una pueril avidez me precipité en la larga antecámara que atraviesa la casa.

—¡Entrad, señores! —dijo entonces una áurea voz.

Aunque la señora de Mortsauf no había pronunciado más que una palabra en el baile, reconocí al punto su voz, que penetró en mi alma y la inundó, como un rayo de sol inunda y dora la celda de un prisionero. Pensando que recordaría mi fisonomía, sentí deseos de huir, pero ya no había tiempo, pues seguidamente apareció en el umbral de la puerta. Nuestros ojos se encontraron y yo no sé quien de los dos, si ella o yo, enrojecieron más intensamente. Bastante turbada como para no decir nada, fue a sentarse ante un bastidor de tapicería, después de que el criado hubo traído dos sillones; ella acabó de sacar su aguja para dar un pretexto a su silencio, contó algunos puntos y alzó la cabeza, dulce y altiva al par, hacia el señor de Chessel, preguntándole a qué dichosa circunstancia debía su visita. Aunque curiosa por saber la verdad sobre mi aparición, no nos miró ni al uno ni al otro; sus ojos estuvieron constantemente

posados sobre su bastidor; pero por la forma con que escuchaba, habríase dicho que, al igual de los ciegos, sabía reconocer las agitaciones del alma en los imperceptibles acentos de la palabra. Y eso era verdad.

El señor de Chessel dijo mi nombre e hizo mi biografía. Yo había llegado hacía unos meses a Tours, a donde me trajeron mis padres a casa, cuando la amenaza de guerra se cernía sobre París. Hijo de Turena, a quien Turena le era desconocida, veía él en mí a un joven debilitado para trabajos inmoderados, enviado a Frapesle para divertirse, y a quien había mostrado su posesión, a la que yo iba por primera vez. Sólo bajo la loma le había yo dicho de su caminata de Tours a Frapesle, y, temiendo por mi salud ya tan débil, le había parecido conveniente entrar en Clochegourde, pensando que ello me permitiría reposar. El señor de Chessel decía la verdad, pero un azar feliz parece tan afanosamente buscado, que la señora de Mortsauf conservó cierta desconfianza; dirigió sobre mí dos ojos fríos y severos que me hicieron bajar los párpados, no tanto por un sentimiento de humillación, como por ocultar lágrimas que asomaron entre mis pestañas. La arrogante castellana me vio con la frente bañada en sudor; acaso también adivinó mis lágrimas, pues me ofreció todo cuanto podía necesitar, expresando consoladora bondad que me devolvió la palabra. Enrojecí como una doncella cogida en falta, y, con voz temblorosa como la de un viejo, respondí por un agradecimiento negativo.

—Todo cuanto deseo —le dije, alzando mis ojos a los suyos, que por segunda vez encontraba, aunque durante un instante más rápido que un relámpago— es no ser despedido de aquí; me encuentro tan entumecido por la fatiga, que no podría caminar.

—¿Por qué dudáis de la hospitalidad de nuestro bello país? —dijo ella—. ¿Nos concederéis, sin duda, el placer de cenar en Clochegourde? —añadió, volviéndose hacia mi vecino.

Dirigí a mi protector una mirada en la que resplandecieron tantas súplicas, que trató de aceptar la invitación, aunque el formulismo exigía cierta resistencia. Si el hábito social permitía a la señora de Chessel distinguir esos matices, un joven sin experiencia cree tan firmemente en la unión de la palabra y el pensamiento en una mujer, que quedé muy asombrado cuando, al volver por la noche, me dijo mi huésped:

—Me he quedado porque os moríais de ganas; pero si vos no enmendáis las cosas, tal vez riña con mis vecinos.

Aquel *si no enmendáis las cosas*, me hizo soñar largo tiempo. Si yo gustaba a la señora de Mortsauf, no podría ella tener inquina a quien me había introducido en su casa. ¿Así, pues, si el señor de Chessel me suponía el poder de interesarla, no era ello dármelo? Esta explicación corroboró mi esperanza en un momento en el que necesitaba ayuda.

—Me parece difícil —había respondido él a la invitación de la condesa—. La señora de Chessel nos espera.

—Oh, os tiene todos los días —replicó la señora de Mortsauf— y podemos

avisarla. ¿Está sola?

—En compañía del señor cura de Quelus.

—En ese caso —dijo ella levantándose para llamar tirando del cordón de la campanilla— cenaréis con nosotros.

Esta vez, el señor de Chessel la creyó sincera y me lanzó miradas de enhorabuena. En cuanto estuve seguro de quedarme toda una velada bajo aquel techo, me pareció disponer de una eternidad. Para muchos seres desgraciados, mañana es una palabra vacía de sentido, y yo me encontraba entonces entre el número de quienes no tienen ninguna fe en el día siguiente; cuando disponía de algunas horas mías, toda una vida de deleites se contenían en ellas. La señora de Mortsauf entabló una conversación sobre el país, las cosechas y las viñas, conversación a la cual permanecía yo ajeno. En un ama de casa, tal forma de obrar atestiguaba una falta de educación o bien su desprecio por aquel a quien ella, por decirlo así, coloca fuera de la plática; pero en la condesa la causa era su confusión. Si al principio creí que afectaba tratarme como a un niño, si yo envidiaba el privilegio de los hombres de treinta años, que permitía al señor de Chessel entretener a su vecina con temas graves, de los cuales yo no comprendía nada; si me despechaba, ya que todo era para él... algunos meses después supe cuan significativo es el silencio de una mujer, y cuántos pensamientos encubre una difusa conversación. Primeramente, intenté arrellenarme cómodamente en mi sillón; después reconocí las ventajas de mi posición, dejándome llevar por el encanto de escuchar la voz de la condesa. El hálito de su alma se desplegaba en los repliegues de las sílabas, como el sonido se divide bajo las claves de una flauta; expiraba ondulante en mi oído, desde donde se precipitaba la circulación de la sangre. Su manera de decir las terminaciones en *i*, hacía pensar en algún canto de pájaro; la *ch* pronunciada por ella era como una caricia; la forma como pronunciaba las *t* revelaba el despotismo del corazón. Ella entendía así, el jalma a un mundo sobrenatural. ¡Cuántas veces he dejado yo continuar una conversación que yo podía concluir! ¡Cuántas veces no he sido reprendido injustamente por escuchar esos conciertos de voz humana, por aspirar el aire que salía de sus labios cargados de su alma, abrazar aquella luminosidad hablada, con el mismo ardor que hubiera yo puesto en estrechar a la condesa contra mi pecho! ¡Qué canto de golondrina gozosa, cuando ella podía reír! ¡Mas qué voz de cisne llamando a su hembra, cuando hablaba de sus pesares! La desatención de la condesa me permitió examinarla. Mi mirada se regalaba deslizándose por la bella parladora, apretaba su talle, besaba sus pies y retozaba en los bucles de su cabello. Sin embargo, yo era presa de un terror que comprenderán quienes en su vida han experimentado las ilimitadas alegrías de una auténtica pasión. Temía que me sorprendiese con mis ojos clavados en sus hombros que tan ardientemente había yo besado. Mas aquel mismo temor avivaba la tentación... ¡Y continuaba contemplándolos! Mi mirada atravesaba el vestido buscando el lunar que señalaba el nacimiento de la linda raya que dividía su espalda, mosca perdida en la leche; que desde el baile llameaba siempre en esas

tinieblas por las que se deslizan las fantasías de los jóvenes de imaginación ardiente y vida casta.

Puedo trazaros los rasgos principales que por doquier hubiesen atraído las miradas a la condesa; pero el dibujo más correcto, el color más cálido, no llegarían aún a expresar nada. Su rostro es uno de aquellos cuya belleza exige el artista que no se puede encontrar, cuya mano sabe pintar el reflejo de las brasas interiores y sabe también producir ese halo luminoso que niega la ciencia, sin saberlo, el sentido de las palabras y le arrastraba a uno que la palabra no traduce, pero que un enamorado ve. Su cabello, fino y ceniciento, la hacía sufrir a menudo, y esos padecimientos eran sin duda causados por súbitas reacciones de sangre hacia la cabeza. Su redondeada frente, prominente como la de la Gioconda, parecía llena de ideas inexpresadas, sentimientos contenidos, de flores ahogadas en amargas aguas. Sus ojos verdosos, sembrados de puntos pardos, estaban siempre apagados; mas si se trataba de sus hijos, si le escapaban esas vivas efusiones de alegría o de dolor, raras en la vida de las mujeres resignadas, su mirada lanzaba entonces un sutil fulgor que parecía inflamarse en las fuentes de la vida, agostándolas; destello que me había arrancado lágrimas cuando me abrumó con su formidable desdén, capaz de hacer bajar los párpados a los más osados. Una nariz griega, como dibujada por Fidias y reunida por un doble arco a unos labios elegantemente sinuosos, espiritualizaba su ovalado rostro, cuya tez, comparable al tejido de las camelias blancas, poseía en sus mejillas lindas tonalidades rosas. Su lozanía no destruía ni la gracia de su talle ni la redondez deseada para que sus formas siguiesen bellas, aunque un tanto rollizas. Comprenderéis al punto ese género de belleza, cuando sepáis que los deslumbrantes tesoros que me habían fascinado en el baile parecían unirse a los brazos sin formar ningún pliegue. La base de su cabeza no ofrecía esos huecos que hacen semejar la nuca de ciertas mujeres a troncos de árbol; sus músculos no dibujaban en ella cuerdas; por doquier las líneas se redondeaban en sinuosidades desesperantes tanto para la mirada como para el pincel. Un suavísimo bozo moría a lo largo de sus mejillas, en ambas partes de su cuello, reteniendo allí la luz que se tornaba sedosa. Sus orejas, pequeñas y bien contorneadas, eran, según su expresión, orejas de esclava y de madre. Más tarde, cuando yo vivía en su corazón, ella me decía: «Ahí está el señor de Mortsaufr», y tenía razón, mientras que yo no oía nada, yo cuyo oído es extraordinariamente sencillo. Sus brazos eran bellos, sus manos, de dedos curvados, largas y, al igual que en las estatuas antiguas, la carne sobrepasaba sus uñas de finas aristas. Os desagradaría dando la preferencia a los talles lisos sobre los redondos, caso de que no fuerais vos una excepción. El talle redondo es un signo de fuerza, pero las mujeres así construidas son déspotas, voluntariosas, más voluptuosas que tiernas. Por el contrario, las mujeres de talle liso son leales, llenas de delicadeza, inclinadas a la melancolía; son más femeninas que las otras. El talle liso es flexible y muelle; el redondo, inflexible y celoso. Ya sabéis ahora cual era su figura. Tenía el pie de una mujer como es debido, ese pie que camina poco, se fatiga pronto y alegra la vista

cuando asoma por el extremo de la falda. Aunque fuese madre de dos hijos, jamás he encontrado a nadie en sus circunstancias con más aspecto de doncella. Su aire expresaba una sencillez, unida a no sé qué de suspenso y de pensativo que atraía como el pintor nos conduce al rostro en el que su genio ha traducido un mundo de sentimientos. Sus visibles cualidades no pueden, por lo demás, ser expresadas sino por comparaciones. Recordad el perfume casto y silvestre de aquellos brezos que hemos recogido volviendo de la villa Diodati, aquella flor cuyo negro y rosa tanto habéis alabado, y comprenderéis cómo aquella mujer podía ser elegante lejos del mundo, natural en sus expresiones, refinada en las cosas que se hacían suyas, a la vez rosa y negra. Su cuerpo tenía la lozanía que admiramos en las hojas recientemente desplegadas, y su espíritu la profunda concisión del salvaje; era niña por el sentimiento, grave por el sufrimiento, castellana y juvenil. Así agradaba sin artificio, por su manera de sentarse, de levantarse, de callarse o de decir una palabra. Habitualmente recogida, alerta como el centinela en quien descansa la salvación de todos, espiando cualquier desgracia, a veces se le escapaban sonrisas que traicionaban en ella un natural risueño sepultado bajo el porte exigido por su vida. Su coquetería era misteriosa, hacía soñar en vez de inspirar la galante atención que despiertan las mujeres, y dejaba percibir su primera naturaleza de llama viva, sus primeros sueños azules, como se ve el cielo a través de claros de nubes. Tal involuntaria revelación tornaba pensativos a quienes no sentían una lágrima interior desecada por el fuego de los deseos. La rareza de sus gestos, y, sobre todo, la de sus miradas (excepto a sus hijos, ella no miraba a nadie), prestaban una increíble solemnidad a cuanto hacía o decía, cuando hacía o decía algo con ese aire que saben adoptar las mujeres cuando comprometen su dignidad con una declaración. Aquel día, la señora de Mortsauf llevaba un vestido rosa de mil-rayas, una gorguera de ancho repulgo, cinturón negro y borceguíes del mismo color. Su cabello, simplemente recogido en su cabeza, estaba retenido por una peineta de concha. Tal es el imperfecto esbozo prometido. Pero la constante emanación de su alma sobre los que la rodeaban, esa esencia sustentadora esparcida a raudales, como el sol expande su luz, su naturaleza íntima, su actitud en las horas serenas y su resignación en las tempestuosas; todos esos giros de la vida en los que se despliega el carácter, dependen, como los efectos del cielo, de circunstancias inesperadas y fugaces, que no se asemejan entre sí sino por el fondo del que emergen, y cuya pintura estará necesariamente mezclada a los acontecimientos de esta historia, verdadera epopeya doméstica, tan grande a los ojos del sabio como lo son las tragedias a los ojos de la masa, y cuyo relato os prenderá tanto por la parte que yo he tenido en ella como por su similitud con gran número de destinos femeninos.

Todo en Clochegourde llevaba el sello de un aliño auténticamente inglés. El salón donde acostumbraba a estar la condesa, estaba completamente entarimado y pintado en gris de dos tonos. Adornaba la chimenea un reloj de péndulo contenido en una caja de caoba rematada por una copa y dos jarrones de porcelana blanca con filetes

dorados, de los que se elevaban brezos del Cabo. Sobre la consola había una lámpara y un tablero de ajedrez frente a la chimenea. Dos anchas abrazaderas de algodón retenían las cortinas de percal blanco, sin franjas. Fundas grises, bordadas con galón verde, cubrían los asientos y la tapicería tendida sobre el bastidor de la condesa, explicaba por qué los muebles estaban así ocultos. Aquella sencillez llegaba a la grandeza. Ningún aposento, entre los que después he visto, me ha producido impresiones tan fecundas, tan densas, como las que me apresaron en el salón de Clochegourde, tranquilo y recoleto como la vida de la condesa y donde se adivinaba la conventual regularidad de sus ocupaciones. La mayor parte de mis ideas, y hasta las más audaces en ciencia o en política, han nacido allí, como emanan de las flores los perfumes; más allá verdeaba la planta desconocida que lanzó sobre mi alma su fértil polen, allí brillaba el calor solar que desarrolló mis buenas cualidades y agostó las malas. Desde la ventana, la vista abarcaba el valle, desde la colina donde se expone Pont-de-Ruan, hasta el castillo de Azay, siguiendo las sinuosidades de la vertiente opuesta, que varían las torres de Frapesle, luego la iglesia, la aldea y la casona solariega de Saché, cuyas masas dominan la pradera. En armonía con esta vida sosegada y sin otras emociones que las proporcionadas por la familia, aquellos parajes comunicaban su serenidad al alma. De haberla encontrado allí por vez primera, entre el conde y sus dos hijos, en vez de hallarla espléndida en su vestido de baile, a buen seguro que no la habría robado aquel delirante beso que me despertaba entonces remordimientos, creyendo que destruiría el futuro de mi amor. No, en las sombrías disposiciones en que me situaba la desgracia, habría doblado la rodilla, besado sus borceguíes, dejado en ellos algunas lágrimas y luego me habría ido a arrojar al Indre.

Mas, después de haber rozado el fresco jazmín de su piel y bebido la leche de aquella copa llena de amor, tenía en el alma el gusto y la esperanza de las voluptuosidades humanas; quería vivir y esperar la hora del placer, como el salvaje espía la hora de la venganza; quería suspenderme en los árboles, rastrear en las viñas, agazaparme en el río; quería tener por cómplices el silencio de la noche, el hastío de la vida, el calor del sol, para terminar la deliciosa manzana que había mordido ya. De haberme ella pedido la flor que canta o las riquezas enterradas por los compañeros de Morgan el Exterminador, se las hubiera traído para obtener los indudables tesoros y la muda flor que yo ansiaba. En cuanto cesó el ensueño en que me había sumido la larga contemplación de mi ídolo y durante el cual vino a hablarle un criado, oí que mencionaba al conde. Solamente entonces recordé que una mujer debe pertenecer a su marido. Y tal pensamiento me produjo vértigo. Luego experimenté una rabiosa y sombría curiosidad por ver al poseedor de semejante tesoro. Dos sentimientos me dominaban, el odio y el temor; un odio que no conocía ningún obstáculo y los medía a todos sin conocerlos; un temor vago, pero real, del combate, de su resultado y de *Ella* sobre todo. Presa de indecibles presentimientos, temía esos apretones de manos que deshonoran, entreveía ya esas dificultades elásticas donde tropiezan las más firmes

voluntades y donde se embotan; temía esa fuerza de inercia que despoja hoy a la vida de los desenlaces que buscan las almas apasionadas.

—Ya está aquí el señor de Mortsauf —dijo ella.

Me levanté como un caballo espantado. Aunque tal movimiento no escapara ni al señor de Chessel ni a la condesa, no me valió ninguna muda observación, pues produjo una diversión la presencia de una niña a la que yo calculé seis años y que entró diciendo:

—Papá ha llegado.

—¿Qué tal, Magdalena? —dijo la madre.

La pequeña tendió al señor de Chessel la mano que él solicitaba y me miró con suma atención, tras haberme dirigido un pequeño saludo lleno de asombro.

—¿Estáis contenta de su salud? —preguntó el señor de Chessel a la condesa.

—Ya va mejor —respondió ella, acariciando el cabello de la niña, acurrucada en su regazo.

Una pregunta del señor de Chessel me informó que Magdalena tenía nueve años; mostré cierta sorpresa por mi error, y mi actitud ensombreció la frente de su madre. Mi presentador me lanzó una de esas miradas significativas con las que las gentes de mundo nos dan una segunda educación. Allí, sin duda, había una herida maternal, cuyo vendaje debía ser respetado. Niña enfermiza, de ojos apagados, de piel blanca como porcelana iluminada por un resplandor, Magdalena no habría a buen seguro sobrevivido en la atmósfera de una ciudad. El aire del campo y los cuidados de su madre, quien parecía incubarla, mantenían la vida en aquel cuerpo tan delicado, como una planta llevada al invernadero a pesar de los rigores de un clima extraño. Aunque no recordase en nada a su madre, Magdalena parecía tener su alma, y era ella la que la sostenía. Su escaso y negro cabello, sus sumidos ojos, sus hendidas mejillas, sus brazos enflaquecidos y su angosto pecho, anunciaban un debate entre la vida y la muerte, duelo sin tregua del que, hasta la fecha, salía victoriosa la condesa. La pequeña continuaba viviendo sin duda para evitar un pesar a su madre; ya que en ciertos momentos en que dejaba de prestarse atención tomaba la actitud de un sauce llorón. Habría pensado al verla en una gitanilla padeciendo hambre, venida de su país mendigando, agotada, pero valerosa y engalanada para su público.

—¿Dónde has dejado a Santiago? —le preguntó su madre, besándola la raya blanca que separaba su cabello en dos bandas semejantes a las alas de un cuervo.

—Viene con papá.

En este momento entró el conde, seguido por su hijo, al que traía de la mano. Santiago, auténtico retrato de su hermanita, ofrecía los mismos síntomas de debilidad. Viendo a aquellas dos criaturas tan delicadas al lado de una madre tan magníficamente bella, resultaba imposible no adivinar el origen del pesar que enternecía las sienes de la condesa y la hacía silenciar uno de esos pensamientos que no tienen sino a Dios por confidente, pero que prestan a la frente terribles significados. Al saludarme, el señor de Mortsauf me lanzó la ojeada menos

observadora que torpemente inquieta de un hombre cuya desconfianza proviene de su poco hábito de analizar. Tras haberle puesto al corriente y decirle mi nombre, su mujer le cedió su sitio y nos dejó. Los niños, cuyos ojos se fijaban a los de su madre como si recibiesen de ellos su luz, quisieron acompañarla, pero ella les dijo: «¡Quedaos, queridos angelitos!», y puso un dedo sobre sus labios. Ellos obedecieron, pero sus miradas se velaron. ¡Ah, por oírse llamar *queridos* qué no habrían hecho otros! Al igual de los dos pequeños, sentí menos calor cuando ella se fue. Mi nombre cambió la disposición primera del conde hacia mí. De frío y altivo, se tornó, si no afectuoso, cuando menos cortésmente atento, me dio muestras de consideración y pareció contento de recibirme. Antaño, mi padre se había sacrificado por nuestros señores en desempeñar un papel grande, pero oscuro; peligroso, pero eficaz. Cuando todo se frustró por la subida de Napoleón a la cúspide, se había, como muchos conspiradores, refugiado en las dulzuras de la provincia y de la vida privada, aceptando acusaciones tan duras como inmerecidas; salario inevitable de los jugadores que se juegan el todo por el todo y sucumben tras haber servido de pivote a la máquina política. No sabiendo yo nada de la fortuna, de los antecedentes ni del futuro de mi familia, ignoraba igualmente las particularidades de aquel destino perdido del que el conde de Mortsauf se acordaba. Sin embargo, si la antigüedad del nombre, la más preciada cualidad de un hombre a sus ojos, podía justificar la acogida que me confundió, no supe sino más tarde la verdadera razón. Por el momento, aquella súbita transición me animó. Cuando los dos pequeños vieron que la conversación se tramaba entre nosotros tres, Magdalena desprendió su cabeza de las manos de su padre, miró a la puerta abierta, y se deslizó por ella como una anguila, siguiéndola Santiago. Ambos fueron a reunirse con su madre, pues oí sus voces y sus movimientos, semejantes, en la lejanía, a los zumbidos de las abejas en torno a la amada colmena.

Contemplé al conde intentando adivinar su carácter; pero me interesaron lo bastante algunos rasgos principales como para detenerme en el examen superficial de su fisonomía. De cuarenta y cinco años tan sólo de edad, parecía frisar en la sesentena, con tal rapidez había envejecido en el gran naufragio con que terminó el siglo dieciocho. La semi-corona, ciñendo monacalmente la parte trasera de su cabeza, desprovista de cabello, iba a morir a las orejas acariciando las sienes con algunas matas grises mezcladas de negro. Su rostro se asemejaba vagamente al de un lobo blanco con el hocico ensangrentado, porque tenía su nariz inflamada como la de un hombre cuya vida se halla alterada en sus principios, cuyo estómago se encuentra debilitado, y sus humores viciados por antiguas enfermedades. Su frente lisa, demasiado ancha para su rostro que acababa en punta, surcada por surcos desiguales, anunciaba, no las fatigas del espíritu, sino una existencia desarrollada al aire libre; el peso de un infortunio constante, no los esfuerzos hechos para dominarlo. Sus pómulos, prominentes y pardos en medio de las tonalidades amarillentas de su tez, revelaban una osamenta suficientemente sólida para asegurarle una larga vida. Su

mirada amarilla, clara y dura, caía sobre uno como un rayo de sol invernal, luminosa sin calor, inquieta sin pensamiento, desafiante sin motivo. Su boca era violenta e imperiosa, y su mentón recto y largo. Flaco y de elevada estatura, tenía la actitud de un gentilhombre apoyado sobre un valor convencional, que se sabe sobre los demás por derecho, y debajo de ellos de hecho. El abandono del campo le había hecho descuidar su exterior. Su atuendo era el de un campesino en quien los aldeanos no consideran más que la fortuna territorial. Sus manos atezadas y nerviosas atestiguaban que no se enfundaba guantes sino para montar a caballo, o el domingo para acudir a misa. Su calzado era basto. Aunque los diez años de emigración y los otros diez de agricultor hubiesen influido en su físico, subsistían en él vestigios de nobleza. El más rencoroso liberal, palabra que aún no tenía curso, habría reconocido fácilmente en él la lealtad caballeresca y las inmarcesibles convicciones del lector ganado para siempre por el *Cotidiano*^[3]. Habría admirado al hombre religioso, apasionado por su causa, sincero en sus antipatías políticas, incapaz de servir personalmente a su partido, capaz de perderlo, e ignorante de los asuntos de Francia. El conde era, en efecto, uno de esos hombres rectos que no se prestan a nada y lo obstruyen obstinadamente todo, buenos para morir con el arma al brazo en el puesto que se les designe, pero hartos avaros como para dar su vida antes de dar sus escudos. Durante la cena observé en la depresión de sus ajadas mejillas y en ciertas miradas lanzadas de soslayo a sus hijos, las huellas de inoportunos pensamientos, cuyos arranques expiraban en la superficie. ¿Quién no lo hubiera comprendido contemplándole? ¿Quién no le habría acusado de haber transmitido fatalmente a sus hijos aquellos cuerpos faltos de vida? Pero si se condenaba a sí mismo, negaba a los demás el derecho de juzgarle. Amargo como un poder que se sabe defectuoso, mas no teniendo la suficiente grandeza o encanto para compensar la suma de dolor que había lanzado a la balanza, su vida íntima debía ofrecer las asperezas denunciadas por sus rasgos angulosos y sus ojos incesantemente inquietos. En cuanto regresó su mujer, seguida de los dos pequeños pegados a sus costados, sospeché una desgracia, como cuando al andar sobre las bóvedas de una cueva los pies tienen conciencia de su profundidad. Viendo a aquellas cuatro personas reunidas, abarcándolas con mis miradas que iban de una a otra, estudiando sus fisonomías y sus respectivas actitudes, cayeron en mi corazón pensamientos bañados de melancolía, al igual que una lluvia fina y gris llena de bruma un bello país tras algún hermoso amanecer. Cuando quedó agotado el tema de la conversación, el conde me puso aún en primer plano en detrimento del señor de Chessel, informando a su mujer de diversas circunstancias concernientes a mi familia, y que me eran desconocidas. Me preguntó mi edad. Al decírsela, la condesa me devolvió el movimiento de sorpresa que yo había tenido a propósito de su hija. Tal vez me suponía catorce años. Fue, como lo supe después, el segundo lazo que la unió con tanta fuerza a mí. Leí en su alma. Su maternidad se estremecía, iluminada por un tardío rayo de sol que le lanzaba la esperanza. Al verme tan débil y tan delicado y sin embargo tan nervioso, a mis veinte años cumplidos, una

voz le gritaba acaso: «¡Ellos vivirán!». Me miró curiosamente, y yo sentí que en aquel momento se fundían muchos hielos entre nosotros. Pareció deseosa de formularme mil preguntas, pero las guardó todas.

—Si el estudio os ha enfermado —se limitó a decir—, el aire de nuestro valle os repondrá.

—La educación moderna es fatal para los niños —dijo el conde—. Los atiborramos de matemáticas, los matamos a golpes de ciencia, y se gastan antes de tiempo. Tenéis que reposar aquí —añadió—. Estáis abrumado por la avalancha de ideas que se han abatido sobre vos. ¡Qué siglo nos prepara esa enseñanza puesta al alcance de todos, si no se previene el mal restituyendo la instrucción pública a las corporaciones religiosas!

Estas palabras traducían bien la frase que dijera cierto día en las elecciones, negando su voto a un hombre cuyos conocimientos podían servir a la causa realista: «Desconfiaré siempre de las personas de talento», respondió al agente electoral. Nos propuso diésemos una vuelta por sus huertos, y se levantó.

—Señor... —le dijo la condesa.

—¿Qué hay, querida?... —respondió él volviéndose con una brusquedad altanera, que denotaba el absolutismo con que gobernaba su casa, mas también cuán poco lo era.

—Ese señor ha venido a pie desde Tours y como el señor Chessel lo ignoraba, lo ha paseado por la Frapesle.

—Habéis cometido una imprudencia —me dijo él—, aunque a vuestra edad...

Y meneó la cabeza, lamentándolo.

Reanudóse la conversación. No tardé en reconocer hasta qué punto era intratable su realismo, y cuantas precauciones habían de adoptarse para evitar un choque. El criado, que se había enfundado rápidamente una librea, anunció la cena. El señor de Chessel ofreció su brazo a la señora de Mortsauf, y el conde tomó jovialmente el mío para pasar al comedor, que en la disposición de la planta baja, estaba contiguo al salón.

Cubierto su suelo por baldosas blancas fabricadas en Turena, y con paredes revestidas de madera a la altura del pecho, el comedor estaba tapizado con un papel barnizado que representaba grandes cuadros de flores y frutos; de las ventanas pendían cortinas de percal ornadas de ribetes encarnados; los trinchantes, eran antiguos muebles de taracea, y la madera de las sillas, guarnecidas con tapicería hecha a mano, eran de roble tallado. Abundantemente servida, la mesa no ofrecía nada de lujoso: platería de familia, de formas desiguales, porcelana de Sajonia, que había estado de moda en otro tiempo, garrafas octógonas, cuchillos de mango de ágata, y luego, bajo las botellas, redondeles de laca de China; flores en cubos barnizados y dorados sobre sus recortes de dientes de lobo. A mí me gustaban esas antigüedades, y me pareció extraordinario el papel Reveillon y sus orlas de soberbias flores. El contento que hinchaba todas mis velas me impidió apreciar las inextricables

dificultades que la vida tan coherente, solitaria y campesina levantaba entre ella y yo; estaba a su lado, a su derecha, y la servía de beber. ¡Oh, inesperada dicha!, rozaba su vestido, comía su pan. ¡Al cabo de tres horas, mi vida se confundía con la suya! En fin, estábamos ligados por aquel terrible beso, especie de secreto que nos avergonzaba mutuamente. Fui de una cobardía gloriosa: me dediqué a complacer al conde, quien se prestaba en todo momento a mis serviles adulaciones; hubiese acariciado al perro; cumplimentado los menores deseos de sus hijos; les hubiera traído aros y canicas de ágata; les habría servido de caballo, y hasta sentiría que no se apoderaban ya de mí como de cosa propia. El amor tiene sus intuiciones como el genio tiene las suyas, y yo veía confusamente que la inquietud, el desabrimiento y la hospitalidad, arruinarían mis esperanzas. La cena transcurrió por entero en medio de goces interiores para mí. Viéndome en casa de ella, no podía pensar ni en su real frialdad ni en la indiferencia que encubriría la cortesía del conde. El amor tiene, como la vida, una pubertad durante la cual se basta a sí mismo. Di algunas respuestas torpes en concordancia con los secretos tumultos de la pasión, pero que nadie podía adivinar, ni siquiera *ella*, que no sabía nada del amor. El resto del tiempo fue como un sueño, que se desvaneció cuando, al claro de la luna en una noche cálida y perfumada, atravesé el Indre en medio de las blancas fantasías que decoraban los prados, las riberas y las colinas; al oír el claro canto, la nota única, llena de melancolía, que lanza incesantemente y a intervalos iguales cierta rana cuyo nombre científico ignoro, pero que desde aquel solemne día, no escucho sin experimentar infinitos deleites. Reconocí un poco tarde allí, como en otras partes, aquella insensibilidad de mármol contra la que hasta entonces se habían embotado mis sentimientos; me pregunté si siempre sería así; creía hallarme bajo un influjo fatal; los siniestros acontecimientos del pasado se debatieron con los placeres puramente personales que yo había saboreado. Antes de volver a Frapesle, miré a Clochegourde, y vi a su pie una de las clásicas barcas de Turena, de quilla plana, atada a un fresno, y balanceada por el agua. Aquella barca pertenecía al señor de Mortsauf, quien la utilizaba para pescar en el río.

—Bueno —me dijo el señor de Chessel cuando no hubo peligro de que nos oyeran—, no tengo necesidad de preguntaros si habéis vuelto a hallar a vuestros bellos hombros; ¡hay que felicitaros por la acogida que os ha dispensado el señor de Mortsauf! ¡Diantre, al primer intento os habéis asentado en el corazón de la plaza!

Esta frase, seguida de la que ya os he dicho, reanimó mi abatido corazón. Desde nuestra partida de Clochegourde, yo no había pronunciado palabra, y el señor de Chessel atribuía mi silencio a mi felicidad.

—¿Cómo? —respondí con acento irónico, que podía ser igualmente dictado por la pasión contenida.

—Nunca ha recibido tan bien a nadie.

—Os confieso que yo mismo estoy asombrado por tal recepción —le dije, sintiendo la amargura interior que me desvelaba esa última palabra.

Aunque fuese demasiado inexperto en las cosas mundanas como para comprender la causa del sentimiento que experimentaba el señor de Chessel, no obstante me llamó la atención la expresión por la cual lo revelaba. Mi huésped tenía la enfermedad de apellidarse Durand, y renegaba del nombre de su padre, ilustre fabricante que durante la Revolución había acumulado una inmensa fortuna. Su mujer era la única heredera de los Chessel, antigua familia parlamentaria, burguesa bajo Enrique IV, como la de la mayoría de los magistrados parisinos. Ambicioso de altos vuelos, el señor de Chessel quería matar a su Durand original para alcanzar los destinos con los que soñaba. Llamóse primero Durand de Chessel, luego D. de Chessel, y ahora era el señor de Chessel. Bajo la Restauración, estableció un mayorazgo a título de conde, en virtud de cartas otorgadas por Luis XVIII. Sus hijos recogerán el fruto de su valor, sin conocer la grandeza. Una frase de cierto cáustico príncipe ha pesado a menudo sobre su cabeza: «El señor de Chessel se muestra generalmente poco como Durand». Esta frase ha sido proverbial durante mucho tiempo en Turena. Los arribistas son como los monos; poseen destreza; se les ve en la altura, se admira su agilidad durante la escalada; mas en llegando a la cima, no muestran más que sus partes vergonzosas. El reverso de mi anfitrión estaba compuesto de pequeñeces acrecentadas por la envidia. La dignidad de par y él son dos tangentes imposibles hasta la fecha. Tener una pretensión y justificarla, es la impertinencia de la fuerza; pero hallarse por debajo de sus declaradas apetencias, constituye un constante ridículo en el que pacen las mentalidades estrechas. Ahora bien, el señor de Chessel no ha tenido la rectilínea trayectoria del hombre fuerte; dos veces diputado, dos veces derrotado en las elecciones; ayer director general, y hoy nada, ni siquiera prefecto, sus éxitos o sus fracasos han estropeado su carácter y le han conferido la aspereza del hombre inválido. Aunque galante, espiritual y capaz de grandes cosas, acaso la envidia, tan habitual en Turena, en donde los nativos utilizan su inteligencia para sentir celos de todo, le fue funesta en las altas esferas sociales donde progresan poco aquéllos que se irritan ante el éxito del prójimo, que tienen los labios mohínos, que son rebeldes al cumplido y fáciles al epigrama. Deseando menos, habría obtenido más; pero, desgraciadamente, poseía el suficiente orgullo para desear caminar siempre de pie. En aquel momento, el señor de Chessel había llegado al crepúsculo de su ambición; el realismo le sonreía. Acaso afectaba grandes modales, mas para mí fue perfecto. Además, me agradó por una razón bien sencilla, la de haber encontrado el descanso en su casa por vez primera. El interés, débil tal vez, que me testimoniaba, me pareció a mí, desgraciado hijo rechazado, una imagen del amor paterno. Las atenciones de la hospitalidad contrastaban tanto con la indiferencia que hasta entonces me había abrumado, que experimentaba un pueril agradecimiento por vivir sin cadenas y casi acariciado. Los dueños de Frapesle se han mezclado así tanto a la aurora de mi dicha, que mi pensamiento los confunde en los recuerdos que me complazco en revivir. Más tarde, y precisamente en el asunto de las cartas patentes, tuve el placer de prestar algunos servicios a mi anfitrión. El señor de Chessel

disfrutaba de su fortuna con un fasto que ofendía a sus vecinos; podía renovar sus hermosos caballos y sus elegantes carruajes; su mujer era refinada en su atavío; recibía fastuosamente; su servicio doméstico era más numeroso de lo que los hábitos del país lo requerían; lo disponía todo como un príncipe. Las posesiones de Frapesle son inmensas. En presencia de todo aquel lujo de su vecino el conde de Mortsauf, reducido al cabriolé familiar, que en Turena desempeña un oficio intermedio entre la galera y la silla de posta, obligado por la mediocridad de su fortuna a explotar Clochegourde, fue, pues, turenés hasta el día en que los favores reales devolvieron a su familia un lustre quizás inesperado. Su acogida al benjamín de una familia arruinada, cuyo escudo data de las cruzadas, le servía para humillar la gran fortuna, para empequeñecer los bosques, las campiñas y los prados de su vecino, quien no era gentilhombre. El señor de Chessel había comprendido bien al conde. Y por eso se han tratado cortésmente, pero sin intimar, sin esa agradable confianza que debía existir entre Clochegourde y Frapesle, dos dominios separados por el Indre, y desde cuyas ventanas, cada una de las castellanas podían hacerse mutuamente señales.

La envidia no era la única razón de la soledad en que vivía el conde de Mortsauf. Su primera educación fue la de la mayoría de los vástagos de una gran familia, una instrucción incompleta y superficial, suplida por la enseñanza de los usos sociales, las costumbres de la corte, el ejercicio de elevados cargos de la corona o la ocupación de eminentes puestos. El señor de Mortsauf había emigrado precisamente en la época en que comenzaba su segunda educación, por lo que careció de ella. Fue de quienes creyeron en el pronto restablecimiento de la monarquía en Francia; persuadido de ello, su exilio había transcurrido en la más deplorable de las ociosidades. Al dispersarse el ejército de Condé, en el que su valor le hizo inscribir entre los más leales, esperó regresar pronto bajo la alba bandera, y no trató, como otros emigrados, de crearse una vida industriosa. Acaso tampoco tuvo la fuerza de abdicar su nombre, para ganarse el pan con los sudores de un trabajo que despreciaba. Sus esperanzas, siempre remitidas al siguiente día, y tal vez también el honor, le impidieron ponerse al servicio de las potencias extranjeras. El sufrimiento minó su valor. Largas caminatas hechas a pie sin alimentarse suficientemente, esperanzas desvanecidas, alteraron su salud y abatieron su ánimo. Paulatinamente, su penuria se hizo extrema. Si para muchos hombres es la miseria un tónico, hay otros para quienes resulta un disolvente; y el conde fue de estos últimos. Pensando en este pobre gentilhombre de Turena yendo por los caminos de Hungría y durmiendo en ellos, compartiendo un cuarto de cordero con los pastores del príncipe Esternazy, a quien como viajero pedía el pan que como gentilhombre no habría aceptado nunca, y que reiteradamente rehusó de las manos enemigas de Francia, no me he burlado jamás del emigrado hasta que lo vi ridículo en el triunfo. El blanco cabello del señor de Mortsauf me había hablado de espantosos dolores, y simpatizo demasiado con los exilados para poder juzgarlos. La alegría francesa y turanesa sucumbió en el conde; se tornó taciturno, cayó enfermo, siendo cuidado por caridad en no sé qué hospicio alemán. Su enfermedad era una

inflamación del mesenterio, caso frecuentemente mortal, pero cuya curación acarrea cambios de humor, y motiva casi siempre la hipocondría. Sus amores, enterrados en lo más profundo de su alma, fueron amores de baja estofa, que atacaron no solamente su vida, sino que arruinaron su futuro. Tras doce años de miserias, volvió los ojos a Francia, autorizado a entrar por el decreto de Napoleón. Cuando, al pasar el Rhin, divisó el campanario de Estrasburgo cierto bello atardecer el dolorido viajero desfalleció.

—¡Francia! ¡Francia! —clamaba como un niño grita «Madre mía!», cuando está herido.

Rico antes de nacer, se encontraba ahora pobre; hecho para mandar un regimiento o tener un puesto de gobierno en el Estado, carecía actualmente de autoridad, sin porvenir; nacido sano y robusto, regresaba enfermo y completamente consumido. Sin instrucción en un país en el que los hombres y las cosas habían crecido; sin influencia posible, se vio despojado de todo, hasta de sus fuerzas físicas y morales. Su falta de fortuna hacía gravoso su nombre. Sus inquebrantables opiniones, sus antecedentes en el ejército de Condé, sus pesares, sus recuerdos, su perdida salud, le confirieron una susceptibilidad de tal naturaleza que no podía exteriorizarse en Francia, patria de las burlas. Medio moribundo alcanzó el Mame, donde, por una casualidad debida a la guerra civil, el gobierno revolucionario había olvidado vender una granja de considerable extensión y que su colono conservaba haciéndose pasar por el propietario. Cuando la familia de Lenoncourt, que habitaba Givry, castillo situado cerca de esta granja, supo la llegada del conde de Mortsauf, el duque de Lenoncourt fue a proponerle que permaneciera en Givry durante el tiempo necesario para disponer de un alojamiento. La familia Lenoncourt fue noblemente generosa con el conde, quien se recuperó allí durante varios meses de estancia, esforzándose por ocultar sus sufrimientos. Los Lenoncourt habían perdido sus inmensos bienes. Por su nombre, el señor de Mortsauf era un partido conveniente para su hija. Lejos de oponerse a su matrimonio con un hombre de treinta y cinco años, enfermizo y envejecido, la señorita de Lenoncourt pareció satisfecha. El matrimonio le confería el derecho de vivir con su tía, la duquesa de Verneuil, hermana del príncipe de Blamont-Chauvry, y que para ella era una madre adoptiva.

Amiga íntima de la duquesa de Borbón, la señora de Verneuil formaba parte de una santa congregación cuya alma era el señor Saint-Martin, nacido en Turena, y apodado el *Filósofo desconocido*. Los discípulos de este filósofo practicaban las virtudes aconsejadas por las elevadas especulaciones del iluminismo místico. Esta doctrina procura la llave de los mundos divinos, explica la existencia por transformaciones mediante las cuales el hombre se encamina a sublimes destinos, libera al deber de su degradación legal, aplica a las penas de la vida la inalterable dulzura del cuáquero, y ordena el desprecio del sufrimiento inspirando yo no sé qué de maternal para el ángel que llevamos al cielo. Es el estoicismo ante el futuro. La plegaria activa y el amor puro son los elementos de esta fe que sale del catolicismo

romano para volver al cristianismo de la Iglesia primitiva. No obstante, la señorita de Lenoncourt permaneció en el seno de la Iglesia apostólica, a la cual se mantuvo siempre fiel. Duramente sometida a prueba por las tormentas revolucionarias, la duquesa de Verneuil había adquirido, en los últimos días de su vida, un tinte de apasionada piedad que vertió en el alma de su niña adorada *la luz del amor celeste y el óleo del gozo interior*, para emplear las mismas expresiones de Saint-Martin. La condesa recibió muchas veces a este hombre de paz y de virtuoso saber en Clochegourde, tras el fallecimiento de su tía, a cuya mansión iba él a menudo. Saint-Martin corrigió en Clochegourde sus últimos libros, impresos en Tours por Letourmy. Inspirada por los consejos de las ancianas experimentadas, la señora de Verneuil cedió Clochegourde a la recién casada, para que tuviera casa propia. Con la gracia de los ancianos, que es siempre perfecta cuando son generosos, la duquesa abandonó todo a su sobrina, contentándose con una habitación encima de la que antes ocupaba, y que tomó la condesa. Su muerte, casi repentina, puso crespones en las alegrías del enlace, e imprimió inefables tristezas tanto en Clochegourde, como en el alma supersticiosa de la desposada. Los primeros días de su establecimiento en Turena fueron para la condesa el único período, aunque no feliz, sí el más despreocupado de su vida.

Tras su tormentosa estancia en el extranjero, el señor de Mortsauf, satisfecho por vislumbrar un porvenir halagüeño, tuvo como una convalecencia de alma; respiró en aquel valle los embriagadores aromas de una esperanza florecida. Obligado a pensar en su fortuna, se lanzó a los preparativos de su empresa agronómica, y comenzó por saborear cierta alegría; pero el nacimiento de Santiago fue como el rayo que arrasa el presente y el porvenir: el médico condenó al recién nacido. El conde ocultó cuidadosamente esta sentencia a la madre; después consultó también a otras personas recibiendo respuestas desesperadas que fueron confirmadas por el nacimiento de Magdalena. Esos dos acontecimientos, y una especie de certidumbre interior sobre la sentencia fatal, agudizaron la enfermiza disposición del emigrado. Extinguido para siempre su distinguido apellido, una mujer joven y pura, irreprochable, desgraciada a su lado, destinada a las angustias de la maternidad sin obtener sus placeres; ese *humus* de su antigua vida, en el que germinaban nuevos sufrimientos, le prendió el corazón y consumó su destrucción. La condesa adivinó el pasado por el presente, y leyó en el futuro. Aun cuando nada sea tan difícil como hacer feliz a un hombre que se siente lisiado, la condesa intentó tal empresa digna de un ángel. En un día se tornó estoica. Tras haber descendido al abismo, desde el cual pudo ver aún el cielo, se consagró a un hombre solo, con la entereza con que una hermana de la Caridad; y a fin de reconciliarle consigo mismo, le perdonó lo que él no se perdonaba. El conde se hizo avaro; ella aceptó las privaciones impuestas; sentía miedo de ser engañado, como lo tienen todos aquéllos que no han conocido de la vida del mundo sino decepciones, y ella permaneció en su soledad, plegándose sin murmurar a sus desconfianzas; empleó las artimañas de la mujer para hacerle querer lo que era bueno;

él se creó así ideas y saboreaba en su casa los placeres de una superioridad de la que habría carecido en cualquier otra parte. Luego, tras haber avanzado en la senda del matrimonio, ella resolvió no salir jamás de Clochegourde, reconociendo en el conde un alma histérica cuyos desvíos podrían, en un país de malicia y de chismorreos, perjudicar a sus hijos. Así nadie suponía la incapacidad real del señor de Mortsauf, pues ella había cubierto sus ruinas con un espeso manto de hiedra. El carácter variable, no descontento, sino malcontento del conde, halló en su mujer un terreno suave y fácil en el que se tendió, sintiendo en ella atenuados sus secretos dolores por la frescura de los bálsamos.

Esta exposición es la expresión más simple de los discursos arrancados al señor de Chessel por un secreto despecho. Su conocimiento del mundo le había hecho vislumbrar algunos de los misterios enterrados en Clochegourde. Mas si por su sublime actitud, la señora de Mortsauf engañaba al mundo, no pudo engañar a los sentidos inteligentes del amor. Cuando me hallé en mi pequeña habitación, el presentimiento de la verdad me hizo dar un brinco en el lecho; se me hacía insoportable hallarme en Frapesle desde donde podía ver las ventanas de su habitación; me vestí, descendí con sigilosos pasos de lobo, y salí del castillo por la puerta de una torre que conducía a una escalera de caracol. El frío de la noche me serenó. Atravesé el Indre por el puente del molino Rojo, y llegué a la bendita barca fondeada frente a Clochegourde, donde brillaba una luz en la última ventana del lado de Azay. Volví a hallar mis antiguas contemplaciones, pero apacibles, mezcladas con los gorgoritos del cantor de las noches amorosas, y por el canto monótono «Id rui señor de las aguas. Se despertaron en mí ideas

que se deslizaban como fantasmas, arrastrando los crespones que hasta entonces me habían hurtado mi bello futuro. El alma y los sentidos estaban igualmente encantados. ¡Con qué violencia subieron hasta ella mis deseos! ¡Cuántas veces me dije, como un insensato, su estribillo: «¿La poseeré?» Si durante los días precedentes se había engrandecido para mí el universo, en una sola noche tuvo un centro. En él convergieron mis deseos y mis ambiciones; yo quería serlo todo para ella, a fin de rehacer y colmar su corazón desgarrado. Bella fue aquella noche pasada bajo sus ventanas, en medio del murmullo de las aguas filtrándose a través de las compuertas de los molinos, y entrecortado el sonido de las horas dadas en el campanario de Saché. Durante aquella noche bañada de luz, en la que aquella flor sideral me iluminó la vida, desposé mi alma con la fe del pobre caballero castellano de quien nos burlamos en Cervantes, la fe con que comenzamos el amor. Al primer resplandor del alba en el cielo, al primer canto de pájaro, volví al parque de Frapesle; ningún campesino me vio; nadie sospechó mi escapatoria, y dormí hasta el momento en que la campana anunció el desayuno. Tras él, y a pesar del calor, descendí a la pradera, a fin de contemplar nuevamente el Indre y sus islas, el valle y sus ribazos, de los que parecía un admirador apasionado; pero con esa velocidad de piernas que desafía a la de un caballo desbocado, volví a encontrar mi barca, mis sauces y mi Clochegourde.

Todo estaba allí silencioso y estremecido, como lo está el campo a mediodía. Los inmóviles follajes se recortaban netamente sobre el fondo azul del cielo: los insectos que viven de la luz, libélulas y cantáridas, volaban a sus fresnos y sus juncos; los hatos rumiaban en la sombra, las tierras rojas de la viña ardían, y las culebras se deslizaban a lo largo de los taludes.

¡Qué cambio en aquel paisaje tan fresco y coquetón antes de mi sueño! De pronto, salté fuera de la barca y remonté el camino para contornear Clochegourde, de donde me pareció ver salir al conde. No me equivocaba; iba a lo largo de una cerca, y se dirigía sin duda a una puerta que da al camino de Azay, que bordea el río.

—¿Qué tal os encontráis esta mañana, señor conde?

Me miró con aire satisfecho, pues no le solían llamar así.

—Bien —dijo—. ¿Os gusta tanto el campo para pasear por él cuando hace tanto calor?

—¿No se me ha enviado aquí para respirar aire puro?

—Bueno, ¿queréis venir a ver cómo siegan el centeno?

—Con mil amores —le respondí—. Os confieso que soy completamente ignorante en esta materia. No distingo el centeno del trigo, ni el álamo del tiemblo; no sé nada de los cultivos, ni de las diferentes maneras de explotar una tierra.

—Venid, pues —dijo jovialmente, volviéndose sobre sus pasos—. Entrad por la pequeña puerta de arriba.

Remontó el largo de su cerca, por dentro, haciéndolo yo por el exterior.

—No aprenderéis nada con el señor de Chessel —dijo—. Es demasiado gran señor para no ocuparse de otra cosa que de recibir las cuentas de su administrador.

Me mostró sus corrales y edificios, los jardines de recreo, los vergeles y los huertos. En fin, me llevó hacia aquella larga avenida de acacias y árboles del cielo, bordeada por el río, donde divisé, al otro extremo, y sobre un banco, a la señora de Mortsauf, ocupada con sus dos hijos. ¡Cuán bella es una mujer bajo esos menudos follajes temblorosos y recortados! Sorprendida acaso de mi cándida solicitud, no se movió, sabiendo bien que iríamos a ella. El conde me hizo admirar la vista del valle, que desde allí presenta un aspecto completamente diferente de los ofrecidos según las alturas que íbamos pasando. Se hubiese dicho un pequeño rincón de Suiza. La pradera, surcada por los arroyos que se lanzan al Indre, se descubre en toda su longitud y se pierde en el horizonte. Del lado de Montbazon, la vista percibe una inmensa extensión verde; por todos los demás puntos se encuentra limitada por colinas, arboledas y roquedales. Avivamos el paso para ir a saludar a la señora de Mortsauf, quien dejó caer de pronto el libro en el que leía Magdalena, y tomó sobre sus rodillas a Santiago, presa de una tos convulsiva.

—¿Qué le sucede? —inquirió el conde, tornándose lívido.

—Le duele la garganta —respondió la madre afectando no verme—. No será nada.

Sostenía a la vez la cabeza y la espalda del pequeño, y de sus ojos salían dos

rayos que derramaban vida en aquella pobre y débil criatura.

—Sois de una increíble imprudencia —dijo el conde con acritud—. Le exponéis al frío del río y le sentáis sobre un banco de piedra.

—¡Pero, papá, si el banco quema! —exclamó Magdalena.

—Se ahogaban arriba —dijo la condesa.

—¡Las mujeres quieren tener siempre razón! —comentó el conde, mirándome.

Para evitar el aprobarle o desaprobarle con mi mirada, contemplé a Santiago, quien se quejaba de dolor en la garganta, y su madre se lo llevó. Antes de dejarnos, oyó que decía su marido:

—¡Cuando se han parido niños enfermizos, hay que saber cuidarlos!

Palabras profundamente injustas; pero su amor propio le impulsaba a justificarse a costa de su mujer. La condesa volaba subiendo las rampas y las escalinatas. La vi desapareciendo por la puerta-ventana. El señor de Mortsauf se había sentado sobre el banco, con la cabeza inclinada, meditabundo; mi situación se hacía intolerable, pues ni me miraba ni me hablaba. ¡Adiós paseo durante el cual pensaba granjearme tan bien su afecto! No recuerdo haber pasado en mi vida un cuarto de hora más horrible que aquél. Sudaba la gota gorda, diciéndome: «¿Me voy o me quedo?». ¡Cuántos pensamientos tristes se alzarían en él para olvidar el ir a informarse del estado de Santiago! Se levantó bruscamente y vino a mi lado. Ambos nos volvimos para contemplar el risueño valle.

—Dejaremos para otro día nuestro paseo, señor conde —dije yo entonces con suavidad.

—¡Salgamos! —respondió él—. Estoy por desgracia acostumbrado a semejantes crisis, yo que daría mi vida sin ningún pesar para conservar la de ese niño.

—Santiago va mejor; duerme ya, amigo mío —dijo la voz de oro.

La señora de Mortsauf se mostró de pronto al extremo de la avenida; llegó sin hiel, sin amargura, y me devolvió mi saludo.

—Veo con placer —me dijo— que os gusta Clochegourde.

—¿Quieres, querida, que monte a caballo y vaya a buscar al señor Deslandes? —dijo el conde, testimoniando el deseo de hacerse perdonar su injusticia.

—No te atormentes —respondió ella—. Santiago no ha dormido esta noche, eso es todo. Ese niño es muy nervioso, ha tenido una pesadilla, y me he pasado todo el tiempo contándole historias para que durmiese de nuevo. Su tos es puramente nerviosa, la he calmado con una pastilla de goma, y por fin se ha dormido.

—¡Pobre mujer! —dijo el conde, tomándole la mano entre las suyas y lanzándole una húmeda mirada—. Yo no sabía nada...

—¿A qué inquietarte por naderías? Ve a tu centeno. Ya sabes que si no estás presente, los colonos dejarán entrar en el campo las espigadoras ajenas a la aldea, antes de que sean arrancadas las hierbas.

—Voy a hacer mi primer curso de agricultura, señora —le dije yo. ,

—Pues vais a buena escuela —respondió ella, señalando al conde, cuya boca se

contrajo para expresar esa sonrisa de contento que se denomina familiarmente *poner hocico*.

Dos meses después tan sólo, supe que ella había pasado aquella noche con horrible ansiedad, temiendo que su hijo tuviera el garrotillo. Y yo, yo me encontraba en aquella barca, muellemente mecido por pensamientos de amor, imaginándome que, desde su ventana, ella me vería adorando el resplandor de aquella bujía que iluminaba entonces su frente surcada por mortales alarmas. Existía entonces una epidemia de garrotillo en Tours que hacía espantosos estragos. Cuando estuvimos en la puerta, el conde me dijo con voz emocionada:

—¡La señora de Mortsauf es un ángel!

Estas palabras me hicieron vacilar. Yo no conocía aún sino superficialmente a aquella familia, y el remordimiento tan natural que se apodera de un alma joven en semejante ocasión, me gritó: «¿Con qué derecho perturbas tú esta paz profunda?»

Dichoso por tener como oyente a un joven sobre quien podría lograr fáciles triunfos, el conde me habló del futuro que el retorno de los Borbones preparaba a Francia. Tuvimos una conversación variada, en la cual escuché auténticas puerilidades que me sorprendieron singularmente. Él ignoraba hechos de una evidencia geométrica; tenía miedo de las gentes instruidas; las superioridades, las negaba; se burlaba, acaso con razón, del progreso; en fin, reconocí en él una gran cantidad de fibras dolorosas que obligaban a adoptar tantas precauciones para no herirle, que una conversación prolongada exigía un considerable esfuerzo mental. En cuanto, por decirlo así, hube palpado sus defectos, me plegué a ellos con tanta elasticidad como la condesa. En otra época de mi vida, indudablemente le hubiese lastimado el amor propio; pero, tímido como un niño, creyendo no saber nada, o creyendo que los hombres maduros lo sabían todo, me pasmaba ante las maravillas obtenidas en Clochegourde por aquel paciente agricultor. Escuchaba sus planes con admiración. En fin, involuntaria adulación que me valió la benevolencia del viejo gentilhombre, envidié aquella hermosa tierra, su posición, aquel paraíso terrestre, poniéndolo a cien codos sobre Frapesle.

—¡Frapsle le dije —es una platería maciza, pero Clochegourde es un estuche de piedras preciosas!

—Pues bien, antes de que nosotros viniésemos, esto era una desolación —decía él.

Yo era todo oídos cuando él me hablaba de sus semillas, de sus planteles. Novato en las labores del campo, le abrumaba con preguntas sobre el precio de las cosas, y sobre los sistemas de explotación, y me pareció estar sumamente satisfecho por proporcionarme tantos detalles.

—¿Qué le han enseñado entonces? —me preguntó asombrado.

En esta primera jornada, el conde dijo a su mujer cuando regresó:

—¡El señor Félix es un joven encantador!

Por la noche escribí a mi madre pidiéndole me enviase trajes y ropa blanca,

anunciándole que me quedaba en Frapesle. Ignorando la gran revolución que se efectuaba entonces, y no comprendiendo la influencia que debía ejercer en mi destino, yo pensaba regresar a París para terminar la carrera de derecho y la Facultad no reanudaba sus cursos hasta noviembre; disponía pues, de dos meses y medio.

Durante los primeros momentos de mi estancia, intenté intimar con el conde, y fue una época de impresiones crueles. Descubrí que aquel hombre se irritaba sin motivo, actuaba rápidamente en los casos desesperados; esto me espantó. Se hallaban en él súbitos arranques del gentilhomme tan valeroso en el ejército de Condé, algunos destellos parabólicos de esas voluntades que pueden, ante circunstancias graves, abrir, como las bombas, brecha en la política, y que, por los azares de la rectitud y el valor, hacen de un hombre condenado a vivir en su dominio solariego un d'Elbée, un Bonchamp, un Charette^[4]. Ante ciertas suposiciones, su nariz se contraía, su frente se despejaba, y sus ojos lanzaban un rayo al punto amortiguado. Yo tenía miedo de que sorprendiendo el lenguaje de mis ojos, el señor de Mortsauf me matase sin pensarlo dos veces. En aquella época, yo era exclusivamente tierno. La voluntad, que modifica tan singularmente a los hombres, tan sólo comenzaba a asomar en mí. Mis excesivos deseos me habían comunicado esas rápidas conmociones de la sensibilidad, que se asemejan a las sacudidas del miedo. La lucha no me hacía temblar, pero yo no quería perder la vida sin haber saboreado la dicha de un amor correspondido. Las dificultades y mis deseos aumentaban en dos líneas paralelas. ¿Cómo hablar de mis sentimientos? Yo era presa de lastimosas perplejidades. Esperaba un azar, observaba, me familiarizaba con los pequeños, de quienes me hice querer, trataba de identificarme con las cosas de la casa. Insensiblemente, el conde se contuvo menos conmigo. Conocí, pues, sus súbitos cambios de humor, sus profundas tristezas sin motivo, sus bruscas indignaciones, sus quejas amargas y tajantes, su rencorosa frialdad, sus movimientos demenciales reprimidos, sus gemidos de niño, sus gritos de hombre desesperado, y sus imprevistas cóleras. La naturaleza moral se distingue de la física en que nada es en ella absoluto: la intensidad de los efectos está en razón directa de la fuerza de los caracteres, o bien de las ideas que agrupamos en torno a un hecho. Mi mantenimiento en Clochegourde, el porvenir de mi vida, dependían de aquella fantástica voluntad. No sabría expresaros cuantas angustias oprimían mi alma, tan idónea entonces a dilatarse como a contraerse, cuando al entrar me decía: «¿Cómo va a recibirme?». ¡Cuánta ansiedad en mi corazón cuando repentinamente aparecían signos tormentosos sobre aquella pálida frente! Era un continuo estar sobre ascuas, alerta como un centinela. Caía, pues, bajo el despotismo de aquel hombre. Mis sufrimientos me hicieron adivinar los de la señora de Mortsauf. Comenzamos a intercambiar miradas de inteligencia, y mis lágrimas corrían a veces cuando ella contenía las suyas. La condesa y yo fuimos sometidos así a prueba por el dolor. ¡Cuántos descubrimientos no he hecho durante aquellos cuarenta primeros días llenos de amarguras reales, de alegrías tácitas, de esperanzas tan pronto frustradas, como saliendo nuevamente a flote! Una tarde la encontré religiosamente pensativa ante una

puesta de sol que enrojecía tan voluptuosamente las cimas, presentando al valle como un lecho, que resultaba imposible no escuchar la voz de aquel eterno Cantar de los cantares con que la naturaleza invita a sus criaturas al amor. ¿Volvía la doncella a sus huidas ilusiones? ¿Sufría la mujer de alguna comparación secreta? Creí ver en su actitud un abandono provechoso para las primeras declaraciones, y le dije:

—¡Hay días difíciles!

—Habéis leído en mi alma —me respondió—, ¿pero cómo?

—¡Tenemos tantos puntos comunes! —respondí—. ¿No pertenecemos al pequeño número de criaturas privilegiadas para el dolor y para el placer, cuyas fibras sensitivas vibran al unísono produciendo grandes resonancias interiores, y cuya nerviosa naturaleza se halla siempre en armonía constante con la naturaleza de las cosas? Ponedlas en un ambiente donde todo es disonancia, y esos seres sufren horriblemente, del mismo modo que su agrado llega a la exaltación cuando hallan las ideas, las sensaciones o las personas que les son simpáticas. Mas para nosotros hay un tercer estado, cuyas desgracias no son conocidas sino por las almas afectadas de la misma dolencia, y en las cuales se hallan fraternas comprensiones. Puede sucedemos que no nos impresione ni el bien ni el mal. Un órgano expresivo dotado de movimiento actúa entonces en nosotros en el vacío, se apasiona sin objeto, produce sonos sin formar melodía, lanza acentos que se pierden en el silencio: especie de contradicción terrible de un alma que se rebela contra la inutilidad de la nada, juegos abrumadores en los cuales nuestra potencia escapa por entero sin alimento, como la sangre por una herida desconocida. La sensibilidad se derrama a torrentes, y se producen indecibles melancolías, para las cuales no tiene oídos el confesonario. ¿No he descrito acaso nuestros dolores comunes?

Ella se estremeció, y sin dejar de mirar al sol poniente, me respondió:

—¿Cómo siendo tan joven sabéis esas cosas? ¿Habéis sido tal vez mujer?

—¡Ah! —le respondí con voz conmovida—. Mi infancia ha sido como una larga enfermedad.

—Oigo toser a Magdalena —dijo ella, abandonándome precipitadamente.

La condesa me vio asiduamente en su casa, sin recelo, por dos razones. Por primera, ella era pura como una niña, y su pensamiento no se lanzaba a ningún desvío. Después, yo entretenía al conde, constituyendo una especie de pasto para aquel león sin garras ni melenas. Y en fin, yo había acabado por hallar una razón de ir allí, la cual nos pareció plausible a todos. Yo no sabía jugar al chaquete; el señor de Mortsauf se propuso enseñármelo, y acepté. Cuando concluimos nuestro acuerdo, la condesa no pudo evitar dirigirme una mirada de compasión que quería decir: «¡Os metéis en la boca del lobo!». Si no comprendí nada al principio, el tercer día supe a qué me había comprometido. Mi inacabable paciencia, ese fruto de mi infancia, maduró durante ese período de pruebas. Fue una dicha para el conde librarse a crueles chacotas cuando yo no ponía en práctica el principio o la regla que él me había explicado; si reflexionaba yo, él se quejaba del aburrimiento que causa el juego lento;

y si me daba por cometer faltas, me decía, aprovechándose de ellas, que me apresuraba demasiado. Fue una tiranía de *magister*, un despotismo de férula del que no os puedo dar una idea sino comparándome a Epicteto caído bajo el yugo de un perverso niño. Cuando jugamos dinero, sus constantes ganancias le produjeron deshonorosas, mezquinas alegrías. Una palabra de su mujer me consolaba de todo, y le volvía a él prestamente al sentimiento de la cortesía y de las conveniencias. No tardé en caer en las brasas de un imprevisto suplicio. En aquel pasatiempo se fue mi dinero. Aunque el conde quedase siempre entre su mujer y yo hasta el momento en que les dejaba, algunas veces muy tarde, yo mantenía siempre la esperanza de hallar un momento en que me deslizaría en su corazón; mas para obtener esa hora tan esperada, con la dolorosa paciencia del cazador, ¿no era preciso proseguir aquellas rabiosas partidas en las que mi alma estaba constantemente desgarrada, y que se llevaban todo mi dinero? ¡Cuántas veces habíamos permanecido silenciosos, ocupados en contemplar un efecto de sol en la pradera, las nubes en un cielo gris, las vaporosas colinas, o los temblores de la luna en los guijarros del río, sin decirnos otra cosa que:

—¡Cuán bella es la noche!

—La noche es fémica, señora.

—¡Qué tranquilidad!

—Sí, no se puede ser del todo desgraciado aquí.

A esta respuesta, ella volvía a su tapicería. Yo había acabado por oír en ella un remover de entrañas causado por un cariño que reclamaba su puesto. Sin dinero, ¡adiós las veladas! Yo había escrito a mi madre que me lo enviase; mi madre me riñó y me envió una cantidad que no me llegaba ni para ocho días. ¿A quién pedirlo? ¡Y se trataba de mi vida! En el seno de mi primera gran felicidad hallé así los sufrimientos que me habían asaltado por doquier; pero en París, en el colegio, en la pensión, había escapado a ellos por una reflexiva abstinencia, y mi desdicha había sido negativa; en Frapesle se hizo activa; conocí entonces el deseo del robo, esos delitos imaginados, esas espantosas rabias que surcan el alma y que debemos ahogar so pena de perder nuestra propia estimación. Los recuerdos de las crueles meditaciones, de las angustias que me impuso la parsimonia de mi madre, me han inspirado para los jóvenes la santa indulgencia de quienes, sin haber caído, han llegado al borde del abismo, como para medir su profundidad. Aunque mi probidad, alimentada de fríos sudores, se haya fortificado en esos momentos en los que se entreabre la vida y deja ver la árida grava de su lecho, cada vez que la justicia humana ha asestado su cuchilla sobre el cuello de un hombre, me he dicho: «Las leyes penales han sido hechas por personas que no han conocido la desgracia». Llegado a este extremo descubrí en la biblioteca del señor de Chessel, el tratado de chaquete, y lo estudié; después, mi huésped se avino a darme algunas lecciones; menos duramente dominado, pude hacer progresos, aplicar las reglas y los cálculos que me aprendí de memoria. Así, en poco tiempo, estuve en condiciones de vencer a mi maestro; mas cuando le gané, su humor se tornó execrable; sus ojos fulguraron como los de los tigres, su rostro se crispó, y sus cejas

se contrajeron como no he visto contraerse las de nadie. Sus quejas fueron las de un niño mimado. A veces lanzaba los dados, se enfurecía, pateaba y me injuriaba. Aquellas violencias tuvieron un fin. Una vez que adquiría yo ventaja en el juego, conducía la batalla a mi antojo; me las apañaba para que al final todo estuviese poco más o menos igual, dejándole ganar durante la primera mitad de la partida, y restableciendo el equilibrio en la segunda. El fin del mundo habría sorprendido menos al conde que la rápida superioridad de su discípulo; pero no lo reconoció jamás. El desenlace constante de nuestras partidas fue un nuevo pasto del que se apoderó su mente.

—Decididamente —decía— mi pobre cabeza se fatiga. Ganáis siempre al final de la partida, porque entonces se agotan mis recursos.

La condesa, que conocía el juego, se percató de mi manejo desde la primera vez, y adivinó inmensos testimonios de afecto. Estos detalles no pueden ser apreciados sino por aquellos por quienes son conocidas las tremendas dificultades del chaquete. ¡Cuánto expresaba este insignificante detalle! Mas el amor, como el Dios de Bossuet, pone por encima de las más esplendentes victorias el vaso de agua del pobre, el esfuerzo del soldado que parece ignorado. La condesa me lanzó uno de esos mudos agradecimientos que destrozan un joven corazón; me otorgó la mirada que reservaba a sus hijos. Desde aquella bendita velada me miró siempre al hablarme. No sabría yo explicar en qué estado me encontraba al marcharme. Mi alma había absorbido mi cuerpo, me sentía ingrávigo, alado, no caminaba, volaba. Estaba penetrado de aquella mirada, que me había inundado de luz, como su *¡Adiós, señor!* había hecho sentir en mi alma las armonías que contiene el *O filii!, o filiae!*^[5] de la resurrección pascual. Nacía a una nueva vida. ¡Era, pues, algo para ella! Me dormí en mantos de púrpura. Llamas pasaron ante mis cerrados ojos, persiguiéndose en las tinieblas como los lindos gusanos de luz que corren unos tras otros sobre las cenizas del papel quemado. En mis sueños, su voz se tornó no sé qué de palpable, en una atmósfera que me envolvió de claridad y de perfumes, en una melodía que me acarició el espíritu. A la mañana siguiente, su acogida expresó la plenitud de los sentimientos otorgados, y desde entonces fui iniciado a los secretos de su voz. Aquel día había de ser uno de los más señalados de mi vida. Tras la cena, nos paseamos por las alturas, fuimos a una landa a la que nadie podía ir, y cuyo suelo era pedregoso, desecado, sin tierra vegetal; sin embargo, había en ella algunos robles y brezos; pero en vez de hierba, se extendía un tapiz de musgos de color leonado, crespos, iluminados por los rayos del sol poniente, por el que resbalaban los pies. Yo tenía de la mano a Magdalena, para sostenerla, y la señora de Mortsauif daba el brazo a Santiago. El conde, que iba delante, se volvió, golpeó el suelo con su bastón, y me dijo con acento terrible:

—¡Ésta es mi vida!... ¡Oh!, pero antes de haberte conocido —añadió, lanzando una mirada de excusa a su mujer.

Reparación tardía; la condesa había palidecido. ¿Qué mujer no se habría tambaleado como ella al recibir semejante golpe?

—¡Cuán deliciosos aromas llegan aquí, y qué bellos electos de luz! —exclamé—. ¡Cómo me gustaría poseer esta landa; acaso hallaría en ella tesoros al sondearla; mas la riqueza mayor sería a buen seguro vuestra vecindad! ¿Quién, por lo demás, no pagaría mucho por semejante espectáculo, con ese serpentino río en el que el alma se baña entre los fresnos y los sauces? Para vos, este rincón es una landa; para mí, un paraíso.

Ella agradeció mis palabras con una mirada.

—¡Egloga! —dijo él, con amargo tono—. No es aquí donde debe vivir un hombre que lleva vuestro nombre —se detuvo y luego añadió—. ¿Oís las companas de Azay? Yo oigo tocar.

La señora de Mortsauf me miró con aire espantado, y Magdalena me apretó la mano.

—¿Queréis que entremos a jugar una partida? —le dije—. El ruido de los dados os impedirá oír las campanas.

Volvimos a Clochegourde hablando sobre diversas cosas. El conde se quejaba de vivos dolores, sin precisarlos. Cuando estuvimos en el salón, hubo entre nosotros una indefinible incertidumbre. El conde estaba sumido en un sillón, absorbido por una meditación respetada por su mujer, quien conocía los síntomas de la enfermedad y sabía prevenir los ataques. Yo imité su silencio. Si ella no me pidió que me fuese, acaso creyó que la partida de chaquete distraería al conde y disiparía aquellas fatales susceptibilidades nerviosas cuyos estallidos la mataban. Nada resultaba más difícil que hacer jugar al conde aquella partida de chaquete, tan de su agrado siempre. Semejante a una querida, deseaba ser rogado, forzado, para no tener aire de estar obligado, acaso por lo mismo que así era. Si como consecuencia de una conversación interesante, olvidaba yo mis zalemas, se tornaba murrioso, áspero, hiriente, y le irritaba la conversación, contradiciéndolo todo. Advertido por su mal humor, le proponía una partida, y entonces él coqueteaba: «Es muy tarde —decía— y además no pensaba en ello». En fin, desordenados melindres que, como en las mujeres, acaban por hacer que ignoréis sus verdaderos deseos. Yo me humillaba, le suplicaba que me ejercitara en una ciencia tan fácil de olvidar. En esta ocasión, hube de recurrir a una loca alegría para decidirle a jugar. Él se quejaba de aturdimientos que le impedirían calcular, pues tenía el cráneo como atornillado y oía silbidos, se ahogaba y lanzaba enormes suspiros. Finalmente consintió en sentarse a la mesa de juego. La señora de Mortsauf nos dejó para acostar a sus hijos y hacer rezar las acostumbradas oraciones vespertinas en su casa. Todo fue bien durante su ausencia; me las apañé para que el señor de Mortsauf ganara, y su contento le desfrunció rápidamente el ceño. El súbito paso de una tristeza que le arrancaba siniestras predicciones a aquel júbilo de hombre ebrio, a aquella risa demencial y casi sin razón, me inquietó, me heló. Jamás le había visto un ataque tan francamente acusado. Nuestro conocimiento íntimo había dado sus frutos; ya no sentía engorro alguno conmigo. Cada día intentaba envolverme en su tiranía, pues verdaderamente parece como si las

enfermedades morales sean criaturas con apetitos, instintos, y quieran ampliar el espacio de su imperio, al igual que un propietario procura aumentar su hacienda. Bajó la condesa y vino al lado de la mesa para recibir mejor luz para su tapicería, pero se puso a manipular en su bastidor con mal disimulada aprensión. Una funesta jugada, que no pude impedir, cambió el rostro del conde: de satisfecho, se tornó sombrío; de púrpura se puso amarillo, y sus ojos vacilaron. Luego se produjo una última desdicha, que yo no pude ni prever ni reparar. El señor de Mortsauf incurrió en una fatal jugada que decidió su fulgurante pérdida de la partida. Levantóse al punto, lanzó la mesa contra mí, la lámpara al suelo, asestó un puñetazo sobre la consola, y empezó a dar saltos por el salón, pues no puedo decir que andaba. El torrente de injurias, de imprecaciones, de apostrofes, de frases incoherentes que salió de su boca, habría hecho creer en algún antiguo poseso, como en la Edad Media. ¡Ya podéis imaginaros cómo estaría yo!

—Id al jardín —me dijo la señora de Mortsauf, apretándome la mano.

Salí sin que el conde se diera cuenta de mi desaparición.

Desde la terraza, a donde fui lentamente, oí los estallidos de su voz y sus gemidos que salían de su habitación, contigua al comedor. A través de la tempestad, oí también la voz del ángel, que a intervalos se elevaba como un canto de ruiseñor en el momento en que va a cesar la lluvia. Me paseé bajo las acacias en la más bella noche de postrimerías de agosto, en espera de que la condesa se me uniera. Pues ella iba a venir, como me había prometido con un gesto.

Desde hacía algunos días, flotaba entre nosotros una explicación, y parecía deber producirse a la primera palabra que hiciera brotar la fuente demasiado colmada en nuestras almas. ¿Qué vergüenza retrasaba la hora de nuestro perfecto acuerdo? Acaso ella amaba tanto como yo ese estremecimiento semejante a las emociones del miedo, que martiriza la sensibilidad, durante esos momentos en que se retiene la vida a punto de desbordarse, en que se vacila en revelar su intimidad, obedeciendo al pudor que agita a las doncellas antes de mostrarse al esposo amado. Por nuestros pensamientos acumulados habíamos engrandecido esa primera confianza, que se había hecho necesaria. Transcurrió una hora. Yo estaba sentado sobre la balaustrada de ladrillo, cuando el resonar de su paso, mezclado al ondulante frufroteo de su flotante vestido animó el aire en calma de la noche. Es una de esas sensaciones a las males no basta el corazón.

—El señor de Mortsauf ya está descansando —me dijo—. Cuando se encuentra así, le doy una infusión de adormidera, y las crisis son lo bastante espaciadas como para que este remedio tan sencillo surta siempre su efecto... Señor —añadió, cambiando el tono de su voz—, un desgraciado azar os ha hecho conocer secretos hasta ahora celosamente guardados. Prometedme enterrar en vuestro corazón el recuerdo de esta escena. Hacedlo por mí, os lo ruego. Yo no os pido juramento; decidme tan sólo el *sí* del hombre de honor, y quedaré satisfecha.

—¿Tengo acaso necesidad de pronunciar ese *sí*? —le respondí—. ¿Es que no nos

hemos comprendido nunca?

—No juzguéis desfavorablemente al señor Mortsauf, al ver los efectos de los prolongados sufrimientos soportados durante la emigración —replicó ella—. Mañana habrá olvidado por completo las cosas que dijo hoy, y lo hallaréis excelente y afectuoso.

—Cesad, señora —dije a mi vez—, de querer justificar al conde; haré todo cuanto queráis. Me lanzaría al instante al Indre, si pudiese así cambiar el carácter del señor de Mortsauf y daros una vida feliz. Lo único que no puedo rehacer es mi opinión; nada se encuentra más sólidamente tejido en mí. Os daría mi vida, mas no os puedo dar mi conciencia; puedo no escucharla, ¿pero puedo impedirle hablar? Así, pues, en mi opinión, el señor de Mortsauf está...

—Os comprendo —dijo ella, interrumpiéndome con insólita brusquedad—, tenéis razón. El conde está nervioso como una coqueta —replicó para suavizar la idea de la locura, suavizando la palabra—, mas no está así sino con grandes intervalos, una vez, a lo más, por año, en la canícula. ¡Cuántos males ha causado la emigración! ¡Cuántas hermosas existencias perdidas! Estoy segura de que él habría sido un gran guerrero, honor de su país.

—Lo sé —le dije interrumpiéndole a mi vez y haciéndola comprender que era inútil engañarme.

Ella se detuvo, posó una de sus manos sobre su frente y me dijo:

—¿Quién os ha introducido así en mi intimidad? ¿acaso quiere Dios enviarme un socorro, una viva amistad que me sostenga? —replicó ella, apoyando su mano sobre la mía con fuerza—. Pues vos sois bueno, generoso...

Alzó los ojos al cielo, como para invocar un visible testimonio que le confirmase sus secretas esperanzas, y las cifrase en mí. Electrizado por aquella mirada que lanzaba un alma a la mía, cometí, según la jurisprudencia mundana, una falta de tacto; mas ¿no es en ciertas almas huir generosamente ante un peligro, deseando prevenir un choque, temiendo de una desgracia que no llega, y, más frecuentemente aún, no es la brusca interrogación hecha a un corazón, un golpe dado para constatar si resuena al unísono? Muchos pensamientos se alzaron en mí como resplandores, y me aconsejaron lavar la mancha que maculaba mi candor, en el momento en que preveía una completa iniciación.

—Antes de ir más lejos —le dije con una voz alterada por palpitations fácilmente oídas en el profundo silencio en que estábamos inmersos—, permitidme purificar un recuerdo del pasado...

—Callaos —me dijo ella vivamente, poniéndome sobre los labios un dedo que retiró en seguida.

Me miró altivamente, como mujer situada demasiado elevada como para que pudiera alcanzarla una injuria, y me dijo con voz turbada:

—Ya sé de qué queréis hablar. ¡Se trata del primero, del último, del único ultraje que yo haya recibido! No habléis jamás de ese baile. Si la cristiana os ha perdonado,

la mujer sufre todavía.

—No seáis tan despiadada —le dije, reteniendo en mis pestañas las lágrimas que me afluyeron a los ojos.

—Debo ser más severa, porque soy más débil —respondió ella.

—Pero —repliqué, con una especie de rebeldía infantil— escuchadme, aun cuando no fuese más que por la primera, la última y la única vez de vuestra vida.

—¡Pues bien —respondió—, hablad! De lo contrario creeríais que temo escucharos.

Sintiendo entonces que aquel momento era único en nuestra vida, le dije, con ese acento que embarga la atención, que todas las mujeres que estaban en el baile me habían sido indiferentes, al igual que aquellas que hasta entonces había visto; pero que al contemplarla, mi alma tímida, consagrada al estudio, había sido arrastrado por un frenesí que no podría ser condenado sino por aquellos que no lo hubieran experimentado jamás, y que jamás tampoco corazón alguno de hombre se halló colmado de tan irresistible deseo capaz de vencerlo todo, incluso la muerte...

—¿Y el desprecio? —dijo, atajándome.

—¿Me habéis despreciado? —le pregunté.

—No hablemos de esas cosas —respondió evasivamente.

—¡Hablemos, sí! —repliqué con una exaltación causada por un dolor sobrehumano—. ¡Se trata de todo yo, de mi vida desconocida, de un secreto que debéis conocer; de lo contrario, moriría de desesperación! ¿No se trata también de vos, que, sin saberlo, habéis sido la dama en cuyas manos reluce la corona prometida a los vencedores del torneo?

Le conté mi infancia y mi juventud, no como os la he relatado, juzgándola a distancia, sino con las ardientes palabras del joven a quien las heridas sangran aún. Mi voz resonó como el hacha de los leñadores en un bosque. Ante ella cayeron con estrépito los años muertos, los prolongados dolores que los habían erizado de ramas sin follaje. Le pinté, con ojos enfebrecidos, multitud de terribles detalles, de los que os he hecho gracia. Expuse el tesoro de mis resoluciones brillantes, el oro virgen de mis deseos, todo un corazón ardiente conservado bajo los hielos de esos Alpes en perenne invierno. Y cuando, encorvado bajo el peso de mis sufrimientos repetidos con las brasas de Isaías, esperaba una palabra de esta mujer que me escuchaba con la cabeza baja, ella iluminó las tinieblas con una mirada, y animó los mundos terrestres y divinos con una sola frase:

—¡Hemos tenido la misma infancia! —dijo, mostrándome un rostro en el que relucía la aureola de los mártires.

Tras una pausa en que nuestras almas se desposaron en este mismo pensamiento consolador: «¡Así, pues, no era yo el único en sufrir!», la condesa me dijo, con la voz reservada para hablar a sus queridos pequeños, cómo le reprocharon el ser mujer cuando murieron los hijos. Me explicó las diferencias entre ser una muchacha, constantemente pegada al costado de una madre, suponía entre sus dolores y los de un

niño lanzado al mundo de los colegios. Mi soledad había sido como un paraíso, comparado al contacto de la amoladera bajo la cual fue sin cesar machacada su alma, hasta el día en que su verdadera madre, su buena tía, la había salvado arrancándola a aquel suplicio cuyos renacientes dolores me contó. Eran las inexplicables quisquillosidades, insoportables a las naturalezas nerviosas, que no retroceden ante una puñalada y mueren bajo la espada de Dámocles, a veces una expansión generosa cortada en seco por una orden glacial, otras un beso friamente recibido, un silencio impuesto, reprochado alternativamente; lágrimas devoradas que le quedaban sobre el corazón; las mil tiranías del convento, ocultas a los ojos de los extraños bajo las apariencias de una maternidad gloriosamente exaltada. Su madre extraía vanidad de ella, y la ensalzaba; más al día siguiente, ella pagaba caro aquellas adulaciones necesarias para el triunfo de la institutriz. Cuando, a fuerza de obediencia y de dulzura, creía ella haber ganado el corazón de su madre y se abría a ella, aparecía el tirano, armado con esas confidencias. Un espía no habría sido tan cobarde ni tan traidor. Todos sus goces de doncella, sus fiestas, le habían sido caramamente vendidos, pues se la reprochaba su felicidad como si se tratase de una falta. Jamás le habían sido dadas con amor las enseñanzas de su noble educación, sino con una hiriente ironía. Ella no quería mal a su madre; únicamente se reprochaba de sentir menos amor que terror por ella. Acaso —pensaba este ángel— aquellas severidades eran necesarias; ¿no la habían preparado a su vida actual? Escuchándola, me parecía que el arpa de Job, de la que yo había extraído fieros acordes, manejada ahora por manos cristianas respondía cantando las letanías de la Virgen al pie de la cruz.

—Vivíamos en la misma esfera antes de encontrarnos aquí; vos partíais de oriente y yo de occidente.

Ella agitó la cabeza con movimiento desesperado.

—A vos el oriente y a mí el occidente —dijo—. ¡Vos viviréis feliz, y yo moriré de dolor! Los hombres se crean ellos mismos los acontecimientos de su vida, y la mía está fija para siempre. Ninguna potencia puede quebrar esta pesada cadena a la cual se halla atada la mujer por un anillo de oro, emblema de la pureza de las esposas.

Sintiéndonos entonces gemelos del mismo seno, ella no concibió que se hicieran a medias las confidencias entre hermanos que habían bebido en las mismas fuentes. Tras el suspiro natural a los corazones puros en el momento en que se abren, ella me contó los primeros días de su matrimonio, sus primeras decepciones, toda la *renovación* de la desgracia. Al igual que yo, ella había conocido los pequeños hechos, tan grandes para las almas cuya límpida sustancia se altera por completo al menor choque, lo mismo que una piedra lanzada en un lago agita su superficie y su profundidad. Al casarse, ella poseía sus ahorros, ese poco de oro que representa las horas jubilosas, los mil deseos de la juventud; en un día de aprieto, lo había dado todo generosamente, sin decir que eran recuerdos y no monedas de oro; ¡jamás su marido se lo había agradecido; no se consideraba su deudor! A cambio de aquel tesoro engullido en las dormidas aguas del olvido, ella no había obtenido esa húmeda

mirada que lo salda todo, y que para las almas generosas es como una joya eterna cuyos destellos brillan en los días difíciles. ¡Cómo había marchado ella de dolor en dolor! El señor de Mortsauf se olvidaba de darle el dinero necesario a la casa; él despertaba de un sueño cuando, tras haber vencido todas sus timideces de mujer, se lo pedía ella; ¡y jamás le había evitado él ni una sola vez aquellos crueles estrujamientos del corazón! ¡Qué terror la apresó en el momento en que se había desvelado la malsana naturaleza de aquel hombre arruinado! Quedó destrozada por el primer estallido de sus demenciales cóleras. ¡Por cuantas duras reflexiones no había ella pasado, antes de considerar nulo a su marido, a esa imponente figura que domina la existencia de una mujer! ¡De qué horribles calamidades fueron seguidos sus dos partos! ¡Qué sobrecogimiento ante el aspecto de dos criaturas nacidas como muertas! ¡Qué valor para decirse!: ¡Las insuflaré la vida! ¡Las concebiré de nuevo todos los días! Y luego, ¡qué desesperación al sentir un obstáculo en el corazón y en la mano de donde obtienen su ayuda y su socorro las mujeres! Había visto esa inmensa desgracia desarrollando sus espinosas sábanas a cada dificultad vencida. Al remontar cada roca, había divisado nuevos desiertos por franquear, hasta el día en que hubo conocido bien a su marido, el organismo de sus hijos y el país en el que debía vivir; hasta el día en que, como el infante arrancado por Napoleón a los tiernos cuidados del hogar, hubo acoslumbrado a sus pies a marchar por el barro y en la nieve, a exponer su frente a las balas, y dedicar toda su persona a la pasiva obediencia del soldado. Estas cosas que os resumo, me las dijo entonces en su tenebrosa extensión, con su cortejo de hechos desoladores, de batallas conyugales perdidas, de infructuosos intentos.

—En fin —me dijo terminando—, sería preciso vivir aquí varios meses para saber cuántas penas me cuestan las mejoras de Clochegourde, cuántos fatigantes embaucamientos para hacerle desear la cosa más útil a sus intereses... ¡qué malicia pueril le prende cuando de buenas a primeras no da resultado algo debido a mis consejos! ¡Con qué alegría se atribuye el bien! ¡Cuánta paciencia me es necesaria para estar escuchando siempre quejas, cuando me desvivo para hacerle gratas sus horas, embalsamarle su aire, enarenarle y llenarle de flores los caminos que él ha sembrado de piedras! Mi recompensa es este terrible estribillo: «¡Voy a morir! ¡La vida me pesa!». Si tiene la dicha de tener gente en casa, todo se borra, y es gracioso y cortés. ¿Por qué no es así para su familia? No sé cómo explicar esa falta de lealtad en un hombre a veces verdaderamente caballeresco. Es capaz de ir secretamente y en posta a París a buscarme un vestido, como lo hizo últimamente para el baile de la ciudad. Avaro para la casa, sería pródigo para mí, si yo lo quisiera. Debería ser a la inversa: yo no tengo necesidad de nada, y su casa debe estar amueblada. Con el deseo de hacerle dichosa la vida, sin pensar que yo era madre, acaso le he acostumbrado a tomarme por su víctima; yo, que empleando algunas zalamerías lo llevaría como a un niño, caso de que pudiera rebajarme a un papel que me parece infame... Pero el interés de la casa exige que permanezca tranquila y severa como la estatua de la

justicia, y sin embargo, yo también tengo el alma expansiva y tierna...

—¿Por qué —la dije— no empleáis esa influencia para adueñaros de él, para gobernarle?

—Si sólo se tratara de mí, no sabría yo vencer su obstinado silencio, opuesto durante horas enteras a argumentos justos, ni responder a observaciones sin lógica, a sus razonamientos realmente infantiles. No tengo valor ni contra la debilidad ni contra la infancia; pueden golpearme sin que las resista; acaso opondría la fuerza a la fuerza, pero estoy sin energía contra aquellos a quienes compadezco. Si fuese necesario violentar a Magdalena para hacer algo para salvarla, moriría yo con ella. La piedad distiende todas mis fibras y reblandece mis nervios. Me han abatido las violentas sacudidas de estos diez años; ahora, mi sensibilidad, tan a menudo atacada, se encuentra a veces sin consistencia, nada la regenera; en ocasiones me falta la energía con la cual soportaba las tormentas. Sí, a veces me encuentro vencida. Falta de reposo y de baños de mar, donde vigorizaría mis fibras, pereceré; el señor de Mortsauf me habrá matado y él morirá por haberme perdido.

—¿Por qué no dejáis Clochegourde por algunos meses? ¿Por qué no vais, acompañada de vuestros hijos, a la costa?

—En primer lugar, el señor de Mortsauf se creería perdido si me alejara. Aunque no quiera creer en su situación, tiene conciencia de ella. En él se encuentran el hombre y el enfermo, dos naturalezas diferentes cuyas contradicciones explican muchas extravagancias... Después, tendría razón de temblar. Todo iría mal aquí. Hasta ahora no habéis visto en mí sino a la madre de familia ocupada en proteger a sus hijos contra el gavilán que planea sobre ellos. Tarea aplastante, aumentada por los cuidados exigidos por el señor de Mortsauf, quien siempre anda preguntando: «¿Dónde está la señora?». Y eso no es nada. Soy también el preceptor de Santiago y el aya de Magdalena. ¡Y aún no es nada tampoco! Soy intendente y administrador. Un día conoceréis el alcance de mis palabras, cuando sepáis que la explotación de una tierra es aquí la más fatigante de las industrias. Tenemos pocas rentas en metálico, nuestras granjas están cultivadas a medias, sistema que requiere una vigilancia continua. Uno mismo tiene que vender sus granos, sus bestias, y todas las restantes cosechas. Tenemos por competidores a nuestros propios granjeros, quienes se entienden en la taberna con los consumidores, y establecen los precios después de haber vendido los primeros. Os aburriría si os explicara las mil dificultades de nuestra agricultura. Por mucha que sea mi dedicación, no puedo evitar que nuestros colonos abonen sus propias tierras con nuestros abonos; no puedo comprobar si nuestros aperadores se entienden con ellos en el reparto de las cosechas, ni saber el momento oportuno para la venta. Ahora, si pensáis en la poca memoria del señor de Mortsauf, en las penas que me habéis visto tomar para obligarle a ocuparse de sus asuntos, comprenderéis lo pesado de mi fardo, y la imposibilidad de desprenderme de él ni por un momento. Mi ausencia equivaldría a nuestra ruina. Nadie le escucharía, dado que sus órdenes son casi siempre contradictorias; además, nadie le quiere, refunfuña

demasiado, es demasiado absolutista; después, como todas las personas débiles, escucha demasiado fácilmente a sus inferiores como para inspirar en torno de él el cariño que une a las familias. Si yo me marchara, ningún criado se quedaría aquí ocho días. Ya veis que estoy atada a Clochegourde como esos grumos de plomo lo están a nuestros tejados. No he tenido ninguna reserva mental para con vos, señor. Toda la región ignora los secretos de Clochegourde, y ahora vos los sabéis. No digáis nada que no sea bueno y lisonjero y tendréis mi estima, mi agradecimiento —añadió aún, con voz dulcificada—. A ese precio podréis volver siempre a Clochegourde, donde hallaréis corazones amigos.

—Pero —dije—, ¡yo no he sufrido jamás! Sólo vos...

—No —replicó ella, dejando escapar esa sonrisa de las mujeres resignadas, que ablandarían el granito—, no os asombréis de esta confidencia; ella os muestra la vida como es, y no como vuestra imaginación la ha creado. Todos tenemos nuestros defectos y nuestras cualidades. De haberme desposado yo con algún pródigo, me habría arruinado. De haber sido dada a algún joven ardiente y voluptuoso, él habría tenido éxitos, puede ser que no supiera conservarlo, me habría abandonado, dejándome muerta de celos. ¡Soy celosa! —dijo con acento de exaltación que semejó el fragor de un trueno de pasajera tormenta—. Pues bien, el señor de Mortsauf me ama tanto como es capaz de amar; todo cuanto su corazón encierra de cariño lo derrama a mis pies, como la Magdalena ha vertido el resto de sus perfumes a los pies del Salvador. ¡Creedlo! Una vida de amor es una fatal excepción de la ley terrestre; toda flor perece, las grandes alegrías tienen un mal mañana, cuando lo tienen. La vida real es una vida de angustias: su imagen se halla reflejada en esa ortiga al pie de la terraza, y que sin sol, queda verde sobre su tallo. Aquí, como en las patrias del norte, hay sonrisas en el cielo, raras, es verdad, pero que compensan bien las penas. Y en fin, las mujeres que son exclusivamente madres, ¿no sienten más apego a los sacrificios que a los placeres? Aquí, yo atraigo sobre mí las tormentas que veo prestas a abatirse sobre las personas o sobre mis hijos, y al desviarlas experimento no sé qué sentimiento que me da una fuerza secreta. La resignación de la víspera ha preparado siempre la del día siguiente. Dios no me deja por lo demás en absoluto sin esperanza. Si al principio me ha desesperado la salud de mis hijos, hoy, a medida que más avanzan en la vida, se encuentran mejor. Después de todo, nuestra morada se ha embellecido, y la fortuna se va restaurando. ¿Quién sabe si la vejez del señor de Mortsauf será feliz por mí? ¡Creedlo... el ser que se presenta ante el gran Juez, con una palma verde en la mano, llevándole consolados a quienes maldecían la vida, ese ser ha convertido sus dolores en deleites! Y si mis sufrimientos sirven a la felicidad de la familia, ¿puede decirse que sean sufrimientos?

—Sí —la respondí—, pero eran necesarios, como lo son los míos para hacerme apreciar el sabor del fruto madurado en nuestras rocas; ¿acaso ahora lo saboreamos juntos y tal vez admiremos los prodigios?... esos torrentes de afecto con el que inunda las almas, esa savia que reanima las hojas que amarillean. La vida no pesa

entonces, pues ya no es nuestra... ¡Dios mío!, ¿no me escucháis? —proseguí, sirviéndome del lenguaje místico al que nos había acostumbrado nuestra educación religiosa—. Ved por qué vías hemos caminado el uno hacía el otro; qué imán nos ha dirigido sobre el océano de las aguas amargas, hacia el manantial de agua dulce, fluyendo al pie de los montes sobre una arena constelada, entre dos orillas verdes y floridas. ¿No hemos seguido, como los magos, la misma estrella? Hémos aquí ante el pesebre donde despierta un divino Niño que lanzará sus flechas al tronco de los árboles desnudos, que nos reanimará el mundo con sus gozosos gritos, que por incesantes deleites dará gusto a la vida, prestará a las noches su sueño y a los días su júbilo. ¿Quién pues ha estrechado cada año nuevos nudos entre nosotros? ¿No somos más que hermano y hermana? No desatéis jamás lo que el cielo ha unido. Los sufrimientos de que habláis, eran la simiente expandida en oleadas por la mano del Sembrador, para hacer brotar la mies ya dorada por el más bello de los soles. ¡Ved, ved! ¿No iremos a recogerla juntos, espiga a espiga, brizna a brizna? ¡Qué fuerza siento en mí, para osar hablaros de este modo! ¡Respondedme, pues, o no volveré a atravesar el Indre!

—No habéis pronunciado la palabra *amor* —dijo ella, interrumpiéndome con voz severa—, pero habéis hablado de un sentimiento que desconozco y que me está vedado. Sois un niño, y os perdono todavía, mas por última vez. ¡Sabedlo, señor, mi corazón está como embriagado de maternidad! Yo no amo al señor de Mortsaufr ni por deber social ni por cálculo de eternas bienaventuranzas a ganar, sino por un irresistible sentimiento que lo une a todas las fibras de mi corazón. ¿Fui violentada a mi casamiento? No; fue decidido por mi simpatía por los desgraciados! ¿No tocaba a las mujeres el reparar los males de la época, consolar a quienes corrieron a la brecha y regresaron heridos? ¿Qué os diría? He sentido no sé qué contento egoísta al ver que le entreteníais: ¿no es eso un sentimiento maternal puro? ¿No os ha mostrado acaso lo bastante los tres *niños* a los cuales no debo nunca faltar, y sobre los que debo hacer llover un reparador rocío e irradiar mi alma, sin dejar adular la menor parcela? ¡No agriéis la nutritiva leche de una madre! No habléis de ese modo a la esposa invulnerable. Si no respetaseis esta defensa tan simple, os prevengo que os será prohibida para siempre la entrada en esta casa. Creo en amistades puras, en fraternidades voluntarias, más seguras de lo que lo son las impuestas. ¡Error! Yo deseaba un amigo que no fuese un juez, un amigo para escucharme en esos momentos de debilidad en los que la voz que refunfuña es una voz martirizante, un amigo de quien no tuviese nada que temer. La juventud es noble, sin doblez, capaz de sacrificios, desinteresada: al ver vuestra persistencia he creído, lo confieso, en algún designio del cielo... he creído que tendría un alma que sería para mí lo que un sacerdote es para todos, un corazón en el que podría volcar mis dolores cuando desbordaban, gritar, cuando mis gritos son irresistibles y me ahogarían si continuase devorándolos. Así mi existencia, tan preciosa a esos niños, habría podido prolongarse hasta el día en que Santiago se haya hecho hombre. ¿Mas no es eso ser demasiado

egoísta? ¿Puede renacer la Laura de Petrarca? Me he equivocado. Dios no lo quiere. Será preciso morir en mi puesto, como el soldado sin amigo. Mi confesor es duro, austero; y... mi tía no existe ya.

Dos gruesas lágrimas, iluminadas por un rayo de luna, brotaron de sus ojos, y rodaron por sus mejillas, e iban sin duda a caer al suelo; mas yo tendí la mano bastante a tiempo para recibirlas, y las bebí con la devota avidez que inspiraron aquellas palabras suscritas ya por diez años de lloros secretos, de sensibilidad consumida, de cuidados constantes, de alarmas perpetuas... ¡el heroísmo más sublime de su sexo! Me miró con aire dulcemente estúpido.

—Ésta es —le dije— la primera, la santa comunión del amor. Sí, acabo de participar en vuestros dolores, de unirme a vuestra alma, como nos unimos a Cristo al tomar su divina sustancia. Amar sin esperanza es también una dicha. ¡Ah, qué mujer en la tierra podría causarme un gozo tan grande como el de haber aspirado estas lágrimas! Acepto este contrato que debe resolverse en sufrimientos para mí. Me entrego a vos sin reserva mental alguna, y será lo que queráis que sea.

Ella me detuvo con un gesto, y me dijo con su voz profunda:

—Consiento en este pacto, si es que por vuestra parte os avenís a no apretar los lazos que nos unen.

—Bien —le respondí—, pero cuanto menos me acordéis, más seguramente debo yo poseer.

—Comenzáis por una desconfianza —replicó ella, expresando la melancolía de la duda.

—No, sino por un puro goce. ¡Escuchad! Desearía de vos un nombre que no perteneciese a nadie, como debe ser el sentimiento que nos dedicamos.

—Es mucho —manifestó ella—, pero soy menos pequeña de lo que creéis. El señor de Mortsauf me llama Blanca. Una sola persona en el mundo, aquella a quien más he querido, mi adorable tía, me llamaba Enriqueta. Pues bien, para vos volveré a ser Enriqueta.

La tomé de la mano y se la besé. Ella me la abandonó con esa confianza que hace a la mujer tan superior a nosotros, confianza que nos abrumba. Se apoyó sobre la balaustrada de ladrillo y miró hacia el Indre.

—¿No os equivocáis, amigo mío, de ir del primer brinco al extremo de la carrera? Habéis agotado en vuestra primera aspiración la copa ofrecida con candor. Mas un verdadero sentimiento no se reparte, debe ser entero, o bien no es tal. El señor de Mortsauf —dijo tras un momento de silencio— es leal y orgulloso por encima de todo. Acaso estaríais tentado, por mí, a olvidar lo que ha dicho; si él no sabe nada de ello, mañana se lo comunicaré yo. Quedaos por algún tiempo sin aparecer por Clochegourde, y os apreciará más. El próximo domingo al salir de la iglesia irá a vuestra casa; le conozco, borraré sus yerros y os querrá por haberle tratado como hombre responsable de sus actos y de sus palabras.

—¡Cinco días sin veros, sin oíros!

—No pongáis nunca ese calor en las palabras que me decís —replicó.

Dimos por dos veces la vuelta a la terraza, en silencio. Luego, con tono de mando que me probaba que tomaba posesión de mi alma, me dijo:

—Es ya tarde, separémonos.

Quise besarle la mano, vaciló, me la tendió, y me dijo con voz suplicante:

—No la toméis más que cuando yo os la dé; dejádmelo a mi albedrío; sin lo cual, sería una cosa vuestra, y eso no debe ser.

—Adiós —dije yo.

Salí por la pequeña puerta de abajo, que ella me abrió. En el momento en que iba a cerrarla, la volvió a abrir, y ahora fue ella la que por propia iniciativa me tendió su mano diciéndome:

—En verdad que habéis sido bien bueno esta noche, pues habéis consolado todo mi futuro; tomad, amigo mío, tomad.

Besé varias veces su mano; y cuando alcé la vista, vi lágrimas en sus ojos. Subió a la terraza, y me miró todavía un momento a través de la pradera. Ya en camino de Frapesle, vi aún su vestido blanco iluminado por la luna; luego, algunos instantes después, una luz brilló en su habitación.

—¡Oh, mi Enriqueta! —me dije—. ¡Para ti el más puro amor que jamás haya brillado sobre la tierra!

Llegué a Frapesle deteniéndome a cada paso. Sentía en mí no sé qué inefable contento. Una brillante carrera se abría al fin, a cuya dedicación se siente henchido todo joven corazón, y que en mí fue durante tanto tiempo una fuerza inerte. Semejante al sacerdote que, por un solo paso, ha avanzado en una nueva vida, yo estaba consagrado, destinado. Un simple *¡Si, señora!*, me había comprometido a conservar solamente en mi corazón un amor irresistible, a no abusar jamás de la amistad para conducir lentamente a aquella mujer hacia el amor. Todos los sentimientos nobles despertados hacían oír en mí sus voces confusas. Antes de volverme a encontrar encerrado en una habitación, quise permanecer voluptuosamente bajo el azul tachonado de estrellas, oír aún en mí aquellos cantos de paloma torcaz herida, los tonos simples de su ingenua confianza, recoger en el aire los efluvios de aquella alma que debían todos venir a mí. ¡Cuán grande me pareció aquella mujer, con su profundo olvido del yo, su religión por los seres heridos, débiles o dolientes, con su abnegación aligerada de las cadenas legales! ¡Allá estaba ella, serena sobre su pira de santa y de mártir! Yo admiraba su rostro, que se me apareció en medio de las tinieblas, cuando de pronto creí adivinar un sentido en sus palabras, traducir un misterioso significado que me la tomó completamente sublime. Acaso ella quería que yo fuese para su persona, lo que ella era para su hogar; tal vez quería extraer de mí su fuerza y su consuelo, situándome así en su esfera, a su nivel o más alto. Los astros, dicen algunos audaces constructores de mundos, se comunican de este modo el movimiento y la luz. Este pensamiento me elevó súbitamente a altitudes etéreas. Me encontré en el cielo de mis antiguos ensueños, y me expliqué las

penas de mi infancia por la inmensa felicidad en la que nadaba.

Genios extinguidos en las lágrimas, corazones desconocidos, santas Clarisas Harlowe ignoradas, niños negados, proscritos inocentes, vosotros todos que habéis entrado en la vida por sus desiertos, los que por doquier habéis encontrado los rostros fríos, los corazones tapiados, los oídos cerrados, ¡no os quejéis jamás!, pues únicamente vosotros podéis conocer la alegría infinita que produce un corazón cuando se abre para vosotros, os escucha un oído y os responde una mirada. Un solo día borra todos los malos. Los dolores, las meditaciones, las desesperanzas, las melancolías pasadas y no olvidadas, son otros tantos lazos por los cuales el alma se une al alma confidente.

Embellecida por nuestros deseos reprimidos, una mujer hereda entonces suspiros y amores perdidos, nos restituye engrandecidos todos los afectos defraudados, explica los anteriores pesares como las arras exigidas por el destino para las dichas eternas que otorga el día de los desposorios del alma. ¡Tan sólo los ángeles dicen el nuevo nombre que habría de darse a este santo amor, al igual que sólo vosotros, queridos mártires, sabréis en verdad en lo que la señora de Mortsauf se había súbitamente convertido para mí, pobre y abandonado!

Aquella escena había acontecido un martes y esperé al domingo sin atravesar el Indre en mis paseos. Durante esos cinco días, grandes sucesos ocurrieron en Clochegourde. El conde recibió el despacho de mariscal de campo, la cruz de San Luis y una pensión de cuatro mil francos. El duque de Lenoncourt-Givry, nombrado par de Francia, recuperó los bosques, volvió a su servicio en la corte, y su mujer tomó posesión de sus bienes no vendidos, que habían formado parte del dominio de la corona imperial. La condesa de Mortsauf se convirtió así en una de las más ricas herederas del Maine. Su madre le había llevado cien mil francos economizados de las rentas de Givry, importe de su dote que no había sido entregado nunca, y de la cual no hablaba jamás el conde, a pesar de su estrechez. En las cosas de la vida exterior, la conducta de aquel hombre atestiguaba el más magnífico de todos los desintereses. Añadiendo a esta suma sus economías, el conde podía comprar dos predios vecinos, que valían alrededor de nueve mil libras de renta. Debiendo suceder su hijo en la dignidad de par a su abuelo, pensó de pronto en constituirle un mayorazgo que se compondría de la fortuna territorial de las dos familias sin perjudicar a Magdalena, a la cual haría sin duda una buena boda el favor del duque de Lenoncourt. Estos arreglos y esta suerte pusieron algún bálsamo en las llagas del emigrado. La duquesa de Lenoncourt en Clochegourde fue un acontecimiento en la comarca. Yo pensaba dolorosamente que aquella mujer era una gran dama, y percibí entonces en su hija el espíritu de casta que cubría a mis ojos la nobleza de sus sentimientos. ¿Qué era yo sino un pobre sin más porvenir que mi valor y mi inteligencia? Yo no pensaba en las consecuencias de la restauración, ni para mí, ni para los demás. El domingo, desde la capilla reservada en la que yo me hallaba con los señores de Chessel y el abate de Quelus, lanzaba ávidas miradas a otra capilla lateral en la que se encontraban la

duquesa y su hija, el conde y los niños. El sombrero de paja que me ocultaba a mi ídolo no vaciló, y este olvido de mí pareció ligarme más vivamente que todo el pasado. Aquella gran Enriqueta de Lenoncourt, que ahora era mi querida Enriqueta, y cuya vida quería yo florecer, rezaba con ardor; la fe comunicaba a su actitud yo no sé qué de deteriorado, de prosternado, una postura de estatua religiosa, que me penetró.

Según la costumbre de los curas de aldea, las vísperas debían decirse dos horas después de la misa. Al salir de la iglesia, la señora de Chessel propuso naturalmente a sus vecinos pasar ese tiempo de espera en Frapesle, en vez de atravesar dos veces el Indre y la pradera, con el calor que hacía. Fue aceptado el ofrecimiento. El señor de Chessel dio el brazo a la duquesa. La señora de Chessel aceptó el del conde y yo ofrecí el mío a la condesa, sintiendo por primera vez a mi costado aquel bello brazo lozano. Durante la vuelta de la iglesia a Frapesle, trayecto que se hacía a través de los bosques de Saché, donde la luz filtrada entre los follajes producía en la arena de las avenidas esos lindos efectos que semejan sederías pintadas, tuve sensaciones de orgullo e ideas que me causaron violentas palpitaciones.

—¿Qué os sucede? —me dijo ella tras algunos pasos dados en medio de un silencio que no me atrevía a romper—. Vuestro corazón late demasiado aprisa...

—He sabido de acontecimientos dichosos para vos —le dije—, y como aquellos que quieren bien, siento vagos temores. ¿No perjudicarán vuestras grandezas a vuestras amistades?

—¿Yo? —dijo ella—. ¡Quitad allá! Una idea semejante bastaría no sólo para despreciaros, sino también para olvidaros para siempre.

La miré presa de una embriaguez que debió ser comunicativa.

Nos aprovechamos del beneficio de leyes que no hemos ni provocado ni pedido, mas no seremos ni mendigos ni cupidos; y por lo demás, vos sabéis bien —añadió— que ni yo ni el señor de Mortsauf podemos abandonar Clochegourde. Siguiendo mi consejo, ha rechazado el mando al que tenía derecho en la Casa Roja. Nos basta con que mi padre tenga su cargo. Nuestra obligada modestia —dijo sonriendo con amargura— ha servido bien a nuestro hijo. El rey, a cuyo lado está de servicio mi padre, ha dicho muy graciosamente que traspasaría a Santiago el favor que no aceptamos nosotros. La educación de Santiago, en la cual es preciso pensar, está sometida en la actualidad a seria discusión; va a representar a dos casas, los Lenoncourt y los Mortsauf. Yo no puedo tener ambición más que por él, y así mis inquietudes han aumentado. No solamente debe vivir Santiago, sino que además debe hacerse digno de su nombre, dos obligaciones que se contrarían.

Hasta el presente, he podido bastar a su educación proporcionando los trabajos a sus fuerzas, mas por primera, ¿dónde hallar un preceptor que me convenga? Y después, ¿quien velará por él en ese horrible París, donde todo son lazos tendidos para el alma y peligros para el cuerpo? Amingo mío —me dijo con voz conmovida—, viendo vuestra frente y vuestros ojos, ¿quién no adivinaría en vos una de esas aves que deben habitar las alturas? Tomad impulso, sed un día el padrino de nuestro

querido hijo. Id a París; si vuestro hermano y vuestra madre no os secundan, nuestra familia, mi madre sobre todo, que posee el genio de los negocios, será a buen seguro muy influyente; aprovechaos de nuestro crédito... no os faltará entonces ni apoyo ni socorros en la carrera que escojáis; poned, pues, lo superfluo de vuestras fuerzas en una noble ambición.

—Os comprendo —dije interrumpiéndola—, mi ambición se convertirá en mi amante. No tengo necesidad de ello para ser todo vuestro. No, yo no quiero ser recompensado por mi cordura aquí con favores allá. Iré, creceré solo, por mí mismo. Lo aceptaré todo de vos; de los demás, no quiero nada.

—¡Chiquilladas! —murmuró ella, reprimiendo mal una sonrisa de satisfacción.

—Además, me he consagrado —le dije—. Meditando en nuestra situación, he pensado en ligarme a vos por lazos que jamás puedan desatarse.

Ella tuvo un ligero temblor y se detuvo para mirarme.

—¿Qué queréis decir? —preguntó, dejando seguir a las dos parejas que nos precedían y manteniendo a sus hijos a su lado.

—Pues bien —respondí— decidme francamente cómo queréis que os ame.

—Queredme como me quería mi tía, cuyos derechos os he transferido al autorizaros que utilicéis el mismo nombre que ella había escogido para llamarme.

—Amaré, pues, sin esperanza, con un completo sacrificio. Pues bien, sí, haré por vos lo que el hombre hace por Dios. ¿No lo habéis pedido? Voy a ingresar en un seminario, me ordenaré de sacerdote y educaré a Santiago. Vuestro Santiago será como un otro yo: concepciones políticas, pensamiento, paciencia, energía, yo se lo daré todo. Así permaneceré a vuestro lado, sin que mi amor, encerrado en la religión como una imagen de plata en una campana de cristal, pueda ser sospechoso. No habéis de temer ninguno de esos inmoderados ardores que se apoderan de un hombre, y por los cuales me he dejado vencer ya una vez. Me consumiré en la llama y os amaré con amor purificado.

Ella palideció y dijo con presurosas palabras:

—Félix, no os liguéis con lazos que un día serían un obstáculo a vuestra felicidad. Yo moriría de pesar por haber sido la causa de ese suicidio. ¡Pero criatura!, ¿es que un amor desesperado es una vocación? Aguardad las pruebas de la vida para juzgar la vida; lo quiero, lo ordeno. No os desposéis, ni con la Iglesia ni con una mujer, no lo hagáis de ninguna manera, os lo prohíbo. Permaneced libre. Tenéis veintiún años. Apenas sabéis lo que os reserva el futuro. ¡Dios mío!, ¿os habré juzgado mal? Sin embargo, he creído que dos meses bastaban para conocer ciertas almas.

—¿Qué esperanzas tenéis vos? —le dije, lanzando chispas por los ojos.

—Amigo mío, aceptar mi ayuda, elevaos, haced fortuna y sabréis cuál es mi esperanza. En fin —añadió, pareciendo dejar escapar un secreto—, no abandonéis jamás la mano de Magdalena, que en este momento tenéis en la vuestra.

Se había inclinado a mi oído para decirme estas palabras, que probaban a qué punto se había ocupado de mi futuro.

—¿Magdalena? —exclamé—. ¡Jamás!

Estas dos palabras nos arrojaron a un silencio lleno de agitaciones. Nuestras almas eran presa de esos trastornos que los surcan de manera a dejar en ellas huellas eternas. Estábamos ya a la vista de una puerta de madera que daba acceso al parque de Frapesle, y cuyas dos pilastras ruinosas, cubiertas de plantas trepadoras y de musgos, de hierbas y de zarzas, me parece aún ver.

De pronto una idea, la de la muerte del conde, atravesó como una flecha mi cerebro, y le dije:

—Ya os comprendo.

—Por suerte —respondió ella, con tono que me hizo ver que le suponía un pensamiento que jamás había tenido.

Su pureza me arrancó una lágrima de admiración que el egoísmo de la pasión hizo bien amarga. Haciendo un examen de conciencia, pensé que ella no me amaba lo bastante como para desear su libertad. Si el amor retrocede ante un crimen es que tiene límites, y el amor debe ser infinito. Se me contrajo horriblemente el corazón. «¡Ella no me ama!», pensé. Y para no dejarle leer en mi alma, besé en la cabeza a Magdalena.

—Tengo miedo de vuestra madre —dije a la condesa, para reanudar la conversación.

—Y yo también —respondió ella, haciendo un mohín infantil—. Pero no olvidéis de llamarla siempre señora duquesa y de hablarla en tercera persona. La juventud actual ha perdido la costumbre de esas formas de urbanidad; volvedlas a adoptar, hacedlo por mí. ¡Además, es de tan buen gusto respetar a las mujeres, sea cual sea su edad, y reconocer las distinciones sociales sin discutir las! ¿No son los honores que rendís a las superioridades establecidas la garantía de los que os son debidos? Todo es solidario en la sociedad. El cardenal de la Rovere y Rafael de Urbino fueron antaño dos potencias igualmente reverenciadas. Vosotros habéis mamado en vuestros liceos la leche de la revolución y vuestras ideas políticas pueden resentirse de ello; mas al avanzar en la vida, aprenderéis hasta qué punto son importantes para crear la felicidad de los pueblos los principios de libertad mal definidos. Antes de pensar, en mi calidad de Lenoncourt, en lo que es o debe ser una aristocracia, mi buen sentido de campesina me dice que la jerarquía constituye el fundamento de las sociedades. ¡Vos estáis en un momento de la vida en que es preciso escoger bien! Sed de vuestro partido. Sobre todo —añadió riendo— cuando triunfa.

Me emocionaron vivamente estas palabras, en las que la profundidad política se ocultaba bajo el calor del afecto, alianza que da a las mujeres un poder de seducción tan grande; todas ellas saben prestar a los más agudos razonamientos la forma del sentimiento. Parecía como si en su deseo de justificar las acciones del conde, Enriqueta hubiese previsto las reflexiones que habían de surgir en mi alma en el momento en que vi por primera vez los efectos de la adulación cortesana. El señor de Mortsauf, rey en su castillo, rodeado de su aureola histórica, había tomado a mis ojos

proporciones grandiosas y confieso que me asombró singularmente la distancia que puso entre la duquesa y él por modales cuando menos obsequiosos. El esclavo tiene su vanidad; no quiere obedecer sino al más grande de los déspotas; yo me sentía como humillado al ver el servilismo de quien me hacía temblar dominando todo mi amor. Este movimiento interior me hizo comprender el suplicio de las mujeres cuya alma generosa se halla emparejada a la de un hombre cuyas cobardías entierran cotidianamente. El respeto es una barrera que protege por igual al grande y al pequeño, pudiendo mirarse de cara cada uno de su lado. Yo fui respetuoso con la duquesa, debido a mi juventud; mas allí donde los demás veían una duquesa, yo vi a la madre de mi Enriqueta, y puse una especie de santidad en mis homenajes. Entramos en el gran patio de Frapesle, donde encontramos a la compañía. El conde de Mortsauf me presentó muy amablemente a la duquesa, quien me examinó con aire frío y reservado. La señora de Lenoncourt era a la sazón una mujer de cincuenta y seis años, perfectamente conservada y que tenía pandes modales. Viendo sus ojos de un duro azul, sus sienes rayadas, su rostro enjuto y macerado, su talle imponente y erguido, sus movimientos raros y su mate blancura que se volvía a encontrar tan destellante en su hija, reconocía la fría raza de la que procedía mi madre, con tanta rapidez como un mineralogista reconoce el acero de Suecia. Su lenguaje era el de la antigua corte; decía *fredo* por *frío* y *porteadores* en lugar de *portadores*. Yo no me mostré ni cortesano ni grave; me conduje tan bien, que yendo a las vísperas, la condesa me dijo al oído:

—¡Habéis estado perfecto!

El conde vino a mí, me tomó de la mano y me dijo:

—¿No estamos enfadados, verdad Félix? He tenido alguna vivezas... espero que se las perdonéis a vuestro viejo camarada. Vamos a quedarnos aquí probablemente a cenar y os invitaremos para el jueves, la víspera de la partida de la duquesa. Yo voy a Tours para despachar algunos asuntos. No descuidéis Clochegourde. Debéis cultivar las relaciones con mi suegra. Su salón dará el tono al barrio de Saint-Germain. Ella se atiene a las tradiciones de la gran sociedad, posee una inmensa instrucción y conoce los blasones del primero al último gentilhomme de Europa.

El conde tuvo el buen gusto —acaso los consejos de su genio doméstico se mostraron en las nuevas circunstancias en que se situaba el triunfo de su causa— de no manifestar arrogancia ni hiriente cortesía; estuvo sin énfasis y la duquesa sin aires protectores. El señor y la señora de Chessel aceptaron con agradecimiento la invitación para la cena del siguiente jueves. Yo plací a la duquesa y sus miradas me mostraron que examinaba en mí a un hombre de quien su hija le había hablado. Cuando volvimos de nuevo de las vísperas, me preguntó sobre mi familia y si el Vandenesse ocupado ya en la diplomacia era mi pariente.

—Es mi hermano —le respondí.

Entonces se me manifestó afectuosa a medias. Me participó que mi tía, la vieja marquesa de Listomere, era una Grandieu. Sus modales fueron corteses, como lo

habían sido los del señor de Mortsauf el día en que me vio por primera vez. Su mirada perdió aquella expresión altiva por la que los príncipes de la tierra os hacen medir la distancia que se halla entre ellos y uno. Yo no sabía nada de mi familia. Igualmente me impuso la duquesa en que mi tío-abuelo, anciano abate al que ni siquiera conocía yo de nombre, formaba parte del consejo privado; mi hermano había sido ascendido; y en fin, por un artículo del código constitucional, que yo no conocía aún, mi padre volvía a ser marqués de Vandenesse.

—Yo no soy más que una cosa, el siervo de Clochegourde —dije en voz muy baja a la condesa.

El baquetazo de la Restauración se realizaba con una rapidez que dejaba estupefactos a los jóvenes educadores bajo el régimen imperial. Aquella revolución no fue nada para mí. La menor palabra, el gesto más simple de la señora de Mortsauf eran los únicos acontecimientos a los que concedía importancia. Ignoraba lo que era el consejo privado; no conocía nada ni de la política ni de las cosas del mundo; no tenía más ambición que la de amar a Enriqueta, con más intensidad que Petrarca había amado a Laura. Esta despreocupación hizo que la duquesa me tomara por un niño. Acudió mucha gente a Frapesle, siendo treinta los invitados a la cena. ¡Qué embriaguez para un joven el ver que la mujer a la que ama era la más bella de todas, convertirse en objeto de las apasionadas miradas y saberse solo en recibir el resplandor de sus ojos, castamente reservado; el conocer bastante todos los matices de su voz para hallar en su palabra, en apariencia ligera o burlona, las pruebas de un pensamiento constante, hasta cuando se siente en el corazón unos devoradores celos contra las distracciones del mundo.

El conde, dichoso por la atenciones de que era objeto, estuvo casi joven; su mujer esperaba algún salto de humor; yo, me divertía con Magdalena, quien, semejante a los niños cuyo cuerpo sucumbe por los estrujones del alma, me hacía reír con pasmosas observaciones llenas de un espíritu burlón sin malignidad, pero que no indulgían con nadie. Fue una magnífica velada. Una palabra, una esperanza nacida por la mañana había tornado luminosa la naturaleza; y viéndome tan jubiloso, Enriqueta lo estaba también.

—Esa ventura a través de su vida gris y fosca le pareció bien buena —me dijo ella al día siguiente.

Este día lo pasé naturalmente en Clochegourde, de donde había estado proscrito durante cinco días. Tenía sed de mi vida. El conde se había marchado ya a las seis de la mañana para redactar sus contratos de adquisición de Tours. Un grave sujeto de discordia se había alzado entre la madre y la hija. La duquesa quería que la condesa la siguiera a París, en cuya ciudad le obtendría un cargo en la corte, y el conde, volviendo de su negativa, también podría ocupar elevadas funciones. Enriqueta, que pasaba por una mujer feliz, no quería revelar a nadie, ni siquiera al corazón de su madre, sus horribles sufrimientos, ni descubrir la incapacidad de su marido. Para que su madre no penetrase en el secreto de su hogar, ella había enviado al señor de

Mortsauif a Tours, donde debía discutir con los notarios. Solamente yo, tal como ella había dicho, conocía los secretos de Clochegourde. Tras haber experimentado a qué punto el aire puro y el cielo azul de aquel valle calmaban las irritaciones del espíritu o los amargos dolores de la enfermedad, y qué influencia ejercía la vivienda de Clochegourde en la salud de sus hijos, oponía razones negativas, que combatía la duquesa, mujer entrometida, menos pesarosa que humillada por el mal casamiento de su hija. Enriqueta, ¡espantoso descubrimiento!, se apercibió de que su madre se inquietaba poco por Santiago y Magdalena. Como todas las madres acostumbradas a continuar sobre las hijas casadas el despotismo que ejercían estando solteras, la duquesa procedía por consideraciones que no admitían réplica; ora afectaba una capciosa amistad, a fin de arrancar un consentimiento a su opinión, como luego una amarga frialdad, para obtener por el temor lo que no había conseguido con la dulzura, y después, al ver la inutilidad de sus esfuerzos, desplegaba el mismo espíritu de ironía que yo había observado en mi madre. En diez días, Enriqueta conoció todas las desgarraduras que causan a las mujeres jóvenes las rebeldías necesarias al establecimiento de su independencia. Vos, que por fortuna tenéis la mejor de las madres, no sabríais comprender estas cosas. Para tener una idea de esa lucha entre una mujer seca, fría, calculadora y ambiciosa y su hija, plena de esa untosa y fresca bondad que no se agota jamás, habría de imaginarse el lirio, al que mi corazón la ha comparado sin cesar, triturado en los engranajes de una máquina de pulido aceró. Aquella madre no había tenido jamás nada de coherente con su hija; no supo adivinar ninguna de las verdaderas dificultades que le impedían aprovecharse de las ventajas de la restauración, y a continuar su vida solitaria. Pensó en algún enamoramiento entre su hija y yo. Esta palabra, de la que se sirvió para expresar sus sospechas, abrió entre ambas mujeres abismos que nada podía ya en adelante colmar. Aunque las familias entierran escrupulosamente esas intolerables disidencias, penetrad en ellas, y hallaréis en casi todas, llagas profundas, incurables, que rebajan los sentimientos naturales; o son pasiones reales, enternecedoras, que el decoro de los personajes hace eternas y que dan a la muerte un contragolpe cuyos negros verdugones son imborrables; o bien odios latentes que hielan lentamente el corazón y secan las lágrimas el día de los adioses eternos. Atormentada ayer, atormentada hoy, azotada por todos, hasta por sus dos ángeles dolientes que no eran cómplices, ni de los males que padecían ni de los que causaban, ¿cómo iba a amar aquella mujer a quien no la maltrataba, a quien quería rodearla de una triple valla de espinos para defenderla de las tormentas, de todo contacto, de toda herida? Si yo sufría con aquellas discusiones, a veces me sentía feliz al sentir que ella se arrojaba a mi corazón, pues Enriqueta me confiaba sus nuevas penas. Pude entonces apreciar su serenidad en el dolor, y la enérgica paciencia que sabía desplegar. Cada día penetraba yo mejor en el sentido de sus palabras: «Amadme como me amaba mi tía».

—¿Carecéis, pues de ambiciones? —me espetó con aire duro la duquesa, en la cena.

—Señora —le respondí, lanzándole una severa mirada—, me siento con fuerza para dominar el mundo; pero no tengo más que veinte años y estoy completamente solo.

Miró a su hija con aire asombrado, pues creía que para conservarme a su lado, era ella la que apagaba en mí toda ambición. La estancia que hizo la duquesa de Lenoncourt en Clochegourde fue un tiempo de perpetua desazón. La condesa me recomendaba el decoro, espantándose de una palabra dulcemente dicha; y para complacerle, preciso era endosarse el arnés del disimulo. Llegó el gran jueves, que fue un día de aburrido ceremonial, uno de esos días que odian los enamorados acostumbrados a las zalamerías del dejarse llevar cotidiano, acostumbrados a ver su silla en su sitio y al ama de la casa toda para ellos. El amor aborrece todo lo que no sea amor. La duquesa se fue a disfrutar de las pompas de la corte y todo volvió a su ordenado ritmo en Clochegourde.

Mi pequeña riña con el conde había dado por resultado el que me introdujera más en la mansión; podía ir a ella a cualquier momento, sin despertar la menor desconfianza, y los antecedentes de mi vida me indujeron a extenderme como una planta trepadora en la bella alma donde se abría para mí el delicioso mundo de los sentimientos compartidos. A cada hora, de momento en momento, nuestro fraternal enlace, fundado sobre la confianza, se hizo más coherente; nos establecimos cada cual en su posición: la condesa me envolvía con las protecciones nutricias, en las blancas sábanas de un amor por entero maternal; mientras que mi amor, seráfico en su presencia, se tornaba lejos de ella mordiente y alterado como un hierro candente; yo [

la amaba con un doble amor que disparaba alternativamente las mil flechas del deseo y las perdía en el cielo, donde morían en un éter infranqueable. Si me preguntáis por qué, joven y lleno de fogosas apetencias, permanecía en las abusivas creencias del amor platónico, os confesaré que aún no era lo bastante hombre como para atormentar a aquella mujer, siempre temerosa de alguna catástrofe en sus hijos, esperando siempre un estallido, una tormentosa variación de humor en su marido; afligida por él, cuando no lo estaba por la enfermedad de Santiago o de Magdalena; sentada a la cabecera de uno de ellos cuando su marido calmado le podía dejar tomar algo de reposo. El sonido de una palabra demasiado viva agitaba su ser, un deseo la ofendía; para ella, era preciso ser amor velado, fuerza mezclada de ternura, en fin, todo lo que ella era para los demás. Después os lo diré a vos que sois tan mujer, aquella situación comportaba languideces encantadoras, momentos de divina suavidad y las satisfacciones que se desprenden de tácitas inmolaciones. Su conciencia era contagiosa, su abnegación sin recompensa terrestre imponía por su persistencia; esa viva y secreta piedad que servía de vínculo a sus otras virtudes, obraba en torno como un incienso espiritual. ¡Además yo era joven, lo bastante joven como para concentrar mi naturaleza en el beso que tan raramente me permitía depositar en su mano, de la cual jamás me quiso dar la palma! ¡Límite donde acaso

comenzaban para ella los placeres sensuales! Si jamás dos almas se abrazaron con más ardor, nunca tampoco fue tan intrépidamente domado el cuerpo. En fin, más tarde he conocido la causa de aquella plena felicidad. A mi edad, ningún interés me distraía el corazón, ninguna ambición atravesaba el curso de ese sentimiento desencadenado como un torrente y que hacía una onda de todo cuanto arrastraba. Sí, más tarde amamos a la mujer en una mujer; mientras que, de la primera mujer amada, lo amamos todo: sus hijos son los nuestros, su casa es la nuestra, sus intereses son nuestros intereses, su desgracia es nuestra mayor desgracia, amamos su vestido y sus muebles; nos enoja más ver encamadas sus mieses que saber perdido nuestro dinero, estamos dispuestos a refunfuñar al visitante que manosea nuestras chucherías puestas sobre la repisa de la chimenea. Ese santo amor nos hace vivir en otro, mientras que más tarde, ¡ay!, atraemos a otra vida a nosotros mismos, pidiendo a la mujer que enriquezca con sus lozanos sentimientos nuestras empobrecidas facultades. Pronto fui de la casa y experimenté por vez primera una de esas infinitas dulzuras que son para el alma atormentada lo que un baño para el cuerpo fatigado; el alma se encuentra entonces refrescada en todas sus superficies, acariciada hasta en sus más profundos pliegues. No sabríais comprenderme, sois mujer, y aquí se trata de la felicidad que dais, sin jamás recibir su par. Sólo un hombre conoce el exquisito placer de ser, en el seno de un hogar ajeno, el privilegiado del ama de casa, el centro secreto de sus afectos: los perros no os ladran; los criados reconocen, tan bien como los canes, las insignias ocultas que portáis; los niños, en quienes nada está falseado, que saben que su parte no se menoscabará jamás y que vos sois bienhechor a la luz de su vida, esos niños poseen un espíritu adivinador; se vuelven gatos para uno, tienen esas hermosas tiranías que reservan a los seres adorados y adoradores; tienen discreciones espirituales y son inocentes cómplices; vienen a uno de puntillas, sonrían, y se van sin hacer ruido. Para uno, todo se torna solícito, amoroso y risueño. Las verdaderas pasiones parecen ser bellas flores que causan tanto mayor placer de ver, cuanto más ingratos son los terrenos que las producen. Pero, si yo obtuve los deliciosos beneficios de esta naturalización en una familia en la que hallaba parientes a gusto de mi corazón, también soporté sus cargas. Hasta entonces, había tenido miramientos, molestándose por mí: yo no había visto sino el grueso de sus defectos, mas pronto los conocí aplicados a los menores detalles: vi cuán noblemente generosa había sido la condesa al referirse a sus luchas cotidianas. Entonces conocí todos los ángulos de aquel intolerable carácter: oí sus chillidos continuos a propósito de nada, sus quejas sobre males de los que exteriormente no existía ninguna señal, ese descontento innato que desflora la vida, y esa incesante necesidad de tiranía que le habría hecho devorar cada año nuevas víctimas. Cuando nos paseábamos al atardecer, él era quien dirigía el paseo; pero fuese el que fuere, siempre se aburría en él; de regreso a casa, echaba a los demás el fardo de su hastío: su mujer había sido la causa, llevándole contra su gusto allá donde ella quería ir; no acordándose ya de que era él quien nos había conducido; se quejaba de estar gobernado por ella hasta en los menores detalles de la

vida, de no poder tener ni una voluntad ni un pensamiento propios, de ser un cero a la izquierda en su hogar. Si sus desagradables palabras topaban con una silenciosa paciencia, se enfadaba al sentir limitado su poder; preguntaba agriamente si la religión no ordenaba a las mujeres complacer a sus maridos, si era adecuado despreciar al padre de sus hijos. Siempre terminaba por atacar una cuerda sensible de su mujer; y cuando la había hecho resonar, parecía saborear un particular placer en estas nulidades dominadoras. A veces afectaba un silencio taciturno, un abatimiento mórbido, que de pronto asustaba a su mujer, de quien recibía entonces conmovedoras atenciones. Semejante a esos niños mimados que ejercen su poder sin importarles las alarmas maternas, se dejan acariciar como Santiago y Magdalena, de quienes tenía celos. En fin, a la larga descubrí que, tanto en las circunstancias pequeñas como en las grandes, el conde actuaba con sus criados, sus hijos y su mujer, como conmigo en el juego del chaquete. El día en que abarqué en sus raíces y en sus ramas estas dificultades que, semejantes a bejucos, ahogaban, oprimían, los movimientos respiratorios de aquella familia, envolviendo con mallas de hilos tenues pero múltiples la marcha del hogar y retrasaban el aumento de la fortuna complicando los actos más necesarios, sentí un admirativo espanto que dominó mi amor y lo replegó en mi corazón. ¿Qué era yo, Dios mío? Las lágrimas que había bebido engendraron en mí como una embriaguez sublime, y hallé la felicidad abrazando los sufrimientos de aquella mujer. Yo me había plegado antes al despotismo del conde al igual que un contrabandista paga sus multas; ahora me ofrecí voluntariamente a los golpes del déspota, para estar más cerca de Enriqueta. La condesa me adivinó, me dejó tomar un sitio a su lado y me recompensó autorizándome a compartir sus dolores, como antaño el apóstata arrepentido, ansioso por volar al cielo junto con sus hermanos, obtenía la gracia de morir en el circo.

—Sin vos, yo hubiera sucumbido a esta vida —me dijo Enriqueta un anochecer en que el conde había estado, cual moscas un día caluroso, más molesto, más acerbo y más antojadizo que de costumbre.

El conde se había acostado. Enriqueta y yo nos quedamos durante una parte de la velada bajo nuestras acacias; los niños jugaban en derredor nuestro, bañados por la luz crepuscular del sol. Nuestras palabras, raras y puramente exclamativas, nos revelaban la reciprocidad de los pensamientos por los cuales reposábamos de nuestros comunes sufrimientos. Cuando las palabras faltaban, el silencio servía fielmente a nuestras almas, que, por decirlo así, entraban la una en la morada de la otra sin obstáculo, pero sin ser invitadas por el beso: saboreando ambos los encantos de un torpor pensativo, se introducían en las ondulaciones de un mismo ensueño, se zambullían juntas en el río, y salían refrescadas como dos ninfas; tan perfectamente unidas como pueden desearlo los celos, pero sin ninguna ligazón terrestre. Ibamos a un abismo sin fondo, y volvíamos a la superficie con las manos vacías, preguntándonos con una mirada: «¿Tendremos un día nuestro, entre tantos días?». Cuando la voluptuosidad nos recoge esas flores nacidas sin raíces, ¿por qué murmura

la carne? A pesar de la enervante poesía del anochecer, que prestaba a los ladrillos de la balaustrada esos tonos anaranjados, tan lánguidos y tan puros; a pesar de aquella atmósfera religiosa que nos comunicaba en sonos atenuados los gritos de los dos niños, y nos dejaba tranquilos, el deseo serpeaba en mis venas como la señal de un fuego de artificio. Al cabo de tres meses, comenzaba a no contentarme ya con la parte que me tocaba, y acariciaba dulcemente la mano de Enriqueta, intentando transmitirle los deleites que me abrasaban. Enriqueta volvió a ser la señora de Mortsauf y me retiró su mano; algunas lágrimas rodaron en mis ojos, ella las vio y me lanzó una cálida mirada, llevando su mano a mis labios.

—¡Sabed bien —me dijo— que esto me cuesta lágrimas! La amistad que quiere un favor de tal magnitud es bien peligrosa.

Yo estallé, me volqué en reproches, hablé de mis sufrimientos y del poco alivio que pedía para soportarlos. Osé decirle que a mi edad, si los sentidos eran todo alma, también el alma tenía un sexo; que sabría morir, pero no hacerlo con los labios cerrados. Me impuso silencio lanzándome su orgullosa mirada, en la que creí leer el *¿Y yo, es que acaso estoy sobre rosas?* del cacique. Acaso me engañaba también. Desde el día en que, ante la puerta de Frapesle, la había erróneamente atribuido ese pensamiento que hacía nacer nuestro amor de una tumba, sentía vergüenza en mancillar su alma por deseos impregnados de pasión brutal. Tomó la palabra, y con los labios melosos me dijo que no podía ser todo para mí, y que yo ya debía saber esto. Comprendí, en el momento en que decía esas palabras, que si no la obedecía, abriría abismos entre nosotros dos. Bajé la cabeza. Ella continuó diciendo que tenía la certeza religiosa de poder amar a un hermano, sin ofender a Dios ni a los hombres; que había cierta dulzura en hacer de este culto una imagen real del amor divino, que, según su buen Saint-Martin, es la vida del mundo. Que si yo no podía ser para ella algo como su viejo confesor, menos que un amante, pero más que un hermano, era preciso que no nos viésemos más. Ella sabría morir, llevando a Dios esa añadidura de sufrimientos vivos, soportados no sin lágrimas ni desgarraduras.

—He dado —dijo acabando— más de lo que debía para no tener ya nada más que dejar tomar, y ya estoy castigada.

Fue preciso calmarla, prometerle no causarle jamás una pena, y amarla a los veinte años como los viejos quieren a su último hijo.

Al día siguiente volví temprano. Ella no tenía flores para los jarrones de su salón gris, y me lancé a los campos, a las viñas, y las busqué para hacer dos ramilletes; pero mientras las recogía una a una, cortándolas al ras y admirándolas, pensaba que los colores y los follajes de una armonía, una poesía que se abría paso en el entendimiento encantando la mirada, al igual que las frases musicales despiertan mil recuerdos en el fondo de los corazones amantes y amados. Si el color es la luz organizada, ¿no debe tener un sentido, como las combinaciones del aire tienen el suyo? Ayudado por Santiago y Magdalena, contentos los tres por conspirar en una sorpresa para nuestra adorada, confeccioné, sobre los últimos peldaños de la

escalinata donde establecimos el cuartel general de nuestras flores, dos ramilletes por los cuales intenté describir un sentimiento. Imaginaos una cascada de flores saliendo de los jarrones a borbotón, cayendo en ondas caireladas, y del seno de la cual se abalanzaban mis deseos en rosas blancas, en lirios de copa de plata. Sobre esta lozana disposición brillaban los azulejos, los miosotis, las viperinas, todas las flores azules cuyos matices, tomados del cielo, casan tan bien con el blanco; ¿no son dos inocencias, la que no sabe nada y la que sabe todo, un pensamiento del niño, un pensamiento del mártir? El amor tiene su blasón, y la condesa lo descifró secretamente. Me lanzó una de esas miradas incisivas que se asemejan al grito de un herido tocado en su llaga: estaba a la vez avergonzada y encantada. ¡Qué recompensa en aquella mirada! ¡Hacerla feliz, refrescarle el corazón, qué aliento! Inventé pues, la teoría del padre Castel en provecho del amor, y hallé para ella una ciencia perdida en Europa, donde las flores del escritorio reemplazan a las páginas escritas en oriente con embalsamados colores. ¡Qué hechizo el hacer expresar sus sensaciones por estas hijas del sol, hermanas de las flores abiertas por los rayos del amor! No tardé en entenderme con los productos de la flora campestre, como un hombre que he conocido más tarde en Grandlieu se entendía con las abejas.

Dos veces por semana, durante el resto de mi estancia en Frapesle, repetí el largo trabajo de esta obra poética, para cuya realización eran necesarias todas las variedades de gramíneas, estudiadas por mí más como poeta que como botánico, estudiando más su espíritu que su forma. Para encontrar de donde provenía una flor, recorría frecuentemente enormes distancias, al borde de las aguas, a las cañadas, a la cima de las rocas, a plenas tandas, saqueando pensamientos en el seno de los bosques y de los matorrales. En estas excursiones, me iniciaba en placeres desconocidos al sabio que vive en la meditación, al agricultor ocupado de especialidades, al artesano aprisionado en las ciudades, al comerciante atado a su oficina, al tendero pegado a su mostrador, pero conocidos de algunos forestales, de algunos leñadores, de algunos soñadores. Hay en la naturaleza efectos cuyos significados carecen de límites, y que se elevan a la altura de las más grandes concepciones morales. Sea un brezal florido, cubierto de los diamantes del rocío que lo remojan, y en el cual cabrillea el sol, inmensidad ataviada para una sola mirada que se la lanza. Sea un rincón de bosque rodeado de ruinosas rocas, cortado de arenas, vestido de musgos, guarnecido de enebros, que os prende e impresiona por no sé qué de salvaje, de vivos contrastes, de amedrentador, y de donde brota el grito del quebrantahuesos. Sea una landa calcinada, sin vegetación, pedregosa, de pliegues rígidos, y cuyos horizontes se asemejan a los del desierto, y donde encontré una flor sublime y solitaria, una pulsatilla de corola de seda violeta expuesta por sus estambres de oro; imagen enternecedora de mi blanco ídolo, sola en su valle... Sean grandes balsas de agua, sobre las cuales la naturaleza lanza en seguida manchas verdes, especie de transición entre la planta y el animal, donde la vida llega en pocos días, flotando allí plantas e insectos como un mundo en el éter. Sea aún una cabaña, con su huerto lleno de coles,

su viñedo, su empalizada, suspendida sobre una hondonada, encuadrada por algunos magros campos de centeno, símbolo de tantas humildes existencias... Sea una larga alameda de bosque, semejante a la nave de una catedral, donde los árboles son pilares, y sus ramas forman los arcos de la bóveda, al extremo de la cual un lejano calvero de claridades mezcladas de sombras y matizadas por las rojas tonalidades del sol poniente, asoma a través del follaje y muestra como las polícromas vidrieras de un coro lleno de aves canoras. Luego, al salir de estos bosques tan lozanos y espesos, un pizarroso erial donde, sobre musgosardientes y sonoros, ahitas culebras vuelven a sus madrigueras levantando sus cabezas elegantes y finas. Lanzad sobre estos cuadros ora torrentes de sol chorreantes como ondas nutricias, ora montones de nubes alineadas como las arrugas en la frente de un anciano, ora los grises tonos de un cielo tenuemente anaranjado, surcado por bandas de un azul pálido; y luego escuchad: oiréis indefinibles armonías en medio de un silencio que confunde. Durante los meses de septiembre y octubre, jamás he confeccionado un ramo que me costara menos de tres horas de búsquedas, a tal punto admiraba yo, con el suave abandono de los poetas, esas fugitivas alegorías donde para mí se pintaban las fases más contrastantes de la vida humana, majestuosos espectáculos en los que va a hurgar ahora mi memoria. A menudo, hoy, enlace a estas grandiosas escenas el recuerdo del alma entonces expandida sobre la naturaleza. Paseo en ella aún a la soberana cuyo blanco atavío ondeaba en las espesuras, flotaba sobre los céspedes, y cuyo pensamiento se elevaba, como un fruto prometido, de cada cáliz lleno de amorosos estambres.

Ninguna declaración, ninguna prueba de pasión insensata tuvo contagio más violento que esas sinfonías de flores, donde mi defraudado deseo me hacía desplegar los esfuerzos que Beethoven expresaba con sus notas; profundos retornos sobre sí mismo, arranques prodigiosos hacia el cielo. La señora de Mortsauf no era más que Enriqueta a su vista. Volvía a ellas sin cesar, se nutría de ellas, recogía todos los pensamientos que yo había allí puesto, cuando para recibirlas alzaba la cabeza de su bastidor y exclamaba: «¡Dios mío, qué bello es esto!». Comprenderéis esa deliciosa correspondencia por el detalle de un ramo, como tras un fragmento de poesía comprenderíais a Saadi. ¿Habéis percibido, en las praderas, en el mes de mayo, ese perfume que comunica a todos los seres la embriaguez de la fecundación, cuando desde la barca mojéis vuestras manos en el agua, cuando soltéis al viento vuestro cabello, y cuando vuestros pensamientos reverdezcan como las matas de la floresta? Una pequeña hierba, la grama olorosa, es uno de los más poderosos principios de esa armonía velada. Así, nadie la puede conservar impunemente al lado. Poned en un ramo sus hojas relucientes y rayadas como un vestido de franjas blancas y verdes, e inagotables exhalaciones removerán en el fondo de vuestro corazón las rosas en capullo que el pudor aplasta. En tomo al cuello ensanchado de la porcelana, dejad un buen margen compuesto únicamente por copetes blancos peculiares al sedimento de las viñas de Turena; vaga imagen de las formas deseadas, enroscadas como las de una esclava sumisa. De esta base salen las espirales de las corregüelas de blancas

campanillas, las ramillas de la gatuña rosa, mezcladas con algunos helechos, y de algunos recientes brotes de encina, de hojas magníficamente coloreadas y lustradas; todas avanzan humildemente posternadas como sauces llorones, tímidas y suplicantes como plegarias. Ved encima las finas fibrillas, florecidas, agitadas sin cesar por la sensitiva purpurina que vierte, a chorros, sus anteras casi amarillas; las niveas pirámides de forraje de los campos y las aguas, la verde cabellera de las bromeliáceas estériles, los esbeltos penachos de esas agróstidas llamadas las espigas del viento: violáceas esperanzas donde se coronan los primeros sueños y que se destacan sobre el fondo gris de lino donde la luz irradia en tomo a sus hierbas en flor. Mas ya, más arriba, algunas rosas de Bengala esparcidas entre los locos encajes del dauco, las plumas de la ciperácea, los marabús de la espirea, las umbelas simples del cerafolio silvestre, los rubios cabellos de clemátide en fruto, las lindas aspas de la cruciata de nivea blancura, los corimbos de mil hojas, los tallos difusos de la fumaria de flores rosas y negras, los zarcillos de la viña, las tortuosas briznas de las madre selvas; en fin, todo lo que esas cándidas criaturas tienen de más desordenado, de más desgarrado, llamas y triples dardos, hojas lanceoladas, acuchilladas, tallos atormentados como los deseos enroscados en el fondo del alma. Del seno de este caudaloso torrente de amor que desborda, se abalanza una magnífica amapola roja, acompañada de sus glándulas prestas a abrirse, desplegando las chispas de su incendio por encima de los jazmines estrellados y dominando la lluvia incesante del polen, bella nube que mariposea en el aire reflejando la luz en sus mil relucientes parcelas! ¿Qué mujer, embriagada por el aroma de Afrodita oculto en la grama olorosa, no comprenderá ese lujo de ideas sometidas, esa blanca ternura turbada por movimientos indómitos, y ese rojo deseo del amor que pide una felicidad negada en las luchas cien veces recomenzadas de la pasión contenida, infatigable, eterna? Poned este discurso en la luz de una ventana, a fin de mostrar los lozanos detalles, las delicadas oposiciones, los arabescos, para que la soberana emocionada vea allí una flor más abierta y de la que cae una lágrima; estará bien presta a abandonarse, y será preciso que un ángel o la voz de su hijo la retenga al borde del abismo. ¿Qué se da a Dios?: Perfumes, luminarias y cánticos, las expresiones más depuradas de nuestra naturaleza. Pues bien, ¿no se ofrecía al amor cuanto a Él se ofrece, en este poema de flores luminosas que bordoneaba incesantemente sus melodías al corazón, acariciando en él deleites ocultos, esperanzas no confesadas, ilusiones que se inflaman y se extinguen como hebras de la Virgen en una cálida noche?

Estos placeres neutros nos fueron de gran auxilio para engañar a la naturaleza irritada por las largas contemplaciones de la persona amada, por esas miradas que gozan irradiando hasta el fin de las formas penetradas. Para mí fue, no oso decir para ella, como esas grietas de las cuales brotan las aguas contenidas por invencible presa, y que a menudo impiden una desgracia concediendo una parte a la necesidad. La abstinencia tiene agotamientos mortales que precaven algunas migajas caídas una a una del cielo que, desde el Dan al Sáhara dan el maná al viajero. Sin embargo, a la

vista de aquellos ramos, yo he sorprendido a menudo a Enriqueta con los brazos caídos, sumida en esos tormentosos ensueños durante los cuales los pensamientos dilatan el pecho y animan la frente, que acuden por oleadas, brotan espumeantes, amenazan, y dejan una enervante lasitud. ¡Jamás después he hecho un ramo para nadie! Cuando hubimos creado este idioma para nuestro uso, experimentamos un contento semejante al del esclavo que engaña a su amo.

Durante el resto de aquel mes, cuando yo venía por el jardín, veía a veces su rostro pegado a los cristales; y cuando entraba en el salón, la encontraba ante su bastidor. Si no llegaba yo a la hora convenida, sin que jamás la hubiésemos señalado, a veces su blanca imagen erraba por la terraza; y cuando la sorprendía, me decía:

—He salido a vuestro encuentro. ¿No hay que tener un poco de coquetería para el último hijo?

Las crueles partidas de chaquete entre el conde y yo habían sido interrumpidas. Sus últimas adquisiciones le obligaban a numerosos desplazamientos, reconocimientos, verificaciones, deslindes y apeos; estaba ocupado en dar órdenes, en trabajos campestres que requerían el ojo del dueño, decididos muchas veces entre su mujer y él. A menudo fuimos, la condesa y yo, a reunirnos con él en las nuevas posesiones, con sus dos hijos, quienes durante el trayecto corrían tras los insectos, los ciervos volantes y los sartorios, haciendo también sus ramos, o por mejor decir, sus gavillas de flores. ¡Pasarse con la mujer que se ama, darle el brazo, escogerle su camino... estos goces ilimitados bastan a una vida! ¡Es entonces tan confiado el discurso! Ibamos solos, y volvíamos con el general, apodo de suave ironía que dábamos al conde cuando estaba de buen humor. Esas dos maneras de recorrer nuestro camino matizaban nuestro placer por oposiciones cuyo secreto no es conocido sino por los corazones impedidos en su unión. A la vuelta, las mismas felicidades, una mirada, un apretón de manos, estaban entremezclados de inquietudes... La palabra, tan libre durante la ida, tenía al regreso misteriosos significados, cuando uno de nosotros hallaba, tras cierto intervalo, una respuesta a insidiosas preguntas, o que una discusión comenzada continuaba bajo esas formas enigmáticas a las cuales se presta tan bien nuestro idioma, y que tan ingeniosamente crean las mujeres. ¿Quién no ha saboreado el placer de oírse así como en una esfera desconocida, donde los espíritus se separan de la muchedumbre y se unen burlando las leyes vulgares? Un día, tuve una loca esperanza, rápidamente disipada, cuando a una pregunta del conde, indagando el tema de nuestra conversación Enriqueta respondió con una frase de doble sentido, con la que le dejó satisfecho. Aquella inocente broma divirtió a Magdalena e hizo enrojecer a destiempo a su madre, quien por una mirada severa me hizo saber que podía retirarme su alma como antes me retirara su mano, queriendo permanecer siendo irreprochable esposa. Mas esta unión puramente espiritual tiene tantos atractivos, que al día siguiente recomenzamos.

Las horas, los días, las semanas, huían así, llenas de renovadas felicidades. Llegamos a la época de la vendimia, que en Turena da lugar a verdaderas fiestas.

Hacia finales de septiembre, el sol, menos ardiente que durante la siega, permite permanecer en los campos sin haber de temerse ni su quemadura ni la fatiga. Es más fácil recoger los racimos que segar los trigos. Los frutos están completamente maduros. La siega está hecha, el pan se abarata, y aquella abundancia hace feliz la vida. En fin, los temores que inspiraba el resultado de las labores campestres, donde se entierra tanto dinero como sudores, han desaparecido ante el hórreo colmado y las despensas prestas a llenarse. La vendimia es entonces como el jubiloso postre del festín recolectado, el cielo sonríe siempre en Turena, donde los otoños son magníficos. En este hospitalario país, los vendimiadores son alimentados en la casa. Siendo estas comidas las únicas que esas pobres gentes toman sustanciosas y bien preparadas cada año, teniéndole tanto apego como, en las familias patriarcales, tenían los niños a las galas de los aniversarios. Así, pues, acuden en tropel a las casas donde sus dueños les tratan sin cicatería. La casa está, pues, llena de gente y de provisiones. Los lagares se hallan constantemente abiertos. Parece que todo sea animado por ese movimiento de obreros toneleros, de carretas cargadas de rientes mozas, y de gentes que, percibiendo salarios mayores que durante el resto del año, cantan a troche y moche. Además, hay otra causa de placer, los rangos se confunden: mujeres, niños, dueños, servidores y operarios, todo el mundo participa en la recolección. Estas diversas circunstancias pueden explicar la hilaridad transmitida de época en época, que se desarrolla en esos bellos días del año, y cuyo recuerdo inspiró antaño a Rabelais la forma báquica de su obra maestra. Nunca los niños, Santiago y Magdalena, siempre enfermos, habían asistido a una vendimia; a mí me pasaba lo mismo, y ellos tuvieron no sé qué alegría infantil de ver compartidas sus emociones; su madre había prometido acompañarnos. Habíamos ido a Villaines, donde se fabrican los cestos del país, a encargarnos unos muy lindos; se trataba de vendimiarnos cuatro algunas cepas reservadas a nuestras tijeras; pero se había acordado que no se comerían demasiadas uvas. Comer en las viñas el gran *co* de la Turena parecía cosa tan deliciosa, que en la mesa se desdeñaban los más bellos racimos. Santiago me hizo jurar no ir a ver vendimiarnos a ninguna parte, y reservarme para el viñedo de Clochegourde. Jamás aquellos dos pequeños seres, habitualmente dolientes y pálidos, estuvieron más lozanos, ni más rosados, ni tan activos y bullidores como durante aquella mañana. Parloteaban por parlotear, iban, correteaban, y volvían, sin razón aparente; como los demás niños, parecían tener demasiada vida que expansionar; el señor y la señora de Mortsauf no les habían visto nunca así. Yo volví a ser niño con ellos, más niño acaso que ellos, pues esperaba también mi recolección. Fuimos a los viñedos con el más magnífico tiempo, y nos quedamos en ellos medio día. ¡Cómo disputamos sobre quién encontraría los mejores racimos y llenaría antes su cesto! Eran idas y venidas de las cepas a la madre: no se recogía un racimo sin mostrárselo a ella. Por su parte, ella se echó a reír con su cascabelera risa llena de juventud, cuando llegando yo tras su hija, con mi cesto, le dije como Magdalena:

—¿Y los míos, mamá?

Ella me respondió.

—¡Querido hijo, no te sofoques demasiado!

Y luego, pasándome la mano alternativamente por el cuello y el pelo, me dio una palmadita en la mejilla, añadiendo:

—¡Pero si estás bañado de sudor!

Fue la única vez que oí esta caricia de la voz, el *tú* de los amantes. Miré los lindos setos cubiertos de rojos frutos y de moras; escuché los gritos de los niños, contemplé la tropa de vendimiadoras, la carreta llena de toneles y los hombres cargados de cuévanos... ¡Ah!, lo grabé todo en mi memoria, todo, hasta el tierno almendro bajo el cual ella estaba, fresca, coloreada, risueña, con su sombrilla abierta. Luego me puse a recoger racimos, a llenar mi cesto, a ir a vaciarlo al tonel de vendimia con una aplicación corporal, silenciosa y sostenida por una marcha lenta y acompasada que dejó a mi alma libre. Saboreé el inefable placer de un trabajo exterior que conduce la vida regulando el curso de la pasión, bien de cerca, sin ese movimiento mecánico, que lo revuelve todo. Supe a qué punto contiene de cordura la labor uniforme, y comprendí las reglas monásticas.

Por vez primera desde hacía mucho tiempo, el conde no tuvo ni desabrimiento ni crueldad. Su hijo tan saludable, el futuro duque de Lenoncourt-Mortsauf, blanco y rosa, embadurnado de uva, le alegraba el corazón. Siendo aquel día el último de la vendimia, el general prometió celebrar un baile al atardecer ante Clochegourde para celebrar el retorno de los Borbones; así, la fiesta fue completa para todo el mundo. Al regreso, la condesa tomó mi brazo, y se apoyó de modo que mi corazón sintiese el peso del suyo, movimiento de madre que quería comunicar su júbilo, y me dijo al oído:

—¡Vos nos traéis la suerte!

Ciertamente, para mí que sabía de sus noches insomnes, de sus alarmas y de su vida anterior, en la que ella estaba sostenida por la mano de Dios, mas donde todo era árido y fatigante, esa frase acentuada por su voz tan rica desplegaba placeres que ninguna mujer en el mundo podría ya darme.

—La desdichada uniformidad de mis días se ha roto, y la vida se torna hermosa con esperanzas —me dijo tras una pausa—. ¡Oh, no me dejéis, no traicionéis jamás mis inocentes supersticiones; sed el primogénito que se convierte en la providencia de sus hermanos!

Aquí, Natalia, nada es novelesco; para descubrir en ello el infinito de los sentimientos profundos, es preciso haber sondeado en nuestra juventud los grandes lagos en cuya orilla vivimos. Si para muchos seres han sido las pasiones torrentes de lava vertiéndose entre desecadas riberas, ¿no existen almas en donde la pasión contenida por insuperables dificultades ha llenado de agua pura el cráter del volcán?

Tuvimos aún otra fiesta semejante. La señora de Mortsauf quería acostumar a sus hijos a las cosas de la vida e inculcarles el conocimiento de las penosas tareas por las cuales se obtiene el dinero; le había, pues, constituido rentas sometidas a las

contingencias de la agricultura: a Santiago pertenecía el producto de los nogales y a Magdalena el de los castaños. Algunos días después se efectuó la recolección de ambos frutos. Ir a varear los castaños de Magdalena, oír caer los frutos que rebotaban sobre el césped mate y seco donde generalmente crece el árbol que los produce; ver la seria gravedad con que la niñita examinaba los montones, calculando su valor, que para ella representaba los gustos que se daba sin control; las felicitaciones de Manette, el ama de llaves, la única que suplía a la condesa con sus hijos; las enseñanzas que deparaba el espectáculo de los esfuerzos necesarios para recoger los menores bienes, tan a menudo puestos en peligro por las alternativas del clima, fue una escena en la que los ingenuos goces de la infancia parecían encantadores en medio de los graves tintes del otoño en sus comienzos. Magdalena poseía un granero propio, donde quise ver encerrar su parca recolección, compartiendo su júbilo. Pues bien, me estremezco aún hoy, recordando el ruido que hacía cada contenido de castañas en un cuévano, al rodar sobre la borra amarillenta mezclada de tierra, que servía de piso. El conde tomaba parte para la casa; los colonos y aparceros, todos en tomo a Clochegourde, procuraban compradores a la Bonita, epíteto amigo que en la región otorgan de buen grado los campesinos hasta a personas forasteras, pero que parecía pertenecer exclusivamente a Magdalena.

Santiago fue menos afortunado en la recolección de sus nogales, pues llovió durante algunos días; pero yo le consolé, aconsejándole que guardase sus nueces para venderlas un poco más tarde. El señor de Chessel me había informado que los nogales no daban nada en el Brehemont, ni en la región de Amboise, ni en la de Vouvray. El aceite de nuez es muy utilizado en Turena. Santiago debía obtener cuando menos cuarenta sueldos de cada nogal, y como tenía doscientos, la suma resultaba considerable. Quería comprarse un equipo para montar a caballo. Su deseo promovió una discusión pública, en la cual su padre le hizo reflexionar sobre la inestabilidad de las rentas, sobre la necesidad de crear reservas para los años en que los árboles fuesen infecundos, a fin de procurarse un ingreso medio. Reconocí el alma de la condesa en su silencio; ella estaba gozosa al ver a Santiago escuchando a su padre, y éste reconquistaba un poco de la santidad que le faltaba, gracias a esa sublime mentira que ella había preparado. ¿No os he dicho, describiéndoos a esta mujer, que el lenguaje terrestre sería impotente para traducir los rasgos de su genio? Cuando se producen tales escenas, el alma saborea sus deleites sin analizarlas; ¡mas con cuanto vigor se destacan más tarde sobre el fondo tenebroso de una vida agitada! Parecidas a diamantes, brillan engarzadas por pensamientos llenos de aleación, pesares fundidos en el recuerdo de dichas desvanecidas... ¿Por qué los nombres de las dos posesiones recientemente compradas, la Cassine y la Rethorière, me conmueven más que los más bellos nombres de Tierra Santa o de Grecia? ¡*Quien ama, lo diga!*, exclamó Lafontaine. Esos nombres poseen las virtudes talismánicas de las palabras consteladas, en uso en las evocaciones, me explican la magia, despiertan imágenes adormecidas que se alzan al punto y me hablan, me trasladan a aquel valle

feliz, crean un cielo y paisajes; ¿mas no han acontecido las evocaciones siempre en las regiones del mundo espiritual? No os extrañéis, pues, en verme entreteniéndoo con escenas tan familiares. Los menores detalles de esta vida simple y casi común, han sido como otros tantos lazos, frágiles en apariencia, por los que me he unido estrechamente a la condesa.

Los intereses de sus hijos causaban a la señora de Mortsauf tanta preocupación y desazones como su débil salud. Pronto reconocí la verdad de lo que ella me había dicho con respecto a su función secreta en los asuntos de la casa, en los cuales me inicié lentamente, aprendiendo en aquella región detalles que debe conocer el estadista. Tras diez años de esfuerzos, la condesa había cambiado el cultivo de sus tierras; las había *puesto en cuatro*, expresión empleada en la comarca para explicar los resultados de los nuevos métodos, según los cuales los cultivadores no siembran trigo sino cada cuatro años, a fin de variar el cultivo para que descansa la tierra. Para vencer la obstinación de los campesinos había sido preciso rescindir arrendamientos, dividir las posesiones en cuatro grandes alquerías, y tenerlas *a mitades*, arriendo particular a Turena y a las regiones de los alrededores. El propietario da el alojamiento, los edificios de explotación y las simientes a colonos de buena voluntad, con los cuales comparte los gastos de cultivo y los productos. Este reparto está vigilado por un *aperador*, hombre encargado de tomar la mitad debida al propietario, sistema costoso y complicado por una contabilidad que varía a cada momento la naturaleza de los repartos. La condesa había hecho que el señor de Mortsauf cultivara una quinta granja compuesta de tierras reservadas, sitas en tomo a Clochegourde, tanto para ocuparle, como para demostrar por la evidencia de los hechos, a sus *colonos a medias*, la excelencia de sus nuevos métodos. Dueña de dirigir los cultivos, había hecho lentamente, y con su persistencia de mujer, restaurar dos de sus alquerías según el plan de las granjas de Artois y de Flandes. Fácil es adivinar su designio. Tras la expiración de los arriendos a medias, la condesa quería componer dos hermosas granjas de sus cuatro alquerías, y arrendarlas por dinero efectivo a personas activas e inteligentes, a fin de simplificar las rentas de Clochegourde. Temiendo ser la primera en morir, trataba de dejar al conde ingresos fáciles de percibir, y a sus hijos bienes que ninguna impericia podría hacer periclitar. En aquel momento, los árboles plantados hacían diez años que estaban en pleno rendimiento. Estaban asentadas las cercas que garantizaban a las posesiones contra cualquier litigio futuro. Los álamos, los olmos, todo estaba bien logrado. Con sus nuevas adquisiciones, e introduciendo en todas ellas el nuevo sistema de explotación, la tierra de Clochegourde, dividida en cuatro grandes granjas, de las que quedaban dos por construir, era susceptible de producir dieciséis mil francos en escudos, a razón de cuatro mil francos por cada una; sin contar la viña, ni los diez mil metros cuadrados de bosque anexo, ni la granja modelo. Los caminos de sus cuatro granjas podían desembocar en una gran avenida que de Clochegourde iría en línea recta a ramificarse con la carretera de Chinon. Existiendo solamente cinco leguas de distancia entre esta avenida y Tours, no debían

faltarle arrendatarios, sobre todo en el momento en que todo el mundo hablaba de las mejoras efectuadas por el conde, de sus éxitos, y de las mejoras de sus tierras. En cada una de las dos posesiones adquiridas quería ella invertir una quincena de miles de francos para convertir las casas de los señores en dos grandes granjas, a fin de arrendarlas mejor tras haberlas cultivado durante un año o dos, enviando allá como administrador a un tal Martineau, el mejor y más probo de sus aperadores, quien iba a encontrarse sin puesto, ya que prescribían los arrendamientos a medias de sus cuatro alquerías, y había llegado el momento de reunir las en dos granjas y alquilarlas por dinero efectivo. Sus ideas tan sencillas, pero complicadas por el desembolso de treinta y tantos mil francos, eran en aquel momento el objeto de largas discusiones entre ella y el conde; espantosas querellas, en las cuales no estaba sostenida más que por el interés de sus dos hijos. El pensamiento de: «¿Si yo muriese mañana, qué sucedería?», le causaba palpitaciones. Las almas dulces y apacibles, en las que es imposible la cólera, que quieren hacer reinar en tomo a ellas su profunda paz interior, sólo ellas saben cuánta fuerza es necesaria para esas luchas, cuán abundantes oleadas de sangre afluyen al corazón antes de entablar el combate, y qué desfallecimiento nos invade cuando no conseguimos nada después de tanta lucha. En el momento en que sus hijos estaban menos débiles, menos flacos, más ágiles, pues la estación de los frutos había producido sus efectos en ellos; en el momento en que ella los seguía con húmeda mirada en sus juegos, experimentando un contento que renovaba sus fuerzas refrescándole el corazón, la pobre mujer sufría las quisquillosidades injuriosas y los lancinantes ataques de una áspera oposición. El conde, espantado por aquellos cambios, negaba sus ventajas y su posibilidad, por un tenaz y compacto entercamiento. A concluyentes razonamientos, respondía con la objeción de un niño que discutiría la influencia del sol en estío. La condesa venció. La victoria del sentido común sobre la locura alivió sus llagas; y olvidó sus heridas. Aquel día, fue a pasearse a la Cassine y a la Rethorière, a fin de decidir las construcciones a realizar en ambas posesiones. El conde iba solo, delante, los niños nos separaban, y ambos estábamos detrás, siguiendo lentamente, ya que ella me hablaba con aquel tono dulce y quedo que hacía semejar sus frases a pequeñas olitas, murmuradas por el mar sobre una fina arena.

Ella estaba segura del éxito —me decía—. Iba a establecerse una competencia para el servicio de Tours a Chinon, emprendida por un hombre activo, por un mensajero, primo de Manette, quien quería tener una granja importante sobre la carretera. Su familia era numerosa: el hijo mayor conduciría los carruajes, el segundo haría los acarreos; el padre, apostado en el camino, en la Rabelaye, una de las granjas a alquilar, y situada en el centro, podría ocuparse del relevo, y cultivaría bien las tierras, abonándolas con el estiércol que le darían sus cuadas. En cuanto a la segunda granja, la Baude, la que se hallaba a dos pasos de Clochegourde, uno de sus cuatro colonos, hombre honrado, inteligente, que conocía las ventajas del nuevo cultivo, ofrecía ya tomarlo en arriendo. En cuanto a la Cassine y a la Rethorière, estas tierras

eran las mejores del país; una vez construidas las granjas y los cultivos en plena explotación, bastaría anunciarlas en Tours. En dos años, Clochegourde produciría así unos ochenta mil francos de renta; la Gravelotte, aquella granja del Maine devuelta al señor de Mortsauf, acababa de ser tomada a siete mil francos para nueve años; la pensión del mariscal de campo era de cuatro mil francos; si tales rentas no constituían aún una fortuna, procuraban un gran desahogo; más tarde, otras mejores le permitirían acaso ir un día a París para velar por la educación de Santiago, dentro de dos años, cuando la salud del presunto heredero se hubiese asegurado...

¡Con qué estremecimiento pronunció la palabra *París*! ¡Yo conocía a fondo este proyecto!, ella quería separarse lo menos posible del amigo. A estas palabras, me inflamé, y le dije que no me conocía; que, sin hablarle de ello, había yo tramado el completar mi educación trabajando noche y día, a fin de ser el preceptor de Santiago; pues yo no soportaba la idea de ver a otro en su casa.

A estas palabras, se tornó seria.

—No, Félix —dijo—, con eso sucederá como con vuestro sacerdocio. Si por una sola palabra habéis llegado hasta el fondo del corazón de la madre, la mujer os quiere demasiado sinceramente como para permitir que os convirtáis en víctima de vuestro afecto. Una desconsideración irremediable sería el precio de esa abnegación, y yo no podría hacer nada para evitarlo. ¡Oh, no, que no os sea yo funesta en nada! ¿Vos, vizconde de Vandenesse, preceptor? Vos, cuya noble divisa es *¿No se vende?* Aunque fueseis un Richelieu, os habrías obstruido la vida para siempre. Causaríais los mayores disgustos a vuestra familia. Amigo mío, vos no sabéis cuánta impertinencia sabe poner una mujer como mi madre en una mirada protectora, humillación en una palabra, desprecio en un saludo.

—¿Qué me importa el mundo, si me amais?

Fingió no haber oído, y dijo prosiguiendo:

—Aunque mi padre sea excelente, y dispuesto a concederme lo que le pido, no os perdonaría el haberos situado mal en el mundo, y se negaría a protegeros. ¡Yo no quisiera veros preceptor del Delfín! Aceptad la sociedad como es; no cometáis faltas en la vida. Amigo mío, esa proposición insensata de...

—De amor —dije yo, en voz baja.

—No, de caridad —replicó ella conteniendo sus lágrimas—; ese loco pensamiento me esclarece sobre vuestro carácter; vuestro corazón os perjudicará. Reclamo, desde este momento, el derecho de enseñaros ciertas cosas; dejad a mis ojos de mujer el cuidado de ver alguna vez por vos. Sí, desde el fondo de mi Clochegourde, quiero asistir, muda y arrobada, a vuestros éxitos. En cuanto al preceptor, quedad tranquilo, que ya hallaremos un buen viejo abate, algún anciano y sabio jesuita, y mi padre sacrificará de buen grado una suma para la educación del niño que ha de portar su nombre. Santiago es mi orgullo. Tiene once años ya —dijo tras una pausa—, pero a él le pasa como a vos; al veros creí que teníais unos trece.

Habíamos llegado a la Cassine, a donde Santiago, Magdalena y yo la seguíamos

como los pequeños siguen a su madre; pero la molestábamos, por lo que la dejé por un momento y me fui al vergel, donde Martineau el mayor, su guarda, examinaba con Martineau el menor, el aperador, si habían o no de ser talados los árboles; discutían este punto como si se tratase de sus propios bienes. Entonces me percaté cuan querida era la condesa. Y no pude por menos de expresar mi pensamiento a un pobre jornalero que, con el pie sobre su azada y el codo posado sobre el mango, escuchaba a los dos doctores en pomología.

—¡Ah, sí señor —me respondió—, es una buena mujer, y nada orgullosa, como lo son todas esas monas de Azay, que nos verían reventar como perros antes de cedemos un ochavo en una toesa de cavadura! El día en que esta mujer abandone el país, la santa Virgen llorará, y nosotros también. Ella sabe lo que le corresponde; pero también conoce nuestras penas, y tiene consideración por ellas.

¡Con qué placer di todo el dinero que llevaba encima a aquel hombre!

Unos días después llegó una jaquita para Santiago, a quien su padre, excelente jinete, quería acostumbrar lentamente a las fatigas de la equitación. El pequeño tuvo un bonito indumento de caballero, comprado con el producto de los nogales. La mañana en que tomó la primera lección, acompañado de su padre, y por los gritos de la asombrada Magdalena, que saltaba sobre el césped en torno del cual corría Santiago, fue para la condesa la primera gran fiesta de su maternidad. Santiago llevaba una gorguera bordada por su madre, una pequeña levita de paño azul cielo, sujeta por cinturón de charol, un pantalón blanco de pliegues, y una gorra de montar, escocesa, de la que sus cenicientos cabellos se escapaban en grandes bucles: estaba verdaderamente encantador. También todos los servidores de la casa se agruparon, compartiendo aquella felicidad doméstica. El joven heredero sonreía a su madre al pasar, y se mantenía sin miedo sobre su silla. Este primer acto de hombre en un niño cuya muerte pareció cercana tan a menudo, la esperanza de un bello porvenir, garantizado por aquel paseo que le mostraba tan guapo, tan lozano, ¡qué deliciosa recompensa! La alegría del padre, que tornaba a ser joven y sonreía por primera vez desde hacía tiempo, la dicha reflejada en los ojos de todos los servidores, la exclamación de un viejo piquero que volvía de Tours, y quien al ver la manera de tener la brida del pequeño dijo:

—¡Bravo, señor vizconde!...

Ya fue demasiado. La señora de Mortsaufl estalló en llanto. Tan tranquila y serena en sus dolores, se encontró débil para soportar la alegría, admirando a su hijo cabalgar sobre aquella, arena donde a menudo ella había llorado, paseándolo al sol. En aquel momento se apoyó en mi brazo, sin remordimiento, y me dijo:

—Me parece no haber sufrido nunca. No nos dejéis hoy.

Acabada la lección, Santiago se lanzó a los brazos de su madre, quien le tuvo estrechado en ellos con la fuerza que presta el exceso de complacencia, y se sucedieron besos y caricias sin fin. Yo fui con Magdalena a confeccionar dos ramos magníficos para decorar la mesa en honor del jinete. Al volver al salón, la condesa

me dijo:

—El 15 de octubre será ciertamente un gran día: Santiago ha tomado la primera lección de equitación, y yo acabo de dar la última puntada a mi tapicería.

—Bien, Blanca —dijo el conde riendo—. Quiero pagaros.

Ofreció el brazo a su mujer y la condujo al primer patio, donde ella vio una calesa regalada por su padre y para la cual el conde había comprado dos caballos en Inglaterra, traídos con los del duque de Lenoncourt. El viejo piquero había preparado todo en el primer patio, durante la lección. Estrenamos el carruaje yendo a ver el trazado de la avenida que debía llevar en línea recta de Clochegourde a la carretera de Chinon, y que las recientes adquisiciones permitían hacer a través de las nuevas posesiones. Al volver, la condesa me dijo, con aire lleno de melancolía:

—Soy demasiado dichosa; para mí, la felicidad es como una enfermedad, me abrumba, y tengo miedo que no se desvanezca como un sueño.

Yo amaba demasiado apasionadamente como para no sentirme celoso..., ¡no podía darle nada por mi parte! En mi rabia, buscaba un medio de morir por ella. Me preguntó qué pensamientos velaban mis ojos, y se lo dije ingenuamente, lo cual le conmovió más que todos los regalos, y vertió bálsamo en mi corazón, cuando tras haberme llevado sobre la escalinata, me dijo al oído:

—¿No será darme vuestra vida el que me améis como me amaba mi tía? Y si la tomo así, ¿no es hacerme vuestra deudora en todo momento?... Ya era tiempo de acabar mi tapicería —prosiguió entrando en el salón, donde le besé la mano, como para renovar mis juramentos—. ¿No sabéis acaso, Félix, por qué me he impuesto esa larga labor? Los hombres encuentran en las ocupaciones de su vida recursos contra las penas, el movimiento de los negocios les distrae; mas nosotras, las mujeres, no tenemos en el alma ningún punto de apoyo contra nuestros dolores. A fin de poder sonreír a mis hijos y a mi marido cuando era yo presa de tristes imágenes, he sentido la necesidad de regularizar el sufrimiento por un movimiento físico. Evitaba así las atonías que siguen a los grandes consumos de fuerza, al par que los relámpagos de la exaltación. La acción de levantar el brazo a iguales intervalos de tiempo, mecía mi pensamiento y comunicaba a mi alma, donde rugía la tormenta, la paz del flujo y reflujo regulando así sus emociones. Cada puntada tenía la confianza de mis secretos, ¿comprendéis? Pues bien, al hacer mi último tapete de sillón, yo pensaba demasiado en vos... sí, excesivamente, amigo mío. Lo que vos ponéis en vuestros ramos, yo ponía en mis dibujos.

La cena fue alegre. Santiago, como todos los niños de quienes uno se ocupa, me saltó al cuello al ver las flores que yo le había recogido a guisa de corona. Su madre fingió enfurruñarse a causa de esta infidelidad; ¡ya os podéis imaginar cómo, en vista de ello, le ofreció el niño el envidiado ramo! Al atardecer jugamos los tres un chaquete, yo solo contra el señor y la señora de Mortsauf, y el conde estuvo encantador. En fin, a la caída de la noche, me condujeron hasta el camino de Frapesle, en uno de esos tranquilos ocasos del día, cuyas armonías hacen ganar en profundidad

a los sentimientos lo que pierden en vivacidad. Fue una jornada única en la vida de aquella pobre mujer, un punto brillante que fue a menudo a acariciar su recuerdo en las horas difíciles. Y en efecto, las lecciones de equitación no tardaron en convertirse en sujeto de discordia. La condesa temía con razón los duros apóstrofes del padre al hijo. Santiago enflaquecía ya, sus bellos ojos negros se cercaban; para no causar pesar a su madre, prefería sufrir en silencio. Encontré remedio a sus males, aconsejándole dijese a su padre que estaba fatigado cuando el conde se encolerizaba; mas estos paliativos fueron insuficientes: fue preciso substituir por el viejo piquero al padre, quien no se dejó arrancar su discípulo sin oposición. Volvieron los chillidos y las discusiones; en el poco agradecimiento de las mujeres el conde halló pretexto para sus continuas quejas; veinte veces por día echó en cara a su mujer la calesa, los caballos y las libreas. Finalmente se produjo uno de esos acontecimientos a los cuales gustan agarrarse los caracteres de este género y las enfermedades de esta especie: los gastos en la Cassine y la Rethorière sobrepasaron en la mitad las previsiones, pues se desplomaron paredes y pisos en mal estado. Un obrero vino torpemente a anunciar esta noticia al señor de Mortsauf, en lugar de decírselo a la condesa. Y ello fue el objeto de una querrela comenzada suavemente, pero que se envenenó por grados, y donde la hipocondría del conde, apaciguada desde hacía algunos días, pidió sus atrasos a Enriqueta.

Aquel día había salido yo de Frapesle a las diez y medid, después del desayuno, para ir a Clochegourde a confeccionar un ramo con Magdalena. La niña me había llevado a la balaustrada de la terraza los dos jarrones y yo iba de los jardines a los alrededores tras las flores de otoño, tan bellas pero tan escasas. Al volver de mi último recorrido, no vi a mi pequeño teniente, de cinturón rosa y de esclavina festoneada, y oí gritos en Clochegourde.

—El general —me dijo Magdalena, llorando, y en ella aquel apelativo era una expresión de odio contra su padre—, el general riñe a nuestra madre; id a defenderla.

Volé por las escaleras y llegué al salón sin ser percibido ni saludado por el conde ni por su mujer. Al oír los agudos gritos del loco, cerré todas las puertas, y luego volví: había visto a Enriqueta tan blanca como su vestido.

—No os caséis nunca, Félix —me dijo el conde—. El diablo es el consejero de las mujeres; la más virtuosa inventaría el mal, caso de que no existiera: todas son unas brutas bestias.

Oí entonces razonamientos sin pies ni cabeza. Prevaliéndose de sus anteriores negativas, el señor de Mortsauf repetía las necesidades de los campesinos que se negaban a adoptar los nuevos métodos. Pretendía que, de haber él dirigido Clochegourde, sería dos veces más rico de lo que era.

Formulando sus blasfemias violenta e injuriosamente, juraba, saltaba de un mueble a otro, los desplazaba y los golpeaba; luego, en medio de una frase, se interrumpía para hablar de su médula que le ardía, o de su masa encefálica que se le escapaba a chorros, como su dinero. Decía que su mujer le arruinaba cuando de las

treinta y pico mil libras de renta que poseía, su mujer le había aportado más de veinte mil. Los bienes del duque y de la duquesa valían más de cincuenta mil francos de renta, reservados a Santiago. La condesa sonreía soberbiamente y miraba al cielo.

—¡Sí, Blanca —barbotó él—, eres mi verdugo, me asesinas; te peso... quieres desembarazarte de mí, eres un monstruo de hipocresía! ¡Y se ríe! ¿Sabéis por qué se ríe, Félix?

Guardé silencio y bajé la cabeza.

—Esa mujer —prosiguió él, respondiendo por sí mismo a su pregunta— me priva de toda felicidad y contento; es tanto vuestra como mía, y pretende ser mi esposa. Lleva mi nombre y no cumple ninguno de los deberes que las leyes divinas y humanas le imponen, mintiendo así a los hombres y a Dios. Me abrumba con encargos a hacer y me agota la paciencia para que la deje sola; le desagrado, ella me odia, y pone toda su maña en permanecer doncella; me vuelve loco con las privaciones que me causa, pues todo cae entonces sobre mi cabeza; me mata a fuego lento, y se cree una santa... ¡comulga todos los meses...!

La condesa lloraba a lágrima viva en aquel momento, humillada por el rebajamiento de aquel hombre, a quien por toda respuesta decía:

—¡Señor... señor... señor...!

Aunque las palabras del conde me hubiesen hecho enrojecer por él tanto como por Enriqueta, me removieron violentamente el corazón, ya que respondían a los sentimientos de castidad, de delicadeza, que son, por decirlo así, la materia de los primeros amores.

—Ella es virgen a mi costa —decía el conde.

A esta injuria, la condesa exclamó enérgica e implorante al par:

—¡Señor!...

—¿Qué quiere decir ese imperioso *señor*? ¿Es que no soy yo el dueño? ¿Es que he de enseñároslo por fin?

Con la misma avanzó hacia ella, presentándole su cabeza de lobo blanco tomada espantosa, pues sus amarillos ojos tuvieron una expresión de bestia hambrienta saliendo de un bosque. Enriqueta se deslizó de su sillón al suelo, para recibir el golpe que no llegó; ella se había extendido sobre el entarimado, perdiendo el conocimiento, destrozada por completo. El conde quedó como un asesino que siente saltar a su cara la sangre de su víctima, alelado. Tomé a la pobre mujer en brazos, y el conde me lo permitió como si se hubiese sentido indigno de hacerlo él; pero se me adelantó para abrirme la puerta de la habitación contigua al salón, aposento sagrado en el que jamás había entrado yo. Puse a la condesa en pie, y la sostuve un momento con un brazo, pasando el otro alrededor de su talle, mientras que el señor de Mortsauf apartaba el edredón y las sábanas del lecho; luego la alzamos y la extendimos vestida. Al volver en sí, Enriqueta nos rogó con un gesto que aflojáramos su cintura; el señor de Mortsauf cortó todo con unas tijeras; yo la hice respirar sales, y finalmente ella abrió los ojos. El conde se marchó más avergonzado que pesaroso. Enriqueta tenía su mano

en la mía y me la apretaba, sin poder hablar. De cuando en cuando, alzaba los ojos para decirme con una mirada que quería permanecer tranquila y sin ruido; luego hubo un momento de tregua, en el que se incorporó a medias sobre un codo y me dijo al oído:

—¡El desgraciado! ¡Si supiérais...!

Y volvió a posar la cabeza sobre la almohada. El recuerdo de sus penas pasadas, unido a sus actuales dolores, le dieron convulsiones nerviosas que yo no había calmado sino por el magnetismo del amor; efecto que me era aún desconocido, pero que por instinto traté. La mantuve con fuerza tiernamente suave; y durante esta última crisis, ella me lanzó miradas que me hicieron llorar. Cuando cesaron los movimientos nerviosos, compuse sus desordenados cabellos, única vez en la vida que fueron acariciados por mí; luego volví a tomar de nuevo su mano y contemplé largo rato aquella habitación a la vez parda y gris, el sencillo lecho de cortinas de zaraza, el tocador a la moda antigua, y el mezquino canapé de raído acolchado. ¡Cuánta poesía flotaba en aquel lugar! ¡Qué abandono del lujo para su persona! Noble celda de religiosa casada llena de santa resignación, donde el único ornamento era el crucifijo de la cabecera de su lecho, sobre el cual se veía el retrato de su tía, y después, a cada lado de la pila de agua bendecida, los de sus hijos dibujados por ella a lápiz y sus cabellos de cuando eran pequeños. ¡Qué retiro para una mujer, cuya aparición en el gran mundo hubiese hecho palidecer a las más bellas! Tal era el gabinete particular en el que lloraba siempre la hija de una ilustre familia, inundada en este momento de amargura, y negándose al amor que la habría consolado. ¡Desgracia secreta, irreparable! Y lágrimas en la víctima para el verdugo, y lágrimas en el verdugo para la víctima. Cuando los niños y la camarera entraron, salí yo. El conde me esperaba, me admitía ya como un poder mediador entre su mujer y él, y me cogió las manos diciéndome:

—¡Quedaos, quedaos, Félix!

—Desgraciadamente —le respondí—, el señor de Chessel tiene invitados, y no sería apropiado que inquiriesen los motivos de mi ausencia; pero volveré después de la cena.

Salió conmigo, me condujo hasta la puerta de abajo sin decirme una sola palabra y luego me acompañó hasta Frapesle, sin saber lo que hacía. Finalmente, allí le dije:

—En nombre del cielo, señor conde, dejadla dirigir vuestra casa, si ello puede agradarle, y no la atormentéis más.

—No me queda ya mucho tiempo de vida —me respondió con aire serio—. Ella no sufrirá mucho tiempo por mí; siento que mi cabeza estalla.

Y me dejó, en un acceso de egoísmo involuntario.

Tras la cena regresé para saber noticias de la señora de Mortsauf, a la que encontré ya mejor. Si tales eran, para ella, las alegrías del matrimonio, si se renovaban a menudo semejantes escenas, ¿cómo podía vivir? ¡Qué lento asesinato impune! Durante aquella velada comprendí por qué inauditas torturas enervaba el conde a su mujer. ¿Ante qué tribunal llevar tales litigios? Estas reflexiones me alelaban, y no pude decir nada a Enriqueta; pero pasé la noche escribiéndole. De tres o cuatro cartas que hice, me ha quedado el comienzo, que no me satisfizo; pero, si no me pareció expresar nada, o hablar demasiado de mí cuando no debía sino ocuparme de ella, él os dirá en qué estado se encontraba mi alma:

A la señora de Mortsauf

«¡En cuántas cosas iba pensando por el camino para decíroslo al llegar y que he olvidado al veros! Sí, en cuanto os veo, querida Enriqueta, no hallo ya mis palabras en armonía con los reflejos de vuestra alma, que aumentan vuestra belleza; luego experimento a vuestro lado una dicha tan infinita, que el sentimiento actual borra todos los anteriores. Cada vez nazco a una vida más amplia, y soy como el viajero que escalando alguna gran roca, descubre a cada paso un nuevo horizonte. ¿No añado yo en cada conversación un nuevo tesoro a mis inmensos tesoros? Ahí, creo yo, reside el secreto de los dilatados, de los inagotables afectos. No puedo, pues, hablaros de vos sino alejado de vos. En vuestra presencia estoy demasiado deslumbrado para ver, soy demasiado feliz para interrogar a mi dicha, me encuentro demasiado colmado de vos como para ser yo, demasiado elocuente para hablaros, demasiado ardiente en aprehender el momento presente, para acordarme del pasado. Percataos bien de esta constante embriaguez, para perdonarme los errores. A vuestro lado, no puedo sino sentir. Sin embargo, osaré deciros, mi querida Enriqueta, que jamás, en las numerosas alegrías me habéis causado, he sentido felicidades semejantes a las delicias que embargaron mi alma ayer, cuando, tras aquella horrible tempestad en la que luchasteis contra el mal con un sobrehumano valor, fuisteis para mí solo, en medio de la penumbra de vuestra habitación, a donde esa desgraciada escena me condujo. Yo sólo supe con qué resplandores puede brillar una mujer cuando llega de las puertas de la muerte a las puertas de la vida, y la aurora de un renacimiento matiza su frente. ¡Cuán armoniosa era vuestra voz! ¡Cuán pequeñas me parecían las palabras, hasta las vuestras, mientras que en el son de vuestra adorada voz reaparecían los vagos resentimientos de un dolor pasado, mezclados a los consuelos divinos por los cuales me habéis finalmente tranquilizado, dándome así vuestros primeros pensamientos! Os

conocía brillando con todos los esplendores humanos, pero ayer, he vislumbrado una nueva Enriqueta, que sería mía si Dios lo quisiera. Ayer he entrevisto yo no sé qué ser desligado de las trabas corporales que nos impiden sacudir las brasas del alma. ¡Cuán bella estabas en tu abatimiento, cuán majestuosa en tu debilidad! Ayer he encontrado algo más bello que tu belleza, algo más dulce que tu voz, claridades más luminosas que la luz de tus ojos, perfumes para los cuales no existen palabras: ayer, tu alma ha sido visible y palpable. ¡Ah, cuánto he sufrido por no poder abrirte mi corazón para hacerte revivir! En fin, ayer, he abandonado el respetuoso terror que me inspiras; ¿no nos había aproximado ese desfallecimiento? Entonces he sabido lo que era respirar al par de ti, cuando la crisis te permitió aspirar nuestro aire. ¡Cuántas plegarias elevadas al cielo en un momento! Si no he expirado al atravesar los espacios que he franqueado para ir a pedir a Dios que te dejara aún conmigo, no se muere ni de alegría ni de dolor. Ese momento me ha dejado recuerdos sepultados en mi alma, y que no asomarán jamás a su superficie sin que mis ojos se humedezcan con lágrimas; cada alegría aumentará sus surcos, cada dolor los hará más profundos. Sí, los temores que ayer agitaron mi alma serán un punto de comparación para todos mis dolores futuros, como las alegrías que ya me has prodigado, ¡querido eterno pensamiento de mi vida!, dominarán todas las que Dios se dignará derramar sobre mí. Tú me has hecho comprender el amor divino, ese amor seguro que, pleno de su fuerza y de su duración, no conoce sospechas ni celos.»

Una melancolía profunda me corroía el alma; el espectáculo de aquella vida interior era lastimoso para un corazón joven y nuevo a las emociones sociales; hallar este abismo a la entrada del mundo, un abismo sin fondo, un mar muerto... Tal horrible concierto de infortunios me sugirió infinitos pensamientos, y en mi primer paso en la vida social tuve medida, en la cual no podían ser sino pequeñas las demás escenas relacionadas. Mi tristeza hizo juzgar al señor y a la señora de Chessel que mis amores eran desgraciados, y tuve la dicha de no perjudicar en nada a mi gran Enriqueta por mi pasión.

El día siguiente, cuando entré en el salón, ella estaba sola en él; me contempló un instante y me tendió la mano, diciéndome:

—¿Será siempre demasiado tierno el amigo?

Sus ojos se humedecieron, se levantó, y luego añadió con tono de desesperada súplica;

—¡No me escribáis más así!

El señor de Mortsauf estuvo atento. La condesa había recuperado su valor y su frente serena; mas su tez traicionaba sus sufrimientos de la víspera, que habían sido calmados sin ser apagados. Al atardecer, paseándonos sobre las hojas secas otoñales, que crujían bajo nuestros pies, me dijo:

—El dolor es infinito, la alegría tiene límites.

Palabras que revelaban sus sufrimientos, por la comparación que hacía con sus fugaces felicidades.

—No maldigáis la vida —le dije—. Ignoráis el amor, y hay deleites que irradian hasta los cielos.

—Callaos —dijo ella—, no quiero saber nada de ellos. ¡El groenlandés moriría en Italia! Me encuentro tranquila y feliz a vuestro lado; puedo contaros todos mis pensamientos; no destruyáis mi confianza. ¿Por qué no tendréis la virtud del sacerdote y el encanto del hombre libre?

—Me haríais tragar sorbos de cicuta —le respondí llevando su mano a mi corazón, que latía desacompañadamente.

—¡Todavía! —exclamó ella, retirando su mano como si hubiese sentido algún vivo dolor—. ¿Queréis privarme del triste placer de restañar la sangre de mis heridas por una mano amiga? ¡No aumentéis mis sufrimientos; no los conocéis todos! Los más secretos son los más difíciles a devorar. Si fueseis mujer, comprenderíais en qué melancolía mezclada de aversión cae un alma orgullosa, cuando se ve objeto de atenciones que no reparan nada, y con las cuales se cree repararlo todo. Durante algunos días, voy a ser cortejada, se va a querer, hacerse perdonar el error que se ha cometido. Yo podría entonces obtener un asentimiento a las voluntades más irrazonables. Estoy humillada por ese rebajamiento, por esas caricias que cesan el día en que se cree que lo he olvidado todo. No deber el agrado de su dueño sino a sus faltas...

—¡A sus crímenes! —dije vivamente.

—¿No es una espantosa condición de existencia? —dijo ella lanzándome una triste sonrisa—. Además, yo no sé aprovechar ese poder pasajero. En este momento, me asemejo a los caballeros que no asestaban golpes a su adversario caído. Ver en tierra a quien debemos honrar, levantarlo para recibir nuevos golpes de él, sufrir con su caída más de lo que él mismo sufre, y sentirse deshonrada si se aprovecha de una pasajera influencia, aun con un objetivo de utilidad; gastar su fuerza, consumir los tesoros del alma en esas luchas sin nobleza, no reinar más que en el momento en que se reciben mortales heridas... más vale la muerte. Si no tuviese yo hijos, me dejaría seguir por la corriente de esta vida; pero sin mi desconocido valor, ¿qué será de ellos? Debo vivir para ellos, por dolorosa que sea la vida. ¿Me habláis vos de amor?... ¡Oh, amigo mío, pensad en qué infierno caería yo si diese a ese ser sin piedad, como lo son todos los seres débiles, el derecho de despreciarme! ¡No soportaría siquiera una sospecha! La pureza de mi conducta constituye mi fuerza. ¡La virtud, querida criatura, tiene aguas santas en las que se baña y se sale renovado al amor de Dios!

—Escuchad, querida Enriqueta, no tengo ya más que una semana de estancia aquí, y quiero que...

—¡Ah! ¿nos dejáis...? —me interrumpió.

—¿No debo acaso saber lo que mi padre decidirá de mí? Ya son casi tres meses...

—No he contado los días —me respondió con el abandono de la mujer emocionada. Se recogió y añadió—. Caminemos, vayamos a Frapesle.

Llamó al conde y a sus hijos, y pidió su chal; luego, cuando todo estuvo listo,

ella, tan lenta, tan calmosa, tuvo una actividad de parisina, y partimos en tropa para ir a Frapesle a hacer una visita que la condesa no debía. Se esforzó en hablar a la señora de Chessel, quien, afortunadamente, fue muy prolija en sus respuestas. El conde y el señor Chessel se entretuvieron de sus asuntos. Yo tenía miedo de que el señor de Mortsauf no alabase su coche y atelaje, pero se mostró de perfecto gusto. Su vecino le preguntó por los trabajos que efectuaba en la Cassine y la Rethorière. Al oír la pregunta, miré al conde, creyendo que se abstendría de un tema de conversación de tan fatales recuerdos, tan amargamente cruel para él; pero demostró lo urgente que era la mejora del estado de la agricultura en el cantón y la construcción de hermosas granjas cuyas dependencias fuesen sanas y saludables; en una palabra, se atribuyó gloriosamente las ideas de su mujer. Yo contemplaba a la condesa, enrojeciendo. Tal falta de delicadeza en un hombre que en ciertas ocasiones mostraba tanta, aquel olvido de la escena mortal, la adopción de ideas contra las cuales se había alzado tan violentamente, aquella creencia en sí mismo, me petrificaron. Y cuando el señor de Chessel le dijo:

—¿Creéis que se amortizarán los gastos?

—¡De sobra! —respondió él con gesto afirmativo.

Tales crisis no se explicaban sino por la palabra *demencia*. Enriqueta, la celeste criatura, estaba radiante. ¿No parecía el conde hombre de buen sentido, buen administrador, excelente agrónomo? Ella acariciaba con embeleso el cabello de Santiago, feliz por ella misma y feliz por su hijo. ¡Qué horrible teatro, qué escarnecedor drama! Quedé espantado. Más tarde, cuando se alzó para mí la cortina de la escena social, ¡cuántos de Mortsauf no he visto, menos los destellos de lealtad, menos la religión de éste! ¿Qué singular y mordaz potencia es la que perpetuamente echa al loco un ángel, al hombre de amor sincero y poético una mala mujer, al pequeño la grande, y a este mamarracho una bella y sublime criatura; a la noble Juana de Mancini el capitán Diard, de quien habéis sabido la historia de Burdeos; a la señora de Beauseant un de Ajuda, a la señora de Auglemont su marido y al marqués de Espard su mujer? Largo tiempo he buscado el sentido de este enigma, os lo confieso. He hurgado muchos misterios, he descubierto la razón de diversas leyes naturales, los sentidos de algunos jeroglíficos divinos; mas de éste no sé nada, lo sigo estudiando como una figura de rompecabezas indio, cuya construcción simbólica se han reservado los bramanes. Aquí es demasiado visiblemente el dueño, el genio del mal, y no me atrevo a acusar a Dios. Desgracias sin remedio, ¿quién es el que se divierte tejiéndoos? ¿Tendrían razón Enriqueta y su desconocido filósofo? ¿Contendría su misticismo el sentido general de la humanidad?

Los últimos días que pasé en esta comarca fueron los del otoño deshojado, días oscurecidos por nubes que a veces ocultaron el cielo de Turena, siempre tan puro y cálido en esta bella estación. La víspera de mi partida, la señora de Mortsauf me llevó a la terraza, antes de la cena.

—Mi querido Félix —me dijo tras haber dado una vuelta en silencio bajo los

árboles desnudos—, vais a entrar en el mundo, y quiero acompañaros con el pensamiento. Quienes han sufrido mucho, han vivido mucho; no creáis que las almas solitarias no saben nada del mundo; ellas lo juzgan. Si yo debo vivir por mi amigo, no quiero estar desacomodada ni en su corazón ni en su conciencia; en lo recio del combate, resulta muy difícil acordarse de todas las reglas; permitidme daros algunas informaciones, de madre a hijo. El día de vuestra partida os entregaré, querida criatura, una extensa carta en la que hallaréis mis pensamientos de mujer sobre el mundo, sobre los hombres, sobre la manera de abordar las dificultades en ese gran revolver de intereses; habéis de prometerme que no la leeréis hasta París, ¿de acuerdo? Este ruego mío es una de esas fantasías de sentimiento, que son el secreto de nosotras, las mujeres; no creo que sea imposible comprenderla, pero acaso estaríamos pesarasas de saberla comprendida; dejadme estos pequeños senderos por los que la mujer gusta de pasearse sola.

—Os lo prometo —le dije, besándola las manos.

—¡Ah! —añadió ella—, tengo aún un juramento que pedir os; mas habéis de comprometeros de antemano a aceptarlo.

—¡Desde luego! —esclamé ferviente, creyendo iba a ser cuestión de fidelidad.

—No se trata de mí —prosiguió, sonriendo con amargura—. Félix, no juguéis jamás en ningún salón, sea el que sea; no excluyo el de nadie.

—No jugaré nunca —le respondí.

—Bien —dijo ella—. Os he hallado un mejor empleo del tiempo del que disiparíais en el juego; ya veréis que allí donde los demás deben perder temprano o tarde, vos ganaréis siempre.

—¿Cómo?

—La carta os lo dirá —respondió con aire jovial que despojaba a sus recomendaciones del serio carácter que acompaña a las de los abuelos.

La condesa me habló durante casi una hora; me demostró la profundidad de su afecto revelándome con qué atención me había estudiado durante aquellos tres últimos meses; penetró en los últimos recovecos de mi corazón, tratando de aplicar allí el suyo; su acento era variado, convincente, sus palabras brotaban de un labio maternal, y mostraban, tanto por el tono como por la sustancia, cuantos lazos nos ligaban ya mutuamente.

—Si supierais —dijo para terminar— con qué ansiedades os seguiré en vuestro camino, qué alegría sentiré si vais derecho, y cómo lloraré si chocáis en los recodos. Creedme, mi afecto es sin igual; es a la vez involuntario y elegido. ¡Ah!, quisiera veros feliz, poderoso, considerado... a vos que seréis para mí como un sueño realizado.

Me hizo llorar. Era, a la vez, dulce y terrible; su sentimiento se ponía demasiado audazmente al descubierto, era excesivo para hacer concebir la menor esperanza al joven sediento de placer. El retorno a mi carne dejaba jirones en su corazón, ella me derramaba incesantes resplandores incorruptibles de ese divino amor que únicamente

satisface al alma. Ella se elevaba a alturas donde las abigarradas alas del amor que me hizo devorar sus hombros, no podían llevarme; para llegar a su lado, un hombre tenía que haber conquistado las blancas alas del serafín.

—En todas las cosas —le dije— pensaré: «¿Qué diría mi Enriqueta?»:

—Bien, quiero ser tu estrella y tu santuario —dijo ella, aludiendo a los sueños de mi infancia, y tratando de realizarlas para engañar mis deseos.

—¡Vos seréis mi religión y mi luz, vos lo seréis todo! —exclamé en un arrebato.

—No —respondió ella—, yo no puedo ser la fuente de vuestros placeres.

Suspiró y me lanzó la sonrisa de las penas secretas, esa sonrisa del esclavo rebelado por un momento.

Desde ese día, ella no fue ya la bienamada, sino la más amada; no estuvo en mi corazón como una mujer que quiere un puesto, que se graba en él por la devoción o por el exceso de placer; no, poseyó todo mi corazón, y constituyó algo necesario a mi existencia; se convirtió en lo que era la Beatriz del poeta florentino, en la Laura sin tacha del poeta veneciano, en la madre de los grandes pensamientos, el sostén del futuro, la causa desconocida de las resoluciones que salvan, la luz que brilla en la oscuridad como el lirio en los umbríos follajes. Sí, ella dictó esas elevadas determinaciones que atajan el incendio, que enmiendan lo que está en peligro; ella me ha dado esta constancia a la Coligny, para vencer a los vencedores, para renacer de la derrota, para cansar a los más fuertes luchadores.

El día siguiente, tras haber desayunado en Frapesle y despedido de mis anfitriones, tan complacientes al egoísmo de mi amor, me trasladé a Clochegourde. El señor y la señora de Mortsauf habían proyectado acompañarme a Tours, desde donde debía salir por la noche para París. Durante el trayecto, la condesa estuvo afectuosamente muda: por primera pretendió tener jaqueca; luego enrojeció por su embuste, y lo palió diciendo que no podía verme partir sin pena. El conde me invitó a ir a su casa, cuando en ausencia de los Chessel sintiera deseos de volver a ver el valle del Indre. Nos separamos heroicamente, sin lágrimas aparentes; pero al igual de ciertos niños enfermizos, Santiago tuvo un impulso de sensibilidad, derramando algunas lágrimas, mientras que Magdalena, como mujercita, apretaba la mano de su madre.

—¡Querido pequeño! —dijo la condesa, besando apasionadamente a Santiago.

En cuanto me encontré solo en Tours, tras la cena, se apoderó de mí una de esas rabias inexplicables que no se experimentan sino a corta edad. Alquilé un caballo y franqueé en cinco cuartos de hora la distancia entre Tours y Pont-de-Ruan. Allí, avergonzado de mostrar mi locura, corrí a pie por el camino, y llegué como un espía, a paso de lobo, a la terraza. La condesa no estaba en ella. Me imaginé que sufría; había guardado conmigo la llave de la puerta pequeña, y entré; ella descendía en aquel momento la escalinata en compañía de sus dos hijos para ir a respirar, triste y lenta, la dulce melancolía impregnada sobre el paisaje, a la puesta del sol.

—¡Mamá, aquí está Félix! —dijo Magdalena.

—Sí, soy yo —le dije al oído—. Me he preguntado por qué me encontraba en Tours, cuando me era tan fácil veros todavía. ¿Por qué no satisfacer un deseo que dentro de ocho días no podré realizar?

—¡Él no nos deja, mamá! —exclamó Santiago, dando varios saltos.

—Cállate —le dijo Magdalena—, que vas a atraer aquí al general.

—Esto no es sensato —murmuró Enriqueta—. ¡Qué locura!

Esta consonancia dicha en lágrimas por su voz, ¡qué pago a lo que se debería llamar los cálculos usurarios del amor!

—Había olvidado devolveros esta llave —le dije sonriendo.

—¿Es que no volveréis más? —respondió.

—¿Acaso nos separamos? —repliqué a mi vez, lanzándole una mirada que le hizo bajar los párpados para velar su muda respuesta.

Me marché tras algunos momentos pasados en uno de esos dichosos estupores de las almas llegadas allá donde acaba la exaltación del amor y donde comienza el loco éxtasis. Me fui con paso lento, volviéndome sin cesar. Cuando, en lo alto de la meseta, contemplé el valle por última vez, me impresionó el contraste que me ofreció comparándolo a lo que era cuando por primera vez fui allí; ¿no verdeaba, no llameaba entonces, como llameaban, como verdeaban mis deseos y mis esperanzas? Iniciado ahora a los sombríos y melancólicos secretos de una familia, compartiendo los misterios de una Niobé cristiana, dolorido como ella, con el alma contristada, hallaba en aquel momento el valle a tono con mis ideas. En aquel momento, los campos estaban asolados, las hojas de los álamos caían, y las que quedaban en ellos tenían el color de la herrumbre; los pámpanos estaban quemados, las copas de los árboles de los bosques presentaban las graves tonalidades de ese color *tostado* que antaño adoptaban para su atuendo los reyes, y que ocultaba la púrpura del poder bajo el pardo de los pesares. Siempre en armonía con mis pensamientos, el valle, en el que morían los rayos amarillos de un tibio sol, me presentaba aún una viviente imagen de mi alma. Abandonar a una mujer amada es una situación horrible o simple, según las naturalezas; yo me encontraba de pronto como en un país extranjero cuyo idioma ignoraba; no podía prenderme a nada, viendo cosas a las cuales no sentía ya apegada mi alma. Entonces se desplegó la magnitud de mi amor, y mi querida Enriqueta se elevó en toda su altura en aquel desierto en el que me mantenía vivo, solamente por su recuerdo. Fue una imagen tan religiosamente adorada, que resolví permanecer sin mácula en presencia de mi divinidad, y me revestí idealmente de la blanca túnica de los levitas, imitando así a Petrarca, que no se presentó jamás ante Laura de Nover sino enteramente vestido de blanco. ¡Con qué impaciencia esperé la primera noche, en la que, de retomo a la casa de mi padre, podría leer aquella carta que palpaba durante el viaje como un avaro una suma en billetes que se ve obligado a llevar consigo! Durante la noche, besé el papel sobre el cual había manifestado Enriqueta sus voluntades, y de donde debía yo recuperar los misteriosos efluvios escapados de su mano, y los acentos de cuya voz se lanzarían a mi entendimiento recogido. Jamás

he leído sus cartas sino como leí la primera, en la cama y en medio de un absoluto silencio; yo no sé cómo se pueden leer de otro modo cartas escritas por una persona amada; sin embargo, hay hombres indignos de ser amados que mezclan la lectura de esas misivas a las preocupaciones del día, las abandonan y las reanudan con odiosa tranquilidad. He aquí, Natalia, la adorable voz que de pronto resonó en el silencio de la noche, he aquí la sublime imagen que se alzó para mostrarme con el dedo el verdadero camino en la encrucijada en la que me encontraba;

«¡Qué felicidad, amigo mío, tener que reunir los elementos dispersos de mi experiencia, para transmitíroslo y armaros contra los peligros del mundo a través del cual deberéis conducirnos hábilmente! He sentido los placeres permitidos del afecto maternal, ocupándome de vos durante algunas noches. Mientras que escribía esto, frase a frase, transportándome de antemano a la vida que llevaréis, iba a veces a la ventana. Al ver desde ella las torres de Frapesle iluminadas por la luna, a menudo me decía: «¡Él duerme y yo velo por él!». Sensaciones deliciosas que me han recordado las primeras dichas de mi vida, cuando contemplaba a Santiago dormido en su cuna, esperando su despertar para darle mi leche. ¿No sois vos un hombre- niño cuya alma debe ser reconfortada por algunos preceptos de los que no habéis podido nutrirnos en esos espantosos colegios donde tanto habéis sufrido, pero que nosotras, las mujeres, tenemos el privilegio de ofrecerlos? Esas naderías influyen sobre vuestros éxitos, los preparan y los consolidan. ¿No será una maternidad espiritual este engendramiento del sistema al cual un hombre debe reportar las acciones de su vida, una maternidad bien comprendida por el hijo? Querido Félix, dejadme, aun cuando cometiera yo aquí algunos errores, imprimir a nuestra amistad el desinterés que la santificará: ¿pues no es renunciar a vos el entregaros al mundo?; mas yo os quiero lo bastante como para sacrificar mis goces a vuestro bello porvenir. Desde hace ya cuatro meses casi, me habéis hecho reflexionar extrañamente en las leyes y las costumbres que rigen nuestra época. Las conversaciones que otrora tuve con mi tía, y cuyo sentido os pertenece, a vos que la reemplazáis...; los sucesos de su vida, que el señor de Mortsauf me ha contado; las palabras de mi padre, a quien la Corte fue tan familiar; las más grandes como las más pequeñas circunstancias, todo ha surgido en mi memoria en provecho de mi hijo adoptivo, al que veo a punto de lanzarse en medio de los hombres, casi solo; a punto de dirigirse sin consejo a un país donde muchos perecen por sus buenas cualidades atolondradamente desplegadas, y algunos medran por sus malas bien empleadas.

«Antes de todo, medita en la expresión concisa de mi opinión sobre la sociedad considerada en su conjunto, ya que con vos bastan pocas palabras. Ignoro si las sociedades son de origen divino o bien si son una creación de los hombres, e ignoro igualmente en qué sentido se mueven; lo que me parece cierto es su existencia; desde el momento en que uno las acepta, en vez de vivir apartado, se deben dar por buenas las condiciones constitutivas; entre ellas y uno se firmará mañana como un contrato. ¿Se sirve la sociedad de hoy más del hombre que éste de ella? Creo que sí; más que el

hombre encuentre en ella más cargas que beneficios, o que compre a precio demasiado caro las ventajas que recoge, esas cuestiones competen al legislador y no al individuo. En mi opinión, se debe, pues, obedecer en todo a la ley general, sin discutirla, bien sea que hiera o halague el interés individual. Por simple que pueda parecer este principio, es difícil en sus aplicaciones; es como una savia que debe infiltrarse en los menores conductos capilares para vivificar el árbol, conservarle su verdor, desarrollar sus flores y abonar sus frutos tan magníficamente, que excita una admiración general. Querido, las leyes no se encuentran escritas todas en un libro; las costumbres también crean leyes, y las más importantes son las menos conocidas; no existen ni profesores, ni tratados, ni escuelas para ese derecho que rige las acciones, los discursos, la vida exterior, la manera de presentarse el mundo o de abordar la fortuna. Faltar a estas leyes secretas, es permanecer en el fondo del estado social, en vez de dominarlo. Aun cuando esta carta formulara frecuentes pleonasmos con vuestros pensamientos, permitidme confiaros mi política de mujer.

«Explicar la sociedad por la teoría de la felicidad individual de la que uno se ha apoderado con destreza a costa de todos, es una doctrina fatal, cuyas severas deducciones llevan al hombre a creer que está bien adquirido todo lo que secretamente se atribuye sin que la ley, el mundo o los individuos sufran ninguna lesión. Según ese código, el ladrón hábil es absuelto, la mujer que falta a sus deberes sin que nada se sepa, es feliz y juiciosa; matad a un hombre sin que la justicia posea una sola prueba, y si por ello conquistáis alguna diadema a la Macbeth, habréis obrado perfectamente; vuestro interés se convierte en una ley suprema: la cuestión consiste en dar vuelta, sin testigos ni pruebas, a las dificultades que las costumbres y las leyes ponen entre uno y sus satisfacciones. A quien así ve la sociedad, el problema que constituye una fortuna a hacer, se reduce, amigo mío, a jugar una partida cuya puesta es o un millón o el penal, una posición política o el deshonor. Y aún, el tapete verde no tiene bastante paño para todos los jugadores, y hace falta una fuerza de genio para combinar una jugada. No os hablo ni de creencias religiosas ni de sentimientos; se trata aquí de los engranajes de una máquina de oro y acero, y de sus resultados inmediatos de los que los hombres se ocupan. Querido hijo de mi corazón: si compartís mi horror hacia esta teoría de los criminales, la sociedad no se explicará a vuestros ojos sino como lo hace en todo entendimiento sano, por la teoría de los deberes. Sí, vos os debéis los unos a los otros bajo mil formas diversas. Según yo, el duque y par del reino se debe mucho más al artesano o al pobre, que el pobre y el artesano no se debe al duque y par. Las obligaciones contraídas aumentan en razón de los beneficios que la sociedad proporciona al hombre, según el principio, tan verdadero en comercio como en política, que la gravedad de los cuidados se halla por doquier en razón a la magnitud de los beneficios. Cada país tiene su deuda a su manera. Cuando nuestro pobre hombre de la Rethorière se acuesta fatigado de sus labores, ¿creéis que no ha cumplido sus deberes?; pues ciertamente ha cumplido mejor los suyos que muchas personas situadas en las alturas. Considerando así la

sociedad en la cual queréis un puesto en concordancia con vuestra inteligencia y vuestras facultades, habéis, pues, de asentar, como principio generador, esta máxima: No permitirse nada, ni contra la propia conciencia, ni contra la conciencia pública. Aun cuando os pueda parecer superflua mi insistencia, os suplico, sí, vuestra Enriqueta os suplica que peséis bien el sentido de esas dos palabras. Simples en apariencia, significan, querido, que la rectitud, el honor, la lealtad, y la cortesía, son los instrumentos más seguros y más rápidos de vuestra fortuna. En este mundo egoísta, una multitud de personas os dirán que no se abre uno paso por sus sentimientos, que las consideraciones morales demasiado respetadas, retrasan la marcha; veréis a hombres mal educados, mal enseñados, e incapaces de medir el futuro, achuchando a un niño, haciéndose culpable de una descortesía hacia una anciana, negándose a aburrirse un momento con algún buen viejecito, so pretexto de que ellos no son útiles para nada; más tarde percibiréis a esos hombres asiéndose a espinas que no habrán limado, y marrando su fortuna por una nada; mientras que el hombre avezado temprano a esa teoría de los deberes, no hallará obstáculos; acaso llegará menos rápidamente, pero su fortuna será sólida y subsistirá al derrumbarse la de los otros.

«Cuando os diga que la aplicación de esta doctrina exige, antes de todo, la ciencia de los modales, hallaréis acaso que mi jurisprudencia huele un poco a la Corte, y a las enseñanzas que he recibido en el hogar Lenoncourt. ¡Oh, amigo mío, concedo la mayor importancia a esa instrucción, aparentemente tan insignificante! Los hábitos de la gran sociedad os son tan necesarios como pueden serlo los conocimientos extensos y variados que poseéis; a menudo los han suplido: ciertos ignorantes de hecho, pero dotados de un ingenio natural, acostumbrados a poner un hilván en sus ideas, han llegado a una grandeza huidiza a personas más dignas de ella. Yo os he estudiado bien, Félix, a fin de saber si vuestra educación, efectuada en común en los colegios, no había echado a perder nada en vos. ¡Dios sólo sabe con qué alegría he reconocido que podíais adquirir lo poco que os falta! En muchas personas educadas en estas tradiciones, las maneras son puramente externas, pues la exquisita cortesía y los bellos modales vienen del corazón y de un gran sentimiento de dignidad personal. He aquí por qué, a pesar de su educación, algunos robles tienen un mal tono, mientras que ciertas personas de extracción burguesa poseen naturalmente buen gusto, y no tienen más que tomar algunas lecciones para procurarse; sin torpe imitación, excelentes maneras. Creed a una pobre mujer que no saldrá jamás de su valle: ese tono noble, esa graciosa sencillez impresa en la palabra, en el gesto, en el porte y el atuendo y hasta en la casa, constituyen como una poesía síquica cuyo encanto es irresistible; ¡juzgad cuánto es su poder sabiendo que su manantial brota del corazón! La cortesía, querido hijo, consiste en parecer olvidarse por los demás; en muchas personas es una mueca social que se desmiente en cuanto el interés demasiado picado asoma la oreja, haciéndose entonces innoble un grande. Pero, y yo quiero que vos seáis así, Félix, la verdadera cortesía implica un pensamiento cristiano; es como la

flor de la caridad, y consiste en olvidarse realmente de uno mismo. ¡No seáis, pues, en recuerdo de Enriqueta, una fuente sin agua, tened su espíritu y su forma! No temáis ser a menudo chasqueado por esa virtud social, pues tarde o temprano recogeréis el fruto de tantos granos aparentemente lanzados al viento. Mi padre ha observado antaño que una de las formas más hirientes de la cortesía mal entendida, es el abuso de las promesas. Cuando os pidan algo que no podríais hacer, negaos en redondo, no dejando ninguna falsa esperanza; después, acordad prestamente lo que queréis otorgar: adquiriréis así la gracia de la negativa y la del favor, doble lealtad que resalta maravillosamente un carácter. Yo no sé si se nos tiene más inquina por una esperanza defraudada que se nos agradece un favor. Sobre todo, amigo mío, ya que estas pequeñas cosas se encuentran dentro de mis atribuciones, y no puedo hacerme pesada sobre lo que creo saber, no seáis ni confiado, ni trivial, ni presuroso, tres escollos... La demasiada confianza disminuye el respeto, la trivialidad os vale el desprecio, y el celo nos hace excelentes para ser explotados. Y por primera, querido niño, no tengáis más de dos o tres amigos en el curso de vuestra existencia; vuestra entera confianza es su bien; así, pues, otorgarla a muchos, ¿no es traicionarlos? Si os ligáis con algunos hombres más íntimamente que con otros, sed más discretos sobre vos mismo, sed siempre reservado, como si debierais tenerlos un día por competidores, por adversarios o por enemigos; los azares de la vida lo querrán así. Mantened, pues, una actitud que no sea ni fría ni calurosa, sabed hallar ese término medio en el cual puede permanecer un hombre sin comprometer nada. Sí, creed que el hombre caballeroso se encuentra tan lejos de la cobarde complacencia de Filinte como de la áspera virtud de Alceste. El genio del poeta cómico brilla en la indicación del auténtico medio que captan los espectadores nobles; ciertamente, todos se inclinarán más hacia los ridículos de la virtud que hacia el soberano desprecio oculto bajo la llaneza del egoísmo; mas sabrán preservarse de una y otro. En cuanto a la trivialidad, si ella hace decir a algunos necios, que uno es un hombre encantador, las personas habituadas a sondear, a evaluar las capacidades humanas, deducirán vuestra tara y seréis muy pronto desconsiderado, ya que la trivialidad es el recurso de los débiles; ahora bien, los débiles son desgraciadamente despreciados por una sociedad que no ve en cada uno de sus miembros sino órganos; por lo demás, acaso tenga razón, pues la propia naturaleza condena a muerte a los seres imperfectos. Así, tal vez por ende, las conmovedoras protecciones de la mujer son engendradas por el placer que halla en luchar contra una fuerza ciega, en hacer triunfar a la inteligencia del corazón sobre la brutalidad de la materia. Pero la sociedad, más madrasta que madre, adora a los hijos que halagan su vanidad. En cuanto al celo, ese primer y sublime error de la juventud, que halla una real satisfacción en desplegar sus fuerzas y comienza así por ser burlada por sí mismo, antes de serlo por el prójimo, guardadlo para vuestros sentimientos compartidos, para la mujer y para Dios. No llevéis, ni al bazar del mundo ni a las especulaciones de la política, tesoros a cambio de los cuales no os darán sino abalorios. Debéis creer a la voz que os ordena la nobleza en todo,

mientras que os suplica que no os prodiguéis inútilmente; pues, por desgracia, los hombres os estiman en razón de vuestra utilidad, sin tener en cuenta vuestro valor. Para emplear una imagen que se grabe en vuestro espíritu poético, bien sea el símbolo de un desmesurado grandor, trazado en oro o escrito con lápiz, no será jamás sino un símbolo. Como lo ha dicho un hombre de esta época: «¡No tengáis nunca celo!». El celo roza el engaño, causa decepciones; no hallaríais jamás sobre vos un calor en armonía con el vuestro; los reyes, como las mujeres, creen que todo les es debido. Por triste que sea este principio, es verdadero, pero no desflora el alma. Situdad vuestros sentimientos puros en lugares inaccesibles donde sus flores sean apasionadamente admiradas, donde el artista soñará casi amorosamente en la obra maestra. Los deberes, amigo mío, no son sentimientos. Hacer lo que se debe no es hacer lo que place. Un hombre debe ir a morir fríamente por su país y puede dar dichoso su vida a una mujer. Una de las reglas más importantes de la ciencia de las maneras, es un silencio casi absoluto sobre vos mismo. Serviréis de irrisión si algún día habláis de vuestra persona a gentes simplemente conocidas; entretenedlas de vuestros sufrimientos, de vuestros placeres o de vuestros negocios y veréis la indiferencia sucediendo al interés fingido; luego, llegado el aburrimiento, si el ama de casa no os interrumpe cortésmente, uno a uno se alejarán de vos los circunstantes, con pretextos hábiles. Mas si queréis agrupar en torno vuestro todas sus simpatías, pasad por hombre amable y espiritual, de buen trato, entretenedles sobre ellos mismos, buscad un medio de situarlos en escena, hasta promoviendo cuestiones en apariencia inconciliables con los individuos; las frentes se animarán, las bocas os sonreirán, y, a vuestra partida, todos harán vuestro elogio. Vuestra conciencia y la voz del corazón os señalarán el límite donde comienza la cobardía de las adulaciones y acaba la gracia de la conversación. Una palabra aún sobre el discurso en público. Amigo mío, la juventud se halla siempre inclinada a no sé qué apresuramiento de juicio, que si bien la honra, la perjudica; de ahí el silencio impuesto por la educación de otros tiempos a los jóvenes que pasaban un período con los mayores, durante el cual estudiaban la vida; pues, antaño, tanto la nobleza como el arte, tenían sus aprendices, sus pajes dedicados a los amos que los alimentaban. Hoy, la juventud posee una ciencia de estufa, que remueve todo ácido, que la induce a juzgar con severidad las acciones, los pensamientos y los escritos; corta con el filo de una hoja que aún no ha servido. No tengáis estas torcidas inclinaciones. Vuestros juicios serían censuras que lastimarían a muchas personas que os rodean, y todos perdonarán menos acaso una ofensa secreta que una injusticia públicamente expresada. Los jóvenes son sin indulgencia porque no conocen nada de la vida ni de sus dificultades. El crítico viejo es bueno y suave; el joven, implacable; éste no sabe nada y aquél lo sabe todo. Además, en el fondo de todas las acciones humanas hay un laberinto de razones determinantes, de las cuales Dios se ha reservado el juicio definitivo. No seáis severo sino para con vos mismo. Vuestra fortuna se halla ante vos, mas nadie puede lograr la suya en este mundo sin ayuda; concurrid, pues, a la casa de mi padre, cuya entrada tenéis, y las relaciones

que en ella os crearéis os serán útiles en mil ocasiones; mas no cedáis ni una pulgada de terreno a mi madre, pues ella aplasta a quien se abandona y admira el orgullo de quien le resiste; es semejante al hierro, que forjado parece acero, pero cuyo contacto rompe todo cuanto no tiene su dureza. Cultivad a mi madre; si le caéis en gracia, os introducirá en los salones, donde adquiriréis esa fatal ciencia mundana, el arte de escuchar de hablar, de responder, de presentaros, de salir; el lenguaje preciso, ese *yo no sé qué*, que no significa la superioridad, como el hábito no constituye el genio, pero sin el cual no será jamás admitido el más donoso talento. Os conozco lo bastante como para estar segura de no hacerme ilusión alguna viéndoos de antemano como deseo que seáis: sencillo en vuestros modales, suave de tono, altivo sin fatuidad, respetuoso con los viejos, obsequioso sin servilismo, discreto sobre todo. Desplegad vuestro ingenio, pero no sirváis de diversión a los demás; pues, sabedlo bien, si vuestra superioridad lastima a un hombre mediocre, se callará, mas después dirá de vos: «¡Es muy divertido!», término de desprecio. Que vuestra superioridad sea siempre leonina. No busquéis, por lo demás, el complacer a los hombres. En vuestras relaciones con ellos os recomiendo una frialdad que pueda llegar hasta esa impertinencia de la que no pueden ofenderse; todos respetan a quien les desdeña y ese desdén os granjeará el favor de todas las mujeres, quienes os estimarán en razón del poco caso que haréis de los hombres. No sufráis jamás a vuestro lado a gentes desconsideradas, aun cuando no merecieran su fama, ya que el mundo nos toma igualmente cuenta de nuestras amistades y de nuestros odios; a este respecto, que vuestros juicios sean bien ponderados durante mucho tiempo, pero que no sean irrevocables. Cuando los hombres rechazados por vos hayan justificado vuestra repulsa, será buscada vuestra estima; así inspiraréis ese respeto tácito que engrandece a un hombre entre los hombres. Estáis armado de una juventud que place, de una gracia que seduce y de una cordura que conserva las conquistas. Todo cuanto acabo de deciros, puede resumirse en un antiguo dicho: «¡Nobleza obliga!».

Ahora, aplicad estos preceptos a la política de los negocios. Oiréis decir a muchas personas que la habilidad es el elemento del éxito, que el medio de hender la masa es dividir a los hombres para obtener un puesto. Amigo mío, tales principios eran buenos en la Edad Media, cuando los príncipes tenían fuerzas rivales para destruirse mutuamente; pero hoy todo se encuentra a la luz del día y ese sistema os prestaría muy flacos servicios. En efecto, hallaréis ante vos, bien sea a un hombre leal y sincero, o a un enemigo traidor, que procederá por la calumnia, la maledicencia, la falacia. Pues bien, sabed que no tenéis más poderoso auxiliar que este último, pues su enemigo es él mismo; podéis combatirlo empleando armas leales, y temprano o tarde, será despreciado. En cuanto al primero, vuestra franqueza os granjeará su estima; y, conciliados vuestros intereses (pues todo se arregla), os servirá. No temáis crearos enemigos: desgraciado quien no los tiene en el mundo al que vais; mas tratad de no dar pábulo ni al ridículo ni a la desconsideración; y digo tratad, pues en París, un hombre no se pertenece siempre, sino que está sometido a fatales circunstancias; no

podréis evitar ni el fango del arroyo, ni la teja que cae. La moral tiene sus arroyos cuyo lodo intentan hacer salpicar sobre las personas nobles, las gentes deshonradas que en él se anegan. Mas vos podéis haceros respetar en todo momento mostrándoos, en todas las esferas, implacable en vuestras últimas decisiones. En ese conflicto de ambiciones, en medio de esas dificultades entrecruzadas, id siempre directamente a la cuestión, enfrentadla resueltamente, y no os peleéis jamás sino sobre un punto, con todas vuestras fuerzas. Vos sabéis hasta qué punto odiaba el señor de Mortsauf a Napoleón; lo perseguía con sus maldiciones, lo vigilaba como la justicia lo hace con el criminal, le demandaba cada noche al duque de Enghien, el único infortunio, la sola muerte que le haya hecho derramar lágrimas; pero, no obstante, le admiraba como el más intrépido de los capitanes, y a menudo me ha explicado su táctica. ¿No puede, pues, aplicarse esa estrategia en la guerra de los intereses? Economizaría su tiempo, como la otra economizaba hombres y espacio; pensad en esto, pues una mujer se equivoca a menudo en esas que juzgamos por instinto y por sentimiento. Puedo insistir sobre un punto: toda estratagema, todo engaño se descubre y acaba por perjudicar, mientras que toda situación me parece ser menos peligrosa cuando un hombre se sitúa en el terreno de la franqueza. Si pudiera citaros mi ejemplo, os diría que en Clochegourde, obligada por el carácter del señor de Mortsauf a evitar todo litigio, a arbitrar inmediatamente las contestaciones que serían para él como una enfermedad en la cual se complacería sucumbiendo, siempre lo he zanjado todo por mí misma, yendo directamente al grano y diciendo al adversario: «¡Desenredemos o cortemos!» A menudo os sucederá ser útil a los demás, prestadles servicios, de los cuales seréis poco recompensados; mas no imitéis a aquellos que se quejan de los hombres y se jactan de no hallar más que ingratos. ¿No es eso ponerse sobre un pedestal? ¿Y no resulta además un tanto bobalicón el confesar su poco conocimiento del mundo? ¿Mas haréis el bien como un usurero presta su dinero? ¿No lo haréis por el bien en sí mismo? ¡*Noblesse oblige!* Sin embargo, no hagáis tales favores que obliguen a las personas a la ingratitud, ya que se convertirían para vos en irreconciliables enemigos; hay el desespero de la deuda, como la hay el de la ruina, que da incalculables fuerzas. En cuanto a vos, aceptad de los demás lo menos que podáis. No seáis vasallo de ninguna alma, no dependáis sino de vos mismo. No os doy consejos, amigo mío, sino sobre las cosas pequeñas de la vida. En el mundo político, todo cambia de aspecto; las reglas que rigen vuestra persona, se doblegan ante los grandes intereses. Mas si llegáis a la esfera donde se mueven los grandes hombres, seréis, como Dios, el único juez de vuestras resoluciones. No seréis entonces un hombre, sino la ley viviente; no seréis ya un individuo, sino que habréis encamado la nación. Pero si juzgáis, seréis también juzgado. Más tarde compareceréis ante los siglos y conoceréis bastante la historia como para haber apreciado los sentimientos y los actos que engendran la verdadera grandeza.

«Llego a la cuestión grave, a vuestra conducta con las mujeres. En los salones que concurráis, tened por principio no prodigaros entregándonos al pequeño manejo de la

coquetería. Uno de los hombres que en el pasado siglo tuvieron más éxito, tenía por costumbre no ocuparse jamás de una sola persona en la misma velada, dedicándose a aquellas que parecían desatinadas. Ese hombre, querido niño, ha dominado su época. Había avisadamente calculado que, en un tiempo dado, sería elogiado obstinadamente por todo el mundo. La mayor parte de los jóvenes pierden su más preciosa fortuna, el tiempo necesario para crearse relaciones, que son la mitad de la vida social; como agradan por sí mismos, tienen poco que hacer para lograr que se preste atención a sus intereses; mas esa primavera es rápida, por lo que habéis de saber emplearla bien. Cultivad, pues, a las mujeres influyentes; y estas son las viejas damas; ellas os pondrán al corriente de las alianzas, los secretos de todas las familias y los atajos que pueden conducirnos rápidamente a la meta. Serán vuestras de todo corazón; la protección es su último amor, cuando no son beatas; os servirán maravillosamente, os encomiarán y os harán deseable. ¡Huid de las mujeres jóvenes! No creáis que haya el menor interés personal en esto que os digo. La mujer de cincuenta años Jo hará todo por vos, y la de veinte nada; ésta quiere toda vuestra vida, y la otra no os pedirá más que un momento, una atención. Burlaos de las jóvenes, tomad en broma todo lo de ellas, pues son incapaces de albergar un pensamiento serio. Las jóvenes, amigo mío, son egoístas, pequeñas, sin auténtica amistad, no quieren más que a sí mismas, os sacrificarían a un éxito. Además, todas ellas desean una plena dedicación y vuestra situación exigirá que se haya de tenerla para vos, siendo así dos pretensiones inconciliables. Ninguna de ellas tendrá el sentido de vuestros intereses, todas pensarán en sí mismas y no en vos, todas os perjudicarán más por su vanidad de lo que os servirán por su apego; os devorarán vuestro tiempo sin escrúpulo, os harán fallar vuestra fortuna, os destruirán con la mejor gracia del mundo. Si os quejáis, la más estúpida de ellas os demostrará que su guante vale por todo, que nada es más glorioso que servirla. Todas os dirán que ellas dan la felicidad y os harán olvidar vuestros bellos destinos: su felicidad es variable, vuestra grandeza será segura. ¡No sabéis con qué pérfido arte se las apañan para satisfacer sus fantasías, para convertir un gusto pasajero en un amor que comienza sobre la tierra y ha de proseguir en el cielo! El día en que os abandonan, os dirán que la frase *No amo ya* justifica el abandono, del mismo modo que el *Amo* excusaba su amor, que el amor es involuntario. ¡Doctrina absurda, querido! Creedlo, el verdadero amor es eterno, infinito, siempre semejante a sí mismo; es igual y puro, sin demostraciones violentas; con cabellos blancos se ve siempre joven de corazón. Nada de eso se encuentra entre las mujeres mundanas; todas ellas representan la comedia. Esta os interesará por sus desgracias y parecerá la más dulce y la menos exigente de las mujeres; mas cuando se habrá hecho ella necesaria, os dominará lentamente y os obligará a hacer su voluntad: ¿queréis ser diplomático, ir, venir, estudiar los hombres, los intereses, los países? ¡Pues no; permaneceréis en París o en donde ella viva; os coserá maliciosamente a su falda; y cuanto más dedicación le mostréis, más ingrata será! Esta otra intentará interesaros por su sumisión, se convertirá en vuestro paje, os seguirá novelescamente

al fin del mundo, se comprometerá a guardaros y será como una piedra a vuestro cuello. Os ahogaréis un buen día y ella saldrá a flote. Las menos ladinas de las mujeres disponen de trampas infinitas; la más imbécil triunfa por la poca desconfianza que inspira; la menos peligrosa sería una mujer galante que os amaría sin saber por qué, que os abandonaría sin motivo y os reprendería por vanidad. Pero todas os perjudicarán en el presente o en el futuro. Toda joven que ingresa en sociedad, que vive de placeres y de vanidosas satisfacciones, es mujer a medias corrompida y que os corromperá. No está ahí la criatura casta y recogida en el alma de la cual reinaréis siempre. La que os amará será solitaria; sus fiestas más bellas serán vuestras miradas y ella vivirá de vuestras palabras. Que esta mujer, pues, sea para vos el mundo entero, ya que vos lo seréis todo para ella: queridla bien, no la deis ni disgustos ni rivales, no excitéis su envidia o sus celos. Ser amado, querido, ser comprendido, es la mayor felicidad, y deseo que la saboreéis, mas no comprometáis la flor de vuestra alma, estad bien seguro del corazón en el que pondréis vuestros afectos. Esa mujer no será jamás ella, no deberá pensar jamás en ella, sino en vos; no os discutirá nada, no escuchará jamás sus propios intereses, y sabrá presentir para vos un peligro allí donde vos no lo veréis y donde olvidará ella el suyo propio; y en fin, si sufre, lo hará sin quejarse, carecerá de coquetería personal, solamente sentirá como un respeto por lo que vos amaréis en ella. Responded a este amor, superándolo. Si sois lo bastante feliz como para hallar lo que siempre faltará a vuestra pobre amiga, un amor igualmente inspirado, igualmente sentido, pensad, cualquiera que sea la perfección de ese amor, que en un valle vivirá para vos una madre cuyo corazón se halla tan socavado por el sentimiento del que lo habéis colmado, que jamás podréis hallar el fondo. Sí, yo os tengo un cariño cuya magnitud no os será conocida nunca: para que se muestre tal cual es, sería preciso que hubieseis perdido esa bella inteligencia y entonces no sabríais hasta donde podría llegar mi devoción. ¿Resultado sospechosa al deciros que evitéis a las jóvenes, todas ellas más o menos artificiosas, burlonas, vanidosas, superficiales, derrochadoras; que os inclinéis a las mujeres influyentes, a esas imponentes matronas, llenas de sentido, como lo era mi tía, y que os servirán tan bien que os defenderán contra las acusaciones secretas, destruyéndolas, que dirán de vos lo que vos mismo no podéis decir? En fin, ¿no soy generosa ordenándoos que reservéis vuestras adoraciones para, el ángel de corazón puro? Si la frase de *Nobleza obliga* contiene una gran parte de mis primeras recomendaciones, mi consejo sobre vuestras relaciones con las mujeres, se contienen también en esta divisa de la caballería: *Servir a todas, no amar sino a una*.

«Vuestra instrucción es inmensa; vuestro corazón, conservado por el sufrimiento, se ha mantenido sin mácula; todo es hermoso, todo está bien en vos, *quered, pues*. Vuestro porvenir se encuentra ahora contenido en esto sólo, que es la divisa de los grandes hombres. ¿No es verdad, hijo mío, que obedeceréis siempre a Enriqueta, que le permitiréis continuar diciéndoos lo que piensa de vos y de vuestras relaciones con el mundo? Tengo en el alma un ojo que ve el futuro tanto para vos como para mis

propios hijos; permitidme, pues, emplear esta facultad en provecho vuestro, don misterioso que me ha otorgado la paz de mi vida y que, lejos de debilitarse, se mantiene en la soledad y el silencio. En cambio os pido que me concedáis una gran dicha: quiero veros creciendo entre los hombres, sin que ni uno solo de vuestros éxitos me haga plegar la frente; quiero que pongáis rápidamente vuestra fortuna a la altura de vuestro nombre y podáis decirme que he contribuido mejor que por el deseo a vuestra grandeza. Esta secreta cooperación es el único placer que puedo permitirme. Esperaré. No os digo adiós. Estamos separados y no podéis tener mi mano bajo vuestros labios, pero debéis haber vislumbrado bien el lugar que ocupáis en el corazón de

vuestra Enriqueta.»

Al acabar de leer esta carta, sentía yo palpar en mis dedos un corazón maternal, en el momento en que aún me encontraba helado por la severa acogida de mi madre. Comprendí por qué la condesa me había prohibido en Turena la lectura de esta carta: temía sin duda ver caer mi cabeza a sus pies y sentirlos humedecidos con mis lágrimas.

Traté por fin con mi hermano Carlos, que hasta entonces había sido un extraño para mí; pero hasta en sus menores relaciones se mostró con aire tal de superioridad, que ponía demasiada distancia entre nosotros para que nos tratásemos como hermanos; todos los sentimientos dulces reposan sobre la identidad de las almas y entre nosotros no hubo punto alguno de cohesión. Me enseñaba doctoralmente esas naderías que la inteligencia o el corazón adivinan; con cualquier motivo parecía desconfiar de mí; de no haber tenido yo como punto de apoyo mi amor, me habría él vuelto torpe e imbécil, afectando creer que yo no sabía nada. Sin embargo, me presentó en sociedad, donde mi simpleza debía poner de relieve sus cualidades. Sin las desgracias de mi infancia, yo hubiese podido tomar su vanidad de protector por amistad fraterna; pero la soledad moral produce los mismos efectos que la terrestre: el silencio permite apreciar en ella las más ligeras resonancias y la costumbre de refugiarse en sí mismo desarrolla una sensibilidad cuya delicadeza revela los menores matices de los afectos que nos conmueven. Antes de haber conocido a la señora de Mortsauf, una mirada dura me hería, el acento de una palabra brusca me afligía; yo gemía, mas sin saber nada de la vida, de las caricias; mientras que, a mi regreso de Clochegourde, podía establecer comparaciones que perfeccionaban mi prematura ciencia. La observación que se sustenta en sufrimientos sentidos, es incompleta. La felicidad tiene también su luz. Me dejaba aplastar de tanto más buen grado bajo el derecho de primogenitura, cuanto no era engañado por Carlos.

Fui solo a casa de la duquesa de Lenoncourt, donde jamás nadie habló de Enriqueta, excepto el buen viejo duque, que era la personificación de la sencillez; pero por la manera con que me recibió, adiviné las secretas recomendaciones de su

hija. En el momento en que comenzaba a perder el bobalicón asombro que produce en todo debutante la vista de la alta sociedad, en el instante en que entreveía en él placeres, comprendiendo los recursos que ofrece a los ambiciosos y me complacía en aplicar las máximas de Enriqueta, admirando su profunda verdad, se produjeron los acontecimientos del 20 de marzo. Mi hermano siguió la corte a Gante; yo, por consejo de la condesa, con quien mantenía correspondencia, activa de mi parte solamente, acompañé allá al duque de Lenoncourt. La habitual benevolencia del duque se convirtió en sincera protección cuando me vio adicto de corazón, y de la cabeza a los pies, a los Borbones; él mismo me presentó a Su Majestad. Los cortesanos son poco numerosos en la desgracia; la juventud tiene cándidas admiraciones, fidelidades sin cálculo; el rey sabía juzgar a los hombres; lo que no habría sido notado en las Tullerías, llamó la atención en Gante y tuve la suerte de agradar a Luis XVIII. Una carta de la señora de Mortsauf a su padre, llevada con despachos por un emisario de los vendeanos y en la cual había unas palabras para mí, me informó que Santiago estaba enfermo. El señor de Mortsauf, desesperado tanto por la precaria salud de su hijo, como de ver comenzar sin él una segunda emigración, había añadido algo que me hizo adivinar la situación de mi bienamada. Atormentada por él sin duda cuando ella pasaba todos los instantes a la cabecera del lecho de Santiago, no teniendo reposo ni de día ni de noche; superior a las ganas de molestar de su marido, pero sin fuerzas para dominarlas cuando se empleaba con toda su alma a cuidar a su hijo, Enriqueta debía desear el socorro de una amistad que le había hecho menos pesada la vida, aun cuando no fuese sino para que le sirviese para distraer al señor de Mortsauf. Ya en bastantes ocasiones había llevado al conde de paseo cuando amenazaba con atormentarla; inocente añagaza cuyo éxito me había valido algunas de esas miradas que expresan un agradecimiento apasionado, en donde el amor ve promesas. Aun cuando estuviera yo impaciente por seguir las huellas de Carlos, enviado recientemente al Congreso de Viena; aunque quisiera, corriendo todos los riesgos, justificar las predicciones de Enriqueta y librarme del vasallaje fraternal, mi ambición, mis deseos de independencia, el interés que tenía en no abandonar al rey, todo palideció ante la dolorida imagen de la señora de Mortsauf; resolví abandonar la corte de Gante para ir a servir a la verdadera soberana. Dios me recompensó. El emisario enviado por los vendeanos no podía regresar a Francia y el rey quería un hombre abnegado que portase sus instrucciones. El duque de Lenoncourt sabía que el monarca no olvidaría jamás a quien se encargase de aquella peligrosa empresa; me propuso, sin consultarme, y yo acepté muy dichoso de poder regresar a Clochegourde, al par de servir a la buena causa.

Tras haber tenido, a los veintiún años, una audiencia con el rey, volví a Francia, donde tanto en París como en la Vendée, tuve la suerte de cumplir las intenciones de Su Majestad. Hacia finales de mayo, perseguido por las autoridades bonapartistas, por las que estaba señalado, me vi obligado a huir como hombre que parece regresar a su casa solariega, yendo a pie de dominio en dominio, de bosque en bosqueja través

de la Vendée alta, de Bocage y de Poitou, cambiando de trayecto según la circunstancia. Así llegué a Saumur, de Saumur a Chinon y de Chinon, en una sola noche, alcancé los bosques de Nueil, donde encontré al conde a caballo en una landa; me tomó a la grupa y me llevó a su mansión, sin hallar a nadie que pudiera reconocerme.

—¡Santiago está ya mejor! —fueron sus primeras palabras.

Le puse al corriente de mi situación de peón diplomático acosado como una fiera y el gentilhomme se armó de su realismo para disputar al señor de Chessel el peligro de recibirme. Al divisar Clochegourde, me pareció como si fuesen un sueño los ocho meses que habían transcurrido. En cuanto el conde, precediéndome, dijo a su mujer:

—¿Adivináis a quien os traigo?... Félix.

—¿Es posible? —preguntó ella, con los brazos pendientes y el rostro estupefacto.

Aparecí yo, y ambos quedamos inmóviles, ella clavada en su sillón y yo en el umbral de la puerta, contemplándonos con la ávida fijeza de dos amantes que quieren reparar por una sola mirada todo el tiempo perdido; pero, avergonzada por una sorpresa que dejaba su corazón sin velo, se levantó y yo me aproximé.

—He rezado mucho por vos —me dijo ella, tras haberme tendido su mano para que la besara.

Me pidió noticias de su padre; luego adivinó mi fatiga y fue a ocuparse de mi alojamiento, mientras que el conde hacía que me diesen de comer, pues me moría de hambre. Me destinaron la habitación que se hallaba encima de la condesa, la de su tía, a la que hizo que me condujera el conde, tras haber puesto ella el pie sobre el primer peldaño de la escalera, deliberando sin duda consigo misma si había de acompañarme en persona; yo me volví y ella enrojeció, me deseó un buen sueño y se retiró precipitadamente. Al bajar para la cena, supe de los desastres acontecidos: Waterloo, la huida de Napoleón y la marcha de los aliados sobre París. El retomo de los Borbones era más que probable. Esos sucesos que lo eran todo para el conde, no fueron nada para nosotros. Después de acariciar los niños, la noticia más importante —pues no os hablo de mi alarma viendo a la condesa pálida y enflaquecida; yo sabía el estrago que podía causar un gesto de asombro y no expresé sino placer al verla—, la gran noticia para nosotros fue: «¡Tendréis sorbete!» Ella se había molestado a menudo el pasado año por no tener agua bastante fresca para mí, pues no tomando otra bebida, me gustaba helada. ¡Dios sabe al precio de cuantas importunidades había hecho construir una heladora! Vos sabéis mejor que nadie que al amor basta una palabra, una mirada, una inflexión de voz, una atención leve en apariencia; su privilegio más hermoso es de probarse por sí mismo. Pues bien, sus palabras, su mirada, su contento, me revelaron la extensión de sus sentimientos, como otrora le manifestara yo los míos con mi comportamiento en el juego del chaquete. Mas los cándidos testimonios de su ternura abundaron: el séptimo día después de mi llegada, se tornó lozana, centelleante de salud, de alegría y de juventud; volvía a encontrar a mi querido lirio embellecido, más abierto, del mismo modo que hallaba acrecentados

mis tesoros del corazón. ¿No es tan sólo en los espíritus pequeños o en los corazones vulgares, que la ausencia mengua los sentimientos, borra los rasgos del alma y disminuye las bellezas de la persona amada? Para las imaginaciones, para los seres en quienes el entusiasmo pasa a la sangre y la tiñe de nueva púrpura, y en los que la pasión toma las formas de la constancia, ¿no tiene la ausencia el efecto de los suplicios que reafirmaban la fe de los primeros cristianos y que les hacían ver a Dios? ¿No existen en un corazón colmado de amor, incesantes deseos que avaloran las formas deseadas, haciéndolas vislumbrar coloreadas por la brasa de los sueños? ¿No se experimentan irritaciones que comunican lo bello del ideal a los rasgos adorados, cargándolos de pensamientos? El pasado, hilvanado recuerdo a recuerdo, se engrandece; y el futuro se puebla de esperanzas. Entre dos corazones donde superabundan esas nubes eléctricas, una primera entrevista se convierte entonces como en benéfica tormenta que reaviva la tierra y la fecunda llevando en sí las súbitas luminarias del rayo. ¿Cuántos placeres suaves no saboreé viendo que en nosotros esos pensamientos, esos resentimientos, eran recíprocos? ¡Con qué embelesada mirada seguí los progresos de la felicidad en Enriqueta! Una mujer que revive bajo las miradas del amado, tal vez da una mayor prueba de sentimiento que la que muere asesinada por una duda o desecada en su tallo, falta de savia; yo no sé cuál de las dos es la más conmovedora. El renacimiento de la señora de Mortsauf fue natural, como los efectos del mes de mayo en las praderas, como los del sol y la onda en las flores abatidas. Como nuestro valle de amor, Enriqueta había tenido su invierno y renacía al igual de él en la primavera. Antes de cenar, bajamos a nuestra querida terraza. Allí, al par que acariciaba ella la cabeza de su pobre hijo, más débil que jamás lo viera yo y que caminaba pegado a su madre, silencioso como si incubara aún una enfermedad, me contó sus noches pasadas a la cabecera del lecho del pequeño. Durante aquellos tres meses —dijo— había vivido ella una vida toda interior; había habitado como un sombrío palacio, temiendo entrar en suntuosos aposentos donde brillaban luces y se daban fiestas que le estaban vedadas, y a la puerta de los cuales se mantenía con un ojo posado sobre su hijo y el otro sobre una figura indistinta, con un oído para escuchar los dolores y el otro para oír una voz. Recitaba, sugeridas por la soledad, poesías que ningún poeta habría sido capaz de componer jamás; pero todo ello ingenuamente, ignorando que existiesen en ellas el menor vestigio de amor, ni huella de voluptuoso pensamiento, ni musa orientalmente suave, como una roca del Frangistan. Al unirse a nosotros el conde, ella continuaba con el mismo tono, como mujer orgullosa de sí misma, que puede lanzar una mirada altiva a su marido y depositar sin ruborizarse un beso en la frente de su hijo. Había rezado mucho, había tenido a Santiago noches enteras en brazos, no queriendo que muriese.

—Iba —decía— hasta las puertas del santuario a pedir su vida a Dios.

Había tenido visiones; me las contó, pero, en el momento en que pronunció con su voz angélica estas maravillosas palabras;

—¡Cuando dormía, mi corazón velaba!

—Es decir que habéis estado casi loca —respondió el conde, interrumpiéndola.

Ella se calló atacada de vivo dolor, como si fuese la primera herida recibida, como si hubiese olvidado que, desde hacía trece años, aquel hombre no había dejado nunca de dispararle una flecha al corazón. Ave sublime, alcanzada en su vuelo por un basto perdigón, cayó en un estúpido abatimiento.

—Bueno, señor —dijo tras una pausa—, ¿es que jamás hallarán gracia en el tribunal de vuestro espíritu alguna de mis palabras? ¿No tendréis jamás indulgencia para mi debilidad, ni compasión para mis ideas de mujer?

Se detuvo. Aquel ángel se arrepentía ya de sus protestas y medía con una mirada su pasado como su futuro: ¿podría ser comprendida? ¿No iba a hacer brotar un virulento apostrofe? Sus venas azules latieron violentamente en sus sienes, no tuvo lágrimas, pero el verde de sus ojos se tornó pálido; luego bajó su mirada al suelo, para no ver en mis ojos su pena aumentada, sus sentimientos comprendidos, su alma acariciada en la mía, y, sobre todo, la compasión encolerizada de un joven amor presto, como un perro fiel, a devorar a quien ofende a su ama, sin reparar ni en la fuerza ni en la calidad del asaltante. En esos crueles momentos, había que ver el aire de superioridad que adoptaba el conde; creía triunfar de su mujer, y la abrumaba entonces con una granizada de frases que repetían la misma idea y que semejaban hachazos produciendo el mismo son:

—¿Sigue siendo el mismo? —la pregunté cuando el conde nos dejó por fuerza, reclamado por su piquero, que vino a buscarle.

—¡Siempre! —respondió Santiago.

—Siempre excelente, hijo mío —dijo ella a Santiago, tratando así de sustraer al señor de Mortsauf al juicio de sus hijos—. Ves el presente, ignoras el pasado; así, pues, no puedes criticar a tu padre sin cometer alguna injusticia; pero aunque experimentarás el dolor de ver culpable a tu padre, el honor de las familias exige que sepultes tales secretos en el más profundo silencio.

—¿Cómo van los cambios en la Cassine y en la Rethorière? —le pregunté yo para sacarla de sus amargos pensamientos.

—Superan mis esperanzas —contestó—. Acabados los edificios, hemos encontrado dos excelentes granjeros que han tomado una a cuatro mil quinientos francos, impuestos pagados, y la otra a cinco mil, con contrato por quince años. Hemos plantado ya tres mil pies de arboleda en las dos nuevas granjas. El padre de Manette está encantado de tener la Rabelaye. Martineau tiene la Baude. El bien de nuestros cuatro granjeros consiste en prados y bosques, a los cuales no llevan, como lo hacen algunos poco escrupulosos, los estiércoles destinados a nuestras tierras de labor. Así, *nuestros* esfuerzos han sido coronados por el mejor de los éxitos. Clochegourde, sin las reservas que nosotros llamamos la granja del castillo, sin los bosques ni los cercados, produce diecinueve mil francos y las plantaciones nos han preparado excelentes anualidades. Lucho por conseguir que den nuestras tierras reservadas a Martineau, nuestro guarda, que ahora puede ser reemplazado por su hijo.

Ofrece tres mil francos, caso de que el señor de Mortsauf quiera construirle una granja en la Commandeire. Entonces podríamos despejar los aledaños de Clochegourde, acabar nuestra proyectada avenida hasta el camino de Chinon y no tener que cuidar sino de nuestras viñas y nuestros bosques. Si vuelve el rey, *nuestra* pensión volverá también; *nosotros* consentiremos en ella, tras algunos días de crucero contra el buen sentido de *nuestra* mujer. La fortuna de Santiago será, pues, indestructible. Obtenidos estos últimos resultados, dejaré al señor de Mortsauf atesorar para Magdalena, a la que por lo demás, y según costumbre, dotará el rey. Tengo la conciencia tranquila; mi tarea se cumple... ¿Y vos? —añadió.

Le expliqué mi misión y le puse de manifiesto cuan fructuosos y cuerdos habían sido sus consejos. ¿Estaba ella acaso dotada de un sexto sentido que le hacía presentir de tal modo los acontecimientos?

—¿No os lo escribí? —respondió—. Para vos solo, puedo ejercer una sorprendente facultad, de la que no he hablado sino al señor de la Berge, mi confesor, y que él explica por una intervención divina. A menudo, tras ciertas profundas meditaciones, provocadas por temores sobre el estado de salud de mis hijos, mis ojos se cerraban a las cosas de la tierra y veían en otra región: cuando divisaba en ella a Santiago y Magdalena luminosos, se encontraban bien durante cierto tiempo; si los veía envueltos en una niebla, no tardaban en caer enfermos. En cuanto a vos, no solamente os veo siempre brillante, sino que oigo una dulce voz que me explica, sin palabras, por una comunicación mental, lo que debéis hacer. ¿Por qué ley no puedo emplear ese don maravilloso para mis hijos y para vos? —dijo, cayendo en la ensoñación—. ¿Quiere Dios servirles de padre? —añadió luego, tras breve pausa.

—¡Dejadme creer —le respondí— que no obedezco sino a vos!

Me lanzó una de esas sonrisas enteramente graciosas, que me causaban tal embriaguez en el corazón, que no habría sentido entonces un golpe mortal.

—En cuanto vuelva el rey a París, id allá, abandonad Clochegourde —prosiguió—. Tan degradante es mendigar puestos y favores, como ridículo no estar al alcance para aceptarlos. Se efectuarán grandes cambios. Los hombres capaces y seguros serán necesarios al rey; no le faltéis pues; entraréis joven en los negocios públicos, y os hallaréis bien en ellos; ya que, para el estadista, como para los actores, hay cosas de oficio que el genio no revela, sino que es preciso aprenderlas. Mi padre lo oyó esto del duque de Choiseul. Pensad en mí —dijo tras una pausa— y hacedme saborear los placeres de la superioridad en un alma que es mía por entero. ¿No sois acaso mi hijo?

—¿Vuestro hijo? —repliqué con aire burlón.

—El no ser sino mi hijo —dijo a su vez, burlándose asimismo de mí—, ¿no es acaso ocupar un magnífico puesto en mi corazón?

Sonó la campana anunciando la cena, y tomando ella mi brazo, se apoyó complacientemente.

—Habéis crecido —me dijo, subiendo la escalera.

Cuando estuvimos en el descansillo, me agitó el brazo tomo si mis miradas le

alcanzaran demasiado vivamente; aunque ella tuviese los ojos bajados, bien sabía que yo no miraba más que a su persona; entonces, con aire fingidamente impacientado, tan gracioso y coquetón, me dijo:

—¡Vamos, contemplad un poco nuestro querido valle!

Se volvió, puso su sombrilla de seda blanca sobre nuestras cabezas, pegando a Santiago a su lado; y el ademán (le cabeza por el que mostró el Indre, la barca y los prados, demostraba que, desde mi estancia y nuestros paseos, ella se había entendido con aquellos horizontes caliginosos, con sus vaporosas sinuosidades. La naturaleza era el manto bajo el cual se cobijaban sus pensamientos. Ella sabía ahora lo que suspira el ruiseñor durante las noches, y lo que repite la rana de los pantanos salmodiando su quejumbrosa nota.

A las ocho de la tarde fui testigo de una escena que me conmovió profundamente y que nunca había podido ver hasta entonces, pues solía quedarme siempre jugando con el señor de Mortsauf, mientras ella pasaba al comedor antes de acostar a los niños. La campana tañó dos veces, y todos los servidores de la casa acudieron.

—Sois nuestro huésped; someteos, pues, a la regla del convento —me dijo ella, tirándome de la mano con ese aire de inocente chanza que distingue a las mujeres verdaderamente piadosas.

El conde nos siguió. Amos, niños, criados, todos se arrodillaron, con la cabeza descubierta, colocándose en su lugar de costumbre. Tocaba a Magdalena decir las oraciones; la querida pequeña las pronunció con su voz infantil, cuyos ingenuos tonos se destacaron con claridad en el armonioso silencio del campo, y prestaron a las frases el santo candor de la inocencia, esa gracia de los ángeles. Fue la más conmovedora oración que he escuchado. La naturaleza respondía a las palabras de la niña con los mil murmullos del anochecer, acompañamiento de órgano suavemente tocado. Magdalena estaba a la derecha de la condesa y Santiago a la izquierda. Las matas graciosas de las dos cabecitas, entre las cuales se elevaba el peinado trenzado de la madre y que dominaban los cabellos enteramente blancos y el amarillento cráneo de el señor de Mortsauf, componían un cuadro cuyos colores repetían en cierto modo al espíritu las ideas despertadas por las melodías de la plegaria; en fin, para satisfacerlas condiciones de la unidad que distingue lo sublime, aquella recogida asamblea se hallaba envuelta por la atenuada luminosidad del sol poniente, cuyas rojas tonalidades coloreaban la sala, dejando así creer a las almas, bien fuesen poéticas o supersticiosas, que los resplandores del cielo se expandían sobre aquellos fieles servidores de Dios, arrodillados allí sin distinción de rango, en la igualdad deseada por la Iglesia. Trasladándome a los días de la vida patriarcal, mis pensamientos engrandecían aún aquella escena, tan grande ya por su simplicidad. Los niños dieron las buenas noches a su padre, los servidores saludaron, la condesa se marchó, dando la mano a cada pequeño, y yo volví a entrar en el salón con el conde.

—Os procuraremos vuestra salvación por allí y vuestro infierno por aquí —me dijo, mostrándome el juego de chaquete.

La condesa se unió a nosotros media hora después, y avanzó su bastidor cerca de nuestra mesa.

—Esto es para vos —me dijo desplegando el cañamazo—, pero desde hace tres meses esta obra avanza muy lentamente. Entre este clavel y esta rosa, mi pobre hijito ha sufrido.

—Vamos, vamos —dijo el señor de Mortsauf no hablemos de eso. Seis-cinco, señor enviado del rey.

Al acostarme, me recogí para escuchar el ir y venir de la condesa por su habitación. Mas si ella permaneció tranquila y pura, yo fui asaltado por locas ideas inspiradas por intolerables deseos.

—¿Por qué no ha de ser mía? —me decía—. ¿Tal vez rila también se encuentra sumida en esta remolineante agitación de los sentidos?

Bajé a la una, pude andar sin hacer ruido, llegué ante mi puerta, y me tendí: con el oído aplicado a la rendija, escuché su respiración acompasada y suave de niño. Cuando sentí demasiado el frío, volví a subir, me metí en la cama y dormí tranquilamente hasta la mañana. Yo no sé a qué predestinación, a qué naturaleza debe atribuirse el placer que siento en ir hasta el borde de los precipicios, en sondear el abismo del mal, escudriñar su fondo, sentir su frío, y retirarme todo emocionado. Aquella hora pasada en la noche en el umbral de su puerta, donde he llorado de rabia, sin que ella haya sabido nunca que había andado sobre mis lágrimas y mis besos, sobre su virtud a intervalos destruida y respetada, maldecida y adorada; aquella hora, estúpida a los ojos de muchos, es una inspiración de ese ignoto sentimiento que impulsa a los militares —algunos me han dicho haberse jugado así la vida— a lanzarse ante una batería para saber si escaparían a la metralla, y si tendrían suerte cabalgando así el abismo de las probabilidades, fumando como Jean Bart sobre un tonel de pólvora. Por la mañana fui a recoger flores para confeccionar dos ramos; el conde los admiró, él a quien nada de tal género conmovía, y para quien parecía haberse dicho la frase de Champezenetz: «Hace mazmorras en España».

Pasé algunos días en Clochegourde, realizando solamente breves visitas a Frapesle, donde sin embargo cené tres veces. El ejército francés vino a ocupar Tours. Aunque yo fuese evidentemente la vida y la salud de la señora de Mortsauf, ella me instó a que me trasladara a Chateauroux para volver a toda prisa a París, por Issoudun y Orleans. Intenté resistir, ella ordenó, diciendo que el genio familiar había hablado, y obedecí. Nuestra despedida estuvo en esta ocasión bañada en lágrimas; ella temía por mí que me arrastrase el mundo en el que iba yo a vivir. ¿No era preciso entrar seriamente en la vorágine de los intereses, pasiones y placeres, que hacen de París un mar tan peligroso para los amores castos como para la pureza de las conciencias? Le prometí escribirle cada noche los acontecimientos y pensamientos del día, hasta los más frívolos. Ante esta promesa, ella apoyó su languidecida cabeza sobre mi hombro y me dijo:

—No olvidéis nada; todo me interesará.

Luego me dio cartas para el duque y la duquesa, a quienes fui a visitar el segundo día de mi llegada.

—Tenéis suerte —me dijo el duque—. Cenad aquí, y venid conmigo esta noche al castillo; vuestra fortuna está hecha. El rey os ha nombrado esta mañana, diciendo: «¡Es joven, capaz y fiel!» Y lamentaba no saber si estabais vivo o muerto, a donde os habían arrojado los acontecimientos, tras haber cumplido tan acertadamente vuestra misión.

Por la noche, yo era relator del Consejo de Estado, y tenía junto al rey Luis XVIII, en empleo secreto de una duración igual a la de su reino, un puesto de confianza, sin favor retumbante, pero sin probabilidad de desgracia, que me situó en el corazón del gobierno y fue la fuente de mis prosperidades. La señora de Mortsauf había acertado, y así, pues, yo le debía todo: poder y riqueza, la felicidad y la ciencia; ella me guiaba y me alentaba, purificaba mi corazón y daba a mis deseos esa unidad sin la cual se gastan inútilmente las fuerzas de la juventud. Más tarde tuve un colega, alternándonos ambos en nuestro servicio durante seis meses cada uno. Por lo demás, podríamos suplirnos en caso de necesidad; disponíamos de una habitación en el castillo, de nuestro carruaje, y de amplias retribuciones para nuestros gastos cuando precisábamos viajar. ¡Singular situación! Ser los discípulos secretos de un monarca, a cuya política han tributado después sus enemigos brillante justicia, escucharle juzgando todo, lo interior y lo exterior, encontrarse sin patente influencia, mas verse a veces consultados como Laforet por Moliere, y sentir las vacilaciones de una vieja experiencia consolidadas por la conciencia de la juventud... Nuestro porvenir estaba, además, establecido de manera a satisfacer la ambición. Aparte de mis emolumentos como relator, pagados por el presupuesto del Consejo del Estado, el rey me daba mil francos por mes de su tesoro particular, y a menudo me entregaba en persona algunas gratificaciones. Aunque el monarca apreciara que un joven de veintitrés años no resistiría mucho tiempo el trabajo con que me abrumaba, mi colega, hoy par de Francia, no fue elegido hasta el mes de agosto de 1817. Esta elección era tan difícil, nuestras funciones exigían tantas cualidades, que el rey tardó largo tiempo en decidirse. Y me hizo el honor de preguntarme con cuál de los jóvenes que tenía preparados para el puesto me avendría mejor. Entre ellos se encontraba uno de mis camaradas de la pensión Lapitre, y no se lo indiqué; el rey me preguntó el porqué.

—Vuestra Majestad —le dije— ha elegido hombres igualmente fieles, pero de diferentes capacidades; yo he nombrado al que creo más hábil, seguro de estar siempre en armonía con él.

Mi juicio coincidía con el del monarca, quien siempre mostró gratitud por el sacrificio que había hecho en esta ocasión. Y me dijo:

—Vos seréis desde luego el principal.

No dejó ignorar esta circunstancia a mi colega, quien, en correspondencia a este servicio, me otorgó su amistad. La consideración con que me distinguió el duque de Lenoncourt dio la pauta a la que fui rodeado por la sociedad. Las palabras: «El rey

tiene un vivo interés por ese joven; ese joven tiene porvenir, el rey le aprecia», hubiesen reemplazado al talento; pero comunicaban a la graciosa acogida de que son objeto los jóvenes, un no sé qué que se otorga al poder. Bien fuese en casa del duque de Lenoncourt, o en la de mi hermana, que se casó por entonces con su primo el marqués de Listomère, hijo de la vieja pariente a cuya morada de la Isla de San Luis solía yo ir, trabé insensiblemente conocimiento con las personas más influyentes del barrio de Saint-Germain.

Enriqueta me puso pronto en el centro de la sociedad llamada el Pequeño Castillo, por mediación de la princesa de Blamont-Chauvry, de la que era sobrina-nieta; la escribió tan calurosamente a mi respecto, que la princesa me invitó inmediatamente a ir a verla; la cultivé, supe agradarle, y ella se convirtió, no ya en mi protectora, sino en una amiga cuyos sentimientos tuvieron un no sé qué de maternal. La vieja princesa se empeñó en unirme sucesivamente a su hija, la señora d'Espard, a la duquesa de Langeais, a la vizcondesa de Beauseant y a la duquesa de Maufrigneuse, mujeres que, alternativamente, también tuvieron el cetro de la moda, y que fueron tanto más gentiles para mí cuanto yo no albergaba pretensiones por ellas, y siempre dispuesto a serles agradable. Mi hermano Carlos, lejos de renegarme, se apoyó entonces en mí; mas aquel rápido éxito le inspiró una envidia secreta, que más tarde me causó muchos disgustos. Mi padre y mi madre, sorprendidos de aquella fortuna inesperada, sintieron halagada su vanidad, y me adoptaron por fin como hijo; pero como su sentimiento era en cierto modo artificial, por no decir fingido, esta enmienda tuvo poca influencia sobre un corazón lastimado; además, los cariños empañados de egoísmo excitan poco las simpatías; el corazón aborrece los cálculos y los aprovechamientos de todo género.

Escribí fielmente a mi querida Enriqueta, quien me respondía con una o dos cartas por mes. Su espíritu planeaba así sobre mí, sus pensamientos atravesaban las distancias y me creaban una atmósfera pura. Ninguna mujer podía cautivarme. El rey supo de mi reserva; en este aspecto, él era de la escuela de Luis XV, y me llamaba riendo: *señorita de Vandenesse*, pero la cordura de mi conducta le agradaba mucho. Tengo la convicción de que el hábito de la paciencia, adquirido durante mi infancia, y sobre todo en Clochegourde, sirvió de mucho a granjearme el aprecio del rey, quien siempre fue excelente para conmigo. Tuvo sin duda la fantasía de leer mis cartas, pues no le engañó mucho tiempo mi vida de doncella. Un día que el duque estaba de servicio, escribía yo bajo el dictado del rey, quien al ver entrar al duque de Lenoncourt, nos envolvió con maliciosa mirada.

—Bueno, ¿es que ese diablo de Mortsauf quiere seguir viviendo siempre? —le dijo con su hermosa voz argentada, a la cual sabía comunicar a voluntad la mordacidad del epigrama.

—Siempre —respondió el duque.

—La condesa de Mortsauf es un ángel al que me gustaría mucho ver aquí —prosiguió el rey—. Mas si yo no puedo lograrlo, mi canciller —dijo volviéndose

hacia mí— tendrá más suerte. Disponéis de seis meses, pues me he decidido a daros por colega el joven del que ayer hablamos. ¡Divertios bien en Clochegourde, señor Catón!

Y salió fuera del gabinete sonriendo.

Volé como una golondrina a Turena. Por primera vez iba a mostrarme a aquella que amaba, no sólo algo menos bobalicón, sino también con el boato de un joven elegante, cuyos modales habían sido formados por los más aristocráticos salones, cuya educación había sido ultimada por las mujeres más graciosas, que había, en fin recogido el premio de sus sufrimientos, y que había puesto en práctica la experiencia del más bello ángel que el cielo haya jamás destinado a la guarda de una criatura. Vos ya sabéis cómo estaba yo equipado durante los tres meses de mi primera estancia en Frapesle.

Al volver a Clochegourde, en ocasión de mi misión en la Vendée, iba vestido como un cazador. Llevaba una zamarra verde de botones blancos enrojecidos, un pantalón de rayas, polainas de cuero y botas. La caminata y los jarales me habían tan malparado, que el conde hubo de prestarme ropa blanca. Esta vez, dos años de estancia en París, la costumbre de estar con el rey, las hechuras y porte de la fortuna, mi crecimiento acabado, una fisonomía joven que recibía un imponderable lustre de la placidez de un alma unida magnéticamente al alma pura que de Clochegourde irradiaba sobre mí, todo me había transformado: tenía seguridad sin fatuidad, un contento interior de hallarme, a pesar de mi juventud, en la cúspide de los asuntos públicos, y la conciencia de ser el secreto sostén de la más adorable mujer que habita la tierra, su inconfesada esperanza. Acaso tuve un pequeño movimiento de vanidad cuando el látigo de los postillones restalló en la nueva avenida que del camino de Chinon llevaba á Clochegourde, y al abrirse una verja que no conocía yo, en medio de un recinto circular ha poco construido. No había escrito sobre mi llegada a la condesa, queriendo darle una sorpresa, y me equivoqué por partida doble: por primera, ella experimentó el sobrecogimiento que produce un placer largo tiempo esperado, pero considerado como imposible; y luego me demostró que todas las sorpresas calculadas eran de mal gusto.

Cuando Enriqueta vio al mozo donde siempre había visto a un niño, bajó su mirada al suelo con movimiento de trágica lentitud; se dejó tomar y besar la mano sin testimoniar ese agrado íntimo que me advertía su escalofrío de sensitiva; y cuando volvió a alzar el rostro para mirarme aún, la encontré pálida.

—Bueno, ¿no olvidáis, pues, a vuestros viejos amigos? —me dijo el señor , de Mortsauf, que no estaba cambiado ni envejecido.

.—No —dije al conde—. De ahora en adelante tendré seis meses de libertad por año, los cuales siempre os pertenecerán... Bien, ¿qué os sucede? —dije a la condesa, pasando mi brazo en torno a su talle para sostenerla, en presencia de todos los suyos.

—Oh, dejadme, no es nada —respondió ella soltándose.

Leí en su alma, y respondí a su pensamiento secreto diciéndole:

—¿Es que ya no reconocéis a vuestro fiel esclavo?

Tomó mi brazo, dejó al conde, a sus hijos, al abate y a los servidores llegados, y me llevó aparte, a la vuelta del parterre, pero al alcance a su vista; luego, cuando estimó que no oirían su voz, me dijo:

—Félix, amigo mío, perdonad el miedo a quien no tiene más que un hilo para dirigirse en un laberinto subterráneo, y que tiembla porque se le rompa. Repetidme que soy más que nunca Enriqueta para vos, que no me abandonaréis, que nada prevalecerá contra mí, que seréis siempre un abnegado amigo... He visto de repente en el porvenir, y no estabais como siempre, con el rostro brillante y los ojos posados en mí, sino que me volvíais la espalda.

—Enriqueta, ídolo cuyo culto supera al de Dios, lirio, flor de mi vida, ¿cómo es que no sabéis ya, vos que sois mi conciencia, que me he encamado tan bien a vuestro corazón, que mi alma se encuentra aquí cuando mi persona está en París? ¿Es preciso, pues, deciros que he venido en diecisiete horas, que cada giro de las ruedas llevaba un mundo de pensamientos y de deseos, que ha estallado como una tempestad en cuanto os he visto?...

—¡Decid, decid! Yo estoy segura de mí; puedo escucharos sin delito. Dios no quiere que yo muera: os envía a mí como dispensa su aliento a sus creaciones, como expande la lluvia de las nubes sobre una tierra árida... Decid, decid, ¿me amáis santamente?

—Santamente.

—¿Para siempre?

—Para siempre jamás.

—¿Como a una Virgen María que debe permanecer con su velo y su corona blanca?

—Como a una Virgen visible.

—¿Como a una hermana?

—Como a una hermana demasiado amada.

—¿Como a una madre?

—Como a una madre secretamente deseada.

—¿Caballerescamente, sin esperanza?

—Caballerescamente, pero con esperanza.

—En fin, ¿como si no tuvieseis aún sino veinte años, y vistierais vuestro mezquino traje de baile?

—¡Oh, mejor aún! Os amo así, y os amo aún como... —Me miró con viva aprensión—. Como os amaba vuestra tía —terminé.

—Soy feliz: habéis disipado mis terrores —dijo ella, volviendo hacia la familia, asombrada como es natural de nuestra conferencia secreta—, pero sed buen muchacho aquí... pues todavía sois un niño. Si vuestra política es la de ser hombre con el rey, sabed, señor, que aquí es la de permanecer siendo niño. En esta condición, seréis amado. Resistiré siempre a la fuerza del hombre, ¿pero qué podría negar al

niño? Nada: no puede él desear nada que yo no le otorgue... Ya nos hemos dicho nuestros secretos —añadió, mirando al conde con aire malicioso en el que reaparecía la doncella y su carácter primitivo—. Os dejo; voy a vestirme.

Jamás, desde hacía tres años, había oído yo su voz tan plenamente dichosa. Por vez primera conocí esos lindos grititos de golondrina, esas notas infantiles de que os he hablado. Traía yo de regalo un equipo completo de caza para Santiago, y para Magdalena un estuche de labor, del que su madre se sirvió siempre; en fin, reparé la mezquindad a la que antes me condenara la parsimonia de mi madre. La alegría que mostraron los dos niños, encantados de enseñarse mutuamente sus presentes, pareció importunar al conde, siempre amargado cuando no se ocupaban de él. Hice una señal de inteligencia a Magdalena, y seguí al conde, quien quería hablar de sí mismo conmigo. Me condujo hacia la terraza; pero nos detuvimos sobre la escalinata a cada grave cuestión que me participaba.

—Mi pobre Félix —me dijo—, los véis a todos dichosos y saludables; yo soy la sombra del cuadro; yo he atrapado sus males, y bendigo a Dios por habérmelos dado. Antes, yo ignoraba lo que tenía; pero hoy, ya lo sé: tengo atacado el píloro, por lo que no digiero ya nada.

—¿Por qué azar os habéis convertido en tan sabio como un profesor de la Facultad de Medicina? —le respondí sonriendo—. ¿O es que vuestro médico es lo bastante indiscreto como para deciros tan a las claras...?

—¡Dios me libre de consultar a los médicos! —exclamó él, manifestando la repulsión que la mayoría de los enfermos imaginarios experimentan por la medicina.

Seguidamente padecí una conversación demencial, durante la cual me hizo las más ridículas confidencias, quejándose de su mujer, de sus servidores y demás gentes ligadas a sus posesiones, de sus hijos y de la vida, sintiendo un evidente placer en repetir sus decires de todos los días a un amigo que, ignorándolos, podría asombrarse, y que la cortesía obligaba a escucharlos con interés. Debió quedar contento de mí, pues le presté una profunda atención, intentando penetrar aquel carácter inconcebible, y adivinar los nuevos tormentos que infligía a su mujer, y que ella me callaba. Enriqueta puso fin al monólogo, apareciendo sobre la escalinata; el conde la apercibió, meneó la cabeza y me dijo:

—Vos me escucháis, Félix; pero aquí, nadie me compadece...

Y con la misma se marchó, como si hubiese tenido conciencia del trastorno que habría llevado a mi conversación con Enriqueta, o que, por una atención caballeresca para ella, hubiese sabido que le causaba agrado dejándonos solos. Su carácter ofrecía desinencias verdaderamente inexplicables, ya que era celoso, como todas las personas débiles; mas también era ilimitada su confianza en la santidad de su mujer; tal vez los sufrimientos mismos de su amor propio herido por la superioridad de aquella elevada virtud engendraban su oposición constante a las voluntades de la condesa, a la que desafiaba como los niños lo hacen con sus maestros o sus madres. Santiago tomaba su lección y Magdalena hacía su tocado; así, durante cosa de una hora pude pasearme

a solas con la condesa por la terraza.

—Bueno, querido ángel —la dije—, ¿se ha hecho más pesada la cadena, se han calcinado las arenas, se multiplican las espinas?

—Callad —me respondió, adivinando los pensamientos que me habían sugerido mi conversación con el conde—. ¡Vos estáis aquí, y todo está olvidado! ¡Ya no sufro, ni he sufrido!

Dio algunos ligeros pasos, como para orear su blanco vestido, para librar al céfiro sus niveas bandas de encaje, sus mangas flotantes, sus vaporosas cintas, su esclavina y los fluidos bucles de su peinado a la Sevigné; y la vi por primera vez en doncella, alegre con su natural contento, dispuesta a jugar como una niña. Entonces conocí las lágrimas de dicha y la alegría que el hombre experimenta procurando placer.

—¡Bella flor humana que acaricia mi pensamiento y besa mi alma! ¡Oh, lirio mío —le dije—, siempre intacto y erguido sobre su talle, siempre albo, altivo, perfumado, solitario!

—Basta ya, señor —respondió sonriendo—. Habladme de vos, contádmelo todo.

Tuvimos entonces, bajo aquella móvil bóveda de estremecido follaje, una larga conversación llena de interminables paréntesis, tan pronto reanudada como cortada y vuelta a reanudar, poniéndole yo al corriente de mi vida y mis ocupaciones; le describí mi alojamiento en París, pues ella quiso saberlo todo; y, dicha inapreciada entonces, yo no tenía nada que ocultarle. Conociendo así mi alma y todos los detalles de esa existencia repleta de abrumadores trabajos, sabiendo la amplitud de las funciones en las cuales, sin una severa probidad, podía uno tan fácilmente engañar y enriquecerse, pero que yo ejercía con tanto rigor, hasta el punto de que el rey, como le dije, me llamaba *Señorita de Vandenesse*, ella me tomó la mano y la besó, dejando caer en ella una lágrima de gozo. Aquella súbita transposición de los papeles, aquel elogio tan magnífico, el pensamiento tan rápidamente expresado, pero comprendido aún con más rapidez: «¡Éste es el dueño que yo hubiese querido, es mi sueño!», todo cuanto había de declaración en aquel acto, donde el rebajamiento era grandeza, donde el amor se revelaba en una región prohibida a los sentidos, tal tempestad de cosas celestes me cayó sobre el corazón y me aplastó. Me sentí tan pequeño, que hubiese querido morir a sus pies.

—¡Ah —dije—, vos me superaréis siempre en todo! ¿Cómo podéis dudar de mí? ... ya que hace un momento habéis dudado, Enriqueta.

—No por el momento —replicó ella, mirándome con una dulzura inefable que, para mí solo, velaba la luz de sus ojos—. Pero al veros tan gallardo, me he dicho: «Nuestros proyectos sobre Magdalena serán desbaratados por alguna mujer que descubra los tesoros ocultos en vuestro corazón, que os adorará, que nos robará a nuestro Félix y lo destruirá todo».

—¡Siempre Magdalena! —repuse, expresando una sorpresa que no la afligió sino a medias—. ¿Es acaso a Magdalena a quien soy fiel?

Caímos en un silencio que el señor de Mortsauf vino malhadadamente a

interrumpir. Con el corazón colmado me vi obligado a sostener una conversación erizada de dificultades, en la que mis sinceras respuestas sobre la política entonces seguida por el rey, chocaron con las ideas del conde, quien me obligó a explicar las intenciones de Su Majestad. A pesar de mis interrogaciones sobre sus caballos, sobre la situación de sus negocios agrícolas, si estaba contento con sus cinco granjas, si talaría los árboles de una vieja avenida, volvía él siempre a la política con una pesadez de solterona y una persistencia de niño; ya que esas clases de mentalidades tropiezan siempre en los lugares donde brilla la luz, y retornan constantemente a ellos zumbando, sin penetrar en nada, cansando el ánimo como los moscardones fatigan el oído ronroneando en las ventanas. Enriqueta callaba. Para apagar aquella conversación, que el ardor de la juventud podía inflamar, yo respondía por monosílabos aprobatorios, evitando así inútiles discusiones; pero el señor de Mortsauf era demasiado listo como para no percibir cuanto de injurioso tenía mi cortesía. En el momento en que, molesto por tener siempre razón, se alborotó, sus cejas y las arrugas de su frente se pusieron en funcionamiento, sus amarillos ojos destellaron saltones, y su sanguinolenta nariz se coloreó más, como el día en que, por vez primera, fui testigo de uno de sus ataques de demencia; Enriqueta me lanzó miradas suplicantes, haciéndome comprender que no podía ella desplegar en mi favor la autoridad que empleaba para justificar o para defender a sus hijos. Respondí entonces al conde tomándole en serio y manejando con destreza su carácter receloso.

—¡Pobre querido! ¡Pobre querido! —decía ella, murmurando varias veces estas dos palabras, que llevaban a mis oídos como una brisa.

Luego, cuando creyó que podía intervenir con éxito, nos dijo, deteniéndose:

—¿Sabéis, señores, que sois perfectamente aburridos?

Recordando esta interrogante al conde la caballeresca obediencia debida a las mujeres, cesó de hablar de política; nosotros le aburrimos a nuestra vez diciendo naderías, y finalmente nos dejó en libertad de paseamos, pretendiendo que la cabeza le daba vueltas si recorría continuamente el mismo espacio.

Mis tristes conjeturas eran ciertas. Los dulces paisajes, la tibia atmósfera, el bello cielo, la embriagadora poesía de aquel valle que durante quince años había calmado las lancinantes fantasías de aquel enfermo, resultaban impotentes ya. En la época de la vida de otros hombres, en que las asperezas se funden y se liman las aristas, el carácter del viejo gentilhomme se había tomado aún más agresivo que en el pasado. Desde hacía algunos meses, contradecía por el gusto de hacerlo, sin razón, sin justificar sus opiniones; preguntaba el porqué de cada cosa, se inquietaba por un retraso o por una omisión, se mezclaba a cada instante de los asuntos interiores, y hacía que le diesen cuenta de las menores minucias del hogar, cansando a su mujer y a sus servidores, no dejándoles en absoluto que obrasen a su albedrío. Antes, no se irritaba nunca sin algún motivo especioso, mientras que ahora su irritación era constante. Acaso el cuidado de su fortuna, las especulaciones de la agricultura y una vida agitada, habían hasta entonces desviado su atrabiliario humor, proporcionando

pasto a sus inquietudes, empleando la actividad de su mente; y tal vez ahora la falta de ocupaciones ponía a su enfermedad a la greña consigo misma; no actuando ya al exterior, se producía por ideas fijas: el yo moral se había apoderado del yo físico. Se había convertido en su propio médico; compulsaba los tratados de medicina, creía tener enfermedades cuyas descripciones leía, y adoptaba entonces para su salud precauciones inauditas, variables, imposibles de prever, y por ende imposibles de satisfacer. Ora no quería ruido, y cuando la condesa establecía en torno suyo un absoluto silencio, de repente se quejaba de hallarse como en una tumba; decía que había un término medio entre no hacer ruido y la nada de la Trapa. Tan pronto afectaba una perfecta indiferencia de las cosas terrestres, y la casa entera respiraba, sus hijos jugaban, y las labores hogareñas se realizaban sin crítica alguna, como súbitamente, en medio del tráfico, exclamaba lamentablemente;

—¡Quieren matarme!... Querida, si se tratase de tus hijos, ya sabrías adivinar bien lo que les molesta... —decía a su mujer, agravando la injusticia de sus palabras por el tono acre y frío con que las acompañaba.

Se vestía y desvestía a cada momento, estudiando las más ligeras variaciones de la atmósfera, y no hacía nada sin consultar al barómetro. A pesar de las maternales atenciones de su mujer, no encontraba ningún alimento a su gusto, pues pretendía tener un estómago estropeado, cuyas dolorosas digestiones le producían continuos insomnios; y sin embargo, comía, bebía, digería y dormía con una perfección que el más sabio médico hubiese admirado. Sus decisiones contradictorias cansaban a las gentes de su casa, que, rutinarias como lo son todos los servidores, eran incapaces de adaptarse a las exigencias de sistemas incesantemente opuestos. El conde ordenaba que se tuvieran las ventanas abiertas, so pretexto que el aire libre era necesario a su salud, y algunos días después, ese aire libre, o demasiado húmedo, o excesivamente cálido, se tornaba intolerable; y entonces refunfuñaba, promovía una querrela, y, para tener razón, negaba a menudo su anterior consigna. Esta falta de memoria o esta mala fe le procuraban siempre una sentencia favorable en todas las discusiones en las que su mujer intentaba oponerle a sí mismo. La mansión de Clochegourde se había hecho tan insoportable, que el abate de Dominis, hombre profundamente instruido, aparentaba hallarse preocupado por la resolución de algunos problemas, atrincherándose en una simulada distracción. La condesa no esperaba ya, como en el pasado, poder encerrar en el círculo familiar los accesos de aquellas demenciales cóleras; los servidores de la casa habían sido testigos de escenas, donde la exasperación sin motivo de aquel viejo prematuro sobrepasó los límites; mas eran tan fieles a la condesa, que no trascendía nada al exterior, aunque ella temía cada día un estallido público de aquel delirio, al que el respeto humano no contenía ya. Supe más tarde espantosos detalles de la conducta del conde hacía su mujer; en vez de consolarla, la anonadaba con siniestras predicciones y la hacía responsable de las desgracias venideras, porque ella se negaba a las insensatas medicaciones a que él quería someter a sus hijos. Si la condesa se paseaba con Santiago y Magdalena, el

conde la predecía una tormenta, a pesar de lo despejado del cielo; mas si por pura casualidad justificaba el hecho su pronóstico, la satisfacción de su amor propio le hacía insensible al mal de sus hijos; si uno de ellos estaba indispuesto, el conde empleaba todo su cerebro en buscar la causa de aquella dolencia en el sistema de cuidados adoptado por su mujer, y que él epilogaba sus más nimios detalles, concluyendo siempre por estas palabras asesinas: «Si tus hijos vuelven a caer enfermos, es que tú lo habrás querido». Actuaba del mismo modo en los menores detalles de la administración doméstica, donde no veía nunca sino el lado peor de las cosas, haciéndose con cualquier motivo *el abogado del diablo*, según la expresión de su viejo cochero. La condesa había indicado para Santiago y Magdalena horas de comidas diferentes de las suyas, sustrayéndolas así a la terrible acción de la enfermedad del conde, al atraer sobre ella todas las tormentas. Magdalena y Santiago veían raramente a su padre. Por una de esas alucinaciones particulares a los egoístas, el conde no tenía la más leve conciencia del mal que producía. En una conversación confidencial que habíamos sostenido, se había quejado sobre todo de ser demasiado bueno para con todos los suyos. Manejaba, pues, el azote, abatía, rompía todo en derredor suyo, como lo hubiera hecho un mono; luego, tras haber herido a su víctima, negaba haberla locado. Comprendí entonces de donde provenían las líneas que parecían marcadas con el filo de una navaja de afeitar sobre la frente de la condesa, y que había percibido al volverla a ver. Hay en las almas nobles un pudor que les impide expresar sus sufrimientos; ellas ocultan orgullosamente su magnitud a quienes aman, por un sentimiento de voluptuosa caridad. Así, a pesar de mis instancias, no arranqué de golpe esa confianza a Enriqueta. Ella temía apesadumbrarme, me hacía confesiones interrumpidas por súbitos enrojecimientos; pero no tardé en adivinar la agravación que la desocupación del conde había aportado a las penas domésticas de Clochegourde.

—Enriqueta —le dije algunos días después, demostrándole que había yo medido la profundidad de sus nuevas miserias—, ¿no os habéis equivocado ordenando tan bien vuestras tierras, que el conde ya no encuentra en qué ocuparse?

—Querido —me dijo sonriendo—, mi situación es harto crítica para merecer toda mi atención; creed que he estudiado bien los recursos, y todos están agotados. En efecto, los disgustos han ido aumentando constantemente. Como el señor de Mortsauf y yo estamos siempre juntos, no puedo atenuarlos dividiéndolos en diversos puntos, todo sería igualmente doloroso para mí. He pensado en distraer al señor de Mortsauf, aconsejándole el establecimiento de la cría de gusano de seda en Clochegourde, donde existen ya algunas moreras, vestigios de la antigua industria de Turena; pero me he dado cuenta de que sería tan déspota allí como en casa, y que además esa empresa me ocasionaría mil molestias. Sabed, señor observador —dijo—, que en la juventud, las malas cualidades del hombre son contenidas por la sociedad, atajadas en su arranque por el juego de las pasiones, impedidas por el respeto humano; más tarde, en la soledad, en un hombre de edad, los pequeños defectos se muestran tanto más

terribles cuanto más tiempo han sido reprimidos. Las debilidades humanas son esencialmente cobardes, no comportan ni paz ni tregua; lo que ayer le habéis otorgado lo exigen hoy, mañana y siempre, se establecen en las concesiones y las extienden. La potencia es clemente, se rinde a la evidencia, es justa y apacible; mientras que las pasiones engendradas por la debilidad son despiadadas; son dichosas cuando pueden obrar a la manera de los niños, quienes prefieren los frutos robados en secreto a los que pueden comer en la mesa; así, el señor de Mortsauf experimenta una verdadera alegría en sorprenderme; y él, que no engañaría a nadie, me engaña a mí con delicia, siempre que la artimaña quede en el fuero interno.

Un mes aproximadamente después de mi llegada, al levantarnos de desayunar cierta mañana, la condesa me tomó del brazo, salió por una puerta de claraboya que daba al huerto, y me arrastró vivamente a los viñedos.

—¡Ah, me matará! —dijo—. ¡Sin embargo, yo quiero vivir, aunque no fuese sino para mis hijos! ¿Cómo, ni un solo día de descanso? ¿Marchar siempre en la maleza, estar a punto de caer a cada momento, y a cada instante también reunir las fuerzas para mantener el equilibrio? Ninguna criatura podría soportar tales dispendios de energía. Si yo conociera bien el terreno al cual deben llevarse mis esfuerzos, si mi resistencia fuese determinada, el alma se plegaría a ella; pero no, cada día cambia de carácter el ataque, y me sorprende sin defensa; mi dolor no es uno, sino múltiple. ¡Félix, Félix, no podríais imaginaros qué odiosa forma ha tomado su tiranía, y qué salvajes exigencias le han sugerido sus libros de medicina! ¡Oh, amigo mío!... —dijo apoyando su cabeza en mi hombro, sin acabar su confidencia—. ¿A dónde ir a parar? ¿Qué hacer? —añadió, debatiéndose contra los pensamientos que no había expresado—. ¿Cómo resistir? Me matará. ¡No, yo me mataré a mí misma, y eso es un crimen sin embargo! ¿Fugarme? ¿Y mis hijos? ¿Separarme? Pero, ¿cómo decir a mi padre, tras quince años de matrimonio que no puedo vivir con el señor de Mortsauf, si cuando mi padre o mi madre vienen, él se mostrará reposado, sensato, cortés, espiritual? Además, ¿tienen padres o madres las mujeres casadas? Pertenecen en cuerpo y bienes a sus maridos. Yo vivía tranquila, si no feliz, extraía algunas fuerzas en mi casta soledad, lo confieso; pero, si me veo privada de esa felicidad negativa, también yo me volveré loca. Mi resistencia está fundada en poderosas razones que no me son personales. ¿No es un crimen dar vida a pobres criaturas condenadas de antemano a perpetuos dolores? Sin embargo, mi conducta plantea tan graves problemas, que no puedo decidirlos sola; soy juez y parte. Iré mañana a Tours a consultar al abate Birotteau, mi nuevo director espiritual; ya que mi querido y virtuoso abate de la Berge ha fallecido —dijo interrumpiéndose—. Aunque era muy severo, sentiré siempre la falta de su fuerza apostólica; su sucesor es un ángel de dulzura, que se conmueve en vez de amonestar; sin embargo, ¿qué valor no se vuelve a vigorizar en el corazón de la religión? ¿Qué razón no se afianzaría a la voz del Espíritu Santo? ¡Dios mío! —prosiguió, secando sus lágrimas y alzando los ojos al cielo—. ¿Por qué me castigáis? Pero es preciso creerlo —dijo apoyando sus dedos en

mi brazo—, sí, creámoslo, Félix, debemos pasar por un crisol rojo antes de llegar santos y perfectos a las esferas superiores. ¿Debo callarme? ¿Me prohibís, Señor, desahogarme en el seno de un amigo? ¿Le amo demasiado?

Me apretó contra su corazón, como si hubiere temido perderme, y añadió:

—¿Quién me resolverá estas dudas? Mi conciencia no me reprocha nada. Las estrellas irradian de lo alto sobre los hombres; ¿por qué el alma, esa estrella humana, no envolvería con sus resplandores a un amigo, cuando no se dejan ir a él sino pensamientos puros?

Escuché esta horrible lamentación en silencio, teniendo la mano húmeda de aquella mujer en la mía, más húmeda aún, y la estreché con una fuerza a la cual Enriqueta respondió con fuerza igual.

—¿Estáis por aquí? —se oyó la voz del conde, que venía hacia nosotros, con la cabeza descubierta.

Desde mi llegada, quería obstinadamente mezclarse en nuestras conversaciones, bien fuese porque buscase distraerse, o porque creyese que la condesa me confiaba sus dolores y se quejaba en mi pecho, o aún porque tuviese celos de un placer que no compartía.

—¡Cómo me sigue! —dijo ella con acento desesperado—. Vamos a ver las cercas y le evitaremos. Bajemos a lo largo de los setos para que no nos vea.

Nos constituimos una muralla con un espeso seto, alcanzamos corriendo las cercas, y no tardamos en hallarnos lejos del conde, en una avenida de almendros.

—Querida Enriqueta —la dije entonces, apretando su brazo contra mi corazón y deteniéndome para contemplarla en su dolor—, antes me habéis dirigido sabiamente a través de las peligrosas sendas del gran mundo; permitidme ahora que os dé algunas instrucciones para ayudaros a acabar el duelo sin testigos en el cual sucumbiríais infaliblemente, ya que no os batís con armas iguales. No luchéis por más tiempo con un loco...

—¡Callad! —dijo ella, reprimiendo las lágrimas que rodaron en sus ojos.

—¡Escuchadme, querida! Al cabo de una hora de esas conversaciones que me veo obligado a soportar por amor a vos, a menudo mi pensamiento se extravía y mi cabeza se atonta; el conde me hace dudar de mi inteligencia, las mismas ideas repetidas se graban a pesar mío en mi cerebro. Las monomanías bien caracterizadas no son contagiosas; pero cuando la locura reside en la manera de considerar las cosas, y que se oculta bajo constantes discusiones, puede causar estragos sobre quienes viven a su lado. Vuestra paciencia es sublime, ¿mas no os conduce al embrutecimiento? Así, pues, por vos y por vuestros hijos, cambiad de sistema con el conde. Vuestra adorable complacencia ha desarrollado su egoísmo, le habéis tratado como una madre trata a su hijo al que echa a perder con sus mimos; pero hoy, si es que queréis vivir, y —dije mirándola— vos lo queréis, desplegad el imperio que tenéis sobre él. Vos lo sabéis, él os ama y os teme; haceos temer más, oponed a sus difusas voluntades, una voluntad rectilínea. Extended vuestro poder como él ha

sabido hacerlo con las concesiones que le habéis hecho, y encerrad su enfermedad en una esfera moral, como se hace con los locos en una celda.

—Querido niño —respondió ella, sonriendo con amargura—, únicamente una mujer sin corazón puede desempeñar ese papel. Yo soy madre, sería un mal verdugo. Sí, sé sufrir, ¡pero hacer sufrir a los demás!, nunca ni siquiera para obtener un resultado honorable o grande. Además, ¿no tendría que hacer mentir a mi corazón, disfrazar mi voz, componer mi frente y mi rostro, corromper mi gesto?... No me pidáis tales engaños. Puedo ponerme entre el señor de Mortsauf y sus hijos, y recibir sus golpes para que no alcancen aquí a nadie; he aquí todo cuanto puedo hacer para conciliar tantos intereses contrarios.

—¡Déjame adorarte, santa, tres veces santa! —exclamé, poniendo una rodilla en tierra, besando su vestido y enjugando en él las lágrimas que afluyeron a mis ojos—. ¿Pero y si él os mata?

Ella palideció, y alzando los ojos al cielo respondió:

—¡Se habrá cumplido la voluntad de Dios!

—¿Sabéis lo que el rey decía a vuestro padre a propósito de vos? «¿Sigue viviendo aún ese diablo de Mortsauf?»

—Lo que es una broma en la boca de un rey —respondió ella—, es aquí un crimen.

A pesar de nuestras precauciones, el conde nos había seguido a la pista; nos alcanzó todo sudoroso, bajo un nogal donde la condesa se había detenido para decir su grave frase; al verle, yo me puse a hablar de la vendimia. ¿Sospechó él injustamente? No lo sé; pero permaneció examinándonos, sin decir palabra, sin cuidarse del frescor que destilan los nogales. Tras un momento empleado en algunas palabras insignificantes entrecortadas de pausas muy significativas, el conde dijo que le dolían el corazón y la cabeza; se quejó suavemente, sin mendigar nuestra compasión, sin pintarnos sus dolores con imágenes exageradas. No prestamos ninguna atención. Al volver, se sintió aún peor, habló de acostarse, y así lo hizo sin ceremonia, con una naturalidad que no era corriente en él. Aprovechamos el armisticio que nos concedía su hipocondríaco humor, y descendimos a nuestra querida terraza, acompañados de Magdalena.

—Vamos a pasearnos por el agua —dijo la condesa, después de haber dado algunas vueltas—. Asistiremos a la pesca que el guarda hace hoy para nosotros.

Salimos por la puerta pequeña, llegamos a la barca, nos metimos dentro, y fuimos remontando el Indre lentamente. Como tres chiquillos divertidos con naderías, mirábamos las hierbas de las orillas, las libélulas azules y verdes; y la condesa se asombraba de poder disfrutar de placeres tan tranquilos en medio de sus punzantes pesares; mas ¿no ejerce en nosotros un ensalmo consolador la serenidad de la naturaleza, que discurre despreocupada de nuestras luchas? La agitación de un amor lleno de deseos contenidos, se armoniza con la del agua; las flores que la mano del hombre no ha maculado, expresan sus sueños más secretos; el voluptuoso balanceo

de una barca imita vagamente los pensamientos que flotan en el alma. Experimentamos la aletargadora influencia de esa doble poesía. Las palabras, alzadas al diapasón de la naturaleza, desplegaron una gracia misteriosa, y las miradas tuvieron más brillantes fulgores participando de la luz tan ampliamente derramada por el sol en la llameante pradera. El río fue como un sendero por el que voláramos. En fin, no hallándose distraído por el movimiento que exige la marcha a pie, nuestro espíritu se apoderó de la creación. La tumultuosa alegría de una chiquilla en libertad, tan graciosa en sus gestos, tan cargante en sus dichos, ¿no era también la expresión viviente de dos almas libres que se complacen en formar idealmente esa maravillosa criatura soñada por Platón, conocida de todos aquéllos cuya juventud fue colmada por un amor dichoso? Para pintaros esa hora, no en sus detalles indescriptibles, sino en su conjunto, os diré que nos amábamos en todos los seres, en todas las cosas que nos rodeaban; sentíamos fuera de nosotros la felicidad que cada uno de nosotros deseaba: nos penetraba tan vivamente, que la condesa se quitó sus guantes y dejó caer sus bellas manos en el agua, como para refrescar un secreto ardor. Sus ojos hablaban; pero su boca, que se entreabría como una rosa al aire, se habría cerrado a un deseo. Ya conocéis la armonía de los sonos graves perfectamente unidos a los altos; ella me ha recordado siempre la de nuestras dos almas en aquel momento que no se reproducirá jamás.

—¿Dónde hacéis pescar —pregunté—, si no podéis hacerlo más que en los ribazos que os pertenecen?

—Cerca de Pont-de-Ruan —respondió—. Ahora es nuestro el tramo de río que va desde Pont-de-Ruan a Clochegourde. El señor de Mortsauf acaba de comprar veinte hectáreas de pradera con las economías de estos dos años y el atraso de su pensión. ¿Os extraña eso?

—¡Yo quisiera que todo el valle os perteneciera! —exclamé.

Ella me respondió con una sonrisa. Llegamos bajo Pont-de-Ruan, a un paraje en que el Indre es ancho, y donde estaban pescando.

—¿Qué hay, Martineu? —preguntó la condesa.

—¡Ah, señora condesa, tenemos la mala! Hace tres horas que estamos remontando desde el molino hasta aquí y no hemos atrapado nada.

Atracamos, a fin de asistir a las últimas redadas, y nos situamos los tres a la sombra de una especie de álamo de corteza blanca, que se encuentra en el Danubio, en el Loira, y probablemente en todos los grandes ríos, y que echa en primavera un algodón blanco sedoso, la envoltura de su flor. La condesa había vuelto a recobrar su agusta serenidad; casi se arrepentía de haberme desvelado sus dolores y de haber clamado como Job, en vez de llorar como la Magdalena, una Magdalena sin amores, ni fiestas, ni disipaciones, mas no sin perfumes ni bellezas. La traina arrastrada a sus pies apareció llena de peces: tencas, barbos pequeños, lucios, percas, y una enorme carpa brincando sobre la hierba.

—¡Parece hecho adrede! —exclamó el guarda.

Los demás abrían desmesurados ojos admirando a aquella mujer semejante a un hada que hubiese tocado las redes con su varita mágica. En aquel momento apareció el piquero, cabalgando a galope tendido a través de la pradera, lo que hizo estremecer a la condesa. No habíamos traído con nosotros a Santiago, y el primer pensamiento de las madres, como lo ha dicho tan poéticamente Virgilio, es estrechar a sus hijos contra su seno al menor acontecimiento.

—¡Santiago! —exclamó—. ¿Dónde está Santiago? ¿Qué le ha pasado a mi hijo?

¡Ella no me amaba! ¡De haberme querido, habría tenido para mis sufrimientos aquella expresión de leona desesperada.

—Señora condesa, el conde se encuentra peor.

Ella respiró y corrió conmigo, seguida de Magdalena.

—Volved lentamente —me dijo ella—. Que esta pequeña no se acalore. Ya lo veis, la carrera del señor de Mortsauf con este tiempo tan caluroso lo ha hecho sudar, y su permanencia bajo el nogal puede haber ocasionado una desgracia.

Estas palabras, dichas en medio de su trastorno, revelaban la pureza de su alma. ¡La muerte del conde una desgracia! Ella llegó rápidamente a Clochegourde, pasó por la brecha de un muro y atravesó la cerca. Yo volví lentamente en efecto. La expresión de Enriqueta me había iluminado, pero como lo hace el rayo que arruina las mieses entrojadas. Durante aquel paseo por el agua, yo me había creído el preferido; sentí amargamente que ella fuera de buena fe en sus palabras. El amante que no lo es todo, no es nada. Yo amaba, pues, sólo, con los deseos de un amor que sabe todo lo que quiere, que se alimenta de antemano de caricias esperadas, y se contenta con los goces del alma porque mezcla a ellos los que le reserva el futuro. Si Enriqueta amaba, ella no conocía nada, ni de los placeres del amor ni de sus tempestades. Vivía del propio sentimiento, como una santa con Dios. Yo era el objeto al cual se habían ligado sus pensamientos, sus sensaciones desconocidas, como un enjambre de abejas se apega a cualquier rama de árbol florido; pero yo no era el principio, sino un accidente de su vida. Rey destronado, yo iba preguntándome quién podría devolverme mi reino. En mi loca ansia, me reprochaba el no haber osado nada, no haber estrechado los lazos de una ternura que me pareció entonces más sutil que verdadera, por las cadenas del derecho positivo que crea la posesión.

En pocas horas la indisposición del conde, determinada acaso por el frío del nogal, se agravó. Fui a llamar a Tours a un afamado médico, el doctor Origet, a quien pude traer al atardecer; pero permaneció durante toda la noche y el día siguiente en Clochegourde. Aunque envió a buscar una gran cantidad de sanguijuelas por el piquero, juzgó ser urgente una sangría, y no había traído consigo lanceta. Al instante corrí a Azay con un tiempo espantoso, desperté al cirujano, el doctor Deslandes, y le obligué a venir con una celeridad de pájaro. Si hubiésemos tardado diez minutos más, el conde habría sucumbido; la sangría le salvó. A pesar de este primer éxito, el médico pronosticó la más perniciosa fiebre inflamatoria, una de esas enfermedades que atacan a personas que han tenido buena salud durante veinte años. La condesa,

aterrada, creía ser la causa de aquella fatal crisis. Sin fuerzas para agradecerme mis desvelos, se contentaba con dirigirme algunas sonrisas cuya expresión equivalía al beso que había depositado en mi mano; yo hubiese querido leer en ellas los remordimientos de un amor ilícito, pero era el acto de contrición de un arrepentimiento indigno de ver en un alma tan pura, era la expresión de una admirativa ternura por quien consideraba como noble, acusándose de un crimen imaginario. Ciertamente, ella amaba como Laura de Noves amó a Petrarca, y no como Francisca de Rimini a Paolo; ¡espantoso descubrimiento para quien soñaba con la unión de esas dos clases de amor! La condesa yacía, con el cuerpo desplomado y los brazos pendientes, sobre un desteñido sillón en aquel gabinete semejante al bañil de un jabalí. El día siguiente, por la tarde, antes de marcharse, el médico dijo a la condesa, que había velado la noche, que tomase una enfermera, pues el proceso iba a ser largo.

—¡Una enfermera! —respondió ella—. ¡No, no! Nosotros le cuidaremos —añadió mirándome—. ¡Nosotros debemos salvarle!

Ante esta exclamación, el médico nos lanzó una ojeada observadora, lleno de asombro. La expresión de aquellas palabras era de naturaleza a hacerle sospechar alguna fechoría fallida. Prometió volver dos veces por semana, indicó el tratamiento a seguir al señor Deslandes, y señaló los síntomas amenazadores que exigirían que le fuésemos a buscar a Tours.

A fin de procurar a la condesa cuando menos una noche de sueño de cada dos, la pedí que me dejase velar al conde alternativamente con ella. Así la decidí, no sin esfuerzo, a que se fuera a acostar la tercera noche. Cuando todo descansó en la casa, durante un momento en que el conde se amodorró, oí un doloroso gemido en la habitación de Enriqueta. Mi inquietud fue tan viva, que fui a ella, y la encontré de rodillas en su reclinatorio, bañada en llanto y acusándose:

—¡Dios mío, si tal es el precio de una murmuración, no me quejaré jamás!... ¡Lo habéis abandonado! —añadió al verme.

—Os he oído llorar y gemir, y tuve miedo por vos —respondí.

—¡Oh, yo —replicó—, yo me encuentro bien!

Quiso asegurarse de que el señor de Mortsauf dormía; bajamos ambos, y miramos los dos al enfermo a la luz de una lámpara: el conde se encontraba más debilitado por la pérdida de la sangre sacada a chorros, que adormilado; sus manos agitadas intentaban taparse con el cobertor.

—Se dice que esos son gestos de moribundo —dijo ella—. ¡Ah, si muriese de esta enfermedad que nosotros hemos causado, jamás me casaré, lo juro! —añadió extendiendo la mano sobre la cabeza del conde, en solemne ademán.

—Yo he hecho todo para salvarle —dije.

—¡Oh, vos sois bien bueno! —manifestó—. Pero yo soy la gran culpable.

Se inclinó sobre la frente descompuesta del enfermo, quitó su sudor con sus cabellos, y la besó santamente; mas con un gozo secreto vi que hacía aquella caricia

como una expiación.

—¡Dame de beber, Blanca! —dijo el conde, con apagada voz.

—Ya lo veis, no conoce a nadie sino a mí —me dijo ella, llevándole un vaso.

Y por su acento, por sus maneras cariñosas, trataba de insultar los sentimientos que nos ligaban, inmolándolos al enfermo.

—Enriqueta —le dije—, id a reposar un poco, os lo suplico.

—No más Enriqueta —replicó interrumpiéndome con imperiosa precipitación.

—Acostaos para que no caigáis enferma también. Vuestros hijos, *él mismo*, os ordenan que os cuidéis: hay casos en los que el egoísmo se convierte en una virtud sublime.

—Sí —dijo ella.

Y con la misma se fue, recomendándome a su marido con gestos que hubiesen acusado algún próximo delirio, de no haber tenido las gracias de la infancia mezcladas a la fuerza suplicante del arrepentimiento. Esta escena, terrible comparándola al estado habitual de aquella alma pura, me espantó; temí la exaltación de su conciencia. Al volver el médico, le revelé los escrúpulos de armiño asustado que apresaban a mi impoluta Enriqueta. Aunque discreta, la confianza disipó las sospechas del señor Origet, y calmó las agitaciones de aquella bella alma, al decirle que en todo caso debía haber sufrido aquella crisis el conde, y que el haber permanecido bajo el nogal había sido más útil que perjudicial, al determinar la enfermedad.

Durante cincuenta y dos días estuvo entre la vida y la muerte; Enriqueta y yo le velamos cada uno veintiséis noches. Ciertamente, el señor de Mortsauf debió su salvación a nuestros cuidados, a la escrupulosa exactitud con que ejecutamos las prescripciones del doctor Origet. Semejante a los médicos filósofos, a los que sagaces observaciones autorizan a dudar de las acciones hermosas, cuando no son más que el secreto cumplimiento de un deber, este hombre, al par que asistía al combate de heroísmo que se desarrollaba entre la condesa y yo, no podía dejar de espiarnos con miradas inquisitivas, a tal punto temía engañarse en su admiración.

—En una enfermedad semejante —me dijo a raíz de su tercera visita—, la muerte halla un rápido auxiliar en la moral cuando ésta se encuentra tan gravemente alterada como lo está la del conde. El médico, la enfermera, las personas que rodean al enfermo, tienen su vida en sus manos; pues entonces, una sola palabra, un temor vivo expresado por un gesto, poseen el poder de un veneno.

Al hablarme así, Origet estudiaba mi rostro y mi continente; pero en mis ojos vio la clara expresión de un alma cándida. En efecto, durante el curso de aquella cruel enfermedad, no asaltó mi mente la más leve de esas malas ideas involuntarias que a veces surcan las más inocentes conciencias. Para quien contempla en grande la naturaleza, todo tiende a la unidad por la asimilación. El mundo moral debe ser regido por un principio análogo. En una esfera pura, todo es puro. Junto a Enriqueta se respiraba un perfume del cielo, parecía como si un deseo reprochable debiera

alejarse para siempre a uno de ella. Así, no solamente era ella la dicha, sino también la virtud. Al hallarnos siempre igualmente atentos y solícitos, el doctor tenía no sé qué de compasivo y enternecido en sus palabras y en sus modales; parecía como si se dijera: «¡He aquí los verdaderos enfermos; ocultan su herida y la olvidan!». Por un contraste que, según este excelente hombre, era bastante frecuente en los seres tan deshechos, el señor de Mortsauf fue un paciente muy sumiso, no se quejó jamás, y mostró la más maravillosa docilidad... ¡él, que encontrándose bien no hacía la cosa más sencilla sin mil observaciones! El secreto de esa sumisión a la medicina, tan negada antes, era un oculto miedo a la muerte, ¡otro contraste en un hombre de innegable valentía! Ese miedo podía explicar bastante bien numerosas extravagancias del nuevo carácter que le habían conferido sus desgracias.

¿Creeréis, si os lo confieso, Natalia, que aquellos cincuenta días y el mes que los siguió fueron los más bellos momentos de mi vida? ¿No se encuentra el amor en los espacios infinitos del alma, como en un hermoso valle el gran río al que van las lluvias, los arroyos y los torrentes, donde caen los árboles y las flores, los guijos de los ribazos y los cantos rodados de las rocas? Aumenta su caudal tanto por las tormentas como por el lento tributo de los claros manantiales y fuentes. Sí, cuando se ama, todo llega al amor. Una vez pasados los primeros grandes peligros, la condesa y yo nos acostumbramos a la enfermedad. A pesar del incesante desorden creado por los cuidados que exigía el conde, su habitación, que habíamos encontrado tan mal arreglada, se tornó limpia y coquetona. Pronto estuvimos en ella como dos seres naufragados en una isla desierta; pues no solamente las desgracias aislan, sino que aun hacen callar los mezquinos convencionalismos de la sociedad. Después, el interés del enfermo nos obligó a tener puntos de contacto que ningún otro acontecimiento habría autorizado. ¡Cuántas veces nuestras manos, tan tímidas antes, se encontraron al prestar algún servicio al conde! ¿No tenía yo que sostener, que ayudar a Enriqueta? A menudo, arrastrada por una necesidad comparable a la del soldado de centinela, se olvidaba de comer; entonces yo la servía, a veces sobre sus rodillas, una comida tomada aprisa y que necesitaba mil pequeños cuidados. Fue una escena de infancia al lado de una tumba entreabierta. Ella me ordenaba vivamente los acomodos que podían evitar cualquier sufrimiento al conde, y me empleaba en mil menudas tareas. Durante el primer tiempo, en que la intensidad del peligro ahogaba, como en una batalla, las sutiles distinciones que caracterizan los hechos de la vida corriente, ella se despojó necesariamente de ese decoro que toda mujer, hasta la más natural, mantiene en sus palabras, en sus miradas, en su compostura, cuando está en presencia del mundo o de su familia, y que no es ya una puesta al desnudo. ¿No venía ella a relevarme con el primer canto de los pájaros, con su atuendo mañanero, que a veces me permitía entrever sus deslumbrantes tesoros que yo consideraba como míos? Al par que permaneciendo solemne y altiva, ¿podía ella no ser así familiar? Además, durante los primeros días, el peligro privó a tal punto todo significado amoroso a la privanza de nuestra íntima unión, que ella no vio mal alguno en ello; después, cuando

llegó la reflexión, pensó acaso que sería un insulto, tanto para ella como para mí, el cambiar. Nos encontramos insensiblemente familiarizados, casados a medias. Se mostró bien noblemente confiada, segura de mí como de sí misma. Penetré, pues, más en su corazón. La condesa volvió a ser mi Enriqueta, una Enriqueta obligada a amar más a quien se esforzaba por ser su segunda alma. Pronto, ya no tuve que esperar su mano, siempre irresistiblemente abandonada a la menor mirada solicitante; sin que ella se hurtase a mi vista, yo podía seguir con embriaguez las líneas de sus bellas formas durante las horas en que escuchábamos el sueño del enfermo. Los deleites tan pobres que nos otorgábamos, esas miradas enternecidas, esas palabras pronunciadas en voz baja para no despertar al conde, los temores, las esperanzas dichas y repetidas, en fin los mil acontecimientos de esa fusión de dos corazones separados durante tanto tiempo, se destacaban vivamente sobre las sombras dolorosas de la escena actual. Conocimos a fondo nuestras almas en esta prueba a la cual sucumben a menudo los más vivos afectos, que no resisten al rodar de todas las horas, que se destacan experimentando esa cohesión constante donde se encuentra la vida o pesada o ligera de portar. Ya sabéis qué estragos causa la enfermedad de un dueño, cómo se interrumpen los asuntos, y falta el tiempo para todo; la vida impedida en él, desquicia los movimientos de la casa y los de su familia. Aunque todo recayese en la señora de Mortsauf, el conde era aún útil al exterior; iba a hablar a los granjeros, a ver a los negociantes, y efectuaba los cobros; si ella era el alma, él era el cuerpo. Me convertí en su intendente para que ella pudiese cuidar al conde sin dejar periclitar nada al exterior. Aceptó todo sin cumplido, y sin una palabra de agradecimiento. Fue una dulce comunidad más, añadida a los compartidos cuidados de la casa, las órdenes transmitidas en su nombre. A menudo me entretenía yo en su habitación al atardecer, sobre sus intereses y sobre sus hijos. Estas pláticas prestaron un simulacro más a nuestro matrimonio efímero. ¡Con qué júbilo se avenía Enriqueta a hacerme desempeñar el papel de su marido, a que ocupara su puesto en la mesa, a enviarme a hablar al guarda! Y todo ello con completa inocencia, pero no sin ese íntimo placer que experimenta la mujer más virtuosa del mundo en hallar un sesgo en el que se reúnen la estricta observancia de las leyes y la satisfacción de sus deseos inconfesados. Anulado por la enfermedad, el conde no pesaba ya sobre su mujer ni sobre su casa; y entonces fue. ella misma, ella tuvo el derecho de ocuparse de mí, de hacerme objeto de multitud de atenciones. ¡Qué alegría cuando descubrí en ella el pensamiento, vagamente concebido acaso, pero deliciosamente expresado, de revelarme todo el precio de su persona y de sus cualidades, de hacerme percibir el cambio que en ella se operaría si fuese comprendida! Aquella flor, incesantemente encerrada en la fría atmósfera de su hogar, se expandió a mis miradas, y para mí sólo; sintió ella tanto gozo en desplegar, como yo posando sobre ella la mirada curiosa del amor. Me demostró en todas las naderías de la vida, hasta qué punto estaba yo presente en su pensamiento. El día en que, tras haber pasado la noche a la cabecera del enfermo, dormía yo hasta tarde, Enriqueta se levantaba por la mañana antes que

todo el mundo, y hacía reinar en derredor mío el más absoluto silencio; sin que se les advirtiera, Santiago y Magdalena jugaban lejos; empleaba mil supercherías para conquistar el derecho de poner ella misma mi cubierto; y en fin, me servía, ¡con qué centelleo de contento en los movimientos, con qué ágil delicadeza de golondrina, con qué bermellón en las mejillas, qué temblores en la voz, qué penetración de lince!

¡Esas expansiones del alma se pintan por sí mismas! A menudo, se encontraba abrumada por la fatiga; mas si por casualidad, en esos momentos de cansancio, se trataba de mí, tanto para mi persona como para sus hijos hallaba nuevas fuerzas, y se lanzaba a la tarea, ágil, viva y jubilosa. ¡Cómo gustaba de lanzar su ternura en rayos en el aire! Ah, Natalia, sí, ciertas mujeres comparten aquí abajo los privilegios de los espíritus angélicos, y expanden como ellos esa luz que Saint-Martín, el Filósofo desconocido, decía ser inteligente, melodiosa y perfumada. Segura de mi discreción, Enriqueta se complació en alzarme la pesada cortina que nos ocultaba el futuro, dejándome ver en ella dos mujeres: la encadenada, que me había seducido a pesar de sus asperezas, y la mujer libre, cuya dulzura debía eternizar mi amor. ¡Qué diferencia! La señora de Mortsauf era el bengalí transportado a la fría Europa, tristemente posado en su vara, mudo y moribundo en su jaula donde lo guarda un naturalista; Enriqueta era el ave cantando sus poemas orientales en un bosque al borde del Ganges, y, como una piedra preciosa viviente, volando de rama en rama entre un rosal siempre florido. Su belleza se hizo más bella, y su espíritu se reanimó. Esa continua llama de alegría era un secreto entre nuestros dos espíritus, pues el ojo del abate de Dominis, aquel representante de la sociedad, era más temible para Enriqueta que el del señor de Mortsauf; pero disfrutaba en grande, como yo, en dar giros ingeniosos a su pensamiento; ocultaba su contento bajo la chanza, y cubría, además, los testimonios de su ternura, con el brillante pabellón del agradecimiento.

—¡Hemos sometido a duras pruebas nuestra amistad, Félix! ¿Podemos permitirle las licencias que permitimos a Santiago, señor abate? —decía ella en la mesa.

El severo abate respondía con la amable sonrisa del hombre pío que lee en los corazones y los encuentra puros; además experimentaba por la condesa el respeto mezclado de adoración que inspiran los ángeles. Dos veces, en aquellos cincuenta días, la condesa sobrepasó acaso los límites en los que se encerraba nuestro afecto; pero aun esos dos acontecimientos estuvieron envueltos por un velo que no se alzó sino el día de las supremas declaraciones. Una mañana, en los primeros días de la enfermedad del conde, en el momento en que ella se arrepentía por haberme tratado tan severamente, privándome de los inocentes privilegios otorgados a mi casto cariño, la esperaba yo, pues debía reemplazarme.

Demasiado fatigado, me dormí, con la cabeza apoyada sobre el muro. Me desperté de pronto, al sentir mi frente tocada por no sé qué de fresco, que me dio una sensación comparable a la de una rosa que hubiesen apoyado en ella. Vi a la condesa a tres pasos de mí, diciéndome:

—Ya vengo.

Yo me fui; pero al darle antes los buenos días, la tomé la mano, y la sentí húmeda y temblorosa.

—¿Sufrió? —le dije.

—¿Por qué me hacéis esa pregunta? —me preguntó.

La miré enrojeciendo, confuso.

—He soñado —respondí.

Cierto atardecer, durante las últimas visitas del doctor Origet, quien había anunciado positivamente la convalecencia del conde, me encontraba yo con Santiago y Magdalena bajo la escalinata, tendidos sobre los peldaños, entregados a un juego que hacíamos con canutos de paja y ganchillos armados de alfileres. El señor de Mortsauf dormía. Esperando que se enganchara el tiro al carruaje, el médico y la condesa hablaban en voz baja en el salón. El doctor Origet se marchó sin que yo me percatara de su partida. Tras haberle acompañado al coche, Enriqueta se apoyó en la ventana, desde la que nos contempló, sin que nos diésemos cuenta, sin duda durante largo rato. Era uno de esos atardeceres cálidos en los que el cielo toma las tonalidades del cobre y la campiña envía a los ecos mil ruidos confusos. Un último rayo de sol moría sobre los tejados, las flores de los jardines embalsamaban el aire, y tintineaban a lo lejos las campanillas de las bestias de vuelta a los establos. Nos adaptábamos al silencio de aquella hora tibia, ahogando nuestras exclamaciones, por temor a despertar al conde. De pronto, a pesar del ondulante crujido de un vestido, oí la gutural contracción de un suspiro violentamente reprimido; me abalancé al salón, y vi a la condesa apoyada en el alféizar de la ventana y con un pañuelo sobre su rostro; ella reconoció mi paso, y, con un gesto, me ordenó imperiosamente que la dejara sola. Fui a ella, con el corazón penetrado de temor, y quise quitarla por la fuerza su pañuelo: tenía el rostro bañado en lágrimas; al punto huyó a su habitación, no saliendo sino para la plegaria vespertina. Por vez primera, después de cincuenta días, la llevé a la terraza y le pregunté cuál era la causa de su emoción; mas ella afectó la más loca alegría, justificándola por la buena noticia que le había dado Origet.

—Enriqueta, Enriqueta —dije yo—, vos la sabíais ya en el momento en que os he visto llorando. Entre nosotros dos, una mentira sería una monstruosidad. ¿Por qué me habéis impedido que enjugara vuestras lágrimas? ¿Así, pues, me pertenecían?

—He pensado —me dijo ella— que, para mí, esa enfermedad ha sido como un alto en el dolor. Ahora que ya no tiemblo más por el señor de Mortsauf, he de temblar por mí.

Tenía razón. La salud del conde se anunciaba por el retorno de su humor atrabiliario: comenzaba a decir que ni su mujer, ni yo, ni el médico, sabíamos cuidarle, que ignorábamos todos tanto su enfermedad como su temperamento, así como sus sufrimientos y los remedios convenientes. Origet, infatuado por no sé qué doctrina, veía una alteración en los humores, mientras que no debía ocuparse sino del píloro. Un día, nos miró maliciosamente, como quien nos hubiera espiado o bien adivinado, y dijo sonriendo a su mujer:

—Bueno, querida, de haber muerto yo, sin duda lo habrías sentido; pero confiesa que te habrías resignado...

—Hubiese llevado el duelo de corte, rosa y negro —respondió ella riendo, a fin de hacer callar a su marido.

Mas sobre todo a propósito del alimento, que el doctor prescribía cuerdamente, oponiéndose a que se satisficiera el hambre del convaleciente, hubo escenas de violencia y chillidos que no podían compararse a nada en el pasado, pues el carácter del conde se mostró tanto más terrible, cuanto por decirlo así había dormitado. Armada con los mandatos del médico y la obediencia de sus servidores; estimulada por mí, que vi en aquella lucha un medio de enseñarle a ejercer su dominio sobre su marido, la condesa se atrevió a la resistencia; supo oponer una frente tranquila a la demencia y a los gritos; se acostumbró, tomándolo por lo que era, por un niño, a oír sus injuriosos epítetos. Tuve la gran satisfacción de verla asir por fin el gobierno de aquel espíritu enfermo. El conde gritaba, pero obedecía, y obedecía sobre todo después de haber gritado mucho. A pesar de la evidencia de los resultados, Enriqueta lloraba a veces ante el aspecto de aquel viejo descarnado, débil, de frente más amarilla que la hoja a punto de caer, de ojos pálidos y manos temblorosas; se reprochaba sus durezas, no resistía a menudo a la alegría que veía en los ojos del conde, cuando, al darle de comer, sobrepasaba las prohibiciones del médico. Por lo demás, se mostró con él tanto más dulce y graciosa que lo había sido conmigo; mas sin embargo existieron diferencias que colmaron mi corazón de ilimitado gozo. No era infatigable. Y cuando los caprichos del conde se sucedían con demasiada rapidez, quejándose de no ser comprendido, sabía llamar a los servidores para que le atendieran.

La condesa quiso ir a dar gracias a Dios por el restablecimiento del señor de Mortsauf, y mandó decir una misa, pidiéndome el brazo para que la acompañara a la iglesia; la conduje a ella, pero mientras se celebraba el oficio, fui a ver al señor y a la señora de Chessel. A mi vuelta, ella quiso reprenderme.

—Enriqueta —le dije—, soy incapaz de falsía. Puedo lanzarme al agua para salvar a un enemigo mío que se ahoga, y darle mi abrigo para que se caliente; en fin, le perdonaría, mas sin olvidar la ofensa.

Guardó silencio y estrechó mi brazo contra su corazón.

—Vos sóis un ángel —proseguí— y habéis debido ser sincera en vuestras acciones de gracias. La madre del príncipe de la Paz fue salvada de manos de un furioso populacho que quería matarla, y, cuando la reina le preguntó: «¿Qué hacíais vos?», ella respondió: «¡Rezaba por ellos!». La mujer es así. Yo soy hombre, y por ende necesariamente imperfecto.

—No os calumniéis —dijo ella, agitando violentamente mi brazo—. Acaso vos valéis más que yo.

—Sí —repliqué—, pues yo daría la eternidad por un solo día de dicha, y vos...

—¿Y yo? —dijo ella, mirándome con altivez.

Me callé y bajé la vista, para evitar el rayo de su mirada.

—¡Yo! —prosiguió ella—. ¿De qué yo habláis? ¡Yo bien siento mas de un yo en mí! Esos dos pequeños —añadió señalando a Magdalena y Santiago— son yo. Félix —dijo con acento desgarrador—, ¿me creéis egoísta? ¿Pensáis que podría sacrificar toda una eternidad para recompensar a quien me sacrifica su vida? Ese pensamiento es horrible, ofende para siempre los sentimientos religiosos. ¿Puede levantarse una mujer así caída? ¿Puede absolverla su felicidad? ¡No tardaríais en hacerme decidir estas cuestiones!... Sí, os libro en fin un secreto de mi conciencia: esta idea me ha atravesado el corazón, la he expiado a menudo por duras penitencias, ella ha motivado las lágrimas de las que me pedisteis razón anteayer.

—¿No dais demasiada importancia a ciertas cosas que las mujeres vulgares estiman mucho, y que vos deberíais...?

—¡Oh! —dijo ella, interrumpiéndome—, ¿es que vos le dáis menos?

Esta lógica cortó todo razonamiento.

—Pues bien —prosiguió ella—. ¡Sabedlo! ¡Sí, cometería la cobardía de abandonar a ese pobre viejo cuya vida soy! Pero, amigo mío, esas dos débiles criaturas que son ante nosotros, Magdalena y Santiago, ¿no se quedarían con su padre? Así, pues, ¿creéis vos, os los pregunto, creéis que vivirían tres meses bajo la insensata dominación de ese hombre? Si faltando a mis deberes se tratase sólo de mí... —Dejó escapar una soberbia sonrisa—; pero, ¿no es matar a mis dos hijos? Pues su muerte sería segura. ¡Dios mío! —exclamó—, ¿por qué hablamos de estas cosas? ¡Casaos y dejadme morir!

Dijo estas palabras con tono tan amargo, tan profundo, que ahogó la revuelta de mi pasión.

—Llorasteis allá arriba, bajo aquel nogal; yo acabo de hacerlo bajo estos abedules, eso es todo. En adelante me callaré.

—Vuestras generosidades me matan —dijo ella, elevando los ojos al cielo.

Habíamos llegado a la terraza, donde encontramos al conde sentado en un sillón, al sol. El aspecto de aquella figura fundida, apenas animada por una débil sonrisa, extinguió las llamas salidas de las cenizas. Me apoyé contra la balaustrada, contemplando el cuadro que me ofrecía aquel moribundo, entre sus dos hijos, siempre delicados, y su mujer empalidecida por las velas, enflaquecida por los trabajos excesivos, por las alarmas y acaso por las alegrías de aquellos dos terribles meses, pero a la que las emociones de la escena anterior habían encendido excesivamente el rostro. Ante el aspecto de aquella familia doliente, envuelta en temblequeantes follajes a través de los cuales se filtraba la gris luminosidad de un cielo de nuboso otoño, sentí en mí mismo desatarse los nudos que enlazan el cuerpo al espíritu. Por primera vez experimenté ese hastío moral que conocen, según se dice, los más vigorosos luchadores en lo álgido de sus combates, especie de fría locura que hace un cobarde del hombre más valiente, un devoto de un incrédulo, que toma indiferente a todo, hasta a los sentimientos más vitales, al honor y al amor; pues la duda nos priva

del conocimiento de nosotros mismos, y nos cansa de la vida. Pobres criaturas nerviosas, que la riqueza de vuestro organismo entrega sin defensas a no sé qué genio fatal, ¿dónde están vuestros pares y vuestros jueces? ¡Concebí cómo el joven audaz que tendía ya la mano al bastón de los mariscales de Francia, hábil negociador tanto como intrépido capitán, había podido convertirse en el inocente asesino que veía! ¿Acaso mis deseos, coronados hoy de rosas, podían tener aquel fin? Espantado por la causa tanto como por el efecto, preguntando, como el implorante, dónde se encontraba allí la Providencia, no pude contener dos lágrimas que rodaron por mis mejillas.

—¿Qué te ocurre, mi buen Félix? —me dijo Magdalena, con su voz infantil.

Luego, Enriqueta acabó de disipar los negros vapores y las tinieblas por una mirada de solicitud que irradió en mi alma como el sol. En aquel momento, el viejo piquero me trajo de Tours una carta cuya vista me arrancó alguna exclamación de sorpresa, y que de rechazo hizo temblar a la señora de Mortsau. Vi el sello del ministerio; el rey me llamaba. Le tendí la carta, que ella leyó con una mirada.

—¡Se va! —dijo el conde.

—¿Qué será de mí? —me dijo ella, percibiendo por vez primera su desierto sin sol.

Quedamos en tal estupor de pensamiento que nos oprimió a todos por igual, ya que nunca habíamos sentido a tal punto que todos nos éramos necesarios los unos a los otros. La condesa, hablándome de todo, hasta de las cosas más indiferentes, tuvo un tono de voz nuevo, como si el instrumento hubiese perdido varias cuerdas, y las otras estuvieran distendidas. Y tuvo también gestos de apatía y miradas sin fulgor. La rogué que me confiara sus pensamientos.

—¿Es que acaso los tengo? —me respondió.

Me llevó a su habitación, me tazó sentar en su canapé, revisó el cajón de su tocador, se puso de rodillas ante mí, y me dijo:

—Éstos son los cabellos que me han caído desde hace un año; tomadlos, pues os pertenecen... un día sabréis cómo y por qué.

Me incliné lentamente hacia su frente, que no la bajó para evitar mis labios; los apoyé santamente, sin culpable embriaguez, sin halagador deleite, sino con solemne enternecimiento. ¿Quería ella sacrificarlo todo? ¿Iba solamente, como yo lo había hecho, hasta el borde del precipicio? Si el amor la había llevado a entregarse, no hubiese tenido aquella calma profunda, aquella mirada religiosa, y no me hubiese dicho con su voz pura:

—¿No me guardáis rencor?

Partí al comienzo de la noche; ella quiso acompañarme por el camino de Frapesle, y nos detuvimos en el nogal; se lo mostré, diciéndole cómo desde allí la había divisado hacía cuatro años.

—¡El valle era el mismo! —exclamé.

—¿Y ahora? —preguntó ella vivamente.

—Vos estáis bajo el nogal —le respondí— y el valle es nuestro.

Bajó la cabeza, y allí nos despedimos. Ella volvió a subir a su coche, con Magdalena, y yo al mío, solo. De vuelta a París, absorbieron, afortunadamente, mi atención trabajos urgentes que me procuraron una violenta distracción y me obligaron a hurtarme al mundo, que me olvidó. Mantuve correspondencia con la señora de Mortsauf, a la que enviaba mi diario todas las semanas, respondiéndome ella dos veces por mes. Vida oscura y plena, semejante a esos parajes frondosos, floridos e ignorados, que otrora admirara yo aún en el fondo de los bosques, elaborando nuevos poemas de flores durante las dos últimas semanas.

¡Oh, vosotros que amáis! Imponeos hermosas obligaciones, encargaos de las reglas cuyo cumplimiento ha dado para cada día la Iglesia a los cristianos. Son grandes ideas las observaciones rigurosas creadas por la religión romana; trazan siempre más adelante en el alma los surcos del deber, por la repetición de actos que conservan la esperanza y el temor. Los sentimientos corren siempre vivos en esos arroyos ahondados que contienen las aguas, las purifican, refrescan incesantemente el corazón, y fertilizan la vida por los abundantes tesoros de una fe oculta, manantial divino donde se multiplica el único pensamiento de un único amor.

Mi pasión, que renovaba la Edad Media y recordaba a la caballería andante, fue descubierta no sé cómo, acaso el rey y el duque de Lenoncourt hablaron de él. De esa esfera superior, la historia a la vez novelesca y simple de un joven que adoraba piadosamente a una mujer bella sin público, grande en la soledad, fiel sin el apoyo del deber, se extendió sin duda al corazón del barrio Saint-Germain... En los salones, me veía objeto de una embarazosa atención, pues la modestia de la vida tiene ventajas que, una vez experimentadas, hacen insoportable el relumbrón de una constante aparición en escena. Del mismo modo que los ojos acostumbrados a no ver sino colores suaves son heridos por la plena luz del día, también hay ciertos espíritus a los cuales desagradan los contrastes violentos. Yo era entonces así; hoy podéis asombraros de ello; mas tened paciencia, que las singularidades del Vandenesse actual van a explicarse. Yo encontraba, pues, a las mujeres acogedoras y al mundo perfecto para mí. Tras el casamiento del duque de Berri, la Corte recuperó boato y retornaron las fiestas francesas. La ocupación extranjera había cesado, reaparecía la prosperidad, eran posibles los placeres. Personajes ilustres por su rango, o considerables por su fortuna, abundaron procedentes de todos los puntos de Europa en la capital de la inteligencia, donde se vuelven a hallar las ventajas de los demás países y sus vicios aumentados, refinados por el espíritu francés. Cinco meses después de haber abandonado Clochegourde en medio del invierno, mi ángel bueno me escribió una carta desesperada, contándome una grave enfermedad de su hijo, y a la cual había escapado, pero que inspiraba temores para el futuro; el médico había hablado de precauciones a adoptar para el pecho, palabras terribles que, pronunciadas por la ciencia, tiñen de negro todas las horas de una madre. Apenas Enriqueta respiraba, apenas Santiago entraba en convalecencia, su hermanita inspiró inquietudes. Magdalena, aquella linda planta que tan bien respondía al cultivo

maternal, sufría una prevista crisis, pero temible para una constitución tan delicada. Abatida ya por las fatigas que le había causado la prolongada enfermedad de Santiago, la condesa se encontraba sin valor para soportar aquel nuevo golpe, y el espectáculo que le ofrecían aquellos dos queridos seres, la hacía insensible a los redoblados tormentos infligidos por el carácter de su marido. Así, tormentas de más en más turbulentas y cargadas de pedrisco desarraigaban con sus violentas oleadas las esperanzas más profundamente plantadas en su corazón. Además, se había abandonado a la tiranía del conde, quien cansado de guerra, había vuelto a recuperar terreno.

«Cuando toda mi fuerza envolvía a mis hijos —me escribía ella—, ¿podía acaso emplearla contra el señor de Mortsauf y defenderme de sus agresiones, defendiéndome contra la muerte? Al marchar hoy, sola y agobiada, entre las dos jóvenes melancolías que me acompañan, me encuentro atacada por un invencible hastío de la vida. ¿Qué golpe puedo sentir, a qué afecto puedo responder, cuando veo sobre la terraza a Santiago inmóvil, cuya vida no me es ya atestiguada sino por sus dos bellos ojos engrandecidos por la delgadez, sumidos como los de un viejo, y cuya adelantada inteligencia, ¡fatal pronóstico!, contrasta con su debilidad corporal? Cuando veo a mi lado a esta linda Magdalena, tan vivaracha, tan acariciadora y sonrosada, ahora blanca como una muerta, con sus cabellos y sus ojos empalidecidos, dirigiéndome miradas lánguidas, como si quisiera despedirse de mí, sin que no la tiene alimento alguno, o bien de desearlo me asusta por la rareza de sus gustos... A pesar de mis esfuerzos, no puedo entretener a mis hijos; los dos me sonríen, pero su sonrisa está arrancada por mis zalamerías, y no proviene de ellos; lloran no pudiendo responder a mis caricias. El sufrimiento lo ha aflojado todo en su alma, hasta los lazos que nos unen. Así, ya comprenderéis cuán triste está Clochegourde: el señor de Mortsauf reina en ella sin obstáculo... ¡Oh, amigo mío, vos, mi gloria —me escribía más adelante—, vos debéis amarme mucho para amarme aún, para amarme inerte, ingrata y petrificada por el dolor!».

En aquel momento en que nunca me sentí más vivamente removido hasta mis entrañas, y en que no vivía más que en aquella alma sobre la cual intentaba enviar la brisa luminosa de las albas a la esperanza de los crepúsculos purpúreos, conocí en los salones del Elíseo-Borbón a una de esas ilustres «ladies» que son semi-soberanas. Inmensas riquezas, el nacimiento en una familia que después de la conquista permanecía pura de todo casamiento desigual, un matrimonio con uno de los viejos más distinguidos entre los pares de Inglaterra, todas esas preeminencias no eran sino accesorios que realzaban la belleza de la persona en cuestión, sus gracias, sus modales, su ingenio, como un brillante que deslumbraba antes de fascinar. Ella fue el ídolo del día, y reinó tanto mejor sobre la sociedad parisina, por cuanto poseía las cualidades necesarias para obtener éxito, la mano de hierro bajo un guante de raso, que decía Bernadotte. Ya conocéis la singular personalidad de los ingleses, de esa orgullosa Mancha infranqueable, ese frío canal de San Jorge que ponen entre ellos y

las personas que no les son presentadas: la humanidad parece ser un hormiguero sobre el cual caminan ellos; no conocen otros seres de su especie, sino los admitidos por ellos; no entienden el lenguaje de los demás; son en efecto labios que se mueven y ojos que ven, pero ni el sonido ni la mirada los alcanzan: para ellos, esas gentes son como si no existieran. Los ingleses ofrecen así como una imagen de su isla, donde la ley lo rige todo, donde todo es uniforme en cada esfera, donde el ejercicio de las virtudes parece ser el juego necesario de engranajes que andan a hora fija. Las fortificaciones de terso y pulido acero elevadas en tomo a una mujer inglesa, enjaulada en su hogar por hilos de oro, pero donde su comedero y su abrevadero, sus varillas y su pasto son maravillas, la prestan irresistibles atractivos. Jamás un pueblo ha preparado mejor la hipocresía de la mujer casada, poniéndola a cada dos por tres entre la muerte y la vida social; para ella no hay ningún intervalo entre la vergüenza y el honor: o la falta es completa, o no lo es: es todo o nada, el *To be, or not to be*, de Hamlet. Esa alternativa, unida al constante desdén al que la habitúan las costumbres, hace de una inglesa un mujer aparte en el mundo. Es una pobre criatura, virtuosa por fuerza y presta a depravarse, condenada a continuas mentiras sepultadas en su corazón, pero deliciosa por la forma, pues para ese pueblo la forma lo es todo. De ahí las bellezas particulares a las mujeres de este país, esa exaltación de una ternura, en la que para ellas se resumen necesariamente la vida, la exageración de sus cuidados para ellas mismas, la delicadeza de su amor, tan graciosamente descrito en la famosa escena de *Romeo y Julieta*, donde el genio de Shakespeare ha reproducido de un trazo a la mujer inglesa. A vos que la envidiáis tantas cosas, ¿qué os diré que no sepáis, de esas blancas sirenas, impenetrables en apariencia y en seguida conocidas, que creen que el amor basta al amor, y que introducen el hastío en los goces al no variarlos, cuya alma no posee sino una nota, y su voz no más que una sílaba, océano de amor, donde quien no ha nadado ignorará siempre algo de la poesía de los sentidos, como quien no ha visto nunca el mar tendrá cuerdas de menos en su lira? Ya conocéis el porqué de estas palabras. Mi aventura con la marquesa Dudley tuvo una fatal celebridad. En una edad en que los sentidos tienen tanto imperio sobre nuestras determinaciones, en un joven cuyos ardores habían sido tan violentamente reprimidos, la imagen de la santa que sufría su lento martirio en Clochegourde irradiaba tan intensamente, que pude resistir a las tentaciones. Tal fidelidad fue el lustre que me valió la atención de lady Arabella. Mi resistencia agudizó su pasión. Lo que ella deseaba, como lo desean muchas inglesas, era el estrépito, lo extraordinario. Ella quería pimienta para el pasto del corazón, del mismo modo que los ingleses quieren condimentos picantes para estimular su paladar. La atonía que una perfección constante en las cosas y una regularidad metódica en las costumbres, pone en la existencia de estas mujeres, las conduce a la adoración de lo novelesco y de lo difícil. Yo no supe juzgar ese carácter. Cuanto más me encerraba en un frío desdén, más se apasionaba lady Dudley. Esa lucha, en la que ponía en juego su reputación, excitó la curiosidad de algunos salones, y fue para ella una primera dicha que la obligaba al

triunfo. ¡Ah, yo hubiese sido salvado, si algún amigo me hubiera repetido la frase atroz que se le escapó sobre la señora de Mortsauf y sobre mí: —¡Estoy aburrída— dijo ella— de esos suspiros de tórtola!

Sin querer justificar aquí mi crimen, os haré observar, Natalia, que un hombre posee menos recursos para resistir a una mujer, que los que tenéis vosotras para escapar a nuestras persecuciones. Nuestras costumbres prohíben a nuestro sexo las brutalidades de la represión que, en vosotras, son cebos para un enamorado, y que, además, os imponen las conveniencias; a nosotros, por el contrario, yo no sé qué jurisprudencia de fatuidad masculina ridiculiza nuestra reserva; os dejamos el monopolio de la modestia para que tengáis el privilegio de los favores; mas invertid los papeles y el hombre sucumbe bajo la mofa. Aunque preservado por mi pasión, yo no estaba en la edad en que se queda insensible a las triples seducciones del orgullo, de la entrega y de la belleza. Cuando lady Arabella ponía a mis pies, en medio de un baile donde reinaba, los homenajes que en él recogía, y que espiaba mi mirada para saber si su atavío era de mi gusto, y se estremecía de placer cuando me agradaba, yo me sentía conmovido por su emoción. Además, ella se mantenía en un terreno en el que yo no podía huirla; me resultaba difícil rehusar ciertas invitaciones del círculo diplomático; su linaje la abría todos los salones, y, con esa maña que las mujeres despliegan para obtener lo que les place, hacía que los anfitriones me colocaran en la mesa a su lado; y luego me hablaba al oído, diciéndome:

—Si yo fuese amada como la señora de Mortsauf, os lo sacrificaría todo.

Me sometía riendo las más humildes condiciones, me prometía una discreción a toda prueba, o me pedía que tolerase yo únicamente que ella me amara. Cierta día me dijo estas palabras, que satisfacen todas las capitulaciones de una conciencia timorata y los desenfadados deseos del joven:

—¡Vuestra amiga siempre, y vuestra amante cuando lo queráis!

En fin, ella meditó utilizar para perderme la propia lealtad de mi carácter, sobornó a mi ayuda de cámara, y, tras una reunión en la que se había mostrado tan bella que estaba segura de haber excitado mis deseos, la encontré en mi casa. Este escándalo resonó en Inglaterra, y su aristocracia se consternó como el cielo a la caída de su ángel más bello. Lady Dudley abandonó su nube en el Empíreo británico, se redujo a su fortuna, y quiso eclipsar por sus sacrificios a AQUELLA cuya virtud causó el célebre desastre. Lady Arabella se complació, como el demonio en la cima de la Montaña, en mostrarme los más ricos países de su ardiente reino.

Leedme, os lo conjuro, con indulgencia. Se trata aquí de uno de los problemas más interesantes de la vida humana, de una crisis a la cual han estado sometidos la mayoría de los hombres, y que yo quisiera explicar, aunque no fuese más que para encender un faro sobre este escollo. Esta bella lady, tan esbelta, tan delicada; esta mujer de leche, tan quebradiza, tan dulce, de frente tan acariciadora, coronada de cabellos de color leonado y tan finos; esta criatura cuyo brillo parece fosforescente y pasajero, posee un organismo de hierro. No hay caballo, por fogoso que sea, capaz de

resistir a su nerviosa muñeca, a esa mano blanda en apariencia y que nada cansa. Tiene el pie de la cierva, un pequeño pie seco y musculoso, bajo una envoltura de indescriptible gracia. Posee una fuerza que nada teme una lucha; ningún hombre puede seguirla a caballo; ganaría el premio de un *steeple-chase* a centauros; tira a los gamos y a los ciervos sin detener su caballo. Su cuerpo ignora el sudor, aspira el fuego en la atmósfera y vive en el agua so pena de no vivir. Su pasión es también toda africana; su deseo va como el torbellino del desierto, desierto cuya ardiente inmensidad se refleja en sus ojos, desierto lleno de azul y de amor, con su cielo inalterable, con sus frescas noches estrelladas. ¡Qué contraste con Clochegourde! El oriente y el occidente: una atraía a ella las menores parcelas húmedas para alimentarse de ellas; la otra exudaba su alma, envolviendo a sus fieles con una luminosa atmósfera; aquella, viva y esbelta; ésta, pausada y llena. En fin, ¿habéis reflexionado alguna vez en el sentido general de las costumbres inglesas? ¿No es la divinización de la materia, un epicureísmo definido, meditado, sabiamente aplicado? Sea lo que haga o diga, Inglaterra es materialista, sin saberlo acaso. Tiene pretensiones religiosas y morales, en las que la espiritualidad divina, el alma católica está ausente, y cuya gracia fecundante no será reemplazada por ninguna hipocresía, por muy bien ejecutada que esté. Posee en el más elevado grado esa ciencia de la existencia que abona las menores parcelas de la materialidad, que hace que vuestra zapatilla sea la zapatilla más exquisita del mundo, que presta a vuestra ropa blanca un indecible sabor, que forra de cedro y de perfume las cómodas; que vierte a la hora fijada un té suave, sabiamente desplegado, que destierra el polvo, clava alfombras desde el primer peldaño de la escalera hasta los últimos repliegues de la casa, cepilla los muros de las bodegas, bruñe la aldaba de la puerta, flexibiliza los muelles del carruaje, que hace del objeto una pulpa alimenticia y esponjosa, brillante y nítida, en el meollo de la cual el alma expira bajo el goce, que produce la espantosa monotonía del bienestar, da una vida sin oposición, desprovista de espontaneidad, y que, por decirlo todo, le maquiniza a uno. Así yo conocí de pronto, en el seno de este lujo inglés, a una mujer, acaso única en su sexo, que me envolvió en las redes de ese amor renaciente de su agonía, y a cuyas prodigalidades yo aportaba una severa continencia, de ese amor que tiene bellezas abrumadoras, una electricidad propia, que os introduce a menudo en los cielos por las puertas de marfil de su somnolencia, o que os arrastra a la grupa de sus alados ijares. Amor horriblemente ingrato, que ríe sobre los cadáveres que produce; amor sin memoria, un amor cruel que se asemeja a la política inglesa, y en el cual caen casi todos los hombres. Ya comprendéis el problema. El hombre está compuesto de materia y espíritu; la animalidad va a desembocar en él, y en él comienza el ángel. De ahí esa lucha que todos experimentamos, entre un destino futuro que presentimos y los recuerdos de nuestros instintos anteriores, de los cuales no nos hallamos aún despojados; un amor carnal y un amor divino. Tal hombre los resuelve en uno sólo, tal otro se abstiene; éste hurga el sexo entero para buscar en él la satisfacción a sus apetitos anteriores, aquél lo idealiza en una sola mujer en la cual

se resume el universo; unos flotan indecisos entre los goces de la materia y los del espíritu, y otros espiritualizan la carne, pidiéndola lo que no sabría dar. Si pensando en estos rasgos generales del amor, tenéis en cuenta las repulsiones y las afinidades que resultan de la diversidad de los temperamentos, y que quebrantan los pactos concluidos entre aquellos que no han sido sometidos a prueba; si añadís los errores producidos por las esperanzas de las gentes que viven más especialmente por el espíritu, por el corazón, o por la acción, que piensan, que sienten, o que obran, y cuyas vocaciones son defraudadas, desconocidas en una asociación donde se encuentran dos seres, igualmente nobles, entonces tendréis gran indulgencia por las desgracias con las que la sociedad se muestra despiadada. Pues bien, lady Arabella satisface los instintos, los órganos, los apetitos, los vicios y las virtudes de la materia sutil de que estamos compuestos. Ella era la dueña del cuerpo. La señora de Mortsauf, la esposa del alma. El amor que satisface la querida, tiene límites; la materia es finita, sus propiedades tienen fuerzas calculadas, se encuentra sometida a inevitables saturaciones; yo sentía a menudo no sé qué vacío en París, junto a lady Dudley. El infinito es el dominio del corazón, el amor era sin límites en Clochegourde. Yo amaba apasionadamente a lady Arabella, y ciertamente que si la bestia era sublime en ella, también poseía una inteligencia superior; su burlona conversación lo abarcaba todo. Pero yo adoraba a Enriqueta. Por la noche, yo lloraba de dicha; por la mañana, lloraba de remordimientos. Hay ciertas mujeres bastante sabias como para ocultar su envidia bajo la más angélica bondad; son las que, semejantes a lady Dudley, han pasado de los treinta años. Estas mujeres saben entonces sentir y calcular, exprimir todo el jugo del presente y pensar en el futuro; pueden ahogar gemidos, a menudo legítimos, con la energía del cazador que no se da cuenta de una herida, en la persecución del acosado ciervo. Sin hablar de la señora de Mortsauf, Arabella intentaba matarla en mi alma, donde la encontraba siempre, y su pasión se reavivaba al soplo de aquel amor invencible. A fin de triunfar por comparaciones que la aventajaran, no se mostró ni recelosa, ni importuna, ni curiosa, como lo son la mayoría de las mujeres jóvenes; pero, semejante a la leona que con sus fauces ha asido una presa y la lleva a su antro para devorarla, velaba porque nada turbase su felicidad, y me guardaba como a una conquista insumisa. Escribía a Enriqueta delante de ella, pero nunca leyó una sola línea, jamás trató por medio alguno de saber la dirección a la que iban dirigidas mis cartas. Tenía plena libertad. Ella parecía haberse dicho: «Si lo pierdo, no he de acusarme sino a mí misma». Y se apoyaba orgullosamente en un amor tan leal, que me habría dado sin vacilar su vida, caso de que se lo hubiera pedido. En fin, ella me había hecho creer que, si la abandonaba, se mataría al instante. Sería preciso oírla, a este respecto, celebrar la costumbre de las viudas indias que se entregan a las llamas de la pira incineradora de sus maridos muertos.

—Aunque en la India sea esta costumbre una distinción reservada a la clase noble, y que, desde este punto de vista sea poco conocida de los europeos, incapaces

de comprender la desdeñosa grandeza de ese privilegio, confesad —me decía ella— que en nuestras chatas costumbres modernas, la aristocracia no puede ya elevarse sino por lo extraordinario de los sentimientos. ¿Cómo puedo yo demostrar a los burgueses que la sangre de mis venas no es semejante a la suya, si no es muriendo de distinta manera que ellos? Mujeres sin cuna pueden tener los diamantes, los tejidos, los caballos, y hasta los escudos que debieran sernos reservados, ¡pues hasta se compra un nombre! Pero amar, con la cabeza alta, infringiendo las leyes, morir por el ídolo que se ha escogido, haciendo un sudario con las sábanas de su lecho, someter al mundo y al cielo a un hombre, despojando así al Todopoderoso del derecho de hacer un dios, no traicionarle por nada, ni siquiera por la virtud... ya que negarse a él en nombre del deber, ¿no es darse a algo que no es *él*?... bien sea otro hombre o una idea, siempre existe la traición ¡Éstas son grandezas que no alcanzan las mujeres vulgares; ellas no conocen sino dos sendas corrientes: o el gran camino de la virtud, o el cenagoso vericuetto de la cortesana!

Procedía, ya lo veis, por el orgullo; halagaba todas las vanidades desafiándolas, me ponía tan alto, que no podía vivir sino a mis pies; así, todas las seducciones de su propio espíritu estaban expresadas por su postura de esclava y por su entera sumisión. Sabía permanecer todo un día, tendida a mis pies, silenciosa, ocupada en contemplarme, espiando la hora del placer como una hurí del serrallo, adelantándola por hábiles coqueterías, al par que pareciendo esperarla. ¿Con qué palabras describir los seis primeros meses durante los cuales fui presa de los enervantes goces de un amor fértil en placeres, y que los variaba con el saber que da la experiencia, mas ocultando su instrucción bajo los arrebatos de la pasión? Esos placeres, súbita revelación de la poesía de los sentidos, constituyen el sólido lazo por el cual se ligan los jóvenes a mujeres de más edad que ellos; mas tal lazo es el grillete del forzado, deja en el alma una señal indeleble, comunica un anticipado disgusto por los amores frescos, cándidos, ricos solamente en flores, y que no saben servir alcohol en copas de oro curiosamente cinceladas, enriquecidas de pedrerías que brillan con inagotables destellos. Saboreando los deleites que yo soñaba sin conocerlos, y que la unión de las almas hace mil veces más ardientes, no me faltaban paradojas para justificarme a mí mismo la complacencia con que me abrevaba en esta bella copa. A menudo, cuando perdida en el infinito de la lasitud, mi alma desprendida del cuerpo revoloteaba lejos de la tierra, yo pensaba que esos placeres eran un medio de anular la materia y llevar al espíritu a su sublime vuelo. A menudo lady Dudley, como muchas mujeres, se aprovechaba de la exaltación a que conduce el exceso de dicha, para ligarme por juramentos; y, bajo el golpe de un deseo, me arrancaba blasfemias contra el ángel de Clochegourde. Una vez traidor, me hice falaz. Continué escribiendo a la señora de Mortsauf como si siguiera yo siendo el mismo niño de mezquino traje azul al que ella amaba tanto; pero lo confieso, su don de sexto sentido, o de doble vista, me espantaba cuando pensaba en los desastres que una indiscreción podía causar en el lindo castillo de mis esperanzas. A menudo, en medio de mis goces, un repentino dolor me helaba

y oía las palabras de Enriqueta pronunciadas por una voz de lo alto, como el *Caín*, *¿dónde está Abel?* de la Escritura. Mis cartas quedaron sin respuesta. Me asaltó una horrible inquietud y quise partir a Clochegourde. Arabella no se opuso, pero habló naturalmente de acompañarme a Turena. Su capricho agudizado por la dificultad, sus presentimientos justificados por una felicidad inesperada, todo había engendrado en ella un amor real, que deseaba hacer único. Su genio de mujer la hizo percibir en este viaje un medio de apartarme por entero de la señora de Mortsauf; mientras que yo, cegado por el miedo, arrastrado por la ingenuidad de la auténtica pasión, no vi la trampa en la que iba a ser acogido. Lady Dudley propuso las más humildes condiciones y previno todas las objeciones. Consintió en permanecer cerca de Tours, en el campo, de incógnito, disfrazada, sin salir durante el día, y en escoger para nuestras citas las horas de la noche en las que no pudiera vernos nadie. Partí de Tours a caballo para Clochegourde. Tenía mis razones en ir así, pues para mis excursiones nocturnas me hacía falta un caballo, y el mío era uno árabe que lady Esther Stanhope había enviado a la marquesa y que ella me había cambiado por el famoso cuadro de Rembrandt que tiene en su salón de Londres, y que tan singularmente obtuve yo. Tomé el camino que a pie había recorrido seis años antes y me detuve bajo el nogal. Desde allí, vi a la señora de Mortsauf vestida de blanco, al borde de la terraza. Al instante me abalancé hacia ella, con la rapidez del rayo y en pocos minutos estuve al pie del muro, tras haber franqueado la distancia en línea recta, como si se tratase de una carrera de competición. Ella oyó los prodigiosos brincos de la golondrina del desierto y cuando me detuve en seco a la esquina de la terraza, me dijo:

—¡Ah, ya estáis aquí!

Estas tres palabras me fulminaron. Ella sabía mi aventura... ¿Quién se la habría contado? ¡Su madre, cuya odiosa carta me enseñó más tarde! La debilidad indiferente de aquella voz, antes tan llena de vida, la mate palidez del sonido, revelaban un dolor madurado, exhalaban yo no sé qué olor de flores cortadas para siempre. El huracán de la infidelidad, semejante a esas crecidas del Loira, que enarenan para siempre un terreno, había pasado por su alma convirtiendo en desierto el paraje donde verdeaban opulentas praderas. Hice entrar mi caballo por la puerta pequeña; él se tendió a mi orden en el césped, y la condesa, que había avanzado a lentos pasos, exclamó:

—¡Qué bello animal!

Se mantenía con los brazos cruzados, para que no tomase su mano; yo adiviné su intención.

—Voy a prevenir al señor de Mortsauf —dijo, dejándome.

Permanecí en pie, confuso, dejándola irse, contemplándola, siempre noble, pausada, altiva, más blanca que nunca, pero manteniendo en su frente la amarilla huella que había impreso su amarga melancolía, e inclinando la cabeza como un lirio demasiado cargado de lluvia.

—¡Enriqueta! —grité, con la rabia del hombre que se siente morir.

Ella no se volvió, no se detuvo, desdeñó decirme que me había retirado su

nombre, que no respondía ya a él, y siguió caminando. Yo podría, en aquel espantoso valle donde deben contenerse millones de seres convertidos en polvo, y cuya alma ahora la superficie del globo, yo podría hallarme pequeño en el seno de aquella muchedumbre compacta bajo las inmensidades luminosas que la iluminarán con su gloria; pero entonces me sentiría menos aplanado que lo fui ante aquella figura blanca, subiendo como sube en las calles de un poblado alguna inflexible inundación, ascendiendo con paso igual a su castillo de Clochegourde, gloria y suplicio de aquella Dido cristiana. Maldije a Arabella con una sola imprecación que la hubiese matado de haberla oído... ¡ella que lo había dejado todo por mí, como se deja todo por Dios!, y quedé perdido en un mundo de pensamientos, percibiendo de todos lados el infinito del dolor. Luego vi a todos descendiendo. Santiago corría con la ingenua impetuosidad de sus años. Magdalena, gacela de ojos moribundos, acompañaba a su madre. Estreché a Santiago contra mi corazón, derramando sobre él las efusiones del alma y las lágrimas que rechazaba su madre. El señor de Mortsauf, dirigióse hacia mí, me tendió los brazos, me estrechó también contra él, me besó en las mejillas, diciendo:

—¡Félix, he sabido que os debo la vida!

La señora de Mortsauf nos volvió la espalda durante esta escena, pretextando enseñar el caballo a la estupefacta Magdalena.

—¡Ah, diantre, así son las mujeres! —exclamó el conde con enfado—. ¡Examinan vuestro caballo...!

Magdalena se volvió, aproximándose a mí; y yo la besé la mano, mirando a la condesa, quien enrojeció.

—Encuentro muchísimo mejor a Magdalena —dije.

—¡Pobre hijita! —dijo la condesa, besándola en la frente.

—Sí, por el momento todos están bien —manifestó el conde—. Yo solo, mi querido Félix, estoy descalabrado como una vieja torre que va a caer.

—¿Parece ser que el general tiene siempre sus penas negras?^[6] —repliqué, mirando a la señora de Mortsauf.

—Todos tenemos nuestros *blues devils*^[7] —respondió ella—. ¿No se dice así en inglés?

Remontamos hacia los cercados, paseando juntos, presintiendo todos que algo grave había sucedido. Ella no tenía ningún deseo de estar a solas conmigo. En fin, yo era su huésped.

—Por esta vez, ¿y vuestro caballo? —dijo el conde cuando salimos.

—Ya veréis —respondió la condesa— que tanto había errado pensando en él como olvidándolo.

—Claro. —dijo él—, hay que hacer todo a su debido tiempo.

—Ya voy —dije a mi vez, hallando insoportable aquella fría acogida—. Yo solo puedo hacerle salir y acomodarle como conviene. Mi *groom* viene por el coche de Chinon y él lo almohazará.

—¿También el *groom* viene de Inglaterra? —dijo ella.

—No los hacen sino allí —respondió el conde, que se tornó alegre al ver triste a su mujer.

La frialdad de ésta fue una ocasión para contradecirla y me abrumó con su amistad. Conocí la pesadez del apego de un marido. No creáis que el momento en que sus atenciones asesinan a las almas nobles, sea el que sus mujeres prodigan un afecto que parece serles robado; no... son odiosos e insoportables el día en que ese amor vuela. La buena inteligencia, condición esencial a las amistades de ese género, aparece entonces como un medio; entonces pesa y resulta tan horrible como todo medio que su fin no justifica.

—Mi querido Félix —me dijo el conde, tomándome las manos y estrechándomelas afectuosamente—, perdonad a la señora de Mortsauf: las mujeres tienen necesidad de ser caprichosas, su debilidad les excusa, no sabrían mantener la igualdad de humor que a nosotros nos da la fuerza del carácter. Ella os quiere mucho, ya lo sé; pero...

Mientras hablaba el conde, la señora de Mortsauf se alejó de nosotros insensiblemente, hasta dejarnos solos.

—Félix —me dijo él entonces, contemplando a su mujer, que subía al castillo acompañado de sus dos hijos—, ignoro lo que pasa en el alma de la señora de Mortsauf, pero su carácter ha cambiado por completo desde hace seis semanas. Ella, tan dulce, tan abnegada hasta ahora, se torna de un desabrimiento increíble...

Manette me informó, más tarde, que la condesa había caído en un abatimiento que la hacía insensible a los disgustos que la daba el conde. No hallando ya tierra blanda donde clavar sus flechas, aquel hombre se había vuelto inquieto, como el niño que no ve ya removerse al pobre insecto que atormenta. En este momento tenía necesidad de un confidente, como el verdugo la tiene de un ayudante.

—Intentad —dijo tras una pausa— interrogad a la señora de Mortsauf. Una mujer tiene siempre secretos para su marido; pero ella os confiará acaso a vos el secreto de sus penas. Aunque me costara la mitad de los días que me quedan y la mitad de mi fortuna, lo sacrificaría todo por hacerla feliz. ¡Es ella tan necesaria a mi vida! ¡Si en mi vejez no sintiera siempre a ese ángel a mi lado, me consideraría el más desgraciado de los hombres! Quisiera morir tranquilo; decidla, pues, que ya no tiene mucho tiempo que soportarme. Yo, Félix, mi pobre amigo, yo me voy, lo sé. Oculto a todo el mundo la fatal verdad... ¿para qué afligirles de antemano? ¡Siempre el píloro, amigo mío! He acabado por comprender las causas de la enfermedad; la sensibilidad me ha matado. En efecto, todos nuestros afectos repercuten sobre el jugo gástrico...

—De manera —dije sonriendo— que las personas de corazón perecen por el estómago.

—No riáis, Félix, nada es más verdad. Las penas demasiado vivas exageran el funcionamiento del gran simpático. Esta exaltación de la sensibilidad mantiene en constante irritación la mucosa del estómago. De persistir ese estado, provoca

perturbaciones, al principio insensibles, en las funciones digestivas: las secreciones se alteran, el apetito se estraga y la digestión se torna caprichosa; pronto aparecen punzantes dolores, se agravan y se hacen más frecuentes de día en día; luego, la desorganización llega a su colmo, como si algún veneno se mezclara al plato de alimento; la mucosa se espesa, se opera la induración de la válvula del píloro y se forma en él un cirro mortal, Pues bien, yo me encuentro así, querido... La induración prosigue sin que nada pueda detenerla. Ved mi tez de color amarillo pajizo, mis ojos brillantes, mi excesiva delgadez... Me deseco. ¡Qué queréis! He traído de la emigración el germen de esta enfermedad; ¡sufrí tanto entonces! Mi matrimonio, que pudo haber reparado los males del exilio, lejos de calmar mi ulcerada alma, ha reavivado la llaga. ¿Qué he encontrado aquí? Eternas alarmas causadas por los hijos, disgustos domésticos, una fortuna a rehacer, economías que engendraban mil privaciones que imponía a mi mujer y de las que yo era el primero en padecer. En fin, no puedo confiar este secreto sino a vos, pero he aquí la pena más dura: aunque Blanca sea un ángel, no me comprende, no sabe nada de mis dolores, le contrarían; ¡pero la perdono! Mirad, y resulta espantoso decir esto, amigo mío, pero una mujer menos virtuosa que ella me hubiese hecho más feliz prestándose a dulzuras que Blanca no se imagina, pues es tan inocentona como una niña... Añadid que mis servidores me atormentan; son unos imbéciles que oyen griego cuando les hablo en francés. Cuando nuestra fortuna ha sido restaurada, así, así, cuando he tenido menos preocupaciones, el mal estaba consumado, yo llegaba al período de los apetitos estragados; luego se ha producido mi gran enfermedad, tan mal tratada por Origet. En una palabra, hoy no me quedan más que seis meses de vida...

Yo escuchaba al conde con terror. Al volver a ver a la condesa, me habían impresionado la brillantez de sus ojos secos y el tinte amarillo pajizo de su frente; llevé al conde hacia la casa, simulando escuchar sus quejas mezcladas de disertaciones médicas, pero yo no pensaba sino en Enriqueta y quería observarla. Hallé a la condesa en el salón, donde asistía a una lección de matemáticas dada a Santiago por el abate de Dominis, mientras enseñaba a Magdalena un punto de tapicería. En otro tiempo, el día de mi llegada habría sabido aplazar sus ocupaciones para estar a mi entera disposición; pero mi amor era tan profundamente auténtico, que rechacé en mi corazón la pena que me causaba aquel contraste entre el presente y el pasado; pues veía el fatal tono amarillo pajizo que, sobre aquel celeste rostro, semejava al reflejo de los resplandores divinos que los pintores han puesto en las figuras de los santos. Sentí entonces en mí el soplo helado de la muerte. Luego, cuando cayó sobre mí la brasa de sus ojos despojados de la límpida linfa en que antes nadara, me estremecí; percibí entonces algunos cambios producidos por el dolor, que no había notado al aire libre: las tenues líneas que, en mi última visita no estaban sino levemente impresas sobre su frente, la habían ahondado; sus azulencas sienes parecían ardientes y cóncavas; sus ojos se habían sumido bajo sus reblandecidos párpados, y el contorno se había atezado; estaba macerada como un fruto en el que

comienzan a aparecer las magulladuras y que un gusano interior hace dorar prematuramente. Yo, cuya única ambición era la de derramar la dicha a torrentes en su alma, ¿no había vertido la amargura en el manantial donde se refrescaba su vida, donde se revigorizaba su valor? Fui a sentarme a su lado y le dije con voz donde lloraba el arrepentimiento:

—¿Os encontráis bien de salud?

—Sí —respondió ella, clavando sus ojos en los míos—. Mi salud está aquí —añadió, señalándome a Santiago y Magdalena.

Habiendo salido victoriosa de su lucha con la naturaleza, Magdalena era *ya* mujer a los quince años; había crecido, se había desarrollado y sus colores de rosa de Bengala renacían sobre sus morenas mejillas; había perdido la despreocupación de la niña que mira todo de frente y comenzaba a bajar los ojos; sus movimientos se hacían raros y graves como los de su madre; su esbelto talle y las gracias de su corpiño florecían ya y la coquetería alisaba su magnífica cabellera negra, separándola en dos bandas sobre su frente de española. Se parecía a las lindas estatuillas de la Edad Media de contorno tan fino y de forma tan estilizada, que al acariciarlas la vista teme verlas quebrarse; pero la salud, aquel fruto brotado tras tantos esfuerzos, había puesto en sus mejillas el aterciopelado del melocotón y a lo largo de su cuello la sedosa pelusilla donde, como en su madre, se reflejaba la luz. ¡Ella debía vivir! Dios lo había escrito, querido capullo de la más bella de las flores humanas, sobre las largas pestañas de tus párpados, sobre la curva de tus hombros, que prometían desarrollarse espléndidamente como los de tu madre. Aquella joven morena, de talle de álamo, contrastaba con Santiago, débil joven de diecisiete años, cuya cabeza había aumentado de volumen, cuya frente inquietaba por su rápida extensión y cuyos ojos febriles se hallaban en armonía con una voz profundamente sonora. El órgano producía un volumen de sonido demasiado intenso del mismo modo que la mirada dejaba escapar demasiados pensamientos. Era la inteligencia, el alma, el corazón de Enriqueta devorando con su rápida llama un cuerpo sin consistencia; pues Santiago tenía ese tinte lechoso animado por ardientes colores que distinguen a las jóvenes inglesas marcadas por la plaga antes de ser abatidas en un plazo determinado; ¡salud engañosa! Obedeciendo a signo por el cual Enriqueta, tras haberme mostrado a Magdalena, indicando a Santiago, quien trazaba figuras de geometría y cálculos algebraicos sobre una pizarra ante el abate de Dominis, me estremecí ante el aspecto de aquella muerte oculta bajo flores y respeté el error de la pobre madre.

—Cuando los veo así, la alegría acalla mis dolores, del mismo modo que se callan y desaparecen cuando los veo enfermos. Amigo mío —dijo con la mirada brillante de placer maternal—, si otros cariños nos traicionan, los sentimientos recompensados aquí, los deberes cumplidos y coronados de éxitos, indemnizan la derrota sufrida en otra parte. Santiago será, como vos, hombre de elevada instrucción, lleno de virtuoso saber; y como vos también, el honor de su país, al que acaso gobierne, ayudado por vos que estáis situado en tan elevado puesto; pero yo intentaré que permanezca fiel a

sus primeros afectos. Magdalena, la querida criatura, tiene ya el corazón sublime, es pura como la nieve de la cima más elevada de los Alpes, tendrá la abnegación de la mujer y su graciosa inteligencia; es orgullosa, ¿será digna de los Lenoncourt! La madre en otro tiempo tan atormentada, es ahora muy dichosa, con una dicha infinita, sin mezcla; sí, mi vida es plena, mi vida es rica. Ya lo véis. Dios hace brotar mis alegrías en el seno de los cariños permitidos y pone amargura en aquellos a los que me arrastraba una peligrosa inclinación.

—¡Bien! —exclamó ahora jubilosamente el abate—. ¡El señor vizconde sabe tanto como yo!

Al acabar su demostración en la pizarra, Santiago tosió ligeramente.

—Ya basta por hoy, mi estimado abate —dijo la condesa, conmovida—, y, sobre todo, nada de lección de química... Monta a caballo, Santiago —prosiguió, dejándose abrazar por su hijo, con la acariciadora pero digna voluptuosidad de una madre y los ojos vueltos hacia mí, como para insultar mis recuerdos—. Ve, querido, y sé prudente.

—Pero —le dije mientras seguía a Santiago con prolongada mirada—, vos no me habéis respondido. ¿Sentís algunos dolores?

—Sí, en el estómago, a veces. De estar en París tendría los honores de una gastritis, la enfermedad de moda.

—Mi madre sufre a menudo y mucho —me dijo Magdalena.

—¡Ah! —exclamó ella—, ¿es que te interesa mi salud?

Magdalena, asombrada por la profunda ironía impresa en esas palabras, nos miró alternativamente; mis ojos contaban las flores rosas del tapizado gris y verde de su salón.

—Esta situación es intolerable —la dije al oído.

—¿Acaso la he creado yo? —me preguntó—. Querido niño —añadió en alta voz, afectando una cruel jovialidad, con la que las mujeres ornán sus venganzas—, ¿ignoráis la historia moderna? ¿No han sido siempre enemigas Francia e Inglaterra? Magdalena lo sabe, conoce que una mar inmensa las separa, mar fría, mar tormentosa.

Los jarrones de la chimenea habían sido reemplazados por candelabros, con el fin sin duda de privarme del placer de llenarlos de flores; los volví a hallar más tarde en su habitación. Al llegar mi criado, salí para darle órdenes; me había traído algunos objetos que quise llevar a mi habitación.

—Félix —me dijo la condesa—, no os equivoquéis. La antigua habitación de mi tía es ahora la de Magdalena; vos tenéis la que da sobre la del conde.

Aunque culpable, yo tenía un corazón y todas aquellas palabras eran puñaladas fríamente asestadas en los lugares que a ella parecían más sensibles. Los sufrimientos morales no son absolutos, sino que están en razón de la delicadeza de las almas y la condesa había recorrido duramente esa escala de los dolores; mas por este mismo motivo, la mejor mujer será siempre tanto más cruel cuanto más bienhechora ha sido; la miré, pero ella bajó la cabeza. Fui a mi nueva habitación, que era bonita, blanca y verde. Y allí, estallé en llanto. Enriqueta me oyó y apareció trayendo un ramo de flores.

—Enriqueta —le dije—, ¿es que estáis decidida a no perdonar la más excusable de las faltas?

—No me llaméis jamás Enriqueta —respondió ella—. La pobre no existe ya; pero hallaréis siempre a la señora de Mortsauf, una amiga fiel que os escuchará y os querrá. Félix, más tarde hablaremos. Si conserváis aún cariño por mí, dejadme acostumbrarme a veros; y, en el momento en que las palabras me desgarran menos el corazón, cuando haya reconquistado un poco de valor, pues bien... entonces tan sólo... Mirad ese valle —añadió, mostrándome el Indre—. Me hace daño; lo sigo queriendo.

—¡Ah, perezcan Inglaterra y todas sus mujeres! Presentaré mi dimisión al rey, y moriré aquí, perdonado.

—¡No; amad a esa mujer! Enriqueta no existe ya; esto no es un juego; ya lo sabréis.

Y con la misma se retiró, el acento con que pronunció estas últimas palabras descubrió la magnitud de sus llagas. Salí vivamente, la retuve y dije:

—¿Ya no me amáis?

—¡Me habéis causado más daño que todos los demás juntos! Hoy sufro menos, y,

por lo tanto, os amo menos; pero únicamente en Inglaterra se dice *¡Ni jamás, ni siempre!* Aquí nosotros decimos: *¡Siempre!* Sed juicioso, no aumentéis mi dolor; y si vos sufrís, pensad que yo vivo...

Me retiró su mano, fría, sin movimiento, pero húmeda, y escapó como una flecha atravesando el pasillo donde había tenido lugar esta escena verdaderamente trágica. Durante la cena, el conde me reservaba un suplicio en el que no había yo pensado.

—¿No está acaso la marquesa Dudley en París? —me dijo.

Enrojecí excesivamente al responderle:

—No.

—¿Tal vez en Tours? —dijo el conde, prosiguiendo.

—No está divorciada y puede ir a Inglaterra. Su marido sería muy dichoso si ella quisiera volver a su lado —respondí con viveza.

—¿Tiene hijos? —preguntó la señora de Mortsauf, con la voz alterada.

—Dos varones —le dije.

—¿Dónde están?

—En Inglaterra, con el padre.

—Veamos, Félix, sed franco... ¿Es tan bella como se dice? —dijo el conde.

—¿Cómo podéis hacer tal pregunta! —exclamó la condesa—. ¿No es siempre la más bella de las mujeres aquella a la que se ama?

—Sí, siempre —dije yo con orgullo, lanzándola una mirada que ella no sostuvo.

—Tenéis suerte —prosiguió el conde— o sois un afortunado picaro. ¡Ah, en mi juventud yo me habría vuelto loco por una conquista semejante...!

—Basta —dijo la señora de Mortsauf, señalando con una mirada a su esposo que estaban en presencia de Magdalena.

—Yo no soy un niño —dijo el conde, que se placía en volver a ser joven.

Al levantamos de la mesa, la condesa me llevó a la terraza y cuando estuvimos en ella, exclamó:

—¿Cómo! ¿Es que hay mujeres que sacrifican sus hijos a un hombre? La fortuna, el mundo, lo concibo... La eternidad también, acaso... ¡pero los hijos, privarse de sus hijos!

—Sí, y esas mujeres quisieran aún tener más que sacrificar; ellas lo dan todo...

Para la condesa, el mundo se volvió de revés, sus ideas se confundieron. Impresionada por aquella grandiosidad, sospechando que la felicidad debía justificar esa inmolación, oyendo en ella misma los gritos de la carne rebelada, quedóse como alelada, al comprender que su vida se había frustrado. Sí, tuvo un momento de horrible duda; mas se volvió a alzar sublime y santa, con la frente bien alta.

—Amad, pues, mucho a esa mujer, Félix —dijo con lágrimas en los ojos—. Será mi hermana feliz. Le perdono los males que me ha causado, si es que ella os da lo que no debías nunca encontrar aquí, lo que ya jamás podréis obtener de mí. Habéis tenido razón, yo no os he dicho nunca que os amara y jamás os he amado como se ama en este mundo. Pero, si ella no es madre, ¿cómo puede amar?

—Querida santa —respondí—, sería preciso que estuviera yo menos conmovido de lo que estoy, para explicarte que tú planeas victoriosamente por encima de ella; que ella es una mujer de la tierra, una criatura de las razas caídas y que tú eres la hija del cielo, el ángel adorado, que posees todo mi corazón, mientras que ella no tiene sino mi carne; ella lo sabe, y está desesperada y se cambiaría por ti, aun cuando se le impusiera el más cruel martirio como precio. Pero todo es irremediable. A ti el alma, los pensamientos, el amor puro, a ti la juventud y la vejez; a ella los deseos y los placeres de la pasión fugaz; a ti mi recuerdo en toda su extensión, a ella el olvido más profundo.

—¡Decid, decidme eso, oh amigo mío! —Fue a sentarse sobre un banco y prorrumpió en llanto. Luego prosiguió—. ¡Así, pues, Félix, la santidad de la vida, el amor maternal, no son errores! ¡Oh, verted ese bálsamo en mis llagas! ¡Repetid unas palabras que me transportan a los cielos, a los que quisiera volar al par de vos! ¡Benedicidme por una mirada, por una sacra palabra, y os perdonaré todos los males que he sufrido durante dos meses!

—Enriqueta, hay misterios de nuestra vida que vos ignoráis. Os he conocido en una edad en la cual el sentimiento puede sofocar los deseos inspirados por la naturaleza; pero muchas escenas cuyo recuerdo me reconfortará en la hora en que la muerte llegue, han debido atestiguaros que esa edad terminaba y vuestro constante triunfo ha sido el de prolongar las mudas delicias. Un amor sin posesión se sostiene por la propia exasperación de los deseos; después llega un momento en que todo es sufrimiento en nosotros, que no nos parecemos nada a vosotras. Poseemos una potencia que no podemos abdicar, so pena de dejar de ser hombres. Privado del alimento que debe sustentarle, el corazón se devora a sí mismo y siente un agotamiento que no es la muerte, pero que la precede. La naturaleza no puede, pues, ser engañada durante mucho tiempo; al menor accidente despierta con una energía que se asemeja a la locura. No, yo no he amado, pero he tenido sed en medio del desierto.

—¡Del desierto! —dijo ella con amargura, señalando el valle—. ¡Y cómo razona —añadió— y cuántas sutiles distinciones! Los fieles no tienen tanto ingenio.

—Enriqueta —dije—, no riñamos por algunas expresiones aventuradas. No, mi alma no ha vacilado, pero no he sido dueño de mis sentidos. Esa mujer no ignora que tú eres la única amada. Ella desempeña un papel secundario en mi vida, lo sabe, y se resigna a que así sea; tengo el derecho de abandonarla, como se abandona una cortesana...

—¿Y luego...?

—Me ha dicho que se suicidaría —respondí, creyendo que esa solución sorprendería a Enriqueta.

Pero, al oirme, dejó escapar una de esas desdeñosas sonrisas más expresivas aún que los pensamientos que traducen.

—Mi querida conciencia —proseguí—, si tuvieses en cuenta mis resistencias y

las seducciones que conspiraban mi pérdida, concebirías esa fatal...

—¡Sí! ¡Sí, fatal! —dijo—. ¡He creído demasiado en vos! He creído que no os faltaría la virtud que practica el sacerdote y... que posee el señor de Mortsauf —añadió prestando a su voz la mordacidad del epigrama—. Todo ha acabado —prosiguió tras una pausa—. Os debo mucho, amigo mío: habéis extinguido en mí las llamas de la vida corporal. Lo más difícil del camino está recorrido, la edad avanza, héme ya doliente y pronto enfermaré; no podría ser para vos la brillante hada que os derrama una lluvia de favores. Sed fiel a lady Arabella. ¿Para quien será Magdalena, a la que tan bien educaba para vos? ¡Pobre Magdalena, pobre Magdalena! —repitió como un doloroso estribillo—. ¡Si la hubieseis oído diciéndome: «Madre mía, no eres amable con Félix»! ¡Querida criatura!

Me miró bajo los tibios rayos del sol poniente que se filtraban a través del follaje, y, embargada no sé por qué compasión por nuestros despojos, se volvió a sumir en nuestro pasado tan puro, abandonándose a contemplaciones que fueron mutuas. Recuperamos nuestros recuerdos, yendo nuestros ojos del valle al cercado y de las ventanas de Clochegourde a Frapesle, poblando este ensueño de nuestros embalsamados ramilletes, de los romances de nuestros deseos. Fue su última voluptuosidad, saboreada con el candor del alma cristiana. Esta escena, tan grande para nosotros, nos había lanzado a una misma melancolía. Ella creyó en mis palabras y se vio donde yo la situaba, en los cielos.

—Amigo mío —me dijo—, obedezco a Dios, pues su dedo está en todo esto.

No conocí hasta más tarde la profundidad de aquellas palabras. Subimos lentamente por las terrazas. Ella tomó mi brazo y se apoyó en él resignada, manando sangre, pero habiendo puesto un vendaje a sus heridas.

—La vida humana es así —me dijo—. ¿Qué ha hecho el señor de Mortsauf para merecer su suerte? Eso nos demuestra la existencia de un mundo mejor. ¡Ay de aquellos que se quejaron de haber ido por el buen camino!

Se puso entonces a evaluar tan bien la vida, a considerarla tan profundamente bajo sus diferentes aspectos, que sus fríos cálculos me revelaron el disgusto que la había prendido por todas las cosas de aquí abajo. Al llegar a la escalinata, se desprendió de mi brazo y dijo esta última frase:

—Si Dios nos ha dado el sentimiento y el gusto de la felicidad, ¿no debe tomar a su cargo a las almas inocentes que no han encontrado sino aflicciones a su paso por la tierra? Así ha de ser, o Dios no existe, o nuestra vida sería una broma muy pesada.

Terminando de decir estas palabras, entró bruscamente y la encontré sobre su canapé, tendida como si hubiese sido fulminada por la voz que derribó a San Pablo.

—¿Qué os sucede? —la pregunté.

—¡No sé ya lo que es la virtud —respondió— y no tengo conciencia de la mía!

Quedamos ambos petrificados, escuchando el son de estas palabras, como el de una piedra lanzada a un abismo.

—¡Si yo me he engañado en mi vida, *ella* tiene razón, *ella*! —añadió la señora de

Mortsauf.

Así, su último combate siguió a su postrer deleite. Cuando llegó el conde, ella se quejó, cosa que nunca hacía; yo la insté a que me precisara sus sufrimientos, pero se negó a la explicación y se marchó a acostarse, dejándome preso de remordimientos que nacían unos de otros. Magdalena acompañó a su madre; y, al día siguiente, supe por ella que la condesa había tenido vómitos, causados —dijo ella— por las violentas emociones de aquella jornada. Así, yo, que deseaba dar mi vida por ella, la mataba.

—Querido conde —dije al señor de Mortsauf, quien me obligó a jugar al chaquete—, creo que la condesa está seriamente enferma; todavía es tiempo de salvarla: llamad a Origet y suplicadla que siga sus prescripciones...

—¿Origet, que me ha matado? —replicó él, interrumpiéndome—. No, no; consultaré a Carbonneau.

Durante aquella semana, y sobre todo los primeros días, todo me fue sufrimiento, comienzo de parálisis del corazón, herida en la vanidad y herida en el alma. Es preciso haber sido el centro de todo, de las miradas y de los suspiros, el principio de la vida, el hogar del que todos extraían su luz, para conocer el horror del vacío. Las mismas cosas estaban allí, pero el espíritu que las vivificaba se había extinguido como una llama soplada. He comprendido la espantosa necesidad de los amantes de no volver a verse más cuando ha volado el amor. ¡No ser ya más nada, allá donde se ha reinado! ¡Hallar la silenciosa frialdad de la muerte donde destelleaban los alegres rayos de la vida! Las comparaciones abruman... Pronto llegué a echar de menos la dolorosa ignorancia de toda felicidad, que había ensombrecido mi juventud. Y mi desespero se hizo tan profundo, que la condesa se sintió, creo, conmovida. Un día, tras la cena, mientras que nos paseábamos todos por la orilla del río, hice un último esfuerzo para obtener mi perdón. Pedí a Santiago que llevase delante a su hermana, dejé al conde andar solo, y, conduciendo a la señora de Mortsauf hacia la barca la dije:

—¡Enriqueta, una palabra de gracia o me arrojo al Indre! He faltado, sí, es verdad; ¿pero no he imitado al perro en su sublime fidelidad? Como él, vuelvo, como él lleno de vergüenza; si él hace mal, es castigado, pero adora la mano que le pega; destrozadme si queréis, pero devolvedme vuestro corazón...

—¡Pobre niño! —respondió ella—. ¿No seguís siendo siempre mi hijo?

Tomó mi brazo y alcanzó silenciosamente a Santiago y Magdalena, con los cuales volvió a Clochegourde por los cercados, dejándome con el conde, quien se puso a hablar de política a propósito de sus vecinos.

—Entremos —le dije—. Tenéis descubierta la cabeza y el rocío del atardecer podría perjudicaros.

—¡Vos sí que me compadecéis, vos, mi querido Félix! —me respondió, equivocándose sobre mis intenciones—. Mi mujer no ha querido nunca consolarme, acaso por sistema.

Jamás me habría dejado la condesa solo con su marido, ahora, me veía obligado a

buscar pretextos para reunirme con ella. Estaba con sus hijos, entretenida explicándole las reglas del chaquete a Santiago.

—Ya véis —dijo el conde, siempre celoso del cariño que ella destinaba a sus dos hijos—, ahí están por quienes me encuentro constantemente abandonado. Los maridos, mi querido Félix, están siempre por debajo; la mujer más virtuosa halla aún el medio de satisfacer su necesidad, de robar el cariño conyugal.

Ella continuó acariciando a sus hijos, sin responder.

—¡Santiago —dijo él—, ven aquí!

Santiago pareció remiso.

—Anda, hijo mío, que tu padre te llama —dijo la madre, empujándole.

—Me quieren porque se lo ordenan —prosiguió el viejo, que a veces veía su situación.

—Señor —respondió ella, pasando varias veces su mano por el cabello de Magdalena, quien llevaba un peinado a la Inmaculada de Rafael—, no seáis injusto con las pobres mujeres; la vida no les resulta siempre fácilmente llevadera y puede que los hijos sean las virtudes de una madre.

—Querida —respondió el conde, pretendiendo ser lógico—, lo que dices significa que, sin sus hijos, las mujeres carecerían de virtud y plantarían a sus maridos.

La condesa se levantó bruscamente y llevó a Magdalena al descansillo de la escalinata.

—Este es el matrimonio, querido —me dijo el conde—. ¿Pretendes decir, al salir así, que disparate? —clamó, tomando a su hijo por la mano y llevándolo donde estaba su mujer, sobre quien lanzó furiosas miradas.

—Por el contrario, me has asustado. Tu reflexión me ha hecho un mal tremendo —dijo con voz opaca, lanzándome una mirada de criminal—. Si la virtud no consiste en sacrificarse por sus hijos y por su marido, ¿qué es, pues, la virtud?

—¡Sa-cri-fi-car-se! —barbotó el conde, haciendo de cada sílaba un martillazo sobre el corazón de la víctima—. ¿Qué es lo que sacrificas por tus hijos? ¿Y por mí? ¿Quién? ¿Qué? ¡Responde! ¿Responderás? ¿Qué es, pues, lo que pasa aquí? ¿Qué querías decir?

—Mira —respondió ella—, ¿estarías satisfecho con saberte amado por el amor de Dios, o en saber a tu mujer virtuosa por ella misma?

—La señora tiene razón —dije yo, tomando la palabra con emocionada voz que vibró en aquellos dos corazones, y en la que lanzaba yo mis esperanzas para siempre perdidas y que calmaba por la más elevada expresión de todos los dolores, cuyo sordo grito apagó aquella querrela como cuando el león ruge, todo se calla—. Sí, el más hermoso privilegio que nos ha concedido la razón, es poder transferir nuestras virtudes a los seres cuya felicidad es obra nuestra y a los que no hacemos dichosos ni por cálculo, ni por deber, sino por un inagotable y voluntario afecto.

Una lágrima brilló en los ojos de Enriqueta.

—Y, querido conde, si por casualidad una mujer estuviera involuntariamente

sometida a algún sentimiento ajeno a los que la sociedad le impone, confesad que cuanto más irresistible fuese ese sentimiento, tanto más virtuosa sería, *sacrificándose* a sus hijos y a su marido. Por lo demás, esta teoría no es aplicable ni a mí, que desgraciadamente ofrezco un ejemplo de lo contrario, ni a vos, que nunca os concernirá.

Una mano a la vez húmeda y ardiente se posó sobre la mía, apoyándose silenciosamente.

—Sois un alma hermosa, Félix —dijo el conde, que rodeó no sin gracia el talle de su mujer y la atrajo suavemente a sí, para decirla—: Perdona, querida, a un pobre enfermo que sin duda quisiera ser amado más de lo que se merece.

—Hay corazones que son todo generosidad —respondió ella, apoyando su cabeza sobre el hombro del conde, quien tomó la frase por él.

Este error causó no sé qué escalofrío a la condesa; se le cayó la peineta y se soltaron sus cabellos. Palideció. Su marido, que la sostenía, lanzó una especie de rugido, sintiéndola desfallecer, la tomó en brazos como si fuese su hija y la llevó sobre el canapé del salón, donde todos la rodeamos. Enriqueta mantuvo mi mano en la suya, como para decirme que sólo nosotros sabíamos el secreto de aquella escena tan simple en apariencia y tan espantosa por las desgarraduras de su alma.

—No he tenido razón —me dijo ella en voz baja en un momento en que el conde nos dejó solos para pedir agua de azahar—, he obrado mil veces mal hacia vos, haciéndoos desesperar cuando debiera haberos recibido del mejor modo. Querido, tenéis una bondad que únicamente yo puedo apreciar. Sí, ya lo sé, hay bondades inspiradas por la pasión. Los hombres tienen diversas maneras de ser buenos: lo son por desdén, por arrebató, por cálculo, por indolencia de carácter; pero vos, amigo mío, vos acabáis de ser de una bondad absoluta.

—Si así es —respondí—, sabed que todo cuanto puedo tener de más grande en mi, viene de vos. ¿Habéis olvidado que soy vuestra obra?

—Esas palabras bastan a la felicidad de una mujer —respondió ella, en el momento en que el conde volvía—...Ya me encuentro mejor —añadió levantándose—. Me falta aire.

Descendimos todos a la terraza, embalsamada por las acacias todavía en flor. Ella había tomado mi brazo derecho y lo estrechaba contra su corazón, traduciendo así dolorosos pensamientos; pero eran, según su expresión, de esos dolores que amaba. Quería sin duda estar sola conmigo; pero su imaginación, torpe para las añagazas de mujer, no la sugería ningún medio de enviar a otra parte a sus hijos y a su marido; hablamos, pues, de cosas indiferentes, mientras ella se devanaba los sesos buscando procurarse un momento para volcar su corazón en el mío.

—Hace mucho tiempo que no he paseado en coche —dijo por fin, contemplando la belleza del atardecer—. Te agradeceré —dijo a su marido— que des las oportunas órdenes para que pueda dar una vuelta.

Sabía ella que antes de las oraciones sería imposible toda explicación y temía que

el conde no quisiera jugar una partida de chaquete. Ella podía, desde luego, encontrarse conmigo en aquella tibia terraza embalsamada, después de haberse acostado su marido; pero temía acaso permanecer bajo aquellas umbrías a través de las cuales pasaban voluptuosos resplandores y pasearse a lo largo de la balaustrada, desde donde nuestros ojos abarcaban el curso del Indre por la pradera. Lo mismo que una catedral de sombrías y silenciosas bóvedas aconseja la oración, así los follajes iluminados por la luna, perfumados de penetrantes aromas y animados por los sordos rumores de la primavera, remueven las fibras y debilitan la voluntad. El campo, que calma las pasiones de los viejos, excita la de los corazones jóvenes; nosotros lo sabíamos...

Dos campanadas anunciaron la hora de la plegaria vespertina y la condesa se estremeció.

—¿Qué tenéis, mi querida Enriqueta?

—Ya no existe Enriqueta —respondió ella—. No la hagáis renacer. Ella era exigente, caprichosa; ahora tenéis una amiga apacible, cuya virtud acaba de ser reforzada por palabras que el cielo os ha dictado. Hablaremos de todo esto más tarde. Seamos puntuales a la plegaria. Hoy me toca a mí decirla.

Cuando la condesa pronunció las palabras pidiendo a Dios su auxilio contra las adversidades de la vida, puso en ellas un acento que no sólo a mí me impresionó; parecía haber empleado aquella su segunda vista para vislumbrar la terrible emoción a que debía someterla una desgracia causada por el olvido de mis acuerdos con Arabella.

—Tenemos tiempo de hacer tres juegos antes de que estén enganchados los caballos —dijo el conde, conduciéndome al salón—. Vos iréis a pasearos con mi mujer; yo me acostaré.

Como todas nuestras partidas, ésta fue tormentosa. Desde su habitación, o desde la de Magdalena, la condesa pudo oír la voz de su marido.

—Abusas extrañamente de la hospitalidad —dijo ella, al volver al salón.

La miré con aire asombrado, pues no me acostumbraba a sus durezas; antes se habría a buen seguro guardado bien de sustraerme a la tiranía del conde; en otros tiempos gustaba de verme compartir sus sufrimientos, soportándolos con paciencia por su amor.

—Daría mi vida —la dije al oído— por oiros murmurar aún: *¡Pobre querido, pobre querido!*

Ella bajó los ojos, acordándose de la hora a la que yo aludía; su mirada se deslizó sobre mí, pero disimuladamente, y expresó la alegría de la mujer que ve preferidos los más fugaces acentos de su corazón a las profundas delicias de otro amor. Entonces, como todas las veces que

sufría yo semejante injuria, la perdoné sintiéndome comprendido. El conde perdía y dijo estar fatigado, como excusa para abandonar la partida, y nosotros fuimos a pasearnos en torno al parterre de césped, en espera del coche; en cuanto el conde se

alejó, la satisfacción invadió tan vivamente en mi rostro, que la condesa me interrogó con una mirada curiosa y sorprendida:

—Enriqueta existe —le dije— y sigo siendo amado; vos me herís con la evidente intención de destrozarme el corazón; ¡todavía puedo ser feliz!

—No quedaba más que un jirón de la mujer —dijo ella con espanto— y vos os lo lleváis en este momento. ¡Bendito sea Dios que me da el valor de soportar mi merecido martirio! Sí, os amo aún demasiado, iba a flaquear y la inglesa me ilumina el abismo.

En este momento subimos al carruaje y el cochero pidió órdenes.

—Ve por el camino de Chinon, por la avenida, y nos traerás por las landas de Carlomagno y el camino de Saché.

—¿Qué día es hoy? —pregunté con demasiada vivacidad.

—Sábado.

—No vayáis por ahí, señora —apunté—. El sábado por la tarde, el camino está lleno de mercachifles que van a Tours y nos encontraríamos con sus carretas.

—Haz lo que te digo —replicó ella, mirando al cochero.

Nos conocíamos mutuamente demasiado las inflexiones de la voz, por infinitas que fuesen, para ocultarnos la menor de nuestras emociones. Enriqueta lo había comprendido todo.

No habéis pensado en los mercachifles escogiendo esta noche —dijo con ligero todo de ironía—. Lady Dudley está en Tours. No mintáis, ella os espera cerca de aquí. *¿Qué día es hoy? ¡Los mercachifles! ¡Las carretas!* —prosiguió—. ¿Habéis dicho alguna vez semejantes observaciones cuando salíamos antes?

—Ellas prueban que en Clochegourde lo olvido todo —respondí simplemente.

—¿Os espera? —preguntó.

—Sí.

—¿A qué hora?

—Entre las once y medianoche.

—¿Dónde?

—En las landas.

—No me engañéis, ¿no es bajo el nogal?

—En las landas.

—Iremos —dijo— y la veré.

Al oír estas palabras, consideré mi vida como definitivamente detenida. En aquel momento resolví acabar mediante mi boda con lady Dudley la dolorosa lucha que amenazaba con agotar mi sensibilidad, robándome con tantos choques repetidos esas voluptuosas delicadezas que se asemejan a la flor de los frutos. Mi esquivo silencio ofendió a la condesa, cuya cabal grandeza me era desconocida.

No os irritéis contra mí —dijo con una áurea voz—. Esto, querido, es mi castigo. Jamás seréis amado como lo sois aquí añadió, posando la mano sobre su corazón—.

¿No os lo he declarado? La marquesa Dudley me ha salvado. Para ella las máculas; no se las envidio. ¡Para mí el glorioso amor de los ángeles! He recorrido campos inmensos desde vuestra llegada. He juzgado la vida. Elevad el alma y la desgarráis; cuanto más arriba váis, menos simpatía encontraréis: en vez de sufrir en el valle, padecéis en el aire como el águila que planea llevando en el corazón una flecha disparada por algún zafio pastor. Comprendo hoy que el cielo y la tierra son incompatibles. Sí, para quien quiere vivir en la zona celeste, sólo Dios es posible. Nuestra alma debe entonces hallarse despegada de todas las cosas terrestres. Es preciso amar a los amigos como se quiere a los hijos, por ellos y no por sí mismos. El yo causa las desgracias y los pesares. Mi corazón irá más arriba que el águila; allá está un amor que no me engañará. En cuanto a vivir de la vida terrena, ella nos rebaja demasiado, haciendo que el egoísmo de los sentidos domine la espiritualidad del ángel que hay en nosotros. Los goces que procura la pasión son horriblemente tormentosos, pagados por enervantes inquietudes, que destrozan los resortes del alma. Yo he venido a la orilla del mar donde se agitan esas tempestades y las he visto demasiado cerca; a menudo me han envuelto con sus nubes, la ola no se ha roto siempre a mis pies, y he sentido su rudo abrazo que enfría el corazón; debo retirarme a las alturas o perecería al borde de esa mar inmensa. Veo en vos, como en todos los que me han afligido, los guardianes de mi virtud. Mi vida ha estado mezclada de angustias, por fortuna proporcionadas a mis fuerzas, y se ha mantenido así pura de las malas pasiones, sin reposo seductor y siempre presta a Dios. Nuestro afecto fue la tentativa insensata, el esfuerzo de dos candidas criaturas intentando satisfacer a sus corazones, a los hombres y a Dios... ¡Locura, Félix!... ¡Ah! —dijo tras una pausa—, ¿cómo os llama esa mujer?

—Amadeo —respondí—. Félix es un ser aparte, que no pertenecerá nunca sino a vos.

—Enriqueta muere con pena —dijo ella, dejando escapar una compasiva sonrisa—. Pero —prosiguió— perecerá en el primer esfuerzo de la cristiandad humilde, de la madre orgullosa, de la mujer de virtudes vacilantes ayer y reforzadas hoy. ¿Qué puedo deciros? Pues bien, sí, mi vida se halla conforme a sí misma no solamente en circunstancias transcendentales, sino también en las pequeñas. El corazón donde debía yo prender las primeras raíces de la ternura, el corazón de mi madre se ha cerrado para ^{mi,} a pesar de mi persistencia en hallar en él un pliegue donde pudiera deslizarme. Yo era mujer, venía después de tres varones muertos e intentaba vanamente ocupar su puesto en el cariño de mis padres: yo no curaba la llaga causada al orgullo de la familia. Cuando, tras esa sombría infancia, conocí a mi adorable tía, la muerte me la arrebató muy pronto. El señor de Mortsauf, a quien me he dedicado, me ha golpeado constantemente, sin cesar, sin saberlo, pobre hombre... Su amor tiene el cándido egoísmo del que nos destinan nuestros hijos. No está en el secreto de los males que me causa, por lo que siempre será perdonado... Mis hijos, esos queridos pequeños que tan adheridos están a mi carne por todos sus dolores, a mi

alma por todas sus cualidades y a mi naturaleza por sus inocentes alegrías, ¿no me han sido acaso dados para mostrar cuanta fuerza y paciencia se encuentran en el seno de las madres. ¡Oh, sí, mis hijos son mis virtudes! Vos sabéis cuan flagelada soy por ellos, a su pesar. Convertirse en madre, fue para adquirir el derecho de sufrir siempre. Cuando Agar ha clamado en el desierto, un ángel ha hecho brotar para esta esclava pura demasiado amada un límpido manantial; pero a mi, cuando esa clara fuente a la cual (¿os acordáis?) queríais guiarme, ha venido a fluir en torno a Clochegourde no me ha vertido sino aguas amargas. Sí, vos me habéis infligido inauditos sufrimientos. Dios perdonará sin duda a quien no ha conocido el cariño sino por el dolor. Pero, si las más agudas penas que he experimentado me han sido impuestas por vos, acaso las haya merecido. Dios no es injusto. ¡Ah, sí, Félix, un beso furtivamente depositado en una frente encierra acaso algo delictivo! Tal vez se deba expiar duramente los pasos que se han dado delante de los hijos y del mando, al pasearse al atardecer a fin de estar sola con recuerdos y pensamientos que no les pertenecían... y al andar así, el alma estaba desposada con otro... Cuando el ser interior se recoge y reduce para no ocupar sino el lugar que se ofrece a los abrazos, acaso éste sea el peor de los crímenes. Cuando una mujer se inclina para recibir en el cabello el beso de su marido, a fin de crearse un frente neutro, hay delito... Lo hay en forjarse un futuro apoyándose sobre la muerte, en imaginarse una maternidad sin alarmas en el porvenir, hermosos hijos jugando al atardecer con un padre adorado de toda su familia, y bajo los enternecidos ojos de una madre feliz. ¡Sí, yo he pecado he pecado mucho! He hallado gusto a las penitencias inflingidas por la Iglesia y que no redimían en absoluto lo bastante esas faltas para las que sin duda fue el sacerdote demasiado indulgente. Dios, no cabe duda, ha castigado todos esos errores, encargando su venganza a aquel por quien fueron cometidos. ¿No era prometerme el entregar mis cabellos? ¿Por qué me placía en ponerme un vestido blanco? ¡Ay, he querido menos a mis hijos, pues todo carino vivo está tomado en los debidos afectos! Ya lo véis bien, Félix, todo sufrimiento tiene su significado. Golpead, golpead más fuerte de lo que lo han hecho el señor de Montsauf y mis hijos. Esta mujer es un instrumento de la cólera de Dios, voy a abordarla sin odio, le sonreiré; so pena de no ser cristiana, esposa y madre, debo amarla. Si, como vos decís, he podido contribuir a perseverar vuestro corazón del contacto que lo hubiese desflorado, esa inglesa podría odiarme. Una mujer debe amar a la madre de quien ama, y yo soy vuestra madre. ¿Qué he pretendido en vuestro corazón? El lugar dejado vacío por la señora de Vandenesse. ¡Oh, sí, vos os habéis quejado siempre de mi frialdad! Bueno, pero es que yo no soy sino vuestra madre. Perdonadme las involuntarias durezas que os he dicho a vuestra llegada, pues una madre debe regocijarse sabiendo a su hijo tan bien amado.

Apoyó su cabeza en mi pecho, repitiendo:

—¡Perdón! ¡Perdón!

Oí entonces acentos desconocidos. No era ni su voz de doncella y sus notas jubilosas, ni su voz de mujer y sus terminaciones despóticas, ni los suspiros de la

madre dolorida; era una voz desgarradora, nueva, para nuevos dolores.

—En cuanto a vos, Félix —prosiguió animándose—, sois el amigo al que no se sabría hacer mal. ¡Ah, vos no habéis perdido nada en mi corazón, no os reprochéis nada, no tengáis el más ligero remordimiento! ¿No era el colmo del egoísmo pedirnos que sacrificarais a un porvenir imposible los más inmensos placeres, ya que para saborearlos abandona una mujer a sus hijos, abdica su rango y renuncia a la eternidad? ¡Cuántas veces no os he hallado superior a mí! ¡Vos erais grande y noble; yo, pequeña y criminal! Ea, ya está dicho, yo no puedo ser para vos más que un resplandor elevado, destellante y frío, pero inalterable. Únicamente, Félix, haced que no sea yo sola en amar al hermano que he escogido. ¡Amadme tiernamente, Félix! El amor de una hermana no tiene un mal mañana, ni momentos difíciles. Vos no tendréis necesidad de mentir a esta alma indulgente que vivirá por vuestra vida hermosa, que no dejará nunca de afligirse por vuestros dolores, que se alegrará con vuestras alegrías, querrá a las mujeres que os hagan feliz y se indignará por las traiciones. Yo no he tenido el hermano a quien amar de este modo. Sed lo bastante grande para despojaros de todo amor propio, para resolver nuestro afecto, hasta ahora tan dudoso y lleno de tormentas, por ese dulce y santo cariño. Yo puedo aún vivir así. Seré la primera en comenzar, estrechando la mano de lady Dudley.

¡Ella no lloraba al pronunciar estas palabras, henchidas de amarga ciencia, y por las cuales, arrancando el último velo que me ocultaba su alma y sus dolores, mostraba los innumerables lazos que la habían unido a mí, y las fuertes cadenas que yo había cortado! Estábamos en un delirio tal, que no nos dábamos cuenta de la lluvia que caía a torrentes.

—¿No desea la señora condesa entrar aquí un momento? —dijo el cochero, señalando el principal albergue de Bailan.

Hizo un gesto de asentimiento, y nos quedamos cosa de media hora bajo el soportal, con gran asombro de las gentes del mesón, que se preguntaban a qué sería debido que la señora de Mortsauf anduviese a las once de la noche por los caminos. ¿Iba a Tours? ¿Volvía de allí? Cuando cesó la tormenta y la lluvia se convirtió en lo que se llama en Tours un *bodrio*, que no impedía iluminar a la luna, las brumas superiores rápidamente arrastradas por el viento elevado, salió el cochero y volvió sobre sus pasos, con gran alegría de mi parte.

—Sigue mi orden —le dijo suavemente la condesa.

Tomamos, pues, camino de las landas de Carlomagno, donde volvió a llover. Hacia la mitad de las mismas oí los ladridos del perro favorito de Arabella; un caballo se abalanzó de pronto bajo un bosque de robles, franqueó de un brinco el camino, saltó la zanja excavada por los propietarios para distinguir sus respectivos terrenos en los baldíos que se creía susceptibles de cultivo, y lady Dudley fue a situarse en la landa para ver pasar la calesa.

—¡Qué placer esperar así a su niño cuando se puede hacerlo sin delinquir! —dijo Enriqueta.

Los ladridos del perro habían mostrado a lady Dudley que yo estaba en el coche; creyó sin duda que iba a buscarla de este modo a causa del mal tiempo; cuando llegamos al paraje en el que estaba la marquesa, voló al borde del camino con la singular destreza de jinete, y de la que Enriqueta se maravilló como de un prodigio. Por gachonería, Arabella no decía sino la última sílaba de mi nombre de Amadeo, por el que me conocía, promurciándola a la inglesa, especie de llamada que en sus labios tenía un encanto digno de un hada. Ella sabía que no había de ser entendida sino por mí llamando:

—*¡My Dee!*^[8].

—Es él, señora —respondió la condesa, contemplando bajo un rayo de luna a la fantástica criatura cuyo impaciente rostro estaba singularmente adornado por bucles largos y desrizados.

Ya sabéis con qué rapidez se examinan dos mujeres. La inglesa reconoció a su rival y se mostró gloriosamente inglesa; nos envolvió con una mirada plena de su desprecio británico, y desapareció en la maleza con la rapidez de una flecha.

—*¡Rápido a Clochegourde!* —ordenó la condesa, para quien aquella arisca ojeada había sido como un hachazo en el corazón.

El cochero volvió para tomar el camino de Chinon, que era mejor que el de Saché. Cuando la calesa costeó de nuevo las landas, oímos el furioso galopar del caballo de Arabella y los pasos de su perro. Los tres rasaban los bosques, al otro lado del matorral.

—Se va; la perdéis para siempre —me dijo Enriqueta.

—*¡Pues bien, que se vaya!* No sentiré ningún pesar.

—*¡Oh las pobres mujeres!* —exclamó la condesa, expresando un compasivo horror—. *¿Pero dónde se va?*

—A la Grenadiere, una casita situada cerca de Saint-Cyr —dije.

—Se va sola —añadió Enriqueta, con un tono que me demostró que las mujeres se creen solidarias en amor y no se abandonan nunca.

En el momento en que entrábamos en la avenida de Clochegourde, el perro de Arabella ladró de manera jubilosa, corriendo ante la calesa.

—*¡Ella se nos ha adelantado!* —exclamó la condesa. Tras una pausa prosiguió—. No he visto nunca mujer más bella. *¡Qué manos y qué talle!* Su tez supera al lirio, y sus ojos tienen el destello del diamante... Pero monta demasiado bien a caballo, debe gustarle desplegar su fuerza, la creo activa y violenta y luego me parece que se pone un poco audazmente por encima de las conveniencias: la mujer que no reconoce leyes está bien cerca de no escuchar sino sus caprichos. Quienes gustan tanto de brillar, de moverse, no ha recibido el don de la constancia. Según mis ideas, el amor quiere más tranquilidad: yo me lo he figurado como un lago inmenso cuyo fondo no alcanza la sonda, donde las tempestades pueden ser violentas, pero raras y contenidas en límites infranqueables; donde dos seres viven en una isla florida, lejos del mundo, cuyo lujo y estrépito les ofenderían. Pero el amor debe tener el sello de los caracteres; acaso me

equivoque. Si los principios de la naturaleza se pliegan a las formas deseadas por los climas, ¿no sería lo mismo con los sentimientos en los individuos? Sin duda los sentimientos, que se adhieren a la ley general por la masa, no contrastan únicamente en la expresión. Cada alma tiene su manera. La marquesa es la mujer fuerte que franquea las distancias y actúa con la potencia del hombre; que libertaría a su amante en cautiverio, mataría carceleros, guardianes y verdugos; mientras que ciertas criaturas no saben amar sino con toda su alma; en el peligro, se arrodillan, rezan y mueren. ¿Cuál de estas dos mujeres es la que más os gusta? Esa es toda la cuestión. ¡Mas sí, la marquesa os ama, os ha sacrificado tanto! ¡Acaso sea ella quien os ame siempre, cuando vos no la améis ya más!

—Permitidme, querido ángel, que repita lo que un día me dijisteis: ¿cómo sabéis esas cosas?

—Los dolores enseñan mucho, y he sufrido en tantas cosas, que mi saber es vasto.

Mi criado había oído dar la orden, creyó que volveríamos por las terrazas, y tenía a mi caballo dispuesto en la avenida: el perro de Arabella lo había olido; y su ama, guiada por una curiosidad muy legítima, había seguido al can a través de los boscajes, donde sin duda estaba oculta.

—Id a hacer las paces —me dijo Enriqueta, sonriendo y sin revelar melancolía—. Decidla cuánto se ha engañado sobre mis intenciones; yo quisiera revelarla todo el precio del tesoro que le ha tocado; mi corazón no encierra sino buenos sentimientos para ella, y no tiene sobre todo ni cólera ni desprecio; explicadle que soy su hermana, y no su rival.

—¡No iré! —exclamé.

—¿No habéis experimentado jamás —dijo ella con el destellante orgullo de los mártires— que ciertos miramientos llegan hasta el insulto? ¡Id, id!

Corrí entonces hasta lady Dudley para saber en qué disposición estaba.

—¡Si pudiera enfadarse y abandonarme! —pensé—. Entonces volvería a Clochegourde.

El perro me condujo bajo un roble, de donde la marquesa se abalanzó gritándome:

—¡Away! ¡Away! ^[9].

Todo cuanto pude hacer fue seguirla hasta Saint-Cyr, donde llegamos a medianoche.

—La salud de esa dama es perfecta —me dijo Arabella cuando descendió de su caballo.

Sólo quienes la han conocido pueden imaginar todos los sarcasmos que contenía tal observación secamente lanzada, con aire que quería decir: «¡Yo, habría muerto!»

—Te prohíbo que aventures una sola de tus chanzas de triple dardo sobre la señora de Mortsauif —le respondí.

—¿Sería displeacer a vuestra gracia el observar la perfecta salud que goza un ser caro a vuestro precioso corazón? Las mujeres francesas odian, según se dice, incluso

al perro de sus amantes; en Inglaterra, nosotras amamos todo cuanto nuestros soberanos señores aman, y odiamos todo lo que odian, porque vivimos en la piel de nuestros señores. Permitidme, pues, amar a esa dama tanto como la amáis vos mismo. Solamente, querido niño —dijo enlazándose con sus brazos humedecidos por la lluvia—, que si me traicionaras, yo no estaría ni en pie ni acostada, ni en una calesa flanqueada de lacayo, ni paseándome por las landas de Carlomagno ni por ninguna de las que haya en país alguno del mundo, ni en mi lecho, ni bajo el techo de mis padres... Ya no estaría más. He nacido en el Lancashire, país donde las mujeres mueren de amor. ¡Conocerte y ceder! No te cederé a potencia alguna, ni siquiera a la muerte, ya que me iré contigo.

Me condujo a su habitación, donde ya la comodidad había desplegado sus goces.

—Amala, querida —la dije con calor—. Ella te quiere, no burlonamente, sino con sinceridad.

—¿Sinceramente, chiquillo? —replicó desabrochando su amazona.

Por vanidad de amante, quise revelar la sublimidad del carácter de Enriqueta a aquella orgullosa criatura. Mientras que la camarera, que no sabía una palabra de francés, la peinaba, yo intenté pintar a la señora de Mortsauf bosquejando su vida, y repetí los grandes pensamientos que le había sugerido la crisis en la que todas las mujeres se tornan pequeñas y malvadas. Aunque Arabella no pareció prestarme la menor atención, no perdió ninguna de mis palabras.

—Estoy encantada —dijo al quedarnos solos— en conocer tu gusto por esa especie de conversaciones cristianas; hay en una de mis posesiones un vicario que es entendido como nadie en componer sermones; hasta tal punto su prosa se adapta al auditorio que incluso los campesinos le comprenden. Escribiré mañana a mi padre que envíe a ese buen hombre por barco, y lo encontrarás en París; una vez que le hayas escuchado, no querrás oír a ningún otro, tanto más que asimismo disfruta de una salud perfecta; su moral no te causará esas sacudidas que hacen llorar; fluye sin tempestades, como un claro manantial, y procura un delicioso sueño. Todas las noches, si te agrada, los sermones satisfarán tu pasión mientras digieres la cena. La moral inglesa, querido niño, es tan superior a la de Turena, como nuestra cuchillería, nuestra platería y nuestros caballos lo son a vuestros cuchillos y a vuestras bestias. ¡Hazme el favor de escuchar a mi vicario, prométemelo! Yo no soy sino mujer, amor mío, yo sé querer, yo puedo morir por ti, si lo deseas; pero no he estudiado en Eton, ni en Oxford, ni en Edimburgo; no soy ni doctor ni reverendo; no sabría, pues, aderezarte moral, soy absolutamente incapaz de ello, sería de lo más torpe si lo intentara. Yo no te reprocho tus gustos; aunque tuvieses más depravados que ése, intentaría conformarme a ellos; pues yo quiero que encuentres a mi lado todo lo que gustas, placeres de amor, placeres de mesa, placeres de iglesia, buenos caldos de cepa y virtudes cristianas. ¿Quieres que me ponga un cilicio esta noche? ¡Cuán feliz es esa mujer por poderte servir moral! ¿En qué universidad se gradúan las mujeres francesas? ¡Pobre de mí, yo no puedo sino darme, yo no soy sino tu esclava...!

—Entonces, ¿por qué te has escapado cuando quería veros juntas?

—¿Estás loco, *my Dee*? Yo iría de París a Roma disfrazada de lacayo, haría por ti las cosas más irrazonables; ¿pero cómo puedo hablar en un camino a una mujer que no me ha sido presentada y que comenzaría a lanzarme un sermón? Hablaré a campesinos, pediré a un obrero que comparta su pan conmigo, si tengo hambre, le daré algunas guineas, y todo será apropiado; ¡pero detener una calesa, como lo hacen los caballeros salteadores en Inglaterra... ese no es mi código! Tú sólo sabes amar, pobre niño... ¿no sabes acaso vivir? ¡Además, yo no te me parezco aún completamente, ángel mío! A mí no me gusta la moral. Pero por complacerte soy capaz de los mayores esfuerzos. ¡Ea, cállate, que me emplearé a ello! Intentaré convertirme en predicadora. Después de mí, Jeremías no será más que un bufón. No permitiré ya más caricias sin intercalar en ellas versículos de la Biblia.

Empleó su poder y abusó en cuanto vio en mi mirada aquella ardiente expresión que en ella se reflejaba en cuanto comenzaban sus hechicerías. Triunfó de todo, y puse complacientemente por encima de las delicadezas católicas, la grandeza de la mujer que se pierde, que renuncia al futuro y convierte toda su virtud en amor.

—¿Así, pues, ella se ama a sí misma más que a ti? —me dijo—. ¿Prefiere, pues, algo que no eres tú? ¿Cómo atribuir a lo que es de nosotros otra importancia que aquella con la que la honráis? Ninguna mujer, por muy gran moralista que sea, puede ser igual a un hombre. Marchad sobre nosotros, matadnos, no entorpezcáis nunca vuestra existencia por nosotras. A nosotras nos toca morir, a vosotros vivir grandes y altivos. De vosotros a nosotras, el puñal; de nosotras a vosotros, el amor y el perdón. ¿Se inquieta acaso el sol por los mosquitos que están en sus rayos y que viven de él? Se quedan allí tanto como pueden, y cuando desaparece, mueren...

—O vuelan —dije interrumpiéndola.

—O vuelan —prosiguió, con una indiferencia que hubiese incitado al hombre más determinado a emplear el singular poder del que ella le investía—. ¿Crees tú digno de una mujer el hacerte tragar tostadas untadas de virtud para persuadirte de que la religión es incompatible con el amor? ¿Soy yo, pues, una impía? Se da o se niega; pero rehusarse y moralizar, supone doble condena, lo cual es contrario al derecho de todos los países. Aquí, no tendrás sino excelentes *sandwichs* preparados por la mano de tu sirvienta Arabella, cuya entera moral consistirá en imaginar caricias que hombre alguno haya experimentado aún, y que los ángeles me inspiran.

No sé de nada más disolvente que la chanza manejada por una inglesa, pues pone en ella la seria elocuencia, el aire de pomposa convicción bajo la cual cubren los británicos las elevadas mentecateces de su vida de prejuicios. La chanza francesa es un encaje con el cual las mujeres saben embellecer el goce que dan y las querellas que inventan; es un atavío moral, gracioso como su tocado. Pero la chanza inglesa es un ácido que corroe tan bien los seres sobre los que cae, que los convierte en esqueletos lavados y cepillados. La lengua de una inglesa espiritual se asemeja a la de un tigre, que queriendo jugar, arranca la carne hasta los huesos. Arma todopoderosa

del demonio que dice con risita de mofa; *¿No es más que eso?*, la burla deja un veneno mortal en las heridas que abre a placer. Durante aquella noche, Arabella quiso mostrar su poder como un sultán que, para probar su destreza, se divierte decapitando inocentes.

—Ángel mío —me dijo cuando me hubo sumido en ese dormitar donde todo se olvida, excepto la dicha—, yo también acabo de moralizar, sí... Me he preguntado si cometía un crimen amándote, si violaba las leyes divinas, y he hallado que nada era ni más religioso ni más natural. ¿Por qué Dios ha creado a unos seres más bellos que otros, sino para indicarnos que debemos adorarlos? El crimen sería no amarte, ¿no eres tú un ángel? Esa dama te insulta confundiéndonos con los demás hombres; no te son aplicables las reglas de la moral; Dios te ha puesto por encima de todo. ¿No es aproximarse a Él, amarte? ¿Podrá tomarse en cuenta a una pobre mujer el tener apetito de las cosas divinas? Tu vasto y luminoso corazón se asemeja tanto al cielo, que yo me anego en él, como los mosquitos que van a quemarse en las velas encendidas de una fiesta. ¿Se les castigará a ellos por su error? Y además, ¿es acaso un error? ¿No es una elevada adoración de la luz? Perecen por exceso de religión, si puede llamarse perecer lanzarse al cuello de lo que se ama. Yo tengo la debilidad de amarte, mientras que esa mujer tiene la fuerza de permanecer en su capilla católica. ¡No frunzas el entrecejo! ¿Es que crees que la detesto? ¡No, pequeño! Adoro su moral, que la ha aconsejado dejarte libre, permitiéndome así conquistarte, conservarte para siempre; ya que tú eres mío eternamente, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Para siempre?

—Sí.

—¿Me concedes, pues, una gracia, sultán? ¡Solamente yo he adivinado cuánto valías! ¡Ella sabe cultivar las tierras, según me dijiste! Yo dejo esas ciencias a los labriegos, prefiero cultivar tu corazón.

Intento recordar estos embriagadores parloteos, a fin de describiros bien a aquella mujer, de justificar lo que os he dicho, y de que conozcáis así todo el secreto del desenlace. ¿Mas cómo describiros los acompañamientos de esas lindas palabras que sabéis? Eran locuras comparables a las más exorbitantes fantasías de nuestros sueños; ora creaciones semejantes a las de mis ramilletes: la gracia unida a la fuerza, la ternura y sus muelles pausas, opuestas a las volcánicas irrupciones de la fogosidad; ora las más suaves gradaciones de la música aplicadas al concierto de nuestras voluptuosidades; luego, movimientos parecidos a los de las serpientes entrelazadas; en fin, los más acariciadores decires ornados de las más rientes ideas, todo cuanto el espíritu puede añadir de poesía a los placeres de los sentidos. Ella quería destruir bajo los rayos de su amor tumultuoso las impresiones dejadas en mi corazón por el alma casta y recogida de Enriqueta. La marquesa había visto tan bien a la señora de Mortsauf como ésta a ella, y ambas se habían juzgado mutuamente. La magnitud del ataque efectuado por Arabella, me revelaba lo grande de su temor y su secreta

admiración por su rival. Por la mañana la encontré con los ojos llenos de lágrimas, y con aspecto de no haber dormido.

—¿Qué tienes? —le dije.

—Temo que mi excesivo amor me perjudique —respondió—. Lo he dado todo. Más diestra que yo, esa mujer posee algo en ella que tú puedes desear. Si la prefieres, no pienses más en mí; no te aburriré con mis dolores, mis remordimientos, mis sufrimientos; no, iré a morir lejos de ti, como una planta sin su vivificante sol.

Supo arrancarme protestas de amor que la colmaron de alegría. ¿Qué decir, en efecto, a una mujer que llora por la mañana? Una dureza me parece entonces infame. Si no la hemos resistido la víspera, ¿no estamos obligados a mentir al día siguiente?; pues el Código del Hombre nos hace en galantería un deber de la mentira.

—Pues bien, soy generosa —dijo ella, enjugando sus lágrimas—. Vuelve a su lado; no quiero deberte a la fuerza de mi amor, sino a tu propia voluntad. Si retornas aquí, creeré que me amas tanto como yo te amo, aunque siempre eso me ha parecido imposible.

Supo persuadirme que regresara a Clochegourde. La falsía de la situación en la cual iba yo a entrar, no podía ser adivinada por un hombre ahito de dicha. Negándome a ir a Clochegourde, pronunciaba una sentencia favorable a lady Dudley y entonces Arabella me llevaría a París. Pero ir, ¿no era insultar a la señora de Mortsauf? En ese caso, debía retornar con más seguridad a Arabella. ¿Ha perdonado jamás una mujer semejantes crímenes de lesa amor? A menos de ser un ángel descendido de los cielos, y no el espíritu purificado que a ellos va, una mujer amante preferiría ver a su enamorado sufriendo una agonía, a verle dichoso con otra: cuanto más ama, tanto más herida se sentirá. Así, viendo las cosas de las dos caras, mi situación, una vez salido de Clochegourde para ir a la Grenadiere, era tan mortal para el amor que había elegido como provechosa al amor de azar. La marquesa lo había calculado todo con estudiada profundidad. Me confesó más tarde que, de no haberla tropezado la señora de Mortsauf en las landas, había pensado comprometerme rondando por los alrededores de Clochegourde.

En el momento en que abordaba yo a la condesa, a la que vi pálida como persona que ha sufrido algún duro insomnio, ejercí de pronto, no ese tacto, sino ese *husmear* que hace sentir a los corazones todavía jóvenes y generosos el alcance de esas acciones indiferentes para la masa, pero criminales según la jurisprudencia de las almas grandes. Al punto, como un niño que, descendido a un abismo, recogiendo flores, ve con angustia que le será imposible volver a subir, no percibe ya el suelo humano sino a una infranqueable distancia, se encuentra completamente solo, de noche, y oye salvajes aullidos, comprendí que estábamos separados por todo un mundo. En nuestras almas se alzó un clamor y como un resonar del lúgubre *¡Consummatum est!* que se vocea en las iglesias el viernes santo, en la hora en que el Salvador expiró, horrible escena que hiela las almas jóvenes, para las cuales la religión es un primer amor. Todas las ilusiones de Enriqueta eran mortales de un solo

golpe, su corazón había sufrido una pasión. Ella, tan respetada por el placer, que no la había jamás enlazado con sus embotadores repliegues, ¿adivinaba hoy las voluptuosidades del amor feliz, para rehusarme sus miradas?, ya que me retiró la luz que desde hacía seis años brillaba sobre mi vida. ¿Sabía, pues, que la fuente de los rayos expandidos por nuestros ojos estaba en nuestras almas, a las cuales servían de ruta para penetrarse mutuamente, o para confundirse en una sola, separarse, actuar como dos mujeres sin recelo que se dicen todo? Sentí amargamente la culpa de llevar a aquel techo desconocido a las caricias, un rostro en el que las alas del placer habían sembrado su jaspeado polvo. Si la víspera yo había dejado irse sola a lady Dudley; si había vuelto a Clochegourde, donde acaso la señora de Mortsauf me había esperado; acaso... en fin, tal vez la señora de Mortsauf no se hubiese propuesto tan cruelmente en ser no más que mi hermana. Puso en todas sus complacencias el fasto de una fuerza exagerada, se adentró violentamente en su papel, para no abandonarlo más. Durante la comida, tuvo para mí mil atenciones, atenciones humillantes, cuidándome como a un enfermo por quien sintiera compasión.

—Os habéis paseado temprano —me dijo el conde—. Debéis, pues, gozar de buen apetito, ya que no tenéis el estómago estropeado.

Esta frase, que no atrajo a los labios de la condesa la sonrisa de una hermana sagaz, acabó de probar lo ridículo de mi posición. Era imposible estar en Clochegourde el día y en Saint-Cyr la noche. Arabella había contado con mi delicadeza y con la grandeza de alma de la señora de Mortsauf. Durante aquella larga jornada, sentí cuán difícil es convertirse en amigo de una mujer tanto tiempo deseada. Esa transición, tan sencilla cuando los años la preparan, es una enfermedad de juventud. Yo tenía vergüenza, maldecía el placer, hubiese querido que la señora de Mortsauf me pidiera su sangre. No podía quitarle la pelleja a su rival, pues evitaba hablar de ella, y maldecir a Arabella era una infamia que me habría hecho despreciable para Enriqueta, magnífica y noble hasta en los últimos repliegues de su corazón. Tras cinco años de deliciosa intimidad, no sabíamos de qué hablar; nuestras palabras no respondían a nuestros pensamientos: nos ocultábamos mutuamente dolores tremendos, para quienes el dolor había sido siempre un fiel intérprete. Enriqueta afectaba un aire feliz para ella y para mí; pero estaba triste. Aunque a cada instante se dijera mi hermana, y ser mujer, no encontraba ninguna idea para mantener la conversación; la mayor parte del tiempo estábamos sumidos en un silencio contenido y violento. Ella aumentó mi suplicio interior, fingiendo creerse la única víctima a aquella lady.

—Sufro más que vos —le dije en un momento en que la hermana dejó escapar una ironía netamente femenina.

—¿Cómo? —respondió ella, con ese tono de altivez que adoptan las mujeres cuando quieren superar sus sensaciones.

—Pues porque tengo la culpa de todo.

Hubo un momento en que la condesa adoptó consigo un aire frío e indiferente que

me destrozó, y resolví partir. Al atardecer, en la terraza, me despedí de la familia reunida. Todos me siguieron al parterre de césped, donde piafaba mi caballo y donde se separaron. Ella vino a mí cuando así la brida.

—Vayamos solos, a pie, a la avenida —me dijo.

La di el brazo y salimos por los patios caminando a lento paso, como si saboreásemos nuestros movimientos confundidos; llegamos así a un grupo de árboles que envolvía una esquina del recinto exterior.

—¡Adiós, amigo mío! —dijo ella, deteniéndose, echando su cabeza a mi pecho y sus brazos a mi cuello—. ¡Adiós, ya no nos veremos más! Dios me ha concedido el triste poder de leer el futuro. ¿No recordáis el terror que me apresó un día, cuando volvisteis tan gallardo, tan joven, y que os vi volviéndome la espalda, como ahora que abandonáis Clochegourde para ir a la Grenadière? Pues bien, todavía una vez, durante esta noche, he podido lanzar una ojeada sobre nuestros destinos. Amigo mío, en este momento nos hablamos por vez postrera. Apenas podría ya deciros aún algunas palabras, pues ya no seré yo misma quien os hable. La muerte ha impreso ya algo en mí. Entonces habréis arrebatado su madre a mis hijos... ¡reemplazadla a su lado! ¡Vos lo podréis! Santiago y Magdalena os quieren tanto como si los hubieseis hecho sufrir siempre.

—¡Morir! —exclamé yo, espantado, mirándola y volviendo a ver la seca brasa de sus relucientes ojos, de la que no se pueden dar idea quienes no han conocido a seres queridos atacados de esa horrible enfermedad, sino comparando sus ojos a globos de plata pulida—. ¡Morir!... Enriqueta, te ordeno que vivas. En otra ocasión me pediste juramentos; pues bien, hoy yo exijo uno de ti: júrame que consultarás a Origet y que le obedecerás en todo...

—¿Queréis entonces oponeros a la clemencia de Dios? —replicó, interrumpiéndome por el grito de indignada desesperación por ser desconocida.

—¿No me amáis, pues, lo bastante como para obedecerme ciegamente en todo, como esa miserable lady?...

—Sí, todo cuanto quieras —contestó ella, impulsada por unos celos que en un momento le hicieron franquear distancias que hasta entonces respetara.

—Me quedo aquí —dije, besándola sobre los ojos.

Espantada de su consentimiento, se escapó de mis brazos y fue a apoyarse contra un árbol; luego se dirigió a su casa, andando precipitadamente, sin volver la cabeza; pero yo la seguí, mientras ella lloraba y rogaba. Llegada al parterre, la tomé la mano y se la besé respetuosamente. Aquella inesperada sumisión la conmovió.

—¡Tuyo de todos modos! —la dije—. Pues yo te amo como te amaba tu tía...

Ella se estremeció y me estrechó entonces violentamente la mano.

—¿Una mirada? —la dije—. ¡Todavía una de nuestras antiguas miradas!... La mujer que se entrega toda entera —exclamé, sintiendo mi alma iluminada por la mirada que me lanzó— da menos de vida y de alma que lo que acabo de recibir yo. Enriqueta, tú eres la más amada, la única amada.

—¡Viviré —dijo ella—, pero curaros vos también!

Aquella mirada había borrado la impresión de los sarcasmos de Arabella. Yo era, pues, juguete de las dos pasiones inconciliables que os he descrito, y cuya influencia experimentaba alternativamente. Amaba a un ángel y a un demonio; dos mujeres igualmente bellas, ornada una de todas las virtudes que maltratamos por odio a nuestras imperfecciones, y ataviada la otra de todos los vicios que deificamos por egoísmo. Al recorrer aquella avenida, donde de momento en momento me volvía para ver nuevamente a la señora de Mortsau apoyada contra un árbol y rodeada de sus hijos, que agitaban sus pañuelos, sorprendí en mi alma un movimiento de orgullo al sabermeárbitro de dos destinos tan bellos, de ser la gloria, con tan diferentes títulos, de dos mujeres tan superiores, y por haber inspirado tan grandes pasiones, que de ambos lados llegaría la muerte, si yo les faltaba. ¡Ya podéis creer bien, que esta fatuidad pasajera ha sido doblemente castigada! Yo no sé qué demonio me decía que esperase al lado de Arabella el momento en que alguna desesperación, o la muerte del conde, me librase a Enriqueta; pues Enriqueta seguía amándome: sus rigores, sus lágrimas, sus remordimientos, su cristiana resignación, eran muestras elocuentes de un sentimiento que no podía ya borrarse ni de su corazón ni del mío. Yendo despacio por aquella linda avenida, haciéndome esas reflexiones, no tenía ya veinticinco años, sino cincuenta. ¿No pasa más rápidamente el joven que la mujer de los treinta a los sesenta años? ¡Aunque haya yo ahuyentado de un soplo estos malos pensamientos, ellos me obsesionaron, he de confesarlo! Tal vez su principio se encontraba en las Tullerías, bajo los artonados del despacho real. ¿Quién podía resistir al espíritu desflorador de Luis XVIII, quien decía que no hay verdaderas pasiones sino en la edad madura, porque la pasión no es bella y furiosa más que cuando se mezcla la impotencia, y que entonces se encuentra uno en cada placer como un jugador en su última puesta? Cuando estuve al extremo de la avenida, me volví y la franqueé en un abrir y cerrar de ojos, al ver que allá se encontraba aún Enriqueta, sola. Fui a decirle un último adiós, bañado en lágrimas expiadoras cuya causa le quedó oculta. Lágrimas sinceras, otorgadas sin saberlo a aquellos bellos amores para siempre perdidos, a aquellas emociones vírgenes, a esas flores de la vida que no renacen jamás; ya que, más tarde, el hombre no da ya, sino que recibe; se ama a sí mismo en su amante; mientras que en su juventud ama a su amante en él; más tarde, inculamos nuestros gustos, nuestros vicios acaso, a la mujer que nos ama; mientras que en el comienzo de la vida, aquélla a quien amamos nos impone sus virtudes, sus delicadezas; nos invita a lo hermoso con una sonrisa, y nos enseña la abnegación con su ejemplo. ¡Desgraciado aquel que no ha tenido su Enriqueta! ¡Desgraciado quien no ha conocido alguna lady Dudley! Si se casa, no conservará su mujer, o acaso será abandonado por su querida; ¡más feliz quien puede hallar las dos en una sola; dichoso, Natalia, el hombre al que améis!

De regreso a París, Arabella y yo nos hicimos más íntimos que en el pasado. No tardamos en abolir insensiblemente uno y otro las leyes de conveniencia que yo me

había impuesto, y cuya estricta observancia hace a menudo que la sociedad perdone lo falso de la posición en que se había situado lady Dudley. El mundo, que gusta tanto de penetrar más allá de las apariencias, las legitima desde el momento en que conoce el secreto que encierran. Los amantes obligados a vivir en medio de la alta sociedad, harán mal siempre en derribar esas barreras exigidas por la jurisprudencia de los salones, en no obedecer escrupulosamente a todas las convenciones impuestas por las costumbres; se trata entonces menos de los demás que de ellos mismos. Las distancias a franquear, el respeto exterior a conservar, las comedias a representar, el misterio a velar, toda esa tragedia del amor feliz ocupa la vida, renueva el deseo y protege nuestro corazón contra los relajamientos del hábito. Mas, esencialmente disipadoras, las primeras pasiones, al igual que los jóvenes, talan al raso sus bosques, en vez de reglamentar sus cortes. Arabella no adoptaba estas ideas burguesas; se había plegado a ellas para complacerme; semejante al verdugo señalando de antemano su presa a fin de apropiársela, quería comprometerme a la cara de todo París, para hacer de mí su *sposo*. Así empleó sus coqueterías para tenerme en su casa, ya que no estaba contenta con su elegante escándalo que, falto de pruebas, no inspiraba sino las murmuraciones tras el abanico. Viéndola tan dichosa cometiendo imprudencias que señalarían públicamente su posición, ¿cómo no iba a creer en su amor? Una vez sumido en las dulzuras de un casamiento ilícito, me apresó la desesperación, pues veía mi vida detenida al revés de las ideas recibidas y de las recomendaciones de Enriqueta. Experimenté entonces la especie de rabia que ataca a un tísico cuando, presintiendo su fin, no quiere que se examine el ruido de su respiración. Había un rincón de mi corazón al que podía retirarme sin sufrimientos; un espíritu vengador me lanzaba incesantemente ideas sobre las que no me atrevía a porfiar. Mis cartas a Enriqueta describían esta enfermedad moral, y la causaban un mal infinito. «Al precio de tantos tesoros perdidos, quería verme al menos feliz!», me dijo en la única respuesta que recibí. ¡Y yo no lo era! Querida Natalia, la felicidad es absoluta, no tolera comparaciones. Pasado mi primer ardor, comparé necesariamente a las dos mujeres, contraste que aún no había yo podido estudiar. En efecto, toda gran pasión pesa tan intensamente sobre nuestro carácter, que rechaza al principio las asperezas y colma la huella de los hábitos que constituyen nuestros defectos o nuestras cualidades; pero más tarde, cuando los dos amantes se habitúan el uno al otro, reaparecen los rasgos de la fisonomía moral; ambos se juzgan entonces mutuamente, y a menudo se declaran, durante esta reacción del carácter sobre la pasión, antipatías que preparan esas desuniones de que se prevalecen las personas superficiales para acusar de inestabilidad al corazón humano. Este período comenzó, pues. Menos cegado por las seducciones, detallando por decirlo así mi placer, emprendí, sin desearlo acaso, un examen que perjudicó a lady Dudley.

En primer lugar, eché de menos el espíritu que distingue entre todas a la mujer francesa, y que la hace más deliciosa de amar, según confesión de personas a las que los azares de su vida han colocado en situación de probar las formas de amar de cada

país. Cuando una francesa ama, se metamorfosea; inmola su tan proclamada coquetería, empleándola en engalanar su amor; lo propio hace con su tan peligrosa vanidad: la sacrifica y cifra todas sus pretensiones en querer bien. Abraza los intereses, los odios y las amistades de su amante; adquiere en un día las experimentadas sutilezas del hombre de negocios, estudia el código, comprende el mecanismo del crédito, seduce la caja de un banquero; aturdida y pródiga, no cometerá una sola falta y no derrochará un solo luis; se convierte a la vez en madre, ama de llaves, médico, y presta a todas sus transformaciones una gracia de felicidad que revela en los más ligeros detalles un amor infinito; reúne las cualidades especiales que recomiendan las mujeres de todos los países, dando con su espíritu unidad a esta mezcla, esa simiente francesa que anima, permite, justifica, lo varía todo y destruye la monotonía de un sentimiento apoyado sobre el tiempo primero de un solo verbo. La mujer francesa ama siempre, sin descanso ni fatiga, en todo momento, en público y sola; en público, halla un acento que no resuena sino en un oído, habla por su mismo silencio, y sabe mirarlos con los ojos bajos; si la ocasión le prohíbe la palabra y la mirada, empleará la arena sobre la cual imprime su pie para escribir un pensamiento; sólo ella expresa su pasión incluso durante el sueño; en fin, pliega el mundo a su amor. Por el contrario, la inglesa pliega su amor al mundo. Acostumbrada por su educación a conservar ese continente glacial, esa postura británica tan egoísta de la que os he hablado, abre y cierra su corazón con la facilidad de una llave de las precisamente llamadas inglesas. Posee una máscara impenetrable, que se pone y quita flemáticamente; apasionada como una italiana cuando ningún ojo la ve, se torna fríamente digna en cuanto interviene el mundo. El hombre más amado duda entonces de su imperio, al ver la profunda inmovilidad de su rostro, la calma de su voz, la perfecta libertad de porte que distingue a una inglesa salida de su tocador. En aquel momento, la hipocresía va hasta la indiferencia; la inglesa lo ha olvidado todo. Ciertamente, la mujer que sabe arrojar su amor como un vestido, hace creer que puede cambiarlo. ¡Qué tempestades alzan entonces las olas del corazón, cuando son removidas por el amor propio herido al ver a una mujer tomando, interrumpiendo, y volviendo a tomar un amor, como una tapicería ejecutada a mano! Esas mujeres son demasiado dueñas de sí mismas, para poder pertenecer plenamente; conceden demasiada influencia al mundo, para que nuestro reinado sea entero. Allá donde la francesa consuela al paciente con una mirada, revela su cólera contra los visitantes importunos por algunas lindas chanzas, el silencio absoluto de las inglesas irrita al alma y contraría al espíritu. Estas mujeres sientan cátedra constantemente en toda ocasión; para la mayoría de ellas, la omnipotencia de la *fashion*^[10] debe extenderse hasta a sus placeres. Quien exagera el pudor, debe exagerar el amor, y las inglesas son así; lo ponen todo en la forma, sin que en ellas el amor de la forma produzca el sentimiento del arte: sea lo que puedan ellas decir, el protestantismo y el catolicismo explican las diferencias que dan al alma de las francesas tanta superioridad sobre el amor razonado, calculador, de las inglesas. El protestantismo duda, examina y mata

las creencias; es, pues, la muerte del arte y del amor. Allá donde el mundo manda, las gentes de mundo deben obedecer; pero las personas apasionadas lo esquivan, pues les resulta insoportable. Ya comprenderéis, pues, hasta dónde fue lastimado mi amor propio al descubrir que lady Dudley no podía abstenerse del mundo, y que la transición británica le era familiar; no era un sacrificio que el mundo le imponía; no, ella se manifestaba naturalmente bajo dos formas enemigas entre sí; cuando amaba, lo hacía con embriaguez; mujer alguna de ningún país se le comparaba: valía por todo un serrallo; pero una vez descendido el telón sobre esta escena de magia, desterraba hasta su recuerdo. No respondía ni a una mirada ni a una sonrisa; no era ni dueña ni esclava, sino una embajadora obligada a redondear sus frases y sus codos, incapacitaba por su calma, ultrajaba el corazón por su decoro; rebajaba así el amor hasta la necesidad, en lugar de elevarlo al ideal por el entusiasmo. No expresaba ni temor, ni pesares, ni deseos; pero, a la hora señalada, su ternura se alzaba como hogueras súbitamente encendidas, y parecía insultar su reserva. ¿En cuál de esas mujeres debía creer? Sentí entonces por mil alfilerazos, las infinitas diferencias que separaban a Enriqueta de Arabella. Cuando la señora de Mortsauf me abandonaba por un momento, parecía dejar al aire el encargo de hablarme de ella; los pliegues de su vestido, al irse, se dirigían a mis ojos, como su ondulante crujido llegaba jubilosamente a mi oído cuando volvía; había ternuras infinitas en la manera como desplegaba sus párpados bajando su vista al suelo; su voz, aquella voz musical, era una continua caricia; su conversación testimoniaba un pensamiento constante, pareciéndose siempre a sí misma; no escindía su alma en dos atmósferas, una ardiente y la otra helada; en fin, la señora de Mortsauf reservaba su espíritu y la flor de su pensamiento para expresar sus sentimientos, haciéndose coqueta por las ideas con sus hijos y conmigo. Pero el espíritu de Arabella no le servía a hacer la vida amable, no lo ejercía en mi provecho, no existía sino por el mundo y para el mundo, ella era puramente burlona, gustaba de desgarrar, de morder, no por divertirse, sino para satisfacer un gusto. La señora de Mortsauf hubiera hurtado su dicha a todas las miradas; lady Arabella quería mostrar la suya a todo París, y, con una horrible mueca, permanecía dentro de las conveniencias, al par que exhibiéndose en el Bosque conmigo. Tal mezcla de ostentación y de dignidad, de amor y de frialdad, hería constantemente mi alma, a la vez virgen y apasionada; y como yo no sabía pasar en absoluto de una temperatura a otra, mi humor se resentía; estaba palpitante de amor cuando ella volvía a recuperar su pudor convencional. Cuando me atreví a quejarme, no sin grandes precauciones, lanzó el triple dardo de su lengua contra mí, mezclando las fanfarronadas de su pasión a esas chanzonetas inglesas que he intentado describiros. En cuanto se hallaba en contradicción conmigo, se complacía en estrujar mi corazón y en humillar mi espíritu, manejiéndome como una pasta. A las observaciones sobre el justo medio que debe conservarse en todo, respondía caricaturizando mis ideas, que ella llevaba al extremo. Cuando le reproché su actitud, me preguntó si es que yo quería que me abrazara ante todo París, en el teatro; se

comprometía tan seriamente a ello, que, conociendo su afición a que se hablara de ella, temblé al verle ejecutar su promesa. A pesar de su pasión real, no sentía jamás nada de recogido, de santo, de profundo como en Enriqueta: ella era siempre insaciable, como una tierra arenosa. La señora de Mortsauf era siempre comedida, y notaba mi alma en una acentuación o en una ojeada, mientras que la marquesa no se timbaba nunca por una mirada, por un apretón de manos, o por una palabra dulce. ¡Aún, más, la felicidad de la víspera no era nada a la mañana siguiente; ninguna prueba de amor la asombraba; experimentaba tan gran deseo de agitación, de ruido, de estrépito, que nada alcanzaba sin duda su ideal en este género, y de ahí sus furiosos esfuerzos de amor; en su exagerada fantasía, trataba de ella, y no de mí. Aquella carta de la señora de Mortsauf, luz que todavía brillaba en mi vida, y que probaba la manera en que la mujer más virtuosa sabe obedecer al genio de la francesa, acusando una vigilancia perpetua, un acuerdo completo con todas mis suertes; aquella carta ha debido hacerlos comprender con qué solicitud se ocupaba Enriqueta de mis intereses materiales, de mis relaciones políticas, de mis conquistas morales; con qué ardor abrazaba mi vida por los lados permitidos. Sobre todos estos puntos, lady Dudley afectaba la reserva de una persona simplemente conocida. Jamás se informó ni sobre mis asuntos, ni de mi fortuna, ni de mis trabajos, ni de las dificultades de mi vida, ni de mis odios, ni de mis amistades de hombre. Pródiga para sí misma, sin ser generosa, separaba en realidad exageradamente los intereses y el amor; mientras que, sin haberlo experimentado, yo sabía que para evitarme un pesar Enriqueta habría encontrado para mí lo que no habría buscado siquiera para ella. En uno de esos infortunios que pueden atacar a los hombres más encumbrados y más ricos —y la historia lo atestigua suficientemente—, yo hubiese consultado a Enriqueta, pero me habría dejado arrastrar a la cárcel sin decir una palabra a lady Dudley.

Hasta aquí, el contraste reposa sobre los sentimientos, pero era lo mismo en cuanto a las cosas. El lujo es, en Francia, la expresión del hombre, la reproducción de sus ideas, de su especial poesía; pinta el carácter y da entre amantes precio a los menores cuidados haciendo irradiar en torno nuestro el pensamiento dominante del ser amado; mas este lujo inglés cuyo refinamiento me había seducido, era también mecánico; lady no ponía en él nada de ella, venía de otras personas, era comprado. Las mil delicadas atenciones de Clochegourde eran, a los ojos de Arabella, cosa de los criados; a cada uno de ellos tocaba su deber y su especialidad. Escoger los mejores lacayos era misión de su mayordomo, como si se hubiese tratado de caballos. Aquella mujer no tenía apego a su personal, la muerte del más precioso de sus servidores no la habría afectado; se le hubiese reemplazado a cambio de dinero por otro igualmente hábil. En cuanto al prójimo, jamás sorprendí en sus ojos una lágrima por las desgracias de otro, y hasta tenía un egoísmo tan cándido que hacía reír. Las colgaduras encamadas de la gran dama cubrían esta naturaleza de bronce. La deliciosa amada que se revolcaba de noche en sus alfombras, que hacía sonar todos

los cascabeles de su amorosa locura, reconciliaba prestamente a un hombre joven con la inglesa insensible y dura; así no descubrí sino paso a paso la toba donde perdía yo mis siembras, y que no debía dar ninguna cosecha. La señora de Mortsauf había penetrado de golpe en esta naturaleza, en su rápido encuentro; yo me acordé de sus proféticas palabras. Enriqueta había tenido razón en todo; el amor de Arabella se me hacía insoportable. He observado después que la mayoría de las mujeres que montan a caballo tienen poca ternura. Como a las Amazonas, les falta un pecho, y sus corazones están endurecidos en cierto lugar, no sé en cual.

En el momento en que comenzaba yo a sentir la pesadez de ese yugo, invadiéndome la fatiga el cuerpo y el alma, comprendiendo bien lo que el auténtico sentimiento confiere de santidad al amor, y me encontraba abrumado por los recuerdos de Clochegourde, respirando a pesar de la distancia el perfume de todas sus rosas, el calor de su terraza, oyendo el canto de sus ruiseñores, en ese momento espantoso en que percibía el pedregoso lecho del torrente bajo sus aguas decrecidas, recibí un golpe que aún resuena en mi vida, pues a cada hora encuentra un eco. Trabajaba yo en el despacho del rey, quien debía salir a las cuatro; el duque de Lenoncourt estaba de servicio; al verle entrar, el rey le pidió noticias de la condesa; alcé bruscamente la cabeza, de manera harto significativa; el rey, chocado por ese movimiento, me lanzó una mirada que precedía una de esas duras frases que él tan bien sabía decir.

—Señor, mi pobre hija se muere —respondió el duque.

—¿Se dignará Vuestra Majestad concederme un permiso? —dije con lágrimas en los ojos, desafiando una cólera presta a estallar.

—¡Corred, milord! —me respondió él, sonriendo por colocar un epigrama en cada frase, y haciéndome gracia de su reprimenda en favor del ingenio.

Más cortesano que padre, el duque no pidió permiso y subió a la carroza del rey para acompañarle. Yo partí sin despedirme de lady Dudley, quien por suerte había salido, y a la que escribí que iba en misión de servicio del rey. En Croix-de-Berny encontré a Su Majestad que volvía de Verrières. Al aceptar un ramo de flores que dejó caer a sus pies, el monarca me lanzó una mirada preñada de aquellas reales ironías abrumadoras de profundidad, y que parecía decirme: «¡Si quieres ser algo en política, vuelve! ¡No te entretengas parlamentando con los muertos!». El duque me hizo con la mano un gesto de melancolía. Las dos pomposas calesas de ocho caballos, los coroneles dorados, la escolta y sus remolinos de polvo, pasaron rápidamente al grito de «¡Viva el rey!». Me pareció como si la Corte hubiese hollado el cuerpo de la señora de Mortsauf con la insensibilidad que la naturaleza testimonia por nuestras catástrofes. Aun cuando fuese un excelente hombre, el duque iba sin duda a jugar la partida de whist del *Señor*, luego que el rey se acostase. En cuanto a la duquesa, era ella quien había asestado desde hacía tiempo el primer golpe a su hija, solo ella, hablándola de lady Dudley.

Mi rápido viaje fue como un sueño, pero un sueño de jugador arruinado; estaba

desesperado por carecer de noticias. ¿Había llevado el confesor la rigidez al extremo de impedirme el acceso a Clochegourde? Yo acusaba a Magdalena, a Santiago, al abate de Dominis, a todo, hasta al señor de Mortsauf. Más allá de Tours, desembocando por los puentes de San Salvador, para descender al camino orillado de álamos que lleva a Poncher, y que tanto había admirado cuando corría a la búsqueda de mi desconocida, encontré al doctor Origet; él adivinó que me dirigía a Clochegourde, y yo que él volvía de allá; detuvimos ambos nuestro coche y descendimos, yo para inquirir noticias, y él para proporcionármelas.

—Bueno, ¿cómo va la señora de Mortsauf? —pregunté.

—Dudo que la encontréis con vida —me respondió—. Mucre con espantosa muerte, de inanición. Cuando me llamó el mes de jímio último, ninguna potencia médica podía ya combatir la enfermedad; tenía los espantosos síntomas que la señora de Mortsauf os habrá sin duda descrito, pues él creía experimentarlos. La señora condesa no estaba entonces bajo la influencia pasajera de una perturbación debida a una lucha interior, que la medicina dirige y se convierte en causa de un mejor estado, o bajo el golpe de una crisis comenzada y cuyo desorden se repara; no, la enfermedad había llegado a un punto en el que resulta inútil el arte: es el incurable resultado de un pesar, como una herida mortal es la consecuencia de una puñalada. Tal afección se produce por la inercia de un órgano cuyo funcionamiento es tan necesario a la vida que el del corazón. El pesar ha hecho oficio de puñal. ¡No os engañéis! La señora de Mortsauf muere de alguna pena desconocida.

—¡Desconocida! —exclamé—. ¿No han estado acaso enfermos sus hijos?

—No —me respondió, mirándome con aire significativo—. Y desde que ella está seriamente atacada, el señor de Mortsauf no la ha atormentado ya. Yo no soy más útil; señor Deslandes, de Azay, basta: no existe remedio alguno, y los sufrimientos son terribles. ¡Rica, joven, bella, y morir enflaquecida, envejecida por el hambre, ya que morirá de hambre! Desde hace cuarenta días, hallándose como cerrado el estómago, rechaza todo alimento, bajo cualquier forma que se le presente.

El doctor Origet estrechó la mano que le tendí, y que casi me la había pedido por un gesto de respeto.

—¡Valor, señor! —dijo alzando los ojos al cielo.

Sus palabras expresaban compasión por penas que creía igualmente compartidas; no sospechaba el envenenado dardo de sus palabras, que me alcanzaron como una flecha en el corazón. Volví a subir bruscamente a mi coche, prometiendo una buena recompensa al postillón si llegaba a tiempo.

A pesar de mi impaciencia, creía haber recorrido el camino en algunos minutos, a tal punto me encontraba absorbido por las amargas reflexiones que se amontonaban en mi alma. ¡Ella muere de pesar, y sus hijos están bien! ¡Ella moriría, pues, por mí! Mi amenazadora conciencia pronunció una de esas requisitorias que resuenan toda la vida y a veces más allá. ¡Qué debilidad y qué impotencia en la justicia humana! Ella no venga sino los actos patentes. ¿Por qué la muerte y la infamia al asesino que mata

de un golpe, que os sorprende generalmente en el sueño y os duerme para siempre, o que asesta de improviso su golpe, ahorrándoos la agonía? ¿Por qué la vida dichosa, la estima al asesino que vierte gota a gota la hiel en el alma y mina el cuerpo para destruirlo? ¡Cuántos crímenes impunes! ¡Qué complacencia para el vicio elegante! ¡Qué absolución para el homicidio causado por las persecuciones morales! Yo no sé qué vengadora mano alzó de pronto el pintado telón que cubre la sociedad. Vi a varias de esas víctimas que os son tan conocidas como a mí: ¡la señora de Beauseant ida agonizante a Normandía, algunos días antes de mi partida! ¡La duquesa de Langeais comprometida! ¡Lady Brandon, llegada a Turena para morir en la modesta casa donde lady Dudley había permanecido dos semanas, y muerta por qué horrible desenlace, como lo sabéis! Nuestra época es fértil en sucesos de este género. ¿Quién no ha conocido a esa pobre mujer que se ha envenenado, vencida por los celos que acaso mataban a la señora de Mortsau? ¿Quién no se ha estremecido por el destino de esa deliciosa joven que, ¿enrejante a una flor picada por un tábano, se ha marchitado en dos años de matrimonio, víctima de su púdica ignorancia, sacrificada por un miserable al que Ronquerolles, Montriveau y de Marsay dan la mano, porque sirve a sus proyectos políticos? ¿Quién no ha palpitado ante el relato de los últimos instantes de esa mujer a la que ruego alguno no ha podido ablandar, y que jamás ha querido volver a ver a su marido, tras haber pagado tan noblemente sus deudas? ¿No ha visto la tumba bien de cerca la señora de Alglement, y viviría ella sin los cuidados de mi hermano? El mundo y la ciencia son cómplices en esos crímenes para los cuales no hay tribunales. Parece que nadie muere de pesar, ni de desesperación, ni de amor, ni de miserias ocultas, ni de esperanzas cultivadas sin fruto, incesantemente replantadas y desarraigadas. La nueva nomenclatura tiene palabras ingeniosas para explicarlo todo: la gastritis, la pericarditis, las mil enfermedades de mujer cuyos nombres se dicen al oído, sirven de pasaporte a los féretros escoltados de lágrimas hipócritas, que la mano del notario no tarda en enjugar. ¿Hay en el fondo de esta desgracia alguna ley desconocida? Debe el centenario sembrar despiadadamente de muertos el terreno, y desecarlo en su derredor para elevarse, del mismo modo que el millonario se asimila los esfuerzos de una multitud de pequeñas industrias? ¿Hay una fuerte vida venenosa que se ceba en las criaturas dulces y tiernas? ¡Dios mío!, ¿pertenezco yo a la raza de los tigres? El remordimiento me estrujaba el corazón con sus dedos abrasadores, y tenía las mejillas surcadas de lágrimas cuando entré en Ja avenida de Clochegourde, una húmeda mañana de octubre que despojaba las hojas muertas de los álamos cuya plantación había sido dirigida por Enriqueta, ¡en aquella avenida donde antaño agitara ella su pañuelo como para hacerme volver! ¿Viviría aún? ¿Podría yo sentir sus dos blancas manos posadas sobre mi posternada cabeza? En un momento pagaba todos los placeres dados por Arabella, ¡y cuán caramente vendidos los hallaba! Me juré no volverla a ver jamás, y odié a Inglaterra. Aunque lady Dudley sea una variedad de la especie, envolví a todas las inglesas en los crespones de mi sentencia.

Al entrar a Clochegourde, recibí un nuevo golpe. Encontré a Santiago, Magdalena y el abate de Dominis, los tres arrodillados al pie de una cruz de madera plantada en las esquinas de un trozo de terreno, comprendido en el recinto a raíz de la construcción de la verja, y que ni el conde ni la condesa habían querido derribar. Salté de mi coche y fui hacia ellos con el rostro lleno de lágrimas, y el corazón destrozado por el espectáculo de aquellos dos niños y aquel grave personaje implorando a Dios. El viejo piquero se encontraba también allí, a algunos pasos, con la cabeza descubierta.

—¿Bueno, señor...? —dije yo al abate de Dominis, besando en la frente a Santiago y Magdalena, quienes me lanzaron una fría mirada, sin cesar en su plegaria.

El abate se levantó, le tomé el brazo para apoyarme en él, y añadí:

—¿Vive aún?

Él inclinó la cabeza con un movimiento triste y dulce.

—¡Hablad, os lo suplico, en nombre de la Pasión de Nuestro Señor! ¿Por qué rezáis al pie de esa cruz? ¿Por qué estáis aquí y no al lado de ella? ¿Por qué sus hijos se encuentran fuera en una mañana tan fría? Decídmelo todo, para que no cause yo alguna desgracia por ignorancia.

—Desde hace algunos días, la señora condesa no quiere ver a sus hijos sino en horas determinadas... Señor —añadió tras una pausa—, acaso deberíais esperar algunas horas antes de volver a ver a la señora de Mortsauf... ¡está muy cambiada!, pero es conveniente prepararla a esta entrevista, pues podríais aumentarle su sufrimiento... En cuanto a la muerte, será un bien.

Estreché la mano de aquel hombre divino, cuya mirada y cuya voz acariciaban las heridas del prójimo sin avivarlas.

—Todos rezamos aquí por ella —prosiguió—, pues ella, tan santa, tan resignada, tan dispuesta a morir, tiene desde hace unos días un horror secreto por la muerte; lanza sobre quienes están llenos de vida miradas en las que, por vez primera, se pintan sentimientos sombríos y envidiosos. Sus vértigos son provocados, yo creo, menos por el espanto de la muerte que por una embriaguez interior, por las flores ajadas de su juventud que fermenta mustiéndose. Sí, el ángel malo disputa esta bella alma al cielo. Sufre su agonía del monte de los Olivos, acompaña con sus lágrimas la caída de las rosas blancas que coronaban su cabeza de Jefté desposada, y desprendidas una a una. Esperad, no os mostréis aún; le traeríais los fulgores de la corte, hallaría en vuestro rostro un reflejo de las fiestas mundanas, y daríais fuerza a sus quejas. Tened piedad de una debilidad que Dios mismo ha perdonado a su Hijo hecho hombre. ¿Qué méritos tendríamos por lo demás, en vencer sin adversario? Permitid que su confesor o yo, dos ancianos cuyas ruinas no ofenden a su vista, la preparemos a una inesperada entrevista, a emociones a las que el abate Birotteau había exigido que ella renunciara. Mas hay en las cosas de este mundo una invisible trama de causas celestes, que un ojo religioso percibe, y si vos habéis venido aquí, acaso habéis sido traído por una de esas estrellas celestes que brillan en el mundo

moral, y que conducen hacia la tumba como a la cuna.

Luego, empleando esa untuosa elocuencia que cae sobre el corazón como un rocío, me dijo que desde hacía seis meses había sufrido cada día más la condesa, a pesar de los cuidados del doctor Origet. Él había venido durante dos meses, todas las tardes, a Clochegourde, queriendo arrancar aquella presa a la muerte, pues la condesa le había dicho: ¡Salvadme!».

—¡Mas para sanar el cuerpo, habría sido necesario curar primero su corazón! — había exclamado un día el viejo médico.

—A medida de los progresos del mal —siguió el abate de Dominis— las palabras de esta mujer tan dulce, se han tornado amargas. Clama a la tierra que la conserve, en vez de clamar a Dios que la acoja; luego se arrepiente de murmurar contra los designios del altísimo. Estas alternativas la desgarran el corazón, y hacen horrible la lucha del cuerpo y del alma. ¡A menudo el cuerpo triunfa! «¡Me costáis bien caro!», ha dicho un día a Magdalena y Santiago, rechazándolos de su lecho. Pero, en ese momento, vuelta a Dios por mi presencia, ha dicho a Magdalena estas angélicas palabras: «La dicha de los demás se convierte en la alegría de quienes no pueden ser ya felices». Y su acento fue tan desgarrador, que sentí humedecerse mis párpados. Ella cae, es verdad; pero a cada paso en falso se levanta más alto hacia el cielo.

Afligido por los mensajes sucesivos que el azar me enviaba, y que, en este gran concierto de infortunios, preparaban con dolorosas modulaciones el tema fúnebre, el gran grito del amor expirando, exclamé:

—¿Creéis vos que ese bello lirio tronchado volverá a florecer en el cielo?

—Vos la habéis dejado flor aún —me respondió—. Pero la volveréis a hallar consumada, purificada en el fuego de los dolores, y pura como un diamante oculto todavía entre cenizas. Sí, ese brillante espíritu, estrella angélica, saldrá espléndida de sus nubes para ir al reino de la luz.

En el momento en que estrechaba nuevamente la mano de este hombre evangélico, con el corazón oprimido de agradecimiento, el conde mostró fuera de la casa su cabeza completamente encanecida, y se abalanzó hacia mí con movimiento que revelaba la sorpresa.

—¡Ella ha dicho la verdad! «¡Félix, Félix, ha vuelto Félix!», ha exclamado la señora de Mortsauf. Amigo mío —prosiguió lanzándome insensatas miradas de terror—. ¿Por qué no se llevó ella a un viejo loco como yo, al que ya emplazó?...

Fui hacia el castillo, haciendo acopio de valor, pero, en el umbral de la larga antecámara que llevaba del parterre a la escalinata, atravesando la casa, me detuvo el abate Birotteau.

—La señora condesa os ruega que no entréis todavía —me dijo.

Lanzando una ojeada, vi a servidores que iban y venían muy atareados, ebrios de dolor y sorprendidos sin duda por las órdenes que les comunicaba Manette.

—¿Qué sucede? —dijo el conde, asustado por aquel movimiento, tanto por miedo al horrible acontecimiento que por la inquietud natural a su carácter.

—Una fantasía de enfermo —respondió el abate—. La señora condesa no quiere recibir al señor vizconde en el estado en que se encuentra; habla de tocado... ¿por qué contrariarla?

Manette fue a buscar a Magdalena, y vimos que ésta salía algunos momentos después de entrar en la habitación de su madre. Luego, de paseo los cinco, Santiago y su padre, los dos abates y yo, todos silenciosos, a lo largo de la fachada y al parterre, rebasamos la casa. Contemplé alternativamente Montabon y Azay, mirando al valle amarillento cuyo duelo respondía entonces, como en toda ocasión, a los sentimientos que me agitaban. De pronto divisé a la querida bonita buscando flores de otoño, recogiénolas sin duda para confeccionar ramilletes. Pensando lo que para mí significaba aquella réplica de mis solicitudes amorosas, se produjo en mí algo como un remover de las entrañas, me tambaleé, mi vista se oscureció, y los dos abates, entre los cuales me encontraba, me condujeron a la balaustrada de una terraza, donde permanecí unos momentos como destrozado, mas sin perder por entero el conocimiento. —¡Pobre Félix!— me dijo el conde—. ¡Ella había prohibido el escribiros... ella sabe cuánto la queréis!

Aunque preparado para sufrir, yo me había encontrado sin fuerzas contra una atención que resumía todos mis recuerdos de felicidad.

—¡Ahí está —pensé— esa landa desecada como un esqueleto, iluminada por gris claridad, en medio de la cual se elevaba una sola mata de flores, que antaño, en mis recorridos, no admiré nunca sin un siniestro estremecimiento, y que era la imagen misma de esta hora lúgubre!

Todo era sombrío en aquel pequeño castillo, antes tan vivo, tan animado... todo lloraba, todo hablaba de desesperación, de abandono. Avenidas rastrilladas a medias, trabajos comenzados y abandonados, obreros erguidos, contemplando el castillo. Aunque se vendimiara en los cercados, no se oía ni ruido ni parloteo. Las viñas parecían deshabitadas, a tal punto era profundo el silencio. Ibamos como personas cuyo dolor rechaza las palabras triviales, y escuchábamos al conde, el único de nosotros que hablaba. Tras las frases dictadas por el amor maquinal que sentía por su esposa, el conde fue conducido por la pendiente de su espíritu a quejarse de la condesa. Su mujer no había querido nunca cuidarse ni escucharle cuando la daba buenos consejos; él fue el primero en percatarse de los síntomas de la enfermedad, pues los había estudiado en sí mismo, los había combatido, y se había curado completamente solo, sin más auxilio que el de un régimen y evitando toda emoción fuerte. Él habría podido también curar a la condesa; pero un marido no podría aceptar tales responsabilidades, sobre todo cuando tiene la desgracia de ver en todo asunto desdeñada su experiencia. A pesar de sus amonestaciones, la condesa había tomado por médico a Origet. Este, que tan mal le había cuidado a él antes, le mataba su mujer. Si aquella enfermedad tenía por causa excesivos pesares y disgustos, él había reunido todas las condiciones para tenerla; pero ¿cuáles podían ser los pesares de su mujer? ¡La condesa era feliz; no tenía ni penas ni contrariedades! Su fortuna se

encontraba, gracias a los cuidados de él y a sus buenas ideas, en un estado satisfactorio; dejaba a la señora de Mortsauf reinar en Clochegourde; sus hijos, bien educados, en buen estado de salud, no proporcionaban ya ninguna inquietud; ¿de dónde, pues, podía proceder el mal? Y discutía y mezclaba la expresión de su desesperación a insensatas acusaciones. Luego, devuelto por algún recuerdo a la admiración que merecía aquella noble criatura, se escapaban algunas lágrimas de sus ojos, secos ya desde hacía tanto tiempo.

Magdalena vino a advertirme que su madre me esperaba. El abate Birotteau me siguió. La seria muchachita quedóse junto a su padre, diciendo que la condesa deseaba estar sola conmigo, poniendo por pretexto la fatiga que le causaría la presencia de varias personas. La solemnidad de aquel momento produjo en mí la impresión de calor interior y de frío exterior que nos dilacera en las grandes circunstancias de la vida. El abate Birotteau, uno de esos hombres que Dios ha marcado como suyos, revistiéndolos de dulzura, de simplicidad, otorgándoles la paciencia y la misericordia, me tomó aparte.

—Señor —me dijo—, sabed que he hecho cuanto era humanamente posible para impedir esta reunión. La salvación de esta santa lo quería así. Yo no he visto sino a ella, y no a vos. Ahora que vais a volver a ver a aquella cuyo acceso debiera haberos estado prohibido por los ángeles, sabed que permaneceré entre ambos para defenderla contra vos mismo y acaso contra ella. Respetad su debilidad. No os pido gracia para ella como sacerdote, sino como el amigo más humilde que pudierais tener, y que quiere ahorraros remordimientos. Nuestra querida enferma muere exactamente de hambre y de sed. Desde esta mañana se encuentra presa de la febril irritación que precede a esa horrible muerte, y no puedo ocultaros a qué punto echa de menos la vida. Los gritos de su carne rebelada se extinguen en mi corazón, donde hieren ecos todavía demasiado tiernos; pero el señor de Dominis y yo hemos aceptado esta tarea religiosa, con el fin de hurtar el espectáculo de tal agonía moral a esta noble familia, que no reconoce ya a su estrella vespertina y matutina; pues el esposo, los hijos y los servidores, todos preguntan: «¿Dónde está ella?», tanto es lo que ha cambiado. Al veros, las quejas van a renacer. Abandonad los pensamientos de hombre de mundo, olvidad las vanidades del corazón, sed junto a ella el auxiliar del Cielo y no el de la tierra. Que esta santa no muera en un momento de duda, dejando escapar palabras de desesperación.

No respondí nada. Mi silencio consternó al pobre confesor. Yo veía, oía, más sin embargo no me encontraba ya sobre la tierra. La reflexión de: «¿Qué es lo que ha pasado, pues? En qué estado la voy a encontrar, para que todos empleen tales precauciones?», engendraba aprensiones tanto más crueles cuanto eran indefinidas: contenía todos los dolores juntos. Llegamos a la puerta de la habitación, que me abrió el confesor inquieto. Percibí entonces a Enriqueta vestida de blanco, sentada sobre su pequeño canapé situado ante la chimenea ornada de nuestros dos jarrones llenos de flores; había más flores aún sobre el velador colocado ante el alféizar. El rostro del

abate Birotteau, estupefacto ante el aspecto de aquella fiesta improvisada y del cambio de aquella habitación súbitamente restablecida a su antiguo estado, me hizo adivinar que la moribunda había proscrito el repelente aparato que rodea el lecho de los enfermos. Había consumido las últimas fuerzas de una fiebre agónica para engalanar su habitación en desorden, y recibir en ella dignamente a quien en aquel momento amaba más que a nada. Bajo las ondas de encajes, su enflaquecido rostro, que tenía la verdosa palidez de las flores de la magnolia cuando se entreabren, aparecía como sobre el lienzo amarillo de un retrato los primeros contornos de una cabeza querida dibujada con tiza; mas para sentir a qué punto penetró profundamente en mi corazón la garra del buitres, suponeos acabados y llenos de vida los ojos de este esbozo, unos ojos sumidos, que brillaban con inusitado fulgor en un rostro apagado. No tenía ya la majestuosa serenidad que le comunicaba la costante victoria alcanzada sobre sus dolores. Su frente, única parte de la cara que guardara sus bellas proporciones, expresaba la agresiva audacia del deseo y de las amenazas reprimidas. A pesar de las tonalidades cerúleas de su alargada faz, brasas interiores se escapaban de ella con irradiación semejante al flúido que llamea sobre los campos en una calurosa jornada. Sus sumidas sienes y huecas mejillas mostraban las formas interiores del rostro, y la sonrisa que dibujaban sus blancos labios se asemejaba vagamente a la burlona mueca de la muerte. Su vestido cruzado sobre su seno, atestiguaba la flacura de su bello busto. La expresión de su cabeza decía hartos que se sabía cambiada y que estaba desesperada por ello. Ya no era mi deliciosa Enriqueta, ni la sublime y santa señora de Mortsauf; era la cualquier cosa sin nombre, de Bossuet, que se debatía contra la nada, y a la que el hambre y los deseos engañados, impulsaban al combate egoísta de la vida contra la muerte. Fui a sentarme a su lado, tomándola, para besarla, su mano, que sentí ardiente y descarnada. Adivinó mi dolorosa sorpresa en el mismo esfuerzo que hice para ocultarla. Sus descoloridos labios se tendieron entonces sobre sus dientes hambrientos, para intentar una de esas sonrisas forzadas bajo las cuales ocultamos igualmente la ironía de la venganza, la espera del placer, la embriaguez del alma y la rabia de una decepción.

—¡Ah, es la muerte, mi pobre Félix —me dijo—, y vos no amáis la muerte! La muerte odiosa, la muerte de la cual toda criatura, hasta el más intrépido amante, tiene horror. Aquí acaba el amor: ya lo sabía yo bien. Lady Dudley no os verá nunca asombrado de su cambio. ¡Ah!, ¿por qué os he deseado tanto, Félix? Por fin habéis venido; os he recompensado de esa abnegación por el horrible espectáculo que antaño convirtió en un trapense al conde de Rancé. Yo que deseaba subsistir grande y bella en vuestro recuerdo, vivir en él como un lirio eterno, yo os quito vuestras ilusiones. El verdadero amor no calcula nada. Mas no huyáis, quedaos. El doctor Origet me ha encontrado mucho mejor esta mañana, voy a retornar a la vida, renaceré bajo vuestras miradas. Luego, cuando haya recuperado algunas fuerzas, cuando pueda volver a tomar algún alimento, seré nuevamente bella. Apenas tengo treinta y cinco años; puedo aún disponer de otros muy hermosos. La felicidad rejuvenece, y yo quiero

conocer la felicidad. He formado deliciosos proyectos; les dejaremos en Clochegourde y nos iremos juntos a Italia.

Lágrimas humedecieron mis ojos; y volví la cabeza hacia la ventana, como para mirar las flores; el abate Birotteau vino precipitadamente a mi lado y se inclinó hacia el ramo.

—¡Nada de lágrimas! —me dijo al oído.

—Enriqueta, ¿no amáis ya, pues, nuestro querido valle? —le pregunté, a fin de justificar mi brusco movimiento.

—Sí —dijo, llevando su frente a mis labios con un movimiento de zalamería—; pero sin vos, me es funesto... *sin ti* —enmendó, rozando mi oído con sus ardientes y resechos labios, como para verter en ellos las dos sílabas como dos suspiros.

Quedé espantado por aquella loca caricia, que aumentaba aún los terribles discursos de los dos abates. En ese momento, se disipó mi primera sorpresa; mas si pude hacer uso de mi razón, mi voluntad no fue lo bastante fuerte para reprimir el movimiento nervioso que me agitó durante esta escena. Escuché sin responder, o más bien respondí por una sonrisa fija y por gestos de consentimiento, para no contrariarla, obrando como una madre con su hijo. Tras haber sido impresionado por la metamorfosis de la persona, percibí que la mujer, otrora tan imponente por sus sublimidades, tenía en la actitud, en las maneras, en las miradas y en las ideas, la cándida ignorancia de un niño, las gracias ingenuas, la avidez de movimiento, la despreocupación profunda de lo que no es su deseo o él, todas las debilidades, en fin, que recomiendan al niño a la protección. ¿Es lo mismo con todos los moribundos? ¿Se despojan de todos los disfraces sociales, de igual modo que no se los ha revestido aún el niño? ¿O bien, al hallarse al borde de la eternidad, la condesa, no aceptando ya de todos los sentimientos humanos sino el amor, expresaba la suave inocencia a la manera de Cloe?

—Como en otro tiempo, vos me volveréis a la salud, Félix —dijo—, y mi valle me será benéfico. ¿Cómo no habré de comer lo que vos me presentéis? ¡Sois un enfermero tan bueno! Además, estás tan pletórico de fuerza y de salud, que a vuestro lado la vida es contagiosa. Amigo mío, demostradme, pues, que no puedo morir..., morir engañada... ¡Ellos creen que la sed es mi sufrimiento más agudo! ¡Oh, sí, tengo mucha sed, amigo mío! Me causa daño ver el agua del Indre, pero mi corazón experimenta una sed más ardorosa. Yo tenía sed de mí —me dijo con voz más ahogada y tomando mis manos entre las suyas abrasadoras y atrayéndome a ella para verterme esas palabras al oído—: ¡mi agonía ha sido el no verte! ¿No me dijiste que viviera? ¡Pues quiero vivir! ¡También yo quiero montar a cabedlo! ¡Quiero conocerlo todo: París, las fiestas, los placeres...!

¡Ah, Natalia!, ese clamor horrible, que el materialismo de los sentidos engañados torna frío a distancia, nos hacía zumbiar los oídos al viejo sacerdote y a mí: los acentos de aquella voz magnífica describían los combates de toda una vida, las angustias de un verdadero amor decepcionado. La condesa se levantó con

movimiento de impaciencia, como un niño que quiere un juguete. Cuando el confesor vio así a su penitente, el pobre hombre cayó de repente de rodillas, unió sus manos y recitó oraciones.

—¡Sí, vivir! —dijo ella, haciéndome levantar y apoyándose contra mí—. ¡Vivir de realidades y no de mentiras! Todo ha sido mentira en mi vida; yo he completado esas imposturas desde hace unos días. ¿Es posible que muera yo, que no he vivido, yo que jamás he ido a buscar a nadie a una landa?

Se detuvo, pareció escuchar y percibió a través de las paredes no sé qué olor.

—Félix, las vendimiadoras van a cenar, y yo... —dijo con voz infantil—, yo que soy el ama, tengo hambre.

—¡*Kyrie eleison!* —decía el pobre abate, quien con las manos juntas y la vista en lo alto, recitaba la letanía.

Ella echó sus brazos en torno a mi cuello, me abrazó violentamente y me estrechó diciendo:

—¡No te me escaparás más! ¡Yo quiero ser amada, cometeré locuras como lady Dudley, y aprenderé el inglés para decir bien: *My Dee!*

Me hizo un gesto con la cabeza, como lo hacía en otro tiempo al dejarme, para indicarme que iba a volver en seguida.

—Cenaremos juntos —me dijo—. Voy a prevenir a Manette...

Le detuvo un semi-desmayo que la acometió, y la acosté completamente vestida sobre su lecho.

—Ya una vez me habéis llevado así —me dijo, abriendo los ojos.

Era muy ligera, pero, sobre todo, al tomarla, sentí su cuerpo completamente abrasador. Entró el señor Deslandes, y se asombró al ver la habitación engalanada de tal manera; mas al verme, todo le pareció justificado.

—Se sufre mucho para morir, señor —dijo ella con voz alterada.

Él se sentó, tomó el pulso de la enferma, se levantó bruscamente, fue a hablar en voz baja al sacerdote, y salió; yo le seguí.

—¿Qué váis a hacer? —le pregunté.

—Ahorrarle una espantosa agonía —me dijo—. ¿Quién podría creer en tanto vigor? No comprendemos cómo aún vive, sino pensando en la manera como ha vivido. Hace cuarenta y dos días que la señora condesa no ha bebido, ni comido, ni dormido.

El doctor Deslandes preguntó por Manette. El abate Birotteau me llevó a los jardines.

—Dejemos actuar al doctor —me dijo—. Ayudado por Manette, va a envolverla en opio. Bueno, ya la habéis oído... si en todo caso es cómplice de sus arrebatos de locura...

—No —dije—. Ya no es ella.

Yo estaba anonadado de dolor. Cuanto más andaba, más amplitud adquiría cada detalle de aquella escena. Salí bruscamente por la pequeña puerta bajo la terraza, y

fui a sentarme en la barca, donde me escondí para quedar a solas con mis pensamientos. Intenté despegarme de esa fuerza por la cual vivía, suplicio comparable con el que los tártaros castigaban el adulterio prendiendo un miembro del culpable en un trozo de madera, y dejándole un cuchillo para cortárselo, si no quería morir de hambre; terrible lección que padecía mi alma, de la cual me era preciso cercenar la más bella mitad. ¡Mi vida estaba también frustrada! La desesperación me sugería las más extrañas ideas. Tan pronto quería yo morir por ella, como luego encerrarme en la Meilleraye, a donde habían ido a establecerse los trapenses. Mis empañados ojos no veían ya los objetos exteriores. Contemplaba las ventanas de la habitación donde sufría Enriqueta, creyendo percibir en la luz que la alumbraba la noche que me prometí con ella. ¿No habría yo debido obedecer a la vida simple que ella había creado, reservando para ella el manejo de los asuntos? ¿No me había ordenado que fuera un gran hombre, a fin de preservarme de las pasiones bajas y vergonzosas que había sufrido, como todos los hombres? ¿No era la castidad una sublime distinción que yo no había sabido mantener? El amor, como lo concebía Arabella, me disgustó de pronto. En el momento en que alzaba yo mi abatida cabeza, preguntándome de donde me vendrían en adelante la luz y la esperanza, qué interés tendría en vivir, fue agitado el aire por leve ruido. Me volví hacia la terraza, y divisé a Magdalena paseándose sola, caminando lentamente. Mientras que subía yo a donde se encontraba, para pedir cuenta a la querida niña de la fría mirada que me había lanzado al pie de la cruz, ella se había sentado sobre el banco; cuando me vio a mitad de camino, se levantó y fingió no haberme visto, para no quedarse a solas conmigo; su paso era presuroso, significativo.

Ella me odiaba, huía del asesino de su madre. Al volver por las escalinatas de Clochegourde, la vi como una estatua, inmóvil y en pie, escuchando el ruido de mis pasos. Santiago estaba sentado sobre un peldaño, y su actitud expresaba la misma insensibilidad que me había chocado cuando nos paseamos juntos, inspirándome esas ideas que relegamos a un rincón de nuestra alma, para volverlas a tomar y ahondarlas más tarde, a gusto propio. He observado que los jóvenes que llevan en sí la muerte, son todos insensibles a los funerales. Quise interrogar a aquella alma sombría. ¿Habría reservado Magdalena sus pensamientos para sí sola, o bien inspirando asimismo su odio a Santiago?

—Ya sabes —le dije, para entablar conversación— que en mí tienes al más leal de los hermanos.

—¡Vuestra amistad me es inútil, yo seguiré a mi madre! —me respondió, lanzándome una huraña mirada de dolor.

—¡Santiago! —exclamé—, ¿tú también?

Tosió y se apartó lejos de mí; luego, al volver, me mostró rápidamente su pañuelo ensangrentado.

—¿Comprendéis? —dijo.

Así, pues, cada uno de ellos tenía un fatal secreto. Como lo hube de ver después,

la hermana y el hermano se rehuían. Caída Enriqueta, todo estaba en ruinas en Clochegourde.

—La señora duerme —vino a decirnos Manette, feliz por saber a la condesa sin sufrimientos.

En momentos tan espantosos, aun cuando cada cual conozca el inevitable fin, los cariños verdaderos detonan delirantes y se aferran a pequeñas felicidades. Los minutos son siglos que se quisieran llenar de beneficios. Se desearía cargar con sus sufrimientos, y que el último suspiro fuese inesperado para ellos.

—El doctor Deslandes ha ordenado quitar las flores, que actuaban demasiado intensamente sobre los nervios de la señora —me dijo Manette.

Así, pues, las flores habían causado su delirio; ella no era cómplice. Los amores de la tierra, las fiestas de la fecundación, las caricias de las plantas, la habían embriagado con sus perfumes, y sin duda habían despertado los pensamientos de amor feliz que dormitaban en ella desde su juventud.

—Venid, señor Félix —me dijo ella—. Venid a ver a la señora; está bella como un ángel.

Volví a la habitación de la moribunda en el momento en que el sol se ocultaba y doraba el encaje de los tejados del castillo de Azay. Todo estaba tranquilo y puro. Una suave claridad iluminaba el lecho en el que reposaba Enriqueta, bañada en opio. En aquel momento, el cuerpo estaba por decirlo así anulado; únicamente el alma reinaba sobre aquel rostro, sereno como un hermoso cielo despejado tras la tormenta. Blanca y Enriqueta, aquellas dos sublimes caras de la misma mujer, reaparecían tanto más bellas, cuanto mi recuerdo, mi pensamiento, mi imaginación, coadyuvando la naturaleza, reparaban las alteraciones de cada rasgo donde el alma triunfante enviaba sus resplandores en oleadas confundidas con los soplos de la respiración. Los sacerdotes estaban sentados junto al lecho. El conde, en pie, parecía fulminado al reconocer los estandartes de la muerte que flotaban sobre aquella adorada criatura. Yo tomé asiento sobre el canapé, en el lugar que ella había ocupado. Luego, los cuatro intercambiamos miradas en las que la admiración de aquella celeste belleza se mezclaba a lágrimas de sentimiento. Las luces del pensamiento anunciaban el retorno de Dios en uno de sus más preciosos tabernáculos. El abate de Dominis y yo nos hablábamos por señas, comunicándonos ideas mutuas. ¡Sí, los ángeles velaban a Enriqueta! Sí, sus flamígeras espadas refulgían sobre aquella noble frente a la que tornaban las augustas expresiones de la virtud, que en otro tiempo constituían como un alma visible con la cual departían los espíritus de su esfera. Las líneas de su rostro se engrandecían y se hacían majestuosas bajo los invisibles incensarios de los serafines que la custodiaban. Los verdosos tintes del sufrimiento corporal daban paso a los tonos enteramente blancos, a la palidez mate y fría de la próxima muerte. Santiago y Magdalena entraron; Magdalena nos hizo estremecer a todos por el movimiento de adoración que la precipitó ante el lecho, le unió las manos y le inspiró esta sublime exclamación:

—¡Al fin, esta es mi madre!

Santiago sonreía; estaba seguro de seguir a su madre allá donde ella iba.

—Ya llega al puerto —dijo el abate Birotteau.

El abate de Dominis me miró como para repetirme: «¿No dije que la estrella se alzaría brillante?».

Magdalena permaneció con los ojos fijos en su madre, respirando cuando ella lo hacía, imitando su leve soplo, hilo último que la adhería a la vida, y que nosotros seguimos con terror, temiendo verlo roto al menor esfuerzo. Como un ángel a las puertas del santuario, la joven estaba ansiosa y tranquila, fuerte y posternada. En aquel momento sonó el *Angelus* en el campanario de la aldea. Las ondas del aire lanzaron los tañidos que nos anunciaban que a aquella hora la cristiandad entera repetía las palabras dichas por el ángel a la mujer que redimió los pecados de su sexo. Aquella tarde, el *Ave María* nos pareció una salutación del cielo. La profecía era tan clara y el acontecimiento tan próximo, que nos deshicimos en llanto. Los murmullos del crepúsculo, brisa melodiosa en los follajes, últimos gorjeos de los pájaros, estribillos y zumbidos de insectos, voces de las aguas, plañidero grito de la rubeta: todo el campo decía adiós al más bello lirio del valle, a su vida simple y rústica. Aquella poesía religiosa, unida a todas las poesías de la naturaleza, expresaba también la canción de la partida, que nuestros sollozos fueron al punto repetidos. Aunque estuviera abierta la puerta de la habitación, nos hallábamos tan sumidos en aquella terrible contemplación, como para imprimir para siempre jamás en nuestra alma el recuerdo, que no habíamos percibido al personal de la casa arrodillado en un grupo donde se decían fervientes plegarias. Aquellas pobres gentes, acostumbradas a la esperanza, creían que conservarían a su ama, y aquel presagio tan manifiesto, las abrumó. A un gesto del abate Birotteau, el viejo piquero salió para ir a buscar al cura de Saché. El médico, en pie junto al lecho, sereno como la ciencia y que tenía en su mano la adormecida de la enferma, había hecho una seña al confesor para decirle que aquel sueño era la última hora sin sufrimiento que quedaba al ángel llamado. Había llegado el momento de administrarle los últimos sacramentos de la Iglesia. A las nueve, ella se despertó dulcemente, nos miró con aire sorprendido, pero dulce, y volvimos a ver a nuestro ídolo en la belleza de su buena época.

—¡Madre mía, eres demasiado bella para morir, la vida y la salud te vuelven! —exclamó Magdalena.

—Querida hija, viviré, pero en ti —respondió sonriendo.

Diéronse entonces desgarradores abrazos de la madre a los hijos y de éstos a la madre. El señor Mortsauf besó a su mujer piadosamente en la frente. La condesa enrojeció al verme.

—Querido Félix —dijo—, este es creo el único pesar que os habré dado... Mas olvidad lo que haya podido decir, pobre insensata de mí...

Me tendió la mano y la tomé para besarla; entonces ella me dijo con la graciosa sonrisa de la virtud:

—¿Como antes, Félix?...

Salimos todos y fuimos al salón durante todo el tiempo que debía durar la última confesión de la enferma. Yo me coloqué junto a Magdalena. En presencia de todos, ella no podía rehuirme sin descortesía; pero, imitando a su madre, no miraba a nadie y guardó silencio, sin posar una sola vez sus ojos sobre mí.

—Querida Magdalena —le dije en voz baja—, ¿qué es lo que tenéis contra mí? ¿Por qué esos sentimientos fríos, cuando todos deben reconciliarse en presencia de la muerte?

—Creo oír lo que dijo en estos momentos mi madre —me respondió, adoptando el ademán de cabeza semejante a la que Ingres ha dado a su *Madre de Dios*, esa Virgen ya dolorosa que se dispone a proteger al mundo en el que su Hijo va a perecer.

—¿Y me condenáis en el momento en que vuestra madre me absuelve, si en todo caso soy culpable?

—¡Vos, y siempre vos!

Su acento traicionaba un odio reflexionado como el de un corso, implacable como lo son los juicios de aquellos que, no habiendo estudiado la vida, no admiten atenuante alguno a las faltas cometidas contra las leyes del corazón. Transcurrió una hora en un silencio profundo.

Volvió el abate Birotteau tras haber recibido la confesión general de la condesa de Mortsauf y nuevamente entramos todos en la habitación de la moribunda, en el momento que, siguiendo una de esas ideas que prenden en esas nobles almas, hermanas todas en la intención, Enriqueta se había hecho vestir un vestido largo que debía servirle de sudario. La hallamos sentada en su lecho, bella con sus expiaciones y con sus esperanzas; vi en la chimenea las negras cenizas de mis cartas, que acababan de ser quemadas, sacrificio que ella no había querido hacer —me dijo su confesor—, sino en el momento de la muerte. Sonrió a todos como en otros tiempos. Sus ojos, húmedos de lágrimas, revelaban un abrirse supremo; vislumbraba ya los goces celestes de la tierra de promisión.

—Querido Félix —me dijo tendiéndome la mano y estrechando la mía—. Debéis asistir a una de las últimas escenas de mi vida y que no será la menos penosa de todas, pero en la que tenéis gran parte.

Hizo un gesto y la puerta se cerró. A mi invitación, el conde se sentó; el abate Birotteau y yo permanecemos de pie. Ayudada por Manette, la condesa se levantó, se puso de rodillas ante el conde y quiso quedarse así. Luego, cuando se retiró Manette, alzó la cabeza, que había apoyado sobre las rodillas del asombrado conde.

—Aunque me haya conducido con vos como una esposa fiel —le dijo ella con voz alterada—, puede haberme sucedido, señor, que faltaba a veces a mis deberes; acabo de rogar a Dios que me otorgue la fuerza de pedir os perdón por mis faltas. He podido dedicar a los cuidados de una amistad situada fuera de la familia, atenciones más afectuosas aún que las que os debía. Acaso os haya irritado contra mí al comparar esas solicitudes, de esos pensamientos, con los que yo os prodigaba. He

tenido —añadió en voz baja— una viva amistad que nadie, ni siquiera aquel que fue su objeto, ha conocido por entero. Aunque haya permanecido virtuosa según las leyes humanas, que haya sido para vos una esposa irreprochable, a menudo han atravesado mi corazón pensamientos, involuntarios y voluntarios, y en este momento temo el haberlos acogido con demasiada complacencia. Pero, como os he amado tiernamente, que he permanecido vuestra sumisa esposa, que las nubes, pasando bajo el cielo, no han alterado la pureza, me veis solicitando vuestra bendición con la frente pura. Moriré sin ningún pensamiento amargo si oigo de vuestra boca una palabra dulce para vuestra Blanca, para la madre de vuestros hijos y si la perdonáis todas las cosas que ella no se ha perdonado a sí misma sino después de las seguridades del tribunal del que todos dependemos.

—¡Blanca, Blanca! —exclamó el viejo, derramando de pronto lágrimas sobre la cabeza de su mujer—. ¿Quieres hacerme morir?

La incorporó hasta él, con fuerza inusitada, la besó santamente en la frente, y, manteniéndola así, prosiguió:

—¿No tengo que pedirte perdón yo?... ¿No he sido a menudo duro? ¿No exageras escrúpulos pueriles?

—Tal vez —replicó ella—. Pero, amigo mío, sé indulgente con las debilidades de los moribundos, tranquilízame. Cuando tú llegues a esta hora, pensarás que te he abandonado bendiciéndote. ¿Me permites que deje a nuestro amigo presente esta prenda de un profundo sentimiento? —añadió señalando una carta que estaba sobre la chimenea—. Ahora es mi hijo adoptivo, eso es todo. El corazón, querido conde, tiene sus testamentos: mis últimas voluntades imponen a este caro Félix obras sagradas que cumplir; no creo haber presumido demasiado de él; haz, pues, que tampoco lo haya hecho demasiado de ti permitiéndome legarle algunos pensamientos. Sigo siendo mujer —dijo inclinando la cabeza con suave melancolía—. Tras mi perdón, te pido una gracia... Leed, pero solamente después de mi muerte —me dijo tendiéndome el misterioso escrito.

El conde vio palidecer más a su mujer y la llevó él mismo al lecho, donde nosotros la rodeamos.

—Félix —me dijo—. Puedo haber cometido yerros con vos. A menudo seguramente os he ocasionado algunos disgustos, dejándoos esperar alegrías ante las cuales he retrocedido; ¿mas no debo a mi valor de esposa y madre el que pueda morir reconciliada con todos? ¡Vos me perdonaréis también, vos que me habéis acusado tan a menudo y cuya injusticia me causaba placer!

El abate Birotteau puso un dedo sobre sus labios. A este gesto, la moribunda inclinó la cabeza, le sobrevino un semidesmayo y agitó las manos para decir que entrase el clero, sus hijos y los criados; luego me mostró con gesto imperioso al conde anonadado y a sus hijos que llegaban. La vista de aquel padre cuya secreta demencia sólo nosotros conocíamos, convertido en tutor de aquellos seres tan delicados, inspiraron a la agonizante mudas súplicas que cayeron en mi alma como

fuego sagrado. Antes de recibir la extremaunción, pidió perdón a sus servidores por haberles tratado a veces bruscamente; imploró sus oraciones y los recomendó a todos individualmente al conde; confesó noblemente haber proferido, durante el último mes, quejas poco cristianas, que habrían podido escandalizar a sus servidores; había rechazado a sus hijos y concebido sentimientos poco decorosos; pero achacó este defecto de sumisión a las voluntades de Dios, a sus intolerables dolores. En fin, agradeció públicamente, con conmovedora efusión del corazón, al abate Birotteau, por haberle mostrado el vacío de las cosas humanas. En cuanto cesó de hablar, comenzaron las plegarias; después el cura de Saché le administró el viático. Algunos momentos más tarde, se dificultó su respiración, un velo se tendió sobre sus ojos, que volvieron a abrirse; me lanzó una última mirada y murió a la vista de todos, escuchando acaso el triste concierto de nuestros sollozos. En el momento en que exhaló su último suspiro, postrer sufrimiento de una vida que fue un largo dolor, sentí en mí mismo una conmoción que afectó todas mis facultades. El conde y yo permanecimos durante toda la noche junto al lecho mortuario, con los dos abates y el cura, velando a la luz de los cirios el cadáver yacente.

Esta fue mi primera comunicación con la muerte. Permanecí durante toda aquella noche con los ojos posados sobre Enriqueta, fascinado por la expresión pura que presta el apaciguamiento de todas las tempestades, por la blancura del rostro al que aún adornaba con sus innumerables afectos, pero que no respondía ya a mi amor. ¡Qué majestad en ese silencio y en ese frío! ¡Cuántas flexiones no expresan! ¡Qué belleza en ese reposo absoluto, qué despotismo en esa inmovilidad! Todo el pasado se encuentra en él aún, y en él comienza el futuro. ¡Ah, yo la amaba muerta tanto como la había amado en vida! Al llegar la mañana, el conde fue a acostarse, y los tres sacerdotes, se adormilaron en aquella hora pesada, tan conocida por quienes velan. Y entonces, sin testigos, pude besarla en la frente con todo el amor que no me había permitido jamás expresar.

Al otro día, y en una fresca mañana de otoño, acompañamos a la condesa a su última morada. El féretro lo llevaban el viejo piquero, los dos Martineau y el marido de Manette. Descendimos por el camino que tan jubilosamente había subido yo el día en que la volví a encontrar; atravesamos el valle del Indre para llegar al pequeño cementerio de Saché, pobre camposanto de aldea, situado en la parte trasera de la iglesia, sobre la grupa de una colina, y donde, por humildad cristiana, quiso ser enterrada con una simple cruz de madera, como una pobre campesina, según su propio deseo. Cuando, desde la mitad del valle, divisé la iglesia de la aldea y el lugar del cementerio, me recorrió un convulsivo escalofrío. ¡Ay, todos tenemos en la vida un Gólgota en el que dejamos nuestros treinta y tres primeros años recibiendo una lanzada en el corazón, sintiendo sobre nuestra cabeza la corona de espinas que reemplaza a la corona de rosas; esta colina debía ser para mí el monte de las expiaciones! Nos seguía una inmensa muchedumbre Venida para expresar los sentimientos del valle en el que ella había enterrado en silencio una multitud de

hermosas acciones. Por Manette, su confidente, se supo que para socorrer a los pobres, ella economizaba en su tocado, cuando no bastaban sus economías. Eran chiquillos desnudos que se vestían, canastillas que se enviaban, madres socorridas, sacos de trigo pagados a los molineros en invierno para viejos desvalidos, una vaca regalada a algún matrimonio pobre, en fin, las obras de la cristiana, de la madre y de la castellana; luego, dotes ofrecidas oportunamente para unir a parejas que se amaban y reemplazos pagados a jóvenes no favorecidos por el sorteo, conmovedoras ofrendas de la mujer amante que decía: *La felicidad de los demás es el consuelo de los que ya no pueden ser felices*. Estas cosas, contadas en las veladas hacía tres días, habían hecho que la concurrencia fuese inmensa. Yo iba con los dos abates, detrás del féretro. Según la costumbre, ni Magdalena ni Santiago estaban con nosotros, permaneciendo solos en Clochegourde. Manette quiso venir a toda costa.

—¡Pobre señora! ¡Pobre señora! ¡Ya es feliz! —la oí decir varias veces, a través de sus sollozos.

En el momento en que el cortejo dejó la calzada de los molinos, hubo un gemido general mezclado a llantos, que hacía creer que aquel valle lloraba por su alma. La iglesia estaba llena de gente. Tras el oficio funeral, fuimos al cementerio, donde debía ser enterrada junto a la cruz. Al oír yo rodar los guijos y la grava de la tierra sobre el féretro, me abandonó el valor, me tambaleé, rogué a los dos Martineu que me sostuvieran y me condujeron medio desmayado al castillo de Saché, cuyos dueños me ofrecieron cortésmente asilo, que acepté. Os lo confieso: no quise volver a Clochegourde y me repugnaba volver a Frapesle, desde donde podía ver el castillo de Enriqueta. Allí yo estaba cerca de ella. Permanecí varios días en una habitación cuyas ventanas daban a la cañada tranquila y solitaria de que os he hablado. Es un vasto pliegue de terreno bordeado de robles dos veces centenarios, y por donde discurre un torrente en la época de las grandes lluvias. Su aspecto convenía a la meditación severa y solemne a la que quería entregarme. Durante la jornada que siguió a la noche fatal, yo había reconocido cuán inoportuna iba a ser mi presencia en Clochegourde. El conde había experimentado violentas emociones a la muerte de Enriqueta, pero esperaba el terrible acontecimiento y en el fondo de su pensamiento tenía tomada una resolución que se asemejaba a la indiferencia. Yo me había percatado de ello varias veces y cuando la condesa posternada me entregó aquella carta que no me atrevía a abrir, cuando habló de su afecto por mí, ese hombre receloso no me lanzó la fulminante mirada que esperaba de él. Las palabras de Enriqueta las había atribuido a la excesiva delicadeza de su conciencia, que él sabía tan pura. Tal insensibilidad de egoísta era natural. Las almas de aquellos dos seres no se habían desposado más que sus cuerpos, no habían tenido jamás esas constantes comunicaciones que reavivan los sentimientos; nunca habían intercambiado penas ni placeres, esos lazos tan fuertes que nos destrozan por mil partes cuando se rompen, porque corresponden a todas nuestras fibras, porque están unidos a los repliegues de nuestro corazón, al mismo tiempo que han acariciado el alma que sancionaba cada uno de esos enlaces. La

hostilidad de Magdalena me cerraba Clochegourde. Esta dura doncella no estaba dispuesta a pactar con su odio sobre el féretro de su madre, y yo habría estado horriblemente desazonado entre el conde, que me hubiese hablado de sí mismo y la ama de casa, que me hubiera mostrado invencibles repugnancias. Encontrarse de tal guisa, allá donde antaño hasta las flores eran acariciadoras, los peldaños de las escalinatas elocuentes y donde todos mis recuerdos revestían de poesía los balcones, los brocales, las balaustradas y las terrazas, los árboles y los panoramas; ser odiado allí donde todo me amaba... no, yo no soportaba tal pensamiento. Así, tomé mi decisión desde el primer momento. ¡Ay, tal era, pues, el desenlace del más intenso amor que jamás haya herido el corazón de un hombre! A los ojos de los extraños, mi conducta iba a ser condenable, pero tenía la sanción de mi conciencia. Así es como acaban los más bellos sentimientos y los dramas más grandes de la juventud. Un buen día al alba partimos casi todos, como yo de Tours a Clochegourde, apoderándonos del mundo, con el corazón hambriento de amor; luego, cuando nuestras riquezas han pasado por el crisol, cuando nos hemos mezclado a los hombres y a los acontecimientos, todo se empequeñece, mengua insensiblemente y encontramos poco oro entre muchas cenizas. ¡Así es la vida: grandes pretensiones y pequeñas realidades! Medité largamente sobre mí mismo, preguntándome lo que iba a hacer tras un golpe que segaba todas mis ilusiones en flor. Y resolví lanzarme hacia la política y la ciencia, a los senderos tortuosos de la ambición, de arrancar a la mujer en mi vida y ser un estadista, frío y sin pasiones, permaneciendo fiel a la santa que había amado. Mis meditaciones iban hasta perderse de vista, mientras que mis ojos permanecían prendidos en la magnífica tapicería de los dorados robles, en las cimas severas y en los bronceos pies; me preguntaba si la virtud de Enriqueta no habría sido más bien ignorancia, si no sería yo culpable de su muerte. Me debatía en medio de mis remordimientos. Finalmente, un suave mediodía de otoño, una de esas últimas sonrisas del cielo, de tanta belleza en Turena, leí su carta, que, según su recomendación, no debía abrirla hasta después de su muerte. ¡Juzgar mis impresiones al leerla!

Carta de la señora de Mortsauf al vizconde Félix de Vandenesse

«Félix, amadísimo amigo, debo ahora abriros mi corazón, menos para mostraros cuánto os amo que para que comprendáis la grandeza de nuestras obligaciones, desvelándoos la hondura y gravedad de las heridas que habéis causado. En el momento en que caigo quebrantada por las fatigas del viaje, agotada por los ataques recibidos durante el combate, felizmente la mujer ha muerto y sólo ha sobrevivido la madre. Vais a ver, querido, cómo habéis sido la causa primera de mis males. Si más tarde me he ofrecido complacientemente a vuestros golpes, hoy muero recibiendo de vos una última herida; pero hay excesivos deleites en sentirse destrozada por aquel a quien se ama. Pronto, los sufrimientos me privarán sin duda de mi fuerza, por lo que

aprovecho los últimos destellos de mi inteligencia para suplicaros aún que reemplacéis junto a mis hijos el corazón de que les habréis privado. Os impondría este cuidado con autoridad, si os amase menos; mas prefiero dejar que lo toméis por vos mismo, como efecto de un santo arrepentimiento y también como una continuación de vuestro amor: ¿no estuvo en nosotros el amor constantemente mezclado de pesarasas meditaciones y de temores expiatorios? Y, yo lo sé, nos hemos amado siempre. Vuestra culpa no es tan funesta por vos como por el eco que la he dado en mi interior. ¿No os había dicho que era celosa, pero celosa hasta morir? Pues bien, muero. Consolaos, sin embargo: hemos dado satisfacción a las leyes humanas. La Iglesia, por una de sus más puras voces, me ha dicho que Dios sería indulgente con quienes habían inmolado a sus mandamientos sus inclinaciones naturales. Amado mío, sabedlo, pues, todo, pues no quiero que ignoréis uno solo de mis pensamientos. Lo que yo confiaré a Dios en mis últimos momentos vos debéis saberlo también, vos el rey de mi corazón, como Él es el rey del cielo. Hasta aquella fiesta dada al duque de Angulema, la única a la que he asistido, el matrimonio me había dejado en la ignorancia que presta al alma de las muchachas jóvenes la belleza de los ángeles. Verdad es que yo era madre; mas el amor no me había rodeado con esos placeres permitidos. ¿Cómo permanecí así? No lo sé, como tampoco por qué leyes todo se cambió para mí en un instante. ¿Os acordáis todavía hoy de vuestros besos? Han dominado mi vida, han surcado mi alma; el ardor de vuestra sangre ha penetrado mi juventud y vuestros deseos han entrado en mi corazón. Cuando me he erguido tan altanera, experimentaba una sensación que no podía expresarla en idioma alguno, ya que los niños no han hallado aún palabras para traducir la unión de la luz y de sus ojos, ni el beso de la vida en sus labios. Sí, era el son llegado en el eco, la luz lanzada a las tinieblas, el movimiento dado al universo; cuando menos fue tan rápido como todas esas cosas, pero mucho más bello, ¡pues era la vida del alma! Comprendí que existía no sé qué de desconocido para mí en el mundo, una fuerza más bella que el pensamiento, eran todos los pensamientos, todas las fuerzas, todo un porvenir en una emoción compartida. No me sentí madre solamente a medias. Cayendo sobre mi corazón, ese rayo encendió deseos que dormitaban sin yo saberlo; comprendí de pronto lo que quería decir mi tía cuando me besaba en la frente exclamando: *¡Pobre Enriqueta!* Al volver a Clochegourde, la primavera, las primeras hojas, el perfume de las flores, las lindas nubes blancas, el Indre, el cielo, todo me hablaba un lenguaje hasta entonces incomprendido, y que prestaba a mi alma un poco del movimiento que vos habéis impreso en mis sentidos. Si habéis olvidado esos terribles besos, yo no he podido borrarlos nunca de mi recuerdo: ¡por ellos muero! Sí, cada vez que os he visto después, refrescabais la huella; me sentía emocionada de la cabeza a los pies por vuestro aspecto, por el solo presentimiento de vuestra llegada. Ni el tiempo ni mi firme voluntad han podido dominar ese imperioso deleite. Yo me preguntaba involuntariamente: «¿Qué deben ser los placeres?» Nuestras miradas cambiadas, los respetuosos ósculos que depositabais en mis manos, mi brazo posado sobre el

vuestro, el tono tierno de vuestra voz, las menores cosas, en fin, me removían tan violentamente, que casi siempre se expandía una nube sobre mis ojos: el ruido de los sentidos revueltos llenaba entonces mi oído. ¡Ah, si en aquellos momentos en que redoblaba mi frialdad, me hubieseis tomado en brazos, habría muerto de felicidad! A veces he deseado de vos alguna violencia, mas la oración desterraba rápidamente ese mal pensamiento. Vuestro nombre pronunciado por mis hijos me inundaba el corazón de una sangre más caliente, que coloreaba al instante mi rostro y tendía trampas a mi pobre Magdalena para hacérselo decir, a tal punto gustaba yo de los borboteos de esa sensación. ¿Qué os diría? Vuestra escritura tenía un encanto; miraba vuestras cartas como se contempla un retrato. Sí, desde ese primer día, vos habíais conquistado sobre mí no sé qué fatal poder, ya comprenderéis, amigo mío, que se hizo infinito cuando me fue dado leer en vuestra alma. ¡Qué delicias me inundaron hallándoos tan puro, tan completamente sincero, dotado de tan bellas cualidades, capaz de cosas tan grandes y ya tan experimentado! ¡Hombre y niño, tímido y valeroso! ¡Qué alegría cuando encontré que los dos estábamos unidos por sufrimientos comunes! Desde aquel atardecer en que nos confiamos mutuamente, perderos era para mí morir: así os he dejado a mi lado por egoísmo. La certidumbre que tuvo el señor de la Berge de que vuestro alejamiento me produciría la muerte, le conmovió mucho, ya que leía en mi alma. Juzgó que mis hijos me necesitaban, así como mi casa, le prometí permanecer pura de acción y de pensamiento. «El pensamiento es involuntario», me dijo, «pero puede ser conservado en medio de los suplicios». «Si pienso», le respondí, «todo estará perdido; salvadme de mí misma. ¡Haced que él permanezca a mi lado y que siga pura!». El buen anciano, aunque muy severo, fue entonces indulgente a tanta buena fe. «Podéis quererle como se quiere a un hijo, destinándole vuestra hija», me dijo. Acepté valerosamente una vida de sufrimientos para no perderos; y sufrí con amor, viendo que estábamos unidos al mismo yugo. ¡Dios mío, yo he permanecido neutra, fiel a mi marido, no dejándoos dar un solo paso, Félix, en vuestro propio reino! La grandeza de mis pasiones ha reaccionado sobre mis facultades, he considerado los tormentos que me infligía el señor de Mortsauf como expiaciones y los soporté con orgullo para atacar a mis culpables inclinaciones. Antes estaba dispuesta a murmurar; pero desde que permanecisteis a mi lado, logré alguna alegría, que sentó bien al señor de Mortsauf. Sin esa fuerza que me prestasteis, yo habría sucumbido hacía tiempo a mi vida interior que os he contado. Si habéis tenido mucha parte en mis faltas, también la habéis tenido grande en el ejercicio de mis deberes. Lo mismo fue para con mis hijos. Yo creía haberlos privado de algo y temí no hacer lo bastante por ellos. Mi vida fue entonces un continuo dolor que yo amaba. Sintiendo que era menos madre, menos mujer honrada, el remordimiento se ha alojado en mi corazón; y temiendo faltar a mis obligaciones, he querido constantemente sobrepasarlas. Para no fallar, he puesto, pues, a Magdalena entre vos y yo, y os he destinado el uno al otro, alzando así barreras entre nosotros dos. ¡Barreras imponentes! ¡Nada podía ahogar los estremecimientos que me producíais!

Ausente o presente, vos teníais la misma fuerza. Yo he preferido Magdalena a Santiago, porque Magdalena debía ser vuestra. Mas no os cedía a mi hija sin combates. Yo me decía que no tenía sino veintiocho años cuando os conocí y que vos tenías casi veintidós; aproximaba las distancias, me entregaba a falsas esperanzas. ¡Oh, Dios mío!, Félix, os hago estas confesiones a fin de ahorraros remordimientos y acaso también a fin de haceros saber que yo no era insensible, que nuestros sufrimientos de amor eran bien cruelmente iguales y que Arabella no era superior a mí. Yo también era una de esas féminas de la raza caída, que los hombres gustan tanto. Hubo un momento en que la lucha fue tan terrible, que lloré durante todas las noches; me caía el pelo. ¡A vos os di estos cabellos! Ya os acordáis de la enfermedad que tuvo el señor de Mortsauf. Vuestra grandeza de alma de entonces, en vez de elevarme, me empequeñeció. ¡Ay, desde aquel día deseaba darme a vos como una recompensa debida a tanto heroísmo; mas esa locura duró poco! La puse a los pies de Dios durante la misa a la que rehusasteis asistir. La enfermedad de Santiago y los sufrimientos de Magdalena me han parecido amenazas de Dios, que arrastraba fuertemente a Él a la oveja descarriada. Luego, vuestro amor tan natural por esa inglesa, me ha revelado secretos que yo misma ignoraba. Os amaba más de lo que creía amaros. Magdalena ha desaparecido. Las constantes emociones de mi vida tormentosa, los esfuerzos que yo hacía para domeñarme sin más socorro que la religión, todo ha preparado la enfermedad de la que muero. Este terrible golpe ha determinado crisis sobre las cuales he mantenido silencio. Veía en la muerte le único desenlace posible de esta tragedia ignorada. Ha habido toda una vida arrebatada, celosa, furiosa, durante los dos meses que han transcurrido entre la noticia que me dio mi madre de vuestro trato con lady Dudley y vuestra llegada. Yo quería ir a París, tenía una sed asesina, ansiaba la muerte de esa mujer, era insensible a las caricias de mis hijos. La oración, que hasta entonces había sido para mí como un bálsamo, no producía ya efecto en mi alma. Los celos han abierto la ancha brecha por donde ha penetrado la muerte. Sin embargo, he permanecido con la frente serena. Sí, ese período de combates fue un secreto entre Dios y yo. Cuando he sabido efectivamente que yo era amada tanto como yo misma os amaba y que no era traicionada sino por la naturaleza y no por vuestro pensamiento, he querido vivir... mas ya no era tiempo. Dios me había puesto bajo su protección, sintiendo sin duda piedad por una criatura sincera consigo misma, sincera con Él y a la que sus sufrimientos habían llevado a menudo a las puertas del santuario. Mi bien amado, Dios me ha juzgado, el señor de Mortsauf me perdonará sin duda, pero ¿seréis clemente vos? ¿Escucharéis la voz que sale en este momento de mi tumba? ¿Repararéis las desgracias de las que somos igualmente culpables, vos menos que yo quizás? Ya sabéis lo que quiero pedir. Sed con el señor de Mortsauf lo que una hermana de la caridad es con un enfermo, escuchadle, queredle; nadie le querrá. Interponeos entre sus hijos y él, como yo lo hacía. Vuestra tarea no será de larga duración: Santiago abandonará pronto la casa para ir a París junto a su abuelo y vos me habéis prometido guiarle a través de los

escollos de este mundo. En cuanto a Magdalena, ella se casará. ¡Ojalá le gustarais un día!; ella es en todo yo misma, y, además, es fuerte, tiene esa voluntad que a mí me ha faltado, esa energía necesaria a la compañera de un hombre al que su carrera destina para las tormentas de la vida política; es diestra y penetrante. Si vuestros destinos se unieran ella sería más feliz que lo fue su madre. Adquiriendo así el derecho de continuar mi obra en Clochegourde, borraríais culpas que no han sido suficientemente expiadas, aunque perdonadas en el cielo y sobre la tierra, ya que Él es generoso y me perdonará. Sigo siendo, ya lo véis, egoísta; ¿pero no es ésta la prueba de un amor despótico? Yo quiero ser amada por vos en los míos. ¡No habiendo podido ser vuestra, os lego mis pensamientos y mis deberes! Si me amáis demasiado para obedecerme, si no queréis casaros con Magdalena, cuando menos velaréis el descanso de mi alma, haciendo al señor de Mortsauf tan feliz como puede serlo.

¡Adiós, querido hijo de mi corazón! Este es el adiós completamente inteligente, lleno de vida aún, el adiós de un alma en la que has derramado alegrías demasiado grandes como para que puedas tener el menor remordimiento de la catástrofe que han engendrado; me sirvo de estas palabras pensando que me amas, ya que yo llego al lugar del reposo, inmolada al deber, y, lo que me hace estremecer, no sin pesar ¡Dios sabrá mejor que yo si he practicado sus santas leyes según su espíritu! Sin duda a menudo me he tambaleado, mas no he caído y la más poderosa excusa de mis culpas se encuentra en la propia magnitud de las seducciones que me han rodeado. El Señor me verá tan temblorosa como si hubiese sucumbido. Adiós aún, un adiós semejante al que he dado ayer a nuestro hermoso valle, en cuyo seno reposaré pronto y donde vos volveréis a menudo, ¿no es así?

«Enriqueta.»

Caí en un abismo de reflexiones al percibir las desconocidas profundidades de aquella vida iluminada entonces por esta última llama. Las nubes de mi egoísmo se disiparon. Ella había sufrido tanto como yo, más que yo, puesto que había muerto. Ella creía que los demás debían ser excelentes para su amigo; había estado tan cegada por su amor, que no había ni sospechado la enemistad de su hija. Esta última prueba de su cariño me hizo mucho daño. ¡Pobre Enriqueta, que quería darme Clochegourde y su hija!

Natalia, después de ese día terrible para siempre en que he entrado en un cementerio acompañando los despojos de esa noble Enriqueta, a la que ahora conocéis, el sol ha sido menos cálido y menos luminoso, la noche más oscura, el movimiento menos rápido, el pensamiento más pesado. Hay personas que sepultamos en la tierra, pero existen otras particularmente queridas que tienen nuestro corazón por mortaja, cuyo recuerdo se mezcla cada día a nuestros latidos; pensamos en ella al igual que respiramos, y están en nosotros por la dulce ley de una metempsicosis propia del amor. Un alma se encuentra en mi alma. Cuando se hace algún bien por

mí, cuando se pronuncia una hermosa palabra, esa alma habla, ella actúa; todo cuanto yo puedo tener de bueno emana de esa tumba, como de un lirio los perfumes que embalsaman la atmósfera. La burla, el mal, todo lo que reprocháis en mí, proviene de mí mismo. Ahora, cuando mis ojos se hallan oscurecidos por una nube y se dirigen hacia el cielo, después de haber contemplado largo tiempo la tierra, cuando mi boca está muda a vuestras palabras y a vuestros cuidados, no me preguntéis más: *¿En qué pensáis?*

Querida Natalia, he cesado de escribir durante algún tiempo; estos recuerdos me habían conmovido demasiado. Ahora os debo el relato de los acontecimientos que siguieron a esa catástrofe y que requieren pocas palabras. Cuando una vida no se compone sino de acción y de movimiento, todo se dice pronto, pero cuando ha pasado en las regiones más elevadas del alma, su historia es difusa. La carta de Enriqueta hacía brillar una esperanza ante mis ojos. En aquel gran naufragio, divisaba yo una isla a la que podía abordar. Vivir en Clochegourde junto a Magdalena, consagrándole mi vida, era un destino en el que se satisfacían todas las ideas que agitaban mi corazón; mas había que conocer los verdaderos pensamientos de Magdalena. Debía despedirme del conde, por lo que fui a Clochegourde a verle, encontrándole en la terraza. Nos paseamos largo rato. Al principio me habló de la condesa como hombre que conocía la magnitud de su pérdida y todo el daño que causaba a su vida privada. Mas, tras el primer grito de su dolor, se mostró más preocupado por el futuro que por el presente. Temía a su hija, que carecía —me dijo— de la dulzura de su madre. El firme carácter de Magdalena, en quien no sé qué de heroico se mezclaba a las graciosas cualidades de su madre, espantaba a aquel viejo, acostumbrado a la ternura de Enriqueta, presintiendo una voluntad que nada debía doblegar. Mas lo que podía consolarle de aquella irreparable pérdida era la certidumbre de que pronto se reuniría con su mujer: las agitaciones y pesares de los últimos días habían acentuado su delicado estado de salud, y despertado sus antiguos dolores; el combate que se preparaba entre su autoridad de padre y la de su hija, que se convertía en ama de casa, iba a hacerle acabar sus días en la amargura; ya que donde había podido luchar con su mujer debía siempre ceder ante su hija. Además, su hijo se iría, su hija se casaría; ¿cómo sería su yerno? Aunque hablase de morir pronto, se sentía solo, sin simpatías para mucho tiempo aún.

Durante esa hora en que no habló sino de sí mismo, solicitando mi amistad en nombre de su mujer, acabó por dibujarme por entero la gran figura del emigrado, uno de los tipos más impresionantes de nuestra época. Estaba aparentemente débil y cascado, pero la vida parecía deber persistir en él, precisamente a causa de sus morigeradas costumbres y de sus ocupaciones campestres. En el momento en que escribo, vive todavía. Aunque Magdalena pudo percibirnos yendo a lo largo de la terraza, no bajó; avanzó hacia la escalinata y entró en la casa varias veces, a fin de evidenciarme su desprecio. Aproveché el momento en que ella fue a la escalinata, rogando al conde que subiéramos al castillo; tenía que hablar con Magdalena y

pretexté una última voluntad que la condesa me había confiado; era el único medio que tenía de verla. El conde fue a buscarla y nos dejó solos en la terraza.

—Querida Magdalena —la dije—, si debo hablaros, ¿no es aquí, donde vuestra madre me escuchó cuando hubo de quejarse menos de mí que de los acontecimientos de la vida? Ya conozco vuestros pensamientos, pero me condenáis sin conocer los hechos. Mi vida y mi felicidad se hallan ligados a estos parajes, vos lo sabéis y vos me desterráis de ellos por la frialdad que hacéis suceder a la amistad fraternal que nos unía, y que la muerte ha estrechado por el lazo de un mismo dolor. Querida Magdalena, vos, por quien daría al instante mi vida sin esperar ninguna recompensa, sin que vos misma lo supierais, a tal punto amamos a los hijos de aquellas que nos han protegido en la vida, vos ignoráis el proyecto acariciado por vuestra adorable madre durante estos siete años y que sin duda modificaría vuestros sentimientos; mas yo no quiero esas prerrogativas. Todo cuanto imploro de vos, es no privarme del derecho de venir a respirar el aire de esta terraza, y esperar que el tiempo haya cambiado vuestras ideas sobre la vida social; en este momento, me guardaría bien de chocar con ellas; respeto un dolor que os extravía, ya que a mí mismo me priva de la facultad de juzgar sanamente las circunstancias en las que me encuentro. La santa que vela en estos momentos por nosotros, nos aprobará la reserva en la que me mantengo al rogaros tan sólo que permanezcáis neutral entre vuestros sentimientos y yo. Os quiero demasiado, a pesar de la aversión que me testimoniáis, como para explicar al conde un plan que abrazaría con ardor. Sed libre. Más tarde, pensad que no conoceréis a nadie en el mundo mejor de lo que a mí me conocéis, que ningún hombre tendrá en el corazón sentimientos más leales y abnegados...

Hasta entonces Magdalena me había escuchado con los ojos bajos, pero me detuvo con un gesto.

—Señor —dijo con voz temblorosa de emoción—, conozco también todos vuestros pensamientos; mas no cambiaré mis sentimientos y preferiría arrojarme al Indre que unirme a vos. No os hablaré de mí, pero si el nombre de mi madre conserva aún algún poder sobre vos, es en su nombre que os ruego no volváis jamás a Clochegourde, en tanto que yo esté. Vuestra vista sola me produce una desazón que no puedo expresar y que no venceré nunca.

Me saludó con movimiento lleno de dignidad y subió hacia Clochegourde, sin volverse, impasible como lo había sido su madre un solo día, pero despiadada. La clarividente visión de esta joven había, aunque tardíamente, adivinado todo en el corazón de su madre y acaso su odio contra un hombre que le parecía funesto se había aumentado arrepentida de su inocente complicidad. Allí, todo era abismo. Magdalena me odiaba, sin querer explicarse si yo era la causa o la víctima de aquellas desgracias: tal vez nos hubiera odiado igualmente a su madre y a mí, caso de que hubiésemos sido dichosos. El bello edificio de mi felicidad estaba completamente destruido. Sólo yo debía saber por entero la vida de aquella gran mujer desconocida, únicamente yo estaba en el secreto de sus sentimientos, sólo yo había recorrido su

alma en toda su extensión; ni su madre, ni su padre, ni su marido, ni sus hijos, la habían conocido. ¡Cosa rara... hurgo este montón de cenizas y me causa placer el desplegarlas antes vos; todos podemos hallar en ella algo de nuestras más caras fortunas...! ¡Cuántas familias tienen también su Enriqueta! ¡Cuántos nobles seres abandonan la tierra sin haber hallado un historiador inteligente que haya sondeado su corazón, que haya medido su profundidad y su extensión! ¡Tal es la vida humana en toda su verdad: a menudo las madres no conocen más a sus hijos, que éstos a ellas; y así es también con los esposos, los amantes y los hermanos! ¿Sabía yo que un día, sobre el propio féretro de mi padre, litigaría con Carlos de Vandenesse, con mi hermano, a cuyo ascenso tanto he contribuido? ¡Dios mío, cuántas enseñanzas en la historia más simple! Cuando hubo desaparecido Magdalena por la puerta de la escalinata, volví con el corazón destrozado, para despedirme de mis huéspedes y partí a París siguiendo la orilla derecha del Indre, por la cual había venido a este valle por primera vez. Pasé triste a través del lindo poblado de Pont-de-Ruan. Sin embargo, yo era rico, la vida política me sonreía, no era ya el peatón fatigado de 1814. En aquel tiempo, mi corazón estaba lleno de deseos; hoy, mis ojos se hallaban repletos de lágrimas; antaño, tenía mi vida por colmar; hogaño, la sentía desierta. Era, sin embargo, muy joven, tenía veintinueve años, pero mi corazón estaba ya agostado. Algunos años habían sido suficientes para despojar a aquel paisaje de su primera magnificencia y para disgustarme de la vida. Podéis ahora comprender cuál fue mi emoción cuando al volverme vi a Magdalena en la terraza.

Dominado por una imperiosa tristeza, no pensaba ya en el objetivo de mi viaje. Lady Dudley estaba bien lejos de mi pensamiento y entré en su mansión sin darme cuenta. Yo tenía en su casa hábitos conyugales y subí melancólicamente, pensando en todas las desazones de una ruptura. Si habéis comprendido bien el carácter de lady Dudley, os imaginaréis mi bochorno cuando su mayordomo me introdujo en traje de viaje en un salón en el que la encontré pomposamente vestida, rodeada de cinco personas. Lord Dudley, uno de los más conspicuos estadistas de Inglaterra, estaba en pie ante la chimenea, afectando gravedad, revestido de desdén superior, frío, con el aire burlón que debe tener en el Parlamento; sonrió al oír mi nombre. Los dos hijos de Arabella, que se parecían prodigiosamente a De Marsay, uno de los hijos naturales del viejo lord, y que se encontraba allí, sentado en el confidente, al lado de la marquesa, se hallaban junto a su madre. Ella me midió de arriba abajo con la mirada, como lo hubiese hecho con algún gentilhombre rural recién presentado. En cuanto a nuestra intimidad, a aquella pasión eterna, a los juramentos de morir si dejaba de amarla, a aquella fantasmagoría de Armida, todo había desaparecido como un sueño. Yo no había estrechado nunca su mano, era un extraño, ella no me conocía. A pesar de mi diplomática sangre fría a la que comenzaba a habituarme, quedé sorprendido y cualquier otro en mi puesto no lo hubiese sido menos. De Marsay sonreía a sus botas, que examinaba con singular afectación. Pronto tomé mi partido. De cualquier otra mujer habría aceptado modestamente una derrota; mas hirviendo de ira por ver en pie

a la heroína que quería morir de amor y que se había burlado de la muerte, resolví oponer la impertinencia a la impertinencia. Ella sabía el desastre de lady Brandon; recordárselo era darle una puñalada en el corazón, aunque el arma se embotara.

—Señora —le dije—, me perdonaréis que entre tan desenvueltamente, cuando sepáis que llego de Turena y que lady Brandon me ha encargado para vos un mensaje que no admite retraso alguno. Yo temía que hubieseis partido ya a Lancashire; pero puesto que os quedáis en París, esperaré vuestras órdenes y la indicación de la hora en que os dignaréis recibirme.

Inclinó ella la cabeza y yo salí. Desde aquel día no la he vuelto a ver más que en sociedad, donde cambiamos un amistoso saludo y en ocasiones un epigrama. Yo hablo de las mujeres inconsolables de Lancashire y ella de las francesas que atribuyen a la desesperación las enfermedades del estómago. Gracias a sus cuidados, tengo un enemigo mortal en De Marsay, al que quiere mucho. Y yo, digo que ella contrae matrimonio con las dos generaciones. Así, nada faltaba a mi desastre. Seguí el plan que había establecido durante mi retiro en Saché. Me lancé al trabajo, me ocupé de ciencia, de literatura y de política; ingresé en la diplomacia al advenimiento de Carlos X, quien suprimió el empleo que yo tenía con el difunto rey. Desde este momento resolví no prestar atención jamás a ninguna mujer, por bella, espiritual y amorosa que pudiera ser. Esta decisión me sirvió a las mil maravillas: adquirí una increíble tranquilidad de espíritu, una gran fuerza para el trabajo y comprendí todo lo que las mujeres disipan de nuestra vida, creyendo habernos pagado con algunas graciosas palabras. Pero todas mis resoluciones se malograron: vos sabéis cómo y por qué.

Querida Natalia, al contaros mi vida sin reservas ni artificios, como me la diría a mí mismo, al describiros sentimientos en los que no tenéis nada que ver, acaso haya herido algún pliegue de vuestro corazón celoso y delicado; mas lo que irritaría a una mujer vulgar será para vos, estoy seguro, una nueva razón para amarme. Junto a las almas dolientes y enfermas, las mujeres selectas tienen un papel sublime para desempeñar: el de la hermana de la caridad que venda las heridas, el de la madre que perdona al hijo. No son los únicos en sufrir los artistas y los grandes poetas: los hombres que viven para su país, para el futuro de las naciones, se construyen a menudo una cruel soledad, al ensanchar el círculo de sus pasiones y de sus pensamientos. Tienen necesidad de sentir a su lado un amor puro y abnegado; y podéis creer bien que comprenden su grandeza y su precio. Mañana sabré si me he engañado al amaros.

Al señor conde Félix de Vandenesse

«Querido conde, vos habéis recibido de esa pobre señora de Mortsauf una carta que, según decís, no os ha sido inútil para conducirnos en el mundo, carta a la cual debéis vuestra elevada fortuna. Permitidme que acabe vuestra educación. Por favor,

despojaos de un hábito detestable; no imitéis a las viudas que hablan siempre de su primer marido, que lanzan siempre a la cara del segundo las virtudes del difunto. Yo soy francesa, querido conde; desearía casarme con todo el hombre que yo amase, pero en verdad no podría casarme con la señora de Mortsauf. Después de haber leído vuestro relato con la atención que merece, y ya sabéis el interés que os dedico, me ha parecido que habéis aburrido considerablemente a lady Dudley oponiéndole las perfecciones de la señora de Mortsauf

y hecho mucho mal a la condesa abrumándola con los recursos del amor inglés. Habéis estado falto de tacto con respecto a mí, pobre criatura, que no tiene otro mérito que el de gustaros; me habéis dado a entender que no os amaba ni como Enriqueta, ni como Arabella. Confieso mis imperfecciones, las reconozco; mas ¿por qué hacérmelas sentir tan rudamente? ¿Sabéis por quien siento compasión? Por la cuarta mujer a la que amaréis. Esta se verá obligada necesariamente a luchar con tres personas; así, pues, debo precaveros, tanto en vuestro interés como en el suyo, contra el peligro de vuestra memoria. Yo renuncio a la gloria laboriosa de amaros: serían precisas demasiadas cualidades católicas o anglicanas, y yo no me ocupo en combatir a fantasmas. Las virtudes de la virgen de Clochegourde desesperarían a la mujer más segura de sí misma, y vuestra intrépida amazona desalienta a los más animosos deseos de felicidad. Haga lo que haga, una mujer no podrá esperar jamás para vos goces iguales a su ambición. Ni el corazón ni los sentidos triunfarán jamás de vuestros recuerdos. Habéis olvidado que a menudo montamos a caballo. Yo no he sabido reavivar el sol entibiado por la muerte de vuestra santa Enriqueta; el escalofrío os acometería a mi lado. Amigo mío —pues vos seréis siempre mi amigo—, guardaos de volver a repetir semejantes confidencias, que ponen al desnudo vuestro desencanto, que desalientan al amor y obligan a una mujer a dudar de sí misma. El amor, querido conde, no vive sino de confianza. La mujer, que antes de decir una palabra, o de montar a caballo, se pregunta si una celeste Enriqueta no hablaba mejor, o si una amazona como Arabella no desplegaba más gracias, a esa mujer, estad seguro, le temblarán las piernas y la lengua. Me habéis dado el deseo de recibir algunos de vuestros embriagadores ramilletes, pero no los confeccionáis más. Hay así una serie de cosas que no os atrevéis a hacer ya, pensamientos y goces que no pueden renacer para vos. Ninguna mujer, sabedlo bien, querrá codearse en vuestro corazón con la muerta que vos conserváis en él. Me pedís que os ame por caridad cristiana. Os confieso que puedo hacer una infinidad de cosas por caridad, todo, excepto el amor.

«Sois a veces fastidioso y aburrido y denomináis melancolía a vuestra tristeza: enhorabuena; pero sois insoportable y proporcionáis crueles inquietudes a la que os ama. Yo he hallado a menudo entre nosotros la tumba de la santa: me he consultado, me conozco y no quisiera morir como ella. Si habéis hastiado a lady Dudley, que es una mujer extremadamente distinguida, yo, que no tengo sus furiosos deseos, siento miedo de enfriarme antes que ella. Suprimamos el amor entre nosotros, ya que vos no podéis disfrutar de la felicidad sino con las muertas y quedemos amigos, así lo

quiero. ¡Cómo, querido conde, habéis tenido para vuestro debut una mujer adorable, una amante perfecta que pensaba en vuestra fortuna, que os ha dado la dignidad de par, que os amaba con embriaguez, que no deseaba sino seros fiel, y la habéis hecho morir de pena! ¡No conozco nada más monstruoso! Entre los más ardientes y más desgraciados jóvenes que arrastran sus ambiciones sobre el pavimento de París, ¿quién es el que no permanecería cuerdo durante diez años para obtener la mitad de los favores que vos no habéis sabido reconocer? Cuando se es amado así, ¿puede pedirse más?

«¡Pobre mujer! Ella ha sufrido mucho y vos os creéis en paz con su féretro, tras haber compuesto algunas frases sentimentales. Este es, sin duda, el precio que espera a mi cariño por vos. Gracias, querido conde, yo no quiero una rival ni allende ni aquende la tumba. Cuando se tienen sobre la conciencia semejantes crímenes, cuando menos no hay que contarlos. Yo os he hecho una petición imprudente; estaba en mi papel de mujer, de hija de Eva; el vuestro consistía en calcular el alcance de vuestra respuesta. ¿No habéis, pues, comprendido jamás la virtud de los hombres afortunados en amores? ¿No sentís hasta qué extremo son generosos jurándonos no haber amado nunca, que aman por vez primera? Vuestro programa es inejecutable. Ser a la vez la señora de Mortsauf y lady Dudley... pero, amigo mío, ¿no es querer reunir el agua y el fuego? ¿Es que acaso no conocéis a las mujeres? Ellas son lo que son, deben tener los defectos de sus cualidades. Vos habéis conocido a lady Dudley demasiado pronto como para poder apreciarla y el mal que de ella decís, me parece una venganza de vuestra vanidad herida; habéis comprendido a la señora de Mortsauf demasiado tarde y habéis castigado a una por no ser la otra; ¿qué puede, pues, sucederme a mí, que no soy ni la una ni la otra?

«Os quiero lo bastante como para haber reflexionado profundamente en vuestro futuro, ya que realmente os quiero mucho. Vuestro aire de caballero de la Triste Figura me ha interesado siempre profundamente; creía en la constancia de los seres melancólicos; pero ignoraba que hubieseis matado a la más bella y la más virtuosa de las mujeres, al hacer vuestra entrada en el mundo. Pues bien, me he preguntado lo que os queda por hacer: he pensado bien en ello. Creo, amigo mío, que deberíais casaros con alguna señora Shandy que ignore el amor y las pasiones, que no se inquietará ni por lady Dudley ni por la señora de Mortsauf; indiferente a esos momentos de hastío que vos denomináis melancolía, durante los cuales sois divertido como la lluvia y que será para vos esa excelente hermana de la caridad que pedís. En cuanto a amar, a estremecerse con una palabra, a saber esperar la felicidad, a darla, recibirla, a sentir las mil tormentas de la pasión, a abrazar las pequeñas vanidades de una mujer amada, mi querido conde, renunciad a ello. Habéis seguido demasiado bien los consejos que vuestro buen ángel os ha dado sobre las mujeres jóvenes; las habéis evitado tan bien, que no las conocéis en absoluto. La señora de Mortsauf ha hecho bien al encumbraros de buenas a primeras: pues todas las mujeres habrían estado contra vos y no hubieseis llegado a nada. Ya es demasiado tarde para comenzar

vuestros estudios, para aprender a decirnos lo que nos gusta oír, para ser grande a propósito, para adorar nuestras pequeñeces cuando nos place ser pequeñas. No somos tan tontas como creéis: cuando amamos, ponemos al hombre de nuestra elección por encima de todo. Lo que quebranta nuestra fe en nuestra superioridad, quebranta nuestro amor. Halagándonos, os halagáis a vosotros mismos. Si persistís en quedaros en el mundo, en disfrutar del comercio de las mujeres, ocultadlas con cuidado todo cuanto me habéis dicho: no gustan ellas ni en sembrar las flores de su amor sobre rocas, ni en prodigar sus caricias para vender un corazón enfermo. Todas las mujeres notarían la sequedad de vuestro corazón y siempre seríais desgraciado. Muy pocas entre ellas serían lo bastante francas para deciros lo que yo os digo, ni bastante buenas personas como para abandonaros sin rencor, ofreciándoos su amistad, como lo hace hoy quien se dice vuestra sincera amiga,

Natalia de Manerville.

FIN



LA PIEL DE CHAGRÉN



AL SEÑOR SAVARY,
MIEMBRO DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS

I

EL TALISMAN

En los últimos días del mes de octubre del año 1829 un joven entró en el Palais-Royal en el momento en que las casas de juego se abrían, conforme a la ley que protege una pasión esencialmente imponible. Sin titubear demasiado subió la escalera del garito señalado con el número 36.

—Su sombrero, señor, si me permite —le chilló con voz seca y gruñona un pequeño y pálido viejecillo encogido en la sombra, protegido por un biombo y que se levantó de golpe enseñando un rostro molellado en un tipo innoble.

Cuando usted entra en una casa de juego la ley empieza por quitarle el sombrero. ¿Será una parábola evangélica y providencial? ¿No es más bien una manera de concertar un pacto infernal con usted al exigirle no se sabe qué garantía? ¿Será, acaso, para obligarle a mantener una respetuosa conducta ante los que le van a ganar su dinero? ¿Es la policía que se agazapa en todas las alcantarillas sociales quien quiere saber el nombre de su sombrero, o su propio nombre en el caso de que lo lleve escrito en el forro? ¿O es, quizá, para tomar la medida de su cráneo y tener una instructiva estadística respecto a la capacidad cerebral de los jugadores? Sobre este punto la administración guarda un completo silencio. Pero, sépalo usted bien, apenas habrá dado un paso hacia el tapete verde que su sombrero no le pertenece ya más de lo que usted se pertenece a sí mismo. Están en juego usted, su fortuna, su forro, su bastón y su abrigo. Cuando usted salga, el *Juego* le demostrará, por un atroz epigrama en acción, que aún le deja algo devolviéndole sus objetos. Y si, por lo que sea, sale con un aspecto nuevo, aprenderá a costa de usted mismo que tiene que ponerse un traje de jugador.

El asombro manifestado por el joven al recibir una ficha numerada a cambio de su sombrero, cuyas alas estaban por fortuna ligeramente peladas, descubría un alma todavía inocente; así el vejete, quien sin duda se encenagó desde su mocedad en los placeres de la vida de los jugadores, le dirigió una mirada apagada y sin calor, en la cual un filósofo habría visto las miserias del hospital, los vagabundeos de la gente arruinada, los atestados de una multitud de asfixias, los trabajos forzados a perpetuidad, las expatriaciones al Guazacoalco. Ese hombre, cuya larga y blanca cara no conocía más alimento que las sopas gelatinosas de Darcet, presentaba la pálida imagen de la pasión reducida a su expresión más simple. En sus arrugas había la huella de viejas torturas; debía de jugarse su escaso salario el mismo día que lo cobraba. Semejante a los caballejos que ya no sienten los latigazos, nada le estremecía; los sordos gemidos de los jugadores que salían arruinados, sus mudas imprecaciones y sus miradas vacías le dejaban impasible. Era la encarnación del

Juego. Si el joven se fijó en ese triste portero, seguramente que se dijo: «En su corazón no hay más que una baraja». El desconocido no escuchó ese consejo viviente, puesto allí sin duda por la Providencia, del mismo modo que ha impreso el asco en la entrada de todos los antros del vicio. Entró resueltamente en la sala, donde el sonido del oro ejercía una deslumbrante fascinación en los sentidos arrastrados por la codicia. A ese joven posiblemente lo llevó allí la más lógica de todas las elocuentes frases de Rousseau, y cuyo triste pensamiento, según creo, es este: *Sí; concibo que un hombre vaya a jugar, pero sólo cuando* entre él y la muerte no ve más que su último escudo^[11].

De la noche las casas de juego no tienen más que una poesía vulgar, pero su efecto está asegurado como el de un drama sangriento. Las salas están llenas de espectadores y de jugadores, de viejos indigentes que sólo buscan su calor, de rostros agitados, de orgías empezadas con vino, y a punto de acabar en el Sena. Si la pasión abunda allí, el excesivo número de actores le impide ver la cara del demonio del juego. La velada es una verdadera pieza de conjunto en la cual la compañía entera grita y cada instrumento de la orquesta modula su frase. Usted verá allí muchas personas honorables que van a buscar distracciones y las pagan como si pagasen el placer del espectáculo, de la gula, o como si fuesen a un tugurio y comprasen a bajo precio afilados dolores para tres meses. ¿Pero usted comprende todo lo que puede haber de delirio y de vigor en el alma de un hombre que espera con impaciencia que se abra el garito? Entre el jugador de la mañana y el jugador de la noche hay la misma diferencia que distingue al marido displicente del enamorado que se emboha bajo las ventanas de su adorada. Únicamente en la madrugada llegan la pasión palpitante y la necesidad en su franco horror. En ese momento usted puede admirar a un verdadero jugador, un jugador que no ha comido, ni dormido, ni vivido o pensado, tan rudamente le ha flagelado el látigo de la martingala, tanto ha sufrido atormentado por el acierto y el desacierto de una jugada del treinta y cuarenta. En esa hora maldita encontrará ojos cuya calma aterra, rostros que le fascinan, miradas que levantan las cartas y las devoran. Así, las casas de juego no son sublimes sino al empezar sus sesiones. Si España tiene sus corridas de toros, si Roma ha tenido sus gladiadores, París se enorgullece de su Palais-Royal, cuyas tentadoras ruletas proporcionan el placer de ver corriendo la sangre a chorros, y sin que nadie resbale por pisar esa sangre. Intente mirar furtivamente hacia ese tablado. ¡Entre...! ¡Qué desnudez! Las paredes forradas de un gran papel hasta la altura del hombre, no ofrecen una sola imagen que pueda airear el alma. Ni siquiera hay un clavo que facilite el suicidio. El entablado del suelo está gastado, sucio. Una mesa oblonga ocupa el centro de la sala. La sencillez de las sillas de paja apretadas en torno al tapete desgastado por el oro revela una singular indiferencia por el lujo en individuos que se están matando allí por la fortuna y por el lujo. Esta antítesis humana se descubre allá donde el alma reacciona poderosamente sobre sí misma. El enamorado quiere vestir de seda a su amada, de un suave y delicado tejido oriental, y la mayoría de las veces la posee

sobre un jergón. El ambicioso sueña con la cumbre del poder, a la vez que se aplasta en el lodo del servilismo. El comerciante vegeta en el fondo de una tienda húmeda y malsana mientras construye una noble vivienda, de la que su hijo, heredero precoz, será expulsado por un litigio fraternal. En fin, ¿hay algo más desagradable que una casa dedicada al placer? ¡Singular problema! Siempre en oposición consigo mismo, engañando sus esperanzas por sus males presentes, y esos males por un futuro que no le pertenece, el hombre imprime a todos sus actos el carácter de la inconsecuencia y la debilidad. Aquí abajo nada es completo, sino la desgracia.

En el momento en que el joven entró en la sala, algunos jugadores ya estaban ¡allí. Había tres viejos de cabezas calvas sentados negligentemente junto al tapete verde; sus rostros de estuco, impasibles como los de los diplomáticos, descubrían almas hastiadas, corazones que desde hacía tiempo se habían olvidado de palpitar, aun arriesgando los bienes parafernales de una esposa. Un joven italiano, de negro cabello y rostro oliváceo, estaba tranquilamente acodado en un extremo de la mesa, pareciendo escuchar esos secretos presentimientos que le gritan fatalmente a un jugador: «¡Sí!, ¡no!». Esa cabeza meridional respiraba el oro y el fuego. Siete u ocho espectadores en pie y alineados como si fuesen un muro, esperaban las escenas que les preparaban los golpes de la suerte, las figuras de los actores, el movimiento del dinero y el de las raquetas. Estos ociosos seguían allí callados, inmóviles, atentos como lo está el público en la plaza de la Grève cuando el verdugo corta una cabeza. Un hombre alto y seco, de raído traje, tenía una cartulina en una mano y una aguja en la otra para registrar los pases del *rojo* y del *negro*. Era uno de esos Tántalos modernos que viven al margen de todos los goces de su siglo; uno de esos avaros sin tesoro que juegan una puesta imaginaria; una especie de loco razonable que se consolaba de sus miserias acariciando una quimera, que obraba con el vicio y el peligro como los jóvenes sacerdotes con la eucaristía. Frente a la banca, uno o dos de esos finos especuladores, expertos de las probabilidades del juego, y semejantes a los viejos forzados a quienes ya no asustan las galeras y que habían ido allí para aventurar tres golpes y llevarse inmediatamente la ganancia de la cual probablemente vivían. Dos viejos ordenanzas se paseaban negligentemente, con los brazos cruzados, y de cuando en cuando contemplaban el jardín desde las ventanas, igual que si quisieran enseñar a los paseantes sus aplastados rostros, como si fueran una muestra. El *tallador* y el *banquero* acababan de lanzar sobre los puntos esa lívida mirada que los mata, diciendo con aguda voz: «¡Hagan juego!», cuando el joven abrió la puerta. El silencio fue en cierto modo más completo, y las cabezas se volvieron por curiosidad hacia el recién llegado. ¡Inaudito! Los viejos abrumados, los empleados petrificados, los espectadores, y hasta el fanático italiano, todos, al ver al desconocido, sintieron una impresión desagradable e inexplicable. ¿No es preciso ser muy desgraciado para obtener piedad, muy débil para despertar una simpatía, o ser de aspecto siniestro para hacer estremecer las almas de esa sala donde los dolores deben ser mudos, donde la miseria es alegre y el desespero decente? Pues había de todo eso

en la nueva impresión que removi6 esos g6licos corazones cuando entr6 el joven. ¿Pero no han llorado alguna vez los verdugos por las vírgenes cuyas rubias cabezas debían ser cortadas a una seña de la Revoluci6n?

A la primera mirada, los jugadores leyeron en el rostro del novicio alg6n horrible misterio; en sus juveniles facciones había una gracia nebulosa, sus ojos anunciaban esfuerzos traicionados, mil esperanzas defraudadas... La sombría impasibilidad del suicida daba a ese rostro una palidez mate y malsana; una amarga sonrisa dibujaba ligeros pliegues en las comisuras de la boca, y su fisonomía expresaba una resignaci6n que dolía verla. Alg6n secreto sueño centelleaba en el fondo de sus ojos, quiz6 velados por las fatigas del placer. ¿Era el libertinaje que marcaba con su sucio sello ese noble rostro, antes puro y brillante y ahora degradado? Sin duda los m6dicos habrían atribuido a lesiones del coraz6n o del pecho el c6rculo amarillo que rodeaba sus párpados y el tinte rojo de sus mejillas, mientras que los poetas habrían querido reconocer en esas señaes los estragos de la ciencia, las huellas de noches pasadas estudiando bajo la luz de una lámpara. Pero una pasi6n más mortal que la enfermedad, una enfermedad más despiadada que el estudio y el genio, alteraban esa joven cabeza, contraían esos m6sculos nerviosos, retorcían ese coraz6n, al que sólo habían rozado las orgías, el estudio y la enfermedad. Lo mismo que cuando un célebre criminal llega a presidio y los condenados le acogen con respeto, así todos esos demonios humanos, expertos en torturas, saludaron un inaudito dolor, una herida profunda que sondeaba su mirada, y reconocieron a uno de sus príncipes en la majestad de su muda ironía, en la elegante miseria de su ropa. El joven vestía un frac de buen corte, pero la uni6n del chaleco y la corbata estaba tan hábilmente lograda que difícilmente se suponía que llevase camisa. Sus manos, bonitas como si fueran manos de mujer, no parecían demasiado limpias, y desde hacía dos días no llevaba guantes... Si el tallador y hasta los conserjes se estremecieron, fue porque los encantos de la inocencia florecían por vestigios en sus formas graciosas y delicadas, en sus rubios y escasos cabellos, naturalmente ondulados. No tenía aún veinticinco años, y el vicio parecía que sólo fuese un accidente. La lozanía de la juventud luchaba aún con los estragos de una impotente lubricidad. Las tinieblas y la luz y el vacío de la existencia se combatían entre sí, produciendo a la vez la gracia y el horror. El joven se presentaba como un ángel sin rayos, extraviado en su camino. Así, todos esos ilustres profesores del vicio y la infamia, parecidos a una vieja desdentada que se apiadase de una hermosa joven que cae en la corrupci6n, estuvieron a punto de gritar al novato: «¡Salga!». Pero él se dirigi6 a la mesa, ante la cual se detuvo, sin sentarse, y sin un segundo de duda arroj6 al tapete una moneda de oro que fue rodando y parándose en el color negro; luego, como las almas fuertes, rechazando posibles incertidumbres, lanz6 al tallador una mirada que si era tranquila también era agresiva. El interés de la jugada era tan grande que los viejos no apostaron, pero el italiano se apropi6, con el fanatismo de la pasi6n, una idea que acababa de sonreírle, y puso su oro en oposici6n al juego del desconocido. El banquero olvid6 decir las frases que a

la larga se convierten en un grito ronco e ininteligible: «¡Hagan juego!» «¡El juego está hecho!». «¡No va más...!» El tallador hizo el corte de la baraja y pareció desear buena suerte al último llegado, indiferente como era a la pérdida o ganancia de los empresarios de esos sombríos placeres. Cada uno de los espectadores quiso ver un drama y la última escena de una noble vida en la suerte de la moneda de oro; los ojos, detenidos sobre las fatídicas cartulinas, relucieron; pero a pesar de la atención con que alternativamente miraron al joven y las cartas, no pudieron percibir síntoma alguno de emoción en su rostro frío y resignado.

—Rojo, par, pasa —dijo oficialmente el tallador.

Una especie de sordo estertor salió del pecho del italiano cuando vio caer uno a uno los billetes doblados que le acercó el banquero. En cuanto al joven, no comprendió su ruina sino en el momento en que vio que la raqueta recogía su último napoleón. El marfil y la moneda, al chocar, hicieron un seco ruido, y la moneda, con la rapidez de una flecha, fue a reunirse con la pila de oro que había frente a la caja. El desconocido cerró suavemente los ojos y sus labios palidieron, pero levantó en seguida los párpados, la boca recobró su rojez de coral, afectó el aire de un inglés para quien la vida no tiene ya misterios y desapareció sin mendigar el consuelo de una de esas desgarradoras miradas que los jugadores desesperados lanzan a menudo a la galería. ¡Cuántos acontecimientos caben en el espacio de un segundo, y cuántas cosas en el azar de un dado!

—Este es sin duda su último cartucho —dijo sonriendo el croupier después de un momento de silencio y durante el cual retuvo la moneda de oro entre el pulgar y el índice, mostrándola a los puntos.

—Es un majadero que va a arrojarse al agua —respondió un cliente habitual mientras miraba a los jugadores, quienes se conocían todos.

—¡Bah!... —exclamó uno de los ordenanzas aspirando una toma de rapé.

—Si hubiésemos imitado a ese caballero... —dijo uno de los viejos a sus colegas señalando al italiano.

Todos miraron al afortunado jugador, cuyas manos temblaban contando los billetes de banco.

—Oí —dijo él— una voz que me decía al oído: «El juego irá de acuerdo con la desesperación de ese joven.»

—No es un jugador —repuso el banquero—. De otro modo habría dividido el dinero en tres posturas, para tener más probabilidades.

El joven pasó sin reclamar su sombrero, pero el viejo meloso, habiendo reparado en su ruin estado, se lo entregó sin decir una palabra; el jugador le entregó la ficha con un movimiento maquinal y descendió la escalera silbando *Di tanti palpiti* en un tono tan apagado que apenas si él mismo oyó las deliciosas notas.

Pronto se vio bajo las galerías del Palais-Royal, fue hasta la calle Saint-Honoré, tomo el camino de las Tullerías y atravesó el jardín con indeciso paso. Caminaba como en medio de un desierto, rozándose con hombres a quienes no veía, oyendo a

través de los clamores populares una sola voz, la de la muerte; perdido en un ensimismamiento parecido al que en otros tiempos se apoderaba de los criminales que una carreta conducía del Palacio de Justicia a la plaza de la Grève, hacia el patíbulo que tiñó de rojo la sangre vertida desde el 1793.

Hay no se sabe qué de grande y de espantoso en el suicidio. Las caídas de una multitud de personas son sin peligro, como las de los niños, que caen de demasiado abajo para herirse; pero cuando un gran hombre se destroza, debe de venir de muy alto, haberse elevado hasta los cielos, haber entrevisto algún inaccesible paraíso. Implacables deben de ser los huracanes que le obligan a pedir la paz del alma a la boca de una pistola. ¡Cuántos jóvenes talentos confinados en una buhardilla se agostan y perecen, por faltarles un amigo, una mujer que Jes consuele entre un millón de seres, en presencia de una muchedumbre cansada y que se aburre! Ante este pensamiento el suicidio adquiere proporciones gigantescas. Entre una muerte voluntaria y la fecunda esperanza cuya voz llamaba a un joven a París, sólo Dios sabe cómo chocan concepciones, poesías abandonadas, desesperos y gritos ahogados, tentativas inútiles y obras maestras abortadas. Cada suicidio es un poema sublime de melancolía. ¿Dónde se hallará, en el océano de las literaturas, sobrenadando un libro que pueda competir en genio con este entrefilete:

«Ayer, a las cuatro, una mujer joven se arrojó al Sena desde lo alto del puente de las Artes.»

Frente a ese laconismo parisino, los dramas, las novelas, todo palidece, hasta ese viejo frontispicio: *Las lamentaciones del glorioso rey de Kaërnavan, encarcelado por sus hijos*; último fragmento de un libro perdido y cuya sola lectura hizo llorar al mismo Sterne que abandonó a su mujer y a sus hijos...

El desconocido fue asaltado por mil semejantes pensamientos que pasaban en jirones por su alma, como las banderas desgarradas que ondean durante una batalla. Si descargaba un momento el fardo de su inteligencia y de sus recuerdos para detenerse ante algunas flores cuyas hojas balanceaba muellemente la brisa entre el verde césped, apresado luego por una convulsión de la vida que latía aún bajo la abrumadora idea del suicidio, alzaba los ojos al cielo: allá, nubes grises, bocanadas de viento cargadas de tristeza, una atmósfera pesada...; todo le aconsejaba morir. Se encaminó hacia el puente Royal pensando en la última fantasía de sus predecesores. Sonreía recordando que lord Castlereagh había satisfecho la más humilde de sus necesidades antes de degollarse, y que el académico Auger fue a buscar la tabaquera para tomar su rapé mientras marchaba a la muerte. Analizaba esas singularidades y se interrogaba a sí mismo cuando, apretándose contra el pretil del puente para que pasase un cargador del mercado que le blanqueó ligeramente la manga de su frac, se sorprendió sacudiéndose cuidadosamente el polvo. Llegado al punto culminante de la bóveda, contempló el agua con expresión siniestra.

—Mal tiempo para ahogarse —le dijo riendo una vieja desherrapada—. Está sucio y frío el Sena...

Él respondió con una ingenua sonrisa que aseguraba el delirio de su valor, pero se estremeció de pronto al ver lejos, en el puerto de las Tullerías, la barraca rematada por un cartel en el que hay trazadas en letras de más de treinta centímetros estas palabras: *Socorros a los asfixiados*. Se le apareció el señor Dacheux con su filantropía, poniendo en movimiento esos virtuosos remos que rompen la cabeza a los ahogados cuando desgraciadamente salen a flote; lo percibió amotinando a los curiosos, solicitando un médico, disponiendo fumigaciones; leyó las quejas de los periodistas escritas entre las alegrías de un festín y la sonrisa de una danzarina; oyó sonar los escudos dados a los barqueros en pago de su cabeza por el prefecto de policía. Muerto, él valía cincuenta francos; pero vivo, no era más que un hombre sin talento, sin protectores, sin oficio ni beneficio; mi verdadero cero social, inútil al Estado, para el cual no contaba en absoluto. Una muerte en pleno día le pareció innoble, y así resolvió morir durante la noche, a fin de entregar un cadáver indescifrable a esa sociedad que ignoraba la grandeza de su vida. Continuó, pues, su camino, y se dirigió hacia el malecón Voltaire, afectando el indolente andar de un ocioso que quiere matar el tiempo. Al descender los peldaños que rematan la calzada del puente, en el ángulo del muelle le llamaron la atención los libros expuestos sobre la balaustrada, y poco le faltó para que no regatease el precio de algunos. Se sonrió, volvió a meterse filosóficamente las manos en los bolsillos, e iba a adoptar su aire de despreocupación, en el que asomaba un frío desdén, cuando en el fondo de uno de sus bolsillos oyó con sorpresa tintinear algunas monedas, con un sonido verdaderamente fantástico. Otra sonrisa, de esperanza esta vez, le iluminó el rostro: una sonrisa que se le deslizó de los labios a las facciones, a la frente, e hizo brillar de alegría sus ojos y sus sombrías mejillas. Esa chispa de felicidad se asemejaba a ese fuego aún encendido de los restos de un papel ya consumido por la llama; pero el rostro corrió la suerte de las negras cenizas, poniéndose otra vez triste cuando el desconocido, después de sacarse vivamente la mano del bolsillo, vio tres monedas de a sueldo.

—¡Ah, mi buen señor, *la carita, la carita! ¡Catarina! ¡Un ochavito para poder comprar pan!*

Un joven deshollinador, de rostro hinchado y tiznado, cuerpo sucio y andrajoso, tendió la mano a ese hombre para arrancarle sus últimos ochavos.

A dos pasos del deshollinador saboyano, un viejo pobre vergonzante, cascado, enfermizo, vestido innoblemente con un agujereado manto, le dijo con ronca voz:

—Señor, déme *lo que Usted quiera...*, rezaré a Dios por usted...

Pero cuando el joven miró al viejo, éste se calló y ya no volvió a pedir, acaso viendo en el fúnebre y joven rostro la esclavitud de una miseria más terrible que la suya.

—*¡La carita! ¡La carita!*

El desconocido echó su dinero al chico y al viejo, y abandonó la calzada para dirigirse hacia las casas, no pudiendo ya soportar el opresivo aspecto del Sena.

—Rogaremos a Dios por la conservación de su vida —le dijeron los dos

mendigos.

Al llegar al escaparate de un vendedor de estampas, ese hombre casi muerto vio a una joven que descendía de una carroza, y se extasió contemplando a esa encantadora criatura, cuyo blanco rostro cuadraba armoniosamente con el satén de un elegante sombrero. Le sedujo su esbelto talle y sus graciosos movimientos. El vestido, ligeramente levantado al bajar del estribo, le dejó ver una pierna cuyos finos contornos se advertían a través de la blanca media. La joven entró en la tienda y adquirió algún álbum y colecciones de litografías; compró por valor de varias monedas de oro que brillaron y tiñeron sobre el mostrador. El joven, aparentemente ocupado en el umbral de la tienda contemplando los grabados del escaparate, cambió vivamente con la bella desconocida la mirada más penetrante que pueda lanzar un hombre contra una de esas displicentes ojeadas dirigidas por azar a los viandantes. Era, para él, un adiós al amor, a la mujer..., pero esa última y poderosa interrogación no fue comprendida, no alteró ese corazón de mujer frívola, no lo hizo ruborizarse ni le hizo bajar los ojos. ¿Qué era eso para ella? Una admiración más, un deseo inspirado que luego, en la noche, le sugeriría este dulce comentario: «Yo estaba *bien* hoy». El joven pasó rápidamente a otro cuadro, y no se volvió cuando la desconocida subió de nuevo a su coche. Arrancaron los caballos, y esa última imagen del lujo y de la elegancia se eclipsó como iba a eclipsarse su vida. Anduvo con paso melancólico a lo largo de las tiendas, examinando sin el menor interés los artículos de los escaparates. Y cuando se le acabaron las tiendas, estudió el Louvre, el Instituto, las torres de Notre-Dame, las del Palacio de Justicia y el puente de las Artes. Esos monumentos parecían adquirir una fisonomía triste al reflejar las grises tonalidades del cielo, cuyas raras claridades daban un aspecto amenazador a París, la ciudad que, semejante a una mujer bonita, está sometida a inexplicables caprichos de fealdad y de belleza. Así, hasta la misma naturaleza conspiraba sometiendo al moribundo en un doloroso éxtasis. Esclavo de esa maléfica potencia, cuya disolvente acción halla un vehículo en el fluido que circula por nuestros nervios, sentía que su organismo llegaba insensiblemente a los fenómenos de la fluidez. Los tormentos de esa agonía le imprimían un movimiento parecido al de las olas, haciéndole ver los edificios y las personas a través de una niebla donde todo ondeaba. Quiso sustraerse a las titilaciones que producían en su alma las reacciones de la naturaleza física, y se dirigió hacia un almacén de antigüedades con la intención de conceder pasto a sus sentidos, o de esperar allí la noche regateando objetos de arte. Parecía, por decirlo así, que mendigase valor y que pidiese un brebaje, como los criminales que desconfían de sus fuerzas al ir al patíbulo; pero la conciencia de su próxima muerte devolvió por un momento al joven la seguridad de una duquesa que tiene dos amantes, y entró en el establecimiento del anticuario con un aire desenvuelto, dejando correr por sus labios una sonrisa fija como la de un borracho. ¿No estaba él ebrio de la vida, o acaso de la muerte? Volvió a caer en sus vértigos, y continuó percibiendo las cosas bajo extraños colores, o animadas de un leve movimiento cuyo principio estaba sin duda en una

irregular circulación de su sangre, ahora con el borboteo de una cascada, ahora tranquila e insípida como el agua tibia. Pidió simplemente visitar los almacenes, para ver si tenían algunas singularidades que le conviniesen. Un muchacho de rostro fresco y mofletudo, pelirrojo y con un gorro de piel de nutria, dejó la tienda al cuidado de una vieja campesina, una especie de Caliban hembra, que entonces limpiaba un plato cuyas maravillas se debían al genio de Bernard Palissy, y luego le dijo al presunto cliente con un tono indiferente:

—Vea, señor, vea... Abajo no tenemos más que cosas muy corrientes; pero si quiere tomarse la molestia de subir al primer piso, podré enseñarle muy bellas momias del Cairo, alfarerías con incrustaciones, ébanos esculpidos, *auténtico renacimiento*, llegados recientemente y que son preciosos.

En la horrible situación en que se encontraba el desconocido, la locuacidad de cicerone, esas frases neciamente mercantiles fueron para él como las mezquindades con que los espíritus ruines asesinan a un hombre de genio. Llevando su cruz hasta el fin, pareció escuchar a su guía, y le respondió con gestos o con monosílabos, pero insensiblemente fue conquistando el derecho de seguirle en silencio, y pudo entregarse sin temor a sus últimas y terribles meditaciones. Él era poeta, y su alma encontró fortuitamente un inmenso pasto: tenía que ver antes las osamentas de veinte mundos.

Al primer golpe de vista, los almacenes le ofrecieron un cuadro confuso, en el que chocaban todas las obras humanas y divinas. Cocodrilos, monos y serpientes, disecados todos, sonreían ante un vitral de iglesia; parecía que quisiesen morder los bustos, correr tras las lacas, o trepar a los candelabros de cristal. Un jarrón de Sevres, en el que la señora Jacotot pintó a Napoleón, estaba junto a una esfinge dedicada a Sesostris. El comienzo del mundo y los acontecimientos del ayer casaban con una grotesca simplicidad. Un asador estaba puesto sobre una custodia, y un sable republicano sobre un arcabuz de la Edad Media. La señora du Barry, pintada al pastel por Latour, con una estrella sobre la cabeza y desnuda dentro de una nube, parecía contemplar con concupiscencia una pipa india, intentando adivinar la utilidad de las espirales que serpenteaban hacia ella. Los instrumentos de muerte, puñales, pistolas curiosas, armas con secreto, estaban mezclados con instrumentos de vida: soperas de porcelana, platos de Sajonia, transparentes tazas chinas, saleros antiguos, bomboneras feudales... Un navio de marfil bogaba a toda vela sobre el arqueado lomo de una inmóvil tortuga. Una máquina neumática saltaba un ojo al emperador Augusto, majestuosamente impasible. Diversos retratos de regidores franceses, de burgomaestres holandeses, tan insensibles entonces como durante su vida, se elevaban sobre ese caos de antigüedades, dirigiéndole una mirada pálida y fría. Todos los países de la tierra parecían haber llevado allí algunos despojos de sus ciencias, una muestra de sus artes. Era una especie de estercolero filosófico, al que no le faltaba nada, ni la pipa de la paz del salvaje, ni la zapatilla verde y oro del serrallo, ni el yatagán del moro, ni el ídolo de los tártaros. Había hasta la bolsa de tabaco del

soldado, el copón del sacerdote y las plumas de un trono. Esos monstruosos cuadros estaban aún sometidos a mil accidentes de luz por la extravagancia de una multitud de reflejos debidos a la confusión de los matices, a la brusca oposición de los claros y los negros. El oído creía oír gritos interrumpidos, el espíritu captar dramas inacabados, la vista percibir fulgores mal atenuados. En fin, un polvo obstinado había lanzado su ligero velo sobre todos los objetos, cuyos multiplicados ángulos y numerosas sinuosidades producían los efectos más pintorescos.

El desconocido comparó al instante esas tres salas repletas de civilización, de cultos, de divinidades, de obras maestras, de realezas, de desenfrenos, de razón y de locura, a un espejo lleno de facetas, cada una de las cuales representaba un mundo. Tras esta brumosa impresión, quiso escoger sus goces; pero a fuerza de mirar, de pensar y de soñar, sufrió un acceso de fiebre, debida acaso al hambre que le rugía en las entrañas. La vista de tantas existencias nacionales o individuales, atestiguadas por las prendas humanas que les sobrevivían, acabó de embotar los sentidos del joven; el deseo que le había impulsado al almacén le fue otorgado. Salió de la vida real, subió por grados hacia un mundo ideal, llegó a los encantados alcázares del éxtasis, donde el universo se le apareció en chispas y en regueros de fuego, como un día el futuro pasó llameante ante los ojos de San Juan en Patmos.

Una multitud de imágenes doloridas, agraciadas y terribles, oscuras y lúcidas, distantes y próximas, se alzó por masas, por miríadas, por generaciones. El Egipto hierático y misterioso se irguió en sus arenales, representado por una momia envuelta en estrechas bandas negras; luego fueron los faraones, sepultando a pueblos para construirse una tumba, y Moisés, y los hebreos, y el desierto; vislumbró todo un mundo antiguo y solemne. Lozana y suave, una estatua de mármol posada sobre una columna torcida y radiante de blancura le habló de los mitos voluptuosos de Grecia y de Jonia. ¿Quién no habría sonreído como él al ver, sobre un fondo rojo, a la doncella morena danzando en la delicada arcilla de un vaso etrusco ante el dios Príapo, a quien saludaba con expresión jubilosa? En contraposición, una reina latina acariciaba a su quimera con amor... Los caprichos de la Roma imperial respiraban allí por entero, y revelaban el baño, el lecho, el tocado de una Julia indolente, soñadora, esperando a su Tíbulo. Armado del poder de los talismanes árabes, la cabeza de Cicerón evocaba los recuerdos de la Roma libre y le extendía las páginas de Tito Livio. El joven contempló el *Senatus populusque romanus*: el cónsul, los líctores, las togas recamadas de púrpura, las luchas del Foro, el pueblo enfurecido, desfilaban lentamente ante él como las vaporosas imágenes de un sueño. Finalmente la Roma cristiana dominaba sus imágenes. Una pintura abría los cielos, y se veía a la Virgen María envuelta en una nube de oro y en medio de los ángeles, eclipsando la gloria del sol, escuchando las quejas de los moribundos a quienes esta Eva regenerada sonreía dulcemente. Al tocar un mosaico hecho con las diferentes lavas del Vesubio y del Etna, su alma se lanzaba a la fogosa y bravia Italia; asistía a las orgías de los Borgias, corría por los Abruzos, aspiraba amores italianos y se apasionaba por los rostros

blancos de grandes ojos negros. Se estremecía con los desenlaces nocturnos interrumpidos por la fría espada de un marido, percibiendo una daga medieval cuyo pomo estaba cincelado como un encaje y cuya herrumbre semejaba manchas de sangre. La India y sus religiones revivían en un ídolo tocado con su gorro en punta, de rombos alzados y ornados de campanillas, ataviado de oro y de seda. Junto a la figura, una estera, linda como la bayadera que se había tendido en ella, exhalaba aún los aromas del sándalo. Un monstruo de la China cuyos ojos estaban torcidos, la boca contraída y los miembros torturados, despertaba el alma por las invenciones de un pueblo que, cansado de lo bello siempre unitario, halla placeres inefables en la fecundidad de las fealdades. Un salero salido de los talleres de Benvenuto Cellini le trasladaba al seno del Renacimiento, al tiempo en que las artes y la licencia florecían, en que los soberanos se divertían con suplicios, y los concilios, recostados en los brazos de las cortesanas, decretaban la castidad para los simples sacerdotes. Vio las conquistas de Alejandro en un camafeo, las matanzas de Pizarro con un arcabuz de mecha, las guerras religiosas desenfrenadas, hirvientes, crueles, en el fondo de un casco. Luego, las rientes imágenes de la caballería surgieron de una armadura de Milán magníficamente damasquinada, perfectamente bruñida, y bajo cuya visera brillaban aún los ojos de un paladín.

Este océano de muebles, de invenciones, de modas, de obras y de ruinas, le componía un poema sin fin. Formas, colores, ruinas, todo revivía allí; pero nada completo se ofrecía al alma. El poeta debía acabar los croquis del gran pintor que había creado esa inmensa paleta, donde los innúmeros accidentes de la vida humana estaban lanzados con profusión, con desdén. Tras haberse apoderado del mundo, tras haber contemplado países, épocas y reinos, el joven volvió a las existencias individuales. Se personificó de nuevo, se apropió de los detalles rechazando la vida de las naciones, como demasiado abrumadora para un solo hombre.

Allá dormía un niño de cera, salvado del gabinete de Ruysch, y esa encantadora criatura le recordaba las alegrías de su infancia. A la ilusionadora vista del virginal pareo de alguna muchacha de Tahití, su ardiente imaginación le pintó la vida simple de la naturaleza, la casta desnudez del verdadero pudor, las delicias de la pereza tan natural al hombre, todo un tranquilo destino al borde de un arroyo fresco y de ensueño, bajo un silvestre banano que dispensaba un sabroso maná. Pero de pronto se hacía corsario, y revestía la terrible poesía impresa en el papel de Lara, vivamente inspirado por los colores nacarados de mil conchas, exaltado por la vista de algunas madreporas que olían a fuco, a algas y a huracanes atlánticos. Admirando más allá las delicadas miniaturas, los arabescos de azul y oro que enriquecían algún precioso misal manuscrito, olvidaba los tumultos del mar. Muellemente balanceado en un pensamiento de paz, desposaba de nuevo el estudio y la ciencia, deseaba la plácida vida de los monjes, exenta de pesares, exenta de placeres, y se tendía en el fondo de una celda, contemplando por su ventana ojival los prados, los bosques y los viñedos de su monasterio. Ante algún Teniers, se adaptaba la casaca de mi soldado o la

miseria de un obrero; deseaba llevar el gorro sucio y humoso de los flamencos, se emborrachaba con cerveza, jugaba a las cartas con ellos, y sonreía a una campesina de atractiva robustez. Acariciaba un tomahawk de Illinois, y sentía que el escalpelo de un piel roja le arrancaba el cuero cabelludo. Maravillado ante el aspecto de un rabel, lo confiaba a la mano de una castellana saboreando la melodiosa romanza al declararla su amor, por la noche, junto a una chimenea gótica en la penumbra donde se perdía una mirada de consentimiento. Se asía a todos los goces, aprehendía todos los dolores, se apoderaba de todas las fórmulas de existencia desparramando tan generosamente su vida y sus sentimientos sobre los simulacros de esa naturaleza plástica y vacía, que el ruido de sus pasos repercutía en su alma como el lejano son de otro mundo, como el rumor de París llega a las torres de Notre-Dame.

Al subir la escalera interior que conducía a las salas situadas en el primer piso, vio escudos votivos, panoplias, sagrarios esculpidos, figuras de madera colgadas de la pared, colocadas sobre cada peldaño. Perseguido por las más extrañas formas, por maravillosas creaciones situadas en los confines de la muerte y de la vida, marchaba entre los encantamientos de un sueño. En fin, dudando de su existencia, era como esos extraños objetos, ni del todo muerto ni del todo vivo. Cuando entró en los nuevos almacenes, comenzaba a palidecer el día, pero la luz parecía inútil a las riquezas resplandecientes de oro y de plata que había allí acumuladas. Los más costosos caprichos de dilapidadores muertos en buhardillas tras haber poseído muchos millones, eran en este bazar locuras humanas. Un escritorio por el que se pagaron cien mil francos y se vendió por cien sueldos yacía junto a una cerradura secreta cuyo precio habría bastado en otros tiempos para el rescate de un rey. Allí el género humano aparecía con todas las pompas de su miseria, con toda la gloria de sus gigantescas pequeñeces. Una mesa de ébano, auténtico ídolo de artista, tallada según dibujos de Jean Goujon, y que costó en su tiempo muchos años de trabajo, acaso se adquirió a precio de leño para quemar. Cofrecillos preciosos y muebles hechos por la mano de las hadas estaban desdeñosamente amontonados.

—¡Usted tiene millones aquí! —exclamó el joven al llegar a una estancia que remataba una serie de aposentos dorados y esculpidos por artistas del siglo pasado.

—Diga miles de millones —replicó el rollizo y mofletudo dependiente—. Pero eso no es nada todavía; suba al tercer piso, y verá usted...

El desconocido siguió a su guía y llegó a una cuarta galería donde sucesivamente pasaron ante sus cansados ojos diversos cuadros de Poussin, una sublime estatua de Miguel Ángel, algunos deliciosos paisajes de Claude Lorrain, un Gérard Dow que parecía una página de Sterne; Rembrandts, Murillos, Velázquez sombríos y coloreados como un poema de lord Byron; luego, bajorrelieves antiguos, copas de ágata, maravillosos ónices... En definitiva, eran creaciones como para aborrecer el trabajo, obras maestras acumuladas hasta hacer odiar las artes y matar el entusiasmo. Llegó ante una Virgen de Rafael, pero estaba ya saciado de Rafael. Una figura de Correggio que merecía una mirada no la obtuvo. Un inestimable jarrón de pórvido

antiguo, cuyas esculturas circulares representaban la más grotescamente licenciosa de todas las figuraciones priápicas romanas, delicia de alguna Corina, apenas logró una sonrisa. Se ahogaba bajo los despojos de cincuenta siglos desvanecidos, estaba enfermo de tantos pensamientos humanos, asesinado por el lujo y las artes, oprimido bajo esas formas renacientes que, parecidas a monstruos engendrados a sus pies por algún genio maligno, le sometían a un combate sin fin.

Semejante en sus caprichos a la química moderna, que resume la creación por un gas, ¿no se compone el alma de terribles venenos por la rápida concentración de sus goces, de sus fuerzas o de sus ideas? ¿No parecen muchos seres fulminados por cualquier ácido moral súbitamente esparcido dentro de sí mismos?

—¿Qué hay en esta caja? —preguntó al llegar a un amplio gabinete, último montón de gloria, de esfuerzos humanos, de originalidades, entre las cuales señaló con el dedo un gran cajón cuadrado de caoba, suspendido de un clavo por una cadena de plata.

—¡Ah, el señor tiene la llave! —respondió el gordinflón con tono misterioso—. Si usted desea ver ese retrato, buenamente me atrevería a prevenir al señor.

—¡Atrévase! —dijo el joven—. Es un príncipe acaso su jefe.

—Pues no lo sé —respondió el dependiente.

Se miraron un momento, asombrados el uno y el otro. Después de interpretar el silencio del desconocido como un deseo, el dependiente le dejó solo en el gabinete.

¿Usted se ha lanzado alguna vez a la inmensidad del espacio y del tiempo, leyendo las obras geológicas de Cuvier? Arrastrado por su genio, ¿usted ha planeado sobre el abismo sin límites del pasado, como sostenido por la mano de un encantador? Descubriendo de corte en corte, de capa en capa, bajo las canteras de Montmartre o en los esquistos del Ural, esos animales cuyos restos fosilizados pertenecen a civilizaciones antediluvianas, el alma se llena de espanto al percibir miles de millones de años y de seres a los que la débil memoria humana, la indestructible tradición divina, han olvidado, y cuyas cenizas hacinadas sobre la superficie de nuestro globo forma en él los dos pies de tierra que nos dan el pan y las flores. ¿No es Cuvier el más grande poeta de nuestro siglo? Valiéndose de palabras, Lord Byron ha reproducido muy bien algunas agitaciones morales, pero nuestro inmortal naturalista ha reconstruido mundos con huesos blanqueados, ha reedificado, como Cadmus, ciudades con dientes, ha reproducido en mil bosques todos los misterios de la zoología con algunos fragmentos de hulla, y ha vuelto a encontrar poblaciones de gigantes en el pie de un mamut. Estas figuras se yerguen, se agrandan y llenan regiones en armonía con sus colosales estaturas. Él es poeta con cifras, es sublime colocando un cero junto a un siete. Anima la nada sin pronunciar palabras artificialmente mágicas; excava una parcela de yeso, percibe en ella una marca, y le dice: «¡Vea!» De pronto los mármoles se animalizan, la muerte se vivifica, y el mundo se despliega. Tras innumerables dinastías de criaturas gigantescas, tras razas de peces y clanes de moluscos, se llega al fin al género humano, producto degenerado de

un tipo grandioso, destrozado acaso por el Creador. Enardecidos por su mirada retrospectiva, estos hombres enclenques y nacidos ayer pueden franquear el caos, entonar un himno sin fin y configurarse el pasado del universo en una especie de Apocalipsis retrógrado. En presencia de esta espantosa resurrección debida a la voz de un solo hombre, la migaja cuyo usufructo nos es concedido en ese infinito sin nombre, común a todas las esferas y que nosotros hemos denominado EL TIEMPO, ese minuto de vida nos da lástima. Nos preguntamos, aplastados como nos vemos por tanto universo en ruinas, para qué sirven nuestras glorias, nuestros odios, nuestros amores, y si para llegar a ser un punto intangible en el futuro, debe aceptarse la pena de vivir... Desarraigados del presente, estamos muertos hasta que nuestro ayuda de cámara entra a decirnos: «La señora condesa ha dicho que ella espera al señor».

Las maravillas cuya vista acababa de presentar al joven toda la creación conocida, dejaron en su alma ese desaliento que produce al filósofo el examen científico de las creaciones desconocidas; deseó más vivamente que nunca morir, y se apoyó en una silla curul, dejando errar sus miradas a través de las fantasmagorías del panorama del pasado. Los cuadros se iluminaron, las cabezas de Virgen le sonrieron, y las estatuas se colorearon con una vida engañosa. A favor de la sombra, y puestas en danza por la febril tormenta que fermentaba en su destrozado cerebro, las obras se agitaron y remolinearon ante él; cada grotesca figura le lanzó su mueca, y los párpados de los personajes representados en los cuadros bajaron sobre sus ojos para refrescarlos. Cada una de esas formas se estremeció, brincó, se destacó de su lugar, gravemente, ligeramente, con gracia o brusquedad, según sus costumbres, su carácter y su contextura. Fue un misterioso aquelarre digno de las fantasías vislumbradas por el doctor Fausto en el Brocken. Pero estos fenómenos de óptica, engendrados por la fatiga, por la tensión de las fuerzas oculares o por los caprichos del crepúsculo, no podían asustar al desconocido. Los terrores de la vida eran impotentes sobre un alma familiarizada con los de la muerte. Incluso por una especie de complicidad burlona, favoreció las extravagancias de ese galvanismo moral, cuyos prodigios se acoplaban a los últimos pensamientos que le concedían aún el sentimiento de la existencia. Reinaba tan profundamente en su derredor el silencio, que no tardó en entregarse a un dulce ensueño, en el que las impresiones gradualmente negras siguieron, de tonalidad en tonalidad y como por arte de magia, a las lentas degradaciones de la luz. Un resplandor desprendido del cielo hizo relucir un último reflejo rojo luchando con la noche; levantó la cabeza y vio un esqueleto apenas iluminado que inclinó dubitativamente su cráneo de derecha a izquierda, como si le dijera: «Los muertos no te quieren aún». Al pasarse la mano por la frente para despejar el sueño, el joven sintió distintamente un viento fresco producido por algo velludo que le rozó las mejillas, y se estremeció. Como los cristales habían gemido sordamente, pensó que la fría caricia, digna de los misterios de la tumba, procedía de algún murciélago. Todavía durante unos momentos los vagos reflejos del crepúsculo le permitieron distinguir indistintamente los fantasmas que le rodeaban; luego, toda esa naturaleza

muerta se fundió en un mismo tinte negro. La noche, la hora de morir, había llegado de súbito. Desde ese momento pasó cierto lapso de tiempo, durante el cual no tuvo una clara percepción de las cosas terrestres, fuese porque se hubiera sumido en un profundo sueño o porque hubiera cedido a la somnolencia provocada por sus fatigas y por la multitud de pensamientos que le desgarraban el corazón. De pronto, creyó que le llamaba una voz terrible, y se estremeció como cuando en medio de una candente pesadilla nos creemos precipitados de un solo empujón a las profundidades de un abismo. Cerró los ojos, cegado los rayos de una intensa claridad; veía brillar en el seno de las tinieblas una esfera rojiza cuyo centro estaba ocupado por un vejete que se tenía en pie y dirigía sobre él la luz de una lámpara. No le había oído venir, ni hablar, ni moverse. Esa aparición tenía algo de mágico. El hombre más intrépido, sorprendido así en su sueño, habría sin duda temblado ante un personaje que parecía que saliese de algún cercano sarcófago. La singular juventud que animaba los inmóviles ojos de esa especie de fantasma impedía al desconocido creer en efectos sobrenaturales; sin embargo, durante el rápido intervalo que separó su vida sonámbula de su vida real permaneció en la duda filosófica recomendada por Descartes, encontrándose entonces, a pesar de sí mismo, bajo el poder de esas inexplicables alucinaciones cuyos misterios están condenados por nuestro orgullo, o que nuestra impotente ciencia intenta en vano analizar.

Figurémonos un vejete seco y flaco, vestido con un batín de terciopelo negro ceñido alrededor de sus riñones por un grueso cordón de seda. Sobre su cabeza, una gorra también de terciopelo negro dejaba pasar a cada lado del rostro los largos mechones de su blanco cabello, y se adaptaba al cráneo de manera que enmarcase rígidamente la frente. El batín amortajaba el cuerpo como si fuese un sudario, no permitiendo ver otra forma humana que un rostro estrecho y pálido. Sin el descarnado brazo, parecido a un bastón sobre el que se hubiese puesto un paño, y que el viejo mantenía en alto para que convergiese sobre el joven la claridad de la lámpara, ese rostro habría parecido suspendido en el aire. Una barba gris y puntiaguda ocultaba el mentón de ese estrafalario ser, y le daba el aspecto de esas cabezas judaicas que sirven de modelo a los artistas cuando quieren representar a Moisés. Los labios del hombre estaban tan descoloridos y eran tan delgados, que se precisaba poner una particular atención para adivinar la línea trazada por la boca en el blanco rostro. Su ancha y arrugada frente, sus mejillas lívidas y hundidas, el implacable rigor de sus ojillos verdes carentes de pestañas y de cejas, podían hacer creer al desconocido que el *Pesador de oro* de Gérard Dow se había salido de su cuadro. Una agudeza de inquisidor, revelada por las sinuosidades de sus arrugas y por las más circulares dibujadas en sus sienes, acusaba una ciencia profunda de las cosas de la vida. Era imposible engañar a ese hombre, quien parecía tener el don de sorprender los pensamientos en el fondo de los corazones más discretos. Las costumbres de todas las naciones del globo y su sapiencia se resumían sobre su frío rostro, como las producciones del mundo entero se encontraban acumuladas en sus polvorientos

almacenes. Se habría leído en él la lúcida tranquilidad de un Dios que todo lo ve, o la orgullosa fuerza de un hombre que lo ha visto todo. Un pintor, con dos expresiones diferentes y de dos pinceladas, habría hecho de esta figura una bella imagen del Padre Eterno, o la máscara burlona de Mefistófeles, pues se juntaban una suprema potencia en la frente y siniestras mofas en la boca. Triturando todas las penas humanas bajo un poder inmenso, ese hombre debía haber matado todas las alegrías terrestres. El moribundo se estremeció, presintiendo que el viejo genio habitaba una esfera ajena al mundo, donde vivía solo, sin goces porque no tenía ya ilusiones, y sin dolores porque no conocía ya placeres. El viejo se mantenía en pie, inmóvil, inquebrantable como una estrella en medio de una nube de luz. Sus ojos verdes, llenos de no se sabe qué tranquila malicia, parecían iluminar el mundo moral lo mismo que su lámpara iluminaba la misteriosa estancia.

Tal fue el extraño espectáculo que sorprendió al joven en el momento en que abrió los ojos, después de haberle mecido pensamientos de muerte y de fantásticas imágenes. Si se quedó como aturdido, si momentáneamente se dejó dominar por una creencia digna de niños que escuchan los cuentos de sus abuelas, hay que atribuir ese error al velo extendido sobre su vida y sobre su entendimiento por sus meditaciones, a la excitación de sus nervios irritados, al violento drama cuyas escenas acababan de prodigarle las atroces delicias que se consiguen con el opio. Esa visión se desarrolló en París, en el malecón Voltaire, durante el siglo XIX, tiempo y lugares en que la magia era imposible. Vecino de la casa donde expiró el dios de la incredulidad francesa, discípulo de Gay-Lussac y de Arago, depreciador de los juegos de cubiletes que hacen los hombres del poder, el desconocido no obedecía sin duda sino a esas fascinaciones poéticas a las cuales nos prestamos a menudo, como para huir de desesperantes verdades, como para tentar el poder de Dios. Tembló, pues, ante esa luz y ese viejo, agitado por el inexplicable presentimiento de algún poder extraño, pero su emoción se parecía a la que todos hemos sentido ante Napoleón, o en presencia de algún gran hombre brillante de genio y revestido de gloria.

—¿ Desea ver el señor el retrato de Jesucristo pintado por Rafael? —le dijo cortésmente el viejo, con una voz cuya sonoridad clara y concisa tenía algo de metálico.

Y puso la lámpara sobre el fuste de una columna rota, de manera que la caja parda recibiese la claridad.

A los nombres religiosos de Jesucristo y de Rafael, le escapó al joven un gesto de curiosidad, sin duda esperado por el mercader, quien movió un resorte. De pronto el panel de caoba se deslizó en una ranura, cayó sin ruido y presentó el lienzo a la admiración del desconocido. A la vista de la inmortal creación, olvidó las fantasías del almacén y los caprichos de su sueño; volvió a ser hombre, reconoció en el viejo a una criatura de carne y hueso, viva, no fantasmagórica, y revivió en el mundo real. La tierna solicitud y la dulce serenidad del divino rostro influyeron en el acto sobre él. Algún perfume vertido de los cielos disipó las torturas infernales que le quemaban la

medula de los huesos. La cabeza del Salvador de los hombres parecía salir de las tinieblas figuradas por un fondo negro; una aureola de rayos destellaba vivamente en torno a su cabellera, de la que parecía brotar la luz; bajo la frente, bajo la carne, había una elocuente convicción que escapaba de cada rasgo por penetrantes efluvios. Los rojizos labios acababan de hacer oír las palabras de vida, y el espectador buscaba su sacra resonancia en el aire, pidiendo las admirables parábolas al silencio, escuchándolas en el futuro, hallándolas en las enseñanzas del pasado. El Evangelio estaba traducido por la serena simplicidad de esos adorables ojos donde se refugiaban las almas conturbadas. En fin, la religión católica se leía entera en una suave y magnífica sonrisa que parecía expresar ese precepto en que la resume: «Amaos los unos a los otros». Esta pintura inspiraba una plegaria, encarecía el perdón, ahogaba el egoísmo, despertaba todas las virtudes adormecidas. Compartiendo los encantamientos de la música, la obra de Rafael lo sujetaba a uno bajo el imperioso hechizo de los recuerdos, y su triunfo era completo, olvidándose al pintor. La ilusión de la luz actuaba aún sobre esa maravilla; por momentos, parecía que la cabeza se agitara en la lejanía, en el seno de alguna nube.

—He cubierto esta tela de piezas de oro —dijo fríamente el mercader.

—Pues bien... ¡habrá que morir! —exclamó el joven, quien salía de un ensueño cuyo último pensamiento le había dirigido a su fatal destino, haciéndole descender por insensibles deducciones de una última esperanza a la cual se había asido.

—¡Ah, ah, ya tenía yo razón en desconfiar de ti! —respondió el viejo cogiendo las manos del joven, estrechando los puños con una de las suyas, como si las atornillase.

El desconocido sonrió tristemente ante su equivocación, y le dijo con voz suave:

—Oh, señor, no tema usted nada; se trata de mi vida y no de la suya... ¿Por qué no había yo de confesar una inocente superchería? —y prosiguió después de mirar al inquieto anciano—: Al esperar la noche, para poderme ahogar sin escándalo, he venido a ver sus riquezas. ¿Quién no perdonaría este último placer a un hombre de ciencia y de poesía?

A la vez que le escuchaba, el receloso mercader examinó con mirada sagaz el melancólico rostro de su falso cliente. Tranquilizado pronto por el acento de su dolorida voz, o leyendo acaso en las descoloridas facciones los siniestros destinos que antes estremecieron a los jugadores, le soltó las manos; pero, por un resto de desconfianza que reveló una experiencia por lo menos centenaria, extendió indolentemente el brazo sobre una cómoda, como para apoyarse en ella, y, cogiendo un puñal, dijo:

—¿Está usted desde hace tres años de supernumerario en el Tesoro, sin haber percibido ninguna gratificación?

El desconocido no pudo evitar una sonrisa, e hizo un gesto negativo.

—¿Acaso su padre le ha reprochado demasiado vivamente el haber venido al mundo? ¿O está usted deshonorado?

—Si quisiera deshonrarme, viviría.

—¿Le han silbado en los Funámbulos? ¿O tal vez se ve obligado a componer letrillas de canciones para pagar el tren de su querida? ¿No tendrá usted la enfermedad del oro? ¿Quiere destronar al hastío? Vamos, dígalo ya: ¿qué error le impulsa a morir?

—No busque el principio de mi muerte en las vulgares razones que regulan la mayoría de los suicidios. Para dispensarme de desvelarle inauditos sufrimientos, lo cual resulta difícil expresar en lenguaje humano, le diré que me encuentro en la más profunda, la más innoble, la más feroz de todas las miserias. Y —añadió con un tono de voz cuyo bravio orgullo desmentía sus precedentes palabras— no quiero mendigar, ni socorros, ni consuelos.

—¡Eh, eh...!

Estas dos sílabas que el viejo emitió por toda respuesta, parecieron el crujir de una carraca. Luego prosiguió:

—Sin forzarle a implorarme, sin hacerle enrojecer, y sin darle un céntimo de Francia, un *parat* de Levante, un *tarento* de Sicilia, un *heller* de Alemania, un *copec* ruso, un *farthing* de Escocia, uno sólo de los sestercios o de los óbolos del antiguo mundo, ni una piastra del nuevo; sin ofreceros nada que sea oro, plata, vellón, papel o billete, quiero hacerle más rico, más poderoso y más considerado que pueda serlo un rey constitucional.

El joven creyó que el anciano chocheaba, y se quedó como aturdido, sin atreverse a responder.

—Vuélvase —dijo el anticuario levantando de pronto la lámpara para dirigir su luz sobre la pared fronteriza al cuadro— y mire esa PIEL DE CHAGREN —añadió.

El joven se levantó bruscamente y no disimuló su sorpresa al ver por encima de la silla en que estaba sentado un trozo de *chagrén* sujeto al muro y cuyas dimensiones no excedían de las de una piel de zorro; pero por un fenómeno inexplicable a primera vista esa piel proyectaba rayos tan luminosos entre la espesa oscuridad que reinaba en el almacén, que se hubiera creído un pequeño cometa. El joven incrédulo se aproximó al pretendido talismán que debía preservarle de la desgracia, y se burló de él mentalmente. Sin embargo, impulsado por una legítima curiosidad, se inclinó para examinar alternativamente la piel por todos sus lados, y no tardó en descubrir una causa natural de la singular luminosidad. Los granos negros del chagrén estaban tan esmeradamente tirantes y bruñidos, tan limpias y nítidas sus caprichosas rayas, que, semejantes a las facetas del granate, las asperezas del cuero oriental formaban otros tantos pequeños focos que reflejaban vivamente la luz. Demostró matemáticamente la razón de ese fenómeno al viejo, quien, por toda respuesta, sonrió con malicia. Esa sonrisa de superioridad hizo creer al joven sabio que era víctima de algún charlatanismo. No quiso llevarse un enigma más a la tumba, y dio rápidamente la vuelta a la piel, como un niño ansioso por conocer los secretos de su nuevo juguete.

—¡Ah...! —exclamó—. Aquí está la marca que los orientales llaman el sello de

Salomón.

—¿Entonces, usted la conoce? —preguntó el mercader, cuyas ventanas de la nariz dejaron pasar tres o cuatro soplidos, que tradujeron más ideas que las que habrían expresado las más enérgicas palabras.

—¿Habrá en el mundo un hombre lo bastante simple como para creer en esta quimera? —exclamó el joven, picado al oír esa mueca muda y llena de una amarga irrisión—. ¿No sabe acaso —añadió— que las supersticiones de Oriente han consagrado la forma mística y los falaces caracteres de ese emblema que representa una potencia fabulosa? No creo que se me tache más de bobalicón en esta circunstancia que si hablase de las esfinges y de los grifos, cuya existencia está en cierto modo admitida mitológicamente.

—Ya que es usted un orientalista —replicó el viejo—, ¿tal vez podría leer esta sentencia?

Acercó la lámpara al talismán que el joven tenía de revés, haciendo que se fijara en los caracteres incrustados en el tejido celular de la maravillosa piel, como si lo hubiese producido el animal al que antes perteneció.

—Confieso —manifestó el desconocido— que no adivino el procedimiento que se habrá utilizado para grabar tan hondas estas letras en la piel de un onagro.

Y volviéndose con viveza hacia las mesas llenas de curiosidades, pareció que buscase algo en ellas.

—¿Qué quieres? —preguntó el viejo.

—Algo para cortar el chagrén; así veremos si las letras están impresas o incrustadas.

El viejo ofreció su puñal al desconocido, quien lo cogió e intentó rajar la piel en el sitio en que estaban escritas las palabras; pero cuando levantó una ligera capa del cuero, las letras reaparecieron tan claras y tan conformes como las que estaban impresas en la superficie, por la que durante un momento creyó que no había quitado nada.

—La industria del Levante tiene secretos que le son realmente peculiares —dijo mirando la sentencia oriental con una especie de inquietud.

—Sí —respondió el viejo—. Es mejor atribuirlo a los hombres que a Dios.

Las misteriosas palabras estaban dispuestas de la manera siguiente:

Lo cual quería decir en nuestro idioma:

*Si me posees, le poseerás todo.
Pero tu vida me pertenecerá. Dios lo ha
querido así. Desea, y tus deseos
serán satisfechos. Pero regúlalos
con tu vida. Ella está ahí. A cada
apetencia, yo disminuiré
como tus días.*

¿Me quieres?
Toma. Dios
te concederá.
¡Sea!

—¡Ah...! Usted lee con facilidad el sánscrito —dijo el viejo—. ¿Tal vez ha viajado por Persia o por Bengala?

—No, señor —respondió el joven, tentando con curiosidad la piel simbólica, parecida a una lámina de metal por su poca flexibilidad.

El viejo mercader volvió a colocar la lámpara sobre la columna de donde la había sacado, dirigiendo al joven una mirada impregnada de una fina ironía que parecía decir: «Ya no piensa sino en morir».

—¿Es una broma? ¿Es un misterio? —preguntó el joven desconocido.

El viejo meneó la cabeza y dijo gravemente:

—No sabría responderle. He ofrecido el terrible poder que da esté talismán a hombres dotados de más energía de la que usted parece tener; pero además de mofarse de la problemática influencia que debía ejercer sobre sus destinos futuros, nadie ha querido arriesgarse a concluir ese contrato tan fatalmente propuesto por no sé qué poder. Yo pienso lo mismo que ellos, he dudado, me he abstenido, y...

—¿Y ni siquiera lo ha probado? —preguntó el joven interrumpiéndole.

—¡Probar! —respondió el viejo—. Si usted estuviese sobre la columna de la plaza Vendóme, ¿intentaría arrojarse al aire? ¿Puede detenerse el curso de la vida? ¿Ha logrado el hombre fraccionar la muerte alguna vez? Antes de entrar en este gabinete, usted había resuelto suicidarse; mas de pronto un secreto le ocupa y le distrae de morir. ¡Qué niño! ¿No le ofrecerá cada uno de sus días un enigma más interesante de lo que lo es esto? Escúcheme. Yo he visto la corte licenciosa del regente. Como usted, yo estaba entonces en la miseria, he mendigado mi pan; sin embargo, he llegado a la edad de ciento dos años, y me he hecho millonario. La desgracia me ha dado la fortuna, y la ignorancia me ha instruido. Voy a revelarle en pocas palabras un secreto de la vida humana. El hombre se agota por dos actos instintivamente cumplidos que secan las fuentes de su existencia. Dos verbos expresan todas las formas que adoptan estas dos causas de muerte: QUERER y PODER. Entre estos dos términos de la acción humana, hay otra fórmula de la que se apoderan los cuerdos, y a ella debo la felicidad y mi longevidad. *Querer* nos quema, y *poder* nos destruye, pero SABER deja nuestro débil organismo en un estado perpetuo de calma. Así el deseo o el querer ha muerto en mí, matado por el pensamiento; el movimiento o el poder se ha resuelto por el funcionamiento natural de mis órganos. En dos palabras, he situado mi vida, no en el corazón que se rompe, no en los sentidos que se embotan, sino en el cerebro que no se gasta y que sobrevive a todo. Nada excesivo ha mellado ni mi alma ni mi cuerpo. Sin embargo, he visto el mundo entero. Mis pies han hollado las más altas montañas de Asia y de América, he

aprendido todos los idiomas humanos, y he vivido bajo todos los regímenes. He prestado dinero a un chino tomando en garantía el cadáver de su padre; he dormido bajo la tienda del árabe dando fe a su palabra; he firmado contratos en todas las capitales europeas, y he dejado sin temor mi oro en el wigwam de los salvajes; en fin, lo he obtenido todo porque he sabido desdeñarlo todo. Mi única ambición ha sido ver. ¿Ver no es también saber...? Y saber, joven, ¿no .es gozar intuitivamente? ¿No es descubrir la sustancia misma del hecho y apoderarse de él esencialmente? ¿Qué queda de una posesión material? Queda una idea. Juzgue, pues, cuán bella debe ser la vida de un hombre que pudiendo grabar todas las realidades en su pensamiento transporta en su alma las fuentes de la dicha, extrayendo mil ideales deleites despojados de las máculas terrestres. El pensamiento es la llave de todos los tesoros, proporciona las alegrías del avaro sin dar sus cuidados. Así he planeado sobre el mundo, donde mis placeres han sido siempre goces intelectuales. Mis orgías fueron la contemplación de los mares, de los pueblos, de los bosques, de las montañas... Lo he visto todo, pero tranquilamente, sin fatiga; jamás he deseado nada; lo he esperado todo. Me he paseado por el universo como por el jardín de una heredad mía. Lo que los hombres llaman pesares, amores, ambiciones, reveses, tristeza, son, para mí, ideas que trueco en ensueños; en vez de sentir las, las expreso, las traduzco; en vez de dejarlas devorar mi vida, las dramatizo, las desarrollo; me divierto con ellas como con novelas que leería por una visión interior. No habiendo fatigado nunca mis órganos, disfruto aún de una salud robusta. Habiendo heredado mi alma toda la fuerza de la que yo no abusaba, esta cabeza mía está todavía mejor surtida que mis almacenes. Aquí —añadió golpeándose la frente—, aquí están los verdaderos millones. Paso deliciosas jornadas dirigiendo una mirada inteligente al pasado; evoco países enteros, parajes, panoramas del Océano, figuras históricamente bellas... Tengo un serrallo imaginario donde poseo a todas las mujeres que no he tenido. Vuelvo a ver a menudo las guerras, las revoluciones, y las juzgo. ¡Oh! ¿Cómo preferir admiraciones ligeras y febriles por algunas carnes más o menos rosadas, por formas más o menos redondeadas? ¿Cómo preferir todos los desastres de las voluntades engañadas a la sublime facultad de hacerme comparecer el universo, al inmenso placer de moverse sin estar agarrotado por las ligaduras del tiempo ni por las trabas del espacio, al deleite de abrazarlo todo, de verlo todo, de inclinarse sobre el borde del mundo para interrogar a las otras esferas, para escuchar a Dios? Esto —añadió con voz vibrante y agitando la piel de chagrán— es el *poder* y el *querer* reunidos. Ahí están las ideas sociales, los excesivos deseos, las intemperaciones, las alegrías que matan, los dolores que hacen vivir demasiado, pues el mal ¿no es acaso más que un violento placer? ¿Quién podrá determinar el punto en que la voluptuosidad se convierte en mal, o bien el mal es aún voluptuosidad? ¿No acarician la vista las más vivas luces del mundo ideal, mientras que las más suaves tinieblas del mundo físico la hieren siempre? ¿No proviene de saber la palabra sabiduría? ¿Y qué es la locura, sino el exceso de un querer o de un poder?

—¡Pues bien, sí; yo quiero vivir con exceso! —dijo el desconocido, cogiendo la piel de chagrén.

—¡Joven, tenga cuidado! —exclamó el viejo con increíble viveza.

—Yo había resuelto mi vida por el estudio y por el pensamiento, pero no me han alimentado siquiera —replicó el desconocido—. No quiero ser víctima ni de una predicación digna de un Swedenborg, ni de su amuleto oriental, ni de los piadosos esfuerzos que usted, señor, hace para retenerme en un mundo en el que mi existencia es ya imposible... Veamos —añadió apretando el talismán con mano convulsa y mirando al viejo—. Quiero una cena realmente espléndida, alguna bacanal digna del siglo donde todo, según se dice, se ha perfeccionado. Que mis invitados sean jóvenes, espirituales, sin prejuicios, alegres hasta la locura. Que los vinos se sucedan cada vez más incisivos, más encendidos, y tengan tal fuerza que nos embriaguen para tres días. Que esta noche la embellezcan mujeres ardientes. Quiero que la orgía en delirio y rugiente nos arrastre en su cuadriga hasta más allá de los confines del mundo, para depositarnos en playas desconocidas. Que las almas suban a los cielos o se suman en el fango, sin que yo sepa entonces si se elevan o se envilecen; poco me importa. Así, pues, yo ordeno a ese siniestro poder que me funda todos los goces en uno. Sí, tengo necesidad de abrazar los placeres del cielo y de la tierra en un último apretón, para morir de ellos. Así deseo las antiguas bacanales que seguían a la embriaguez, de beber, y los cánticos que despiertan a los muertos, y besos triples, besos sin fin cuyo clamor pase sobre París como un crepitar de incendio, y despierte a los esposos y les inspire un agudo ardor que los rejuvenezca a todos, hasta a los septuagenarios.

Una carcajada que estalló en la boca del vejete resonó en los oídos del joven loco como un crujido infernal, y le dejó tan despóticamente suspenso que se calló.

—¿Usted cree acaso —dijo el mercader— que estos suelos van a abrirse de repente para dar paso a mesas suntuosamente servidas y a invitados del otro mundo? No, no, joven aturdido. Usted ha firmado el pacto, todo está dicho. Ahora, los caprichos de usted serán escrupulosamente respetados, pero a costa de su vida. El círculo de sus días, figurado por esta piel, se estrechará según la fuerza y el número de sus deseos, desde el más leve hasta el más exorbitante. El brahmán que me dio este talismán me explicó que se operaría un misterioso acuerdo entre los destinos y los deseos de su poseedor. La primera apetencia de usted es vulgar, y yo mismo podría realizarla; pero dejo su cuidado a los acontecimientos de su nueva existencia. Además, ¿no quería usted morir? Entonces, no ha hecho más que retrasar su suicidio.

El desconocido, sorprendido y hasta casi irritado de verse siempre objeto de las chanzas del singular viejo, cuya intención a medias filantrópica le pareció claramente demostrada en esa última mofa, exclamó:

—Ya veré bien, señor, si mi fortuna cambia durante el tiempo que voy a invertir siguiendo la calzada. Pero si usted no se burla de un desgraciado, deseo, para vengarme de tan fatal servicio, que se enamore de una bailarina... Entonces comprenderá usted el valor de una orgía, y acaso prodigaré todos los bienes que tan

filosóficamente ha guardado.

Salió sin oír el gran suspiro que lanzó el viejo; atravesó las salas y descendió por la escalera de la casa, seguido por el gordinflón dependiente, quien vanamente quiso alumbrarle el camino, pues él corría con la celeridad de un ladrón cogido en flagrante delito. Cegado por una especie de delirio, ni siquiera se dio cuenta de la increíble ductilidad de la piel de chagrén, la cual, ahora flexible como un guante, se enrolló a la presión de sus frenéticos dedos y pudo metérsela en el bolsillo del frac, haciéndolo casi maquinalmente. Al precipitarse desde la puerta de la tienda de antigüedades a la calzada, tropezó con tres jóvenes que iban en amigable compañía.

—¡Animal!

—¡Imbécil!

Tales fueron las graciosas interpelaciones que se intercambiaron.

—¡Si es Rafael!

—Te estábamos buscando.

—¡Qué bien! ¿Sois vosotros?

Estas tres frases amistosas sucedieron a la injuria en cuanto la claridad de un reverbero mecido por el viento dio en las caras del asombrado grupo.

—Mi querido amigo —dijo a Rafael el joven al que por poco hizo caer—, tú vas a venir con nosotros.

—¿De qué se trata?

—Sigamos adelante; ya te contaré el asunto mientras andamos.

De grado o por fuerza, a Rafael lo rodearon sus amigos, quienes, encadenándolo con los brazos a la alegre pandilla, se lo llevaron hacia el puente de las Artes.

—Querido —prosiguió el orador—, hace una semana casi que te estamos persiguiendo. En tu respetable hotel de *San Quintín*, donde, entre paréntesis, la enseña inamovible ofrece letras siempre alternativamente negras y rojas, como en la época de Rousseau, tu Leonarda nos ha dicho que te habías ido al campo. Sin embargo, nosotros no teníamos aspecto ciertamente de personas de dinero..., escribanos, acreedores, alguaciles del tribunal de comercio, etc. ¡No importa! Rastignac te guipó la víspera en los Bouffons, y por lo tanto le hemos echado valor a la cosa y hemos puesto nuestro amor propio en descubrir si colgabas de los árboles de los Campos Elíseos, si ibas a pernoctar por dos ochavos en esos establecimientos filantrópicos donde los mendigos duermen sobre cuerdas tendidas, o bien, más afortunado, si tendrías tu vivac en algún tocador femenino. No te hemos encontrado en ningún sitio, ni detrás de los cerrojos de la cárcel o del hospital... Habiendo, pues, explorado minuciosamente los ministerios, la Ópera, las residencias conventuales, cafés, bibliotecas, listas policíacas, despachos de periodistas, restaurantes, salas de descanso de teatros, o sea, todo cuanto hay en París de buenos y malos lugares, gemíamos por la pérdida de hombre lo bastante dotado de genio como para hacerse igualmente buscar en la corte y en las prisiones. Hablábamos de canonizarte como a un héroe de julio, y, palabra de honor, te echábamos de menos.

En ese momento Rafael pasaba con sus amigos por el puente de las Artes, desde donde, sin escucharles, miraba al Sena, cuyas mugientes aguas reflejaban las luces de París. Sobre el río, al cual había querido arrojarse, se realizaban las predicciones del viejo; la hora de su muerte estaba ya fatalmente retrasada.

—Sí, te echábamos mucho de menos —prosiguió su amigo, continuando su tesis—. Se trata de una combinación en la que te incluimos en tu calidad de hombre superior, es decir, de hombre que sabe situarse por encima de todo. El escamoteo del juego constitucional con el cubilete real continúa haciéndose hoy, querido, más gravemente que nunca. La infame monarquía derribada por el heroísmo popular era una mujer de mala vida con la que se podía reír y banquetear; pero la patria es una esposa arisca y virtuosa y debemos aceptar, a gusto o a disgusto, sus acompasadas caricias. Ahora bien, el poder se ha trasladado, como tú sabes, de las Tullerías a los periodistas, del mismo modo que el presupuesto ha cambiado de barrio, pasando del de Saint-Germain a la Chaussée-d'Antin. Pero mira tú esto, que quizá no lo sabes: el gobierno, es decir, la aristocracia de banqueros y abogados que hacen hoy de la patria lo que los curas hacían antes de la monarquía, ha sentido la necesidad de mixtificar el buen pueblo de Francia con palabras nuevas e ideas viejas, a semejanza de los filósofos de todas las escuelas y los hombres fuertes de todos los tiempos. Se trata, pues, de inculcarnos una opinión realmente nacional, demostrándonos que es mucho más venturoso pagar mil doscientos millones con treinta céntimos a la patria, representada por los señores fulano y mengano, que mil cien millones con nueve céntimos a un rey que decía *yo* en vez de *nos*. En una palabra, un periódico acorazado con doscientos o trescientos mil buenos francos acaba de ser fundado con el objeto de formar una oposición que contente a los descontentos, sin perjudicar al gobierno nacional del rey-ciudadano. Ahora bien, como nosotros nos mofamos de la libertad tanto como de la incredulidad; como para nosotros la patria es una capital donde las ideas se cambian y se venden a tanto la línea; donde todos los días traen suculentas cenas y numerosos espectáculos; donde hormiguean licenciosas prostitutas; donde los ágapes no acaban sino al día siguiente y los amores se alquilan a la hora, como los simones, y como París será siempre la más adorable de todas las patrias, la patria de la alegría, de la libertad, del ingenio, de las mujeres bonitas, de las malas personas, del buen vino, y donde la vara del poder no se hará sentir nunca demasiado, porque se está cerca de los que la detentan..., nosotros, auténticos sectarios del dios Metistófeles, hemos emprendido la tarea de revocar el espíritu público, revestir a los actores, clavar nuevas planchas en la barraca gubernamental, medicinar a los doctrinarios, recocer a los viejos republicanos, destacar a los bonapartistas y abastecer el centro, siempre que nos sea permitido reírnos *in petto* de los reyes y de los pueblos, no ser por la noche de la misma opinión que por la mañana, y pasar una vida placentera a lo Panurgo o *more orientali*, tendidos sobre muelles cojines. Nosotros te destinamos las riendas de este imperio macarrónico y burlesco, y, por lo tanto, te conducimos al instante a la cena que da el fundador del mentado periódico,

un banquero retirado que, no sabiendo qué hacer con su oro, quiere trocarlo en ingenio. Allí serás acogido como un hermano, y nosotros te proclamaremos rey de esos espíritus fundadores a los que nada espanta, cuya perspicacia descubre las intenciones de Austria, de Inglaterra o de Rusia, antes de que Rusia, Inglaterra o Austria tengan intenciones... Sí, te instituiremos soberano de esas potencias inteligentes que suministran al mundo los Mirabeau, los Tayllerand, los Pitt, los Metternich, y todos los hábiles Crispines que se juegan entre ellos los destinos de un imperio igual que los hombres vulgares se juegan su aguardiente al dominó. Te hemos anunciado como el más intrépido compañero que jamás haya apretado cuerpo a cuerpo el desenfreno, ese monstruo admirable con el que quieren luchar todos los espíritus fuertes, y hasta hemos afirmado que nunca se te ha vencido. Espero que no harás que sean un embuste nuestros elogios. Taillefer, nuestro anfitrión, nos ha prometido superar las mezquinas saturnales de nuestros pequeños Lúculos modernos. Es lo bastante rico como para poner grandeza en las pequeñeces y gracia en el vicio... ¿Entiendes, Rafael? —le preguntó el orador, interrumpiéndose.

—Sí —respondió el joven, menos asombrado del cumplimiento de sus deseos que sorprendido por la manera natural con que se encadenaban los acontecimientos.

Aunque le fuese imposible creer en una influencia mágica, admiraba los azares del destino humano.

—¡Pero nos dices sí como si pensaras en la muerte de tu abuelo...! —le replicó uno de los compañeros.

—¡Ah! —replicó Rafael con tal acento de candor que hizo reír a los escritores, la esperanza de la joven Francia—. Yo pensaba, amigos míos, que ya estamos cerca de convertirnos en unos bribones de tomo y lomo. Hasta ahora hemos ejecutado la impiedad entre dos vinos, hemos sopesado la vida estando ebrios, hemos evaluado a los hombres y a las cosas mientras digeriámos. Vírgenes en la acción, éramos intrépidos en palabras; pero marcados ahora por el hierro candente de la política, vamos a entrar en ese gran penal para perder ahí nuestras ilusiones. Cuando no se cree ya más que en el diablo, está permitido echar de menos el paraíso de la juventud, la época de inocencia en que tendíamos devotamente la lengua a un buen sacerdote para recibir el sagrado cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Ah, mis buenos amigos...! Si hemos tenido tanto placer en cometer nuestros primeros pecados es que sentíamos remordimientos y queríamos embellecerlos y darles sabor, sazonarlos, mientras que ahora...

—¡Oh...! Ahora —replicó el primer interlocutor— nos queda...

—¿Qué? —preguntó otro.

—El crimen.

—He ahí una palabra que tiene la altura de un patíbulo y la profundidad del Sena —replicó Rafael.

—No me entiendes... Hablo de crímenes políticos. Desde esta mediana no envidio sino una existencia, la de los conspiradores. No sé si mañana durará aún mi

fantasía, pero esta noche la vida chata de nuestra civilización, unida como los gárgol de los raíles, me hace botar de asco el corazón. Estoy apasionado por las desgracias de la derrota de Moscú, por las emociones del *Corsario rojo* y por la existencia de los contrabandistas. Ya que no hay más cartujos en Francia, quisiera al menos una «Botany-Bay», una especie de enfermería destinada a los pequeños lords Byron, que después de haber aplastado la vida como una servilleta después de la comida, no tienen otra cosa que hacer sino incendiar su país, saltarse la tapa de los sesos, conspirar por la república, o pedir la guerra...

—Emilio —dijo vehemente el vecino de Rafael al interlocutor—, con mi palabra de hombre que sin la revolución de julio me haría cura para ir a llevar una vida animal en el rincón de alguna aldea, y...

—¿Y leerías el breviario todos los días?

—Sí.

—Eres un fatuo.

—Ya basta con que leamos los periódicos.

—Lo que no está nada mal para un periodista. Pero cállate, pues nosotros marchamos en medio de una banda de abonados. Mira, el periodismo es la religión de las sociedades modernas, y supone un progreso.

—¿Cómo?

—Pues porque los pontífices no están obligados a creer, ni tampoco el pueblo...

Charlando así, como buenas personas que se sabían de corrido el *De Viris illustribus* desde hacía muchos años, llegaron a una casa de la calle Joubert.

Emilio era un periodista que había conquistado más gloria no haciendo nada que otros con sus éxitos. Crítico osado, con mucha verbosidad y cáustico, tenía todas las cualidades que permitían sus defectos. Franco y alegre, le dedicaba mil epigramas a un amigo ausente, al que defendía con valor y lealtad. Se burlaba de todo, hasta de su porvenir. Siempre a la cuarta pregunta, vivía, como todos los hombres de alguna capacidad, sumido en una inexplicable pereza, metiendo un libro en una palabra que les soltaba a individuos que no sabían meter una palabra en un libro. Pródigo en promesas que jamás cumplía, se había hecho de su fortuna y de su gloria una almohada para dormir, corriendo el riesgo de despertarse viejo en el hospital. Por lo demás, amigo hasta el cadalso, fanfarrón por cinismo y simple como un niño, no trabajaba más que por capricho o por necesidad.

—Vamos a echar una cana al aire —dijo a Rafael, mostrándole los cajones de flores que embalsamaban las escaleras y las teñían de verde.

—Me gustan los pórticos bien calientes y protegidos con los mejores tapices —respondió Rafael—. El lujo desde el peristilo es raro en Francia. Aquí me siento renacer.

—Y allá arriba vamos a beber y a reir una vez más, mi pobre Rafael... Vaya, espero que seremos los vencedores y que caminaremos sobre todas esas cabezas...

Luego, con gesto burlón, señaló a los invitados al entrar en un salón que

resplandecía de dorados y de luces y en el que en seguida fueron acogidos por la juventud más notable de París. Uno acababa de revelar un nuevo talento, y de rivalizar con su primer cuadro con las glorias de la pintura imperial. Otro había aventurado la víspera un libro lleno de envidia, impregnado de una especie de desdén literario y que descubría a la escuela moderna nuevas rutas. Más allá, un estatuario, cuyo rudo rostro acusaba cierto vigoroso genio, hablaba con uno de esos fríos ingenios que unas veces no quieren ver superioridad en ninguna parte y otras la reconocen en todo. Aquí, el más agudo de nuestros caricaturistas, de maliciosa mirada y lengua mordaz, acechaba los epigramas para traducirlos a trazos de lápiz. Allá, ese joven y audaz escritor que destilaba mejor que nadie la quintaesencia de los pensamientos políticos, o burla burlando condensaba el espíritu de un escritor fecundo, conversaba con ese poeta cuyos escritos destrozarían tolas obras de la época actual si su talento tuviese la potencia de su odio. Los dos intentaban no decir la verdad y no mentir, dirigiéndose melosos halagos. Un músico célebre consolaba en *si bemol*, y con voz burlona, a un joven político caído recientemente de la tribuna sin hacerse el menor daño. Jóvenes autores sin estilo estaban al lado de jóvenes autores sin ideas, prosistas llenos de poesía al lado de poetas prosaicos. Al ver a estos seres incompletos, un pobre «sansimoniano», lo bastante ingenuo como para creer en su doctrina, los emparejaba caritativamente, queriendo sin duda transformarlos en religiosos de su orden. En fin, allí había dos o tres de esos sabios destinados a poner nitrógeno en la conversación, y varios sainetistas dispuestos a prodigar esos efímeros resplandores que, semejantes a los destellos del diamante, no dan ni calor ni luz. Algunos hombres de paradojas, riendo so capa de personas que abrazan sus admiraciones o sus desprecios por los hombres y las cosas, hacían ya esa política de doble filo con la que se conspira contra todos los sistemas, sin tomar partido por ninguno. El criticastro que no se asombra de nada, que se suena durante un aria, y grita «¡bravo!» antes que nadie, y contradice a los que se anticipan a su juicio, estaba también allí, intentando atribuirse las frases de las personas de ingenio. Entre esos invitados, cinco tenían porvenir, una decena podían obtener alguna gloria pasajera, y en cuanto a los demás, merecían, como todas las mediocridades, decirse la famosa mentira de Luis XVIII: «Unión y olvido». El anfitrión tenía la preocupada alegría de un hombre que gasta dos mil escudos. De cuando en cuando sus ojos se dirigían con impaciencia a la puerta del salón, como reclamando a un convidado que se hacía esperar. No tardó en aparecer un hombrecillo grueso, quien fue acogido con un halagüeño rumor; era el notario que aquella misma mañana había redondeado la fundación del periódico. Un ayuda de cámara vestido de negro abrió las puertas de un amplio comedor, donde cada uno, sin ceremonia alguna, buscó su sitio alrededor de una gran mesa. Antes de abandonar los salones, Rafael les concedió una última ojeada. Su deseo se había, ciertamente, realizado de manera cabal. La seda y el oro lo tapizaban todo. Ricos candelabros soportando innumerables bujías hacían brillar los más ligeros detalles de los dorados frisos, los delicados cincelados del bronce y los

suntuosos colores del mobiliario. Las raras flores de algunas jardineras artísticamente construidas con bambús expandían suaves aromas. Todo, hasta las colgaduras, respiraba una elegancia sin presunción y había en todo cierta gracia poética cuyo prestigio había de actuar en la imaginación de un hombre sin dinero.

—Cien mil libras de renta son un muy bonito comentario del catecismo, y nos ayudan maravillosamente a poner la *moral en acciones* —dijo suspirando—. ¡Oh, sí...! Mi virtud no anda casi nunca a pie. Para mí, el vicio es una buhardilla, un traje raído, un sombrero gris en invierno, y deudas en la portería... Yo quiero vivir en medio de este lujo un año, seis meses, no importa, y luego morir... Por lo menos habré conocido, agotado, consumido mil existencias.

—¡Oh...! —le dijo Emilio al oírle—. Tú tomas el cupé de un agente de cambio por la felicidad. Bah, pronto te aburrirás de tu fortuna al percartarte de que te privaría de la oportunidad de ser un hombre superior. ¿Ha balanceado jamás el artista entre las pobrezas de la riqueza y las riquezas de la pobreza? ¿No nos hacen falta a nosotros siempre luchas? Así, pues, prepara tu estómago y mira —añadió mostrándole con heroico gesto el aspecto majestuoso, tres veces santo y confortador, que presentaba el comedor del bendito capitalista—. Ese hombre no se ha esforzado verdaderamente en amasar su dinero sino para nosotros. ¿No es una especie de esponja olvidada por los naturalistas en la especie de los políperos, y que hay que apretar con delicadeza antes de dejarla chupar por los herederos? ¿No encuentras estilo en los bajorrelieves que decoran las paredes? Y las arañas de cristal y los cuadros, ¡qué lujo bien entendido! De creer a los envidiosos y a los que se empeñan en ver los resortes de la vida, este hombre ha matado, durante la revolución, a un alemán y a algunas otras personas, entre las cuales, dicen, estaban su mejor amigo y la madre del amigo. ¿Puedes tú dar cabida a crímenes bajo los cabellos canos de este venerable Taillefer? Tiene el aspecto de un buenazo. ¿Ves cómo brilla la plata, y que para él sería como una puñalada cada uno de sus rayos? Vamos, esto sería como creer en Mahoma. Si el público tuviese razón, aquí tienes a treinta hombres de corazón y de talento que se dispondrían a comerse las entrañas y a beberse la sangre de una familia..., y nosotros dos, jóvenes llenos de candor y de entusiasmo, seríamos cómplices de la fechoría... Tengo deseos de preguntarle a nuestro capitalista si es un hombre honrado...

—No, ahora no —exclamó Rafael—, sino cuando esté como una cuba; entonces ya habremos cenado.

Los dos amigos se sentaron riendo. Por primera vez y con una mirada más rápida que la palabra, cada invitado pagó su tributo de admiración a la suntuosa perspectiva que ofrecía una enorme mesa, blanca como una capa de nieve recién caída y sobre la cual se elevaban simétricamente los cubiertos al lado de los rubios panecillos. La cristalería repetía los colores del arco iris en sus reflejos estrellados, las bujías trazaban luminarias cruzadas al infinito y los manjares ofrecidos en fuentes de plata aguzaban el apetito y la curiosidad. Las palabras escasearon. Los vecinos se miraron. Circuló el vino de Madera. Apareció el primer servicio en toda su gloria. Habría

hecho honor al finado Cambacères y Brillat-Savarin lo hubiese celebrado. Los vinos de Burdeos y de Borgoña, blancos y tintos, fueron servidos con profusión real. Esta primera parte del festín era comparable, en todo, a la exposición de una tragedia clásica. El segundo acto ya fue un poco locuaz. Cada convidado había bebido razonablemente, variando de caldos según sus caprichos, por lo que en el momento en que fueron retirados los restos del magnífico primer plato empezaron tempestuosas discusiones; algunas pálidas frentes enrojecían, muchas narices comenzaban a empurpurarse, los rostros se encendían, los ojos chispeaban... Durante esa aurora de la embriaguez, el discurso no salió aún de los límites de la educación, pero las burlas y sátiras fueron escapándose poco a poco de todas las bocas y pronto la calumnia elevó muy suavemente su pequeña cabeza de serpiente y habló con voz aflautada; aquí y allá, algunos socarrones escucharon atentamente, tratando de mantenerse despejados. El segundo plato halló, pues, a todos los espíritus completamente enardecidos. Cada cual comió hablando, habló comiendo, bebió sin cuidarse de la afluencia de líquidos, a tal punto eran puros y perfumados y tan contagioso fue el ejemplo. Taillefer tuvo a gala animar a sus invitados, e hizo aparecer los terribles vinos del Ródano, el cálido Tokay y el viejo espirituoso rosellón. Lanzados como los caballos de una posta a la salida de un relevo, esos hombres azotados por las burbujas del champán impacientemente esperado y copiosamente vertido, dejaron galopar su espíritu en el vacío de los razonamientos que nadie escucha contaron las historias que no tienen auditores y repitieron cien veces las interpelaciones que quedan sin respuesta. Sólo la orgía desplegó su poderosa voz, voz compuesta de cien clamores confusos que aumentan como los crescendos de Rossini. Luego llegaron los brindis insidiosos, las jactancias, los desafíos. Todos renunciaban a glorificarse de su capacidad intelectual, para reivindicar la de los toneles, las barricas, las cubas. Parecía como si cada uno tuviese dos voces. Llegó un momento en que los caballeros hablaron todos a la vez y los criados sonrieron. Pero esta mezcolanza de palabras en que las paradojas dudosamente luminosas y las verdades grotescamente vestidas chocaron a través de los gritos, los juicios interlocutorios, las sentencias soberanas y las necedades, como en medio de un combate se cruzan los cañonazos, las balas y la metralla, habría sin duda interesado a algún filósofo por la singularidad de los pensamientos o sorprendido a un político por la extravagancia de los sistemas. Era a la vez un libro y un cuadro. Las filosofías, las religiones, las morales, tan diferentes de una latitud a otra, los gobiernos y todos los grandes actos de la inteligencia humana, cayeron bajo una guadaña tan larga como la del Tiempo, y acaso no se podría haber decidido sino difícilmente, si estaba manejada por la Cordura ebria, o por la Embriaguez cuerda y clarividente. Arrastrados por una especie de tempestad, esas mentes parecían, como el mar irritado contra sus rocas, que querían quebrantar las leyes contra las cuales flotan las civilizaciones, satisfaciendo así y sin saberlo, la voluntad de Dios, que deja en la naturaleza el bien y el mal y guarda para Sí el secreto de su perpetua lucha. Agresiva y burlona, la discusión fue en cierto modo un

aquejarre de las inteligencias. Entre las tristes chacotas espetadas por estos hijos de la Revolución ante el nacimiento de un periódico y las ocurrencias de unos alegres bebedores ante el nacimiento de Gargantúa, estaba el abismo que separa el siglo XIX del XVI. Este preparaba una destrucción riendo; el nuestro reía en medio de las ruinas.

—¿Cómo se llama ese joven que veo allá abajo? —preguntó el notario señalando a Rafael—. Me ha parecido oír que decían Valentín.

—¿Qué canta con su Valentín así a secas? —exclamó Emilio riendo—. Rafael de Valentín, si no le disgusta. Tenemos *un águila de oro en campo de arena, coronada de plata, picoteada y angulada de gules*, con una bella divisa: ¡NON CECIDIT ANIMUS! No somos un niño encontrado, sino el descendiente del emperador Valentiniano, tronco de los Valentinois, fundador de las ciudades de Valencia en España y de Valence en Francia, heredero legítimo del imperio de Oriente. Si dejamos tronar a Mahmoud en Constantinopla, es por pura buena voluntad y por falta de dinero o de soldados.

Con su tenedor Emilio describió en el aire una corona sobre la cabeza de Rafael. El notario se recogió durante un momento y luego volvió a beber, dejando escapar un gesto auténtico, por el cual parecía declarar que le era imposible ligar a su clientela las villas de Valencia y Valence, Constantinopla, Mahmoud, el emperador Valentino y la familia de los Valentinois.

—La destrucción de esos hormigueros llamados Babilonia, Tiro, Cartago o Venecia, siempre aplastados bajo los pies de un gigante que pasa, ¿no sería una advertencia que le hace al hombre una potencia burlona? —preguntó Claudio Vignon, una especie de esclavo comprado para hacer de Bossuet a diez ochavos la línea.

—Moisés, Sila, Luis XI, Richelieu, Robespierre y Napoleón quizá sean el mismo hombre que reaparece a través de las civilizaciones, como un cometa en el cielo —dijo otro sabihondo.

—¿Por qué sondear a la Providencia? —preguntó Canalis, el fabricante de baladas.

—¡Vamos, ya apareció la Providencia! —exclamó el criticastro, interrumpiéndole—. No sé de nada en el mundo que sea más elástico.

—Pero, señor, si Luis XIV ha hecho morir más hombres para excavar los acueductos de Maintenon que la Convención para instaurar justamente el impuesto, para establecer una unidad en la ley, nacionalizar Francia y repartir equitativamente las herencias —dijo Massol, un joven que se había hecho republicano por faltarle una sílaba delante de su apellido.

—Señor —le respondió Moreau (del Oise), buen propietario—, usted que toma la sangre por vino, ¿dejaría que esta vez siguiese, todo el mundo con la cabeza sobre los hombros?

—¿Y por qué señor? ¿Es que no valen algunos sacrificios los principios del orden social?

—Oye, Bixiou...; ese republicano sostiene que la cabeza del propietario sería un

sacrificio —dijo el joven a su vecino.

—Los hombres y los acontecimientos no son nada —manifestó el republicano, prosiguiendo su teoría entre hipo—. En política, como en filosofía, no hay más que principios e ideas.

—¡Qué horror! ¿No tendría, entonces, pesar alguno al matar a sus amigos por un *si*?...

—Vea, señor; el hombre que tiene remordimientos es el verdadero infame, pues tiene cierta idea de la virtud; mientras que Pedro el Grande y el duque de Alba eran sistemas y el corsario Monbard una organización.

—¿Pero la sociedad no puede privarse de vuestros sistemas y de vuestras organizaciones? —dijo Canalis.

—Oh, de acuerdo —exclamó el republicano.

—Vaya, vuestra estúpida república me produce náuseas. Sabríamos trincar tranquilamente un capón sin encontrar en él la ley agraria.

—Tus principios son excelentes, mi pequeño Bruto atiborrado de trufas... Pero te pareces a mi ayuda de cámara: el bellaco está tan cruelmente poseído de la manía de la propiedad, que si yo le dejara cepillar mis trajes según su capricho, iría completamente desnudo.

—Son ustedes unos bestias; quieren limpiar una nación con mondadientes —replicó el hombre de la República—. Según ustedes, la justicia sería más peligrosa que los ladrones.

—¡Eh, eh! —exclamó el abogado Desroches.

—¡Cuidado que son aburridos con su política! —dijo Cardot, el notario—. Cierren la puerta. No hay ni ciencia ni virtud que valgan una gota de sangre. Si quisiéramos hacer la liquidación de la verdad, acaso la encontraríamos en quiebra.

—Sin duda habría costado menos divertirnos en el mal que querellarnos en el bien. Así, yo daría todos los discursos pronunciados en la tribuna durante cuarenta años, por una trucha, por un cuento de Perrault o por un croquis de Charlet.

Tienen mucha razón... Pásenme los espárragos... Pero, después de todo, la libertad engendra la anarquía, la anarquía conduce al despotismo y el despotismo vuelve a la libertad. Millones de seres han muerto sin conseguir que triunfasen ninguno de esos sistemas. ¿No es esto el círculo vicioso donde girará siempre el mundo moral? Cuando el hombre cree haber perfeccionado, no ha hecho sino desplazar las cosas.

—¡Oh, oh! —exclamó Cursy, el sainetista—; entonces, señores, brindo por Carlos X, padre de la literatura.

—¿Y por qué no? —dijo Emilio—. Cuando el despotismo está en las leyes, la libertad está en las costumbres y viceversa.

—Bebamos, pues, a la imbecilidad del poder que nos da tanto poder sobre los imbéciles —dijo el banquero.

—Eh, querido; cuando menos Napoleón nos ha dejado gloria —exclamó un

oficial de la marina, quien no había salido nunca de Brest.

—Ah, la gloria; triste artículo. Se paga cara y no se conserva. ¿No será la gloria el egoísmo de los grandes hombres, como la felicidad es la gloria de los imbéciles?

—Señor, usted es un hombre feliz.

—El primero que inventó los fosos era sin duda un hombre débil, pues la sociedad sólo se aprovecha de los individuos lacrados. Situados en los dos extremos del mundo moral, el salvaje y el pensador tienen igualmente el horror de la propiedad.

—¡Estupendo! —exclamó Cardot—. ¿Cómo podríamos nosotros extender actas si no hubiese propiedades?

—Estos guisantes son deliciosamente fantásticos.

—Y al cura lo encontraron muerto en su cama el día siguiente...

—¿Quién habla de muerte? No bromeen, que tengo un tío.

—Usted se resignaría sin duda a perderlo.

—No es esa la cuestión.

—Escúchenme, señores... *Manera de matar a su tío.* ¡Silencio! (*Escuchen, escuchen...*) Dispongan de un tío gordo y bien cebado, con setenta años como mínimo...; estos son los mejores tíos. (Sensación). Se le hace comer, con cualquier pretexto, un pastel de hígado.

—Bah, mi tío es un hombre alto y flaco, avaro y sobrio.

—Esos tíos son unos monstruos que abusan de la vida.

—Y —prosiguió el hombre de los tíos— anuncíenle mientras hace la digestión la quiebra de su banquero.

—¿Y si se resiste?

—Échenle una hermosa hembra.

—¿Y si es...? —preguntó el otro, haciendo un ademán negativo.

—Entonces no es un tío...; tío es esencialmente verde.

—La voz de la Malibrán ha perdido dos notas.

—No, señor.

—Sí, señor.

—¡Oh, oh! Sí y no. ¿No es esa la historia de todas las disertaciones religiosas, políticas y literarias? El hombre es un bufón que baila sobre precipicios.

—Si le comprendo, ¿soy tonto?

—Por el contrario; lo es porque no me comprende.

—¡La instrucción, hermosa necesidad! Von Heineffettermach lleva el número de volúmenes impresos a más de un millón, y la vida de un hombre no permite leer ciento cincuenta mil. ¿Pueden, pues, explicarme qué significa la palabra «instrucción»? Para unos, la instrucción consiste en saber los nombres del caballo de Alejandro, del dogo Berecilo, del señor de los Acuerdos, e ignorar el del hombre al que debemos el transporte de la madera en balsas o la elaboración de la porcelana. Para otros, ser instruido es saber quemar un testamento y vivir como personas

honradas, queridas, consideradas, en vez de robar un reloj en reincidencia, con las cinco circunstancias agravantes, e ir a morir en la plaza de la Greve, odiados y deshonorados.

—¿Se quedará Nathan?

—Ah, sus colaboradores, señor, tienen mucho talento.

—¿Y Canalis?

—Es un gran hombre, no hay que decir más.

—Ustedes están borrachos...

—La consecuencia inmediata de una constitución es el achatamiento de las inteligencias. Artes, ciencias, monumentos, todo es devorado por un espantoso sentimiento de egoísmo, nuestra lepra actual. Vuestros trescientos burgueses, sentados en banquetas, no pensarán sino en plantar álamos. El despotismo hace ilegalmente grandes cosas y la libertad no se toma siquiera la molestia de hacer legalmente otras muy pequeñas.

—Vuestra enseñanza mutua fabrica piezas de cien sueldos en carne humana — interrumpió un absolutista—. Las individualidades desaparecen en un pueblo nivelado por la instrucción.

—Sin embargo, el objetivo de la sociedad, ¿no es procurar a cada cual el bienestar? —preguntó el «sansimoniano».

—Si usted tuviese cincuenta mil libras de renta no pensaría apenas en el pueblo. ¿Usted siente una bella pasión por la humanidad? Vaya, entonces, a Madagascar: allá encontrará un hermoso y pequeño pueblo completamente virgen para «sansimonizar»; pero aquí todo el mundo entra naturalmente en su alvéolo, como una clavija en su agujero. Los porteros son porteros y los bobos son imbéciles sin necesidad del diploma de un colegio de Padres.

—Usted es un carca.

—¿Y por qué no? Me gusta el despotismo; protege cierto desprecio por la raza humana. No odio a los reyes; ¡son tan divertidos! ¿O no es nada sentar cátedra en un lugar que está a treinta millones de leguas del sol?

—Pero resumamos esa amplia vista de la civilización —decía el sabio, quien, para la instrucción del escultor que no estaba atento, abrió un debate sobre el comienzo de las sociedades y los pueblos autóctonos—. En el origen de las naciones, la fuerza fue en cierto modo material, una, tosca; luego, con el acrecentamiento de las agregaciones, los gobiernos han procedido por descomposiciones más o menos hábiles del poder primitivo. Así, en la remota antigüedad, la fuerza estaba en la teocracia; el sacerdote empuñaba la espada y el incensario. Luego hubo dos sacerdocios: el pontífice y el rey. Hoy, nuestra sociedad, último término de la civilización, ha distribuido el poder según el número de combinaciones y hemos llegado a esas fuerzas que se llaman industria, pensamiento, dinero, palabra. El poder, no teniendo ya más unidad, marcha sin cesar hacia una disolución social que no tiene otra barrera que el interés. Así, no nos apoyamos ni en la religión, ni en la fuerza

material, sino en la inteligencia. ¿El libro vale la espada? ¿La discusión vale la acción? He aquí el problema.

—La inteligencia lo ha matado todo —exclamó el carlista—. Veán, la libertad absoluta conduce a las naciones al suicidio; se aburren en el triunfo como un inglés millonario. ¿Qué no dirán que sea nuevo? Hoy han ridiculizado todos los poderes y hasta resulta ya vulgar negar a Dios... Ya no hay fe. Así el siglo es como un viejo sultán arruinado por el desenfreno. En fin, vuestro lord Byron, en un último desespere de la poesía, ha cantado las pasiones del crimen.

—¿Ustedes saben —respondió Bianchon, completamente borracho— que una dosis de fósforo de más o de menos hace al hombre de genio o al bribón, al hombre de talento o al idiota, al hombre virtuoso o al criminal?

—¿Puede tratarse así la virtud? —exclamó Cursy—. La virtud, tema de todas las obras de teatro, desenlace de todos los dramas, base de todos los tribunales...

—Vamos, cállate, animal. Tu virtud es un Aquiles sin talón —dijo Bixiou.

—¡A beber!

—¿Quieres apostar a que me bebo una botella de champaña de un solo trago?

—Están como cubas —dijo un joven que daba seriamente de beber a su chaleco.

—¡Qué rasgo de ingenio! —exclamó Bixiou.

—Sí, señor; el gobierno actual es el arte de hacer que reine la opinión pública.

—¿La opinión? ¡Pero si es la más viciosa de todas las prostitutas! Según ustedes, hombres morales y políticos, sería preciso preferir siempre vuestras leyes a la naturaleza, la opinión a la conciencia. Entonces todo es verdad y todo es falso... Si la sociedad nos ha dado el plumón de las almohadas, ha compensado ciertamente el servicio por la gota, como ha puesto la tramitación para moderar la justicia y los resfriados como consecuencia de los chales de Cachemira.

—¡Monstruo! —dijo Emilio interrumpiendo al misántropo—. ¿Cómo puedes maldecir la civilización en presencia de vinos y manjares tan deliciosos y sentado a la mesa hasta tocarla con el mentón? Anda, muerde este cabrito de piernas y cuernos dorados, pero no muerdas a tu madre...

—¿Tengo yo la culpa si el catolicismo llega a meter un millón de dioses en un saco de harina, si la república desemboca siempre en algún Napoleón, si la realeza se encuentra entre el asesinato de Enrique IV y la condena de Luis XVI, y si el liberalismo se convierte en La Fayette?

—¿La abrazaste en julio?

—No.

—Entonces, cállese, escéptico.

—Los escépticos son los hombres más concienzudos.

—No tienen conciencia.

—¡Qué dice! Tienen por lo menos dos.

—¡Descontad el cielo! He aquí, señor, una idea verdaderamente comercial. Las religiones antiguas no eran sino un feliz desenvolvimiento del placer físico; pero

nosotros hemos desarrollado el alma y la esperanza; ha habido progreso.

—Mis buenos amigos, ¿qué pueden esperar de un siglo hartado de política? —dijo Nathan—. ¿Cuál ha sido la suerte de la *Historia del rey de Bohemia y de sus siete castillos*, la más encantadora obra...?

—¿Eso? —exclamó el criticastro, desde un extremo al otro de la mesa—. No son más que frases lanzadas al azar dentro de un sombrero, verdadero engendro escrito para Charenton.

—¡Usted es un necio!

—¡Y usted un bellaco!

—¡Oh! ¡Oh!

—¡Ah! ¡Ah!

—Se batirán.

—No.

—Mañana nos veremos, señor.

—Ahora —respondió Nathan.

—¡Vamos! ¡Vamos! Son dos valientes.

—¡Y usted otro! —dijo el provocador.

—Ni siquiera pueden ponerse en pie.

—¿Qué? ¿Yo no me tengo derecho? —replicó el belicoso Nathan irguiéndose como un ciervo indeciso.

Dejó sobre la mesa una mirada turbia; luego, como extenuado por el esfuerzo, se desplomó sobre una silla, inclinó la cabeza y se quedó mudo.

—¿No sería grotesco —preguntó el criticastro a su vecino— que me batiese por una obra que nunca he visto ni leído?

—Emilio, ten cuidado con tu traje; tu vecino está muy pálido —advirtió Bixiou.

—¿Kant, señor? Otro globo lanzado para divertir a los bobos. El materialismo y el espiritualismo son dos lindas raquetas con las que los charlatanes togados hacen volar la misma pelota. Que Dios esté en todo, según Spinoza, o que todo proceda de Dios, según San Pablo...; imbéciles, abrir o cerrar una puerta, ¿no es el mismo movimiento? ¿Procede el huevo de la gallina o la gallina del huevo? ¡Acérquenme ese pato!... He aquí toda la ciencia.

—¡Mentecato! —le soltó el sabio—. La cuestión que planteas está zanjada por un hecho.

—¿Cuál?

—Las cátedras de profesores no se han hecho para la filosofía, sino las filosofías para las cátedras, ¿no es así? Ea, cálate las gafas y lee el presupuesto.

—¡Ladrones!

—¡Imbéciles!

—¡Pillos!

—¡Primos!

—¿Dónde hallar si no es en París un cambio tan vivo, tan rápido entre los pensamientos? —exclamó Bixiou con una voz de bajo profundo.

—Vamos, Bixiou; haznos alguna farsa clásica. Venga, una parodia.

—¿Queréis que os haga el siglo XIX?

—¡Atención!

—¡Silencio!

—¡Pongan sordina en las jetas!

—¿Te callarás ya, chino?

—¡Dénle vino y que se calle ese niño!

—¡Hala, Bixiou!

El artista se abrochó hasta el cuello su levita negra, enfundóse sus guantes amarillos y consiguió una mueca digna de la *Revista de los Dos Mundos*, bizcando; pero el ruido apagaba su voz y fue imposible captar una sola palabra de su perorata. Si no representaba el siglo, por lo menos representó la *Revista*, pues no se entendió ni él mismo.

Los postres fueron servidos como por arte de magia. Cubrieron la mesa con una enorme bandeja de bronce dorado, salida de los talleres de Thomire. Altas figuras, dotadas por un célebre artista de las formas convenidas en Europa para la belleza ideal, sostenían pirámides de fresas, de ananás, de dátiles frescos, de uvas moscatel, de amarillos melocotones, de naranjas llegadas de Setúbal por barco, granadas, frutas de la China y todas las sorpresas del lujo, de los milagros de la repostería; las más exquisitas delicadezas y las golosinas más seductoras. Los colores de estos cuadros gastronómicos estaban realzados por el fulgor de la porcelana, por el cabrilleo del oro y por el cristal tallado. Gracioso como los celajes líquidos del Océano, verde y ligero, el musgo coronaba los paisajes de Poussión, copiados en Sevres. El territorio de un príncipe alemán no habría bastado para pagar esa insolente riqueza. La plata, el nácar, el oro, los cristales, se prodigaban bajo nuevas formas, pero los adormilados ojos y la verbosa fiebre de la embriaguez apenas permitieron a los invitados tener una vaga intuición del mágico espectáculo digno de un cuento oriental. Los vinos de postre aportaron sus perfumes y sus llamas, filtros penetrantes, vapores embelesadores que engendraron una especie de espejismo intelectual y cuyos poderosos lazos encadenaron los pies y entorpecieron las manos. Las pirámides de frutos fueron saqueadas, las voces aumentaron su diapason y el tumulto creció. No hubo ya más palabras distintas, los vasos acabaron en astillas y las risas estentóreas partieron como cohetes. Cursy se apoderó de una trompa y se puso a tocar un aire de caza. Fue como una señal dada por el diablo. La asamblea en delirio aulló, silbó, cantó, gritó, rugió y gruñó. Habría sonreído quien viese a personas naturalmente alegres transformadas en tipos sombríos como los desenlaces de las obras de Crebillon, o soñadores como marinos en coche. Los hombres refinados decían sus secretos a los curiosos que no les escuchaban. Los melancólicos sonreían como las bailarinas que acaban sus piruetas. Claudio Vignon se contoneaba como un oso en la jaula. Amigos íntimos se

peleaban. Las semejanzas animales inscritas en las figuras humanas y tan curiosamente demostradas por los fisiólogos, reaparecían vagamente en los gestos y los movimientos del cuerpo. Había allí un libro ya hecho para un Bichat que se hubiese encontrado despejado y en ayunas. El anfitrión, sintiéndose ebrio, no se atrevía a levantarse, pero aprobaba las extravagancias de sus invitados con una mueca fija, tratando de conservar un aire decoroso y hospitalario. Su inflamado rostro, el cual era un combinado de rojo y azul, casi morado, terrible de ver, se asociaba al movimiento general mediante esfuerzos semejantes al balanceo y al cabeceo de un bergantín.

—¿Los ha asesinado? —le preguntó Emilio.

—La pena de muerte va a ser, según se dice, abolida en gracia a la revolución de julio —respondió Taillefer, quien levantó las cejas con una expresión muy delicada y muy estúpida.

—¿Pero no los ve a veces en sueños? —insistió Rafael.

—Hay la prescripción —respondió el asesino cargado de oro.

—Y sobre su tumba —adujo Emilio con tono sardónico— el contratista del cementerio grabará: «Caminante: derrama una lágrima a su memoria...» ¡Oh...! —prosiguió—. Daría muy a gusto cien sueldos al matemático que me demostrase por una ecuación algebraica la existencia del infierno —y echó una moneda al aire, gritando—: ¡Cara, por Dios!

—No mires —dijo Rafael, apoderándose de la moneda—. ¿Quién sabe...? El azar es tan burlón...

—¡Ay! —prosiguió Emilio con una mueca tristemente jocosa—. No veo donde poner los pies entre la geometría del incrédulo y el *Pater noster* del papa. ¡Bah, bebamos! *Trinc* es, según creo, el oráculo de la diva botella y sirve de conclusión a Pantagruel.

—Debemos al *Pater noster* —respondió Rafael— nuestras artes, nuestros monumentos, nuestras ciencias acaso, y un servicio mayor aún: nuestros gobiernos modernos, en los cuales una sociedad vasta y fecunda está maravillosamente representada por quinientas inteligencias, donde las fuerzas contrapuestas se neutralizan dejando todo el poder a la CIVILIZACIÓN, reina gigantesca que reemplaza al REY, esa antigua y terrible figura, especie de un falso destino creado por el hombre entre el cielo y él. En presencia de tantas obras realizadas, el ateísmo aparece como un esqueleto que no engendra. ¿Qué dices tú a esto?

—Pienso en los mares de sangre derramada por el catolicismo —respondió fríamente Emilio—. Se ha valido de nuestras venas y de nuestros corazones para hacer una imitación del diluvio. ¡Pero no importa! Todo hombre que piensa debe marchar bajo la bandera de Cristo. El solo ha consagrado el triunfo del espíritu sobre la materia, únicamente él nos ha revelado poéticamente el mundo intermedio que nos separa de Dios.

—¿Tú crees? —replicó Rafael con una indefinible sonrisa beoda—. Pues bien,

para no comprometernos, hagamos el famoso brindis: *¡Diis ignotis!*

Y vaciaron sus cálices de ciencia, de gas carbónico, de perfumes, de poesía y de incredulidad.

—Si los señores quieren pasar al salón, el café está servido —dijo el mayordomo.

En ese momento casi todos los invitados se regodeaban en el seno de esos limbos deliciosos donde se extinguen las luces del espíritu y donde el cuerpo, liberado de su tirano, se abandona a las delirantes alegrías de la libertad. Unos, llegados al apogeo de la embriaguez, permanecían taciturnos y penosamente ocupados en aprehender un pensamiento que les confirmaba su propia existencia; otros sumidos en el marasmo producido por una digestión en torpedera, negaban el movimiento. Intrépidos oradores decían aún vagas palabras cuyo sentido se les escapaba a ellos mismos. Algunos estribillos trepidaban como el ruido de un máquina obligada a cumplir su vida ficticia y sin alma. El silencio y el tumulto se habían acoplado briosamente. Sin embargo, al oír la recia voz del criado, quien, a falta de un jefe, les anunciaba nuevos goces, los invitados se levantaron, arrastrados, sostenidos o llevados los unos por los otros. Toda la tropa se quedó durante un momento inmóvil y hechizada en el umbral de la puerta. Los placeres excesivos del festín palidieron ante el cosquilleante espectáculo que el anfitrión ofrecía a sus sentidos. Bajo las resplandecientes bujías de una araña de oro, y en torno a una mesa llena de plata sobredorada, se presentó de pronto a la vista de los pasmados invitados un grupo de mujeres cuyos ojos se iluminaron como otros tantos diamantes. Ricos eran los atavíos, pero más ricas aún las deslumbrantes bellezas ante las cuales desaparecían todas las maravillas del palacio. Los apasionados ojos de esas muchachas, encantadoras como los de las hadas, todavía tenían más vivacidad que los chorros de luz que hacían resplandecer los satinados reflejos de las tapicerías, la blancura de los mármoles y los delicados relieves de los bronce. El corazón ardía al ver los contrastes de sus revueltos peinados y sus actitudes, diversas en atractivos y caracteres. Era un cerco de flores mezclado con rubíes, zafiros y coral; un cingulo de collares negros sobre níveas gargantas, echarpes ligeros flotando como los gallardetes de los faros, orgullosos turbantes, túnicas pudorosamente provocadoras... Ese serrallo ofrecía seducciones para todos los ojos, voluptuosidades para todos los caprichos. En arrebatadora postura, una danzarina parecía estar sin velo bajo los ondulantes pliegues de su mantón de cachemira. Allá una diáfana gasa y aquí una tornasolada seda ocultaban o revelaban misteriosas perfecciones. Diminutos pies hablaban de amor y bocas frescas y rojas se callaban. Delicadas y decentes muchachas, vírgenes artificiales cuyas hermosas cabelleras exhalaban una religiosa inocencia, se ofrecían a las miradas como apariciones que un soplo podría disipar. Luego, aristocráticas bellezas de orgullosa mirada, pero indolentes, delicadas, graciosas, inclinaban la cabeza como si aún tuviesen que conquistar protecciones reales. Una inglesa, blanca y casta figura alada, descendía de las nubes de Ossian, semejaba un ángel de melancolía o un remordimiento huyendo a un crimen. La parisiense, cuya belleza entera reside en una

gracia indescriptible, vana con su tocado y su ingenio, fortalecida en su omnipotente debilidad, elástica y dura, sirena sin corazón y sin pasión, pero que sabe crear artificiosamente los tesoros de la pasión y remedar los acentos del corazón, no faltaba en esa peligrosa asamblea, entre la cual aún brillaban italianas tranquilas en apariencia y concienzudas en su felicidad, guapas normandas de magníficas formas y meridionales de cabellos negros y ojos muy rasgados. Habríase dicho las bellezas de Versalles convocadas por Lebel, quienes tendían sus brazos desde la mañana y llegaban como una tropa de esclavas orientales despertadas por la voz del mercader para partir al apuntar el alba. Estaban suspensas y vergonzosas y bullían en torno a la mesa como abejas zumbando en el interior de una colmena. Ese temeroso embarazo, reproche y coquetería en una pieza, era alguna calculada seducción o un involuntario pudor. Acaso un sentimiento del que la mujer no se despoja jamás por completo les ordenaba envolverse en el manto de la virtud, para dar más encanto y excitase las prodigalidades del vicio. Así, la conspiración urdida por el viejo Taillefer parecía que había de fracasar. Esos hombres sin freno quedaron subyugados de buenas a primeras por el majestuoso poderío de que está investida la mujer. Un murmullo de admiración vibró como la más dulce música. El amor no había viajado del brazo de la embriaguez; en lugar de un huracán de pasiones, los invitados, sorprendidos en un momento de debilidad, se abandonaron a las delicias de un voluptuoso arrobó. A la voz de la poesía que siempre les domina, los artistas estudiaron con alborozo los delicados matices que distinguían las selectas bellezas. Despabilado por un pensamiento debido sin duda a alguna emanación de ácido carbónico desprendido del champaña, un filósofo se estremeció pensando en las desgracias que acarreaban esas mujeres, un día dignas acaso de los más puros homenajes. Cada una de ellas tenía seguramente algún sangriento drama que contar. Casi todas aportaban infernales torturas y arrastraban tras ellas hombres sin fe, promesas traicionadas, alegrías puestas a contribución por la miseria. Los invitados se acercaron a ellas con cortesía, iniciando conversaciones tan diversas como los caracteres. Se hubiese dicho un salón de buen tono, en el que las jóvenes y las ya mujeres cabales van ofreciendo a los convidados, después de la cena, los auxilios que el café, los licores y el azúcar prestan a los glotones durante las molestias de una digestión laboriosa. Pero no tardaron en estallar algunas risas, el murmullo aumentó y las voces se elevaron. La orgía, domada un momento, amenazó por intervalos con volver a manifestarse. Las alternativas de silencio y de ruido tuvieron una vaga semejanza con una sinfonía de Beethoven.

Sentados en un muelle diván, los dos amigos vieron llegar junto a ellos a una muchacha alta y bien proporcionada, de continente soberbio y rostro algo irregular, pero penetrante, impetuoso y que agitaba el alma por sus vigorosos contrastes. Su negra cabellera, lascivamente rizada, debía de haber experimentado ya los combates del amor, y le caían en ligeros mechones sobre los anchos hombros, los cuales ofrecían atrayentes perspectivas a la vista. La piel, de una blancura mate, hacía

resaltar los tonos cálidos y animados de sus vivos colores. Los ojos, poblados de largas pestañas, lanzaban atrevidos fulgores, destellos de amor... La boca roja, húmeda, entreabierta, llamaba al beso. Esta muchacha tenía un talle recio pero amorosamente elástico; su seno y sus brazos estaban ampliamente desarrollados, como los de las bellas figuras de Carraccio; sin embargo, parecía ágil, flexible y su vigor hacía pensar en la agilidad de la pantera, así como la viril elegancia de sus formas prometía voluptuosidades devoradoras. Aunque sabría reír y retozar, sus ojos y su sonrisa inquietaban. Semejante a esas profetisas agitadas por un demonio, asombraba más que agradaba. Todas las expresiones pasaban como relámpagos por su móvil rostro. Acaso habría encantado a un hombre hastiado, pero un joven la habría temido. Era una estatua colosal caída de lo alto de algún templo griego, sublime a distancia, pero grosera vista de cerca. Sin embargo, su brillante belleza debía de despertar a los impotentes, su voz encantar a los sordos y sus miradas reanimar viejas osamentas; así, Emilio la comparaba vagamente a una tragedia de Shakespeare, especie de arabesco admirable donde aúlla la alegría, donde el amor tiene no se sabe qué de salvaje y la magia de la gracia y el fuego de la dicha suceden a los sangrientos tumultos de la cólera; monstruo que sabe morder y acariciar, reír como un demonio, llorar como los ángeles, improvisar en un solo abrazo todas las seducciones de la mujer, excepto los suspiros de la melancolía y las seductoras modestias de una virgen, para luego, en un momento, rugir, desgarrarse los flancos, destrozarse su pasión y a su amante, y finalmente destruirse a sí misma como se destruye un pueblo insurrecto. Vestida de terciopelo rojo, hollaba con despreocupado pie algunas flores caídas ya de la cabeza de sus compañeras y tendía con mano desdeñosa una bandeja de plata a los dos amigos. Orgullosa de su belleza, y de sus vicios acaso, mostraba un blanco brazo que se destacaba vivamente sobre el terciopelo. Estaba allí como la reina del placer, como una imagen del goce humano, de ese goce que disipa los tesoros amasados por tres generaciones, que ríe sobre los cadáveres, se burla de los abuelos, disuelve perlas y tronos, transforma a jóvenes en viejos y a menudo a viejos en jóvenes; de ese goce permitido únicamente a los gigantes fatigados del poder, desgastados por el pensamiento o para quienes la guerra se ha convertido en un juguete.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Rafael.

—Aquilina.

—¡Oh, oh; vienes, pues, de *Venecia salvada!* —exclamó Emilio.

—Sí —respondió ella—. Del mismo modo que los papas se dan un nombre nuevo al subir por encima de los hombres, yo he tomado otro al elevarme por encima de todas las mujeres.

—¿Tienes, entonces, como tu homónima, un noble y terrible conspirador que te ama y sabe morir por ti? —dijo vivamente Emilio, reanimado por esta apariencia de poesía.

—Lo he tenido —respondió ella—. Pero la guillotina ha sido mi rival. Por eso

pongo siempre algunos trapos rojos en mi atavío, para que mi alegría no vaya demasiado lejos.

—Si la dejan que cuente la historia de los cuatro jóvenes de la Rochela, no acabará... ¡Cállate ya, Aquilina! No todas las mujeres tienen un amante a quien llorar; pero no han tenido, como tú, la dicha de haberlo perdido en el patíbulo. Yo preferiría saber al mío tendido en una fosa, en Clamart, que en el lecho de una rival.

Estas frases fueron pronunciadas con voz dulce y melodiosa por la más inocente, la más linda y la más gentil criatura que hubiese jamás surgido de un huevo encantado al toque de la varita mágica de un hada. Había llegado con pasos silenciosos y mostraba un rostro delicado, grácil talle, modestos ojos azules y sienes tersas y puras. Una ingenua náyade que se escapa de su fuente no es más tímida, más blanca ni más candorosa que esa muchacha, la cual parecía que tuviese dieciséis años, que ignorase el mal, que ignorase el amor, que no conociese las tormentas de la vida y viniese de una iglesia donde habría rezado a los ángeles para que la llamaran al cielo antes de tiempo. Únicamente en París se encuentran criaturas de rostros cándidos que esconden la depravación más profunda y los vicios más refinados bajo una frente tan dulce, tan tierna como la flor de una margarita. Engañados al principio por las celestes promesas escritas en los suaves rasgos de esa muchacha, Emilio y Rafael aceptaron el café que les vertió en las tazas ofrecidas por Aquilina y decidieron interrogarla. Ella acabó de transfigurar a los ojos de los dos poetas, por una siniestra alegoría, no se sabe qué aspecto de la vida humana, oponiendo a la expresión ruda y apasionada de su arrogante compañera el retrato de esa corrupción fría, voluptuosamente cruel, lo bastante aturdida para cometer un crimen y lo bastante fuerte para reirse de su acto; especie de demonio sin corazón, que castiga a las almas nobles y tiernas por sentir las emociones de que él está privado, que dispone siempre de una mueca de amor para vender, de lágrimas para el cortejo fúnebre de su víctima y de alegría para leer de noche el testamento. Un poeta habría admirado a la bella Aquilina, y el mundo entero debía huir de la conmovedora Eufrasia: la una era el alma del vicio, la otra el vicio sin alma.

—Me gustaría saber —dijo Emilio a esa hermosa criatura— si alguna vez piensas en el futuro.

—¿El futuro? —respondió ella riendo—. ¿A qué llamas el futuro? ¿Por qué habría de pensar en lo que aún no existe? Nunca miro ni detrás ni delante de mí. ¿No tengo demasiado con ocuparme del día en que vivo? Además, el futuro ya lo conocemos: es el hospital.

—¿Cómo puedes ver desde aquí el hospital y no evitar el ir a él? —exclamó Rafael.

—¿Qué tiene, pues, el hospital que sea tan espantoso? —preguntó la terrible Aquilina—. No siendo ni madres ni esposas, cuando la vejez nos obliga a llevar medias negras y nos pone arrugas en la frente y marchita todo lo que hay de mujer en nosotras y seca la alegría en las miradas de nuestros amigos; ¿qué es lo que podemos

necesitar? Los hombres no veis entonces en nosotras, de nuestra perdida lozanía, sino el fango primitivo que anda sobre dos patas, frío, seco, descompuesto y va produciendo un crujido de hojas muertas. Los trapos más seductores se nos convierten en harapos, el ámbar que deleitaba el tocador huele a muerte y siente el esqueleto; luego, si se encuentra un corazón en ese barro, vosotros lo insultáis, sin permitirle ni siquiera un recuerdo. Entonces, si al llegar a esa época de la vida estamos en un hogar acomodado cuidando perros o bien en un hospital revolviendo andrajos, ¿no es nuestra existencia exactamente la misma? Ocultar nuestros cabellos blancos con un pañuelo de cuadros rojos y azules y entre encajes; barrer las calles con un escobajo de abedul o las aceras de las Tullerías con un vestido de raso; estar sentadas junto a un hogar dorado o calentarnos con cenizas ante un pote de arcilla; asistir al espectáculo de la Gréve o ir a la Ópera... ¿En qué consiste la diferencia?

—*Aquilina mía*, nunca has tenido tanta razón en medio de tus desesperos —repuso Eufrasia—. Sí, las cachemiras, los encajes, los perfumes, el oro, la seda, el lujo, todo lo que brilla, todo lo que place, sólo le cae bien a la juventud. Únicamente el tiempo podría tener razón contra nuestras locuras, pero la felicidad nos absuelve... Vosotros os reís de lo que digo —exclamó lanzando una venenosa sonrisa a los dos amigos—. ¿Es que no tengo razón? Prefiero morir de placer que de enfermedad. No tengo ni la manía de la perpetuidad ni un gran respeto por la especie humana al ver lo que Dios la ha hecho... Dadme millones y me los comeré; no quisiera guardar un céntimo para el próximo año. Vivir para gustar y reinar, ésta es la sentencia que pronuncia cada latido de mi corazón. La sociedad me lo aprueba. ¿O no provee ella sin cesar a mis disipaciones? ¿Por qué el buen Dios me da cada mañana la renta de lo que derrocho todas las noches? ¿Por qué nos construís hospitales? Como Él no nos ha puesto entre el bien y el mal para que escojamos lo que nos daña o lo que nos había, sería yo muy necia si no me divirtiese.

—¿Y las demás? —dijo Emilio.

—¿Las demás? ¡Que se las apañen! Prefiero reírme de sus sufrimientos que tener que llorar por los míos. Desafío al hombre que pueda causarme la menor pena.

—¿Qué sufrimientos han sido los tuyos para pensar así? —preguntó Rafael.

—¡Se me abandonó por una herencia, a mí! —respondió ella, adoptando una postura que destacó todo lo que había en ella de seductor—. Y, sin embargo, me había pasado las noches y los días trabajando para mantener a mi amante. No quiero ser la víctima de ninguna sonrisa, de ninguna promesa, y pretendo hacer de mi existencia una larga diversión.

—¿Pero no viene del alma la felicidad? —exclamó Rafael.

—Un cuento —replicó Aquilina—. ¿O no es nada verse admirada, halagada, triunfar de todas las mujeres, incluso de las más virtuosas, aplastándolas con nuestra belleza, con nuestra riqueza? Además, vivimos más en un día que una buena burguesa en diez años; ¿está claro?

—¿No es despreciable una mujer sin virtud? —le preguntó Emilio a Rafael.

Eufrasia le lanzó una mirada de víbora, y respondió con un inimitable acento irónico:

—¡La virtud! Se la dejamos a las feas y a las contrahechas. ¿Qué serían sin ella, pobrecitas?

—Venga ya, cállate —exclamó Emilio—. No hables de lo que no conoces.

—¿Dices que no la conozco? —replicó Eufrasia—. Darse durante toda la vida a un ser detestado, saber educar a hijos que la abandonan a una y decirles «Gracias» cuando te hieren en el corazón... Esas son las virtudes que vosotros exigís a las mujeres, y todavía, para recompensar su abnegación, le imponéis sufrimientos intentando seducirla, y si resiste, la comprometéis. ¡Muy bonita vida! Vale más vivir libres, amar al que nos gusta y morir jóvenes.

—¿No temes que llegue un día que tendrás que pagar todo eso?

—Quizá —respondió ella—, pero en vez de mezclar mis placeres con pesares, mi vida se dividirá en dos partes: una juventud ciertamente alegre, y no sé qué incierta vejez, durante la cual sufriré a mis anchas.

—Ella no ha querido aún —dijo Aquilina con voz grave—. Nunca ha hecho cien leguas para ir a devorar con mil delicias una mirada y una negativa; no ha atado su vida a un cabello, ni ha intentado apuñalar a varios hombres para salvar a su soberano, su señor, su dios... Para ella, el amor era un guapo coronel.

—¡Eh, eh, *la Rochela!* —replicó Eufrasia—. El amor es como el viento, que no sabemos de dónde viene. Además, si tú hubieses sido amada por una especie de bestia, sentirías horror por las gentes de talento.

—El código nos prohíbe amar a las bestias —replicó la gran Aquilina con irónico acento.

—Te creía más indulgente con los militares —exclamó riendo Eufrasia.

—¡Qué felices son pudiendo renunciar así a todo razonamiento! —le dijo Rafael a Emilio.

—¿Felices? —murmuró Aquilina, sonriendo con piedad y con angustia, y mirando a los dos amigos con acritud—. Ignoráis lo que es estar condenada al placer con un muerto en el corazón...

Contemplar en ese momento los salones era tener una vista anticipada del Pandemonium de Milton. Las llamas azules del ponche daban un tinte infernal al rostro de los que aún podían beber. Locas danzas, animadas por una bárbara energía, excitaban risas y gritos que estallaban como las detonaciones de los fuegos artificiales. Sembrados de muertos y de moribundos, el tocador y un pequeño salón recordaban el cuadro de un campo de batalla. La atmósfera estaba cargada de vino, de placeres y de palabras. La embriaguez, el amor, el delirio, el olvido del mundo, estaban en los corazones, sobre los rostros, escritos en las alfombras y en los tapices, expresados por el desorden, y lanzaban sobre las miradas tenues velos que hacían ver en el aire vapores que aturdían. Como en las bandas luminosas trazadas por un rayo de sol, se había formado un polvillo brillante, a través del cual cabrilleaban las

formas más caprichosas y las más grotescas luchas. Aquí y allá, grupos de figuras enlazadas se confundían con los mármoles blancos, con las nobles obras maestras de la escultura que ornaban los aposentos. Aunque los dos amigos conservasen todavía una especie de engañosa lucidez en las ideas y en su organismo, un último estremecimiento, simulacro imperfecto de la vida, les era imposible reconocer lo que había de real en las extravagantes fantasías, de posible en los cuadros sobrenaturales que pasaban incesantemente ante sus fatigados ojos. El sofocante cielo de nuestros sueños, la ardiente suavidad que contraen las imágenes en nuestras visiones, singularmente no se sabe qué agilidad cargada de cadenas, y los fenómenos más insólitos del sueño les asaltaban tan vivamente que tomaron las representaciones de esa orgía por los caprichos de una pesadilla, donde el movimiento carece de ruido y los gritos no llegan al oído. En ese momento el ayuda de cámara de confianza logró, no sin esfuerzo, atraer a su amo a la antesala, y le dijo al oído:

—Señor, todos los vecinos están en las ventanas y se quejan del alboroto.

—¿No pueden meter paja en sus puertas si les molesta el ruido? —protestó Taillefer.

Rafael soltó de pronto una carcajada tan bruscamente intempestiva que su amigo Je preguntó a qué obedecía su brutal explosión de júbilo.

—Difícilmente me comprenderás —respondió—. De momento, tendría que confesarte que me habéis salido al paso en el malecón Voltaire en el momento en que me iba a arrojar al Sena, y sin duda tú querrías conocer los motivos de mi muerte. Pero cuando añadiese que, por un azar casi fabuloso, las más poéticas ruinas del mundo material se habían resumido entonces a mis ojos en una traducción simbólica de la sabiduría humana; mientras que en este momento los despojos de todos los tesoros intelectuales que hemos saqueado en la mesa desembocan en estas dos mujeres, imágenes vivas y originales de la locura, y que nuestra profunda despreocupación de los hombres y de las cosas ha servido de transición a los cuadros intensamente coloreados de dos sistemas de existencia tan diametralmente opuestos, ¿quedarás más enterado? Si no estuvieras borracho, acaso verías en ello un tratado de filosofía.

—Si tú no tuvieses los dos pies sobre esa encantadora Aquilina, cuyos ronquidos tienen no se sabe qué analogía con el rugido de una tormenta presta a estallar —respondió Emilio, quien por su parte se divertía enrollando y desenrollando el cabello de Eufrasia, sin tener demasiada conciencia de su inocente ocupación—, te avergonzarías de tu borrachera y de tu verborrea. Tus dos sistemas pueden resumirse en una sola frase, y se reducen a un pensamiento. La vida simple y mecánica conduce a alguna insensata sabiduría, ahogando nuestra inteligencia por el trabajo, mientras que la vida pasada en el vacío de las abstracciones o en los abismos del mundo moral, conduce a alguna insensata sabiduría. En una palabra, matar los sentimientos para vivir viejo, o morir joven aceptando el martirio de las pasiones, esa es nuestra condena. Y aún más, esa sentencia lucha con el temperamento que nos ha dado el

temible socarrón a quien debemos el patrón de todas las criaturas.

—¡Imbécil! —exclamó Rafael interrumpiéndole—. Continúa compendiándote tú mismo así, que llenarás volúmenes... De haber yo tenido la pretensión de formular diligentemente esas dos ideas, te habría dicho que el hombre se corrompe por el ejercicio de la razón y se purifica por la ignorancia. Esto es hacer el proceso a las sociedades. Pero que vivamos con los cuerdos o que perezamos con los locos, ¿no significa, más tarde o más temprano, el mismo resultado? Entonces, el gran manipulador de la quintaesencia ya expresó en su tiempo esos dos sistemas en dos palabras: CARYMARY, CARYMARA.

—Me haces dudar de la potencia de Dios, pues eres más zopenco de lo que está permitido —replicó Emilio—. Nuestro querido Rabelais ha resuelto esa filosofía por una palabra más breve que *Carymary, Carymara*; es *Acaso*, de donde Montaigne ha tomado su *¿Qué sé yo?* Y todavía estas últimas palabras de la ciencia moral no son apenas sino la exclamación de Pyrrhon quedando entre el bien y el mal, como el asno de Buridan entre dos medidas de avena. Pero dejemos ahí esa eterna discusión que desemboca hoy en *sí* y *no*. ¿A qué experiencia querías, pues, llegar lanzándote al Sena? ¿Tenías envidia de la máquina hidráulica del puente Notre-Dame?

—¡Ah, si conocieras mi vida...!

—Vaya, yo no te creía tan vulgar; esa es una frase ya gastada —exclamó Emilio—. ¿Tú no sabes que todos tenemos la pretensión de sufrir más que los demás?

—¡Ah! —suspiró Rafael.

—Mira que estás ridículo con tu *Ah*. Veamos: ¿una enfermedad del alma o del cuerpo te obliga a someter todas las mañanas, por una contracción de tus músculos, a los caballos que por la noche deben descuartizarte, como antes lo hizo Damián? ¿Te has comido a tu perro, crudo, sin sal, en tu buhardilla? ¿Te han dicho alguna vez tus hijos «Tengo hambre»? ¿Has vendido el cabello de tu querida para ir al juego? ¿Has ido jamás a pagar a un falso domicilio una falsa letra de cambio, librada contra un falso tío, con el temor de llegar tarde? ¡Veamos, te escucho! Si te arrojas al agua por una mujer, por un protesto, o por aburrimiento, te detesto. Confiésate, y no mientas; no te pido en absoluto memorias históricas. Sobre todo, sé tan breve como te lo permita tu borrachera; yo soy exigente como un lector, y a punto de dormirme como una mujer que lee sus vísperas.

—¡Pobre majadero! —dijo Rafael—. ¿Desde cuándo los dolores no son la consecuencia de la sensibilidad? Cuando lleguemos al grado de ciencia que nos permitirá componer una historia natural de los corazones, nombrarlos, clasificarlos en géneros, en subgéneros, en familias, en crustáceos, en fósiles, en saurios, en microscópicos, en... ¿qué sé yo? Entonces, mi buen amigo, será cosa demostrada que los hay tiernos y delicados como flores, y que pueden romperse como ellas por ligeros estrujones, contra los cuales ciertos corazones minerales no son siquiera sensibles.

—¡Oh, por favor, ahórrame tu prefacio! —dijo Emilio con tono mitad jocoso y

mitad lastimoso mientras estrechaba la mano de Rafael.

II

LA MUJER SIN CORAZÓN

Tras de permanecer silencioso durante un momento, Rafael dijo con una expresión de indiferencia:

—De verdad que no sé si hay que atribuir a los vapores del vino y del ponche la especie de lucidez que me permite abarcar en este instante toda mi vida como un cuadro en el que las figuras, los colores, las sombras, las luces y los medios tonos están fielmente reproducidos. Este juego poético de mi imaginación no me asombraría si no lo acompañase una especie de desdén por mis sufrimientos y por mis alegrías pasadas. Vista a distancia, mi vida está como encogida por un fenómeno moral. Este largo y lento dolor que ha durado diez años puede reproducirse hoy por algunas frases en las cuales ese dolor no será más que un pensamiento, y el placer una reflexión filosófica. Juzgo en vez de sentir...

—Eres tan aburrido como la exposición de una enmienda —exclamó Emilio.

—Es posible —repuso Rafael sin murmurar—. Así, para no abusar de tu atención te haré gracia de los diecisiete primeros años de mi vida. Hasta entonces viví como tú, como mil otros, esa vida de colegio o de instituto, cuyas desgracias supuestas y alegrías reales son las delicias de nuestro recuerdo; a la cual nuestro estragado paladar vuelve a pedir las legumbres del viernes, siempre que no las hayamos probado de nuevo; hermosa vida, cuyos trabajos nos parecen despreciables, y que, sin embargo, nos han enseñado el trabajo...

—Ve al drama —dijo Emilio, con gesto mitad cómico y mitad quejoso.

—Cuando salí del colegio —prosiguió Rafael, reclamando con un ademán el derecho de continuar—, mi padre me impuso una severa disciplina, destinándome una habitación contigua a su despacho; a las nueve de la noche me acostaba, y me levantaba a las cinco de la mañana; él quería que cumpliese mi deber concienzudamente; yo iba al mismo tiempo a la Facultad y al estudio de un abogado; pero las leyes del tiempo y del espacio estaban tan severamente aplicadas a mis idas y venidas, a mis trabajos, y mi padre me pedía en la cena cuenta tan rigurosa de...

—¿Y qué me importa a mí eso? —interrumpió Emilio.

—Vete a paseo —respondió Rafael—. ¿Cómo podrás comprender mis sentimientos si no te cuento los hechos imperceptibles que influyeron sobre mi alma, la modelaron en el temor y me dejaron durante mucho tiempo en la primitiva ingenuidad del joven? Así, hasta los veintiún años, estuve sujeto a un despotismo tan frío como el de una regla monacal. Para revelarte las tristezas de mi vida, quizá baste con describirte a mi padre: un hombre alto, seco y flaco, cara de cuchillo, color pálido, palabra escueta, quisquilloso como una solterona, meticuloso como un jefe de

despacho. Su paternidad planeaba por encima de mis traviesos y alegres pensamientos, y los encerraba como bajo una cúpula de plomo; si quería manifestarle un sentimiento dulce y tierno, me recibía como a un niño que va a decir una tontería; le temía mucho más de lo que antes temí a nuestros pasantes del colegio; para él, yo seguía teniendo siempre ocho años. Creo que todavía lo veo delante de mí. Embutido en su levita gris, dentro de la que se mantenía rígido como un cirio pascual, tenía el aspecto de un arenque ahumado envuelto en la cubierta rojiza de un libelo. Sin embargo, yo quería a mi padre; en el fondo, él era justo. Quizá no odiamos la severidad cuando está justificada por un gran carácter, por costumbres puras, y se la ve hábilmente confundida con la bondad. Si mi padre no me dejó nunca, si hasta los veinte años no puso a mi disposición diez francos, diez bergantes, diez libertinos francos, tesoro inmenso cuya posesión vanamente envidiada me hacía soñar inefables delicias, siempre trató de proporcionarme algunas distracciones. Después de prometerme un solaz durante meses enteros, me llevaba a los Bouffons, a un concierto, o a un baile, donde yo esperaba encontrar una amante. ¡Una amante! Esto era para mí la independencia. Pero vergonzoso y tímido, no sabiendo el lenguaje de los salones y no conociendo en ellos a nadie, volvía siempre con el corazón tan nuevo y tan henchido de deseos. Luego, al día siguiente, embridado por mi padre como un caballo de escuadrón, ya estaba desde la mañana en el bufete del abogado; el derecho, el Palacio de Justicia... Querermé apartar del uniforme camino que mi padre me había trazado habría sido exponerme a su cólera; a la primera falta que yo cometiese, él me había amenazado con embarcarme como grumete para las Antillas. Era horrible el escalofrío que me recorría cuando por azar me atrevía a aventurarme, durante una o dos horas, en una juerga. Figúrate la imaginación más vagabunda, el corazón más amoroso, el alma más tierna, el espíritu más poético, en presencia siempre del hombre más arisco, más atrabiliario, más frío del mundo... En fin, casa a una muchacha con un esqueleto, y comprenderás la existencia cuyas curiosas escenas son sólo para dichas: proyectos de fuga desvanecidos ante el aspecto de mi padre, desesperos calmados por el sueño, deseos reprimidos, sombrías melancolías disipadas por la música. Yo exhalaba mi desgracia en melodías. Beethoven o Mozart fueron a menudo mis discretos confidentes. Hoy, sonrío al recordar todos los prejuicios que conturbaban mi conciencia en esa época de inocencia y de virtud; si hubiese pisado un restaurante, habría creído que estaba arruinado; mi imaginación me hacía considerar un café como un lugar de desenfreno, donde los hombres perdían el honor y empeñaban su fortuna; en cuanto a arriesgar dinero en el juego, antes había que tenerlo. Aunque tenga que dejarte dormido, quiero contarte una de las más terribles alegrías de la vida, uno de esos goces armados de garras y que se nos clavan en el corazón como un hierro candente en la espalda de un forzado. Estaba yo en el baile que daba en su casa el duque de Navarreins, primo de mi padre. Mas, para que puedas comprender perfectamente mi posición, debes saber que yo llevaba una levita raída, zapatos mal hechos, una corbata de cochero y guantes muy usados. Me quedé en un

rincón para poder tomar los helados que quisiera y contemplar las hermosas mujeres. Mi padre se dio cuenta, y, por una razón que nunca he comprendido, tanto me asombró su prueba de confianza, me dio para que los guardase su bolso y sus llaves. A diez pasos de mí jugaban algunos invitados. Oí brincar el oro. Yo tenía veinte años y deseaba pasar una jornada entera sumido en los extravíos de mi edad. Era un libertinaje mental cuya analogía no se encontraría ni en los caprichos de las cortesanas ni en los ensueños de las muchachas. Desde hacía un año, yo me soñaba bien vestido, en coche, con una hermosa a mi lado, a lo gran señor, cenando en casa Very, yendo por la noche al espectáculo, decidido a no volver hasta el otro día al lado de mi padre pero defendiéndome de él con una aventura más intrigante que la de *Las bodas de Fígaro*, y de la cual le fuese imposible desprenderse. Yo había calculado la aventura en cincuenta escudos. ¿No estaba todavía bajo el cándido encanto de hacer novillos? Fui, pues, a un tocador, donde solo y con ojos agudos y dedos temblorosos conté el dinero de mi padre; ¡cien escudos! Evocados por esta cantidad, los placeres de mi escapada aparecieron ante mí, bailando como las brujas de Macbeth en torno a su caldero, pero seductores, estremecidos, deliciosos... En un abrir y cerrar de ojos me convertí en determinado bribón. Sin escuchar ni los zumbidos de mis oídos ni los precipitados latidos de mi corazón, cogí dos monedas de veinte francos, que aún veo: el año grabado en cada una estaba borrado, y el rostro de Napoleón gesticulaba. Después de meterme el bolso en mi bolsillo, me dirigí a una mesa de juego con las dos piezas de oro en la palma húmeda de mi mano, y giré alrededor de los jugadores como el gavilán que acecha un gallinero. Con las mayores angustias, lancé una mirada traslúcida en derredor. Seguro de que no me veía ninguna persona conocida, aposté por un hombrecillo gordo y jovial, sobre cuya cabeza acumulé más oraciones y VOTOS que los que se hacen en el mar durante tres tempestades. Luego, con un instinto de perversidad o de maquiavelismo sorprendente a mi edad, fui a apostarme cerca de una puerta, mirando a través de los salones y sin ver nada. Mi alma y mis ojos revoloteaban alrededor del fatal tapete verde. De esa velada data la primera observación psicológica a la cual he debido esa especie de penetración que me ha permitido captar algunos misterios de nuestra doble naturaleza. Volví la espalda a la mesa donde se disputaba mi futura felicidad, felicidad tanto más intensa acaso por lo que tenía de delictiva; entre los dos jugadores y yo había un muro de hombres de un espesor de cuatro o cinco filas de conversadores; el zumbido de las voces impedía distinguir el sonido del oro que se mezclaba con el ruido de la orquesta. A pesar de todos esos obstáculos, por un privilegio otorgado a las pasiones, que les confiere el poder de aniquilar espacio y tiempo, yo oía distintamente las palabras de los dos jugadores, conocía sus puntos, sabía quién de los dos mostraba el rey, como si hubiese visto las cartas; en fin, a diez pasos del juego, yo palidecía con sus caprichos. De pronto mi padre pasó cerca de mí, y entonces comprendí estas palabras de la Escritura: «¡El espíritu de Dios pasó ante su rostro!» Yo había ganado. A través del torbellino de hombres que gravitaba en torno a los jugadores, corrí a la mesa

deslizándome con la agilidad de una anguila que se escapa por una malla rota de la red. De dolorosas, mis fibras se alborozaron. Yo era como un condenado a muerte que, marchando al suplicio, le llega la gracia real. Por casualidad, un hombre condecorado reclamó cuarenta francos que le faltaban. Fui objeto de las miradas de ojos inquisitivos llenos de sospechas, palidecí y gotas de sudor me salpicaban la frente. El crimen de haber robado a mi padre me pareció justamente vengado. El hombrecillo gordo dijo entonces con voz ciertamente angélica: «Todos estos señores habían puesto», y pagó los cuarenta francos. Erguí la cabeza y dirigí miradas de triunfo a los jugadores. Después de reintegrar al bolso de mi padre el oro que le había cogido, dejé mi ganancia al digno y honrado caballero, quien continuó ganando. Y en cuanto me vi dueño de ciento sesenta francos, los anudé dentro de mi pañuelo para que no pudiesen ni removerse ni sonar durante nuestro regreso; y no jugué más.

—¿Qué hacías en el juego? —me dijo mi padre al subir al simón.

—Miraba —respondí temblando.

—Pues —prosiguió mi padre— no habría sido nada extraordinario que por amor propio te hubieses visto obligado a poner algún dinero sobre el tapete. A los ojos de las gentes del mundo parece que ya tienes la edad como para cometer alguna tontería. Así, pues, te excusaré, Rafael, si te has servido de mi bolso...

»No le dije nada. Cuando estuvimos de vuelta, devolví a mi padre sus llaves y su dinero. Al entrar en su habitación, vació el bolso sobre la chimenea, contó el oro, se volvió hacia mí con aire bastante afable, y me dijo separando cada frase por una pausa más o menos larga y significativa:

—Hijo mío, pronto tendrás veinte años. Estoy contento de ti. Necesitas una pensión, aunque no sea más que para que aprendas a economizar, a conocer las cosas de la vida. Desde hoy, te daré cien francos cada mes. Dispondrás de tu dinero a tu gusto. Aquí tienes el primer trimestre de este año —añadió acariciando unas monedas de oro, como para comprobar la suma.

»Confieso que estuve a punto de arrojarme a sus pies, declarándole que yo era un ladrón, un infame, y lo que era peor aún, un embustero. La vergüenza me detuvo. Fui a abrazarle, y me rechazó suavemente.

—Ahora eres un hombre, hijo —prosiguió—. Lo que hago es una cosa simple y justa, que no tienes por qué agradecer. Si tengo derecho a tu agradecimiento, Rafael —agregó con tono cordial y digno—, es por haber preservado tu juventud de las desgracias que en París devoran a los jóvenes. Desde ahora en adelante, seremos dos amigos. En un año tendrás tu doctorado de derecho. No sin algunos sinsabores y ciertas privaciones, has adquirido sólidos conocimientos y el amor al trabajo, tan necesarios a los hombres destinados a dirigir intereses. Aprende, Rafael, a conocerme. No quiero hacer de ti ni un simple abogado, ni un notario, sino un estadista que pueda convertirse en la gloria de nuestra pobre casa... Hasta mañana —añadió, despidiéndome con un gesto misterioso.

»Desde ese día mi padre me inició francamente en sus proyectos. Yo era hijo

único y había perdido a mi madre hacía diez años. En otros tiempos, poco seducido por el derecho de labrar la tierra con la espada al costado, mi padre, jefe de una casa histórica casi olvidada en Auvernia, vino a París a luchar con el diablo. Dotado de esa sagacidad que hace a los hombres del mediodía de Francia tan superiores cuando va acompañada de energía, había llegado sin mayor apoyo a tener un puesto en el seno mismo del poder. La Revolución dio pronto al traste con su fortuna; pero supo casarse con la heredera de una gran casa, llegándole así, bajo el Imperio, el momento de restituir a nuestra casa su antiguo esplendor. La Restauración, que devolvió a mi madre bienes considerables, arruinó a mi padre. Habiendo comprado en otro tiempo muchas tierras dadas por el emperador a sus generales, y situadas en el extranjero, se batía desde hacía diez años con liquidadores y diplomáticos, y con los tribunales prusianos y bávaros, para mantenerse en la posesión impugnada de esas desgraciadas dotaciones. Mi padre me lanzó al laberinto inextricable de ese vasto proceso del que dependía nuestro futuro. Podía condenárenos a restituir las rentas y el importe de ciertas talas de bosques efectuadas desde el 1814 al 1817; y en ese caso, la hacienda de mi madre apenas habría bastado para salvar el honor de nuestro nombre. Así, el día en que pareció que mi padre me había en cierto modo emancipado, yo caía bajo el más odioso yugo. Tuve que combatir como en un campo de batalla, trabajar noche y día, ir a ver a estadistas, intentar sorprender su rectitud, interesarles en nuestro asunto, sobornarles, a ellos, a sus mujeres, a sus criados y a sus perros, y disfrazar ese horrible oficio bajo formas elegantes, bajo agradables chanzas. Comprendí todos los pesares cuyas huellas estaban grabadas en el rostro de mi padre. Durante casi un año, llevé aparentemente la vida de un hombre de mundo, pero esa disipación y mi empeño en ganarme parientes predispuestos a mi favor, o personas que pudieran sernos útiles, significaban inmensos trabajos. Mis diversiones eran aún litigios y mis conversaciones eran remover recuerdos. Hasta entonces había sido virtuoso por la imposibilidad de librarme a mis pasiones de joven; pero temiendo entonces que ocasionase la ruina de mi padre o la mía por una negligencia, me convertí en mi propio déspota, y no me permití ni un placer, ni un gasto. Cuando somos jóvenes, cuando a fuerza de estrujamientos los hombres y las cosas no nos han arrebatado aún la delicada flor del sentimiento, la lozanía del pensamiento, la noble pureza de conciencia que no nos deja jamás transigir con el mal, apreciamos vivamente nuestros deberes; nuestro honor habla alto y se hace escuchar; somos francos y sin rodeos. Así era yo entonces. Quise justificar la confianza de mi padre; antes, yo le habría hurtado con gran delicia una mezquina suma, pero llevando con él el peso de sus asuntos, de su nombre, de su casa, le habría dado secretamente mis bienes, mis esperanzas, lo mismo que le sacrificaba mis placeres, y era feliz con mi sacrificio... Así, cuando el señor de Villele exhumó, expresamente para nosotros, un decreto imperial sobre la pérdida de derechos, y nos arruinó, firmé la venta de mis propiedades, no conservando más que una isla sin valor, enclavada en medio del Loira, y donde estaba la tumba de mi madre. Quizá hoy no me faltarían argumentos, subterfugios,

discusiones filosóficas, filantrópicas y políticas, para dispensarme de hacer lo que mi abogado llamaba una *estupidez*; pero a los veintiún años somos, lo repito, todo generosidad, todo calor, todo amor. Las lágrimas que vi en los ojos de mi padre fueron entonces para mí la más bella de las fortunas, y el recuerdo de esas lágrimas me ha consolado a menudo de mi miseria. Diez meses después de haber pagado a sus acreedores, mi padre murió de pesar. Me adoraba y me había arruinado. Esta obsesión lo mató. En el 1826, a mis veintidós años, hacia el fin del otoño, seguí completamente solo el cortejo fúnebre de mi primer amigo, de mi padre. Pocos jóvenes se han encontrado, a solas con sus pensamientos, detrás de una carroza mortuoria, perdidos en París, sin porvenir, sin fortuna. Los huérfanos recogidos por la caridad pública tienen cuando menos por futuro el campo de batalla, por padre el gobierno o el procurador del rey, y por refugio un asilo. Yo no tenía nada. Tres meses después, un perito tasador me entregó mil ciento doce francos, producto neto y líquido de la sucesión paterna. Los acreedores me habían obligado a vender nuestro mobiliario. Acostumbrado desde mi juventud a dar un gran valor a los objetos de lujo de que estaba rodeado, no puede evitar la expresión de mi estupor ante ese exiguo saldo.

—¡Oh...! —me respondió el tasador—. Todo aquello era muy *rococó*.

»Espantosa palabra que marchitó todas las creencias de mi infancia y me despojó de mis primeras ilusiones, las más caras de todas. Mi fortuna se resumía por una factura de venta, mi futuro yacía en un saco de tela que contenía mil ciento doce francos, y la sociedad se me aparecía en la persona de un tasador de almoneda pública que me hablaba sin quitarse el sombrero... Un ayuda de cámara que me quería, y a quien mi madre había constituido cuatrocientos francos de renta vitalicia, Jonatás, me dijo al abandonar la casa de la que yo había salido tan a menudo alegremente en coche durante mi infancia:

—Sea usted morigerado, señorito Rafael.

»El buen hombre lloraba.

»Esos son, mi querido amigo, los acontecimientos que dominaron mi destino, modificaron mi alma, y me situaron, joven aún, en la más falsa de las situaciones sociales —dijo Rafael luego de una pausa—. Lazos de familia, pero débiles, me ligaban a algunas casas ricas cuyo acceso me habría prohibido mi orgullo si el desprecio y la indiferencia no me hubiesen cerrado ya sus puertas. Aunque pariente de personas muy influyentes y pródigas en su protección a extraños, yo no tenía ni parientes ni protectores. Detenida siempre en sus expansiones, mi alma se había replegado consigo misma. No obstante mi franqueza y mi naturalidad, yo debía de parecer frío, disimulado; el despotismo de mi padre me había quitado toda confianza en mí; yo era tímido y torpe, no creía que mi voz pudiera ejercer el menor imperio, me disgustaba a mí mismo, me encontraba feo, tenía vergüenza de mi mirada. A pesar de la voz interior que debe sostener a los hombres de talento en sus luchas y que me gritaba «¡Valor! ¡Adelante!»; a pesar de las súbitas revelaciones de mi potencia en la soledad; a pesar de la esperanza que me animaba al comparar las nuevas obras

admiradas por el público con las que revoloteaban en mi pensamiento, dudaba de mí como un niño. Era víctima de una excesiva ambición, me creía destinado a grandes cosas, y me sentía en el vacío. Tenía necesidad de los hombres, y me encontraba sin amigos. Debía abrirme un camino en el mundo, y permanecía solo en él, menos temeroso que avergonzado. Durante el año que fui lanzado por mi padre al torbellino de la gran sociedad, ingresé con un corazón nuevo, con un alma fresca. Como todos los niños grandes, aspiraba secretamente a los bellos amores. Entre los jóvenes de mi edad vi una serie de fanfarrones que iban con la cabeza muy erguida, diciendo sandeces, sentándose sin temblar al lado de mujeres que me parecían imponentes, soltando impertinencias, mordisqueando el puño de su bastón, haciendo melindres, prostituyéndose a sí mismas las criaturas más bellas, poniendo o pretendiendo haber puesto su cabeza sobre todas las almohadas, adoptando el aire de estar ya ahitos de placer, considerando a las más virtuosas, a las más mojigatas, como presa fácil que podía conquistarse con sólo abrir la boca, al menor gesto audaz, a la primera insolente mirada... Te lo declaro por mi alma y mi conciencia: la conquista del poder o de un gran renombre literario me parece un triunfo menos difícil de obtener que un éxito con una mujer de alto rango, joven, espiritual y gentil. Encontré, pues, las desazones de mi corazón y mis sentimientos en desacuerdo con las máximas de la sociedad. Yo era intrépido, pero sólo lo era mi alma, no mis maneras. Más tarde he sabido que las mujeres no quieren que se les mendigue; he visto a muchas que adoraba de lejos, a las cuales entregaba un amor de toda prueba, un alma que desgarrar, una energía que no se arredraba ni ante los sacrificios, ni ante las torturas; ellas pertenecían a majaderos que yo no habría admitido ni siquiera como porteros. Cuántas veces, mudo, inmóvil, no habré admirado a la mujer de mis sueños, surgiendo en un baile; consagrando entonces, en pensamiento, mi existencia a caricias eternas; imprimía todas mis esperanzas en una mirada, y le ofrecía en mi éxtasis un amor de joven que estaba por encima de los engaños. En ciertos momentos, habría dado la vida por una sola noche. Pues bien, no habiendo hallado jamás oídos que acogiesen mis apasionadas palabras, miradas donde posar las mías, corazón para mi corazón, he vivido entre los tormentos de una impotente energía que se devoraba a sí misma, quizá por carecer de audacia o de ocasiones, o por inexperiencia. Acaso haya desesperado de hacerme comprender, o he temblado ante el temor que se me comprendiese demasiado. Y, sin embargo, tenía mía tormenta dispuesta a cada cortés mirada que se me pudiese dirigir. A pesar de mi diligencia en recoger esa mirada, o palabras en apariencia afectuosas, como tiernos compromisos, jamás me he atrevido a hablar ni he sabido callar oportunamente. A fuerza de sentimiento, mi palabra era insignificante y mi silencio resultaba estúpido. Tenía, sin duda, demasiada ingenuidad para una sociedad artificial que vive públicamente, que expresa sus pensamiento con frases convenidas, o con palabras que dicta la moda. Luego, yo no sabía hablar callándome, ni callar hablando. En fin, con
servando en mí brasas que me quemaban, teniendo un alma semejante a las que

las mujeres desean conocer, presa de esa exaltación de que son ávidas, poseyendo la energía de que se jactan los necios, todas las mujeres me han sido traidoramente crueles. Así, admiraba candorosamente a esas pandillas de héroes cuando se jactaban de sus triunfos, sin suponer que mentían. Cometía sin duda el error de desear un amor bajo palabra, de querer encontrar grande y fuerte, en un corazón de mujer frívola y ligera, hambrienta de lujo, ebria de vanidad, esa pasión amplia, ese océano que golpeaba tempestuosamente en mi corazón. ¡Oh, sentirse nacido para amar, para hacer feliz a una mujer, y no haber encontrado a nadie, ni siquiera a una noble y valerosa Marcelina, o a alguna vieja marquesa...! Llevar tesoros escondidos en las alforjas y no encontrar una criatura, una muchacha curiosa para que los admire... Muchas veces he querido matarme de desesperación...

—¡Hermosamente trágica la noche! —exclamó Emilio.

—¡Bah, déjame condenar mi vida! —respondió Rafael—. Si tu amistad no tiene la fuerza de escuchar mis elegías, si no puedes concederme el crédito de media hora de aburrimiento, duérmete... Pero luego no me pidas cuentas por mi suicidio, que ruge, que se yergue, que me llama y al que yo saludo. Para juzgar a un hombre, se debe por lo menos estar en el secreto de su pensamiento, de sus desgracias, de sus emociones; no querer conocer de su vida más que los acontecimientos materiales es hacer cronología, la historia de los imbéciles...

El amargo fono con que se pronunciaron estas palabras impresionó tan vivamente a Emilio, que, desde ese momento, prestó toda su atención a Rafael, mirándole con gesto aturdido.

—Pero ahora —prosiguió el narrador— la luz que da un nuevo color a estos accidentes les presta un distinto aspecto. El orden de las cosas que yo consideraba antes como una desdicha, quizá ha engendrado las bellas cualidades de que después me he enorgullecido. La curiosidad filosófica, los trabajos excesivos, el amor de la lectura que, desde los siete años hasta mi entrada en el mundo, han ocupado constantemente mi vida no me habrían dotado de la fácil potencia con que, si he de creerlo, sé expresar mis ideas y seguir adelante en el vasto campo de los conocimientos humanos. El abandono a que estaba condenado, la costumbre de refluir mis sentimientos y de vivir en mi corazón, ¿no me han investido del poder de comparar, de meditar? No perdiéndose en la servidumbre de las irritaciones mundanas, que degradan al alma más bella y la reducen al estado de un harapo, ¿no se ha concentrado mi sensibilidad para convertirse en el órgano perfeccionado de una voluntad más elevada que el querer de la pasión? Desconocido por las mujeres, recuerdo haberlas observado con la sagacidad del amor desdeñado. Ahora veo que la sinceridad de mi carácter ha tenido que desagradar. ¿Será que las mujeres quieren un poco de hipocresía? Yo que alternativamente soy hombre y niño a la vez, frívolo y pensador, sin prejuicios y lleno de supersticiones, a menudo femenino como ellas, ¿no han tomado mi candor por cinismo y la misma pureza de mi pensamiento por libertinaje? La ciencia les suponía aburrimiento, y la languidez femenina debilidad.

Esta excesiva movilidad de imaginación, la desdicha de los poetas, hacía sin duda que se me juzgara como un ser incapaz de amar, sin constancia en las ideas, sin energía. Idiota cuando me callaba, las espantaba acaso cuando intentaba agradarles, y las mujeres me han condenado. He aceptado, con mis lágrimas y mi dolor, la sentencia que ha pronunciado el mundo. Esta pena ha producido su fruto. Quise vengarme de la sociedad, quise poseer el alma de las mujeres sometiendo las inteligencias, y quise ver todas las miradas fijas en mí cuando pronunciase mi nombre un criado desde la puerta de un salón. Me instituí gran hombre desde mi infancia; me había golpeado la frente, diciéndome como André Chenir: «¡Aquí hay algo!». Creía sentir en mí un pensamiento que debía expresar, un sistema que debía imponer, una ciencia que debía explicar. Mi querido Emilio, hoy que tengo veintiséis años apenas, que estoy seguro de morir desconocido, sin haber sido nunca el amante de la mujer que he soñado poseer, déjame contarte mis locuras... ¿No hemos tomado todos, poco más o menos, nuestros deseos por realidades? ¡Ah!, yo no quisiera por amigo a un joven que en sus sueños no se hubiese trenzado coronas, construido algún pedestal o dándose complacientes queridas. Yo he sido a menudo general, emperador; he sido Byron, después nada. Tras haber jugado sobre la cumbre de las cosas humanas, me daba cuenta de que quedaban por franquear todas las montañas, todas las dificultades. Este inmenso amor propio que hervía en mí, esta sublime creencia en un destino, y que se convierte en genio, quizá, cuando un hombre no se deja desgarrar el alma por el contacto de los negocios tan fácilmente como el cordero deja su lana en las espinas de los jarales por donde pasa... quizá todo eso me salvó. Quise cubrirme de gloria y trabajar en silencio por la amante que esperaba tener un día. Todas las mujeres se resumían en una sola, y esa mujer creía yo encontrarla en la primera que se ofrecía a mis miradas; pero viendo una reina en cada una de ellas, todas debían, como las reinas que están obligadas a hacer anticipos a sus amantes, venir a mi encuentro, doliente, pobre y tímido. ¡Ah, por aquélla que me hubiese compadecido, yo tenía en el corazón tanto agradecimiento, además del amor, que la habría adorado durante toda su vida! Más tarde, mis observaciones me han enseñado crueles verdades. Así, mi querido Emilio, corría el riesgo de vivir eternamente solo. Las mujeres están acostumbradas, por no sé qué propensión de su espíritu, a no ver en un hombre de talento más que sus defectos; y en un majadero sus cualidades; sienten la mayor simpatía por las cualidades del majadero, las cuales son el halago permanente de sus propios defectos, mientras que el hombre superior no les ofrece bastantes goces para compensar sus imperfecciones. El talento es una fiebre intermitente, y ninguna mujer siente la ambición de compartir solamente sus desazones; todas quieren hallar en sus amantes motivos que satisfagan su vanidad. ¡En nosotros siguen amándose a sí mismas! Un hombre pobre, orgulloso, artista, dotado del poder de crear, ¿no tiene el arma de un agresivo egoísmo? Hay en torno de él yo no sé qué torbellino de pensamientos con los que lo envuelve todo, hasta a su amante, quien debe seguir el movimiento. ¿Puede una mujer adulada creer en el amor de tal hombre? ¿Iría ella a

buscarlo? Ese amante no tiene tiempo disponible para ceder alrededor de un diván a esas pequeñas monerías de sensibilidad de que tanto gustan las mujeres y que son el triunfo de las personas falsas e insensibles. Si le falta tiempo para sus trabajos, ¿cómo, pues, lo gastaría él en achaparrarse, en recargarse de futilidades? Dispuesto a dar mi vida de golpe, yo no lo habría envilecido en detalles. En fin, en los manejos de un agente de cambio que ordena las comisiones de una mujer pálida y melindrosa, hay un no sé qué de mezquino que horroriza al artista. El amor abstracto no le basta a un hombre pobre y grande; él quiere todas las lealtades y las abnegaciones. Las pequeñas criaturas que se pasan la vida probando chales o encargando bolsos de moda, no son abnegadas; ellas exigen, y ven en el amor el placer de mandar, no el de obedecer. La verdadera esposa en corazón, en carne y en hueso se deja arrastrar allá adonde va aquél en quien residen su vida, su fuerza, su gloria, su felicidad. A los hombres superiores les hacen falta la mujer oriental, cuyo único pensamiento es el estudio de sus necesidades, pues para ellos la desgracia está en el desacuerdo entre sus deseos y sus medios. Yo, que me creía hombre de genio, quería precisamente esas queriditas. Sustentando ideas tan contrarias a las recibidas, teniendo la pretensión de escalar el cielo sin escalera, poseyendo tesoros que no tenían curso, dotado de extensos conocimientos que recargaban mi memoria y que aún no había clasificado, que no me había en absoluto asimilado; hallándome sin parientes, sin amigos, solo en medio del más espantoso desierto, un desierto pavimentado, un desierto animado, pensante, viviente, donde todo es, más que enemigo, indiferente, la resolución que tomé era natural, aunque desatinada; comportaba no sé qué de imposible que me dio valor. Fue como una apuesta hecha conmigo mismo, en la que yo era el jugador y la apuesta. He aquí mi plan. Mis mil cien francos debían bastarme durante tres años, y me concedí ese tiempo para publicar una obra que pudiera atraer la atención pública sobre mí, hacerme una fortuna o un nombre. Me regocijaba pensando que iba a vivir de pan y de leche, como un solitario de la Tebaida, sumido en el mundo de los libros y las ideas, en una esfera inaccesible al ambiente de este París tan tumultuoso, esfera de trabajo y de silencio donde, como las crisálidas, me construía una tumba para renacer brillante y glorioso. Iba a afrontar el riesgo de morir para vivir. Reduciendo la existencia a sus verdaderas necesidades, me decía que trescientos sesenta y cinco francos debían bastarle a mi pobreza. En efecto, esta mínima suma ha sido suficiente para mi vida mientras he querido sufrir mi propia disciplina claustral.

—Esto es imposible —exclamó Emilio.

—Así he vivido cerca de tres años —respondió Rafael con una especie de orgullo—. Contemos —prosiguió—. Tres sueldos de pan, dos de leche y tres de charcutería me impedían morir de hambre y conservaban mi mente en un estado de singular lucidez. He observado, ya lo sabes, maravillosos efectos producidos por la dieta sobre la imaginación. Mi habitación me costaba tres sueldos por día, quemaba petróleo por otros tres sueldos cada noche, me hacía yo mismo la cama, y llevaba camisas de franela para no gastar más que dos sueldos de limpieza diarios. Me calentaba con

turba, cuyo precio dividido por los días del año nunca ha pasado de dos sueldos por día. Tenía trajes, ropa interior y zapatos para tres años, y no me vestía sino para ir a ciertos cursos públicos y a las bibliotecas. Estos gastos reunidos no sumaban más que dieciocho sueldos, y me quedaban dos para las cosas imprevistas. No recuerdo que durante ese largo período de trabajo haya pasado el puente de las Artes, ni que haya comprado nunca agua, que iba a buscar cada mañana a la fuente de la plaza Saint-Michel, en la esquina de la calle de la Yesería. ¡Oh, llevaba orgullósamente mi pobreza! Un hombre que presiente un bello porvenir, marcha en su vida de miseria como un inocente conducido al suplicio: no tiene vergüenza alguna. Yo no había querido prever la enfermedad. Como Aquilina, consideraba el hospital sin horror. No he dudado ni un momento de mi buena salud. Además, el pobre no debe tenderse sino para morir. Yo mismo me cortaba el pelo, hasta el momento en que un ángel de amor o de bondad... Pero no quiero anticiparme a la situación a que estoy llegando. Has de saber tan sólo, mi querido amigo, que a falta de querida, vivía con un gran pensamiento, con un sueño; una mentira en la que todos comenzamos por creer más o menos. Hoy me río de mí, de ese yo, acaso santo y sublime, pero que ya no existe. La sociedad, el mundo, nuestros usos, nuestras costumbres, vistos de cerca, me han revelado el peligro de mi inocente creencia y la superfluidad de mis fervientes trabajos. Esos acopios son inútiles al ambicioso. Cuanto más ligero sea el bagaje de quien persigue la fortuna, mejor. El error de los hombres superiores es gastar sus años de juventud en hacerse dignos del favor. Mientras que los pobres atesoran su fuerza y su ciencia, para resistir sin esfuerzo el peso de una potencia que les huye, los intrigantes, ricos en palabras y desprovistos de ideas, van y vienen, sorprenden a los tontos, y se instalan en la confianza de los medio bobos; unos estudian, los otros andan; unos son modestos, los otros osados; el hombre genio acalla su orgullo; el intrigante agita el suyo; éste tiene necesariamente que llegar. Los hombres del poder tienen tan gran necesidad de creer en el mérito hecho sin más, en el talento petulante, como en el auténtico sabio hay una puerilidad en esperar las recompensas humanas. No trato de parafrasear los tópicos de la virtud, el Cantar de los Cantares eternamente entonado por los genios desconocidos; quiero deducir lógicamente la razón de los frecuentes éxitos obtenidos por los hombres mediocres. ¡Ay, el estudio es tan maternalmente bueno, que quizá sea un delito pedirle otras recompensas que los puros y dulces goces con que nutre a sus hijos! Yo recuerdo haber mojado a veces alegremente el pan en la leche, sentado al lado de la ventana y respirando el aire, dejando planear la mirada sobre un paisaje de tejados pardos, grisáceos, rojos, de pizarras, de tejas, cubiertos de musgos amarillos o verdes. Si al principio ese panorama me pareció monótono, no tardé en descubrir en él singulares bellezas. Tan pronto, al atardecer, rayas luminosas, salidas de persianas mal cerradas, matizaban y animaban las negras profundidades de esa original región, como los pálidos resplandores de los reverberos proyectaban desde abajo amarillentos reflejos a través de la bruma y destacaban débilmente sobre las calles las ondulaciones de los tejados

apretujados, océano de inmóviles olas. En fin, a veces, raras figuras aparecían en medio del lúgubre desierto; entre las hojas de algún balconaje florido, vislumbraba el perfil anguloso y ganchudo de una anciana regando sus capuchinas, o en el marco de una podrida claraboya a alguna muchacha vistiéndose o peinándose, creyéndose sola, y de la cual sólo podía ver su hermosa frente y los largos cabellos levantados por un bello y blanco brazo. Admiraba en los canalones de los tejados algunas vegetaciones efímeras, pobres hierbas pronto arrastradas por una tormenta... Estudiaba los musgos, sus colores reavivados por la lluvia y que con el sol se trocaban en un terciopelo seco y pardo de caprichosos reflejos. Y los poéticos y fugaces efectos de la claridad, las melancolías de la bruma, los súbitos centelleos del sol, el silencio y la magia de la noche, los misterios de la aurora, la humareda de las chimeneas, todos los accidentes de una naturaleza singular, familiares ya para mí, me divertían. Amaba mi prisión, la cual era voluntaria. Esas sabanas de París, formadas por tejados nivelados como una llanura, pero que cubrían abismos poblados, me llegaban al alma y armonizaban con mis pensamientos. Resulta cansado volver a encontrar bruscamente el mundo cuando descendemos de las alturas celestes adonde nos arrastran las meditaciones científicas; por esa razón yo he concebido perfectamente la desnudez de los monasterios. Cuando resolví seguir mi nuevo plan de vida, busqué alojamiento en los barrios más desiertos de París. Un atardecer, volviendo de la. Estrapada, pasé por la calle de los Cordeleros para ir a casa. En el ángulo de la calle de Cluny vi a una muchachita de irnos catorce años que jugaba a la raqueta con una de sus amiguitas y cuyas risas y travesuras divertían a los vecinos. El tiempo era hermoso y la tarde cálida; el mes de septiembre duraba aún. Delante de cada puerta, mujeres sentadas charlaban en tertulia, como en una villa provinciana en día de fiesta. Observé primero a la chiquilla, cuyo rostro tenía una admirable expresión, y el cuerpo era ideal para un pintor. La escena resultaba encantadora. Busqué la causa de aquella campechanía en medio de París, y percibí que la calle no desembocaba en ninguna parte, y no debía ser de mucho tránsito. Recordando la estancia de Rousseau en ese sitio, encontré el hotel de *San Quintín*; su ruinoso aspecto me hizo creer que tendría ahí un albergue barato, y decidí visitarlo. Al entrar en una estancia de la primera planta, vi las clásicas palmatorias de cobre con sus candelas, metódicamente alineadas con las llaves, y me llamó la atención la limpieza que reinaba en aquella sala, por lo general tan descuidada en los demás hoteles; una cama azul y los utensilios y los muebles tenían la coquetería de una naturaleza convencional. La hospedera, mujer de unos cuarenta años, cuyas facciones expresaban infortunios y cuya mirada estaba como empañada por el llanto, se levantó y vino hacia mí; le sometí humildemente la tarifa de mi alquiler, y ella, sin demostrar extrañeza, buscó una llave entre las demás y me guio a las buhardillas, me enseñó una habitación que daba sobre los tejados y los patios de las casas vecinas, por las ventanas de las cuales salían unas largas perchas llenas de ropa blanca puesta a secar. Nada más horrible que aquella buhardilla de paredes amarillas y sucias y que olía a miseria y esperaba a su sabio. El techo tenía una

marcada inclinación y las tejas desunidas permitían ver el cielo. Había sitio para una cama, una mesa y algunas sillas, y, en el ángulo agudo que se unía con el techo, podría poner mi piano. No siendo lo bastante rica para amueblar esa jaula digna de los *Plomos* de Venecia, la pobre mujer no había podido alquilarla, y habiendo yo precisamente exceptuado de la venta que acababa de hacer los objetos que en cierto modo me eran personales, no tardé en ponerme de acuerdo con mi hospedera, y al día siguiente me instalé allí. Viví en ese sepulcro aéreo durante casi tres años, trabajando día y noche sin descanso, y con tanto placer, que el estudio me parecía el más bello tema, la más dichosa solución de la vida humana. La calma y el silencio necesarios al sabio tienen no sé qué de dulce, de embriagador como el amor. El ejercicio del pensamiento, la búsqueda de ideas, las contemplaciones tranquilas de la ciencia nos prodigan inefables delicias, indescriptibles como todo lo que participa de la inteligencia, cuyos fenómenos son invisibles a nuestros sentidos exteriores. Así, siempre nos vemos obligados a explicar los misterios del espíritu por comparaciones materiales. El placer de nadar en un lago de aguas límpidas, en medio de las rocas, de las arboledas y de las flores, solo y acariciado por la tibia brisa, proporcionaría a los ignorantes una imagen bien débil de la felicidad que experimentaba yo cuando mi alma se bañaba en los resplandores de no sé qué luz, cuando escuchaba las voces terribles y confusas de la inspiración, cuando fluían en mi palpitante cerebro las imágenes de una fuente desconocida. Ver una idea que apunta en el campo de las abstracciones humanas, como el sol que nace por la mañana, y se eleva como él, crece cómo un niño, llega a la pubertad y se hace lentamente viril, es un goce superior a todos los demás deleites terrestres, cuando no es un placer divino. El estudio presta una especie de magia a todo cuanto nos rodea. El mezquino escritorio en el que yo escribía, y la badana gris que lo cubría, mi piano, mi cama, mi sofá, las extra; vagancias del empapelado de las paredes, mis muebles...; todo se animó y se convirtió para mí en humildes amigos, en silenciosos cómplices de mi futuro; ¡Cuántas veces les comuniqué mi alma al mirarlos! A menudo, dejando errar la mirada sobre una moldura combada, encontré nuevos detalles, una patente prueba de mi sistema o de las palabras que yo creía afortunadas para expresar pensamientos casi intraducibles. A fuerza de contemplar los objetos que me rodeaban, hallé en cada uno su fisonomía, su carácter; a menudo me hablaban, y si, sobre los tejados, el sol poniente tendía a través de mi estrecha ventana algún furtivo fulgor, se coloreaban, palidecían, brillaban, se entristecían o se alegraban, sorprendiéndome siempre con nuevos efectos. Estos menudos accidentes de la vida solitaria, que escapan a las preocupaciones del mundo, son el consuelo de los prisioneros. ¿No era yo cautivo de una idea, no estaba encerrado en un sistema, pero sostenido por la perspectiva de una vida gloriosa? A cada dificultad vencida, besaba las dulces manos de la mujer de los bellos ojos, elegante y rica, que un día habría de acariciar mi pelo, diciéndome enternecida:

«¡Cuánto has sufrido, mi pobre ángel!»

«Yo había emprendido dos grandes obras. Una comedia debía darme en pocos días un renombre, una fortuna, y la entrada en ese mundo en el que quería reaparecer ejerciendo los derechos de regalía del hombre de genio. Todos vosotros habéis visto en esa obra maestra el primer error de un hombre que sale del colegio, una verdadera simpleza de niño. Vuestras chanzas han cortado las alas a ilusiones fecundas, las cuales después ya no han vuelto a despertarse. Tú sólo, mi querido Emilio, has aliviado la profunda herida que otros abrieron en mi corazón... Tú solo admiraste mi *Teoría de la voluntad*, esa prolija obra para la cual aprendí las lenguas orientales, la anatomía y la fisiología, y a la que consagré la mayor parte de mi tiempo. Esta obra, si yo no me engaño, completará los trabajos de Mesmer, de Lavater, de Gall y de Bichat, abriendo un nuevo camino a la ciencia humana. Ahí se detiene mi hermosa vida, ese sacrificio de todos los días, ese trabajo de gusano de seda desconocido del mundo, y cuya única recompensa es acaso la propia labor. Desde la edad de la razón hasta el día en que terminé mi *Teoría*, he observado, he aprendido, he leído sin cesar, y mi vida ha sido como una larga penitencia. Amante afeminado de la pereza oriental, enamorado de mis sueños, sensual, he trabajado siempre, negándome a paladear los goces de la vida parisiense. Glotón, he sido frugal; amante de los caminos y de los viajes marítimos, deseoso de visitar diversos países, sintiendo aún un placer infantil en hacer rebotar guijarros sobre el agua, he vivido constantemente sentado y con una pluma en la mano; hablador, iba a escuchar en silencio a los profesores de los cursos públicos de la Biblioteca y del Museo; he dormido sobre mi camastro solitario, como un religioso de la orden de San Benito, y, sin embargo, la mujer era mi única quimera, una quimera que acariciaba y que siempre me huía... En fin, mi vida ha sido una cruel antítesis, una perpetua mentira. Después juzgáis a los hombres... A veces, mis gustos naturales despertaban como un incendio durante mucho tiempo incubado. Por una especie de espejismo o de calentura, yo, privado de todas las mujeres que deseaba, despojado de todo y alojado en una buhardilla de artista, me veía entonces rodeado de encantadoras amantes. Corría a través de las calles de París, tendido en los blandos cojines de un charolado carruaje. Estaba carcomido de vicios, sumido en el desenfreno, queriéndolo todo y teniéndolo todo; y en resumen, ebrio en ayunas, como San Antonio en su tentación. Por fortuna, el sueño acababa por extinguir esas agotadoras visiones; al día siguiente, la ciencia me llamaba sonriendo, y yo le era fiel. Imagino que las mujeres llamadas virtuosas deben ser a menudo víctimas de sus arrebatos de locura, de deseos y de pasiones; deseos y pasiones que todos conocemos y quisiéramos no conocer. Esos sueños no están desprovistos de encanto. ¿No se asemejan a esas pláticas del anochecer, en invierno, cuando uno se aleja de su hogar para irse a China? ¿Pero qué es de la virtud durante esos deliciosos viajes en que el pensamiento ha franqueado todos los obstáculos? Durante los diez primeros meses de mi reclusión, llevé la vida pobre primeras horas de la mañana y sin que nadie me viese mis provisiones para la jornada; luego arreglaba mi cuarto. Era al mismo tiempo el amo y el criado, «diogenizaba» con increíble orgullo. Pero después de este

lapso de tiempo, durante el cual la hospedera y su hija espiaron mis costumbres y mis ocupaciones, me estudiaron a mí y comprendieron mi miseria, tal vez porque ellas eran muy desgraciadas, y se establecieron inevitables lazos entre ellas y yo. Paulina, esa encantadora criatura cuyas gracias candidas y secretas me habían en cierto modo dirigido allí, me ofreció diversos servicios que me fue imposible rechazar. Todos los infortunios son hermanos, tienen el mismo lenguaje, la misma generosidad, la generosidad de los que no poseyendo nada son pródigos en sentimientos, obsequian con su tiempo y su persona. Insensiblemente, Paulina se apoderó de mi cuartucho, quiso servirme, y su madre no se opuso. Vi a la madre zurciendo mi ropa y enrojando por haberla sorprendido en su piadosa ocupación. Convertido a pesar mío en su protegido, acepté sus servicios. Para comprender ese singular afecto, hay que conocer el arrebatado del trabajo, la tiranía de las ideas, y esa repugnancia instintiva que siente por los detalles de la vida material el hombre que vive por el pensamiento. ¿Podía yo resistir a la delicada atención con que Paulina me traía con pasos silenciosos mi frugal comida, cuando ella se daba cuenta de que no había tomado nada desde hacía siete u ocho horas? Con las gracias de la mujer y la ingenuidad de la infancia, me sonreía haciéndome una seña de que no debía verla. Era Ariel deslizándose como un silfo bajó mi techo, previendo mis necesidades. Un atardecer, Paulina me contó su historia con conmovedora ingenuidad. Su padre era jefe de escuadrón en los granaderos montados de la guardia imperial. En el paso del Beresina cayó prisionero de los cosacos; más tarde, cuando Napoleón propuso su canje, vanamente las autoridades rusas lo hicieron buscar en Siberia; según otros prisioneros, se había fugado con el proyecto de ir a las Indias. Desde entonces, la señora Gaudin, mi patrona, no consiguió noticia alguna de su marido. Llegaron los desastres del 1814 y el 1815 y sola, sin recursos y sin apoyo, decidió alquilar habitaciones amuebladas, para sostener a su hija. Vivió siempre con la esperanza de volver a ver a su marido. Su mayor pesar era dejar a Paulina sin educación, su Paulina, ahijada de la princesa Borghèse, y quien no habría dado un mentís a los bellos destinos prometidos por su imperial protectora. Cuando la señora Gaudin me confió este amargo dolor que la mataba y me dijo con desgarrador acento: «¡Daría cuanto tengo y el pedazo de papel que concede a Gaudin el título de barón del Imperio, y el derecho que tenemos a la dotación de Wistchnau, por ver a Paulina educada en Saint-Denis!», me estremecí, y para agradecer los cuidados que me prodigaban las dos mujeres, tuve la idea de ofrecerme para completar la educación de Paulina. El candor con que las dos mujeres aceptaron mi proposición fue igual a la ingenuidad que la dictaba. Tuve así horas de recreo. La pequeña tenía las más felices disposiciones, y aprendía con tanta facilidad que no tardó en ganarme en el piano. Acostumbrándose a pensar en voz alta a mi lado, desplegaba las mil gentilezas de un corazón que se abre a la vida como el cáliz de una flor lentamente abierta por el sol, y me escuchaba con recogimiento y placer, posando sobre mí sus ojos negros y aterciopelados, pareciendo sonreír; repetía sus lecciones con acento dulce y

acariciador, y testimoniaba una alegría infantil cuando me veía contento de ella. Su madre, cada día más inquieta por tener que preservar de todo peligro a una muchacha que al crecer desarrollaba todas las promesas hechas por las gracias de su infancia, la vio con gran contento encerrarse durante todo el día para estudiar. Mi piano era el único del que se podía servir, y aprovechaba mis ausencias para tocar. Cuando entraba yo, encontraba a Paulina en mi habitación con el más modesto vestido, pero al menor movimiento su flexible talle y sus atractivos se revelaban bajo la burda tela. Como la heroína de *Piel de asno*, dejaba ver un lindo pie en toscos zapatos. Mas esos graciosos tesoros, esa áurea doncelléz, todo ese alarde de belleza fue confío perdido para mí. Yo me había ordenado a mí mismo no ver más que una hermana en Paulina; me habría horrorizado abusar de la confianza de su madre; admiraba a la encantadora muchacha como un cuadro, como el retrato de una amante muerta; ella era mi criatura, mi estatua. Nuevo Pígmalión, yo quería hacer de una virgen viviente y animada, sensible y parlante, un mármol; era muy severo con ella, pero cuanto más le hacía sufrir los efectos de mi magistral despotismo, más dulce y sumisa era. Si fui alentado en mi comedimiento y en mi continencia por sentimientos nobles, no me faltaron sofisticas razones. No comprendo la probidad de los escudos sin la probidad del pensamiento. Engañar a una mujer o hacer quiebra, siempre ha sido lo mismo para mí. Amar a una joven o dejarse amar por ella, constituye un verdadero contrato cuyas condiciones deben ser bien entendidas. Somos dueños de abandonar a la mujer que se vende, pero no a la muchacha que se entrega, pues ella ignora la magnitud de su sacrificio. Me habría, pues, casado con Paulina, y habría sido una locura. ¿No era condenar un alma dulce y virgen a aterradoras desdichas? Mi indigencia hablaba su lenguaje egoísta, y venía siempre a poner su mano de hierro entre esa noble criatura y yo. Además, lo confieso para mi vergüenza, no concibo el amor en la miseria. Acaso esto sea en mí una depravación debida a esa enfermedad humana que llamamos civilización; pero una mujer, aunque sea tan atractiva como la bella Elena, la Galatea de Homero, no tiene ningún poder sobre mis sentidos por poco que esté sucia. ¡Ah!, vive el amor en ¡a seda, entre chales, rodeado de las maravillas del lujo que maravillosamente lo adornan, porque el mismo es quizá un lujo. Me gusta estrujar bajo mis deseos elegantes atavíos, aplastar flores, llevar una mano devastadora a los airosos copetes de un embalsamado peinado. Ojos ardientes, ocultos por un velo de encaje que las miradas traspasan como la llama desgarrar el humo del cañón, me ofrecen fantásticos atractivos. Mi amor quiere escalas de seda trepadas en silencio, en una noche de invierno. ¡Qué placer llegar cubierto de nieve a una habitación iluminada por perfumes, tapizada de sedas pintadas, y encontrar en ella a una mujer que también sacude la nieve, pues ¿qué otro nombre se puede dar a esos velos de voluptuosas muselinas a través de las cuales se dibujan vagamente como un ángel en su nube, y de donde ella va a salir? Luego, me hace falta aún una felicidad temerosa, una audaz seguridad. En fin, quiero ver otra vez a esa misteriosa dama, pero con los más vivos destellos y en medio del mundo, virtuosa, rodeada de homenajes, vestida

de blondas, resplandeciente de diamantes, dando sus órdenes a la ciudad, y situada a tanta altura y con tanto poder que nadie se atreva a dirigirle sus solicitudes. En medio de su corte, ella me mira de soslayo; una mirada que desmiente esos artificios, una mirada que me sacrifica el mundo y los hombres... Ciertamente, cien veces me he encontrado ridículo por amar algunas varas de blonda, de raso, de finas batistas, las habilidades de un peluquero, bujías, una carroza, un título, coronas heráldicas pintadas por vidrieros o fabricadas por un orfebre; todo lo que hay de artificio y de menos mujer en la mujer; me he burlado de mí, he razonado, pero todo ha sido en vano. Una mujer aristocrática y su fina sonrisa, la distinción de sus modales y su respeto de sí misma me encantan; cuando ella pone una barrera entre ella y el mundo, halaga en mí todas las vanidades, las cuales son la mitad del amor. Envidiado por todos, mi felicidad me parece tener más sabor. No haciendo nada de lo que hacen las demás mujeres, no andando, no viviendo como ellas, envolviéndose en un manto que ellas no pueden tener, respirando perfumes que le son propios, mi amante me parece mucho más mía; cuanto más se aleja de la tierra, aún con lo que el amor tiene de terrestre, más se embellece a mis ojos. En Francia, afortunadamente para mí, hace veinte años que estamos sin reina. ¡Yo habría amado a la reina! Para tener los modales de una princesa, una mujer debe ser rica. Ante esas mis románticas fantasías, ¿qué era Paulina? ¿Podía ella venderme noches que cuestan la vida, un amor que mata y pone en juego todas las facultades humanas? Nosotros no morimos por las muchachas que se dan. Nunca he podido destruir esos sentimientos ni esos delirios de poeta. Yo nací para el amor imposible, y el azar ha querido que fuese servido más allá de mis deseos. ¡Cuántas veces no he cubierto de raso los lindos pies de Paulina, aprisionado su talle esbelto como un joven álamo en un vestido de gasa, y puesto sobre su seno un ligero chal, haciéndola pisar las alfombras de su hotel y conduciéndola a un elegante carruaje! La habría adorado así. Le prestaba una arrogancia que ella no tenía, la despojaba de todas sus virtudes, de sus cándidas gracias, de su encantador natural, de su ingenua sonrisa, para sumirla en la Estigia de nuestros vicios y proporcionarle un corazón invulnerable; para acicalarla con nuestras delicuescencias; para hacer de ella la muñeca fantástica de nuestros salones, una fémica alfeñicada que se acuesta al alba para renacer cuando se tienden las sombras, a la luz de las bujías. Paulina era todo sentimiento, todo lozanía, frescor, y yo la quería seca y fría. En los últimos días de mi locura, el recuerdo me ha mostrado a Paulina como nos pinta las escenas de nuestra infancia. Más de una vez estoy emocionado, pensando en deliciosos momentos; sea porque veo otra vez a esa adorable muchacha sentada junto a mi mesa, ocupada en coser, apacible, silenciosa, recogida y débilmente iluminada por la claridad que, descendiendo de mi claraboya, dibujaba tenues reflejos argentados sobre su bella cabellera negra; sea porque vuelvo a oír su joven risa, o su voz de rico timbre cantar las graciosas cantilenas que ella componía sin esfuerzo. A menudo, mi Paulina se exaltaba haciendo música, y su rostro se parecía entonces de una manera sorprendente a la noble cabeza con la que

Cario Dolci ha querido representar a Italia. Mi cruel memoria me lanzaba a esta muchacha a través de los excesos de mi existencia, como un remordimiento, como una imagen de la virtud... Pero dejemos a la pobre criatura entregada a su destino... Por desgraciada que pueda ser, cuando menos la habré puesto a resguardo de una espantosa tormenta, al evitar arrastrarla a mi infierno.

«Hasta el invierno último, mi vida fue la vida tranquila y estudiosa de la cual he intentado darte una débil imagen. En los primeros días del mes de diciembre del 1829 encontré a Rastignac, quien, a pesar del miserable estado de mi ropa, me tendió los brazos y se informó sobre mi suerte con un interés verdaderamente fraternal. Vencido por sus modales, le relaté brevemente mi vida y mis esperanzas; se echó a reír, y me trató de hombre de genio y de necio. Su voz gascona, su experiencia del mundo, la opulencia que debía a su ingenio, obraron sobre mí de manera irresistible; Rastignac me hizo morir en el hospital, ignorado como un imbécil, condujo mi cortejo fúnebre, y me echó a la fosa común. Me habló de charlatanismo. Con ese ágil lenguaje tan fácil para seducir, se refirió a todos los hombres de genio dejándolos como unos charlatanes. Me aseguró que me falta un sentido, que caminaba hacia la muerte si yo seguía solo, en la calle de los Cordeleros. Según él, yo debo ir al mundo, acostumbrar a las gentes a pronunciar mi nombre, y despojarme del humilde *señor* que sienta mal a un gran hombre en vida.

—«Los imbéciles —exclamó— llaman a ese oficio *intrigar*; los llamados moralistas lo proscriben bajo la denominación de *vida disipada*; no nos detengamos en los hombres; interroguemos los resultados. ¿Tú trabajas? Pues bien, nunca llegarás a nada. Yo, que soy útil para todo y bueno para nada, y perezoso como un cangrejo, llegaré, sin embargo, a todo. Yo me reparto, frecuento la sociedad, me empujo, y se me hace sitio; me jacto y se me cree; contraigo deudas, y las pagan... El derroche, querido, es un sistema político. La vida de un hombre ocupado en comerse su fortuna se convierte a menudo en una especulación; sitúa sus capitales en amigos, en placeres, en protectores, en conocimientos. ¿Arriesga un millón un negociante? Pues durante veinte años ni duerme, ni bebe, ni se divierte; incuba su millón, lo hace trotar por toda Europa; se aburre, se da a todos los diablos que el hombre ha inventado, y luego una liquidación, como todos hemos visto, le deja a menudo sin un céntimo, sin un nombre, sin un amigo. El derrochador, por el contrario, se divierte viviendo, yendo de picos pardos a todo galope. Si por casualidad pierde sus capitales, tiene la probabilidad de que le nombren recaudador general, de hacer una buena boda, de ser el agregado de un ministro, de un embajador. Tiene todavía amigos, una reputación y siempre dinero. Conociendo los resortes del mundo, los trastea en provecho suyo. ¿Es lógico ese sistema, o no soy yo sino un loco? ¿No es la moraleja de la comedia que se representa todos los días en el mundo...? Tu obra está acabada —dijo tras una pausa—, tienes un talento inmenso. Pues bien, llegas a mi punto de partida. Es preciso ahora construirte el éxito tú mismo; es lo más seguro. Irás a concertar alianzas con las camarillas, a conquistar pregones. Yo quiero participar a in medias en tu gloria, seré el

joyero que habrá engarzado los diamantes de tu corona... Para comenzar, estarás aquí mañana por la noche. Te presentaré en una casa a la que concurre el todo París, o sea el nuestro, el de los grandes, de los millonarios, de las celebridades, de hombres, en fin, que hablan de oro como Crisóstomo. Cuando esas gentes han adoptado un libro, el libro ya es de moda, y si realmente es bueno, han otorgado sin saberlo una patente de genio. Si tienes talento, mi querido muchachito, harás tú mismo la fortuna de tu *Teoría* comprendiendo mejor la teoría de la fortuna. Mañana por la noche verás a la bella condesa Fedora, la mujer que está de moda.

—No he oído hablar nunca de ella...

—Eres un bárbaro —replicó Rastignac riendo—. ¡Mira que no conocer a Fedora...! Una mujer casadera que tiene cerca de ochenta mil libras de renta, que no quiere a nadie, o a quien nadie quiere. Especie de problema femenino, una parisiense a medias rusa, una rusa a medias parisiense. Una mujer en cuya casa se editan todas las producciones románticas que no aparecen; la mujer más bella de París, la más graciosa. Bah, ni siquiera eres un bárbaro, sino la bestia intermedia que eslabona al bárbaro con el irracional. Adiós, hasta mañana.

«Y haciendo una pirueta desapareció sin esperar mi respuesta, no admitiendo que estando un hombre en sus cabales pudiera rehusar que lo presentasen a Fedora. ¿Cómo explicar la fascinación de un nombre? «Fedora» me persigue como un mal pensamiento con el que se intenta transigir. Una voz me decía: «Irás a casa de Fedora». Por mucho que yo pugnara por debatirme con esa voz y gritarle que mentía, ella aplastaba todos mis razonamientos con ese nombre: Fedora. Pero ese nombre, esa mujer, ¿no eran el símbolo de todos mis deseos y el tema de mi vida? El nombre revelaba las poesías artificiales del mundo, hacía brillar las fiestas del gran París y los oropeles de la vanidad. La mujer se me aparecía con todos los problemas pasionales que me habían trastornado. Acaso no era ni la mujer ni el nombre, sino todos mis vicios que se ponían en pie en mi alma, para tentarme de nuevo. La condesa Fedora, rica y sin amante, resistiendo a las seducciones parisienses, ¿no era la encarnación de mis esperanzas, de mis visiones? Me creé una mujer, la dibujé en mi pensamiento, la soñé. Durante la noche no dormí, me convertí en su amante, agoté en pocas horas una vida entera, una vida de amor, y saboreé sus fecundas y ardientes delicias. A la mañana siguiente, incapaz de soportar el suplicio de la larga espera para la velada, fui a alquilar una novela, y pasé el día leyéndola, consiguiendo así la imposibilidad de pensar ni de medir el tiempo. Durante mi lectura el nombre de Fedora tañía en mí como un son que se oye en la lejanía, que no molesta, pero que se hace escuchar. Por fortuna aún tenía una levita negra y un chaleco blanco bastante decorosos, y, luego, de toda mi fortuna me quedaban unos treinta francos que había esparcido entre mis ropas y los cajones, a fin de poner entre una moneda de cien sueldos y mis fantasías la espinosa barrera de una búsqueda y los azares de una circunnavegación por mi cuarto. En el momento de vestirme, perseguí mi tesoro a través de un océano de papel. La escasez del numerario puede hacerte concebir lo que los guantes y el simón

se llevaron de mis riquezas; se comieron el pan de un mes. ¡Ay, nunca nos falta dinero para nuestros caprichos! No discutimos sino el precio de las cosas útiles o necesarias. Tiramos con displicencia el oro a bailarinas y le regateamos a un obrero cuya hambrienta familia espera el pago de una factura. ¿Cuántos son los que tienen una levita de cien francos, un diamante en el puño de su bastón y cenan por veinticinco sueldos? Parece que no compramos jamás bastante caros los placeres de la vanidad. Rastignac, fiel a la cita, sonrió ante mi metamorfosis y se burló, pero mientras íbamos a casa de la condesa me dio caritativos consejos sobre la manera de conducirme con ella; me la describió avara, vacua y agresiva, pero avara con fasto, vacua con simplicidad, y agresiva con cordialidad.

—Ya conoces mis compromisos —me dijo—, y tú sabes lo que perdería cambiando de amor. Observé a Fedora con la mayor y la más fría atención, y creo que mis impresiones son justas. Pensando en presentarte en su casa, me acordé de tu realidad; así, pues, ten cuidado con lo que le digas, pues tiene una memoria cruel, y es de una habilidad capaz de irritar a un diplomático, hasta tal punto que podría adivinar cuando dice la verdad; entre nosotros, yo creo que su matrimonio no está reconocido por el emperador, pues el embajador de Rusia se echó a reír cuando le hablé de ella. No la recibe, y la saluda muy ambiguamente cuando se cruza con ella en el Bosque. Sin embargo, ella es de la sociedad de madame de Sérizy, y frecuenta la casa de las de Nucingen y de Restaud. En Francia, su reputación está intacta; la duquesa de Carigliano, la más remilgada de toda la camarilla bonapartista, va a menudo a pasar con ella el veraneo en su finca. Muchos jóvenes fatuos, entre ellos el hijo de un par de Francia, le han ofrecido un nombre a cambio de su fortuna, pero ella los ha rechazado cortésmente a todos. Acaso su sensibilidad no comienza sino con el título de conde. ¿No eres tú marqués? ¡Pues adelante, si ella te gusta! A esto es a lo que yo llamo dar instrucciones.

«Esta chanza me hizo creer que Rastignac quería reír y picar mi curiosidad, de forma que mi improvisada pasión había llegado a su paroxismo cuando nos detuvimos ante un peristilo adornado con flores. Al subir una amplia escalinata alfombrada, en la que observé todos los refinamientos del confort inglés, el corazón me latió descompasadamente; enrojecí, desmintiendo mi origen, mis sentimientos y mi orgullo, convirtiéndome en un necio burgués. Pero, ¡ay!, yo salía de una buhardilla, después de tres años de pobreza, sin saber aún poner por encima de las bagatelas de la vida esos tesoros adquiridos, esos capitales intelectuales que en un momento le enriquecen a uno cuando el poder viene a nuestras manos sin aplastarnos, porque el estudio nos ha educado de antemano para las luchas políticas. Vi a una mujer de unos veintidós años, de estatura media, vestida de blanco, rodeada de un grupo de hombres y teniendo en la mano un abanico de plumas de avestruz. Al ver a Rastignac, se levantó, vino a nosotros, sonrió con gracia, me dirigió con voz melodiosa un cumplido, sin duda preparado; nuestro amigo me anunció como hombre de talento, y su tino y su énfasis gascón me procuraron una halagüeña acogida. Fui

objeto de una atención particular que me confundió, pero por suerte mía Rastignac se había referido a mi excesiva modestia. Allí encontré hombres sabios, literatos, antiguos ministros, pares de Francia. La conversación siguió su curso poco después de mi llegada, y yo, comprendiendo que tenía una reputación que debía sostener, me tranquilicé; luego, sin abusar de la palabra cuando me la concedían, traté de resumir los debates con palabras más o menos incisivas, profundas o espirituales. Causé cierta sensación. Por milésima vez en su vida, Rastignac fue profeta. Cuando hubo bastante gente como para que cada cual recobrase su libertad, mi presentador me dio el brazo, y nos paseamos por los salones.

—No demuestres que estás demasiado maravillado por la princesa —me dijo—, pues adivinaría el motivo de tu visita.

«Los salones estaban amueblados con exquisito gusto. Había cuadros selectos. Cada pieza tenía, como en las mansiones de los ingleses más opulentos, su carácter particular, y el tapizado de seda, los adornos, el estilo de los muebles, el menor decorado, todo armonizaba con un pensamiento inicial. En un tocador gótico, de cuyas puertas colgaban unos tapices, el conjunto, con el reloj de péndulo y los dibujos del tapiz, era gótico; el techo, de vigas de color castaño y talladas, tenía un artesonado atractivo y original; los frisos estaban artísticamente trabajados; nada destruía el conjunto de esa magnífica decoración, ni siquiera las ventanas, cuyos vidrios eran policromos y preciosos. Quedé

sorprendido ante el aspecto de un pequeño salón moderno, en el que no sé qué artista había agotado la ciencia de nuestro estilo decorador, tan ligero, tan fresco, tan suave, y sin alardes, sobrio el dorado. Era amoroso y vago como una balada alemana, un verdadero reducto tallado por una pasión del 1827, embalsamado por unas jardineras llenas de flores exóticas. Después de ese salón vi un aposento dorado en el que revivía el gusto del siglo de Luis XIV, el cual, reverso de nuestras actuales tendencias, producía un singular pero agradable contraste.

—Estarás bastante bien alojado —me dijo Rastignac con una sonrisa en la que advertí una ligera ironía—. ¿No es esto verdaderamente seductor? —añadió sentándose.

«De pronto se levantó, me cogió la mano, me llevó al dormitorio y me mostró, bajo un dosel de muselina y de muaré blancos, un voluptuoso lecho suavemente iluminado, el verdadero lecho de una joven hada casada con un genio.

«—¿No hay —exclamó él en voz baja— impudor, insolencia y coquetería exagerada dejándonos contemplar este trono del amor? ¡No darse a nadie, y permitirle a todo el mundo que ponga ahí su tarjeta...! Si yo estuviese libre, quisiera ver a esa mujer sumisa y llorando a mi puerta...

—¿Estás, pues, tan seguro de su virtud?

—Los más audaces de nuestros maestros, y hasta los más hábiles, confiesan haber fracasado con ella, la quieren aún y son sus fieles amigos. ¿No es esa mujer un enigma?

«Estas palabras me produjeron una especie de embriaguez; mis celos temían ya el pasado. Estremecido de contento volví precipitadamente al salón donde había dejado a la condesa, encontrándola en el tocador gótico. Me detuvo con una sonrisa, hizo que me sentara a su lado, me preguntó por mis trabajos, y se interesó vivamente por ellos, sobre todo cuando bromeando le traduje mi sistema, en vez de adoptar el lenguaje de un profesor para desarrollarlo doctrinalmente. Pareció divertirse mucho al saber que la voluntad humana era una fuerza material semejante al vapor, el cual, en el mundo moral, nada resiste a esta potencia cuando un hombre se habitúa a concentrarla, a manejar la suma, a dirigir constantemente sobre las almas la proyección de esa masa fluida; que ese hombre podía modificarlo todo con relación a la humanidad, hasta las leyes absolutas de la naturaleza. Las objeciones de Fedora descubrieron que poseía cierta agudeza de espíritu; me complací en darle la razón durante algunos momentos, para halagarla, y destruí sus razonamientos de mujer con una palabra, atrayendo su atención sobre un hecho cotidiano en la vida, el sueño, hecho vulgar en apariencia, pero en el fondo lleno de problemas insolubles para el sabio, y desperté su curiosidad. La condesa quedó un momento silenciosa cuando le dije que nuestras ideas eran seres organizados, completos, que vivían en un mundo invisible e influían sobre nuestros destinos, citándole como prueba los pensamientos de Descartes, de Diderot, de Napoleón, quienes habían conducido, que conducían aún todo un siglo. Tuve el honor de entretener a esta mujer; me dejó invitándome que fuese a verla; en el lenguaje cortesano me concedió los mejores derechos. Fuese porque yo adoptara, según mi laudable costumbre, fórmulas corteses para la expresión de sentimientos amorosos, o porque Fedora viese en mí alguna próxima celebridad y quisiera aumentar su colección de sabios, creí agradarle. Evoqué todos mis conocimientos fisiológicos y mis estudios anteriores sobre la mujer para examinar minuciosamente durante la velada a esa singular persona y sus maneras; recogíéndome en el alféizar de una ventana, espí sus pensamientos buscándolos en su actitud, estudiando ese quehacer de un ama de casa que va y viene, se sienta y habla, llama a un hombre, le interroga, y se apoya para escucharle en la jamba de la puerta; observé en su andar un movimiento quebrado tan suave, una ondulación tan graciosa del vestido, y excitaba tan poderosamente el deseo, que empecé a poner en duda su virtud. Si Fedora desconocía hoy el amor, en otro tiempo debió de ser muy apasionada, pues sugería una inteligente voluptuosidad hasta en la manera con que se situaba ante su interlocutor; se apoyaba en una mesa con coquetería, como una mujer a punto de caer, pero también a punto de huir si la acosa alguna mirada demasiado vehemente. Con los brazos muellemente cruzados, pareciendo respirar las palabras, hasta escucharlas con la mirada y con benevolencia, exhalaba el sentimiento. Sus labios frescos y rojos resaltaban sobre una piel blanquísima. Su cabello castaño avaloraba el color anaranjado de sus ojos mezclados de vetas como una piedra de Florencia, y cuya expresión parecía añadir penetración a sus palabras. En fin, su busto estaba dotado de las más atractivas gracias. Una rival habría tal vez acusado de dureza sus

pobladas cejas, que parecían unirse, y censurado la imperceptible pelusa que ornaba los contornos de su rostro. Hallé la pasión impresa en todo. El amor estaba escrito en los párpados italianos de esa mujer, en sus bellos hombros dignos de la Venus de Milo, en sus rasgos, en su labio inferior un poco carnoso y ligeramente sombreado. Era más que una mujer; era una novela. Sí, esas riquezas femeninas, el armonioso conjunto de las líneas, las promesas que esa magnífica estructura brindaba a la pasión, estaban moderadas por una reserva constante y una modestia extraordinaria que contrastaban con la expresión de toda ella. Hacía falta una observación tan sagaz como la mía para descubrir en su naturaleza los signos de un voluptuoso destino. Para explicar más claramente mi pensamiento, había en Fedora dos mujeres, separadas quizá por el busto: una era fría, y sólo la cabeza parecía amorosa; antes de posar sus ojos en un hombre, preparaba su mirada, como si pasara no sé qué de misterioso por ella misma; habríase dicho que se producía una convulsión en sus ojos tan brillantes. En fin, o mi ciencia era imperfecta y tenía yo aún muchos secretos por descubrir en el mundo moral, o la condesa poseía una hermosa alma, cuyos sentimientos y emanaciones comunicaban a su fisonomía ese encanto que nos subyuga y nos fascina, ascendiente del todo moral y tanto más poderoso cuanto que concuerda con las simpatías del deseo. Salí encantado, seducido por esa mujer, embriagado por su lujo, sintiendo como si hubiesen arañado todo lo que mi corazón tenía de noble, de vicioso, de bueno y de malo. Sintiéndome tan emocionado, tan vivo, tan exaltado, creí comprender la atracción que impulsaba allí a esos artistas, esos diplomáticos, esos estadistas y esos agiotistas forrados de chapa como sus cajas. Sin duda iban a buscar en ella la delirante emoción que hacía vibrar en mí todas las fuerzas de mi ser, espoleaba mi sangre en la menor vena, excitaba el más pequeño nervio y rebosaba estremecida en mi cerebro. Ella no se había dado a nadie para conservarlos a todos. Una mujer es coqueta mientras no ama.

«—Además —dije a Rastignac—, ella puede haber estado casada o pudo venderse a algún viejo, y ante el recuerdo de sus primeras nupcias le tiene horror al amor.

»Volví a pie desde el barrio de Saint-Honoré, donde vive Fedora. Entre su residencia y la calle de los Cordeleros media casi todo París; el camino me pareció corto, a pesar del frío que hacía. Empezar la conquista de Fedora en invierno, en un crudo invierno, cuando yo no disponía de treinta francos, cuando la distancia que nos separaba era tan grande... Sólo un joven pobre puede saber lo que una pasión cuesta en coches, en guantes, en trajes, en camisas... Si el amor permanece platónico demasiado tiempo, es una ruina. Ciertamente, hay Lauzuns de la Facultad de Derecho a quienes les es imposible acercarse a una pasión alojada en un primer piso. ¿Y cómo podía yo, débil, mezquino, pobremente vestido, pálido y escuálido como un artista convaleciente del parto de una obra, luchar con jóvenes bien peinados, guapos, elegantes, acicalados como para desesperar a toda la Croacia, ricos, con su buen tálburi y arropados de impertinencia?

«—Bah... ¡Fedora o la muerte! —exclamé en voz alta al atravesar un puente—. ¡Fedora es la fortuna!

«El bello tocador gótico y el salón estilo Luis XIV pasaron ante mis ojos; volví a ver a la condesa con su vestido blanco, sus amplias mangas tan graciosas, y su seductor andar y su tentador corpiño. Cuando llegué a mi desnuda y fría buhardilla, tan mal arreglada como la peluca de un naturalista, estaba aún rodeado por las imágenes del lujo de Fedora. Ese contraste era un mal consejero; los delitos deben nacer así. Maldije entonces, tembloroso de rabia, mi decente y honrada miseria, mi buhardilla fecunda donde tantos pensamientos habían brotado. Pedí cuentas a Dios, al diablo, al estado social, a mi padre, al universo entero, de mi destino, de mi desgracia; me acosté hambriento, murmurando entre dientes risibles imprecaciones, pero dispuesto a seducir a Fedora. Ese corazón de mujer era un último billete de lotería encargado de mi fortuna. Te ahorraré mis primeras visitas a Fedora, para llegar rápidamente al drama. A la vez que intentaba dirigirme al alma de esa mujer, trataba de ganarme su mente, de tener su vanidad por mí; con el fin de ser seguramente amado, le ofrecía mil razones para que se amase más a sí misma; nunca la dejaba en un estado de indiferencia; las mujeres quieren emociones a toda costa, y yo se las prodigaba; la habría encolerizado antes que verla indiferente conmigo. Si al principio, impulsado por una voluntad firme y por el deseo de hacerme amar, conseguí cierto ascendiente sobre ella, pronto aumentó mi pasión, no fui ya dueño de mí, caí en lo verdadero, me perdí y sucumbí perdidamente enamorado. Yo no sé bien lo que llamamos, en poesía o en la conversación, «amor», pero el sentimiento que se desarrolló de golpe en mi doble naturaleza no lo he encontrado descrito en parte alguna, ni en las frases retóricas y aliñadas de Rousseau, cuyo alojamiento ocupaba yo acaso; ni en las frías concepciones de nuestros dos siglos literarios; ni en los cuadros de Italia. La vista del lago de Brienne, algunos motivos de Rossini, la *Virgen* de Murillo que posee el mariscal Soult, las cartas de la Lescombat, ciertas frases esparcidas en las recopilaciones de anécdotas, pero sobre todo las plegarias de los místicos y algunos pasajes de nuestras trovas, únicamente me han transportado a las divinas regiones de mi primer amor. Nada en los lenguajes humanos, ninguna traducción hecha con ayuda de colores, de mármoles, de palabras o de sonidos, podría expresar el nervio, la verdad, el fin, la instantaneidad del sentimiento en el alma... ¡Sí, quien dice arte, dice mentira! El amor pasa por transformaciones infinitas antes de mezclarse para siempre a nuestra vida y teñirla para siempre también con su color de llama. El secreto de esta infusión imperceptible escapa al análisis del artista. La verdadera pasión se expresa por gritos, por suspiros, insoportables para un hombre frío. Es preciso amar sinceramente para estar a medias en los rugidos de Lovelace, leyendo *Clarisse Harlowe*. El amor es una cándida fuente, salida de su lecho de berros, de flores, de grava, el cual, arroyo o río, cambia de naturaleza y de aspecto a cada onda, y se lanza a un inconmensurable océano donde los espíritus incompletos ven la monotonía, y las almas grandes se abisman en perpetuas contemplaciones.

¿Cómo osar describir esos tintes transitorios del sentimiento, esas nada que tienen tanto precio, esas palabras cuyo acento agota los tesoros del lenguaje, esas miradas más fecundas que los más hermosos poemas? En cada una de las escenas místicas por las que nos prendamos insensiblemente de una mujer, se abre un abismo que engulle todas las poesías humanas. ¿Cómo podríamos reproducir por glosas las vivas y misteriosas agitaciones del alma cuando nos faltan palabras para pintar los misterios visibles de la belleza? ¡Qué fascinaciones! ¡Cuántas horas no he quedado sumido en un éxtasis inefable ocupado en «verla»! ¿Feliz de qué? No lo sé. En esos momentos, si su rostro estaba inundado de luz, se operaba en él una especie de fenómeno que lo hacía resplandecer; la imperceptible pelusa que dora su fina y delicada piel dibujaba tenuemente los contornos con la gracia que admiramos en las lejanas líneas del horizonte cuando se pierden en el sol. Parecía como si el sol la acariciara uniéndose a ella, o que de su radiante rostro se desprendiera una luminosidad más viva que la propia luz; luego una sombra, pasando sobre el dulce rostro, dejaba en él una especie de color que variaba sus expresiones al cambiar las tonalidades. A menudo un pensamiento parecía cifrarse sobre su marmórea frente; su mirada parecía enrojecer, sus párpados vacilaban, sus facciones ondulaban agitadas por una sonrisa; el coral inteligente de sus labios se animaba, se desplegaba, se replegaba; yo no sé qué reflejo de sus cabellos proyectaba tonalidades pardas sobre sus tersas sienes; a cada accidente, ella había hablado. Cada matiz de belleza daba nuevas fiestas a mis ojos, revelaba gracias desconocidas a mi corazón. Yo quería leer un sentimiento, una esperanza en todas las fases de su rostro. Esos mudos discursos penetraban de alma a alma como un sonido en el eco, y me prodigaban pasajeros goces que me dejaban impresiones profundas. Su voz me causaba un delirio que me costaba un gran esfuerzo reprimir. Imitando no me acuerdo a qué príncipe de Lorena, yo habría podido no sentir un tizón ardiente en la palma de la mano mientras ella pasara por mi pelo sus cosquilleantes dedos. No era ya una admiración, un deseo, sino un hechizo, una fatalidad. A menudo, de regreso a mi alojamiento, veía a Fedora en su casa, y participaba vagamente en su vida; si ella sufría, yo sufría, y le decía el día siguiente:

«—¡Usted ha sufrido!

»¡Cuántas veces no ha venido ella en medio del silencio de la noche, evocada por la potencia de mi éxtasis! Ya repentina como una luz que brota, me quitaba la pluma, rechazaba la ciencia y el estudio, que huían desolados, y me obligaba a admirarla volviendo a adoptar la atractiva postura en que antes la había visto. Ya era yo mismo quien iba a su encuentro en el mundo de las apariciones, y la saludaba como a una esperanza, pidiéndole que me dejase oír su argentina voz; luego me despertaba llorando. Un día, después de haberme prometido que iría conmigo al teatro, rehusó de pronto y caprichosamente a salir, y me rogó que la dejase sola. Desesperado por una contradicción que me costaba un día de trabajo y —¿lo diré?— mi último escudo, fui adonde ella debió estar, queriendo ver la comedia que había deseado. Apenas instalado, sentí como una descarga eléctrica en el corazón. Una voz me dijo: «¡Ella

está ahí!». Me vuelvo y distingo a la condesa en el fondo de su palco de platea oculta en la sombra. Mi mirada no vaciló, mis ojos la encontraron de golpe con lucidez fabulosa, mi alma había volado hacia la vida como un insecto vuela a su flor. ¿Por qué fueron avisados mis sentidos? Hay estremecimientos íntimos que pueden sorprender a las personas superficiales, pero esos efectos de nuestra naturaleza interior son tan simples como los habituales fenómenos de nuestra visión exterior; así, pues, no me quedé asombrado, sino irritado. Mis estudios sobre nuestra potencia moral, tan poco conocida, servían cuando menos para hallar en mi pasión algunas pruebas vivientes de mi sistema. Esta alianza del sabio y del enamorado, de una verdadera idolatría y de un amor científico, tenía yo no sé qué de singular. La ciencia estaba a menudo contenta de lo que desesperaba al amante, y, cuando creía triunfar, el amante arrojaba lejos de sí la ciencia, y con gusto. Fedora me vio y se puso seria; yo le molestaba. En el primer entreacto fui a su palco; estaba sola y me quedé a su lado. Aun cuando nunca hubiésemos hablado de amor, presentí una explicación. Yo no le había contado todavía mi secreto, y, sin embargo, había entre nosotros una especie de espera: ella me confiaba sus proyectos de diversiones, y me preguntaba la víspera, con una especie de amistosa inquietud, si iría yo el día siguiente; me consultaba con una mirada cuando decía una frase espiritual, como si hubiese querido agradarme a mí exclusivamente; si yo le demostraba acritud, ella se convertía en una caricia; si ella se hacía la enfadada, yo tenía en cierto modo el derecho de interrogarla; si yo me reconocía culpable de alguna falta, ella se dejaba suplicar durante un largo rato antes de perdonarme. Estas querellas, a las que les habíamos cogido el gusto, estaban llenas de amor. Ella se divertía con su gracia y su coquetería y yo me creía el hombre más feliz. En ese momento nuestra intimidad se interrumpió totalmente, y quedamos uno ante el otro como dos extraños. La condesa estaba glacial; yo temía una desgracia.

—«Acompáñeme —me dijo cuando acabó la representación.

»El tiempo había cambiado repentinamente. Al salir caía una fina nevada mezclada de lluvia. El coche de Fedora no pudo llegar hasta la puerta del teatro. Viendo a una mujer elegante obligada a travesar el bulevar, un conserje abrió el paraguas para nosotros, y reclamó el precio de su servicio cuando subimos. Yo no tenía nada; habría vendido entonces diez años de mi vida por tener unas monedas. Todo lo que hace al hombre y sus mil vanidades fue aplastado en mí por un infernal dolor. Estas palabras: «No tengo suelto, amigo», las pronuncié con un tono tan duro que pareció proceder de mi pasión contrariada, y dichas por mí, hermano de aquel hombre; yo, que conocía tan bien la desgracia... ¡yo, que en otros tiempos di setecientos mil francos con tanta facilidad...! El criado rechazó al conserje, y los caballos hendieron el aire. Durante el trayecto, Fedora, distraída, o afectando estar preocupada, respondió con desdeñosos monosílabos a mis preguntas. Yo guardé silencio. Fue un momento horrible. Ya en su casa, nos sentamos ante la chimenea. Cuando el ayuda de cámara se retiró después de atizar el fuego, la condesa se volvió hacia mí con gesto indefinible, y me dijo con una especie de solemnidad:

»—Desde mi regreso a Francia, mi fortuna ha tentado a algunos jóvenes; he recibido declaraciones de amor que pudieron satisfacer mi orgullo; he conocido hombres cuyo afecto era tan sincero y profundo que se habrían casado conmigo aun cuando no viesen en mí sino a una muchacha pobre como lo fui antes. En fin, sepa usted señor de Valentín, que nuevas riquezas y títulos nuevos se me han ofrecido; pero sepa también que jamás he vuelto a ver a las personas lo bastante mal inspiradas para haberme hablado de amor. Si mi afecto por usted fuese trivial no le haría una advertencia en la que hay mucha más amistad que orgullo. Una mujer se expone a recibir una especie de afrenta cuando, suponiéndose amada, se rehusa de antemano un sentimiento siempre halagüeño. Conozco las escenas de Arsinoé y de Araminta, por lo que estoy familiarizada con las respuestas que puedo escuchar en parecidas circunstancias, pero fío en que hoy no habrá de juzgarme mal un hombre superior por haberle mostrado francamente mi alma.

»Ella se expresaba con la sangre fría de un abogado o de un notario, explicando a sus clientes los medios de un proceso o los artículos de un contrato. El timbre claro y seductor de su voz no revelaba la menor emoción; únicamente su rostro y su actitud, siempre nobles y honestos, me parecieron de una frialdad, de una sequedad diplomáticas. Sin duda había meditado sus palabras y trazado el programa de esa escena. ¡Oh, querido amigo...! Cuando ciertas mujeres hallan placer desgarrándonos el corazón; cuando se han prometido clavar un puñal y revolverlo en la herida, esas mujeres son adorables, es que aman o quieren ser amadas. Un día nos recompensarán de nuestros dolores, como, según se dice, Dios ha de premiarnos nuestras buenas obras; ellas nos devolverán en placer el céntuplo del mal cuya violencia aprecian. ¿No está su maldad llena de pasión? Pero ser torturado por una mujer que nos mata con indiferencia, ¿no es un suplicio atroz? En ese momento Fedora andaba, sin saberlo, encima de mis esperanzas, las hollaba, destrozaba mi vida y destruía mi futuro con la fría indiferencia y la inocente crueldad de un niño que, por curiosidad, arranca las alas a una mariposa.

»Más tarde —añadió Fedora— reconocerá usted, yo lo espero, la solidez del afecto que ofrezco a mis amigos. Para ellos, me encontrará siempre buena y leal. Sabría darles mi vida, pero usted me despreciaría si me sometiera a su amor sin compartirlo. Me detengo. Usted es el único hombre a quien he dicho estas últimas palabras.

»En ese instante me faltó el habla, y con un esfuerzo sobrehumano dominé el huracán que me atormentaba; pero pronto conseguí reducir mis sensaciones en el fondo de mi alma, y sonreí.

»—Si le digo que la quiero —respondí—, usted me procribirá; si me acuso de indiferencia, usted me castigará. Los sacerdotes, los magistrados y las mujeres no se quitan nunca toda su ropa. El silencio no prejuzga nada; permítame, pues, señora, que me calle. Para dirigirme advertencias tan fraternales es forzoso que antes haya temido perderme, y este pensamiento podría satisfacer mi orgullo. Pero dejemos la

personalidad lejos de nosotros. Usted es acaso la única mujer con la que yo puedo discutir en filósofo una resolución tan contraria a las leyes de la naturaleza. En relación con los demás seres de su especie, usted es un fenómeno. Pues bien, busquemos juntos, de buena fe, la causa de esta anomalía psicológica. ¿Hay en usted, como en muchas mujeres orgullosas de sí mismas, enamoradas de sus perfecciones, un sentimiento de egoísmo refinado que la impulse a acoger con horror la idea de pertenecer a un hombre, de renunciar a su voluntad sometiéndose a una superioridad convencional que la ofende? En ese caso, me parecería mil veces más bella. ¿La ha maltratado la primera vez el amor? ¿Acaso el precio que debe conceder a la elegancia de su figura y a su delicioso busto le hace temer los estragos de la maternidad? ¿No sería esta una de sus mejores razones secretas para no admitir el ser demasiado bien amada? ¿Tiene usted imperfecciones que la obliguen a ser virtuosa a pesar suyo? No se enoje. Discuto, estudio, estoy a mil leguas de la pasión. La naturaleza, que hace ciegos de nacimiento, puede asimismo crear mujeres sordas, mudas y ciegas en amor. Verdaderamente es usted un sujeto precioso para la observación médica. Usted no sabe todo lo que usted vale. Puede sentir una repugnancia muy legítima por los hombres; se lo apruebo, pues a mí todos me parecen deformes y odiosos. Pero usted tiene razón —añadí, sintiendo henchírseme el corazón—; debe despreciarnos; no hay un hombre que sea digno de usted.

»No te diré todos los sarcasmos que le solté sonriendo. Pues bien, ni la palabra más acerada, ni la más aguda ironía le arrancaron un movimiento o un gesto de despecho. Me escuchó conservando en los labios y en los ojos su habitual sonrisa, esa sonrisa que ella adoptaba como un vestido, y siempre la misma para sus amigos, para sus simples conocidos, para los extraños.

»—¿No soy demasiado buena dejándome poner así en un anfiteatro? —me dijo ella aprovechando un momento en que la miraba yo en silencio—. Ya lo ve usted —continuó riendo—, no tengo estúpidas susceptibilidades para la amistad. Muchas mujeres castigarían su impertinencia cerrándole para siempre la puerta.

—Puede proscribirme de su casa sin tener que dar cuenta de su severidad.

»Mas al decir esto, me sentía yo dispuesto a matarla si ella me hubiese despedido.

—Usted está loco —exclamó sonriendo.

»—¿Ha pensado alguna vez —proseguí— en los efectos de un violento amor? Un hombre desesperado ha asesinado a menudo a su amante.

»—Más vale estar muerta que ser desgraciada —respondió ella con frialdad—. Un hombre tan apasionado debe abandonar un día a su mujer y dejarla en la estacada después de habersele comido su fortuna.

»Este cálculo aritmético me desconcertó. Vi claramente un abismo entre esa mujer y yo. Jamás podríamos comprendernos.

»—Adiós —le dije fríamente.

»—Adiós —replicó ella, inclinando la cabeza con amistosa expresión—. Hasta mañana.

»La miré durante un momento, clavándole el dardo del amor al que yo renunciaba. Ella estaba en pie, y me dirigía su trivial sonrisa, la detestable sonrisa de una estatua de mármol, pareciendo expresar el amor, pero fría. De sobra podrás suponer, querido, todos los dolores que me asaltaron al volver a mi alojamiento bajo la lluvia y la nieve, caminando sobre el hielo de los malecones durante una hora, habiéndolo perdido todo... ¡Oh...!, saber que ella no sospechaba siquiera mi miseria y me creía, como ella, rico y acomodado en mi coche... ¡Cuántas ruinas y decepciones! No se trataba ya de dinero, sino de todas las fortunas de mi alma. Iba al azar, discutiendo conmigo mismo lo hablado en aquella extraña conversación; y me extravié hasta tal punto en mis comentarios, que acabé por dudar del valor nominal de las palabras y de las ideas. Y yo seguía amando, amaba a esa mujer fría que quería que la conquistasen el corazón a cada momento, y que, borrando siempre las promesas de la víspera, se presentaba al día siguiente como una nueva amante. Al dar la vuelta a las verjas de la Academia, me atacó un movimiento febril. Recordé entonces que estaba en ayunas. No tenía ni un céntimo. Para colmo de desgracias, la lluvia me deformaba el sombrero. ¿Cómo podría, pues, seguir abordando a una mujer elegante y entrar en un salón sin un sombrero presentable? Gracias a los mayores cuidados, y maldiciendo la estúpida moda que nos condena a enseñar el forro del sombrero teniéndolo constantemente en la mano, había hasta entonces conservado el mío en un estado dudoso. Sin ser singularmente nuevo o secamente viejo, podía pasar por el de un hombre cuidadoso; pero su existencia artificial llegaba a su último período; ya estaba lustroso, deformado, acabado, convertido en un auténtico pingajo, digno representante de su dueño. Sin ni siquiera unos ochavos, yo perdía mi barata e ingeniosa elegancia. ¡Ah, cuántos ignorados sacrificios no había yo hecho a Fedora durante tres meses! Muchas veces sacrifiqué el dinero del pan de una semana para ir a verla un momento. Abandonar mis trabajos y ayunar no era nada, pero atravesar las calles de París sin dejarse salpicar por el lodo, correr para evitar la lluvia, llegar a su casa tan presentable como los fatuos que la rodeaban...; para un poeta enamorado y distraído, esto tenía innúmeras dificultades. Mi felicidad y mi amor dependían de una mota de barro en mi único chaleco blanco... Renunciar a verla si me ensuciaba, si me mojaba... No disponer de cinco sueldos para que un limpiabotas me lustrase los zapatos... Mi pasión había aumentado con todos esos pequeños suplicios desconocidos, inmensos en un hombre irritable. Los desgraciados tienen abnegaciones de las cuales no pueden hablar a las mujeres que viven en una esfera de lujo y de elegancia; ellas ven el mundo a través de un prisma que tiñe de oro los hombres y las cosas. Optimistas por egoísmo, crueles por buen tono, en nombre de sus goces esas mujeres se abstienen de reflexionar y se absuelven de su indiferencia ante la desgracia por el ejercicio del placer. Para ellas, un denario no es jamás un millón; el millón les parece un denario. Si el amor debe abogar su causa por grandes sacrificios, ha de cubrirlos también delicadamente con un velo, hundirlos en el silencio; pero prodigando su fortuna y su vida, sacrificándose, los hombres ricos se

aprovechan de los prejuicios mundanos que dan siempre cierto lustre a sus amorosas locuras; para ellos, el silencio habla y el velo es una gracia, mientras que mi espantosa estrechez me condenaba a espantosos sufrimientos, sin que me estuviera permitido decir: «¡Amigo!» o «¡Muero!» ¿Era un sacrificio, después de todo? ¿No estaba yo magníficamente recompensado con el placer que me producía inmolarlo todo por ella? La condesa había dado extremados valores y agregado excesivos goces a los accidentes más vulgares de mi vida. Antes despreocupado en cuestiones de vestir, ahora respetaba a mi frac como a mí mismo. Entre una herida que recibir y un arañazo suyo, yo no habría dudado... Debes, pues, ponerte en mi situación y comprender las explosiones iracundas del pensamiento, el creciente frenesí que me agitaba mientras andaba, y que acaso el camino agudizaban más. Sentía no sé qué alegría infernal viéndome en el ápice de la desgracia. Quería ver un presagio benigno en esta última crisis, pero el mal tiene tesoros sin fondo. La puerta de mi vivienda estaba entreabierta. A través de los recortes en forma de corazón hechos en el postigo, advertí una luz proyectada hacia la calle. Paulina y su madre hablaban esperándome. Oí pronunciar mi nombre y escuché.

»—¡Rafael! —decía Paulina— es mucho mejor que el estudiante del número siete. Qué bonito color tiene su rubio cabello. ¿No encuentra algo en su voz, yo no sé qué, pero algo que conturba el corazón? Y luego, aunque parezca un poco orgulloso, es tan bueno, tiene unos modales tan distinguidos... Verdaderamente está muy bien. Estoy segura de que todas las mujeres deben de estar locas por él.

»—Hablas como si le quisieras —comentó la señora Gaudin.

—¡Oh...! Le quiero como a un hermano —respondió ella riendo—. Qué ingrata sería si no le tuviera cariño. ¿No me ha enseñado música, dibujo, gramática, y todo lo que sé? Tú no te fijas mucho en mis progresos, querida madre; pero voy instruyéndome tanto que no tardaré mucho tiempo en poder dar lecciones, y entonces quizá ganemos para pagar a una criada.

»Me aparté sin que me oyesen, y luego, haciendo un poco de ruido, entré en la sala para coger mi lámpara, que Paulina quiso encender. La pobre muchachita acababa de derramar un bálsamo delicioso en mis llagas. El cándido elogio que me dedicó devolviéme algo de mi valor. Yo tenía necesidad de creer en mí mismo y de recoger un juicio imparcial sobre el verdadero valor de mis dotes. Mis esperanzas, así reanimadas, se reflejaron acaso sobre las cosas que veía. Tal vez tampoco había yo examinado seriamente la escena a menudo ofrecida a mis miradas por esas dos mujeres en medio de la sala, pero entonces admiraba en su realidad el más delicioso cuadro de esa modesta naturaleza, tan candorosamente reproducida por los pintores flamencos. La madre, sentada en un rincón del hogar medio apagado, hacía calceta, y vagaba por sus labios una benigna sonrisa. Paulina corregía el color de unos abanicos; los colores y los pinceles puestos sobre una mesita saltaban a la vista con alegres efectos; pero habiéndose levantado para encender mi lámpara, su blanco rostro recibía toda la luz; había que estar subyugado por una muy terrible pasión para

no admirar sus manos transparentes y rosadas, la hermosura de su cabeza y su virginal actitud. La noche y el silencio daban el mayor encanto a la laboriosa velada, a ese apacible interior. Estos trabajos continuos y alegremente soportados atestiguaban una resignación religiosa enriquecida por elevados sentimientos. Había allí una indefinible armonía entre los objetos y las personas. En el hogar de Fedora el lujo era seco, despertaba en mí malos pensamientos, mientras que esta humilde pobreza y este buen natural me refrescaban el alma. Acaso me sentía humillado en presencia del lujo, pero al lado de estas dos mujeres, en medio de esta sala gris, donde la vida simplificada parecía refugiarse en las emociones del corazón, tal vez me reconciliaba conmigo mismo al poder brindar la protección que el hombre tanto desea ofrecer. Cuando estuve al lado de Paulina, ella me envolvió en una mirada casi maternal, y poniendo la lámpara sobre la mesa con manos temblorosas, exclamó:

»—¡Santo Dios, qué pálido está usted...! ¡Pero si viene calado hasta los huesos! Mi madre va a secarle... Señor Rafael —prosiguió tras una ligera pausa—, a usted le gusta mucho la leche; esta noche hemos tenido nata... Vea, ¿quiere probarla?

»Saltó como una gatita a un cuenco de porcelana lleno de leche, y me lo presentó tan de sopetón, poniéndomelo debajo de la nariz de una manera tan gentil que vacilé.

»—¿Me lo desprecia? —dijo con voz alterada.

»Nuestros dos orgullos se comprendían. Paulina parecía sufrir su pobreza y reprocharme mi altivez. Me enterneció. Aquella leche era acaso su almuerzo del día siguiente. Sin embargo, acepté. La pobre muchacha intentó ocultar su alegría, pero le chispeaba en los ojos.

»—La necesitaba —dije sentándome—. (Una expresión de inquietud se dibujó en su frente) ¿Se acuerda, Paulina, de ese pasaje donde Bossuet describe a Dios recompensando un vaso de agua más magníficamente que una victoria?

»—Sí —respondió ella.

»Y su pecho palpitaba como el de una pequeña curruca en manos de un niño.

»—Pues bien, como pronto nos separaremos —añadí con voz insegura—, déjeme testimoniarle mi agradecimiento por todas las atenciones que usted y su madre han tenido para conmigo.

»—Oh, no echemos cuentas —respondió ella riendo.

»Su risa ocultaba una emoción que me hizo daño.

»—Mi piano —proseguí, como si no hubiese oído sus palabras— es uno de los mejores instrumentos de Erard; acéptelo. Tómelo sin ningún escrúpulo, pues verdaderamente no podría llevarlo para el viaje que pienso emprender.

»Advertidas sin duda por el acento de melancolía con que pronuncié estas palabras, las dos mujeres parecieron haberme comprendido, y me miraron con una curiosidad mezclada de temor. El afecto que yo buscaba en medio de las frías regiones del gran mundo estaba, pues, allí, auténtico, sin boato, pero efusivo y quizá duradero.

»—No hay que preocuparse tanto —dijo la madre—. Quédese aquí. Mi marido

está en camino a estas horas —prosiguió—. Esta tarde he leído el Evangelio de San Juan mientras Paulina tenía suspendida de los dedos nuestra llave atada a una Biblia; y la llave ha girado. Este presagio anuncia que Gaudin se encuentra bien de salud y que prospera. Paulina ha repetido para usted y para el joven del número siete, pero la llave no ha girado más que para usted. Todos seremos ricos. Gaudin volverá millonario; le he visto en sueños en un navio lleno de serpientes; por fortuna, el agua estaba revuelta, lo que significa oro y piedras preciosas de ultramar.

»Estas palabras afectuosas y tontas, semejantes al canturreo con que una madre adormece los dolores de su hijito, me devolvieron una especie de calma. El acento y la mirada de la buena mujer exhalaba esa dulce cordialidad que no borra el pesar pero que lo apacigua, que lo mece y lo atenúa. Más perspicaz que su madre, Paulina me observaba con inquietud, y su inteligente mirada parecía que adivinase mi vida y mi futuro. Agradecí con una inclinación de cabeza a la madre y a la hija, y luego me fui, temiendo mi emoción. Ya solo en el dormitorio, me acosté en mi desgracia. Mi fatal imaginación me trazó mil proyectos sin base y me dictó resoluciones imposibles. Cuando un hombre se arrastra entre los escombros de su fortuna, aún encuentra algunos recursos; pero yo estaba en la nada. ¡Ah, querido, acusamos con demasiada facilidad a la miseria! Seamos indulgentes para los efectos del más activo de todos los disolventes sociales. Allá donde reina la miseria, no hay ya ni pudor, ni crímenes, ni virtudes, ni espíritu. Yo estaba entonces sin ideas, sin fuerza, como una muchacha caída de rodillas ante un tigre. Un hombre sin pasión y sin dinero sigue siendo dueño de sí mismo, pero un desgraciado que ama no se pertenece ya y ni siquiera puede matarse. El amor nos da una especie de religión para nosotros mismos; respetamos en nosotros otra vida, y se convierte entonces en la más horrible de las desgracias, una desgracia con esperanza, una esperanza que tortura. Me dormí con el propósito de ir al día siguiente a confiar a Rastignac la singular determinación de Fedora.

»—¡Vaya, vaya! —me dijo Rastignac al verme en su casa y a las nueve de la mañana—; sé lo que te trae; te habrá despedido Fedora. Algunas buenas almas, celosas de tu imperio sobre la condesa, anunciaron vuestra boda. Dios sabe las locuras que tus rivales te han endosado, y las calumnias de que has sido objeto.

»—¡Todo se explica! —exclamé.

»Recordé todas mis impertinencias, y encontré sublime a la condesa. A mis ojos, yo no era más que un infame que no había aún sufrido bastante, ya no vi en su indulgencia más que la paciente caridad del amor.

»—No corramos tanto —replicó el prudente gascón—. Fedora posee la penetración natural de las mujeres profundamente egoístas, y quizá te habrá juzgado en el momento en que todavía sólo veías en ella su fortuna y su lujo; a pesar de tu habilidad, ella habrá leído en tu alma. Es lo bastante disimulada para que ningún disimulo no tenga gracia para ella. Creo —añadió— haberte puesto en mal camino. A pesar de la agudeza de su espíritu y de sus modales, esa mujer me parece imperiosa, como todas las que no sienten el placer más que cerebralmente. Para ella, la felicidad

radica por entero en el bienestar de la vida, en los goces sociales; en ella, el sentimiento es un papel; te haría desgraciado, y te convertiría en su primer sirviente...

»Rastignac hablaba a un sordo. Le interrumpí, exponiéndole con aparente alegría mi situación financiera.

—»Anoche —me respondió— una mala racha se me llevó todo el dinero dé que podía disponer. Sin ese vulgar infortunio, de buen grado habría repartido mi bolsa contigo. Pero vámonos a comer, pues quizá las ostras nos den un buen consejo.

»Se vistió, mandó enganchar su tilburí, y, luego, como si fuésemos dos millonarios, llegamos al *Café de París* con la impertinencia de esos audaces especuladores que viven de capitales imaginarios. Ese diablo de gascón me confundía con su desenvoltura y su imperturbable aplomo. En el momento en que tomábamos el café, después de una refinada y muy bien elegida comida, Rastignac, que distribuía saludos con la cabeza a muchos jóvenes igualmente recomendables por su agradable aspecto y por la elegancia de su atuendo, me dijo al ver entrar a uno de esos galancetes:

»—Ahí está tu asunto.

»Y dirigió un saludo a un caballero muy bien vestido, quien parecía buscar una mesa de su gusto, como pidiéndole que se acercase.

»—Ese tipo —me dijo Rastignac al oído— está condecorado por haber publicado obras de las que no entiende ni jota; es químico, historiador, novelista, publicista; tiene poca, cierta o mucha parte en no sé cuántas obras de teatro, y es tan ignorante como la mula de don Miguel. No es un hombre, es un nombre, una etiqueta familiar al público. Así se guardaría bien de entrar en esos gabinetes sobre los cuales hay esta inscripción: *Aquí puede escribir uno mismo*. Es tan sagaz como para manejar a un congreso. En una palabra, es un mestizo en moral, ni del todo íntegro ni completamente bribón. Pero chitón, se ha batido en duelo, y como el mundo no pide otra cosa, dice de él: «Es un hombre honorable».

»—Hola mi excelente amigo, mi honorable amigo, ¿cómo se encuentra Vuesta Inteligencia? —le dijo Rastignac cuando el desconocido se sentó en la mesa vecina.

»—Pues ni bien ni mal... Estoy abrumado de trabajo. Tengo en mi poder todos los materiales necesarios para redactar unas memorias históricas muy curiosas, y no sé a quién atribuir las. Eso me atormenta porque hay que darse prisa, pues las memorias van a pasar de moda.

»—¿Son memorias contemporáneas, antiguas, sobre la corte...? ¿sobre qué?

»—Sobre el asunto del Collar.

»—¿No es eso un milagro? —me dijo Rastignac riendo. Y luego, volviéndose al especulador:

»El señor de Valentín —prosiguió señalándome— es uno de mis amigos, a quien le presento como una de nuestras futuras celebridades literarias. En otros tiempos tuvo a una tía marquesa muy metida en la corte, y desde hace dos años trabaja en una

historia realista de la Revolución.

»Y acto seguido, inclinándose al oído del singular negociante, le dijo:

»—Es un hombre de talento, pero un bobalicón que puede escribir sus memorias, con el nombre de su tía, por cien escudos el volumen.

»—Las condiciones me convienen —respondió el otro, estirándose la corbata—. Eh, camarero, mis ostras.

»—De acuerdo, pero usted me abonará veinticinco luises por la comisión y le pagará un volumen anticipado— apuntó Rastignac.

»—No, no. No adelantaré más que cincuenta escudos, para estar seguro de tener pronto mi manuscrito.

»Rastignac me repitió esta conversación mercantil en voz baja, y luego, sin consultarme, respondió al interesado:

»—Bien, trato hecho. ¿Cuándo podemos ir a verle para rematar este asunto?

»—Pueden venir a cenar aquí mismo, mañana a las siete.

»Nos levantamos. Rastignac dio una propina al camarero, se metió la nota en el bolsillo y salimos. Yo estaba estupefacto ante la ligereza y la despreocupación con que él había vendido a mi respetable tía, la marquesa de Montbauron.

»—Prefiero embarcarme para el Brasil y enseñar allí a los indios álgebra, de lo que no sé ni media palabra, antes que enlodar el nombre de mi familia —exclamé.

»Rastignac me interrumpió con una carcajada.

»—¡Cuidado que eres idiota! Coge de momento los cincuenta escudos y escribe las memorias. Cuando las hayas terminado te negarás a ponerles el nombre de tu tía, imbécil. La señora de Montbauron, sus miriñaques, su consideración, su belleza, sus afeites, sus mulas, valen mucho más de seiscientos francos. Si el librero no quiere pagar entonces a tu tía lo que vale, ya encontrará a algún viejo caballero de industria o a yo no sé qué cenagosa condesa para firmar las memorias.

»—¿Por qué habré salido de mi virtuosa buhardilla? —exclamé—. El mundo tiene reversos indecentemente innobles.

»—Bueno —respondió Rastignac—, eso es poesía, y ahora se trata de negocios. Eres un chiquillo. Escucha: en cuanto a las memorias, el público las juzgará; en lo que respecta a mi proxeneta literario, ¿no ha gastado ocho años de su vida y pagado sus relaciones libreras con crueles experiencias? Y compartiendo desigualmente con él el trabajo del libro, ¿no es también la más saneada tu parte de dinero? Veinticinco luises son una suma mucho mayor para ti que mil francos para él. Bah, tú puedes escribir memorias históricas, obras de arte si jamás las hubo, cuando Diderot escribió seis sermones por cien escudos.

»—En fin —le dije conmovido—, para mí es una necesidad; así que, mi buen amigo, te debo mi agradecimiento. Veinticinco luises me harán rico...

»—Y más rico de lo que piensas —replicó riendo—. Si Finot me da una comisión en el negocio, ¿no adivinas que será para ti? Vamos ahora al Bosque de Bolonia —añadió—. Allá veremos a la condesa, y te enseñaré la linda viudita con quien he de

casarme, una mujer encantadora, una alsaciana un poco metida en carnes. Lee a Kant, a Schiller, a Jean-Paul, y muchos libros hidráulicos. Tiene la manía de pedirme siempre mi opinión; debo de tener aspecto de comprender esa sensiblería alemana, de conocer un montón de baladas, drogas todas ellas que me están prohibidas por el médico. No la he podido desacostumbrar aún de su entusiasmo literario, llora a chaparrones con la lectura de Goethe, y me veo obligado a llorar también un poco por complacencia, pues tiene cincuenta mil libras de renta, querido, y el más lindo pie y la más linda manecita de la tierra... ¡Ah, si ella no dijese *ánkel mío* en vez de ángel mío, y *pelag* por pelear, sería una mujer perfecta!

»Vimos a la condesa, brillante en un no menos brillante carruaje. La coqueta nos saludó muy afectuosamente, dirigiéndome una sonrisa que entonces me pareció divina y llena de amor. Qué feliz era yo; me creía querido, tenía dinero y tesoros de pasión; no más miseria. Ligero, alegre, contento por todo, encontré encantadora a la amante de mi amigo. Los árboles, el aire, el cielo, toda la naturaleza parecía repetirme la sonrisa de Fedora. Volviendo de los Campos Elíseos, fuimos al sombrerero y al sastre de Rastignac. El asunto del Collar me permitió abandonar mi miserable pie de paz para pasar a un formidable pie de guerra. En adelante podría luchar sin temor en cuanto a gracia y elegancia con los jóvenes que remolineaban en tomo a Fedora. Regresé después a mi alojamiento y me encerré permaneciendo tranquilo en apariencia, junto a la claraboya, pero diciendo adioses eternos a mis techos, viviendo en el futuro, dramatizando mi vida, dando por descontados el amor y sus goces. ¡Ah, qué atormentada puede ser una existencia entre las cuatro paredes de una buhardilla! El alma humana es un hada, metamorfosea la paja en diamantes; bajo su varita surgen palacios encantados como las flores de los campos bajo la llama del sol... El día siguiente, hacia el mediodía, Paulina llamó suavemente a mi puerta y me trajo, ¿adivinas qué?, una carta de Fedora. La condesa me rogaba que fuese a recogerla al Luxemburgo para ir los dos a ver el Museo y el Jardín Botánico.

»—El conserje espera la respuesta —me dijo ella después de un momento de silencio.

»Garrapateé rápidamente unas letras de agradecimiento que Paulina llevó. Me vestí. En el momento en que, muy contento, acababa de vestirme, mi escalofrío glacial me sobrecogió ante este pensamiento: »¿Fedora habrá venido en coche o a pie? ¿Lloverá o hará buen, tiempo? Además, que vaya a pie o en coche, ¿se está seguro jamás del voluble espíritu de una mujer? Estará sin dinero, y querrá dar cien sueldos a un pequeño saboyano porque viste unos bonitos harapos».

»Yo estaba sin un miserable ochavo, y no podía tener dinero hasta la noche. !Oh, qué cara paga un poeta, en estas crisis de nuestra juventud, la potencia intelectual de que está dotado por el régimen y por el trabajo! En un instante, mil pensamientos vivos y dolorosos me punzaron como otros tantos dardos. Miré al cielo a través de la claraboya; el tiempo estaba muy inseguro. En caso de desgracia, yo podía tomar un coche para todo el día, pero, ¿no temblaría también en todo momento, en medio de

mi dicha, ante la perspectiva de no encontrar a Finot por la noche? No me sentí lo bastante fuerte como para soportar tantos temores en mi alegría. A pesar de la certidumbre de no encontrar nada, emprendí una minuciosa exploración a través de mi cuarto, buscando escudos imaginarios incluso en las profundidades de mi camastro; lo hurgué todo, y hasta sacudí unos viejos zapatos. Con una nerviosa fiebre miraba los muebles con ojos extraviados después de revolverlos. ¿Comprenderás, pues, el delirio que me acosó cuando al abrir por séptima vez el cajón de mi escritorio, que registraba con esa especie de indolencia en que nos sume la desesperación, advertí, pegada contra una plancha lateral, solapadamente escondida, pero limpia, brillante, reluciente como una estrella al despuntar, una bella y noble moneda de cien sueldos? No pidiéndole cuentas ni de su silencio ni de la crueldad de que era culpable manteniéndose tan oculta, la besé como a un fiel amigo en la desgracia, y la saludé con un grito que tuvo eco. Me volví bruscamente, y vi a Paulina, pálida.

»—He creído —dijo con voz conmovida— que se había hecho daño. El conserje... (Se interrumpió como si se sofocara.) Mi madre le ha pagado —añadió.

»Y se fue, infantil y alocada como un capricho. ¡Pobre pequeña! Le deseé mi felicidad. En ese momento me parecía tener en el alma todo el placer de la tierra, y habría querido restituir a los desgraciados la parte que creía robarles. Casi siempre tenemos razón en nuestros presentimientos adversos. La condesa había despedido su coche. Por uno de esos antojos que las mujeres bellas no se explican siempre a sí mismas, ella quería ir al Jardín Botánico siguiendo los bulevares y andando.

»—Pero va a llover... —objeté.

»Disfruté contradiciéndome. Por casualidad, fue bueno todo el tiempo que empleamos en atravesar el Luxemburgo. Al salir, un nubarrón cuya marcha me inquietaba soltó unas gotas de agua, por lo que subimos a un simón. Cuando llegamos a los bulevares, cesó la lluvia y el cielo se despejó: Al llegar al Museo, quise despedir al coche, pero Fedora me pidió lo retuviese. ¡Qué de torturas! Pero hablar con ella conteniendo un secreto delirio que sin duda se reflejaba en mi rostro por alguna sonrisa torpe y fija, vagar por el Jardín Botánico, recorrer las avenidas silvestres y sentir su brazo apoyado en el mío...; en todo esto había no sé qué de fantástico; era un sueño en pleno día. Sin embargo, sus movimientos, cuando andábamos o cuando nos deteníamos, no tenían nada de dulce ni de amoroso, a pesar de su aparente deleite. Cuando intentaba asociarme en algún modo a la acción de su vida, encontraba en ella una íntima y secreta vivacidad, y un no sé qué de entrecortado, de excéntrico. Los mujeres sin alma no tienen nada de delicado en sus gestos. Así, no estábamos unidos ni por una misma voluntad ni por un mismo paso. No hay palabras para traducir ese desacuerdo material en dos seres, pues aún no estábamos acostumbrados a reconocer un pensamiento en el movimiento. Ese fenómeno de nuestra naturaleza se siente instintivamente; no se expresa.

»Durante esos violentos paroxismos de mi pasión, prosiguió Rafael tras un

momento de silencio y como si respondiese a una objeción que se hubiese dirigido a sí mismo, no he disecado mis sensaciones, analizado mis placeres, ni computado los latidos de mi corazón, como un avaro examina y pesa sus monedas de oro. ¡Ah no! La experiencia arroja hoy su triste luz sobre los acontecimientos pasados, y el recuerdo me trae esas imágenes, como en el buen tiempo las olas del mar llevan a la playa brizna a brizna los despojos de un naufragio.

»—Usted me puede hacer un servicio muy importante —me dijo la condesa, mirándome con aire confuso—. Después de confiarle mi antipatía por el amor, me siento más libre reclamándole una gestión en nombre de la amistad. ¿No tendrá —prosiguió riendo— mucho más mérito en servirme hoy?

»La miré con dolor. No observando nada a mi lado, sólo la vi melosa, pero no afectuosa; me parecía que interpretaba un papel de consumada actriz; luego, su acento, una mirada, una palabra, revivían mis esperanzas; pero si mi amor reanimado se reflejaba entonces en mis ojos, ella lo resistía sin que la claridad de los suyos se alterase, pues parecían estar, como los de los tigres, protegidos por una lámina de metal. En esos momentos la detestaba.

»—La protección del duque de Navarreins —dijo ella, prosiguiendo con mimosas inflexiones de voz— me sería muy útil ante una persona poderosa en Rusia y cuya intervención es necesaria para que se me haga justicia en un asunto que concierne a mi fortuna y a la vez a mi estado en el mundo: el reconocimiento de mi casamiento por el emperador. ¿No es usted primo del duque de Navarreins? Una carta de él lo decidiría todo.

»—Le pertenezco —respondí—. Ordéneme usted.

»—Es usted muy amable —dijo estrechándome la mano—. Venga a cenar conmigo; se lo diré todo, como a un confesor.

»Esa mujer tan recelosa, tan discreta, y a la cual nadie había oído una palabra sobre sus intereses, iba, pues, a consultarme.

»—¡Oh, como adoro ahora el silencio que me ha impuesto! —exclamé—. Pero yo habría deseado alguna prueba más dura aún.

»En ese momento ella acogió la embriaguez de mis miradas y no rechazó mi admiración... Entonces, ella me quería. Llegamos a su casa. Afortunadamente pude pagar al cochero. Pasé un día delicioso, solo con ella, en su casa; era la primera vez que la podía ver así. Hasta entonces, la sociedad, con una incómoda cortesía y sus fríos modales, nos había separado siempre, incluso durante sus suntuosas cenas; pero ahora yo estaba en su casa como si viviese bajo su techo, como si la disfrutase, por así decirlo. Mi incansable imaginación rompía las trabas, disponía los acontecimientos de la vida a mi capricho, y me sumía en las delicias de un amor feliz. Creyéndome su marido, la admiraba ocupada en pequeños detalles; experimentaba hasta dicha en verla quitarse su chal y su sombrero. Me dejó solo unos instantes, y volvió con el pelo arreglado, encantadora. ¡Su lindo peinado se había hecho para mí! Durante la cena, me prodigó sus atenciones y desplegó infinitas gracias en mil cosas

que parecen naderías y que, sin embargo, constituyen la mitad de la vida. Y cuando estuvimos instalados ante un crepitante fuego, sentados sobre almohadones, rodeados de las más envidiables creaciones de un lujo oriental; cuando vi tan cerca de mí a esa mujer cuya célebre belleza hacía palpitar tantos corazones, a esa mujer tan difícil de conquistar, hablándome, haciéndome el objeto de sus coqueterías, mi voluptuosa felicidad se convirtió casi en sufrimiento. Para mi desdicha, me acordé del importante asunto que debía concluir, y quise ir a la cita que me había dado la víspera.

»—¿Qué? ¿Ya? —dijo ella al verme coger el sombrero.

»¡Me amaba, pues! Cuando menos, yo lo creí así al oírle pronunciar esas dos palabras con acariciadora voz. Para prolongar mi arrobamiento, yo habría trocado de buen grado dos años de mi vida contra cada una de las horas que ella tenía a bien concederme. Mi felicidad aumentó cuanto más era el dinero que perdía. Sin embargo, al día siguiente mi heroísmo me costó muchos remordimientos; temía haber equivocado el asunto de las memorias, tan capital para mí; corrí a casa de Rastignac, y fuimos a sorprender al levantarse de la cama al titular de mis trabajos futuros. Finot me leyó un pequeño contrato en el que no se mencionaba para nada a mi tía, y tras la firma del cual me entregó cincuenta escudos. Comimos juntos los tres. Una vez hube pagado mi sombrero nuevo, sesenta abonos de restaurante a treinta sueldos y mis deudas, no me quedaron más que treinta francos; pero todas las dificultades de la vida estaban allanadas por algunos días. De haber querido escuchar a Rastignac, yo podía tener tesoros adoptando francamente el *sistema inglés*. Él quería absolutamente establecerme un crédito y hacerme pedir empréstitos, pretendiendo que los empréstitos sostendrían el crédito. Según él, el futuro era el más considerable y sólido de todos los capitales del mundo. Hipotecando así mis deudas sobre futuros contingentes, me dio por cliente a su sastre, un artista que comprendía al *joven*, y debía dejarme tranquilo hasta mi casamiento. Desde ese día rompí con la regla monástica y estudiosa que había llevado durante tres años. Iba muy asiduamente a casa de Fedora, donde intentaba sobrepasar en apariencia a los impertinentes o a los héroes de camarilla que la frecuentaban. Creyendo haber escapado para siempre de la miseria, recobré mi libertad de espíritu, aplasté a mis rivales, y pasé por un hombre lleno de seducciones, prestigioso, irresistible. Sin embargo, las personas hábiles decían hablando de mí: «Un mozo tan espiritual sólo debe tener pasiones en la cabeza». Alababan caritativamente mi inteligencia a expensas de mi sensibilidad. ¿Será feliz no amando? Si amase ¿tendría tanta alegría, tanta facundia?. Sin embargo, yo estaba amorosamente estúpido en presencia de Fedora. Sólo con ella, no sabía decirle nada, o, si hablaba, maldecía del amor; estaba tristemente alegre, como un cortesano que quiere ocultar un cruel despecho. En fin, intenté hacerme indispensable a su vida, a su felicidad, a su vanidad. Todos los días a su lado, era un esclavo, un continuo juguete a sus órdenes. Después de emplear así el día, volvía a mi casa para trabajar durante la noche, no durmiendo apenas más que dos o tres horas de la madrugada. Pero no teniendo, como Rastignac, el hábito del *sistema inglés*, no tardé

en verme sin un céntimo. Desde entonces, mi querido amigo, fatuo sin aventuras amorosas, elegante sin dinero, enamorado anónimo, volví a caer en esa vida precaria, en esa fría y profunda desgracia cuidadosamente oculta bajo las engañosas apariencias del lujo. Sentí entonces mis primeros sufrimientos, pero menos agudos; sin duda me había familiarizado con sus terribles crisis. A menudo mi único alimento consistía en los pasteles y el té, tan parsimoniosamente ofrecidos en los salones. Alguna vez las suntuosas cenas de la condesa me valían para resistir un par de días. Empleaba mi tiempo, mis esfuerzos y mi capacidad de observación en penetrar más en el impenetrable carácter de Fedora. Hasta entonces la esperanza o el desespero habían influido en mi juicio, viendo en ella alternativamente a la mujer más amante o a la más insensible de su sexo; pero estas alternativas de alegría y de tristeza se hicieron intolerables; quise buscar un desenlace a esa lucha espantosa matando mi amor. Siniestros resplandores brillaban a veces en mi alma y me hacían entrever abismos entre nosotros. La condesa justificaba todos mis temores; yo no había sorprendido aún lágrimas en sus ojos; en el teatro, una escena enternecedora la dejaba fría y risueña. Reservaba su delicadeza para sí misma, y no adivinaba ni la desgracia ni la alegría del prójimo. En fin, me había burlado. Feliz sacrificándome por ella, por ella me había casi envilecido yendo a ver a mi pariente el duque de Navarreins, hombre egoísta a quien avergonzaba mi miseria y que tenía demasiadas sinrazones contra mí para no odiarme; me recibió, pues, con esa fría cortesía que da a los gestos y a las palabras la apariencia de un insulto; su inquieta mirada excitó mi compasión. Yo sentí vergüenza por él, por su pequeñez en medio de tanta grandeza, de su pobreza en medio de tanto lujo. Me habló de las pérdidas considerables que le ocasionaba el empréstito al tres por ciento; yo le dije entonces cuál era el objeto de mi visita. El cambio de sus modales, que de glaciales se convirtieron en insensiblemente afectuosos, me repugnó. Pues bien, amigo mío, él fue a casa de la condesa y me aplastó. Fedora desplegó para él hechizos, ilusiones desconocidas; le sedujo, y trató sin mí ese misterioso asunto del que yo no sabía una palabra... Yo había sido para ella un simple medio... Parecía que no me veía cuando mi primo estaba en su casa; me aceptaba entonces con menos agrado acaso que el día en que me presentaron a ella. Una noche me humilló ante el duque con uno de esos gestos o con una de esas miradas que ninguna palabra sabría describir. Salí llorando, trazando mil proyectos de venganza, planeando terribles violencias... A menudo la acompañaba a los Bouffons: allí, a su lado, entregado por entero a mi amor, la contemplaba librándome al encanto de escuchar la música, agotando mi alma en el doble goce de amar y sentir los latidos de mi corazón interpretados por el fraseo de los músicos. Mi pasión estaba en el aire, sobre la escena; mi pasión triunfaba donde fuera, menos en mi amada. Cogía entonces la mano de Fedora, estudiaba sus facciones y sus ojos, solicitando una fusión de nuestros sentimientos, una de esas súbitas armonías que, despertadas por las notas, hacen vibrar las almas al unísono, pero su mano estaba muda y sus ojos no decían nada. Cuando el fuego de mi corazón me salía al rostro la hería demasiado

vivamente y me dirigía esa sonrisa estereotipada, frase convencional que en los salones ve uno en los labios de todos los retratos. Ella no escuchaba la música. Las divinas páginas de Rossini, de Cimarosa, de Zingarelli, no le despertaban ningún sentimiento; no le traducían ninguna poesía de su vida; su alma era árida. Fedora se presentaba allí como un espectáculo en el espectáculo. Sus gemelos viajaban incesantemente de palco en palco; inquieta aunque tranquila, era víctima de la moda; su palco, su carruaje, lo eran todo para ella. Se encuentran a menudo personas de la mayor apariencia cuyo corazón es tierno y delicado bajo un cuerpo de bronce, pero ella ocultaba un corazón de bronce bajo su frágil y graciosa envoltura. Si el buen tono consiste en olvidarse de sí mismo en atención a otro, en poner en la voz y en los gestos una dulzura constante, en agradar a los demás y hacer que estén satisfechos de sí mismos, Fedora, a pesar de su refinamiento, no había borrado los vestigios de su origen plebeyo; su olvido de sí misma era falso; sus modales, en lugar de ser innatos, habían sido laboriosamente conquistados, y su cortesía olía a servidumbre. No obstante, sus melosas palabras eran para sus favoritos la expresión de la bondad, y su pretenciosa exageración un noble entusiasmo. Sólo yo había estudiado sus mohines, había despojado su ser interior de la tenue corteza que le basta a la sociedad, y no me engañaban sus monadas; conocía a fondo su alma gatuna. Cuando un necio la cumplimentaba, la halagaba, yo sentía vergüenza por ella. ¡Y seguía amándola! Esperaba fundir sus hielos bajo las alas de un amor de poeta. Si pudiera alguna vez abrir su corazón a las ternuras de la mujer, si lograra iniciarla en la sublimidad de las abnegaciones, la veía entonces perfecta, convertida en un ángel. Yo la quería en hombre, en amante, en artista, cuando lo necesario era no amarla para obtenerla. Un fatuo con gravedad, un frío calculador, habría acaso triunfado. Vana, artificiosa, habría sin duda escuchado el lenguaje de la vanidad, se hubiera dejado enredar en los lazos de una intriga, habría sido dominada por un hombre seco e impasible. Dolores acerados penetraban hasta el fondo de mi alma cuando ella me descubría cándidamente su egoísmo. Sufría viéndola un día sola en la vida y no sabiendo a quien tender la mano, no hallando miradas amigas en las que confiar las suyas. Una tarde tuve el valor de pintarle, con animados colores, su vejez solitaria, vacía y triste. Ante el aspecto de esa espantosa venganza de la naturaleza defraudada, ella dijo una frase atroz:

»—Yo dispondré siempre de una fortuna —me contestó—. Y con oro, siempre podemos crear en tomo nuestro sentimientos que son necesarios a nuestro bienestar.

»Salí fulminado por la lógica de ese lujo, de esa mujer, de ese mundo, reprochándome ser tan estúpidamente idólatra. Yo no quería a Paulina pobre. ¿No tenía, pues, Fedora rica el derecho de rechazar a Rafael? Nuestra conciencia es un juez infalible, cuando todavía no la hemos asesinado. «Fedora, me gritaba una fingida voz, no ama ni rechaza a nadie; ella es libre, pero en otro tiempo se entregó por oro. Amante o esposo, el conde ruso la poseyó. Ya tendrá una tentación en su vida. ¡Espérela!» Ni virtuosa ni falible, esa mujer vivía lejos de la humanidad, en una

esfera exclusivamente suya, infierno o paraíso. Ese misterio —hembra vestida de cachemir y de encajes— ponía en juego en mi corazón todos los sentimientos humanos, orgullo, ambición, amor, curiosidad... Un capricho de la moda, o ese deseo de parecer original que nos persigue a todos, había llevado a la manía de alabar un pequeño espectáculo del bulevar. La condesa expresó su deseo de ver la empolvada figura de un actor que hacía las delicias de algunas personas de ingenio, y conseguí el honor de conducirla a la primera representación de no sé qué farsa. El palco no costaba cien sueldos, pero yo no poseía ni un miserable ochavo. Faltándome aún escribir la mitad del tomo de memorias, no me atrevía a ir a mendigar un socorro a Finot, y Rastignac, mi providencia, estaba ausente. Esta constante desazón envenenaba mi vida. Una vez, al salir de los Bouffons en medio de una horrible lluvia, Fedora hizo que llamase un coche, sin que yo pudiese evitar el tiempo que lo tuvo parado; ella no admitió ninguna de mis excusas, ni mi gusto por la lluvia, ni mi deseo de ir al juego. No adivinó mi indignancia ni mi embarazo, ni comprendió mis palabras tristemente festivas. Mis ojos enrojecían, ¿pero comprendía ella una mirada? Durante el trayecto, cada vuelta de las ruedas despertaba en mí pensamientos que me quemaban el corazón; intenté levantar una plancha del fondo del coche esperando deslizarme fuera, pero hallando invencibles obstáculos, me eché a reír convulsivamente y permanecí en una calma sombría, alelado como un hombre en la picota. Al llegar a mi casa, y a las primeras palabras que balbuceé, Paulina me interrumpió diciendo:

»—Si no tiene suelto...

»¡Ah...!, la música de Rossini no es nada al lado de estas palabras. Pero volvamos a los Funámbulos. Para poder llevar allí a la condesa pensé en empeñar el círculo de oro que rodeaba el retrato de mi madre. Aunque el Monte de Piedad se hubiera siempre dibujado en mi pensamiento como una de las puertas del penal, era mejor que yo mismo llevase allí mi cama que solicitar una limosna. ¡Hace tanto daño la mirada de un hombre a quien se le pide dinero...! Ciertos préstamos nos cuestan nuestro honor, como ciertas negativas pronunciadas por una boca amiga nos arrancan nuestra última ilusión. Paulina trabajaba, y su madre estaba acostada. Lanzando una mirada furtiva sobre el lecho, cuyas cortinas estaban ligeramente recogidas, creí a madame Gaudin profundamente dormida al distinguir en medio de la sombra su perfil tranquilo y amarillento impreso sobre la almohada.

»—¿Tiene algún pesar? —me preguntó Paulina, dejando el pincel en la paleta.

»—Mi pobre niña, usted puede hacerme un gran favor.

»Ella me miró con una expresión tan feliz que me estremecí.

»—¿Me querrá? —pensé—. Paulina... —proseguí.

»Y me senté al lado de ella para estudiarla bien. Ella me adivinó, a tal punto era mi acento interrogador; bajó los ojos y yo la examiné, creyendo poder leer en su corazón como en el mío, tan cándido y puro era su rostro.

»—¿Me quiere? —le pregunté.

»—¡Un poco..., apasionadamente..., nada! —exclamó.

»No me quería. Su acento burlón y su jubiloso gesto traducían tan solo un retozón agradecimiento de muchacha joven. Le confesé, pues, el aprieto en que me encontraba, y le pedí que me ayudase.

»—¿Cómo, señor Rafael —dijo—, usted no quiere ir al Monte de Piedad y me envía a mí?

»Enrojecí, confundido por la lógica de una niña. Entonces me cogió la mano, como si hubiese querido compensar con una caricia la verdad de su exclamación.

»—¡Oh, yo iré! —manifestó—. Pero no hace falta. Esta mañana he encontrado detrás del piano dos monedas de cien sueldos que se habían deslizado sin que usted lo supiese entre la pared y la barra, y las he dejado en su mesa.

»—Usted recibirá pronto dinero, señor Rafael —dijo entonces la buena madre, la cual asomó la cabeza entre las cortinas—. Mientras lo espera, yo puedo prestarle algunos escudos.

»—¡Oh, Paulina...! —exclamé estrechándole la mano—. ¡Cómo quisiera ser rico!

»—Bah..., ¿por qué? —dijo ella con acento jocoso.

»Su mano, temblando en la mía, respondía a los latidos de mi corazón; retiró vivamente sus dedos, y estudió los míos.

»—¡Usted se casará con una mujer rica —dijo—, pero le dará muchos disgustos...! ¡Dios, Dios...; ella le matará...! ¡Estoy segura!

»En su exclamación había una especie de creencia en las desatinadas supersticiones de su madre.

»—¡Qué crédula es usted, Paulina!

»—¡Seguro, seguro...! —replicó ella mirándome. con terror—. ¡La mujer a que amaré usted, le matará!

»Volvió a coger el pincel, lo revolvió en el color sin reprimir su viva emoción y no me miró más. En ese momento yo habría querido creer en quimeras. Un hombre no es del todo miserable cuando es supersticioso. Una superstición es a menudo una esperanza. Retirado a mi cuarto, vi en efecto dos nobles escudos cuya presencia me pareció inexplicable. En el fondo de los confusos pensamientos del primer sueño, traté de comprobar mis gastos para justificarme el inesperado hallazgo, pero me dormí perdido en inútiles cálculos. Al día siguiente Paulina vino a verme en el momento en que salía yo para ir a alquilar un palco.

»—Quizá no tenga bastante con diez francos —me dijo ruborizándose la buena y amable muchacha—. Mi madre me ha encargado que le ofrezca este dinero... Tome, tome...

»Puso tres escudos sobre la mesa y quiso escapar, pero la retuve. La admiración secó las lágrimas que me caían.

»—¡Paulina —la dije—, usted es un ángel! Este préstamo me conmueve mucho menos que el pudoroso sentimiento con que me lo ofrece. Yo deseaba una mujer rica, elegante, con título... ¡Ay!, ahora quisiera poseer millones y encontrar una muchacha

pobre como usted y como usted rica de corazón..., y renunciaría a una pasión fatal que me matará. Quizá tenga usted razón.

»Ella huyó y su voz de ruiseñor, sus frescos trinos vibraron en la escalera.

»—¡Qué feliz es ella no amando todavía! —me dije pensando en las torturas que yo sufría desde hacía muchos meses.

»Los quince francos de Paulina me resultaron muy preciosos. Fedora, pensando en las emanaciones populacheras de la sala donde debíamos estar durante algunas horas, lamentó no tener un ramo de flores; fui a buscárselo, llevándole mi vida y mi fortuna. Sentí a la vez remordimientos y goces ofreciéndole un ramo cuyo precio me reveló todo lo que la superficial galantería habitual en la sociedad tenía de dispendioso. Pronto ella se quejó del aroma un poco intenso de un jazmín de Méjico, sufrió un disgusto intolerable viendo la sala y teniendo que sentarse en una dura butaca, terminando por reprocharme el haberla llevado allí. Aun estando a mi lado, quiso irse, y se fue. ¡Imponerme noches insomnes, haber derrochado dos meses de mi existencia y no agradarle! Jamás esa diablesa fue tan graciosa ni tan insensible. Durante el camino, sentado a su lado en un estrecha cupé, respiraba su aliento, tocaba su perfumado guante, veía distintamente los tesoros de su belleza, sentía un vapor dulce como el iris... Toda la mujer y nada de la mujer. En ese momento un rayo de luz me permitió ver las profundidades de esa vida misteriosa. Pensé de pronto en el libro recientemente publicado por un poeta, una verdadera concepción de artista tallada en la estatua de Policletes. Creía ver ese monstruo que, cuando guerrero, doma un fogoso caballo, y cuando doncella, se mete en el tocador y desespera a sus enamorados, y amante, desespera a una virgen dulce y recatada. No pudiendo comprender de otro modo a Fedora, le conté esa historia fantástica; pero nada reveló su semejanza con esa poesía del imposible; se divirtió con ella de buena fe, como un niño con una fábula sacada de *Las mil y una noches*.

»—Para resistir al amor de un hombre de mi edad, al comunicativo calor de este bello contagio del alma, Fedora debe esconder algún misterio —me dije volviendo a mi casa—. ¿Acaso, como a lady Delacour, le está devorando un cáncer? Su vida es sin duda una vida artificial.

»Ante este pensamiento, sentí frío. Luego me tracé el proyecto más extravagante y a la vez el más razonable que pueda pensar jamás un amante. Para examinar físicamente a esa mujer como la había estudiado intelectualmente; para conocerla hasta sus más íntimos pliegues, resolví pasar una noche en su casa, en su dormitorio, sin que ella lo supiera. He aquí cómo ejecuté esta empresa, que me roía el alma como un deseo de venganza muerde el corazón de un monje corso. Los días de recepción, Fedora reunía una concurrencia demasiado numerosa para que le fuese posible al conserje llevar el registro exacto de las entradas y las salidas. Seguro de poder quedarme en la casa sin escándalo, esperé impacientemente la próxima velada de la condesa. Al vestirme y a falta de puñal, me puse en el bolsillo del chaleco un

pequeño cortaplumas inglés. De hallármelo encima, ese instrumento literario no tenía nada de sospechoso, y, no sabiendo hasta dónde me conduciría mi novelesca resolución, quería tener un arma.

»Cuando se fueron llenando los salones, fui a su dormitorio y examiné el terreno; encontré las persianas y los postigos cerrados; fue la primera suerte, y como la camarera podía venir para descorrer las cortinas de las ventanas, solté las abrazaderas; yo arriesgaba mucho aventurándome así a arreglar de antemano la habitación, pero estaba expuesto a los peligros de mi situación y los había calculado fríamente. Hacia medianoche, fui a esconderme en el marco de una ventana. Para que no asomasen los pies, traté de alcanzar el plinto del entablado, con la espalda apoyada en la pared y asiéndome a la falleba. Después de estudiar mi equilibrio y los puntos de apoyo y medido el espacio que me separaba de las cortinas, llegué a familiarizarme con las dificultades de mi posición, de manera que pudiese permanecer allí sin que se me descubriese si los calambres, la tos o los estornudos me dejaban tranquilo. Para no fatigarme inútilmente, seguí de pie mientras esperaba el momento crítico en que debía quedar suspendido como una araña en su tela. El muaré blanco y la muselina de las cortinas dejaban ante mí grandes pliegues parecidos a tubos de órgano, en los que practiqué agujeros con ayuda de mi navaja, para verlo todo por esa especie de aspilleras. Oí vagamente el murmullo de los salones, las risas, las voces... El vaporoso tumulto, la sorda agitación disminuyó gradualmente. Algunos hombres vinieron a recoger sus sombreros cerca de mí, dejados en la cómoda de la condesa. Cuando rozaban las cortinas, me estremecía, pensando en las distracciones, en los azares de esas búsquedas hechas por personas con prisa por irse y que hurgan por todas partes. Auguré un éxito a mi empresa al no tropezar con ninguno de esos infortunios. El último sombrero se lo llevó un antiguo enamorado de Fedora, quien creyéndose solo miró al lecho y lanzó un gran suspiro seguido de no sé qué exclamación demasiado enérgica. La condesa, no estando con ella, en el tocador contiguo a su dormitorio, más que cinco o seis íntimos, les propuso tomar el té. Las calumnias, para las cuales ha reservado la sociedad actual la poca fe que le queda, se mezclaron entonces a epigramas, a juicios ingeniosos y al ruido de las tazas y de las cucharillas. Sin piedad para mis rivales, Rastignac excitaba una risa loca con sus mordaces agudezas.

»—El señor de Rastignac es un hombre con el que no hay que pelearse —dijo la condesa riendo.

»—Lo creo —respondió él ingenuamente—. Yo siempre tengo razón en mis odios... y en mis amistades —añadió—. Mis enemigos quizá me sirven tanto como mis amigos. He hecho un estudio bastante especial del idioma moderno y de los artificios naturales de que se sirve para atacarlo todo o para defenderlo todo. La elocuencia ministerial es un perfeccionamiento social. Si uno de sus amigos no tiene ingenio, usted habla de su decencia, de su franqueza. Si la obra de otro es pesada, se la presenta como un trabajo concienzudo. Si el libro está mal escrito, se alaban las

ideas. Ese hombre no tiene fe, ni constancia, se escapa a cada momento... ¡Bah!, es seductor, prestigioso, encanta. Si se trata de los enemigos, se les arroja a la cabeza los muertos y los vivos; se involucran para ellos los términos del lenguaje y así se es tan perspicaz en descubrir sus defectos como se es hábil en poner de relieve las virtudes de los amigos. Esta aplicación del antejo a la vista moral es el secreto de nuestras conversaciones y el arte del cortesano. No utilizarlo, es querer combatir sin armas a gentes chapadas de hierro como los caballeros feudales. ¡Y yo lo uso..., y hasta abuso algunas veces! Así se me respeta a mí y a mis amigos, pues, por lo demás, mi espada vale lo que mi lengua.

»Uno de los más fervientes admiradores de Fedora, joven cuya impertinencia era célebre, y que hasta la utilizaba como un medio para llegar, recogió el guante tan desdeñosamente lanzado por Rastignac. Habló de mí y se dedicó a elogiar exageradamente mi talento y mi persona. Rastignac había olvidado este género de maledicencia. Ese sardónico elogio engañó a la condesa, quien me inmoló sin piedad; para divertir a sus amigos, abusó de mis secretos, de mis pretensiones y de mis esperanzas.

»—Tiene porvenir —aseguró Rastignac—. Quizá un día será hombre que podrá desquitarse cruelmente; su talento iguala por lo menos su valor; así tengo por muy osados a los que le atacan, pues él tiene memoria...

»—Y escribe memorias —añadió la condesa, a quien no pareció agradar el silencio que reinó.

»—Memorias de falsa condesa, señora —replicó Rastignac—. Para escribirlas, hay que tener otra especie de valor.

»—Yo creo que tiene mucho valor, y me es fiel —replicó ella.

»Me asaltó una vehemente tentación de mostrarme de pronto a los que no dejaban de reír, como la sombra de Banquo en *Macbeth*. ¡Perdía una amante, pero tenía un amigo! Sin embargo, el amor me sopló de pronto una de esas cobardes y sutiles paradojas con las cuales sabe adormecer nuestros dolores.

»—Si Fedora me quiere.—pensé—, ¿no debe disimular su afecto con una maliciosa burla? Cuántas veces no ha desmentido el corazón las mentiras de la boca...

»En fin, pronto mi impertinente rival, cuando quedó solo con la condesa, quiso irse.

»—¿Por qué ya? —le dijo ella con voz zalamera, lo que me hizo palpar—. ¿No me concederá todavía un momento? ¿No tiene, pues, nada más que decirme, y no me sacrificáis algunos de sus placeres?

»Él se marchó.

»—¡Ah! —exclamó ella bostezando—. ¡Qué aburridos son todos!

»Y tirando con fuerza de un cordón, resonó en el interior una campanilla. La condesa entró en su dormitorio canturreando una frase de *Pria che spunti*. Nunca la había oído cantar nadie, dando lugar su mutismo a extravagantes interpretaciones.

Decíase que le había prometido a su primer amante, encantado de sus talentos y celoso de ella incluso más allá de la tumba, de no proporcionar a nadie una dicha que él quiso ser el único en disfrutar. Tendí las fibras de alma para aspirar los sonos. De nota en nota elevó su voz; Fedora pareció animarse, se desplegaron las riquezas de su garganta, y la melodía adquirió entonces algo de divino. La condesa tenía en su órgano una viva claridad, una justeza de tono, no sé qué de armónico y de vibrante que penetraba, removía y cosquilleaba el corazón. Las criaturas musicales son casi siempre amorosas. La que así cantaba, debía de saber amar bien. La belleza de su voz fue, pues, un misterio más en una mujer tan misteriosa. La veía entonces como te veo ahora; parecía escucharse ella misma y sentir un placer que le era particular; experimentaba como un juego de amor. Se acercó a la chimenea al terminar el primer motivo del *rondó*, pero cuando se calló, cambió su fisonomía, sus facciones se descompusieron y su rostro expresó la fatiga. Acababa de quitarse una máscara; actriz, su papel había terminado. Sin embargo, la especie de marchitamiento impreso a su belleza por su trabajo de artista o por el cansancio de la velada, no carecía de encanto.

»—¡Esta es la verdadera! —me dije.

»Como para calentarse, puso un pie sobre la barra de bronce que remataba la pantalla de la chimenea, quitóse los guantes, se soltó las pulseras y alzó por encima de su cabeza una cadena de oro en cuyo extremo colgaba un ánora de piedras preciosas. Sentí un placer indecible al ver sus movimientos impregnados de la gracia de las gatas cuando hacen su tocado al sol. Se contempló en un espejo y dijo en voz alta, con tono de mal humor:

»—No he estado hermosa esta noche...; voy perdiendo aquella lozanía... Quizá debería acostarme más temprano, renunciar a esta vida desordenada... ¿Pero Justina se burla de mí?

»Llamó de nuevo y acudió inmediatamente su doncella. ¿Dónde tenía su dormitorio? No lo sé. Llegó por una escalera de servicio. Tenía curiosidad por examinarla. Mi imaginación de poeta había incriminado a menudo a esa invisible sirvienta, alta, morena y bien hecha.

»—¿La señora ha llamado?

»—¡Dos veces! —respondió Fedora—. ¿Te vas a volver sorda ahora?

»—Estaba preparando la leche de almendras de la señora.

»Justina se arrodilló, deshizo los coturnos de los zapatos y descalzó a su ama, quien indolentemente tendida en un sofá de muelles, en la esquina del fuego, bostezaba rascándose la cabeza. No había nada que no fuese sino muy natural en todos sus movimientos y ningún síntoma me reveló ni los sufrimientos secretos ni las pasiones que yo había supuesto.

»—Jorge está enamorado —dijo—; le despediré. ¿No ha descornado aún las cortinas esta noche? ¿En qué está pensando?

»Ante esta observación, la sangre me afluyó hacia el corazón; pero ya no se habló

más de cortinas.

»—La vida es algo vacío —prosiguió la condesa—. Vamos, ten cuidado de no arañarme como ayer. Mira —añadió mostrándole una torneada rodilla—: Todavía llevo la marca de tus uñas.

»Puso sus desnudos pies en unas zapatillas de terciopelo forradas de plumas de cisne y se soltó el vestido mientras Justina cogía un peine para arreglarle el cabello.

»—Usted tiene que casarse, señora; tener hijos.

»—¡Hijos! No me faltaría más que eso para acabarme —respondió ella—. ¡Un marido! ¿A qué hombre podría yo...? ¿Estaba bien peinada esta noche?

»—Pues no muy bien.

»—Eres una estúpida.

»—Nada le sienta peor que el rizarse demasiado —repuso Justina—. Los bucles lisos bien grandes le favorecen mucho.

»—¿De verdad?

»—Sí, señora; el cabello rizado sólo les cae bien a las rubias.

»—¿Casarme? ¡Oh, no, no! El matrimonio es un tráfico para el que no he nacido.

»¡Qué terrible escena para un enamorado! Esa mujer solitaria, sin parientes, sin amigos, atea en amor, no creyendo en ningún sentimiento..., y por muy débil que fuese en ella esa necesidad de expansión cordial, natural en toda criatura humana, reducida para satisfacerla hablando con su camarera, diciendo frases vacías... Sentí piedad. Justina la desató el corsé. La contemplé curiosamente en el momento en que se quitó el último velo. Tenía un talle de virgen que me deslumbró; a través de la camisa y a la luz de las bujías, su cuerpo blanco y rosa tuvo reflejos como una estatua de plata que brilla bajo una envoltura de gasa. No, ninguna imperfección debía hacerle temer la mirada furtiva del amor. ¡Ay, un bello cuerpo triunfará siempre de las resoluciones más marciales! Sentóse luego ante el fuego, muda y pensativa, mientras la camarera encendía la bujía de la lámpara de alabastro suspendida delante del lecho. Justina fue a buscar un calentador, preparó la cama, ayudó a acostarse a su ama, y, luego, al cabo de un rato bastante largo empleado en minuciosos servicios que denotaban la gran veneración de Fedora por sí misma, se marchó. La condesa se revolvió varias veces; estaba agitada, suspiraba; de sus labios salía un leve rumor perceptible al oído y que indicaba movimientos de impaciencia; tendió su mano hacia la mesita, cogió una redoma y vertió en el vaso de leche que se bebió en seguida, cuatro o cinco gotas de un licor oscuro; y después de varios apenados suspiros murmuró:

»—¡Dios mío!

»Esta exclamación, y sobre todo el acento que le imprimió, me destrozaron el corazón. Insensiblemente, ella quedó sin movimiento. Tuve miedo; pero pronto oí la respiración acompasada y fuerte de una persona dormida; aparté la llamativa seda de las cortinas, abandoné mi puesto y fui a situarme al pie de su lecho, contemplándola con indefinible sentimiento. Estaba encantadora. Tenía la cabeza bajo el brazo, como

un niño; su sereno y hermoso rostro envuelto en blondas expresaba una suavidad que me inflamó. Presumiendo demasiado de mí mismo, yo no había comprendido mi suplicio: ¡estar tan cerca y tan lejos de ella! Me vi obligado a sufrir todas las torturas que me había preparado yo mismo. ¡Dios mío!, ese jirón de un pensamiento desconocido, que yo debía llevarme por toda luz, había cambiado de golpe, mi juicio sobre Fedora. Esa exclamación, insignificante o profunda, sin substancia o llena de realidades, podía interpretarse igualmente por la felicidad o por el sufrimiento, por un dolor físico o por penas. ¿Era imprecación o plegaria, recuerdo o futuro, pesar o temor? Había toda una vida en ella, vida de indigencia o de riqueza; y hasta contenía un delito... El enigma oculto en ese bello semblante de mujer renacía. Fedora podía ser explicada de tantas maneras que se hacía inexplicable. Las fantasías del aliento que pasaba entre sus dientes, ya débil, ya acentuado, grave o ligero, formaban una especie de lenguaje al cual yo enlazaba pensamientos y sentimientos. Soñaba con ella, esperaba iniciarme en sus secretos penetrando en su sueño, flotaba entre mil direcciones contrarias, entre mil juicios. Viendo su bello rostro, sereno y puro, me fue imposible negar un corazón a esa mujer. Resolví hacer una tentativa. Contándole mi vida, mi amor, mis sacrificios, acaso despertaría su piedad, le arrancaría una lágrima, a ella, que nunca lloraba. Había puesto todas mis esperanzas en esta última prueba cuando el ruido de la calle me anunció la llegada del día. Hubo un momento en que me representé a Fedora despertándose en mis brazos. Yo podía tenderme suavemente a su lado, deslizarme y abrazarla. Esta idea me tiranizó tan cruelmente que, queriendo rechazarla huí al salón sin adoptar precaución alguna para evitar el ruido; pero por fortuna llegué a una puerta excusada que daba a una pequeña escalera. Tal como lo supuse, la llave estaba en la cerradura; abrí la puerta con fuerza, temerariamente salí al patio, y, sin mirar si alguien me veía, llegué a la calle en tres brincos. Dos días después un autor debía leer una comedia en casa de la condesa. Fui con la intención de quedarme el último para hacerle una solicitud bastante singular; quería rogarle que me concediese la noche del día siguiente, que me la consagrara por entero, cerrando su puerta. Al verme solo con ella, el corazón me flaqueó. Cada tictac del reloj me asustaba. Faltaba un cuarto de hora para la medianoche.

»—Si no le hablo —me dije—, tendré que romperme el cráneo contra el ángulo de la chimenea.

»Me concedí tres minutos de plazo; pasaron los tres minutos y no me rompí el cráneo contra el mármol; mi corazón se había puesto tan pesado como una esponja en el agua.

»—Es usted extremadamente amable —me dijo ella.

»—¡Ah, señora...; si usted pudiese comprenderme...!

»—¿Qué le pasa? —respondió ella—. Está usted pálido.

»—Dudo si pedirle un favor.

»Ella me animó con un gesto y yo le pedí la cita.

»—Con mucho gusto —dijo ella—. ¿Pero por qué no ahora?

»—Para no engañarla, debo mostrarle el alcance de su compromiso: deseo pasar esa velada a su lado, como si fuésemos hermano y hermana. No tema usted; conozco sus antipatías; usted me ha podido apreciar lo bastante como para estar segura que no quiero nada de usted que pueda desagradarle; además, los audaces no proceden así. Usted me ha dado pruebas de su amistad, es buena, muy indulgente... Pues sepa que mañana tendré que decirle adiós... ¡No rectifique! —exclamé viendo que iba a hablar.

»Y desaparecí.

»En el último mayo, hacia las ocho de la tarde, estaba solo con Fedora, en su gabinete gótico. No temblaba yo entonces. Estaba seguro de ser feliz. Mi dueña tenía que pertenecerme o me refugiaba en los brazos de la muerte. Yo había condenado mi cobarde amor. Un hombre es muy fuerte cuando confiesa su debilidad. Con un vestido de cachemir azul, la condesa estaba tendida en un diván, los pies sobre un almohadón. Un gorro oriental, que los pintores atribuyen a los hebreos, añadía no sé qué excitante y exótico atractivo a sus seducciones. Su rostro estaba impregnado de un fugitivo encanto que parecía demostrar que a cada instante somos otros seres, sin ninguna similitud con el *nosotros* del futuro y el *nosotros* del pasado. Nunca la había visto tan deslumbrante.

»—¿Sabe —me dijo riendo— que ha picado usted mi curiosidad?

»—No la defraudaré —respondí fríamente, sentándome a su lado y cogiéndole una mano, que ella me abandonó—. Usted tiene una voz magnífica.

»—Si no me ha oído nunca —exclamó ella con una expresión de sorpresa.

»—Le demostraré lo contrario cuando sea oportuno. ¿Será, pues, un misterio más su delicioso canto? Tranquilícese, que no quiero penetrarlo.

»Estuvimos alrededor de una hora hablando familiarmente. Si yo adopté el tono, los modales y los gestos de un hombre a quien Fedora no podía rehusar nada, tuve también todo el respeto de un enamorado. Actuando así, obtuve el favor de besarle la mano; ella se quitó el guante con un gracioso movimiento, y me sentí entonces tan voluptuosamente prendido de la ilusión en que yo trataba de creer, que mi alma se derritió y se expandió en ese beso. Fedora se dejó halagar y acariciar con increíble abandono. Pero no me acuses de torpeza; si yo hubiese querido dar un paso más allá de esta mimosidad fraternal, habría sufrido el zarpazo de la gata. Estuvimos unos diez minutos sumidos en el mayor silencio. Yo la admiraba atribuyéndole encantos a los cuales ella no respondía. En ese momento ella era mía, sólo mía... Poseía a esa hechicera criatura, como era permitido poseerla, intuitivamente; la envolví en mi deseo, la tuve, la estreché, mi imaginación la desposó. Vencí entonces a la condesa por la potencia de una fascinación magnética. Así me he dolido siempre por no haberme sometido enteramente a esa mujer; pero en aquel momento yo no deseaba su cuerpo, sino un alma, una vida, esa felicidad ideal y completa; ese hermoso sueño en el que no creemos durante mucho tiempo.

»—Señora —le dije por fin, sintiendo que había llegado la última hora de mi

embriaguez—, escúcheme. Yo la amo, usted lo sabe, se lo he dicho mil veces, y ha tenido que oírme. No queriendo deber su amor ni a las gracias del fatuo, ni a las lisonjas o importunidades de los necios, no he sido comprendido ¡Cuántos males he sufrido por usted, y de los cuales, sin embargo, es usted inocente! Pero dentro de algunos instantes me juzgará. Hay dos miserias, señora. La que va por las calles descaradamente en harapos, y que, sin saberlo, repite a Diógenes, alimentándose con poco, reduciendo la vida a lo simple; más feliz quizá que la riqueza, cuando menos despreocupada, toma el mundo allá donde los poderosos no lo quieren. Luego la miseria del lujo, una miseria española, que oculta la mendicidad bajo un título; orgullosa, empenachada, esta miseria de chaleco blanco y guantes amarillos tiene carrozas, y pierde una fortuna, quedando sin un céntimo. Una es la miseria del pueblo, otra es la de los estafadores, de los reyes y de las gentes de talento. Yo no soy ni pueblo, ni rey, ni estafador; tal vez no tengo talento. Soy una excepción. Mi nombre me ordena morir antes que mendigar... Tranquilícese, señora; hoy soy rico, poseo de la tierra todo cuanto hace falta —añadí viendo en su rostro la fría expresión que se graba en nuestras facciones cuando nos sorprenden pedigüños de buen tono—. ¿Se acuerda del día en que quiso ir al Gimnasio sin mí, creyendo que yo no estaría allí?

»Ella hizo un movimiento de cabeza afirmativo.

»—Yo había empleado mi último escudo para ir a vería... ¿Se acuerda del paseo que dimos por el Jardín Botánico? Su coche me costó toda mi fortuna.

»Le conté mis sacrificios, le describí mi vida, no como te la cuento hoy, con la embriaguez del vino, sino con la noble embriaguez del corazón. Mi pasión se desbordó en encendidas palabras, en rasgos de sentimientos olvidados después, y que ni el arte ni el recuerdo podrían reproducir. No fue la narración sin calor de un amor detestado; mi amor, en su fuerza y en la belleza de su esperanza, me inspiró esas palabras que proyectan toda una vida repitiendo los gritos de un alma desgarrada. Mi acento fue el de las últimas oraciones hechas por un moribundo en el campo de batalla. Ella lloró. Yo me detuve. ¡Gran Dios, sus lágrimas eran el fruto de esa emoción ficticia comprada por cien sueldos a la puerta de un teatro! Yo había tenido el éxito de un buen actor.

»—Si lo hubiese sabido... —dijo ella.

»—¡No siga! —exclamé—. La amo aún lo bastante en este momento para matarla...

»Ella quiso tirar del cordón de la campanilla. Yo me eché a reír.

»—No llame —proseguí—. Dejaré que acabe su vida apaciblemente. ¡Matarla sería entender mal el odio! No tema ninguna violencia. Yo he pasado una noche al pie de su lecho, sin...

»—¡Oh...! —exclamó ella enrojeciendo.

»Pero después de ese primer movimiento concedido al pudor que debe poseer toda mujer, hasta la más insensible, ella me miró con desprecio y me dijo:

»—Habrá debido de pasar mucho frío.

»—¿Cree usted, señora, que su belleza me sea tan preciosa? —le respondí, adivinando los pensamientos que la agitaban—. Su figura es para mí la promesa de un alma más bella que lo bella que es usted. Señora, los hombres que no ven sino la hembra en una mujer, pueden comprar todas las noches odaliscas dignas del serrallo y ser felices por poco precio... Pero yo era ambicioso, yo quería vivir corazón a corazón con usted, con usted que no tiene corazón. Ahora lo sé. Si usted tuviese que ser de un hombre, yo lo asesinaría. Pero no, usted le amaría y su muerte quizá le causaría dolor... ¡Cuánto sufro! —exclamé.

»—Si esa promesa puede consolarle —dijo ella alegremente—, puedo asegurarle que no perteneceré a nadie...

»—Entonces —proseguí interrumpiéndola—, insulta usted al mismo Dios, y sufrirá su castigo. Un día, tendida sobre un diván, no pudiendo soportar ni el ruido ni la luz, condenada a vivir en una especie de tumba, sufrirá males inauditos. Cuando busque la causa de esos lentos y vengativos dolores, acuérdesse entonces de las desgracias que ha ido dejando a su paso... Habiendo sembrado por todas partes imprecaciones, encontrará la represalia del odio. Nosotros somos nuestros propios jueces, los verdugos de una justicia que reina aquí abajo, y funciona por encima de la de los hombres y por debajo de la de Dios.

»—¡Ah! —dijo riendo—. ¿Soy, pues, sin duda muy criminal por no amarle? ¿Es mía la culpa? No, yo no le amo; usted es un hombre, y eso basta. Me siento feliz estando sola; ¿por qué, pues, habría de cambiar mi vida, egoísta si lo queréis, contra los caprichos de un dueño? El matrimonio es un sacramento en virtud del cual no nos comunicamos sino disgustos. Además, los niños me aburren. ¿No le he prevenido lealmente sobre mi carácter? ¿Por qué no se ha contentado con mi amistad? Quisiera poder consolarle de las penas que le he causado al no adivinar la suma de sus pocos escudos; aprecio la magnitud de sus sacrificios, pero sólo el amor puede pagar su abnegación, sus delicadezas, y yo le amo tan poco que esta escena me afecta desagradablemente.

»—Ya sé cuán ridículo soy, perdóneme —le dije con suavidad, sin poder contener mis lágrimas—. La amo lo bastante —proseguí— como para escuchar con delicia las crueles palabras que pronuncia. ¡Oh, quisiera poder firmar mi amor con mi sangre!

»—Todos los hombres nos dicen más o menos bien esas frases clásicas —replicó ella, riendo de nuevo—. Pero parece que es muy difícil morir a nuestros pies, pues por todas partes encuentro esa clase de muertos... Es ya medianoche, permítame que me acueste.

»—Y dentro de dos horas usted exclamará: ¡Dios mío! —le dije.

»—Anteayer... Sí —dijo ella—, pensaba en mi agente de cambio; había olvidado hacerle convertir mis rentas de *cinco* en *tres*, y durante el día el *tres* había bajado.

»—La miré sin disimular mi ira. Algunas veces un crimen debe de ser todo un poema; lo he comprendido. Familiarizada sin duda con las más apasionadas

declaraciones, ella había olvidado ya mis lágrimas y mis palabras.

»—¿Usted se casaría con un par de Francia? —le pregunté fríamente.

»—Tal vez, si fuese duque.

»Cogí mi sombrero y la saludé.

»—Permítame que le acompañe hasta la puerta de mi apartamento —dijo ella poniendo una punzante ironía en su gesto, en la postura de su cabeza y en su acento.

»—Señora...

»—¿Señor?

»—Ya no la volveré a ver más.

»—Así lo espero —respondió ella, inclinando la cabeza con impertinente expresión.

»—¿Quiere ser duquesa? —proseguí, animado por una especie de frenesí que su gesto encendió en mi corazón—. ¿Está usted loca por los títulos y los honores? Pues bien, déjese amar solamente por mí, dígame a mi pluma que no hable, a mi voz que no vibre sino para usted, sea el principio secreto de mi vida, sea mi estrella... Luego, no me acepte por esposo, sino como ministro, par de Francia, duque... Haré de mí todo lo que usted quiera que sea.

»—Ha empleado bastante bien su tiempo en casa del abogado —respondió sonriendo—. Sus alegatos tienen calor.

»—¡Tú tienes el presente —exclamé— y yo el futuro! Yo no pierdo sino una mujer, y tu pierdes un nombre, una familia. El tiempo está preñado de mi venganza: él te traerá la fealdad (y una muerte solitaria. ¡Será mi gloria!

»—Gracias por la perorata —respondió ella, conteniendo un bostezo y demostrando con su actitud el deseo de no verme más.

»Estas palabras me impusieron silencio. Le lancé mi odio en una mirada y huí de allí. Había que olvidar a Fedora, curar mi locura, volver a mi estudiosa soledad, o morir. Me impuse, pues, trabajos exorbitantes, queriendo terminar mis obras. Durante quince días no salí de mi buhardilla, y consumí las noches en desvaídos estudios. A pesar de mi valor y de las inspiraciones de mi desespero, trabajaba con dificultad y por sacudidas. La musa había huido. No podía desterrar el fantasma brillante y burlón de Fedora. Cada uno de mis pensamientos incubaba otro malsano, sin saber cuál era mi deseo, terrible como un remordimiento. Imitaba a los anacoretas de la Tebaida. Sin rezar con ellos, vivía como ellos en un desierto, excavando mi alma en vez de excavar rocas. De ser preciso, me hubiese ceñido los riñones con un cilicio para domar el dolor moral por el dolor físico.

»Una tarde Paulina entró en mi cuarto.

»—Usted se está matando —me dijo con voz suplicante—. Debería salir, ir a ver a sus amigos...

»—Paulina, su predicción ha sido verdad. Fedora me mata; quiero morir. La vida me resulta insoportable.

»—¿Es que no hay más que una mujer en el mundo? —respondió ella sonriendo

—. ¿Por qué quiere penas infinitas en una vida tan corta?

»Miré a Paulina con estupor. Ella me dejó solo. No me di cuenta de su ida; había oído su voz sin comprender el sentido de sus palabras. Pronto tuve que llevar el manuscrito de mis memorias a mi empresario de literatura. Preocupado por mi pasión, yo ignoraba cómo había podido vivir sin dinero; únicamente sabía que los cuatrocientos cincuenta francos que se me debían por mi trabajo bastarían para pagar mis deudas; fui, pues, a buscar mi retribución y encontré a Rastignac, quien me vio cambiado, enflaquecido.

»—¿De qué hospital sales? —me preguntó.

»—Esa mujer me mata —respondí—. No puedo ni despreciarla ni olvidarla.

»—Más vale matarla; así quizá no pensarás más en ella —exclamó riendo.

»—He meditado y mucho sobre eso —respondí—. Pero si a veces consuelo mi alma con la idea de un crimen, violación o asesinato, y ambos a la vez, me veo incapaz de cometerlo en realidad. La condesa es un admirable monstruo que pediría gracia, y no es Otelo quien quiere...

»—Ella es como todas las mujeres que no podemos conseguir —dijo Rastignac interrumpiéndome.

»—¡Estoy loco! —exclamé—. Siento la locura rugir por momentos en mi cerebro. Mis ideas son como fantasmas, danzan ante mí sin que yo pueda apresarlas. Prefiero la muerte a esta vida. Así, busco conscientemente el medio mejor para terminar esta lucha. No se trata ya de la Fedora viva, de la Fedora del barrio Saint-Honoré, sino de mi Fedora, de la que está aquí —dije golpeándome la frente—. ¿Qué opinas tú del opio?

»—¡Bah, sufrimientos atroces! —respondió Rastignac.

»—¿La asfixia?

»—¡Canallesca!

»—¿El Sena?

»—Las redes y el depósito de cadáveres son muy sucios.

»—¿Un pistolero?

»—Y si no das en el blanco quedas desfigurado... Escucha —añadió—: como todos los jóvenes, también yo he meditado sobre el suicidio. ¿Quién de nosotros no se ha suicidado dos o tres veces a los treinta años? No he encontrado nada mejor sino consumir la existencia por el placer. Zambúllete en una disolución profunda, tu pasión o tú, y los dos pereceréis en ella. La intemperancia, querido, es la reina de todas las muertes. ¿No envía ella la apoplejía fulminante? La apoplejía es un pistoletazo que no nos falla. Las orgías nos prodigan todos los placeres físicos; ¿no es eso el opio en moneda suelta? Obligándonos a beber a ultranza, el desenfreno lanza mortales desafíos al vino. ¿No tiene mejor gusto el tonel de malvasía del duque de Clarence que el légamo del Sena? ¿No es una pequeña asfixia periódica el caemos noblemente bajo la mesa? Si la patrulla nos recoge, quedando tendidos sobre los fríos catres de los cuerpos de guardia, ¿no gozamos de los placeres del depósito de

cadáveres, menos los vientres hinchados, túrgidos, azules, verdes, más la inteligencia de la crisis? ¡Ah —prosiguió—, ese largo suicidio no es la muerte de un tendero en quiebra! Los negociantes han deshonrado el río; se arrojan al agua para enternecer a sus acreedores. En tu lugar, yo intentaría morir con elegancia. Si quieres crear un nuevo género de muerte debatiéndote así contra la vida, soy tu segundo. Me aburro, estoy desilusionado. La alsaciana que se me había propuesto por esposa tiene seis dedos en el pie izquierdo, y yo no puedo vivir con una mujer con seis dedos...; eso se sabría, y me pondría en ridículo. Además, sólo tiene dieciocho mil francos de renta, o sea que su fortuna disminuye y sus dedos aumentan. ¡Al diablo...! Llevando una vida de excesos, quizá encontremos por azar la felicidad.

»Rastignac me arrastró. Ese proyecto hacía brillar seducciones demasiado fuertes, reanimaba demasiadas esperanzas, tenía, en fin, un color demasiado poético para no gustar a un poeta.

»—¿Y de dinero? —le dije.

»—¿No tienes cuatrocientos cincuenta francos?

»—Sí, pero debo a mi sastre, a mi patrona...

»—¿Pero es que pagas a tu sastre? Nunca serás nada, ni siquiera ministro.

»—¿Y qué podemos hacer con veinte luises?

»—Ir a jugar.

»Me estremecí.

»—Vaya —prosiguió percatándose de mi gazmoñería—, quieres lanzarte en lo que yo llamo el *sistema disipacional* y tienes miedo de un tapete verde.

»—Escucha— le respondí—: prometí a mi padre no poner nunca el pie en una casa de juego. No solamente esta promesa es sagrada, sino que siento todavía un invencible horror al pasar frente a un garito; toma estos cien escudos y ve tú solo. Mientras arriesgas nuestra fortuna, iré a poner mis asuntos en orden y volveré a esperarte a tu casa.

»Aquí tienes, querido, como me perdí. Basta a un joven toparse con una mujer que no le quiere, o con una que le quiere demasiado, para que toda su vida sea desquiciada. La felicidad engulle nuestras fuerzas, como la desgracia extingue nuestras virtudes. De regreso a mi hospedaje de *San Quintín* contemplé largo rato la buhardilla donde había llevado la casta vida de un sabio, una vida que acaso habría sido honorable y dilatada, y que yo no debí abandonar por la vida apasionada que me arrastraba a un abismo. Paulina me sorprendió en una actitud melancólica.

»—Bueno, ¿qué le pasa a usted? —dijo.

»Yo me levanté fríamente y conté el dinero que debía a su madre, añadiendo el precio del alquiler de seis meses más. Ella me miró con una especie de terror.

»—Les dejo, mi querida Paulina.

»—Lo he adivinado... —exclamó.

»—Escúcheme, pequeña; no renuncio a volver aquí. Resérveme mi celda durante medio año. Si no he vuelto hacia el 15 de noviembre, usted será mi heredera. Este

manuscrito sellado —dije mostrándole un paquete de papeles— es la copia de mi gran obra sobre *la Voluntad*; usted lo depositará en la Biblioteca Real. En cuanto a todo lo que dejo aquí, hará lo que usted quiera.

»Sus miradas me oprimían el corazón. Paulina estaba allí como una conciencia viviente.

»—¿No tendré ya más lecciones? —dijo señalándome el piano.

»No respondí.

»—¿Me escribirá?

»—Adiós, Paulina.

»La atraje suavemente hacia mí y le besé la frente, un beso de hermano, un beso de viejo en su frente de amor, virgen como la nieve que no ha tocado tierra. Ella se escapó. No quise ver a la señora Gaudin. Dejé la llave en el sitio de . costumbre y me fui. Al dejar la calle Cluny, oí detrás de mí el ágil andar de una mujer.

»—Le había bordado este bolso; ¿también lo despreciará? —me dijo Paulina.

»Creí percibir a la luz de un farol una lágrima en sus ojos, y suspiré. Impelidos los dos por el mismo pensamiento quizá, nos separamos con la prisa de personas que quieren huir de la peste. La vida de disipación a que me entregaba apareció ante mí singularmente expresada por la habitación donde esperé con una doble despreocupación el retorno de Rastignac. Sobre la chimenea había un reloj de péndulo rematado por una Venus agachada sobre su tortuga, y tenía entre los brazos un puro consumido a medias. Muebles elegantes y ofrendas del amor esparcidos. Viejas zapatillas en un voluptuoso diván. El cómodo sofá en el que me había hundido tenía cicatrices como un viejo soldado, ofrecía a las miradas sus brazos desgarrados, y tenía pegadas en su respaldo las pomadas y las brillantinas de las cabezas de todos los amigos. La opulencia y la miseria se acoplaban ingenuamente en el lecho, en las paredes, por todas partes. Era la habitación de un jugador o de un mal sujeto, cuyo lujo es completamente personal, que vive de sensaciones y no se preocupa en absoluto de las incoherencias. El cuadro no estaba, por lo demás, falto de poesía. La vida se manifestaba con sus bordados y lentejuelas y sus harapos, súbita, incompleta como realmente lo es, pero intensa, fantástica como en una parada donde el merodeador ha pillado todo lo que le agrada. Un Byron, al que le faltaban páginas, había alumbrado el fuego del joven que arriesga al juego mil francos y no tiene un leño que quemar, que anda en tálburi sin poseer una camisa presentable. Al día siguiente, una condesa, una actriz o el juego de ecarté le dan un vestuario de rey. Aquí la bujía estaba fijada en la funda verde de un encendedor fosfórico; allá yacía un retrato de mujer despojado de su marco de oro cincelado. ¿Cómo un joven naturalmente ávido de emociones, renunciaría a los atractivos de una vida tan rica de contrastes y que le proporciona los placeres de la guerra en tiempos de paz? Yo estaba adormecido cuando Rastignac abrió la puerta de su habitación de una patada y gritó:

—¡Victoria! Ya podemos morir a nuestro antojo.

»Y me enseñó su sombrero, lleno de oro; lo puso sobre la mesa, y bailamos alrededor como dos caníbales que tienen una víctima para comer, aullando, pataleando, arreándonos puñetazos como para matar rinocerontes, y cantando ante la perspectiva de conseguir todos los placeres del mundo, contenidos para nosotros en su sombrero.

»—Veintisiete mil francos —dijo Rastignac, añadiendo algunos billetes al montón de oro—. A otros, este dinero les bastaría para vivir, pero ¿nos será suficiente a nosotros para morir? ¡Oh, sí, expiraremos en un baño de oro...! ¡Hurra!

»Y más piruetas. Nos repartimos el botín como herederos, moneda a moneda, comenzando por los napoleones dobles, yendo de las piezas grandes a las pequeñas, y destilando nuestro júbilo repitiendo varias veces: «¡Tuya...! ¡Mía...!»

»—No dormiremos —dijo Rastignac—. ¡José, un ponche!

»Lanzó oro a su fiel criado, diciéndole:

»—Ahí tienes tu parte; entiérrate si puedes.

»Al día siguiente compré muebles en casa Lesage, alquilé el apartamento donde me conociste, en la calle Taitbout, y encargué su decoración al mejor tapicero. Tuve caballos. Me lancé a un torbellino de placeres vacuos y reales a la vez. Jugué, gané y perdí alternativamente enormes sumas, pero en el baile, y en casa de nuestros amigos, y nunca en las casas de juego, las cuales seguían despertando mi santo y primitivo horror. Insensiblemente, me hice amigos. Debí su adhesión a querellas o a esa facilidad confiada con que nos libramos nuestros secretos envileciéndonos en compañía; pero quizá tampoco nos entregamos de verdad si no nos empujan nuestros vicios. Aventuré algunas composiciones literarias que me valieron cumplidos. Los grandes hombres de la literatura mercante, no viendo en mí un rival temible me alabaron, menos sin duda por mi mérito personal que por fastidiar a sus camaradas. Me convertí en un *vividor*, por servirme de la expresión pintoresca consagrada por vuestro desgarrado lenguaje. Ponía amor propio en matarme rápidamente, en aplastar a los más alegres compañeros con mi verbo y mi poder. Estaba siempre rozagante, elegante. Pasaba por espiritual. Nada traicionaba en mí esa espantosa existencia que hace de un hombre un embudo, un aparato de quilo, un caballo de lujo. Pronto el desenfreno se me apareció con toda su majestad de su horror, ¡y lo comprendí! Ciertamente, los hombres cuerdos y ordenados, que etiquetan botellas para sus herederos, no pueden apenas concebir la teoría de esta larga vida, ni su estado normal; ¿inculcaréis poesía a los entes de provincia, para quienes el opio y el té, tan pródigos en delicias, no son aún sino dos medicamentos? ¿No se encuentran sibaritas incompletos en el mismo París, en esta capital del pensamiento? Incapaces de soportar el exceso de placer, ¿no se van fatigados tras una orgía, como esos buenos burgueses que, después de haber escuchado alguna nueva ópera de Rossini, condenan la música? ¿No renuncian a esta vida, como un hombre sobrio no quiere comer ya pasteles de Ruffec porque el primero le ha causado una indigestión? El desenfreno es ciertamente un arte como la poesía, y quiere almas fuertes. Para captar sus misterios,

para saborear sus bellezas, un hombre debe entregarse en cierto modo a concienzudos estudios. Como todas las ciencias, es en principio repelente, espinosa. Inmensos obstáculos rodean los grandes placeres del hombre, no sus goces en detalle, sino los sistemas que erigen en hábito las sensaciones más raras, las resumen, las fertilizan creándole una vida dramática en su vida, necesitando una exorbitante, una pronto disipación de sus fuerzas. La guerra, el poder, las artes, son corrupciones situadas tan lejos del alcance humano, tan profundas como lo es el desenfreno, y todas son de difícil acceso. Pero una vez que el hombre ha ido al asalto de esos grandes misterios, ¿no camina en un mundo nuevo? Los generales, los ministros, los artistas, son todos más o menos inclinados a la disolución, por la necesidad de oponer violentas distracciones a su existencia, tan intensa al margen de la vida corriente. Después de todo, la guerra es el desenfreno de la sangre, como la política lo es de los intereses. Todos los excesos son hermanos. Estas monstruosidades sociales poseen la potencia de los abismos, nos atraen como Santa Elena llamaba a Napoleón; producen vértigos, fascinan, y queremos ver su fondo sin saber por qué. El pensamiento del infinito existe acaso en esos precipicios, tal vez encierran algún gran halago para el hombre; ¿no le interesa, entonces, todo cuanto le concierne? Para contrastar con el paraíso de sus horas estudiantas, con los delirios de la concepción, el artista fatigado pide, lo mismo que Dios, el descanso del domingo, o bien, como el diablo, las voluptuosidades del infierno, a fin de oponer el trabajo de los sentidos al trabajo de sus facultades. El reposo de lord Byron no podía ser el picotero juego de naipes que encanta a un rentista; poeta, él quería a Grecia jugando contra Mahmoud. ¿No se convierte el hombre en la guerra en un ángel exterminador, en una especie de verdugo, pero gigantesco? ¿No hacen falta encantamientos bien extraordinarios para soportar esos atroces dolores, enemigos de nuestra canija envoltura, que envuelven las pasiones como con un cinturón espinoso? Si se retuerce convulsivamente y sufre una especie de agonía tras haber abusado del tabaco, ¿no ha asistido el fumador, en no sé qué regiones, a deliciosas fiestas? Sin darse tiempo para secarse los pies, que se hundan en la sangre hasta el tobillo, ¿no ha comenzado otra vez Europa la guerra? ¿Tiene, pues, así su embriaguez el hombre-masa, como la naturaleza tiene sus arrebatos de amor? Para el hombre privado, para el Mirabeau que vegeta bajo un reino apacible y sueña con tempestades, el desenfreno lo contiene todo, es un abrazo perpetuo de toda la vida, o mejor, un duelo con una potencia desconocida, con un monstruo. Al principio, el monstruo espanta, es preciso cogerlo por los cuernos; son inauditas fatigas. La naturaleza nos ha dado no sé qué estómago estrecho o perezoso; lo domeñamos, lo ensanchamos, aprendemos a darle vino, se doma la embriaguez, se pasan las noches insomnes, se constituye uno un temperamento de coronel de coraceros, creándose por segunda vez, como para criticar a Dios... Cuando el hombre se ha metamorfoseado así; cuando, viejo soldado, el bisoño ha amoldado su alma a la artillería, sus piernas a la marcha, sin todavía pertenecer al monstruo, pero sin saber quién de entre ellos es el amo, ruedan uno sobre otro, ahora vencedores, ahora

vencidos, en una esfera donde todo es maravilloso, donde se adormecen los dolores del alma y reviven sólo fantasmas de ideas. Esta lucha atroz se ha hecho necesaria ya. Encamando esos fabulosos personajes que, según las leyendas, han vendido su alma al diablo para obtener la facultad de hacer el mal, el disipador ha trocado su muerte contra todos los goces de la vida, pero abundantes, fecundos... En vez de discurrir largo tiempo entre dos orillas monótonas, en el fondo de un despacho o de un estudio, la existencia borbotea y huye como un torrente. En fin, el desenfreno es sin duda al cuerpo lo que son al alma los placeres místicos. La embriaguez os sume en sueños cuyas fantasmagorías son tan curiosas como pueden serlo las del éxtasis. Se tienen horas encantadoras como los caprichos de una doncella, deliciosas pláticas con amigos, palabras que describen toda una vida, alegrías francas y sin recovecos, viajes sin fatiga, poemas desarrollados en algunas frases. La brutal satisfacción de la bestia, en el fondo de la cual ha buscado la ciencia un alma, está seguida de entorpecimientos encantadores por los que suspiran los hombres hastiados de su inteligencia. ¿No sienten todos la necesidad de un reposo completo, y no es la licencia una especie de impuesto que el genio paga al mal? Tú mira a todos los grandes hombres: si no son voluptuosos, la naturaleza los crea enclenques. Burlona o celosa, una potencia les vicia el alma o el cuerpo para neutralizar los esfuerzos de su talento. Durante esas horas impregnadas de vino, los hombres y las cosas comparecen ante uno, vestidas con nuestras libreas. Rey de la creación, uno las transforma según su deseo. A través de ese delirio perpetuo, el juego nos vierte, a nuestro gusto, su plomo derretido en las venas. Un buen día, se pertenece al monstruo, y entonces se tiene, como lo tuve yo, un despertar rabioso; la impotencia se ha sentado en la cabecera de la cama. Viejo guerrero, una tisis nos devora; diplomático, un aneurisma hace que penda de un hilo en nuestro corazón la muerte; a mí, quizá una pulmonía me dirá: «Vámonos», como le dijo a Rafael de Urbino, matado por un exceso amoroso. Así es como yo he vivido. Llegaba o demasiado pronto o demasiado tarde a la vida del mundo; sin duda mi fuerza habría sido peligrosa en él, caso de que no la hubiese amortiguado así; ¿no ha sido curado de Alejandro el universo, por la copa de Hércules, al final de una orgía? En fin, a ciertos destinos burlados hace falta el cielo o el infierno, la licencia o el asilo del monte San Bernardo. Ahora mismo yo no tenía valor para moralizar a estas dos criaturas, añadió señalando a Eufrasia y Aquilina. ¿No eran mi historia personal, una imagen de mi vida? No podía en verdad acusarlas, pues se me aparecían como jueces. En medio de este poema viviente, en el seno de esta agotadora enfermedad, tuve, sin embargo, dos crisis fértiles en amargos dolores. De momento, algunos días después de haberme lanzado, como Sardanápalo, a mi pira, tropecé con Fedora bajo el peristilo de los Bouffons. Esperábamos cada uno su coche.

»—Vaya, le encuentro aún con vida...

»Esta frase era la traducción de su sonrisa, de las maliciosas y sordas palabras que dijo a su moscardón, contándole sin duda mi historia, y juzgando mi amor como un

amor vulgar. Ella aplaudía su falsa perspicacia. ¡Oh, morir por ella, adorarla aún, verla en mis excesos, en mis borracheras, en la cama de las cortesanas, y sentirme víctima de sus chanzas...! No poderme desgarrar el pecho y hurgar mi amor para arrojárselo a los pies... En fin, consumí fácilmente mi tesoro; mis tres años de régimen me habían proporcionado la más robusta salud, y el día en que me vi sin dinero estaba estupendamente. Para continuar muriendo, firmé letras de cambio a corto plazo, y llegó el día del pago. ¡Emociones crueles! ¡Y cómo hacen vivir a los corazones jóvenes! Yo no estaba hecho para envejecer aún; mi alma seguía siendo joven, vivaz y lozana. Mi primera deuda reanimó todas mis virtudes, que vinieron a paso lento y se me aparecieron desoladas. Supe transigir con ellas, como con esas viejas tías que empiezan gruñéndonos y acaban dándonos lágrimas y dinero. Más severa, mi imaginación me mostró mi nombre viajando, de ciudad en ciudad, por Europa. *Nuestro nombre es nosotros mismos*, ha dicho Eusebio Salverte. Después de recorridos errantes, iba, como el doble de un alemán, a volver a mi alojamiento, del que no había salido, para despertarme sobresaltado. Esos hombres de la banca, esos remordimientos comerciales, vestidos de gris, llevando la librea de su amo, una placa de plata, antes yo los veía con indiferencia cuando iban por las calles de París, pero ahora los odiaba por adelantado. Cualquiera mañana, ¿no vendría uno de ellos a pedirme cuentas de las once letras de cambio que yo había garrapateado? Mi firma valía tres mil francos..., y ni yo mismo los valía. Los ministriles, de rostros indiferentes a todos los desesperos, hasta a la muerte, se erguían ante mí, como los verdugos que le dicen a un condenado: «Ahora son las tres y media». Sus acólitos tenían el derecho de apoderarse de mí, de garrapatear mi nombre, de ensuciarlo, de burlarse de él. ¡Yo debía! Deber, ¿es, pues, pertenecerse? ¿No podían otros hombres pedirme cuentas de mi vida...?, ¿por qué había comido budines a la *chipolata*?, ¿por qué bebía sorbetes?, ¿por qué dormía, andaba, pensaba y me divertía, sin pagarles? En medio de una poesía, en el seno de una idea, o en la mesa, rodeado de amigos, de alegría, de suaves y amenas burlas, podía yo ver entrar a un caballero de levita color de chocolate, teniendo en mano un sombrero rapado. Y ese señor será mi deuda, será mi letra de cambio, un espectro que marchitará mi alegría, y me obligará a abandonar la mesa para hablarle; me despojará de mi contento, de mi amante, de todo, hasta de mi cama. El remordimiento es más tolerable, no nos echa a la calle ni a Santa Pelagia, no nos sume en esta execrable sentina del vicio; no nos arroja más que al cadalso, donde el verdugo ennoblece. En el momento de nuestro suplicio, todo el mundo cree en nuestra inocencia, mientras que la sociedad no deja una virtud al licencioso sin dinero. Luego esas deudas a dos patas, vestidas de paño verde, llevando gafas azules o paraguas multicolores; esas deudas encarnadas con las que topamos cara a cara en la esquina de una calle, en el momento en que sonreímos; esas gentes iban a tener el horrible privilegio de decir: «El señor de Valentín me debe y no me paga. Ya lo tengo, ¡ah, que no se le ocurra ponerme mala cara!... Hay que saludar a nuestros acreedores, saludarlos con gracia. «¿Cuándo me pagara usted?», dicen. Y nosotros nos vemos en

la obligación de mentir, de implorar dinero a otro, de curvamos ante un estúpido sentado junto a su caja, de recibir su fría mirada, mirada de sanguijuela más odiosa que una bofetada; sufrir su moral de baremo y su crasa ignorancia. Una deuda es una obra de imaginación que ellos no comprenden. Los estallidos del alma arrastran, subyugan a veces a un prestatario, mientras que nada grande subyuga, nada generoso guía a quienes viven en el dinero y sólo conocen el dinero. Yo tenía horror al dinero. En fin, la letra de cambio puede metamorfosearse en un viejo cargado de familia, flanqueado de virtudes. Quizá yo debería a un cuadro viviente de Greuze, a un paralítico rodeado de hijos, a la viuda de un soldado que me tendiese sus manos suplicantes. ¡Terribles acreedores con los cuales hay que llorar, y, cuando los hemos pagado, les debemos todavía auxilios! La víspera del vencimiento, yo me había acostado con esa falsa tranquilidad de las personas que duermen antes de su ejecución, antes de un duelo; se dejan siempre mecer por una engañosa esperanza. Pero al despertarme, cuando recobré mi sangre fría, cuando sentí mi alma aprisionada en la cartera de un banquero, tendida sobre facturas, escrita con tinta roja, mis deudas surgieron por todas partes como saltamontes; estaban en mi reloj de péndulo, sobre mis sillones, o incrustadas en los muebles de los que con más ilusión me servía. Convertidos en víctimas de las arpías del Chatelet, esos dulces esclavos materiales iban sin duda a ser arrebatados por corchetes, y brutalmente lanzados a la calle. ¡Ah, mi despojo era aún yo mismo! La campanilla de mi apartamento resonaba en mi corazón, me golpeaba donde se debe golpear a los reyes, en la cabeza. Era un martirio, sin el cielo por recompensa. Sí, para un hombre generoso, una deuda es el infierno, pero el infierno con escribanos y agentes comerciales. Una deuda impagada es la bajeza, un comienzo de tahurería y, peor aún que todo eso, es una mentira; esboza crímenes, ensambla las tablas del patíbulo. Mis letras de cambio fueron protestadas. Tres días después las pagué; he aquí cómo. Un especulador vino a proponerme que le vendiese la isla que yo poseía en el Loira, en la que estaba la tumba de mi madre. Acepté. Al firmar el contrato ante el notario de mi adquiridor, sentí en el fondo del oscuro estudio un frescor semejante al de una cueva. Me estremecí, reconociendo el mismo frío húmedo que sentí al borde de la tumba en que yacía mi padre. Acogí este azar como un funesto presagio. Me parecía oír la voz de mi madre y ver su sombra; yo no sé qué potencia hacía resonar vagamente mi propio nombre en mi oído, entre un tañido de campanas... El precio de mi isla me dejó, una vez pagadas todas las deudas, dos mil francos. Desde luego, habría podido volver a la apacible existencia del sabio, a mi buhardilla, después de experimentar la vida, y volver con la cabeza llena de observaciones inmensas y gozando ya de una especie de reputación. Pero Fedora no había soltado su presa. Nos habíamos encontrado varias veces. Yo hacía zumbiar mi nombre a su oído por sus enamorados, asombrados de mi ingenio, de mis caballos, de mis éxitos, de mis carruajes. Ella permanecía fría e insensible a todo, hasta a esta horrible frase: «Él se mata por usted», dicha por Rastignac. Yo encargaba al mundo entero mi venganza, pero no era feliz. Excavando

así la vida hasta el fango, había sentido siempre más las delicias de un amor compartido, cuyo fantasma perseguía a través de los azares de mis excesos, en el seno de las orgías. Para mi desdicha, estaba engañado en mis bellas creencias, castigados mis favores por la ingratitud, recompensado de mis faltas por mil placeres. Siniestra filosofía, pero verdadera para el licencioso. En resumen, Fedora me había contagiado la lepra de la vanidad. Sondeando mi alma, la encontraba gangrenada, podrida. El demonio me había impreso su tizón en la frente. Me era ya imposible privarme de los sobresaltos continuos de una vida arriesgada en todo momento, y de los execrables refinamientos de la riqueza. Millonario, lo habría jugado, comido, dilapidado todo. No quería ya quedar solo conmigo mismo. Tenía necesidad de cortesanas, de falsos amigos, de vino, de buena mesa, para aturdirme. Los lazos que atan a un hombre a la familia estaban rotos en mí para siempre. Galeote del placer, debía cumplir mi destino de suicida. Durante los últimos días de mi fortuna, cometí cada noche excesos increíbles; pero cada mañana la muerte me lanzaba a la vida. Semejante a un rentista vitalicio, habría podido pasar tranquilamente a través de un incendio. Finalmente me encontré solo con una moneda de veinte francos, y recordé entonces la suerte de Rastignac...

»—¡Eh, eh...! —exclamó Rafael, pensando de golpe en su talismán, que se sacó del bolsillo.

Bien fuese porque fatigado de las luchas de aquel largo día, no tuviese ya fuerza para gobernar su inteligencia entre los vapores del vino y del ponche, o porque exasperado por la imagen de su vida se hubiese insensiblemente embriagado por el torrente de sus palabras, Rafael se animó, se exaltó como un hombre completamente privado de razón.

—¡Al diablo la muerte! —exclamó blandiendo la piel—. ¡Ahora quiero vivir! Soy rico, tengo todas las virtudes. Nada me resistirá. ¿Quién no sería bueno, pudiéndolo todo? ¡Eh, eh! ¡Oíd! He deseado doscientas mil libras de renta, y las tendré. ¡Saludadme, puercos que os revolcáis sobre estas alfombras como sobre estiércol! ¡Me perteneces, famosa propiedad! Soy rico; puedo compraros a todos, hasta al diputado que ronca allá. ¡Ea, canalla de la alta sociedad, bendecidme! Soy Papa.

En este momento las exclamaciones de Rafael hasta entonces apagadas por los ronquidos, se oyeron y se entendieron. La mayoría de los durmientes se despertaron gritando, vieron al interruptor inseguro sobre sus piernas y maldijeron su ruidosa borrachera con un concierto de juramentos.

—¡Callad! —rugió con estentórea voz Rafael—. ¡Perros, a vuestras perreras! Emilio, tengo tesoros, te daré puros de la Habana.

—Ya te he oído —respondió el poeta—. ¡Fedora o la muerte! Continúa. Esa azucarada Fedora te ha engañado. Todas las mujeres son hijas de Eva. Tu historia no tiene nada de dramático.

—¡Ah! ¿Dormías, zorro?

—No... Fedora o la muerte; te sigo.

—¡Despierta! —gruñó Rafael golpeando a Emilio con la piel de chagrén como si quisiera sacarle flúido eléctrico.

—¡Diablos! —exclamó Emilio, levantándose y trincando a Rafael de la cintura—. Amigo mío, piensa que estás con mujeres de mala vida.

—¡Soy millonario!

—Si no eres millonario, no cabe duda de que estás borracho.

—Borracho de poder. ¡Puedo matarte!... ¡Silencio, soy Nerón! ¡Soy Nabucodonosor!

—Pero, Rafael, estamos en mala compañía; deberías callar, siquiera por dignidad...

—Mi vida ha sido un demasiado largo silencio. Ahora voy a vengarme del mundo entero. No me divertiré derrochando viles escudos, sino que imitaré, resumiré mi época consumiendo vidas humanas, e inteligencias, almas. He ahí un lujo que no es mezquino, ¿no es así? ¡La opulencia de la peste! Lucharé contra la fiebre amarilla, verde, azul; contra los ejércitos y contra los patíbulos. Puedo tener a Fedora... Pero no, no quiero a Fedora; ella es mi enfermedad, muero de Fedora. ¡Quiero olvidar a Fedora!

—Si continúas chillando, te llevo al comedor.

—¿Ves esta piel? Es el testamento de Salomón. Salomón es mío, ese pequeño y pedante rey. Tengo la Arabia Pétreá aún. El universo es mío. Tú me perteneces, si yo quiero. Y lo quiero; ten cuidado... Puedo comprar tu tienda de periodista; tú serás mi criado. Tú me harás tiradas, compondrás mis artículos. ¡Criado! Vale.

Al oír estas palabras, Emilio se llevó a Rafael al comedor.

—Pues bien, sí, amigo mío —le dijo—, soy tu criado. Pero tú vas a ser redactor jefe de un periódico; ¡cállate sé decente, en consideración a mí! ¿Me aprecias?

—¡Que si te aprecio! Tendrás puros habanos, con esta piel. Siempre la piel, amigo mío; ¡la piel soberana! Excelente tópico, puedo curar los callos. ¿Tienes callos? Te los quito en un santiamén.

—Nunca te había visto tan estúpido...

—¿Estúpido, amigo mío? No. Esta piel se estrecha cuando yo tengo un deseo...; es una antífrasis. El brahmán... —Hay un brahmán aquí dentro—, el brahmán, pues, era un socarrón, porque los deseos, ¿comprendes?, deben aumentar...

—Claro.

—Te digo...

—Sí, es mucha verdad, yo pienso como tú. El deseo aumenta...

—Te digo que la piel...

—Sí.

—No me crees. Te conozco, amigo mío; eres embustero como un nuevo rey.

—¿Cómo quieres que acoja las divagaciones de tu borrachera?

—Te apuesto, puedo probártelo. Tomemos la medida...

—Vaya, no se dormirá —exclamó Emilio, viendo a Rafael ocupado en escudriñar

por el comedor.

Valentín, animado por una habilidad de mono, gracias a esa singular lucidez cuyos fenómenos contrastan a veces en los borrachos con las obtusas visiones de la embriaguez, supo hallar un escritorio y una toalla, repitiendo de continuo:

—¡Tomemos la medida! ¡Tomemos la medida!

—Bueno, sí, tomemos la medida —convino Emilio.

Los dos amigos tendieron la toalla y pusieron en ella la piel de chagrén. Emilio, cuya mano parecía más segura que la de Rafael, trazó con pluma, mediante una línea de tinta, los contornos del talismán, mientras que su amigo le decía:

—He deseado doscientas mil libras de renta, ¿no es verdad? Pues bien, cuando las tenga, verás la disminución de mi chagrén.

—Sí. Y ahora duerme. ¿Quieres que te tienda en un canapé? ¿Estás bien así?

—Sí, mi crío de la prensa. Tú me divertirás, me espantarás las moscas. El amigo en la desgracia tiene el derecho de ser el amigo en el poder. Así te daré pur... ros... ha... ba...

—Vamos, duerme la mona de tu oro, millonario.

—Y tú, duerme la mona de tus artículos. Buenas noches. ¡Ea, dale las buenas noches a Nabucodonosor!... ¡Amor! ¡A beber! Francia... gloria... y rico... rico...

Pronto los dos amigos unieron sus ronquidos a la música de los salones. ¡Concierto inútil! Las bujías se apagaron una a una, haciendo estallar sus arandelas de cristal. La noche envolvió con su negro crespón la larga orgía, en la que el relato de Rafael había sido como una orgía de palabras, de frases sin ideas, y de ideas a las cuales faltaron a menudo las expresiones.

A la mañana siguiente, hacia mediodía, la bella Aquilina se levantó, bostezando, fatigada, y con las mejillas marcadas por los resaltes del taburete forrado de terciopelo pintado, en el que había apoyado la cabeza. Eufrasia, al despertarla los movimientos de su compañera, se incorporó y soltó un grito ronco; su lindo rostro, tan blanco, tan lozano la víspera, estaba amarillo y pálido como el de una muchacha camino del hospital. Insensiblemente, los convidados se removieron con gruñidos siniestros, sintiéndose con los brazos y las piernas envarados, aparte de otras mil diversas fatigas que les abrumaron al despertar. Un criado vino a abrir las persianas y las ventanas de los salones. La asamblea estuvo poco después toda en pie, llamada a la vida por los cálidos rayos del sol que cabrilleaba sobre las cabezas de los durmientes. Los movimientos del sueño habían destruido el elegante edificio de los peinados y chafado los vestidos de las mujeres, por lo que, heridas por la viva luz del día, ofrecieron un lamentable espectáculo: sus cabellos pendían sin gracia, sus rostros habían cambiado de expresión, y sus ojos, tan brillantes, los enturbiaba la fatiga. Los tintes oliváceos, que tanto relucían bajo la luz artificial, causaban horror; los rostros linfáticos, tan blancos, tan suaves cuando están relajados, tenían un tono verde; las bocas, antes deliciosas y rojas, y ahora secas y blancas, acusaban los vergonzosos estigmas de la embriaguez. Los hombres renegaban de sus amantes nocturnas,

viéndolas descoloridas, cadavéricas como las flores aplastadas en una calle después del paso de las procesiones. Esos hombres desdeñosos estaban más horribles aún. Os habríais estremecido al ver sus rostros humanos, de ojos hundidos y ojerosos, que parecían no ver nada, embotados por el vino, alelados por un sueño incómodo, más agotador que reparador. Esos rostros desencajados, en los que aparecían al desnudo los apetitos físicos sin la poesía con que les decora nuestra alma, tenía yo no sé qué de feroz y de fríamente bestial. El despertar del vicio sin atavíos ni afeites, el esqueleto del mal andrajoso, frío, vacío y privado de los sofismas del ingenio o de los encantos del lujo, espantó a los intrépidos atletas, por acostumbrados que estuviesen a luchar con el desenfreno. Artistas y cortesanas guardaron silencio examinando con extraviada mirada el desorden del apartamento, en el que todo había sido devastado, asolado por el fuego de las pasiones. Una risa satánica se elevó de pronto, cuando Taillefer, al oír el sordo estertor de sus invitados, intentó saludarles con una mueca; su rostro sudoroso y sanguinolento hizo planear sobre esa escena infernal la imagen del crimen sin remordimientos^[12]. El cuadro resultaba completo. Era la vida cenagosa en el seno del lujo, una horrible mezcla de las pompas y las miserias humanas, el despertar de la orgía, cuando con sus fuertes manos ha exprimido todos los frutos de la vida, para no dejar en su derredor más que innobles despojos o mentiras en las cuales ya no se cree. Se habría dicho la Muerte sonriendo en medio de una familia apestada. No más perfumes ni luminarias aturdidoras, no más alegría ni deseos, sino el asco con sus olores nauseabundos y su punzante filosofía, pero sol destellante como la verdad, pero un aire puro como la virtud, que contrastaban con una atmósfera sofocante, cargada de miasmas, las miasmas de una orgía... A pesar de su hábito del vicio, muchas de esas jóvenes pensaron en su despertar de otros tiempos, cuando, inocentes y puras, entreveían a través de sus ventanas campestres, adornadas de madreselvas y de rosas, un fresco paisaje encantado por los alegres trinos de la calandria, vaporosamente iluminado por los resplandores de la aurora y enriquecido con las fantasías del rocío. Otras evocaron la comida en familia, en torno a cuya mesa reían inocentemente los niños y el padre, donde todo respiraba un encanto indefinible, y las viandas eran sencillas como los corazones. Un artista pensaba en la paz de su taller, en su casta estatua, en la graciosa modelo que le esperaba. Un joven, recordando el proceso del que dependía la suerte de una familia, pensaba en la importante transacción que reclamaba su presencia. El sabio echaba de menos su gabinete, donde le esperaba una noble obra. Casi todos se quejaban de sí mismos. En ese momento, Emilio, fresco y rosado como el más peripuesto y guapo de los dependientes de una tienda de modas, apareció riendo.

—Estáis más feos que corchetes —exclamó—. No podréis hacer nada hoy; ya hemos perdido el día, y opino que debemos comer.

Al oírle, Taillefer salió para dar órdenes. Las mujeres fueron lánguidamente a corregir el desorden de sus tocados ante los espejos. Todo el mundo se despabiló. Los más viciosos sermonearon a los más cuerdos. Las cortesanas se rieron de los que no

parecían tener fuerzas para continuar el tremendo festín. En un instante los espectros se animaron, formaron grupos, se interrogaron y sonrieron. Algunos criados, hábiles y diligentes, pronto pusieron los muebles y cada objeto en su sitio. Se sirvió una espléndida comida. Los convidados volaron al comedor. Allí sí, todo tenía la huella imborrable de los excesos de la víspera, por lo menos también había trazos de vida y de pensamiento, como en las últimas convulsiones de un moribundo. Semejante al entierro de la sardina del Martes Santo, a la saturnal la enterraban las máscaras fatigadas de sus bailes, borrachas de borrachera, y queriendo convencer al placer de impotencia, para no confesar la suya.

En el momento en que esa intrépida asamblea rodeó la mesa del capitalista, Cardot, quien la víspera había desaparecido prudentemente después de la cena, para rematar su orgía en el lecho conyugal, mostró su rostro oficioso, sobre el cual vagaba una suave sonrisa. Parecía como si adivinara alguna herencia que paladear, que repartir, que inventariar, que compulsar; una herencia llena de actas que había que extender, de pingües honorarios, tan jugosa como el tembloroso filete en el que hundía ahora su cuchillo el anfitrión.

—¡Vaya, vaya, vamos a comer ante notario! —exclamó de Cursy.

—Llegáis a propósito para anotar y rubricar todas estas piezas —le dijo el banquero señalándole el festín.

—No hay testamento que hacer, pero en cuanto a los contratos de casamiento, acaso... —dijo el sabio, quien por primera vez desde hacía un año se había desposado superiormente.

—¡Oh, oh!

—¡Ah, ah!

—Un momento —replicó Cardot, ensordecido por un coro de bromas pesadas—. Vengo aquí por un asunto serio. Traigo seis millones a uno de vosotros. (Silencio profundo.) Señor —añadió dirigiéndose a Rafael, quien en ese momento se ocupaba, sin ceremonia, en limpiarse los ojos con la punta de su servilleta—. ¿Su señora madre no fue una señorita O’Flaharty?

—Sí —respondió Rafael maquinalmente—. *Bárbara-Maria*.

—¿Tiene usted aquí —prosiguió Cardot— su partida de nacimiento y el de la señora de Valentín?

—Me parece que sí.

—Pues bien, señor; en ese caso usted es el solo y único heredero del comandante O’Flaharty, quien falleció en agosto del 1828, en Calcuta.

—¡Es una fortuna *incalculable!* —exclamó el criticastro.

—Habiendo dispuesto el comandante por su testamento diversas sumas en favor de algunos establecimientos públicos, su sucesión ha sido reclamada a la Compañía de las Indias por el gobierno francés —prosiguió el notario—. En este momento es líquida y palpable. Desde hace quince días buscaba yo infructuosamente a los derecho-habientes de la señorita Bárbara-María O’Flaharty, cuando ayer, en la

mesa...

En ese momento, Rafael se levantó de pronto, con el brusco movimiento del hombre que recibe una herida. Se produjo como una aclamación silenciosa; el primer sentimiento de los invitados fue dictado por una sorda envidia, y todos los ojos se volvieron hacia él como otras tantas llamas. Luego un murmullo, semejante al de un público que se agita; un rumor de motín comenzó, creció, y cada uno dijo una palabra para saludar a la inmensa fortuna traída por el notario. Vuelto a sus cabales por la diligente y súbita obediencia de la suerte, Rafael extendió con rapidez sobre la mesa la toalla con que antes había medido la piel de chagrén. Sin escuchar nada, puso encima el talismán, y se estremeció involuntariamente al ver una pequeña distancia entre el contorno trazado sobre el lienzo y el de la piel.

—Bueno, ¿y qué pasa? —exclamó Taillefer—. Tiene su fortuna a poca costa.

—¡*Sostente, Chatillon!* —dijo Bixiou a Emilio—. La alegría va a matarle.

Una gran palidez subrayó los músculos del ajado rostro del heredero, sus facciones se contrajeron, los relieves de su cara se blanquearon, los huecos se ensombrecieron, la fisonomía se puso lívida y los ojos quedaron como fijos. Veía la Muerte. El espléndido banquero, rodeado de mustias cortesanas de rostros saciados, una agonía del deleite, era la imagen viviente de su vida. Rafael miró tres veces el talismán, el cual estaba entre las despiadadas líneas impresas en la toalla; intentó dudar, pero un claro presentimiento aniquiló su incredulidad. El mundo le pertenecía, lo podía todo y no quería ya nada. Como un viajero en medio del desierto, tenía un poco de agua para la sed y debía medir su vida por el número de tragos. Veía lo que cada deseo había de costarle en días. Creía ya en la piel de chagrén, se oía respirar, se sentía enfermo, y se preguntaba:

—¿No estaré tísico? ¿No murió mi madre del pecho?

—¡Vaya, vaya, Rafael; bien que se va usted a divertir! ¿Qué me dará? —decía Aquilina.

—Bebamos a la muerte de su tío, el comandante O'Flaharty. ¡He aquí un hombre!

—Será par de Francia.

—¡Bah...! ¿Qué es ser par de Francia después de julio? —dijo el criticastro.

—¿Tendrás tu palco en los Bouffons?

—Espero que nos convidarás a todos —dijo Bixiou.

—Un hombre como él sabe hacer las cosas en grande —dijo Emilio.

El vítor de esa jubilosa asamblea resonaba en los oídos de Valentín sin que pudiera captar el sentido de una sola palabra; pensaba vagamente en la existencia mecánica y sin deseos de un campesino de la Bretaña, cargado de hijos; labrando su campo, comiendo pan de alforfón, bebiendo sidra de su *pichel*, creyendo en la Virgen y en el rey, comulgando por Pascuas, bailando el domingo sobre el verde césped, y no comprendiendo el sermón de su *rector*. El espectáculo ofrecido en ese momento a sus ojos los frisos dorados, las cortesanas, el ágape, el lujo, se le atragantaban y le hacían toser.

—¿Quiere usted espárragos? —le preguntó el banquero.

—¡Yo no quiero nada! —respondió Rafael con voz estentórea.

—¡Bravo! —replicó Taillefer—. Usted comprende la fortuna; es una patente de impertinencia. ¡Usted es de los nuestros! Señores, bebamos al poder del oro. El señor de Valentín convertido en seis veces millonario llega al poder. Es rey, lo puede todo, está por encima de todo, como lo están los ricos. Para él, desde ahora, lo de *Los franceses son iguales ante la ley* es una mentira que encabeza la Constitución. Él no obedecerá a las leyes, sino que las leyes le obedecerán. ¡No hay patíbulo ni verdugos para los millonarios!

—Sí —replicó Rafael—, ellos mismos son sus verdugos.

—¡Todavía un prejuicio! —exclamó el banquero.

—¡Bebamos! —dijo Rafael, metiéndose el talismán en el bolsillo.

—¿Qué haces? —dijo Emilio deteniéndole la mano—. Señores —añadió dirigiéndose a la asamblea, sorprendida de las maneras de Rafael—, sepan que nuestro amigo de Valentin, ¿qué digo?, *el señor marqués de Valentín*, tiene un secreto para hacer fortuna; Sus deseos se cumplen en el mismo momento en que los formula. Y si no tiene alma de lacayo, si no es un hombre sin corazón, nos va a enriquecer a todos.

—¡Ah, mi pequeño Rafael, yo quiero un aderezo de perlas! —exclamó Eufrasia.

—Si es agradecido, me dará dos coches con un tronco de los mejores caballos, y que sean veloces —dijo Aquilina.

—¡Deseo cien mil libras de renta para mí!

—¡Cachemires!

—¡Pague mis deudas!

—¡Envíe una apoplejía a mi tío!

—¡Rafael, sólo espero de ti diez mil libras de renta!

—¡Ya son donaciones! —exclamó el notario.

—¡Debería curarme de la gota!

—¡Haga bajar los impuestos! —exclamó el banquero.

Todas estas frases fluyeron como el haz de un ramillete que remata un fuego de artificio. Los furiosos deseos quizá eran más serios que jocosos.

—Mi querido amigo —dijo Emilio con aire grave—, yo me contentaré con doscientas mil libras de renta; realízalo de buen grado, anda.

—Emilio —respondió Rafael—, ¿tú no sabes, entonces, a qué precio...?

—¡Buena excusa! —replicó el poeta—. ¿No debemos sacrificarnos por nuestros amigos?

—Casi siento ganas de desearos la muerte a todos —dijo Valentín, dirigiendo una mirada sombría y grave a los invitados.

—Los moribundos son furiosamente crueles —dijo Emilio riendo—. Héte aquí rico —añadió seriamente—; pues bien, no te doy dos meses para que te vuelvas asquerosamente egoísta. Eres ya estúpido, no comprendes una broma. Ya no te falta

más sino que creas en tu piel de chagrén...

Rafael, que temía las burléis de la reunión, se calló, bebió con exceso y se emborrachó para olvidar por un momento su funesto poder.

III

LA AGONÍA

En los primeros días del mes de diciembre, un viejo septuagenario iba, a pesar de la lluvia, por la calle de Varenne, levantando la nariz ante cada puerta, buscando la del señor marqués Rafael de Valentín con la ingenuidad de un niño y el aire absorto de los filósofos. La huella de un violento pesar en conflicto con un carácter despótico estaba impresa en aquel rostro de largos y blancos cabellos en desorden, desecado como un viejo pergamino que se retuerce en el fuego. Si algún pintor hubiese tropezado con ese singular personaje, vestido de negro, flaco y huesudo, sin duda que de vuelta al taller lo habría transfigurado en su álbum, inscribiendo debajo del retrato: *Poeta clásico en busca de una rima*. Después de comprobar el número que le había indicado, esa viviente palingenesia de Rollin^[13] llamó suavemente a la puerta de una magnífica mansión.

—¿Está don Rafael? —preguntó el buen hombre a un portero de librea.

—El señor marqués no recibe a nadie —respondió el criado, engullendo un trozo de bollo que había remojado en un tazón de café con leche.

—Su coche está ahí —respondió el viejo desconocido, señalando un charolado carruaje parado bajo un techo de madera que resguardaba los peldaños de la escalinata—. Va a salir; le esperaré.

—Ah, buen viejo, ya puede quedarse aquí hasta mañana —respondió el suizo—. Siempre hay un coche dispuesto para el señor. Pero váyase, se lo ruego; perdería seiscientos francos de renta vitalicia si yo dejase una sola vez entrar sin que se me ordenase a una sola persona que no sea de la casa.

En aquel momento, un corpulento viejo, cuyo vestido se parecía bastante al de un ujier de un ministerio, salió del vestíbulo y bajó precipitadamente algunos peldaños, examinando al pasmado postulante.

—Por lo demás, he aquí al señor Jonatás. Háblele a él.

Los dos viejos, atraídos mutuamente por una simpatía o por una mutua curiosidad, se encontraron en medio de un amplio patio de honor, en una plazoleta circular en la que asomaban algunos hierbajos entre las juntas del pavimento. Un silencio alarmante reinaba en aquella mansión. Al ver a Jonatás, se habría querido desentrañar el misterio que se reflejaba en su rostro, y del que hablaban las menores cosas en aquella lúgubre mansión. El primer cuidado de Rafael, al recoger la inmensa herencia de su tío, fue descubrir dónde vivía el viejo y abnegado servidor con cuyo afecto podía contar. Jonatás lloró de alegría al volver a ver a su joven señor, a quien creía haber dicho un adiós eterno; pero nada igualó su dicha cuando el marqués le promovió a las eminentes funciones de mayordomo. El viejo Jonatás se convirtió en

un poder intermedio situado entre Rafael y el mundo entero. Ordenador supremo de la fortuna de su señor, ciego ejecutor de un pensamiento desconocido, era como un sexto sentido a través del cual llegaban a Rafael las emociones de la vida.

—Señor, desearía hablar a don Rafael —dijo el viejo a Jonatás, subiendo algunos peldaños de la escalinata para resguardarse de la lluvia.

—¿Hablar al señor marqués...? —exclamó el mayordomo—. Si casi no me dirige la palabra a mí, el marido de su nodriza.

—Yo también lo soy —exclamó el viejo—. Si su mujer lo crio, yo le hice beber el néctar de las musas. Es mi hijo de leche, mi criatura, *carus alumnos*. Yo he formado su cerebro, cultivado su entendimiento, desarrollado su genio, y me atrevo a decir que es mi honor y gloria. ¿No es uno de los hombres más notables de nuestra época? Lo he tenido conmigo en sexto curso, en tercero y en retórica. Soy su profesor.

—¡Ah!, ¿el señor es el señor Porriquet?

—Precisamente. Pero, señor...

—¡Chist, chist! —hizo Jonatás a dos marmitones cuyas voces rompían el silencio claustral en que estaba sepultada la casa.

—¿Es que está enfermo el señor marqués, señor? —preguntó el profesor.

—Mi estimado señor —respondió Jonatás—, sólo Dios sabe lo que tiene mi amo. Ya ve usted, no existen en París dos casas que se parezcan a la nuestra. ¿Lo oye?, dos casas. Seguro que no. El señor marqués ha hecho comprar esta mansión, que perteneció antes a un duque y par. Ha gastado trescientos mil francos en amueblarla. Son una suma trescientos mil francos, ¿no le parece? Pero cada pieza de nuestra casa es un verdadero milagro. «¡Bueno!, me dije al ver tanta magnificencia; es como en casa del difunto señor su abuelo:, el joven marqués va a recibir a lo más granado de la villa y la corte» Pues nada. El señor no ha querido ver a nadie. Lleva una vida rarísima, señor Porriquet, ¿lo entiende usted? Una vida *inconciliable*. El señor se levanta todos los días a la misma hora. Únicamente yo, yo sólo, ¿comprende usted?, puede entrar en su dormitorio. Abro a las siete, en verano como en invierno. Así está singularmente convenido. Al entrar, le digo:

—Señor marqués, tiene que despertarse y vestirse.

»Entonces él se levanta y se viste. Le doy su bata, siempre hecha de la misma manera y del mismo paño. Estoy obligado a cambiarla cuando está algo usada, nada más que para evitarle la molestia de pedir una nueva. ¡Esa imaginación! Al grano; destina mil francos para comer cada día, hace lo que quiere ese querido muchacho. Además, yo le quiero tanto, que si me diese una bofetada en la mejilla derecha, le presentaría la izquierda. Me dirá que haga cosas más difíciles, y las haré, ¿me comprende? Por otra parte, me ha encargado de tantas menudencias, que tengo en qué ocuparme. Lee los periódicos, ¿no es eso? Orden de ponerlos en el mismo sitio, en la misma mesa. Yo voy también, a la misma hora, a afeitarse, y no tiemblo. El cocinero perdería mil escudos de renta vitalicia, que le esperan después de la muerte del señor, si no encontrase la comida servida *inconciliablemente* a las diez todas las mañanas, y

la cena a las cinco en punto. El menú está establecido para todo el año, día por día. El señor marqués no tiene nada que reclamar. Fresas cuando es la época, y la primera caballa que llega a París la come él. El programa está impreso; por la mañana sabe de memoria su cena. Se viste también a la misma hora, con la misma ropa exterior e interior, dispuesta siempre por mí, ¿comprende usted?, sobre el mismo sofá. Debo aún cuidar de que tenga el mismo paño; en caso de necesidad, si su levita se estropea, una suposición, reemplazarla por otra, sin decirle palabra. Si hace buen tiempo, entro y le digo a mi amo.

—¡Debería salir, señor!

»Él me responde sí o no. Si se le ocurre pasearse, no espera los caballos, siempre están enganchados: el cochero permanece *inconciliablemente*, látigo en mano, como lo está usted viendo. Por la tarde, luego de la cena, el señor va un día a la ópera y el otro a los Ital..., pero no, aún no ha ido a los Italianos; no he podido conseguir un palco hasta ayer. Luego entra a las once en punto para acostarse. Durante los intervalos de las jornadas que no hace nada, lee, lee siempre; ya ve usted qué capricho. Tengo la orden de leer antes que él la *Revista de la Librería*, a fin de comprar los libros nuevos, para que el mismo día de su venta los tenga sobre su chimenea. Y tengo la consigna de entrar de hora en hora en su habitación, para cuidar del fuego, de todo, para asegurarme de que no le falta nada. Me ha dado, señor, un librito para que me lo aprenda de memoria, en el que están anotados todos mis deberes... ¡Un verdadero catecismo! En verano debo mantener, a base de hielo, la temperatura al mismo grado de frescor, y poner en toda estación flores nuevas por todas partes. Es rico. Destina mil francos diarios para comer, puede satisfacer sus caprichos... Durante bastante tiempo careció de lo necesario, pobre pequeño... No molesta a nadie, es bueno como el pan, jamás dice una palabra más alta que la otra, pero eso sí... silencio completo en la casa y en el jardín. En fin, mi amo no tiene un solo deseo que formular; todo marcha como anillo al dedo, y ¡*recto!* Él tiene razón: si no se gobierna como es debido a los criados, todo va a la desbandada. Yo le digo todo lo que él tiene que hacer, y él me escucha. No podría usted creer hasta qué extremos ha llevado la cosa. Sus habitaciones están en... en... ¿cómo se dice?, ah, sí, en enfilada. Pues bien, él abre, una suposición, la puerta de su dormitorio, o de su despacho, y ¡crac!, todas las demás puertas se abren por sí mismas mediante un mecanismo. Así, puede ir de un extremo a otro de la casa sin hallar una sola puerta cerrada. Es original y cómodo, y agradable para nosotros. Claro que ha costado lo suyo... En fin, finalmente, señor Porriquet, él me ha dicho:

»—Jonatás, cuidarás de mí como de un niño en pañales... En pañales, sí, señor; en pañales ha dicho. Pensarás en mis necesidades por mí... Soy el amo, ¿usted lo comprende?, y él es casi el criado. ¿El porqué? ¡Ah, caramba, eso es lo que nadie en el mundo lo sabe, sino él y Dios. ¡Es *inconciliable!*

—Escribe un poema —opinó el viejo profesor.

—¿Usted cree, señor, que escribe un poema? Supone mucha sujeción eso. Pero

vea usted, yo no lo creo. Me repite a menudo que quiere vivir como una *vergetación*, *vergetando*. Y no más tarde que ayer, señor Porriquet, contemplaba un tulipán, y decía al vestirse:

»—Esta es mi vida... *Vergeta*, mi pobre Jonatás. Otros pretenden ahora que es *manómano*. ¡Es *inconciliable*!

—Todo me demuestra, Jonatás —repuso el profesor con una gravedad magistral que impuso un profundo respeto al viejo ayuda de cámara—, que su amo está metido en una gran obra. Sumido en hondas meditaciones, no quiere que le distraigan con las preocupaciones de la vida vulgar. En medio de sus trabajos intelectuales, un hombre de genio lo olvida todo. Un día, el célebre Newton...

—Ah, Newton; bueno... —dijo Jonatás—. No le conozco.

—Newton, un gran geómetra —prosiguió Porriquet—; se pasó veinticuatro horas con el codo apoyado en una mesa; cuando salió de su meditación, creyó al día siguiente estar aún en la víspera, como si hubiese dormido... Voy a ver a esa querida criatura, puedo serle útil.

—¡Un momento! —exclamó Jonatás—. Aunque usted fuese el rey de Francia, el Antiguo, se comprende, no entraría, a menos que echase abajo las puertas y pasase sobre mi cuerpo....Pero, señor Porriquet, corro a decirle que usted está aquí, y le preguntaré así: «¿Es necesario hacerle subir?», y él responderá sí o no. Nunca le digo: *¿Desea que? o ¿quiere que?* Estas palabras están borradas de la conversación. Una vez se me escaparon unas así, me rugió: «¿Es que quieres matarme?».

Jonatás dejó al viejo profesor en el vestíbulo, haciéndole una señal de que no avanzara, pero no tardó en volver con una respuesta favorable, y guio al viejo emérito a través de suntuosos aposentos, cuyas puertas estaban abiertas. Porriquet divisó de lejos a su alumno en el rincón de una chimenea. Envuelto en un batín de grandes dibujos y retrepado en un sofá de muelles, Rafael leía el periódico. La extrema melancolía de que parecía víctima se advertiría en la enfermiza actitud de su cuerpo postrado, estaba grabada en su frente, en su rostro pálido como una flor marchita. Una especie de gracia afeminada y las singularidades particulares de los enfermos ricos distinguían su persona. Sus manos, semejantes a las de una bella mujer, tenían una blancura blanda y delicada. Sus rubios cabellos, escasos ahora, se ensortijaban hacia las sienes con una coquetería rebuscada. Una barretina griega, con una borla demasiado pesada para el ligero cachemir de que estaba hecha, pendía hacia un lado de su cabeza. Había dejado caer a sus pies el cuchillo de malaquita con incrustaciones de oro que le había servido para cortar las hojas de un libro. Sobre las rodillas tenía la boquilla de ámbar de un magnífico sahumero de la India, cuyas esmaltadas espirales yacían como una serpiente en su habitación, olvidado él de aspirar los frescos perfumes. Sin embargo, la debilidad general de su joven cuerpo estaba desmentida por unos ojos azules de los que parecía haberse retirado toda vida, brillando un extraordinario sentimiento que impresionaba en el acto. Aquella mirada hacía daño. Unos podían leer en ella la desesperación; otros, adivinar un combate interior, tan

terrible como un remordimiento. Era la profunda mirada del impotente que refluye sus deseos al fondo de su corazón, o la del avaro gozando con el pensamiento de todos los placeres que su dinero podría procurarle, y negándose a ellos para no mermar su tesoro; o la mirada de Prometeo encadenado, de Napoleón caído, que sabe en el Elíseo, en el 1815, la falta estratégica cometida por sus enemigos, que pide el mando por veinticuatro horas y no lo obtiene. Verdadera mirada de conquistador y de condenado, y, mejor aún, la mirada que varios meses antes había dirigido Rafael al Sena o a su última moneda de oro puesta sobre el tapete verde. Sometía su voluntad y su inteligencia al tosco buen sentido de un viejo campesino apenas civilizado por una domesticidad de cincuenta años. Casi gozoso de convertirse en una especie de autómata, abdicaba de la vida para vivir y despojaba a su alma de todas las poesías del deseo. Para luchar mejor contra el cruel poder cuyo desafío había aceptado, se hizo casto a la manera de Orígenes, castrando su imaginación. El día siguiente del que, súbitamente enriquecido por un testamento, vio menguar su piel de chagrén, había estado en casa de su notario. Allí, un médico bastante en boga había contado seriamente, a los postres, cómo se había curado un suizo atacado de pulmonía. Ese hombre no había dicho una palabra durante diez años, y se sometió a no respirar sino seis veces por minuto en el denso aire de una vaquería, siguiendo un régimen alimenticio extremadamente suave. «¡Yo seré ese hombre!», se dijo para sus adentros Rafael, quien quería vivir a toda costa. En el seno del lujo, llevó la vida de una máquina de vapor. Cuando el viejo profesor contempló aquel joven cadáver, se estremeció; todo le pareció artificial en aquel cuerpo delicado y endeble. Examinando al marqués de mirada devoradora, de frente preñada de pensamientos, no pudo reconocer al alumno de tez lozana y rosada, de miembros juveniles, cuyo recuerdo había conservado. Si el buen hombre clásico, crítico sagaz y coleccionista de buen gusto, había leído a lord Byron, habría creído ver a Manfredo allí donde hubiera deseado ver a Childe-Harold.

—Buenos días, padre Porriquet —dijo Rafael, estrechando los dedos helados del viejo con su mano ardiente y húmeda—. ¿Cómo está usted?

—Oh, bien —respondió el viejo, asustado por el contacto de aquella mano febril—. ¿Y usted?

—Espero seguir con buena salud.

—¿Trabaja sin duda en alguna obra importante?

—Pues no —respondió Rafael—. *Exegi monumentum*, padre Porriquet; he acabado una gran página, y he dicho adiós para siempre a la ciencia. Apenas sé dónde está mi manuscrito.

—¿Sin duda que el estilo será puro? —preguntó el profesor—. Espero que no habrá adoptado el bárbaro lenguaje de esa nueva escuela que cree hacer maravillas inventando a Ronsard.

—Mi obra es una obra puramente fisiológica.

—¡Oh, ya está todo dicho! —replicó el profesor—. En las ciencias, la gramática

debe prestarse a las exigencias de los descubrimientos. Sin embargo, hijo mío, un estilo claro, armonioso, la lengua de Massillon, de Buffon, del gran Racine, un estilo clásico, en fin, no perjudica nunca nada... Pero, amigo mío, olvidaba el objeto de mi visita. Se trata de una visita interesada.

Recordando demasiado tarde la verbosa elegancia y las elocuentes perífrasis a las cuales un largo profesorado había habituado a su maestro, Rafael casi se arrepintió de haberlo recibido, pero en el momento en que iba a desear verle fuera reprimió al punto su secreto deseo, lanzando una furtiva mirada a la piel de chagrén, suspendida ante él y aplicada sobre un lienzo blanco, en el cual sus fatídicos contornos estaban escrupulosamente dibujados por una línea roja que la encuadraba exactamente. Después de la fatal orgía, Rafael ahogaba el más ligero de sus caprichos, y vivía de manera que no produjese el menor estremecimiento al terrible talismán. La piel de chagrén era como un tigre con el que es preciso vivir sin despertar su ferocidad. Escuchó, pues, pacientemente las explicaciones del viejo maestro. El profesor Porriquet empleó una hora en relatarle las persecuciones de que había sido objeto después de la revolución de julio. El buen hombre, queriendo un gobierno fuerte, había emitido el patriótico deseo de dejar a los tenderos en sus mostradores, a los estadistas en el manejo de los asuntos públicos, a los abogados en el Palacio de Justicia, y a los pares de Francia en el Luxemburgo; pero uno de los ministros populares del rey-ciudadano le había proscrito de su cátedra, acusándole de carlismo. El viejo se encontraba sin puesto, sin retiro y sin pan. Siendo la providencia de un pobre sobrino a quien pagaba la pensión en el seminario de San Sulpicio, venía, menos por sí mismo que por su hijo adoptivo, a rogar a su antiguo alumno que reclamase al nuevo ministro, no su reintegración, sino el empleo de director en algún colegio de provincia. Rafael cayó en una invencible somnolencia cuando la voz del buen hombre cesó de metérsele en los oídos. Obligado por cortesía a mirar los ojos blancos y casi inmóviles de aquel viejo de hablar lento y pesado, quedó como atontado, magnetizado por una inexplicable inercia.

—Bien, mi buen padrecito Porriquet —respondió sin saber precisamente a qué pregunta contestaba—. No puedo hacer nada en eso, nada en absoluto. Pero *deseo muy vivamente* que logre...

En el mismo momento, sin fijarse en el efecto que produjeron sobre la frente amarilla y arrugada del viejo estas triviales palabras, llenas de egoísmo y de indiferencia, Rafael se irguió como un corzo asustado. Vio una tenue línea blanca entre el borde de la negra piel y el trazo encarnado; y lanzó un grito tan terrible que el profesor se aterrorizó.

—¡Váyase, vieja bestia! —exclamó Rafael—. ¡Será usted nombrado director! ¿No podía haberme pedido una pensión vitalicia de mil escudos antes que un deseo homicida? Su visita no me habría costado nada. ¡Hay cien mil empleos en Francia, y yo no tengo sino una vida! La vida de hombre vale más que todos los empleos del mundo... ¡Jonatás!

Jonatás apareció.

—¡Estas son tus obras, triple imbécil! ¿Por qué me has propuesto recibir al señor? —dijo señalándole al petrificado viejo—. ¿He puesto mi alma en tus manos para que la desgarras? ¡En este momento me arrancas diez años de existencia! Una falta más como ésta y me llevarás al lugar adonde yo llevé a mi padre. ¿No habría sido mejor poseer a la bella Fedora que favorecer a esta vieja osamenta, especie de pingajo humano? Tengo oro para él... Además, aun cuando todos los Porriquets del mundo se muriesen de hambre, ¿qué podía eso importarme a mí?

La cólera había blanqueado el rostro de Rafael; una leve espuma surcaba sus temblorosos labios y la expresión de sus ojos era sanguinaria. Ante su aspecto, los dos viejos sufrieron un estremecimiento convulsivo, como dos niños ante una serpiente. El joven se desplomó sobre el sofá; se produjo una especie de reacción en su alma, y abundantes lágrimas cayeron de sus llameantes ojos.

—¡Oh, mi vida, mi hermosa vida...! —dijo—. ¡Ya no más benéficos pensamientos! ¡Ya no más amor! ¡Nada!

Se volvió hacia el profesor.

—El mal está hecho, mi viejo amigo —prosiguió con voz dulce—. Le habré recompensado con largueza sus cuidados, y mi desgracia habrá, cuando menos, producido el bien de un hombre excelente y digno.

Había tanta alma en el acento con que matizó estas palabras casi ininteligibles, que los dos viejos lloraron como se llora al oír una enternecedora aria cantada en una lengua extranjera.

—Es epiléptico —dijo Porriquet en voz baja.

—Reconozco su bondad, amigo mío —prosiguió Rafael—, y le ruego que me disculpe. La enfermedad es un accidente; la inhumanidad sería un vicio. Déjeme ahora —añadió—. Mañana o pasado mañana, o acaso esta misma noche, recibirá su nombramiento, pues la *resistencia* ha triunfado del *movimiento*... Adiós.

El viejo se retiró, transido de horror y presa de vivas inquietudes sobre la salud mental de Valentín. Aquella escena tenía para él algo de sobrenatural. Dudaba de sí mismo y se interrogaba como si se hubiese despertado tras algún penoso sueño.

—Escucha, Jonatás —dijo el joven, dirigiéndose a su viejo servidor—. ¡Trata de comprender la misión que te he confiado!

—Sí, señor marqués.

—Soy como un hombre puesto fuera de la ley común.

—Sí, señor marqués.

—Todos los goces de la vida retozan en tomo a mi lecho de muerte y danzan como bellas mujeres ante mí; pero si los llamo, muero. ¡Siempre la muerte! Tú debes ser una barrera entre el mundo y yo.

—Sí, señor marqués —dijo el viejo criado enjugándose las gotas de sudor que salpicaban su arrugada frente—. Pero si no quiere ver mujeres bellas, ¿cómo lo hará esta noche en los Italianos? Una familia inglesa que regresa a Londres me ha cedido

el resto de su abono, y tiene un hermoso palco... un palco soberbio, en el primer piso.

Caído en un profundo ensueño, Rafael no escuchaba ya.

—¿Veis ese fastuoso carruaje, ese cupé tan sencillo por fuera, de color oscuro pero en cuyas portezuelas brilla el escudo de una antigua y noble familia? Cuando ese cupé pasa rápidamente, las modistillas lo admiran, envidian su raso amarillo, la alfombra de la Savonnerie, la pasamanería fresca como una paja de arroz, los blandos cojines y los mudos cristales. Dos lacayos de librea se sitúan en la trasera de este coche aristocrático, pero en su fondo, sobre la seda, yace una cabeza ardiente y ojerosa, la cabeza de Rafael, triste y pensativo. ¡Fatal imagen de la riqueza! Atraviesa París como un cohete, llega al peristilo del teatro Favart, se despliega el estribo, sus dos lacayos le sostienen y una multitud envidiosa le contempla.

—¿Qué ha hecho ese para ser tan rico? —pregunta un estudiante de derecho que por no tener un escudo no puede oír los mágicos acordes de Rossini.

Rafael caminaba lentamente por los pasillos del teatro, no permitiéndose ningún goce de aquella fiesta tan deseada en otro tiempo. Mientras esperaba el segundo acto de *Semíramis*, se paseaba por el vestíbulo, recorría los pasillos, sin que le interesase su palco, en el que todavía no había entrado. El sentimiento de la propiedad no existía ya en su corazón. Lo mismo que todos los enfermos, sólo pensaba en su mal. Apoyado en el reborde de la chimenea, a cuyo alrededor abundaban en medio del vestíbulo elegantes jóvenes y viejos antiguos y nuevos ministros, pares sin señoríos y señoríos sin pares, tal cual los ha hecho la revolución de julio, y, en fin, todo un mundo de especuladores y periodistas, Rafael vio a algunos pasos de él, entre un espesor de cabezas, un rostro extraño y sobrenatural. Entornando los ojos y mirándolo con insolencia se acercó al raro individuo para verlo mejor. «¡Qué admirable pintura!», se dijo. Las cejas, los cabellos, la perilla a lo Mazarino que vanidosamente mostraba el desconocido, estaban teñidos de negro; pero el cosmético aplicado a un cabello sin duda demasiado blanco consiguió un color violáceo y falso y cuyos tonos cambiaban según los reflejos más o menos vivos de las luces. El rostro estrecho y aplastado, con arrugas disimuladas con espesas capas de crema roja y blanca, expresaba a la vez la astucia y la inquietud. El afeitado faltaba en algunos sitios de la cara, lo que hacía que singularmente resaltase su decrepitud y su tinte plomizo; así, siendo imposible no reír viendo aquella cabeza de mentón puntiagudo y frente prominente, bastante parecida a esas grotescas figuras de madera esculpidas en Alemania por los pastores durante sus ocios. Examinando alternativamente a ese viejo Adonis y a Rafael, un observador habría creído reconocer en el marqués los ojos de un joven bajo la máscara de un viejo, y en el desconocido los apagados ojos de un viejo bajo la máscara de un joven. Valentín trataba de recordar en qué circunstancia había visto a ese vejete, seco, bien encorbatado, calzado como un jovenzuelo, que hacía chocar las espuelas y se cruzaba de brazos como si aún tuviese todas las fuerzas de una petulante juventud. En su actitud no había embarazo ni artificio. Su magnífica levita, escrupulosamente abrochada, ocultaba una vieja y

sólida armazón, dándole el aspecto de un viejo fatuo que todavía sigue las modas. Esta especie de muñeco lleno de vida tenía para Rafael todos los encantos de una aparición y lo contemplaba como a un viejo y borroso Rembrandt, recientemente restaurado y barnizado y con marco nuevo. Esta comparación le hizo encontrar de nuevo la pista de la verdad en sus confusos recuerdos, y reconoció al mercader de curiosidades, el hombre a quien debía su desdicha. En aquel momento, el fantástico personaje reía silenciosamente, viéndose sus fríos labios sujetando una dentadura postiza. Ante su risa, la viva imaginación de Rafael le hizo ver en ese hombre sorprendentes semejanzas con la cabeza ideal que los pintores han dado al Mefistófeles de Goethe. Mil supersticiones se apoderaron del alma fuerte de Rafael, creyendo entonces en el poder del demonio, en los sortilegios que relatan las leyendas medievales recogidas por los poetas. Rechazando con horror a la suerte de Fausto, invocó al cielo, teniendo, como los moribundos, una fe ferviente en Dios y en la Virgen María. Una radiante y fresca luz le permitió ver de nuevo el cielo de Miguel Angel y el Sanzio de Urbino: nubes, un viejo de barba blanca, cabezas aladas, una bella mujer flotando en una aureola. Ahora comprendía, admitía esas admirables creaciones cuyas fantasías, casi humanas, le explicaban su aventura y le permitían aún una esperanza. Pero cuando los ojos volvieron a recorrer el vestíbulo de los Italianos, en lugar de la Virgen vio a una encantadora muchacha, a la detestable Eufrasia, aquella bailarina de cuerpo flexible y ágil, la cual, deslumbrantemente ataviada, cubierta de perlas orientales, llegaba impaciente de su impaciente viejo, descubriendo, altiva de frente y agresiva la mirada, su insolencia a aquel mundo envidioso y especulador, y dando el más cabal testimonio de la riqueza sin límites del mercader cuyos tesoros derrochaba ella. Rafael se acordó del chocarrero deseo con que había acogido el fatal presente del viejo, y saboreó todos los placeres de la venganza contemplando la profunda humillación de aquella cordura sublime, cuya caída le había parecido imposible. La fúnebre sonrisa del centenario se dirigía a Eufrasia, quien respondió con una palabra de amor; él le ofreció su descarnado brazo, dio dos o tres vueltas por el vestíbulo y recogió con deleite las encendidas miradas y los cumplidos con que la numerosa concurrencia distinguía a su querida, sin ver las desdeñosas risas ni oír las mordaces chacotas de que era objeto.

—¿En qué cementerio ha desenterrado a ese cadáver esa joven vampiresa? — preguntó el más elegante de los románticos.

Eufrasia sonrió. El burlón era un joven de cabellos rubios, de ojos azules y brillantes, esbelto él, con bigote, coa un frac bien cortado y el sombrero sobre la oreja, agudo en réplica y lenguaje oportuno.

—¡Cuántos viejos —se dijo Rafael— coronan una vida de probidad, de trabajo, de virtud, con una locura! Ese tiene ya los pies fríos y todavía piensa en el amor... ¡Eh, señor —dijo luego deteniendo al mercader y mirando a Eufrasia de soslayo—: ¿ya no se acuerda usted de las severas máximas de su filosofía?

—¡Ah! —respondió el anticuario con voz ya cascada—. Ahora soy feliz como un

joven. Había entendido la existencia al revés. Cabe toda una vida en una hora de amor...

En aquel momento, los espectadores oyeron la campanilla de llamada y salieron del vestíbulo para volver a sus butacas. El viejo y Rafael se separaron. Al entrar en su palco, el marqués divisó a Fedora, al otro lado de la platea, precisamente frente a él. Sin duda, acababa de llegar, pues se estaba quitando el chal, dejando al descubierto la garganta, y hacía los leves e indescritibles movimientos de una coqueta que trata de que todas las miradas se concentren en ella. La acompañaba un joven par de Francia a quien ella le pidió los gemelos. Por su gesto, por la manera con que miraba al nuevo acompañante, Rafael adivinó la tiranía a que estaba sometido su sucesor. Fascinado sin duda como él lo había estado, engañado como él, como él luchando con toda la potencia de un amor verdadero contra los fríos cálculos de aquella mujer, ese joven debía sufrir los tormentos a los cuales Valentín había felizmente renunciado. Una indecible alegría animó el rostro de Fedora cuando después de recorrer con los anteojos todos los palcos, y ver en unos segundos los trajes y los tocados, tuvo la seguridad de que con su atavío y su belleza eclipsaba a las más bellas y más elegantes mujeres de París; rio entonces para enseñar su blanca dentadura, agitó su cabeza adornada con flores para hacerse admirar, y su mirada fue de palco en palco, burlándose de un gorro desmañadamente puesto sobre la frente de una princesa rusa o de un grotesco sombrero que le caía terriblemente mal a la hija de un banquero. De pronto, palideció, al encontrarse con la mirada de Rafael fija en ella; su desdeñado amante la fulminó con intolerable mirada despreciativa. Cuando ninguno de sus amantes rechazados desconocía su poder, sólo Valentín estaba al abrigo de sus seducciones. Un poder impunemente desafiado se acerca a su ruina. Esta máxima está más profundamente grabada en el corazón de una mujer que en la cabeza de los reyes. Así Fedora veía en Rafael la muerte de sus prestigios y de su coquetería. Una frase dicha por él la víspera en la Ópera se había hecho célebre en los salones de París. El filo del terrible epigrama causó a la condesa una incurable herida. En Francia sabemos cauterizar una llaga, pero aún carecemos del remedio que nos salve del daño que consigue una frase. En el momento en que todas las mujeres miraban alternativamente al marqués y a la condesa, Fedora habría querido hundirlo en las mazmorras de alguna Bastilla, pues, a pesar de su talento para el disimulo, sus rivales adivinaron su sufrimiento. Finalmente su último consuelo le escapó. Sus deliciosas palabras: «¡Soy la más hermosa!», la eterna frase que la consolaba de las desazones de su vanidad, se convirtió en una mentira. Al empezar el segundo acto, una mujer fue a situarse cerca de Rafael, en un palco hasta entonces vacío. De la platea escapó un murmullo de admiración. Aquel mar de rostros humanos agitó sus inteligentes ondas, y todos los ojos se fijaron en la desconocida. Jóvenes y viejos promovieron tan largo rumor que, mientras se levantaba el telón, los músicos de la orquesta se volvieron con la intención de reclamar silencio, pero se unieron al general aplauso y acrecentaron los confusos rumores. En cada palco hubo los más vivos diálogos. Las

mujeres recurrieron a los gemelos, los viejos rejuvenecidos se limpiaban con la piel de los guantes el cristal de las gafas. El entusiasmo se calmó por grados, los cantos resonaron en el escenario y todo volvió al orden. La buena sociedad, avergonzada por haber cedido a un movimiento natural, recobró la frialdad aristocrática de sus cortes modales. Los ricos no quieren asombrarse de nada, deben reconocer a primera vista en una bella obra el defecto que les dispensará de la admiración, un sentimiento vulgar. Sin embargo, algunos hombres permanecieron inmóviles, sin escuchar la música, perdidos en un cándido encantamiento, ocupados en contemplar a la vecina de Rafael. Este vio en un palco, y al lado de Aquilina, el innoble y sanguinolento rostro de Taillefer, quien le hizo un guiño de aprobación. Luego vio a Emilio, quien desde una butaca de orquesta parecía decirle: «¡Pero, hombre, mira a la bella criatura que tienes al lado!» Y Rastignac, sentado junto a la señora de Nucingen y su hija, retorció sus guantes como desesperado de estar allí, sin poder correr al lado de la divina desconocida. La vida de Rafael dependía de un pacto todavía no violado que se había hecho consigo mismo: se había prometido no mirar jamás con demasiada atención a ninguna mujer, y, para ponerse a resguardo de una tentación, llevaba unos gemelos cuyos vidrios, artísticamente dispuestos, destruían la armonía de las más bellas facciones, dándoles un aspecto deforme. Presa aún del terror que le asaltó aquella mañana cuando, por un simple acto de cortesía, se había reducido tan rápidamente el talismán, Rafael resolvió firmemente no volverse para ver a su vecina. Sentado como una duquesa, daba la espalda al rincón de su palco y privaba con impertinencia de la mitad de la escena a la desconocida, simulando que la despreciaba y que ignoraba siquiera que detrás de él hubiese una bella mujer. La vecina copiaba con exactitud la postura de Rafael; apoyaba el codo en el antepecho del palco y volvía tres cuartas partes de la cabeza, mirando a los cantantes como si posara ante un pintor. Esos dos seres parecían dos amantes que estuviesen de uñas, que se dan la espalda, y luego se abrazan, a la primera palabra de amor. Por momentos, los ligeros marabús o los cabellos de la desconocida, rozaban la cabeza de Rafael y le producían una voluptuosa sensación, contra la que luchaba valerosamente; luego sintió el suave contacto de las bandas de encaje que guarnecían el vestido de la bella, y el propio vestido hizo oír el femenino murmullo de sus pliegues, mi estremecimiento lleno de mórbidas seducciones, y aún el movimiento que la respiración imprime al pecho, a la espalda, al vestido de la linda mujer; toda su suave vida se comunicó súbitamente a Rafael como una chispa eléctrica; el tul y el encaje transmitieron fielmente a su espalda el delicioso calor de la espalda blanca y desnuda. Por un capricho de la naturaleza, los dos seres, desunidos por el buen tono, separados por los abismos de la muerte, respiraron juntos y quizá pensaron el uno en el otro. Los penetrantes perfumes del áloe acabaron de embriagar a Rafael. Su imaginación, irritada por un obstáculo, y que las trabas hacían aún más fantástica, le hizo ver rápidamente una mujer de rasgos encendidos. Se volvió bruscamente. Sorprendida sin duda de hallarse en contacto con un extraño, la desconocida hizo el mismo

movimiento que él, y los rostros quedaron frente a frente, el uno y el otro espoleados por un mismo pensamiento.

—¡Paulina!

—¡Señor Rafael!

Petrificados los dos, se miraron un instante en silencio. Rafael veía a Paulina con un vestido sencillo y de buen gusto. A través de la gasa que cubría dignamente su corpiño, dos ojos expertos podían percibir una blancura de lirio y adivinar formas que una mujer habría incluso admirado. Seguía coa su misma virginal modestia, con su celestial candor, con su graciosa postura. La tela de su manga descubría el temblor que hacía palpar su cuerpo como le palpitaba el corazón.

—¡Oh...! Venga mañana —dijo Paulina—; venga al hotel de *San Quintín* a recoger sus papeles. Estaré allí a mediodía. Sea puntual.

Se levantó precipitadamente y desapareció. La primera intención de Rafael fue seguir a Paulina, pero temiendo comprometerla, se quedó, miró a Fedora..., y la encontró fea; luego, no pudiendo prestar la menor atención a la música, ahogándose en aquella sala y con el corazón lleno, salió y se volvió a su casa.

—Jonatás —dijo a su viejo criado al acostarse—, dame media gota de láudano en un terrón de azúcar, y mañana no me despiertes hasta las doce menos veinte... «Quiero que me quiera Paulina», se dijo el día siguiente, mirando el talismán con indefinible angustia.

La piel no hizo movimiento alguno; parecía haber perdido su fuerza de contracción... Sin duda no podía satisfacer un deseo cumplido ya.

—¡Ah! —exclamó Rafael, sintiéndose como liberado de una lápida de plomo que llevase desde el día en que le dieron el talismán—. ¡Mientes, no me obedeces, el pacto está roto! ¡Soy libre, viviré! Entonces, ¿todo era una broma pesada...?

Diciendo estas palabras, no osaba creer su propio pensamiento. Se vistió tan sencillo como en otros tiempos, y quiso ir andando a su antiguo alojamiento, tratando de situarse imaginativamente en los felices días en que se entregaba sin peligro al impulso de sus deseos, cuando no había aún juzgado todos los goces humanos. Caminaba viendo no ya a la Paulina del hotel de *San Quintín*, sino a la Paulina de la víspera, esa amada cabal, tan a menudo soñada, doncella espiritual, amorosa, artista, comprendiendo a los poetas, comprendiendo la poesía, y viviendo en el seno del lujo; en una palabra, Fedora dotada de una alma hermosa, o Paulina condesa y dos veces millonaria, como Fedora. Al encontrarse en el gastado umbral, sobre la agrietada losa y frente aquella puerta donde tantas veces contuvo sus desesperados pensamientos, una vieja salió de la sala y le dijo:

—¿No es usted el señor de Valentín?

—Sí, buena mujer —respondió él.

—Ya sabe dónde está su antigua alcoba —dijo ella—. Allá le esperan.

—¿Esta pensión sigue siendo de la señora Gaudin? —preguntó Rafael.

—Oh, no, señor. Ahora la señora Gaudin es baronesa. Vive en una hermosa

mansión de su propiedad, al otro lado del río. Volvió su marido. ¡Ah..., trajo muchos miles y muchos cientos...! Dicen que ella podría comprar el barrio de Santiago, si quisiera. Me ha dado *gratis* sus enseres y el resto de su contrato de arrendamiento. ¡Ah, es una buena mujer! Y es tan sencilla como era sencilla ayer.

Rafael subió rápidamente a su buhardilla, y al llegar a los últimos peldaños de la escalera, oyó el sonido del piano. Paulina estaba allí, modestamente vestida de percalina, pero el corte de su vestido, los guantes, el sombrero y el chal, negligentemente tirados sobre la cama, anunciaban una fortuna.

—¡Ah, ya está usted aquí! —exclamó Paulina volviendo la cabeza y levantándose con ingenuo y alegre movimiento.

Rafael se sentó a su lado, enrojeciendo, vergonzoso, feliz; la miró sin decir nada.

—¿Por qué nos dejó usted? —le preguntó ella bajando los ojos en el momento en que se sonrojaba—. ¿Qué ha hecho usted en ese tiempo?

—Paulina, he sido, soy muy desgraciado aún.

—¡Ay! —exclamó ella emocionada—. Ayer comprendí su suerte, al verle bien vestido, rico en apariencia, pero el señorito Rafael sigue como antes.

Valentín no pudo retener las lágrimas que le cayeron a las mejillas, y exclamó:

—Paulina... yo...

No terminó; en sus ojos brilló el amor y se le escapó el corazón al mirarla.

—¡Oh, me quiere, me quiere! —exclamó Paulina.

Rafael hizo un signo con la cabeza, pues se vio incapaz de pronunciar una palabra. Ante su gesto, la muchacha le cogió la mano, se la estrechó y le dijo, riendo y sollozando:

—¡Ricos, ricos, felices, ricos! Tu Paulina es rica... Pero yo debería ser bien pobre hoy. Mil veces he dicho que pagaría esas palabras: «*¡Él me quiere!*» con todos los tesoros de la tierra. ¡Oh mi Rafael! Tengo millones. A ti te gusta el lujo y podrás satisfacerlo; pero también tienes que amar mi corazón. ¡Hay tanto amor por ti en este corazón...! ¿Tú no lo sabes? Mi padre volvió. Soy una rica heredera. Mi madre y él aceptan todo lo que yo quiera; soy libre, ¿comprendes?

Preso de una especie de delirio, Rafael tenía en sus manos las de Paulina y las besaba tan ardientemente, tan ávidamente, que su beso parecía una especie de convulsión. Paulina se desprendió, puso las manos sobre los hombros de Rafael y le sujetó; se comprendieron, se estrecharon y se abrazaron con ese santo y delicioso fervor, desprovisto de toda segunda intención, que se imprime en un solo beso, el primer beso que vale para que dos almas tomen posesión de sí mismas.

—¡Ah! —exclamó Paulina, volviendo a sentarse—. Ya no quiero dejarte más. Yo no sé de donde me viene tanto atrevimiento —añadió enrojeciendo.

—¿Atrevimiento, mi Paulina? No temas nada, es el amor, el verdadero amor, profundo, eterno como el mío, ¿no es así?

—Habla, habla... —dijo ella—. Ha estado tanto tiempo muda tu boca para mí...

—¿Me querías, entonces?

—¡Oh, Dios, sí te amaba! ¡Cuántas veces he llorado aquí, mira, haciendo tu cuarto, gimiendo por tu pobreza y la mía... Me habría vendido al demonio para ahorrarte un pesar. Hoy, *mi* Rafael, pues tú ya eres bien mío: mía esta bella cabeza, mío tu corazón, oh sí, tu corazón sobre todo, una riqueza eterna... Bueno, ¿dónde estaba? —y prosiguió tras una pausa—: Sí, eso es: tenemos tres, cuatro, cinco millones, creo. Si fuese pobre, quizá me empeñaría en llevar tu nombre, en que me llamasen tu mujer; pero ahora quisiera sacrificarte el mundo entero, quisiera ser aún y siempre tu sirvienta. Rafael, ofreciéndote mi corazón, mi persona, mi fortuna, no te daré más que el día en que puse allí —dijo señalando el cajón de la mesa— una moneda de cien sueldos. ¡Oh, qué daño me hizo entonces tu alegría!

—¿Por qué eres rica? —exclamó Rafael—. ¿Por qué no tienes vanidad? ¡Yo no puedo hacer nada por ti...!

Se retorció las manos, de felicidad, de desesperación, de amor.

—Cuando seas la señora marquesa de Valentín —añadió—... Yo te conozco, alma celeste, y ese título y mi fortuna no valdrán...

—¡Uno solo de tus cabellos! —exclamó ella.

—Yo también tengo millones; ¿pero qué son ahora las riquezas para nosotros? ¡Ah...! Tengo mi vida, puedo ofrecértela, tómala.

—Tu amor, Rafael, tu amor vale el mundo entero. ¿Cómo, tu pensamiento es mío? Pues soy la más feliz de las felices...

—Van a oírnos —dijo Rafael.

—No hay nadie —respondió ella mirándole con una traviesa expresión.

—Ven, pues —exclamó Valentín tendiéndole los brazos.

Ella saltó sobre sus rodillas y le rodeó el cuello con los brazos, diciéndole:

—Bésame por todas las penas que me has dado, para borrar el pesar que tus alegrías me han causado, por las noches que he pasado pintando mis abanicos...

—¿Tus abanicos?

—Puesto que somos ricos, mi tesoro, puedo decírtelo todo. ¡Pobre niño, qué fácil es engañar a los hombres de talento! ¿Es que podías tener chalecos blancos y camisas limpias dos veces a la semana por tres francos de lavandera al mes? Si, además, bebías el doble de leche que se podía comprar con tu dinero. Yo te engañaba en todo: el fuego, el petróleo, el dinero... ¡Oh, Rafael, no me tomes por una mujer! —añadió riendo—. Soy una persona demasiado astuta.

—¿Pero cómo lo hacías?

—Trabajaba hasta las dos de la madrugada, y le daba a mi madre la mitad de lo que me pagaban por los abanicos, y a ti la otra mitad.

Se miraron durante un momento, los dos alelados de alegría y de amor.

—¡Oh! —exclamó Rafael—. Sin duda pagaremos un día esta felicidad con algún doloroso suceso.

—¿Acaso estás casado? —exclamó Paulina—. ¡Ah, no te cedo a ninguna mujer!

—Estoy libre, amada mía.

—¡Libre! —repitió ella—. ¡Libre, y mío!

Se dejó deslizar sobre las rodillas de él, juntó las manos y miró a Rafael con devoto ardor.

—Tengo miedo de volverme loca. ¡Qué guapo eres! —repuso ella mientras acariciaba la rubia cabellera de su amante—. ¡Será imbécil tu condesa Fedora! ¡Qué alegría sentí ayer viéndome saludada por aquellos hombres! Ella no ha sido nunca aplaudida... Mira, querido, cuando mi espalda rozó tu brazo, oí dentro de mí no sé qué voz que me gritó: «¡Él está ahí!». Me volví, y al verte tuve que huir, pues tenía el deseo de saltarte al cuello delante de toda la gente...

—Eres muy feliz pudiendo hablar... —exclamó Rafael—. Yo tengo el corazón oprimido. Quisiera llorar, y no puedo. No me retires la mano. Me parece que seguiré toda mi vida contemplándote así, dichoso, contento.

—Repíteme eso, amor mío...

—¿Qué son esas palabras? —respondió Valentín, dejando caer una cálida lágrima en las manos de Paulina—. Más tarde intentaré decirte mi amor; en este momento sólo puedo sentirlo...

—¡Oh! —exclamó ella—. Esta hermosa alma, este magnífico genio, este corazón que tan bien conozco... ¿todo es mío como yo soy tuya...?

—Para siempre, mi dulce criatura —dijo Rafael con voz emocionada—. Tú serás mi mujer, mi genio bueno. Tu presencia venció siempre mis pesares y llenó mi alma; en este momento tu angélica sonrisa me ha purificado. Creo que empiezo una nueva vida. El cruel pasado y mis tristes locuras me parece que sólo fueron malos sueños. A tu lado soy puro. Siento el soplo de la felicidad. ¡Oh, quédate conmigo para siempre! —añadió estrechándola sobre su palpitante corazón.

—Que venga la muerte cuando quiera —exclamó Paulina en éxtasis—, pues yo ya he vivido.

Feliz quien comprenda sus alegrías, pues las habrá conocido.

—Mira, mi Rafael —dijo Paulina después de dos horas de estar callados—, quisiera que nunca entrase nadie en esta querida buhardilla.

—Habrá que tapiar la puerta, poner una verja en la claraboya y comprar la casa —respondió el marqués.

—Eso —dijo ella, y luego, un instante después, agregó—: Nos hemos casi olvidado de buscar tus manuscritos...

Los dos se echaron a reír con dulce inocencia.

—Bah, me burlo de las ciencias —exclamó Rafael.

—Pero, ¿y la gloria?

—Tú eres mi única gloria.

—Te creías muy desgraciado garrapateando estas pequeñas patas de mosca —dijo ella hojeando los papeles.

—Mi Paulina...

—¡Oh, si, soy tu Paulina! ¿Qué hay?

—¿Dónde vives ahora, pues?

—En la calle San Lázaro. ¿Y tú?

—En la de Varenne.

—Qué lejos estamos el uno del otro, hasta que...

Ella se detuvo mirando a su amor con fervor coquetón y malicioso.

—Pero —respondió Rafael— estaremos, como máximo, quince días separados.

—Es verdad. Dentro de quince días estaremos casados —saltó con el alborozo de una niña—. ¡Oh, soy una hija desnaturalizada! —prosiguió—. No pienso ya ni en mi padre ni en mi madre, ni en nada del mundo. ¿No sabes, mi pobre querido? Mi padre está muy enfermo. Volvió de las Indias muy delicado; estuvo a punto de morir en El Havre, adonde fuimos a buscarle. ¡Dios santo —exclamó mirando la hora en su reloj—, las tres ya! Tengo que estar a su lado cuando se despierte, a las cuatro. Soy la dueña de la casa: mi madre hace lo que yo quiero, mi padre me adora, pero no quiero abusar de su bondad; haría muy mal... ¡Pobre padre, es él quien me envió a los Italianos ayer...! ¿Vendrás a verle mañana, verdad?

—¿Quiere hacerme el honor de aceptar mi brazo la señora marquesa de Valentín?

—Voy a llevarme la llave de esta puerta —dijo ella—. ¿No es un palacio nuestro tesoro?

—Paulina, ¿otro beso?

—¡Mil! Dios mío —dijo mirando a Rafael—, ¿será siempre así? Creo que sueño.

Bajaron despacio la escalera, y luego, muy unidos, andando al mismo paso y estremeciéndose juntos bajo el peso de la misma felicidad, apretándose como dos palomas, llegaron a la plaza de la Sorbona, donde esperaba el coche de Paulina.

—Quiero ir a tu casa —exclamó ella—. Quiero ver tu habitación, tu despacho, y sentarme a la mesa en que trabajas. Será como en otro tiempo —añadió enrojeciendo—. José —dijo a un criado—, vamos a la calle de Varenne antes de volver a casa. Son las tres y cuarto. Jorge que les dé prisa a los caballos.

Y los dos enamorados llegaron en poco tiempo a la residencia de Valentín.

—¡Oh, qué contenta estoy por haber visto todo esto! —exclamó Paulina tocando la seda de las cortinas que cubrían la cama de Rafael—. Cuando me duerma, estaré aquí en pensamiento. Me imaginaré tu querida cabeza sobre esta almohada. Díme, Rafael, ¿no te ha aconsejado nadie para amueblar tu casa?

—Nadie.

—¿De verdad? ¿No habrá sido una mujer quien...?

—¡Paulina!

—¡Oh, tengo unos celos terribles! Tienes buen gusto. Mañana buscaré una cama que se parezca a la tuya.

Rafael, ebrio de dicha, estrujó a Paulina.

—¡Oh, mi padre... mi padre...! —dijo ella.

—Voy a acompañarte, pues quiero dejarte lo más tarde que pueda —dijo Valentín.

—¿Hasta dónde me quieres? No me atreví a preguntártelo.

—¿No eres tú mi vida?

Sería fastidioso consignar fielmente esas adorables chácharas del amor, a las cuales sólo dan valor el acento, la mirada, un gesto intraducible. Valentín acompañó a Paulina hasta su casa, y volvió con el corazón rebosante de tanta dicha como el hombre pueda conocer en la tierra. Una vez sentado en el sofá, junto al fuego y pensando en la repentina y completa realización de todas sus esperanzas, una fría idea le atravesó el alma como el acero de un puñal traspasa un pecho: miró la piel de chagrén y vio que se había encogido ligeramente. Soltó un juramento francés, sin poner en él las jesuíticas reticencias de la abadesa de las Andouillettes, inclinó la cabeza en el sofá y se quedó sin movimiento, con los ojos fijos en una pátera, sin verla.

—¡Gran Dios! —exclamó—. ¡Qué, todos mis deseos, todos...! ¡Pobre Paulina...! Cogió un compás y midió lo que le había costado de su existencia la mañana.

—¡No tengo ni para dos meses! —dijo.

Un frío sudor le brotó de los poros; de pronto, y obedeciendo a un iracundo movimiento, cogió la piel de chagrén y rugió: «¡Soy un imbécil!», y salió, corrió, atravesó los jardines, y arrojó el talismán al fondo de un pozo.

—¡Ruede la bola...! —dijo—. ¡Al diablo todas esas idioteces!

Rafael se abandonó a la felicidad de amar, y vivió con alma y vida junto al corazón de Paulina. La boda, retrasada por dificultades intrascendentes, debía celebrarse en los primeros días de marzo. Se habían probado, no dudaban en absoluto de sí mismos, y, habiéndoles revelado su felicidad la intensidad de su afecto, jamás dos almas, dos caracteres fueron tan perfectamente unidos por la pasión. Estudiándose, se quisieron aún más: de una y otra parte, la misma delicadeza, el mismo pudor, la misma voluptuosidad, la más dulce de todas las voluptuosidades: la de los ángeles; ninguna nube en su cielo; alternativamente, los deseos de uno eran la ley del otro. Ricos los dos, no conocían caprichos que no pudieran satisfacer, por lo que no tenían caprichos. Un exquisito gusto, el sentimiento de lo bello, una verdadera poesía animaba el alma de la esposa; desdeñando los perifollos de la mujer, una sonrisa de su dueño le parecía más bella que las perlas de Ormuz; la muselina o las flores eran sus más ricos adornos. Paulina y Rafael huían desde entonces a la sociedad. Era tan bella, tan fecunda la soledad... Los ociosos veían exactamente todas las noches a aquel encantador matrimonio de contrabando en los Italianos o en la Ópera. Si al principio algunas maledicciones divirtieron los salones, pronto la avalancha de acontecimientos que pasó sobre París hizo olvidar a los dos inofensivos amantes; en fin, como una excusa para los mojigatos, se anunció su casamiento, y casualmente le dio a la gente por la discreción, y de ahí que ninguna malevolencia demasiado viva agredió su felicidad.

Hacia finales del mes de febrero, durante el cual algunos buenos días hicieron creer en las alegrías de la

primavera, cierta mañana Paulina y Rafael desayunaban en un pequeño

invernadero, especie de salón lleno de flores contiguo al jardín. El suave y pálido sol invernal, cuyos rayos se quebraban a través de unos exóticos arbustos, entibiaba la temperatura. Los ojos estaban animados por los vigorosos contrastes de los diversos follajes, por los colores de los copetes floridos y por las fantasías de la luz y la sombra. Cuando todo París se calentaba aún ante los tristes hogares, los dos jóvenes esposos reían bajo una glorieta de camelias, de lilas, de brezos. Sus jubilosas cabezas se destacaban sobre narcisos, lirios de los valles y rosas de Bengala. En ese invernadero voluptuoso y magnífico, los pies hollaban una estera africana coloreada como una alfombra. Las paredes tapizadas de cutí verde no tenían la menor muestra de humedad. El mobiliario era de madera aparentemente tosco, pero su bruñida corteza brillaba limpia. Un gatito agazapado sobre la mesa, adonde le había atraído el olor de la leche, se dejaba embadurnar de café por Paulina, quien retozaba con él, defendiendo la leche que apenas le permitía olisquear, para probar su paciencia y mantener el combate; estallaba en risas a cada mohín del felino y soltaba mil cuchufletas para impedirle a Rafael que leyese el periódico, el cual ya se le había caído de las manos diez veces. De aquella escena matinal se desprendía una inefable felicidad, como de todo lo que es natural y auténtico. Rafael seguía fingiendo que leía el periódico, y observaba de soslayo a Paulina jugueteando con el gato; a su Paulina envuelta en un largo peinador que la cubría imperfectamente; a su Paulina con los cabellos en desorden y enseñando su pequeño y blanco pie de venas azules y calzando zapatillas de terciopelo negro. Encantadora sin acabar de vestirse, deliciosa como las fantásticas figuras de Westhall, parecía ser a la vez doncella y mujer; quizá más doncella que mujer; disfrutaba de una felicidad sin sombras, y no conocía del amor más que sus primeras alegrías. En el momento en que, absorto en su dulce ensueño, Rafael abandonó el periódico, Paulina lo cogió, lo estrujó e hizo una bola y lo tiró al jardín, y el gato corrió detrás de la política, de una política que, como siempre, giraba sobre sí misma. Y cuando Rafael, distraído por esa escena infantil, quiso seguir leyendo e hizo el ademán de recoger el periódico que ya no tenía, estallaron risas francas, jubilosas, como los trinos de un pájaro.

—Tengo celos del periódico —dijo ella mientras se recogía las lágrimas que su risa infantil había hecho brotar—. ¿No es una felonía —prosiguió, poniéndose de golpe en mujer— leer proclamas rusas estando yo aquí, preferir la prosa del emperador Nicolás a las palabras y a las miradas de amor?

—Si no leía, mi querido ángel; te miraba.

En ese momento se oyeron cerca del invernadero los pasos del jardinero, cuyos zapatones claveteados hacían crujir la arena de las avenidas.

—Perdóneme el señor marqués si le interrumpo; perdóneme la señora, pero traigo una curiosidad como nunca había visto. Al sacar hace unos momentos un cubo de agua del pozo, me he encontrado con esta extraña planta marina... Véanla. Debe de estar muy habituada al agua, pues no salió mojada ni húmeda. Estaba seca como la madera y nada estropeada. Como el señor marqués es más sabio que yo, he pensado

que debía traérsela, pues quizá le interesaría.

Y el jardinero mostró a Rafael la inexorable piel de chagrén, la cual ya sólo tenía unos seis centímetros cuadrados de superficie.

—Gracias, Vaniere —dijo Rafael—. Eso es muy interesante.

—¿Qué tienes, ángel mío? Estás pálido —exclamó Paulina.

—Déjanos, Vaniere.

—Tu voz me asusta —prosiguió ella, singularmente alterada—. ¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre? ¿Qué te duele? ¡Un médico! —y gritó: ¡Jonatás, socorro!

—No hables, Paulina —le pidió Rafael recobrando su sangre fría—. Salgamos. Hay aquí cerca una flor cuyo olor me molesta.

Paulina buscó la inocente planta, la cogió por el tallo y la arrojó más allá del jardín.

—¡Oh, ángel! —exclamó ella, estrechando a Rafael con tanta fuerza como era fuerte su amor y ofreciéndole con lánguida coquetería sus rojos labios—. Al verte palidecer he comprendido que no te sobreviviría: tu vida es mi vida. Mi Rafael, pásame la mano por la espalda. Aún siento en ella la *pequeña muerte*; la tengo helada. Tus labios queman. Y tu mano..., también está fría como el hielo.

—¡Locuela! —exclamó Rafael.

—¿Por qué te cae esa lágrima? ¡Déjame bebería!

—¡Oh, Paulina; me amas demasiado!

—Te ocurre algo extraordinario, Rafael... Sé franco, pronto sabré tu secreto. Dame eso —dijo ella cogiendo la piel de chagrén.

—¡Eres mi verdugo! —exclamó él mirando con horror el talismán.

—¡Qué cambio de voz! —dijo Paulina dejando caer el fatal símbolo del destino.

—¿Me quieres? —prosiguió él.

—¿Y lo preguntas?

—Entonces, déjame, vete.

La pobre muchacha salió.

—¡Qué! —exclamó Rafael cuando estuvo solo—. En un siglo ilustrado, cuando hemos aprendido que los diamantes son cristales del carbono; en una época en que todo se explica; en que la policía emplazaría a un nuevo Mesías ante los tribunales y sometería sus milagros a la Academia de Ciencias; en unos tiempos en que no creemos ya en las rúbricas de los notarios, ¿voy a creer en una especie de *Mane, Thecel, Phares...*? ¡No, por Dios! No pensaré que el Ser Supremo encuentre gusto atormentando a una honrada criatura... Vamos a ver a los sabios.

Llegó pronto, entre la Alhóndiga de los vinos, inmenso depósito de toneles, y el hospicio de la Salpetriere, inmenso seminario de la borrachera, ante una pequeña laguna donde se criaban unos patos notables por su rareza y cuyos tornasolados colores, semejantes a los vitrales de una catedral, cabrilleaban a los rayos del sol. Todos los patos del mundo estaban allí, graznando, chapoteando, reproduciéndose, y formando una especie de colmena de la especie, reunida contra su grado, pero por

fortuna sin Constitución ni principios políticos, y viviendo, sin que les saliesen cazadores, bajo los ojos de los naturalistas que los miraban por azar.

—He ahí al señor Lavrille —dijo un llavero a Rafael, quien había preguntado por el gran pontífice de la zoología.

El marqués vio a un hombrecillo embebido en algunas sesudas meditaciones ante dos patos. Ese sabio, de edad intermedia, tenía una expresión dulce, incluso almibarado por un aire servicial; pero de toda su persona se destacaba una preocupación científica: su peluca, incesantemente rascada y extravagantemente recogida, dejaba ver una línea de cabellos blancos y revelaba el furor de los descubrimientos que, lo mismo que las pasiones, nos aparta tan poderosamente de las cosas de este mundo, que perdemos la conciencia del «yo». Rafael, hombre de ciencia y de estudio, admiró al naturalista, cuyas noches consagraba al engrandecimiento de los conocimientos humanos, cuyos errores servían aún a la gloria de Francia; pero una muchacha sin duda se habría reído de la solución de continuidad que había entre el pantalón y el chaleco rayado del sabio, intersticio por lo demás castamente disimulado con una camisa cuyos faldones bajaba y levantaba alternativamente, según sus observaciones zoogenésicas.

Después de algunas primeras frases de cortesía, Rafael creyó necesario dirigir al señor Lavrille un cumplido trivial sobre sus patos.

—¡Oh, tenemos una gran riqueza en patos! —respondió el naturalista—. Luego, y como puede usted saber, esa especie es la más fecunda de los palmípedos. Comienza en el *cisne* y acaba en el *pato-pavo*, comprendiendo ciento treinta y siete variedades de ejemplares bien distintos, con su nombre, sus costumbres, su patria, su fisonomía, y que no se parecen entre sí más de lo que un blanco se parece a un negro. En verdad, señor, cuando nos comemos un pato, la mayoría de las veces no nos damos apenas cuenta de la extensión...

Se interrumpió al ver a un pequeño y bonito pato que subía el ribazo de la laguna.

—Allí tiene el cisne corbata, pobre criatura del Canadá, llegado de tan lejos para enseñarnos su plumaje pardo y gris y su pequeña corbata negra. Mire cómo se rasca... Allá la famosa oca de plumón, o pato *eider*, debajo de su «edredón» duermen los pequeños; ¡qué bonita es! ¿Quién no admiraría ese pequeño vientre de un blanco rojizo, y su pico verde? Acabo, señor, de ser testigo de un apareamiento que hasta ahora me tenía desesperado. El casamiento se ha hecho bastante felizmente, y esperaré con la mayor impaciencia el resultado. Presumo de obtener una especie ciento treinta y ocho, a la cual quizá se le ponga mi nombre. Ahí están los nuevos esposos —dijo señalando a dos patos—. Aquél es una oca reidora (*anas albifrons*) y el otro el gran pato silbador (*anas ruffina*, de Buffon). Yo dudé mucho tiempo entre el pato silbador y el de cejas blancas y fanfarrón (*anas clypeata*); vea a ese gran bribón pardinegro, de cuello verdoso y tan coquetamente irisado. Pero, señor, el pato silbador era un encopetado, y ya comprenderá que no dudase más. No nos falta aquí más que el variado pato birrete negro. Se pretende unánimemente que ese pato es un

duplicado del cerceta de pico curvado, pero yo...

Hizo un gesto admirable, que tradujo a la vez la modestia y el orgullo de los sabios, orgullo lleno de obstinación, modestia llena de suficiencia.

—No lo creo —añadió—. Ya ve usted, mi estimado señor, que no nos divertimos aquí. Yo me ocupo ahora de la monografía del género *ánade*... Pero estoy a sus órdenes.

Y dirigiéndose hacia una casa bastante bonita de la calle Buffon, Rafael sometió la piel de chagrén a las investigaciones del señor Lavrille.

—Conozco ese producto —dijo por fin el sabio después de mirar con su lupa el talismán—. Ha servido de tapa de alguna caja. El chagrén es muy antiguo. Hoy los estuchistas prefieren emplear la piel de lija preparada. Ésta es, como usted seguramente ya sabe, la piel del *raja sephen*, un pez del Mar Rojo.

—¿Y eso, señor, puesto que tiene la bondad...?

—Eso —le interrumpió el sabio— es otra cosa: entre la lija y el chagrén, hay tanta diferencia como entre el Océano y la tierra, como entre un pez y un cuadrúpedo. Sin embargo, la piel del pez es más dura que la piel del animal terrestre. Ésta es —dijo señalando al talismán—, como usted debe saber, uno de los productos más curiosos de la zoología.

—¿De verdad? —preguntó Rafael.

—Señor —respondió el sabio, retrepándose en el sofá—, esta es una piel de asno.

—Lo sé —dijo el joven.

—Hay en Persia —prosiguió el naturalista un asno extremadamente raro, el onagro de los antiguos, *equus asinus*, el *koulan* de los tártaros; Pallas ha ido a observarlo y lo ha ofrecido a la ciencia. En efecto, ese animal pasó mucho tiempo por fantástico. Es, como usted sabe, celebrado en la Escritura Santa; Moisés prohibió acoplarlo con sus congéneres. Pero el onagro es todavía más famoso por las prostituciones de que ha sido objeto, y de las que a menudo hablan los profetas bíblicos. Pallas, como sin duda no ignora, declara en su *Act. Petrop*, tomo II, que esos singulares excesos todavía siguen religiosamente acreditados entre los persas y los nogais, como un remedio soberano contra los males de riñones y la gota ciática. Nosotros no dudamos apenas de eso, nosotros, pobres parisienses. El Museo no tiene onagro. ¡Qué soberbio animal! —prosiguió el sabio—. Está lleno de misterios; su ojo está dotado de una especie de tapiz reflector al que los orientales atribuyen el poder de la fascinación; su pelaje es más elegante y más pulido que el de nuestros más hermosos caballos; está surcado de bandas más o menos leonadas, y se parece mucho a la piel de la cebra. Tiene algo de muelle, de flexible, de resbaladizo al tacto; su vista iguala en justeza y en precisión a la del hombre; un poco mayor que nuestros asnos domésticos, tiene un brío extraordinario. Si por azar se ve sorprendido, se defiende con destacable superioridad contra las bestias más feroces; en cuanto a la rapidez de su marcha, sólo se puede comparar al vuelo de las aves; un onagro, señor, mataría en una carrera a los mejores corceles árabes o persas. Según el padre del concienzudo

doctor Niebuhr, cuya reciente pérdida, como sin duda usted sabe, deploramos, el promedio del paso de estos admirables ejemplares es de siete millas por hora. Nuestros asnos degenerados no podrían darnos una idea de ese asno independiente y montaraz. Tiene el porte ágil, animado, aspecto inteligente, fino, una expresión graciosa, movimientos llenos de coquetería... Es el rey zoológico del Oriente. Las supersticiones turcas y persas le conceden incluso un misterioso origen, y el nombre de Salomón se mezcla en los relatos que los recitadores del Tibet y de Tartaria hacen sobre las proezas atribuidas a estos nobles animales. En fin, un onagro domesticado vale sumas inmensas; resulta casi imposible capturarlo en las montañas, donde brinca como un corzo y parece volar como un pájaro. La fábula de los caballos alados, nuestro Pegaso, ha nacido sin duda en esos países, donde los pastores han podido ver a menudo a un onagro saltando de una roca a otra. Los asnos de silla, obtenidos en Persia por el acoplamiento de una burra con un onagro domado, están teñidos de rojo, según tradición inmemorial. Eso ha dado lugar tal vez a nuestro proverbio: «Malo como un asno rojo». En una época en que la historia natural estaba muy descuidada en Francia, un viajero habrá, pienso yo, traído uno de esos curiosos animales que soportan muy impacientemente la esclavitud. De ahí el proverbio. La piel que usted me presenta —prosiguió el sabio— es la piel de un onagro. Discrepamos sobre el origen del nombre. Unos pretenden que *Chagri* es una palabra turca, otros estiman que *Chagri* es el nombre de la villa donde este despojo zoológico fue sometido a una preparación química, y que le presta el grano particular que admiramos; Martellens me ha escrito que *Châagri* es un río.

—Señor, yo le agradezco que me haya dado unos informes que proporcionarían un admirable artículo a algún *dom* Calmet, si los benedictinos existiesen aún; pero he tenido el honor de hacerle observar que ese fragmento era primitivamente de un volumen igual... a esa carta geográfica —dijo Rafael señalando a Lavrille un atlas abierto—. Ahora bien, desde hace tres meses se ha contraído sensiblemente...

—Bien —respondió el sabio—, ya comprendo. Sepa usted que todos los despojos de seres primitivamente organizados están sujetos a un marchitamiento natural, fácil de comprender, y cuyos progresos están sometidos a influencias atmosféricas. Los mismos metales se dilatan o se contraen de manera sensible, pues los ingenieros han observado espacios considerables entre grandes piedras primitivamente unidas por barras de hierro. La ciencia es vasta, y la vida humana es muy breve. Entonces, no tenemos la pretensión de conocer todos los fenómenos de la naturaleza.

—Señor —respondió Rafael casi confuso—, perdóneme la petición que le voy a hacer. ¿Está usted seguro de que sometiendo esta piel a las leyes corrientes de la zoología, pueda extenderse?

—¡Desde luego...! —añadió el señor Lavrille, intentando estirar el talismán—. Pero si usted quiere ir a ver a Planchette, el célebre profesor de mecánica, seguro que él encontrará un medio de obrar sobre esta piel, de hacerla elástica, de distenderla.

—¡Ah, señor...; me salva usted la vida!

Rafael saludó al sabio naturalista, y se fue corriendo al laboratorio de Planchette, dejando al bueno de Lavrille en medio de su gabinete lleno de vasijas y de plantas disecadas. De su visita se llevaba, sin saberlo, toda la ciencia humana: una nomenclatura... El buenazo de Lavrille se parecía a Sancho Panza relatando a Don Quijote la historia de las cabras; se divertía contando animales y numerándolos. Llegado al borde de la tumba, apenas conocía una pequeña fracción de los inconmensurables nombres del gran rebaño lanzado por Dios a través del océano de los mundos, con un ignorado objetivo. Rafael estaba contento.

—¡Voy a embridar a mi asno! —exclamó.

Sterne había dicho antes de él: «No descuidemos nuestro asno si queremos llegar a viejos». ¡Pero es tan fantástico el animal!

Planchette era un hombre grande y enjuto, verdadero poeta perdido en una contemplación perpetua, ocupado en mirar siempre un abismo sin fondo. *El Movimiento*. El vulgo tacha de locos a estos espíritus sublimes, seres incomprendidos que viven en una admirable indiferencia del lujo y del mundo, permaneciendo jornadas enteras fumando un puro apagado, o entrando en un salón sin haberse abrochado los botones de su ropa exactamente en los correspondientes ojales. Un buen día, tras haber medido durante largo tiempo el vacío, o amontonado unas X bajo unas Aa-Gg, han analizado alguna ley natural y descompuesto el más simple de los principios; y de pronto la sociedad admira una nueva máquina o algún artilugio cuya sencilla estructura nos asombra y nos confunde... El sabio modesto sonríe, diciendo a sus admiradores: «¿Qué es lo que he creado? Nada. El hombre no inventa una fuerza; la dirige, y la ciencia consiste en imitar a la naturaleza.»

Rafael sorprendió al mecánico clavado sobre sus piernas, como un ahorcado caído de pie bajo el patíbulo. Planchette examinaba una bola de ágata que rodaba sobre un cuadrante solar, esperando que se detuviera. El pobre hombre no tenía ninguna condecoración ni pensión alguna, pues él no sabía aprovecharse de sus estudios. Feliz viviendo al acecho de un descubrimiento, no pensaba ni en la gloria ni en el mundo, ni en sí mismo, y vivía en la ciencia por la ciencia.

—¡Esto es indefinible! —exclamó—. ¡Ah, señor...! —añadió al ver a Rafael—. Soy su servidor. ¿Cómo está su señora madre?... Vaya a ver a mi mujer.

«Sin embargo, yo habría podido vivir así», pensó Rafael, quien sacó al sabio de su ensueño preguntándole el medio de obrar sobre el talismán que le presentó.

—Aunque se ría usted de mi credulidad —dijo el marqués—, no le ocultaré nada. Esta piel me parece que posee una fuerza de resistencia contra la cual no puede prevalecer nada.

—Señor —dijo Planchette—, las gentes de mirado tratan siempre a la ciencia bastante caballerosamente; todos nos dicen poco más o menos lo que un incrédulo le decía a Lalande, llevándole unas damas después del eclipse: «Tenga la bondad de repetirlo». ¿Qué efecto quiere producir? La mecánica tiene por objetivo aplicar las leyes del movimiento, o neutralizarlas. En cuanto al movimiento en sí mismo, se lo

declaro con humildad, somos impotentes para definirlo. Admitido esto, hemos observado algunos fenómenos constantes que rigen la acción de los sólidos y los fluidos. Reproduciendo las causas generadoras de estos fenómenos, podemos transportar los cuerpos, transmitirles una fuerza locomotriz en función de una velocidad determinada, lanzarlos, dividirlos simplemente o al infinito, aunque los rompamos o los pulvericemos; luego torcerlos, imprimirles una rotación, modificarlos, comprimirlos, dilatarlos, extenderlos. Esta ciencia, señor, reposa sobre un solo hecho. Usted ve esa bola —prosiguió—. Está ahí, sobre esa piedra. Véala ahora allá. ¿Con qué nombre denominaremos este acto tan físicamente natural y tan moralmente extraordinario? ¿Movimiento, locomoción, desplazamiento de lugar? ¡Qué inmensa vanidad se esconde bajo las palabras! Un nombre, ¿es una solución? Tal es, sin embargo, toda la ciencia. Nuestras máquinas emplean o descomponen ese acto, ese hecho. Ese ligero fenómeno adaptado a masas hará saltar París. Podemos aumentar la velocidad a costa de la fuerza, y la fuerza a costa de la velocidad. ¿Qué son la fuerza y la velocidad? Nuestra ciencia es incapaz de decirlo, como lo es crear un movimiento. Un movimiento, cualquiera que sea, es un inmenso poder, y el hombre no inventa poderes. El poder es uno, como el movimiento, la esencia misma del poder. Todo es movimiento. El pensamiento es un movimiento. La naturaleza se halla establecida sobre el movimiento. La muerte es un movimiento cuyos fines nos son poco conocidos. Si Dios es eterno, crea que está siempre en movimiento. Dios es el movimiento, quizá. Por eso el movimiento es inexplicable, como Él; como Él profundo, sin límites, incomprensible, intangible. ¿Quién ha tocado, comprendido, medido jamás el movimiento? Sentimos sus efectos sin verlos. Podemos hasta negarlos, como negamos a Dios. ¿Dónde está? ¿O no existe? ¿De dónde proviene? ¿O es el principio? ¿O es el fin? Nos envuelve, nos oprime y se nos escapa. Es evidente como un hecho, oscuro como una abstracción, efecto y causa a la vez. Le hace falta, como a nosotros, el espacio, ¿y qué es el espacio? Únicamente el movimiento nos lo revela; sin el movimiento no es más que una palabra vacía de sentido. Problema insoluble, semejante al vacío, semejante a la creación, al infinito; el movimiento confunde el pensamiento humano; y todo lo que al hombre es permitido concebir no lo concebirá jamás. Entre cada uno de los puntos sucesivamente ocupados por esa bola en el espacio —prosiguió el sabio—, hay un abismo para la razón humana, un abismo en el que cayó Pascal. Para obrar sobre la sustancia desconocida, que usted quiere someter a una fuerza desconocida, hemos de estudiar primero esa sustancia; según su naturaleza, o bien ella se romperá bajo un choque, o bien resistirá; si se divide, y la intención de usted no ha sido partirla, no alcanzaremos el objetivo propuesto. Si usted desea comprimirla, es preciso transmitir un movimiento igual a todas las partes de la sustancia, de manera que disminuya uniformemente el intervalo que las separa. Y si desea extenderla, deberemos imprimir a cada molécula una fuerza excéntrica igual, pues sin la exacta observación de esta ley, produciríamos en ella soluciones de continuidad. Existen, señor, modos infinitos,

combinaciones sin límites en el movimiento. ¿A qué efecto se atiende usted?

—Señor —dijo Rafael con impaciencia—, deseo una presión cualquiera lo bastante fuerte para extender indefinidamente esta piel...

—Estando acabada la sustancia —respondió el matemático—, no podrá ser indefinidamente distendida, pero la comprensión multiplicará necesariamente la extensión de su superficie a costa del espesor; la piel se adelgazará hasta que le falte la materia...

—Consiga ese resultado, señor —pidió Rafael—, y habrá ganado millones.

—Le robaría su dinero —respondió el profesor con la flema de un holandés—. Voy a demostrarle en dos palabras la existencia de una máquina, bajo la cual el mismo Dios sería aplastado como una mosca. Reduciría a un hombre al estado de papel secante, a un hombre calzado, encorbatado, con sus espuelas, sombrero, oro, joyas, todo...

—¡Qué horrible máquina!

—En vez de arrojar a sus hijas al agua, los chinos deberían utilizarla —replicó el sabio, sin pensar en el respeto del hombre por su progenitura.

Completamente embebido en su idea, Planchette cogió un florero vacío con el fondo agujereado y lo puso sobre la losa del gnomon; luego fue a buscar un poco de arcilla a un rincón del jardín. Rafael se encantó como un niño al que su aya le cuenta una historia maravillosa. Después de poner la arcilla sobre la losa, Planchette se sacó del bolsillo una podadera, cortó dos ramas de saúco, y se puso a vaciarlas, silbando como si Rafael no estuviese allí.

—Éstos son los elementos de la máquina —dijo.

Sujetó por un codillo de arcilla uno de aquellos cañutos al fondo del bote, de manera que el agujero del sauco correspondiese al del bote. Se habría dicho que era una gran pipa. Extendió sobre la losa una capa de arcilla, dándole la forma de una pala, puso el florero en la parte más ancha y fijó la rama de sauco en la parte que representaba el mango. Finalmente puso una pasta de arcilla en la extremidad del tubo de sauco, plantó la otra rama hueca, muy recta, practicando otro codillo para unir la a la rama horizontal, de manera que el aire, o el fluido ambiente dado, pudiese circular dentro de la improvisada máquina y correr desde la embocadura del tubo vertical, a través del canal intermedio, hasta el gran florero vacío, y seguidamente, y con la gravedad de un académico pronunciando su discurso de recepción, dijo a Rafael:

—Señor, este aparato es uno de los más bellos títulos de Pascal dejados a nuestra admiración.

—No comprendo...

El sabio sonrió. Desató de un árbol frutal una botellita en la que su farmacéutico le había enviado un licor en el que se pegaban las hormigas; rompió el fondo, hizo con él un embudo, y lo adaptó cuidadosamente al agujero de la rama hueca que había fijado verticalmente en la arcilla, en oposición al gran depósito figurado por el

florero; luego, valiéndose de una regadera, vertió la cantidad de agua necesaria para que se encontrase igualmente hasta el borde en el gran florero y en la pequeña embocadura circular del saúco... Rafael pensaba en su piel de chagrén.

—Señor —dijo el mecánico—, el agua está considerada aún hoy como un cuerpo incomprensible; no olvide este principio fundamental. Sin embargo, se comprime, pero tan ligeramente, que debemos contar su facultad contráctil como cero. ¿Usted ve la superficie que presenta el agua del borde del florero?

—Sí, señor.

—Pues bien, suponga esta superficie mil veces más extensa que el orificio de la varita de sauco por donde he vertido el líquido. Vea, quito el embudo...

—De acuerdo.

—Pues bien, señor, si por un medio cualquiera aumento el volumen de esta masa introduciendo aún agua por el orificio del pequeño cañuto, el fluido, obligado a descender, subirá al depósito figurado por el florero, hasta que el líquido llegue al mismo nivel en uno y en otro...

—Eso es evidente —admitió Rafael.

—Pero hay esta diferencia —replicó el sabio—, y es que si la tenue columna de agua añadida al pequeño tubo vertical presenta una fuerza igual al peso de una libra, por ejemplo, como su acción se transmitirá fielmente a la masa líquida e irá a reaccionar sobre todos los puntos de la superficie que presenta en el florero, se hallarán mil columnas de agua que, tendiendo todas a elevarse como si estuvieran impelidas por una fuerza igual a la que hace descender el líquido en la vara vertical de sauco, producirán necesariamente aquí —dijo Planchette señalando a Rafael la abertura del florero— una potencia mil veces más considerable que la potencia introducida ahí.

Y el sabio indicó con el dedo al marqués el cañuto de madera plantado recto en la arcilla.

—Eso es del todo simple —comentó Rafael.

Planchette sonrió.

—En otros términos —prosiguió con esa tenacidad de lógica natural en los matemáticos—, sería necesario, para rechazar la irrupción del agua, desplegar, sobre cada parte de la gran superficie, una fuerza igual a la actuante en el conducto vertical; pero con la sola diferencia de que, si la columna líquida tiene una altura de treinta centímetros, las mil pequeñas columnas de la gran superficie no tendrán sino una muy débil elevación. Ahora —dijo Planchette dando un papirotazo a sus varitas— reemplacemos este pequeño aparato grotesco por tubos metálicos de fuerza y dimensión convenientes, y cubriendo con una platina móvil la superficie flúida del gran depósito, y oponiendo a la misma otra cuya resistencia y solidez sean a toda prueba, y si además se me otorga la potencia de añadir sin cesar agua por el pequeño tubo vertical a la masa líquida, el objeto, prendido entre dos planos sólidos, debe necesariamente ceder a la inmensa acción que lo comprime indefinidamente. El

medio de introducir constantemente agua por el pequeño tubo es una tontería en mecánica, así como el modo de transmitir la potencia de la masa líquida a una platina. Dos pistones y algunas válvulas bastan. ¿Concibe, pues, mi estimado señor —dijo cogiendo del brazo a Valentín—, que no existe apenas sustancia que, colocada entre esas dos resistencias indefinidas, no se vea compelida a desplegarse?

—Entonces, ¿el autor de las *Cartas provinciales* ha inventado?... —exclamó Rafael.

—El solo, señor. La mecánica no conoce nada más simple ni más bello. El principio contrario, la expansión del agua, ha creado la máquina de vapor. Pero el agua no es expansible sino hasta cierto grado, mientras que su incomprensibilidad, siendo una fuerza en cierto modo negativa, resulta necesariamente infinita.

—Si esta piel se extiende —dijo Rafael— le prometo elevar una gigantesca estatua a Blas Pascal, crear un premio de cien mil francos para el mejor problema de mecánica resuelto cada diez años, dotar a sus primas y a sus segundas primas, y contruir un asilo destinado a los matemáticos pobres o dementes.

—Eso sería muy útil —replicó Planchette—. Señor —prosiguió con la calma de un hombre que vive en una esfera completamente intelectual—, mañana iremos a ver a Spieghalter. Ese sobresaliente mecánico acaba de fabricar, según mis planos, una máquina perfeccionada con la cual un niño podría meter mil cargas de heno en su gorro.

—Hasta mañana, señor.

—Hasta mañana.

—Hábleme de la mecánica —le pidió Rafael—. ¿No es la más bella de todas las ciencias? El otro, con sus onagros, sus clasificaciones, sus patos, sus géneros y sus bocales llenos de monstruos, sirve todo lo más para marcar los puntos en un billar público.

El día siguiente, Rafael, jubiloso, fue a buscar a Planchette, y fueron juntos a la calle de la Salud, nombre de favorable augurio. Con Spieghalter, el joven se encontró en un gran establecimiento, y sus miradas recayeron sobre una multitud de forjas rojas y rugientes. Era una lluvia de fuego, un diluvio de clavos, de tuercas; un mar de fundiciones, de maderos, de válvulas y de aceros en barras. Las limaduras atacaban la garganta. Había hierro en la temperatura, los hombres estaban cubiertos de hierro, todo apestaba a hierro; el hierro tenía vida, estaba organizado, se hacía fluido, andaba, pensaba tomando todas las formas y obedeciendo a todos los caprichos. A través de los aullidos de los fuelles, de los *crescendo* de los martillos y los silbidos de los tornos que hacían rechinar el hierro, Rafael llegó a una gran estancia, limpia y bien ventilada, donde pudo contemplar a su gusto la inmensa prensa de que le había hablado Planchette. Admiró unas especies de planchas de fundición, y jimelgas de hierro unidas por un sólido espigón.

—Si le diese siete vueltas a esta manivela con rapidez —le dijo Spieghalter mostrándole un volante de hierro pulido—, vería brotar una plancha de acero en

millares de trocitos que le atravesarían las piernas como agujas.

—¡Caramba! —exclamó Rafael.

Planchette deslizó la piel de chagrén entre las dos platinas de la prensa mayor, y, con esa seguridad que dan las convicciones científicas, hizo funcionar vivamente la manivela.

—¡Échense todos o somos muertos! —gritó Spieghalter con voz tonante y dejándose caer él mismo al suelo.

Un horrible silbido resonó en los talleres. El agua contenida en la máquina rompió la fundición, produjo un chorro de inconmensurable potencia, y se dirigió, por fortuna, sobre una vieja forja, derribándola y retorciéndola lo mismo que una tromba despachurra una casa y la arrastra.

—Oh... —dijo Planchette—; el chagrén está tan sano como mi vista. Maestro Spieghalter, había una escama en su fundición, o algún intersticio en el gran tubo...

—No, no; conozco mi fundición. El señor puede llevarse su chisme. Tiene el diablo dentro.

El alemán cogió un martillo de forja, echó la piel sobre un yunque, y con toda la fuerza que da la cólera, descargó sobre el talismán el más terrible golpe que retumbó nunca en sus talleres.

—¿Quién lo diría?; ni parece que la hayan tocado —exclamó Planchette, acariciando la rebelde piel de chagrén.

Acudieron los obreros. El contraamaestre cogió la piel y la hundió en las ascuas de una forja. Todos, alineados en semicírculo en derredor del fuego, esperaron con impaciencia que accionase el enorme fuelle. Rafael, Spieghalter y el profesor Planchette ocupaban el centro del grupo negro y atento. Viendo sus ojos blancos, sus cabezas empolvadas de hierro, sus ropas negras y relucientes y sus velludos pechos, Rafael se creyó transportado al mundo nocturno y fantástico de las baladas alemanas. El contraamaestre cogió la piel con unas tenazas, después de tenerla en el fuego durante diez minutos.

—Démela —dijo Rafael.

El contraamaestre se la presentó sonriendo a Rafael. El marqués manipuló fácilmente la piel, fría y flexible en sus dedos. Un grito de horror llenó la nave y los obreros huyeron. Valentín se quedó solo con Planchette en el desierto taller.

—¡Hay decididamente algo diabólico ahí dentro! —exclamó Rafael desesperado—. ¿Ninguna potencia humana podría darme un día más?

—Señor, me equivoqué —respondió el matemático con aire contrito—. Debíamos haber sometido esta singular piel a la acción de un laminador. ¿Dónde tenía yo los ojos proponiéndole una presión?

—Soy yo quien lo pidió —replicó Rafael.

El sabio respiró como un culpable absuelto por doce jurados. Sin embargo, interesado por el raro problema que le ofrecía la piel, reflexionó un momento y dijo:

—Hay que tratar esta sustancia desconocida con reactivos. Vamos a ver a Jafet;

quizá la química sea más afortunada que la mecánica.

Valentín puso el caballo al trote, con la esperanza de encontrar al famoso químico Jafet en su laboratorio.

—Hola, mi viejo amigo —dijo Planchette al ver a Jafet sentado en una butaca y contemplando un precipitado—; ¿cómo va la química?

—Se duerme. Nada de nuevo. La Academia ha reconocido, sin embargo, la existencia de la salicilina, pero la salicilina, la asparragina, la digitalina, no son descubrimientos...

—No pudiendo inventar cosas —dijo Rafael—, parece que esté usted reducido a inventar nombres.

—Eso es verdad, joven.

—Mira —dijo el profesor Planchette al químico—, prueba de descomponemos esta substancia; si extraes un principio cualquiera, yo lo llamaré *la diabolina*, pues queriendo comprimirla, acabamos de destrozar una prensa hidráulica.

—A ver, a ver eso —exclamó jubilosamente el químico— Quizá sea un nuevo cuerpo simple.

—Señor —dijo Rafael—, es ni más ni menos que una piel de asno.

—Señor... —dijo gravemente el célebre químico.

—No bromeo —replicó el marqués, presentándole la piel de chagrén.

El barón Jafet aplicó a la piel los flecos nerviosos de su lengua, tan hábil en degustar las sales, los ácidos, los alcalíes y los gases, y, después de algunos ensayos, dijo:

—No sabe a nada. Veamos, le haremos beber un poco de ácido.

Sometida a la acción de este principio, tan rápido en desorganizar los tejidos animales, la piel no sufrió alteración alguna.

—¡Esto no es chagrén! —exclamó el químico—. Vamos a tratar a este misterioso desconocido como un mineral, y lo pondremos en un crisol infusible, donde precisamente tengo potasa roja.

Jafet salió y volvió pronto.

—Señor —dijo a Rafael—, permítame coger un trozo de esta singular substancia; es tan extraordinaria...

—¿Un trozo? —exclamó Rafael—. ¡Ni siquiera el tamaño de un pelo! Pero usted ensaye —añadió con acento a la vez triste y burlón.

El sabio rompió una navaja de afeitar queriendo hendir la piel, intentó romperla mediante una fuerte descarga eléctrica, luego la sometió a la acción de una pila voltaica, y finalmente los rayos de la ciencia fracasaron sobre el terrible talismán. Eran las siete de la tarde. Planchette, Jafet y Rafael, no dándose cuenta del correr del tiempo, esperaban el resultado de una última experiencia. El chagrén salió victorioso del terrible choque al que lo habían sometido con una razonable cantidad de cloruro de ázoe.

—¡Estoy perdido! —exclamó Rafael—. Dios está ahí. Voy a morir...

Dejó a los dos sabios estupefactos.

—Guardémonos bien de contar esta aventura en la Academia, pues nuestros colegas se burlarían de nosotros —dijo Planchette al químico tras una larga pausa durante la cual se miraron sin atreverse a comunicarse sus pensamientos.

Los dos sabios estaban como cristianos saliendo de sus tumbas sin encontrar un Dios en el cielo. ¿La ciencia? ¡Impotente! ¿Los ácidos? ¡Agua clara! ¿La potasa roja? ¡Humillada! ¿La pila voltaica y el rayo? ¡Dos cuentos!

—¡Una prensa hidráulica partida como un bollo! —añadió Planchette.

—Creo en el diablo —dijo el barón Jafet, después de un silencio.

—Y yo en Dios —respondió Planchette.

Los dos estaban en su papel. Para un mecanicista, el universo es una máquina que pide un operario; para la química, esta obra de un demonio que va descomponiéndolo todo, el mundo es un gas dotado de movimiento.

—No podemos negar el hecho —volvió a decir el químico.

—Bah, para consolarnos, los señores doctrinarios han creado este nebuloso axioma: Estúpido como un hecho.

—Tu axioma —replicó el químico—, me parece a mí hecho como un estúpido.

Se echaron a reír, y cenaron como personas que no veían más que un fenómeno en un milagro.

De regreso a su casa, Valentín estaba presa de una rabia fría; no creía ya en nada, las ideas se le embrollaban en el cerebro, daban vueltas y vacilaban como las de todo hombre en presencia de un hecho imposible. Había creído de buen grado en algún secreto defecto de la máquina de Spieghalter; la impotencia de la ciencia y del fuego no le extrañaban, pero la flexibilidad de la piel cuando la manipulaba, su dureza cuando se le aplicaban los medios de destrucción puestos a disposición del hombre, le espantaban. Este hecho incontestable le producía vértigo.

—Estoy loco —se dijo—. Aunque desde esta mañana estoy en ayunas, no tengo ni hambre ni sed, y siento en el pecho un fuego que me abrasa...

Volvió a poner la piel en el cuadro donde antes estaba y tras de trazar con una línea de tinta roja el actual contorno del talismán, se sentó en el sofá.

—Las ocho ya —exclamó—. El día ha pasado como un sueño.

Se acodó en el brazo del sofá, apoyó la cabeza en su mano izquierda, y se perdió en una de esas fúnebres meditaciones cuyo secreto se lo llevan consigo los condenados a muerte.

—¡Ah, Paulina! —exclamó—. ¡Pobre criatura! Hay abismos que el amor no podría franquear, a pesar de la fuerza de sus alas.

En aquel momento oyó muy distintamente un suspiro ahogado, y reconoció, por uno de los más conmovedores privilegios de la pasión, la respiración de su Paulina.

—¡Oh! —se dijo—. Ya tengo mi sentencia. Ahora quisiera morir en sus brazos.

Una carcajada muy franca, muy alegre, le hizo volver la cabeza hacia su lecho, y a través de las transparentes cortinas vio el rostro de Paulina sonriéndole como una

chiquilla feliz por una travesura lograda; su magnífica cabellera eran miles de rizos sobre sus hombros; estaba allí semejante a una rosa de Bengala sobre un montón de rosas blancas.

—He sobornado a Jonatás —dijo—. ¿No me pertenece este lecho a mí, que soy tu mujer? No me riñas, querido; sólo quería dormir a tu lado, sorprenderte. Perdóname esta locura.

Saltó fuera del lecho con agilidad gatuna, mostrándose radiante en sus muselinas, y se sentó en las rodillas de Rafael.

—¿De qué abismo hablabas, amor mío? —preguntó, dejando ver una expresión preocupada.

—De la muerte.

—Me haces daño —respondió ella—. Hay ciertas ideas en las cuales nosotras, pobres mujeres, no podemos detenernos, pues nos matan. ¿Es fuerza de amor o falta de valor? No lo sé. La muerte no me espanta —prosiguió riendo—. Morir contigo, mañana por la mañana, juntos, en un último beso, eso sería una dicha. Me parece que habría vivido aún más de cien años. ¿Qué importa el número de días, si en una noche, en una hora, hemos consumido toda una vida de paz y de amor?

—Tienes razón, el cielo habla por tu bonita boca. Dámela que la bese, y muramos —dijo Rafael.

—Muramos, pues —respondió ella, riendo.

Hacia las nueve de la mañana, la claridad pasaba a través de las ranuras de las persianas; atenuada por la muselina de las cortinas, aún permitía ver los ricos colores del tapizado y los magníficos muebles de la habitación donde reposaban los dos amantes. Algunos dorados destellaban. Un rayo de sol iba a morir sobre el blando edredón que los juegos del amor habían echado al suelo. Suspendido de un gran espejo, el vestido de Paulina se perfilaba como una vaporosa aparición. Los lindos zapatitos habían quedado lejos de la cama. Un ruiseñor vino a posarse en el antepecho de la ventana, y sus repetidos trinos y el batir de sus alas, súbitamente desplegadas al alzar el vuelo, despertaron a Rafael.

—Para morir —dijo acabando un pensamiento comenzado durante su sueño— es preciso que mi organismo, este mecanismo de carne y hueso animado por mi voluntad, y que hace de mí un individuo *hombre*, presente una lesión sensible. Los médicos deben conocer los síntomas de la vitalidad atacada, y pueden decirme si estoy sano o enfermo.

Contempló a su mujer dormida que le tocaba la cabeza, expresando así durante el sueño las tiernas solicitudes del amor. Graciosamente tendida como una niña y el rostro vuelto hacia él, Paulina parecía mirarle aún, tendiéndole una linda boca entreabierta por una respiración igual y pura. Sus dientecitos de porcelana destacaban el carmín de sus jugosos labios, sobre los cuales vagaba una sonrisa; el rosicler de su tez era más vivo, y la blancura era, por decirlo así, más blanca en ese momento que en las horas más amorosas del día. Su gracioso abandono, tan lleno de confianza,

mezclaba al encanto del amor los adorables atractivos de la infancia dormida. Las mujeres, hasta las más naturales, obedecen aún durante el día a ciertas convenciones sociales que encadenan las ingenuas expresiones de su alma; pero el sueño parece volverlas a la espontaneidad de vida que decora la primera edad. Paulina no se sonrojaba por nada, como una de esas queridas y celestes criaturas en las que la razón no ha lanzado aún ni pensamientos en los gestos, ni secretos en la mirada. Su perfil se destacaba vivamente sobre la fina batista de las almohadas, y grandes bandas de encaje mezcladas a sus cabellos le daban un airecillo picaresco; pero ella, se había dormido en el placer, sus largas pestañas se posaban sobre sus mejillas como para preservar su vista de una luminosidad demasiado intensa, o para ayudar a ese recogimiento del alma, cuando ésta trata de retener una voluptuosidad perfecta pero fugaz; su gentil orejita, blanca y roja, encuadrada por una mata de cabello y dibujada en una concha de encaje de Malinas, habría vuelto loco de amor a un artista, a un pintor, a un viejo, y acaso hubiese restituido la razón a algún insensato. Ver a la amante dormida, risueña en un sueño apacible bajo nuestra protección, amándonos hasta en sueños, en el momento en que la criatura parece cesar de ser, ofreciéndonos aún una boca muda que habla del último beso...; ver a una mujer confiada, casi desnuda, pero arropada en su amor como en un manto, y casta en el seno del desorden; admirar su vestimenta esparcida, una inedia de seda rápidamente quitada la víspera para complaceros, un ceñidor desatado que os manifiesta una fe infinita, ¿no es un gozo sin nombre? Ese ceñidor es un poema entero; la mujer a la que protegía el ceñidor no existe ya; ella os pertenece, ella se ha tomado vos; traicionarla en adelante, es herirse a sí mismo. Rafael, enternecido, contempló aquella habitación repleta de amor, llena de recuerdos, en que la claridad tomaba tonalidades voluptuosas, y se volvió a aquella mujer de formas puras, jóvenes, amante aún, y cuyos sentimientos sobre todo eran de él exclusivamente. Deseó vivir siempre. Cuando su mirada se posó en Paulina, ella abrió seguidamente los ojos, como si la hubiese deslumbrado un rayo de sol.

—Buenos días, querido —dijo sonriendo—. ¡Qué guapo eres, malo!

Las dos cabezas, con la impronta de una gracia debida al amor, a la juventud, a la media luz y al silencio, formaban una de esas divinas escenas cuya pasajera magia no pertenece sino a los primeros días de la pasión, como la ingenuidad y el candor son los atributos de la infancia. Mas, ¡ay!, esos goces primaverales del amor, lo mismo que las risas alegres de nuestra primera edad, han de huir y no vivirán más que en nuestro recuerdo, para desesperarnos o bien traernos algún perfume consolador, según los caprichos de nuestras secretas meditaciones.

—¿Por qué te has despertado? —dijo Rafael—. Me gustaba tanto verte dormida... Hasta lloraba...

—Y yo también —respondió ella—; yo he llorado esta noche contemplándote en tu reposo, pero no de alegría. Escucha, Rafael mío, escúchame. Cuando duermes, tu respiración no es franca, hay en tu pecho algo que resuena y que me da miedo. Tienes

durante tu sueño una tosecilla seca, absolutamente semejante a la de mi padre, que muere de tisis. He reconocido en el ruido de tus pulmones algunos de los efectos singulares de esa enfermedad. Después tenías fiebre, estoy segura; tu mano estaba húmeda y ardiente... Querido, tú eres joven —añadió estremeciéndose—; tú podrías curarte aún, si por desgracia... Pero no —exclamó alegremente—, no hay desgracia, la enfermedad se vence, según dicen los médicos.

Y rodeando con los brazos a Rafael, aspiró su aliento con uno de esos besos en los que se pone el alma, y añadió:

—Yo no deseo llegar a vieja. Muramos jóvenes los dos, y vayamos al cielo con las manos llenas de flores.

—Esos proyectos se hacen siempre cuando estamos con buena salud —respondió Rafael, hundiendo las manos en la cabellera de Paulina.

Pero en el mismo momento tuvo un horrible acceso de tos, de esas toses graves y cavernosas que parecen salir de un féretro, que hacen palidecer la frente de los enfermos y los dejan temblorosos, empapados en sudor, tras haber removido sus nervios, quebrantado sus costados, fatigado su medula espinal, e impreso no se sabe qué torpor a sus venas. Rafael, abatido, pálido, se tendió lentamente, desplomado como un hombre cuya fuerza se ha agotado en un último esfuerzo. Paulina le miró fijamente, con ojos dilatados por el miedo, y se quedó inmóvil, blanca, silenciosa.

—No hagamos más locuras, ángel mío —dijo ella, queriendo ocultar a Rafael los horribles presentimientos que le agitaban.

Ella se tapó el rostro con las manos, pues percibía el horrible esqueleto de la *Muerte*. La cabeza de Rafael se había puesto lívida, y se la veía hundida como un cráneo arrancado a las profundidades de un cementerio para el estudio de algún sabio. Paulina recordó la exclamación que se le escapó la víspera a Valentín, y se dijo:

«Sí, hay abismos que el amor no puede atravesar, pero ha de sepultarse en ellos.»

Algunos días después de esta escena de desolación, Rafael se vio, una mañana del mes de marzo, sentado en un sofá y rodeado de cuatro médicos que le habían hecho ponerse a la claridad de la ventana de su habitación, y los cuales, alternativamente, le tomaban el pulso, le auscultaban y le interrogaban con una apariencia de interés. El enfermo espiaba sus pensamientos, interpretando sus gestos o los menores pliegues de sus frentes. Aquella consulta era su última esperanza. Aquellos jueces supremos

iban a pronunciarle una sentencia de vida o de muerte. Así, para arrancar a la ciencia humana su última palabra, Valentín había convocado a los oráculos de la medicina moderna. Gracias a su fortuna y a su nombre, los tres sistemas entre los cuales flotan los conocimientos humanos, estaban allí, ante él. Tres de estos doctores llevaban consigo toda la filosofía médica, representando el combate que libran la espiritualidad, el análisis, y no se sabe qué eclecticismo zumbón. El cuarto médico era Horacio Bianchon, hombre de mucho porvenir y mucha ciencia, el más distinguido acaso de los nuevos médicos, sabio y modesto exponente de la juventud estudiosa que se dispone a recoger la herencia de los tesoros amasados desde hace

cincuenta años por la Escuela de París, y que erigirá acaso el monumento para el cual los siglos precedentes han aportado tantos materiales diversos. Amigo del marqués y de Rastignac, le había prestado sus cuidados desde hacía algunos días, y le ayudaba a responder a las interrogaciones de los tres profesores, a los cuales explicaba a veces, con una especie de insistencia, los diagnósticos que le parecían revelar una tisis pulmonar.

—Ha hecho, parece, muchos excesos; ha llevado una vida disipada... ¿Se ha dedicado a grandes trabajos intelectuales? —preguntó a Rafael uno de los tres célebres doctores, cuya cabeza cuadrada, su ancho rostro y sólida contextura parecían anunciar un genio superior al de sus dos antagonistas.

—He querido matarme por el desenfreno, después de haber trabajado durante tres años en una vasta obra, de la que acaso se ocuparán ustedes algún día —le respondió Rafael.

El gran doctor meneó la cabeza en señal de satisfacción, como si se dijera a sí mismo: «Estaba seguro». Ese doctor era el ilustre Brisset, jefe de los orgánicos, el sucesor de los Cabanis y los Bichat, el médico de los espíritus positivos y materialistas, quienes ven en el hombre un ser finito, sujeto únicamente a las leyes de su propia organización, y cuyo estado normal o las anomalías deletéreas se explican por causas evidentes.

A la respuesta del paciente, Brisset miró silenciosamente a un hombre de estatura media, cuyo purpúreo rostro y la mirada ardiente parecían pertenecer a algún antiguo sátiro, y que, con la espalda apoyada en el ángulo del alféizar, contemplaba atentamente a Rafael, sin decir una palabra. Hombre de exaltación y de fe, el doctor Caméristus, jefe de los vitalistas, poético defensor de las doctrinas abstractas de Van Helmont, veía en la vida humana un principio elevado, secreto, un fenómeno inexplicable que se burla de los bisturís, engaña a la cirugía, escapa a los medicamentos de la farmacopea, a las X del álgebra, a las demostraciones de la anatomía, y se ríe de nuestros esfuerzos; una especie de llama intangible, sometida a alguna ley divina, y que a menudo subsiste en medio de un cuerpo condenado por nuestras sentencias, del mismo modo que deserta de los organismos más viables.

Una sardónica sonrisa erraba sobre los labios del tercero, el doctor Maugredie, espíritu distinguido, pero escéptico y burlón, que no creía más que en el escalpelo, concedía a Brisset la muerte de un hombre que se encontraba a las mil maravillas, y reconocía, con Caméristus, que un hombre podía vivir aún después de su muerte. Hallaba algo de bueno en todas las teorías, y no adoptaba ninguna, pretendiendo que el mejor sistema médico era el de no tenerlo y atenerse a los hechos. Panurgo de la escuela, rey de la observación, aquel gran explorador, aquel gran burlón, el hombre de las tentativas desesperadas, examinaba la piel de chagrén.

—Me gustaría ser testigo de la coincidencia que existe entre sus deseos y su estrechamiento —dijo el marqués.

—¿Y para qué? —exclamó Brisset.

—Sí, ¿para qué? —repitió Cameristus.

—Ah, están de acuerdo —respondió Maugredie.

—Esa contracción es completamente simple —añadió Brisset.

—Es sobrenatural —dijo Cameristus.

—En efecto —replicó Maugredie, afectando un aire grave y devolviendo a Rafael su piel de chagrén—, la contracción del cuero es un hecho inexplicable y, sin embargo, natural; desde el origen del mundo es la desesperación de la medicina y de las mujeres guapas.

A fuerza de examinar a los tres doctores, Valentín no descubrió en ellos ninguna simpatía por sus males. Los tres, silenciosos a cada respuesta, le miraban de arriba abajo con indiferencia, y le asaeteaban a preguntas sin compadecerle. A través de su cortesía asomaba la displicencia. Bien por certidumbre, o bien por reflexión, sus palabras eran tan raras, tan indolentes, que por momentos Rafael los creyó distraídos. De cuando en cuando, sólo Brisset respondía: «Bueno, bien...» a todos los desesperantes síntomas cuya existencia demostraba Bianchon. Cameristus permanecía sumido en una profunda meditación; Maugredie semejava un autor cómico estudiando dos originales para trasladarlos fielmente a la escena. El rostro de Horacio traducía una pena profunda, una emoción llena de tristeza. Llevaba de médico demasiado poco tiempo como para permanecer insensible ante el dolor, e impasible ante un lecho fúnebre; no sabía apagar en sus ojos las lágrimas amigas que impiden a un hombre ver claro y captar, como un general de ejército, el momento propicio de la victoria, sin escuchar los gritos de los moribundos. Tras tardar media hora aproximadamente en tomar, en cierto modo, la medida de la dolencia y del paciente, como un sastre lo hace con una levita que un joven le encarga para su boda, dijeron algunos lugares comunes, y hasta hablaron de asuntos públicos; luego quisieron pasar al despacho de Rafael, para comunicarse sus ideas y redactar la sentencia.

—Señores —preguntó Rafael—, ¿no puedo, pues, asistir al debate?

A estas palabras, Brisset y Maugredie protestaron con vehemencia, negándose, a pesar de las instancias de su enfermo, a deliberar delante de él. Rafael hubo de someterse al uso, pensando que podría deslizarse por un pasillo, desde el que oiría fácilmente el debate médico, al que iban a lanzarse los tres profesores.

—Señores —dijo Brisset entrando—, permítanme que les dé rápidamente mi opinión. No quiero ni imponérsela, ni verla controvertida; de momento es neta, precisa, y resulta de una similitud cabal entre uno de mis enfermos y el *sujeto* que hemos sido llamados a examinar; además, se me espera en mi hospital. La importancia del hecho que reclama allí mi presencia me excusará de ser el primero en tomar la palabra. El *sujeto* que nos ocupa está igualmente fatigado por trabajos intelectuales... ¿Qué es lo que ha hecho, Horacio? —dijo dirigiéndose al joven médico.

—Una *Teoría de la voluntad*.

—Ah, diablos, ese es un tema vasto... Está fatigado —dijo— por excesos de pensamiento, por desviaciones de régimen, por el repetido empleo de estimulantes demasiado enérgicos. La acción violenta del cuerpo y del cerebro ha viciado así el funcionamiento de todo el organismo. Resulta fácil, señores, reconocer en los síntomas del rostro y del cuerpo una prodigiosa irritación en el estómago, la neurosis del gran simpático, la viva sensibilidad del epigastrio y el estrechamiento de los hipocondrios. Ya han constatado el grosor y abultamiento del hígado. En fin, doctor Bianchon, ha observado constantemente las digestiones de su paciente, y nos ha dicho que eran difíciles, laboriosas. Hablando con propiedad, no existe ya estómago; el hombre ha desaparecido. El intelecto está atrofiado porque el hombre no digiere ya. La progresiva alteración del epigastrio, centro de la vida, ha viciado todo el sistema. De ahí parten irradiaciones constantes y flagrantes, habiendo llegado el desorden al cerebro por el plexo nervioso, de donde se deriva la excesiva irritación de ese órgano. Hay en él monomanía. El enfermo se encuentra bajo el peso de una idea fija. Para él, esta piel de chagrén se reduce realmente, pero tal vez ha estado siempre como la hemos visto; aunque, se contraiga o no, ese *chagrén* es para él la mosca que cierto gran visir tenía sobre la nariz. Ponga prontamente sanguijuelas en el epigastrio, calme la irritación de este órgano en el que reside el hombre entero, tenga a régimen al enfermo, y la monomanía cesará. No diré más al doctor Bianchon; él debe discernir el conjunto y los detalles del tratamiento. Acaso haya una complicación de la enfermedad, tal vez las vías respiratorias están igualmente irritadas; pero yo creo el tratamiento del aparato intestinal mucho más importante, más necesario, más urgente de lo que lo es el de los pulmones. El tenaz estudio de materias abstractas y algunas pasiones violentas han producido graves perturbaciones en ese mecanismo vital; sin embargo, es tiempo aún de enderezar sus resortes, pues nada se encuentra exageradamente adulterado. Pueden, pues, salvar fácilmente a su amigo —dijo al doctor Bianchon.

—Nuestro sabio colega toma el efecto por la causa —respondió Cameristus—. Sí, las alteraciones tan bien observadas por él existen en el enfermo, pero el estómago no ha establecido gradualmente irradiaciones en el organismo y hacia el cerebro, como una reja extiende en torno a ella rayos sobre un cristal. Ha sido preciso un golpe para romperlo; y ese golpe ¿quién lo ha asestado?, ¿lo sabemos?, ¿hemos observado suficientemente al enfermo?, ¿conocemos todos los accidentes de su vida? Señores, el principio vital está atacado en él, la propia vitalidad ha sido alcanzada en su esencia; la chispa divina, la inteligencia transitoria que sirve como de lazo a la máquina, y que produce la voluntad, la ciencia de la vida, ha cesado de regularizar los fenómenos cotidianos del mecanismo y las funciones de cada órgano; de ahí provienen los desórdenes tan bien apreciados por mi docto cofrade. El movimiento no ha ido del epigastrio al cerebro, sino del cerebro al epigastrio. ¡No —añadió golpeándose con fuerza el pecho—, no; yo no soy un estómago hecho hombre! No, no está todo ahí. No tengo el valor de decir que, si tengo un buen epigastrio, el resto está en forma...

No podemos —prosiguió más suavemente— someter a una misma causa física y a un tratamiento uniforme los graves trastornos que se producen en los diferentes sujetos más o menos seriamente afectados. Ningún hombre se parece a otro. Todos tenemos órganos particulares, diversamente afectados, diversamente alimentados, propios para desempeñar diferentes misiones, y para desarrollar temas necesarios al cumplimiento de un orden de cosas que nos es desconocido. La porción del gran todo que, por una elevada voluntad, viene a operar, a mantener en nosotros el fenómeno de la animación, se formula de distinta manera en cada hombre, y hace de él un ser en apariencia finito, pero que por un punto coexiste con una causa infinita. Así, debemos estudiar a cada sujeto por separado, penetrarlo, reconocer en qué consiste su vida, cuál es su potencia. Desde la blandura de una esponja mojada hasta la dureza de una piedra pómez, hay infinitos matices. He aquí el hombre. Entre las organizaciones esponjosas de los linfáticos y el vigor metálico de los músculos de algunos hombres destinados a una larga vida, ¡qué de errores no cometerá el sistema único, implacable, de la curación por el aplanamiento, por la postración de las fuerzas humanas que usted supone siempre irritadas! Aquí, pues, yo quisiera un tratamiento del todo moral, un examen profundizado del ser íntimo. ¡Vamos a buscar el mal en las entrañas del alma, y no en las entrañas del cuerpo! Un médico es un ser inspirado, dotado de un genio particular, a quien Dios concede el poder de leer en la vitalidad, como da a los profetas ojos para contemplar el futuro, al poeta la facultad de evocar la naturaleza, y al músico la de disponer los sonidos en un orden armonioso, cuyo arquetipo está, quizá, en lo alto...

—Siempre su medicina absolutista, monárquica y religiosa —murmuró Brisset.

—Señores —interrumpió Maugredie, cubriendo prestamente la exclamación de Brisset—, no perdamos de vista al enfermo...

—¡He ahí, pues, donde está la ciencia! —exclamó tristemente Rafael—. Mi curación flota entre un rosario y una sarta de sanguijuelas, entre el bisturí de Dupuytren y la plegaria del príncipe de Hohenlohe... En la línea que separa el hecho de la palabra, la materia del espíritu, ahí está Maugredie, dudando. ¡El *sí* y *no* humano me persigue por doquier! ¡Siempre el *Carymary*, *Carymara* de Rabelais; estoy espiritualmente enfermo, carymary o lo estoy materialmente, carymara! ¿Debo vivir? Lo ignoran. Por lo menos, Planchette era más franco diciéndome «No lo sé».

En este momento, Valentín oyó la voz del doctor Maugredie:

—El enfermo es monómano; pues bien, de acuerdo —exclamaba—. Pero tiene doscientas mil libras de renta; esos monómanos son muy raros, y cuando menos le debemos un consejo. En cuanto a saber si su epigastrio ha reaccionado sobre el cerebro, o el cerebro sobre el epigastrio, acaso podremos comprobar el hecho cuando haya muerto. Resumamos, pues. Está enfermo, el hecho es incontestable. Le hace falta un tratamiento cualquiera. Dejemos las doctrinas. Pongámosle sanguijuelas para calmar la irritación intestinal y la neurosis, en cuya existencia estamos de acuerdo, y luego enviémosle a tomar aguas; de este modo obraremos a la vez según los dos

sistemas. Si está tísico, no podemos salvarle; así que...

Rafael abandonó con rapidez el pasillo, y volvió a situarse en su sofá. Los cuatro médicos no tardaron en salir del despacho; Horacio fue su portavoz, diciendo:

—Estos señores han reconocido unánimemente la necesidad de una aplicación inmediata de sanguijuelas en el estómago, y la urgencia de un tratamiento a la vez físico y moral. De momento, un régimen dietético, a fin de calmar la irritación de su organismo...

Aquí Brisset hizo un signo de aprobación.

—Luego un régimen higiénico para regir su moral. Así, le aconsejamos unánimemente que vaya a tomar las aguas de Aix, en Savoya, o las del monte Dore, en Auvernia, si las prefiere; el aire y los parajes de Savoya son más agradables que los de Cantal, pero usted vaya donde le plazca.

Aquí el doctor Camaristus dejó escapar un gesto de asentimiento.

—Estos señores —prosiguió Brianchon—, habiendo reconocido ligeras alteraciones en el aparato respiratorio, han coincidido en la utilidad de mis anteriores prescripciones. Piensan que su curación es fácil y dependerá del empleo juiciosamente alternativo de esos diversos medios... Y...

—¡Y he ahí por qué su hija es muda! —dijo Rafael sonriendo y llevando a Horacio a su despacho para entregarle el importe de la inútil consulta.

—Son lógicos —le respondió el joven médico—. Cameristus siente, Brisset examina, Maugredie duda. ¿No tiene el hombre un alma, un cuerpo y una razón? Una de estas tres causas primeras obra en nosotros de manera más o menos fuerte, y siempre habrá el elemento hombre en la ciencia humana. Créame, Rafael, nosotros no curamos, nosotros ayudamos a curar. Entre la medicina de Brisset y la de Cameristus, se encuentra aún la medicina expectante; mas para practicarla con éxito, sería preciso conocer a su enfermo desde hace diez años. En el fondo de la medicina hay negación, como en todas las ciencias. Trate, pues, de vivir cuerdamente, intente un viaje a Savoya; lo mejor es siempre confiarse a la naturaleza.

Un mes más tarde, de vuelta del paseo y en un bello atardecer de estío, algunas de las personas que fueron a tomar las aguas de Aix estaban reunidas en los salones del Círculo. Sentado junto a una ventana y vuelto de espaldas a la concurrencia, Rafael permaneció largo rato solo, sumido en una de esas meditaciones maquinales, durante las cuales nuestros pensamientos nacen, se encadenan y se desvanecen sin revestirse de formas, y pasan por nosotros como ligeras nubes apenas coloreadas. La tristeza es entonces dulce, la alegría vaporosa, y el alma está casi adormecida. Abandonándose a esa vida sensual, Valentín se bañaba en la tibia atmósfera del atardecer, saboreando el aire puro y perfumado de las montañas, feliz por no sentir dolor alguno y por haber finalmente reducido al silencio a su amenazante piel de chagrén. En el momento en que las tonalidades rojas del sol poniente se extinguieron sobre las cimas, refrescando la temperatura, abandonó su puesto, cerrando la ventana.

—Señor —le dijo una vieja dama—, ¿tendrá la bondad de no cerrarla? Nos

ahogamos...

Esta frase desgarró el tímpano de Rafael por las disonancias de la voz, de singular acritud; fue como la palabra que suelta imprudentemente un hombre en cuya amistad queríamos creer, y que destruye alguna dulce ilusión de sentimiento, revelando un intenso egoísmo. El marqués dirigió a la vieja dama la fría mirada de un impasible diplomático, llamó a un criado y le dijo secamente cuando llegó:

—¡Abra esa ventana!

A estas palabras, una viva sorpresa se pintó en todos los rostros. La concurrencia se puso a cuchichear, mirando al enfermo con aire más o menos expresivo, como si hubiese cometido alguna grave impertinencia. Rafael, que no se había aún despojado por entero de su primitiva timidez de joven, tuvo un movimiento de vergüenza, pero sacudió su torpor, recuperó su energía y se pidió cuentas a sí mismo de aquella rara escena. De pronto, un rápido movimiento animó su cerebro, el pasado se le apareció en una visión distinta en que las causas del sentimiento que inspiraba se destacaron en relieve, como las venas de un cadáver en el cual, mediante alguna sabia inyección, los naturalistas colorean las menores ramificaciones; se reconoció en aquel cuadro fugaz, y siguió en él su existencia, día por día, pensamiento a pensamiento; se vio, no sin sorpresa, sombrío y distraído en medio de aquel mundo reidor; siempre pensando en su destino, preocupado por su mal, pareciendo desdeñar la más insignificante conversación, huyendo de esas intimidades efímeras que se establecen muy pronto entre los viajeros, porque cuentan sin duda con no volver a encontrarse; haciendo poco caso de los demás, y semejante, en fin, a esas rocas tan insensibles a las caricias como a la furia de las olas. Luego, por un raro privilegio de intuición, leyó en todas las almas: descubriendo bajo el resplandor de una lámpara el cráneo amarillo y el sardónico perfil de un viejo, recordó haberle ganado al juego, sin haberle propuesto el desquite; más allá, percibió una linda mujer cuyas provocaciones le dejaron frío; cada rostro le reprochaba uno de esos yerros inexplicables en apariencia, pero cuyo delito yace siempre en una invisible herida causada al amor propio. Había lastimado involuntariamente todas las pequeñas vanidades que gravitaban en su derredor. Los invitados de sus fiestas, o aquellos a quienes había ofrecido sus caballos, se habían irritado por su lujo; sorprendido por su ingratitud, él les había ahorrado esa especie de humillación; desde entonces se creyeron despreciados y le acusaban de aristócrata. Sondeando así los corazones, pudo descifrar los pensamientos más secretos; tuvo horror de la sociedad, de su urbanidad, de su barniz. Rico y de espíritu superior, era envidiado y odiado; su silencio defraudaba a la curiosidad, su modestia parecía altivez a aquellos seres mezquinos y superficiales. Adivinó el crimen latente, irremisible, del que era él culpable hacia ellos; escapaba a la jurisdicción de su mediocridad. Rebelde a su despotismo inquisidor, sabía prescindir de ellos; para vengarse de esa realza clandestina, todos se habían coaligado instintivamente a fin de hacerle sentir su propio poder, someterle a algún ostracismo, y enseñarle que también ellos podían prescindir de él. Sintiendo primero compasión ante esa visión

del mundo, se estremeció luego pensando en la dúctil potencia que así le descorría el velo de carne bajo el cual está envuelta la naturaleza moral, y cerró los ojos, como para no ver nada. De pronto, una negra cortina se corrió sobre esta siniestra fantasmagoría de verdad, pero se encontró en el horrible aislamiento que espera a las potencias y a las dominaciones. En aquel momento, tuvo un violento acceso de tos. Lejos de recoger una sola de esas palabras indiferentes o triviales, pero que cuando menos simulan una especie de cortés compasión en las personas de buen tono reunidas por azar, oyó interjecciones hostiles y quejas murmuradas en voz baja. La sociedad no se dignaba ni siquiera el menor fingimiento, tal vez porque la calaba hasta el fondo.

—Su enfermedad es contagiosa...

—El presidente del Círculo debería prohibirle la entrada en el salón.

—La buena educación prohíbe terminantemente toser así.

—Un hombre enfermo así no debe venir al balneario...

—Hará que me marche de aquí.

Rafael se levantó para sustraerse al anatema general, y se paseó por el aposento. Quería encontrar una protección y volvió al lado de una joven desocupada, a la cual pensó dirigir algunas lisonjas, pero al aproximarse, ella le volvió la espalda y fingió mirar a los bailarines. Rafael temió que ya había usado su talismán durante la velada, por lo que no sintió ni la voluntad ni el deseo de entablar conversación, abandonando el salón y refugiándose en la sala de billares. Allí nadie le habló, ni le saludó, ni le dirigió la más ligera mirada de benevolencia. Su espíritu naturalmente meditabundo le reveló, por intuición, la causa general y racional de la aversión que inspiraba. Aquel pequeño mundo obedecía, sin saberlo acaso, a la gran ley que rige la alta sociedad, y cuya implacable moral se desplegó por entero a los ojos de Rafael. Una mirada retrospectiva le explicó el tipo cabal de Fedora. No podía encontrar ningún sentimiento por sus males en ella, ni por las miserias del corazón en la sociedad. El gran mundo proscribía de su seno a los desgraciados, como un hombre de salud vigorosa expulsa de su cuerpo un principio morboso. El mundo aborrece los dolores y los infortunios, los teme igual que los contagios, y no duda jamás entre ellos y los vicios; el vicio es un lujo. Por poderosa que sea una desgracia, la sociedad sabe aminorarla, ridiculizarla con un epigrama; traza caricaturas para arrojar a la cabeza de los reyes derribados las afrentas que cree haber recibido de ellos; semejante a los jóvenes romanos del Circo, jamás otorga gracia al gladiador que cae; vive de oro y de mofa. *¡Muerte a los débiles!*, es el voto de esa especie de Orden ecuestre instituida en todas las naciones de la tierra, pues por todas partes se elevan ricos, y esta sentencia se halla escrita en el fondo de los corazones amasados por la opulencia o alimentados por la aristocracia. ¿Reunís a niños en un colegio? Esta imagen extractada de la sociedad, pero imagen más auténtica cuanto más ingenua y más franca es, os ofrece siempre pobres ilotas, criaturas de sufrimiento y de dolor incesantemente situadas entre el desprecio y la piedad; el Evangelio les promete el cielo. ¿Descendéis más

abajo en la escala de los seres organizados? Si algún volátil sufre entre los demás semejantes del corral, éstos le persiguen a picotazos, le despluman y le asesinan. Fiel a este decálogo del egoísmo, el mundo prodiga sus rigores a las miserias lo bastante audaces como para ir a afrontar sus fiestas, para acibarar sus placeres. Cualquiera que sufra del cuerpo o del alma, esté falto de dinero o de poder, es un paria. ¡Que se quede en su desierto! Si franquea sus límites, encuentra por donde vaya el invierno. Frío en las miradas, frío en los ademanes, en las palabras, en los corazones, ¡y dichoso él si no recoge el insulto allá donde para él debería brotar un consuelo...! ¡Moribundos, quedaos en vuestros lechos desiertos! ¡Viejos, permaneced solos en vuestros fríos hogares! ¡Pobres muchachas sin dote, helaos y arded en vuestras solitarias buhardillas! Si el mundo tolera una desgracia, ¿no es para moldearla a su uso, sacar provecho de ella, ponerle un freno y una gualdrapa, montarla y convertirla en una fiesta? Caprichudas señoritas de compañía, componeos rostros alegres; soportad los humores de vuestra pretendida benefactora; cuidad sus perros, rivales de esos chuchos de pelo largo ingleses; divertidla, adivinadla, y luego callaos. Y tú, rey de los criados sin librea, parásito desvergonzado, deja tu carácter en casa; digiere como digiere tu anfitrión, llora con sus lágrimas, ríe con su risa, celebra el ingenio de sus epigramas; si murmuras, espera tu caída. Así honra el mundo a la desgracia: la mata o la expulsa, la envilece o la castra.

Estas reflexiones surgieron en el corazón de Rafael con la presteza de una inspiración poética; miró en su derredor, y sintió ese frío siniestro que la sociedad destila para alejar las miserias, y que oprime el alma más vivamente todavía que lo que el cierzo de diciembre hiela el cuerpo. Se cruzó los brazos sobre el pecho, apoyó la espalda contra la pared, y cayó en una profunda melancolía. Pensaba en la poca felicidad que esa espantosa costumbre procura al mundo. ¿Qué era? Diversiones sin placer, animación sin alegría, fiestas sin goce, delirio sin deleite, y, en fin, leña o las cenizas de un hogar, pero sin una chispa ni una llama. Cuando levantó la cabeza, se vio solo; los jugadores habían huido.

«Para hacerles adorar mi tos, me bastaría descubrirles mi poder», se dijo.

A este pensamiento, arrojó su desprecio como un manto entre el mundo y él.

El día siguiente el médico del balneario fue a verle con gesto afectuoso, interesándose por su salud. Rafael sintió una repentina alegría al oír las palabras amigas que se le dirigían. Vio en la expresión del doctor dulzura y bondad; los rizos de su rubia peluca respiraban filantropía; el corte de su levita, los pliegues de su pantalón, sus zapatos anchos como los de un cuáquero, todo, hasta el polvillo circularmente sembrado por su coleta sobre su espalda ligeramente cargada, indicaba un carácter apostólico, expresaba la caridad cristiana y la abnegación de un hombre que, pendiente de sus enfermos, se había reducido a jugar al whist y a las damas lo bastante bien como para ganarles siempre su dinero.

—Señor marqués —dijo luego de un largo diálogo con Rafael—, creo que venceré su tristeza. Ahora conozco lo bastante su constitución para afirmar que los

médicos de París, cuyos grandes talentos no ignoro, se han equivocado sobre la naturaleza de su enfermedad. A menos de un accidente, señor marqués, puede usted vivir tanto como Matusalén. Sus pulmones son tan fuertes como el fuelle de una fragua y su estómago avergonzaría al de un avestruz; pero si no sale de una temperatura elevada, corre el riesgo de que le lleven al camposanto con demasiada rapidez. El señor marqués va a comprenderme en dos palabras. La química ha demostrado que la respiración constituye en el hombre una verdadera combustión, cuya mayor o menor intensidad depende de la afluencia o de la rareza de los principios flogísticos amasados por el organismo particular en cada individuo. En usted, lo flogístico abunda; está, si me es permitido expresarme así, superoxigenado por la ardiente complexión de los hombres destinados a las grandes pasiones. Respirando el aire vivo y puro que acelera la vida en los hombres de fibra blanda, usted todavía ayuda a una combustión ya demasiado rápida. Una de las condiciones de su existencia es, pues, la atmósfera densa de los establos, de los valles. Sí, el aire vital del hombre devorado por el genio se encuentra en los grasos pastos de Alemania, en Baden-Baden, en Toeplitz. Si no siente horror por Inglaterra, su esfera brumosa calmará su incandescencia; pero nuestras aguas, situadas a mil pies sobre el nivel del Mediterráneo, le son funestas. Tal es mi opinión y mi consejo —añadió, dejando escapar un gesto de modestia—. Lo doy contra nuestros intereses, ya que, si lo sigue, tendremos la desgracia de perderle.

Sin estas últimas palabras, Rafael habría sido seducido por la falsa llaneza del meloso galeno, pero era demasiado profundo observador para no adivinar en el acento, en el gesto y en la mirada que acompañaron a su última frase, tan suavemente burlona, la misión que sin duda le habían encargado al hombrecillo sus alegres enfermos. Aquellos ociosos de tez florida, aquellas viejas aburridas, aquellos ingleses nómadas, aquellas amiguitas zafadas del marido y llevadas por el amante a tomar las aguas, se habían propuesto expulsar a un pobre y débil moribundo, enclenque, incapaz al parecer de resistir a una persecución diaria. Rafael aceptó el combate, viendo una diversión en la intriga.

—Puesto que le desconsolaría que yo me fuese —respondió al doctor—, intentaré seguir su buen consejo, pero quedándome aquí. Mañana mismo daré las órdenes para que me construyan una casa en la que se modificará la ventilación siguiendo sus instrucciones.

Interpretando como amargamente burlona la sonrisa que vio en los labios de Rafael, el médico se limitó a saludarle, sin saber qué decirle.

El lago de Bourget está entre unas escarpaduras montañosas, y el agua a doscientos o doscientos cincuenta metros bajo el nivel del Mediterráneo, brilla tan límpidamente azul como ningún agua del mundo. Visto desde lo alto del Diente-del-Gato, el lago aparece allí como una turquesa extraviada. Ese bello y pequeño mar tiene nueve leguas de contorno, y en algunos sitios casi ciento cincuenta metros de profundidad. Estar allí, en una barca en medio de la inmensa lámina, con un cielo

despejado, no oír más que el ruido de los remos, no ver en el horizonte sino montañas entre nubes, admirar el cabrilleo de las nieves de la Mauritania francesa, pasar en un instante de los bloques de granito forrados de terciopelo por los helechos o por los arbustos enanos a las risueñas colinas; de un lado el desierto, del otro una rica naturaleza —un mendigo que participa del festín de un rico— Ésas armonías y esas discordancias componen un espectáculo donde todo es grande, donde todo es pequeño. El aspecto de las montañas cambia las condiciones de la óptica y de la perspectiva; un abeto de treinta metros parece una caña, y los anchos valles aparecen tan angostos como senderos. Ese lago es el único donde se puede hacer una confidencia de corazón a corazón. Se piensa en él y se le quiere. En paraje alguno se hallaría una armonía más bella entre el agua, el cielo, las montañas y la tierra. Allí se encuentran bálsamos para todas las crisis de la vida. Ese lugar guarda el secreto de los dolores, los consuela, los atenúa, y le da al amor no se sabe qué de grave, de recoleto, concediendo a la pasión mayor hondura, más pureza. Un beso se engrandece allí. Pero es sobre todo el lago de los recuerdos; los favorece prestándoles las tonalidades de sus ondas, espejo en el que todo se refleja. Rafael no soportaba su fardo sino en medio de aquel bello paisaje, en el que podía permanecer indolente, soñador, y sin deseos. Después de la visita del doctor, fue a pasear y se hizo desembarcar en la parte más solitaria de una hermosa colina sobre la cual se asienta la aldea de San Inocencio. Desde esa especie de promontorio, la vista abarca los montes de Bugey, bajo los cuales discurre el Ródano, y el fondo del lago; pero, desde allí, a Rafael le seducía contemplar, en la ribera opuesta, la melancólica abadía de Haute-Combe, sepultura de los reyes de Cerdeña, prosternados ante las montañas como peregrinos llegados al término de su viaje. Un cadencioso estremecimiento de las ramas turbó el silencio del paisaje, prestándole una voz monótona, semejante a las salmodias de los monjes. Asombrado de encontrar paseantes en aquella parte del lago, normalmente desierto, el marqués se fijó, sin salir de su ensueño, a las personas que había en la barca, reconociendo en la que se sentaba atrás a la anciana señora que tan duramente le había interpelado la víspera. Al pasar la embarcación ante Rafael, no lo saludó más que la señorita de compañía de la vieja dama, una pobre y noble muchacha que a él le pareció ver por primera vez. Desde hacía algunos instantes había olvidado ya a los paseantes, desaparecidos rápidamente detrás del promontorio, y oyó cerca de él un roce de vestidos y el ruido de unos pasos ligeros. Al volverse, vio a la señorita de compañía, y por su gesto indeciso adivinó que quería hablarle, por lo que se adelantó a ella. De unos treinta y seis años, alta y delgada, seca y fría, estaba, como todas las solteronas, bastante confusa ante su mirada, lo cual no concordaba con un andar incierto, torpe y sin agilidad. Vieja y joven a la vez, la dignidad de su apostura demostraba el alto concepto que tenía de sus tesoros y sus perfecciones. Por lo demás, tenía los gestos discretos y monásticos de las mujeres acostumbradas a quererse a sí mismas, sin duda para no fallar a su destino de amor.

—Señor, su vida está en peligro, no vaya más al Círculo —dijo a Rafael, dando

algunos pasos atrás, como si hubiese puesto su virtud en entredicho.

—Pero por favor, señorita —respondió Valentín sonriendo—, explíquese con más claridad, ya que se ha dignado venir hasta aquí.

—¡Ah...! —respondió ella—. Sin el poderoso motivo que me ha traído, no me habría arriesgado a caer en desgracia con la señora condesa, pues si llegase a saber que le he prevenido...

—¿Y quién se lo dirá, señorita? —le preguntó Rafael.

—Es verdad —respondió la solterona, dirigiéndole la temblorosa mirada de una lechuza expuesta al sol—. Pero piense en usted —y añadió—: Varios jóvenes que le quieren echar del balneario se han confabulado para provocarle, obligándole a batirse en duelo.

La voz de la vieja dama se oyó algo lejos.

—Señorita —dijo el marqués—, mi agradecimiento...

Su protectora huyó al oír la voz de su ama, quien desde el roquedal gritaba con su cascada voz.

—Pobre muchacha... Los míseros se entienden y se socorren siempre —pensó Rafael, sentándose al pie de un árbol.

La llave de todas las ciencias es, sin réplica posible, el signo de interrogación; la mayor parte de los grandes descubrimientos lo debemos al «¿Cómo?» y la sabiduría en la vida quizá consiste en preguntarse a cada instante «¿Por qué?» Pero también esta ficticia presciencia destruye nuestras ilusiones. Así Valentín, habiendo visto, sin premeditación filosófica, en la buena acción de la solterona el texto de sus errantes pensamientos, la imaginó llena de hiel.

«No tiene nada de extraordinario, se dijo, que se enamore de mí una señorita de compañía; tengo veintisiete años, un título y doscientas mil libras de renta... Pero que su ama, que disputa a las gatas la palma de la hidrofobia, la haya traído en barca adonde estaba yo, ¿no es algo extraño y maravilloso? Esas dos mujeres venidas a Savoya para dormir como marmotas, y que preguntan al mediodía si ha amanecido, hoy se habrán levantado antes de las ocho para hacer creer que todo, hasta el llegar hasta mí, ha sido puro azar...»

Esa solterona y su ingenuidad cuadragenaria lo entendió como una nueva transformación de este mundo artificial y embrollón, una mezquina añagaza, una torpe maquinación, una susceptibilidad quisquillosa de sacerdote o de mujer. ¿El duelo era una fábula, o sólo se le quería meter miedo? Insolentes y molestas como moscas, aquellas almas mezquinas habían logrado picar su vanidad, despertar su orgullo, excitar su curiosidad. No queriendo convertirse en su burlado, ni pasar por un cobarde, y divertido quizá por el pequeño drama, acudió al Círculo la misma noche. Se quedó en pie apoyado contra el mármol del reborde de la chimenea, y permaneció tranquilo en medio del salón principal, tratando de evitar toda violencia, pero examinaba los rostros, y en cierto modo desafiaba a la asamblea con su circunspección. Como un dogo seguro de su fuerza, esperaba el combate en su

terreno, sin ladrar inútilmente. Hacia el final de la velada, se paseó por la sala de juego, yendo de la puerta de entrada a la de los billares, desde donde dirigió de cuando en cuando una mirada a los jóvenes que jugaban una partida. Al cabo de varias vueltas, oyó que le nombraban. Aunque hablasen en voz baja, Rafael adivinó fácilmente que se había convertido en objeto de un debate, y acabó por recoger algunas palabras dichas en voz alta:

—¿Tú?

—¡Sí, yo!

—¡Te desafío!

—¿Apostemos?

—¡Oh, él irá!

En el momento en que Valentín, curioso por conocer el motivo de la apuesta, avanzaba para oír mejor la conversación, un joven alto y fuerte, de buena presencia, pero con la mirada fija e impertinente de las personas que se apoyan en algún poder material, salió de los billares.

—Señor —dijo con tono tranquilo, dirigiéndose a Rafael—, me he encargado de poner en su conocimiento algo que parece que usted ignora: su figura y usted desagradan aquí a todo el mundo, y a mí en particular... Usted es demasiado cortés para no sacrificarse al bien general, y le ruego que no aparezca más por el Círculo.

—Señor, esa broma, explotada ya bajo el Imperio en muchas guarniciones, ahora ya no es más que una broma de muy mal gusto —respondió fríamente Rafael.

—Yo no bromeo —respondió el joven—. Se lo repito: su salud se resentiría mucho con su estancia aquí; el calor, las luces, el aire del salón, la compañía, agravan su enfermedad.

—¿Dónde ha estudiado usted la medicina? —le preguntó Rafael.

—Señor, me gradué bachiller en la escuela de tiro de Lepage, en París, y doctor en la de Cerisier, el rey del florete.

—Pues le falta todavía un último título —replicó Valentín—. Estudie el código de la cortesía, y será un perfecto caballero.

En ese momento los demás jóvenes, sonrientes o silenciosos, salieron de los billares. Los demás jugadores, atentos también a la escena, abandonaron las cartas para no perder una palabra de una discusión que cuadraba a su temperamento. Él solo en medio de un ambiente hostil, Rafael trató de conservar su sangre fría y no cometer ningún error; mas habiéndose permitido su antagonista un sarcasmo en que el ultraje se envolvía en una forma eminentemente incisiva y espiritual, le respondió con gravedad:

—Señor, hoy ya no está permitido pegarle una bofetada a un hombre, pero no sé qué nombre le puedo dar a una conducta tan cobarde como la suya.

—¡Basta, basta! Ya se lo explicará mañana —dijeron varios jóvenes, que se interpusieron entre los dos protagonistas.

Rafael salió del salón, considerado como el ofensor y aceptando la cita para el

duelo junto al castillo de Bordeau, en una pequeña pradera en pendiente, no lejos de un camino poco antes abierto, y por el cual el vencedor podría pasar a Lyon. Rafael debía necesariamente o quedarse en cama o abandonar las aguas de Aix. La sociedad triunfaba. Al día siguiente, hacia las ocho de la mañana, el adversario de Rafael, acompañado de los testigos y de un cirujano, fue el primero en llegar al terreno.

—Estaremos muy bien aquí; hace un tiempo soberbio para batirse —exclamó alegremente, contemplando la bóveda azul del cielo, las aguas del lago y los peñascos, sin el menor recelo que hiciese dudar ni pensar en el luto. Si le doy en el hombro— prosiguió, —le mandaré a la cama para un mes, ¿no es así, doctor?

—Si no para más tiempo —respondió el cirujano—. Pero deje ese pequeño sauce tranquilo; de otro modo, se le cansaría la mano y podría fallarle el pulso, con el peligro de matar a nuestro hombre en lugar de herirlo.

Se oyó el ruido de un carruaje.

—Ya está aquí —dijeron los testigos, quienes no tardaron en divisar una calesa de viaje tirada por cuatro caballos y conducida por dos postillones.

—¡Qué gusto tan singular! —exclamó el adversario de Valentín—. Viene a hacerse matar en posta...

En un duelo, como en el juego, los más ligeros incidentes influyen sobre la imaginación de los autores más interesados en el éxito de una jugada; así el joven esperó con cierta inquietud la llegada del carruaje, el cual quedó en el camino. El viejo Jonatás bajó pesadamente el primero para ayudar a salir a Rafael, a quien sostuvo por los débiles brazos, desplegando los minuciosos cuidados que un amante prodiga a su amada. Los dos se perdieron por los senderos que separan el camino real del lugar designado para el combate, y no reaparecieron hasta bastante después; caminaban muy despacio. Los cuatro espectadores de esa singular escena quedaron hondamente impresionados ante el aspecto de Valentín que, apoyado en el brazo de su criado, pálido y extenuado, caminaba como un gotoso, con la cabeza baja y sin decir una palabra. Hubiérase dicho dos ancianos igualmente acabados, uno por el tiempo y el otro por el pensamiento; el primero tenía su edad escrita en sus cabellos blancos; el joven no tenía ya edad.

—Señor, no he dormido —dijo Rafael a su adversario.

Estas palabras glaciales y la terrible mirada que las acompañaron estremecieron al verdadero provocador, quien tuvo la conciencia de su ofensa y sintió una secreta vergüenza por su conducta. Había en la actitud, en el sonido de la voz y en el gesto de Rafael algo de extraño. El marqués hizo una pausa, y todos imitaron su silencio. La inquietud y la atención no podían ser mayores.

—Todavía le queda tiempo —prosiguió— para que me dé una ligera satisfacción; pero démela, señor, o va usted a morir. En este momento todavía cuenta con su habilidad, por lo que no retrocede ante la idea de un desafío que usted supone ganado ya por usted, creyendo suyas todas las ventajas. Pero óigame usted, señor: yo soy generoso, y le prevengo sobre mi superioridad. Poseo un poder terrible. Para aniquilar

su destreza, desviar su puntería, velar su mirada, hacerle temblar la mano y palparle el corazón, hasta para matarle, me basta con desearlo. No quiero verme obligado a ejercer mi poder, pues me cuesta demasiado caro el hacer uso de él. No sería usted el único en morir. Entonces, si rehúsa presentarme excusas, su bala irá a parar al agua de esa cascada a pesar de su hábito del asesinato, y la mía irá derecha a su corazón sin que yo apunte.

En ese momento voces confusas interrumpieron a Rafael. Al pronunciar sus palabras, el marqués había dirigido constantemente sobre su adversario la insoportable claridad de su fija mirada, y se había erguido mostrando un rostro impasible, semejante al de un loco peligroso.

—¡Hacedle callar! —había dicho el joven antagonista a uno de sus testigos—. Su voz me retuerce las entrañas.

—¡Basta ya, señor...! Sus discursos son inútiles —le gritaron a Rafael el cirujano y los testigos.

—Señores —respondió él—, cumplo con un deber. ¿Tiene ese joven algunas disposiciones que tomar antes de...?

—¡Basta, basta!

El marqués quedóse rígido, inmóvil, sin perder de vista un instante a Carlos, su adversario, quien, dominado por una potencia casi mágica, estaba como un pájaro ante una serpiente; obligado a sufrir aquella mirada homicida, la rehuía, pero volvía a ella al instante.

—¡Dame agua, tengo sed... —dijo al mismo testigo.

—¿Tienes miedo?

—Sí —respondió—. La mirada de ese hombre quema y me domina.

—¿Quieres presentarle excusas?

—Ahora ya es tarde.

A los dos adversarios los situaron a quince pasos el uno del otro. Cada uno tenía cerca un par de pistolas, y, de acuerdo con las reglas de esa ceremonia, debían hacer dos disparos a voluntad, pero después de la señal dada por los testigos.

—¿Qué haces, Carlos? —dijo el joven que servía de ayudante al adversario de Rafael—. ¡Coges la bala antes que la pólvora!

—Muerto soy... —respondió, casi murmuró—. Me habéis puesto de cara al sol...

—Lo tiene detrás de usted —le dijo Valentín con voz grave y solemne mientras cargaba lentamente su pistola, sin inquietarse por la señal dada ni por el cuidado con que le apuntaba su adversario.

Lo que había de terrible en esa sobrenatural seguridad impresionó hasta a los dos postillones, atraídos allí por una malsana curiosidad. Rafael hablaba a Jonatás y le miraba en el momento en que le disparaba su enemigo. La bala de Carlos destrozó una rama de un sauce y rebotó en el agua. Disparando al azar, Rafael dio en el mismo corazón de su adversario, y, sin cuidarse de la caída del joven, buscó en el acto la piel de chagrén, para ver lo que le costaba una vida humana. El talismán no era ya mayor

que una pequeña hoja de roble.

—¿Y qué? ¿Qué están ustedes mirando ahí, postillones? ¡Hala, en marcha! —ordenó el marqués.

Llegado la misma tarde a Francia, tomó seguidamente el camino de Auvernia, trasladándose a las aguas del monte Dore. Durante el viaje, le brotó del corazón uno de esos súbitos pensamientos que caen en nuestra alma como un rayo de sol a través de densas nubes sobre algún oscuro valle. Tristes resplandores, corduras implacables, iluminan los acontecimientos ya cumplidos, nos desvelan nuestras faltas y nos deja sin perdón ante nosotros mismos. Pensó de pronto que la posesión del poder, por grande que fuese, no daba la ciencia de servirse de él. El cetro es un juguete para un niño, un hacha para Richelieu, y para Napoleón una palanca para hacer inclinar el mundo. El poder nos deja tal cual somos y sólo engrandece a los grandes. Rafael habría podido hacerlo todo, y no había hecho nada.

En el balneario del monte Dore volvió a hallar a aquella sociedad que siempre se alejaba de él con la prisa que los animales se dan en huir de uno de sus congéneres, al cual, ya muerto, han husmeado desde lejos. El odio era recíproco. Su última aventura le había dado una aversión profunda por la sociedad. Así, su primer cuidado fue el de buscar un refugio apartado, en los alrededores del balneario. Sentía instintivamente la necesidad de acercarse a la naturaleza, a las auténticas emociones y a esa vida vegetativa a la que nos abandonamos tan complacientemente en medio de los campos. Al día siguiente de su llegada, subió, no sin esfuerzo, al pico de Sancy, y visitó los valles superiores, los parajes aéreos, los lagos ignorados y las rústicas cabañas de los montes Doré, cuyos ásperos y selváticos atractivos comienzan a tentar los pinceles de nuestros artistas. Hay allí uno que otro admirable paisaje lleno de gracia y de lozanía, que contrasta vigorosamente con el siniestro aspecto de aquellas desoladas montañas. A cosa de media legua de la aldea, Rafael se encontró en un lugar donde, coqueta y jubilosa como una chiquilla, la naturaleza se había complacido en ocultar tesoros; al ver aquel retiro pintoresco y simple, resolvió vivir en él. La vida debía ser allí tranquila, espontánea, humilde como la de una planta.

Imagínese un cono invertido, pero un cono de granito ampliamente ensanchado, especie de tazón cuyos bordes estaban partidos por raras anfractuosidades; aquí, tableros verticales, sin vegetación, unidos, azulencos, y sobre los cuales resbalaban los rayos solares como sobre un espejo; allá, roquedades con grandes hendeduras, peñascos que se asomaban a los barrancos de los que pendían cuarteles de lava cuya caída preparaban lentamente las aguas pluviales, y a menudo coronados de algunos árboles desmirriados y torturados por los vientos; luego, acá y allá, ángulos oscuros y frescos de donde se elevaban castaños altos como cedros, o aparecían amarillentas grutas que abrían una boca negra y profunda, con un fondo de zarzas y de flores y en el suelo una alfombra vegetal. En el fondo de ese corte, tal vez el cráter de un antiguo volcán, había un estanque cuyas puras aguas tenían la refulgente limpidez de un diamante. En torno a ese profundo cuenco, bordeado de granito, de sauces, de

gladiolos, de fresnos y de mil plantas aromáticas entonces en flor, reinaba una pradera verde como un césped inglés; su fina hierba estaba regada por las infiltraciones que fluían entre las hendiduras de las rocas, y abonada por los residuos vegetales que las tormentas arrastraban sin cesar desde las altas cimas al fondo. Irregularmente tallada en dientes de lobo, como el bajo de un vestido, el estanque podría tener una hectárea y media de extensión; según las aproximaciones de las rocas y del agua, la pradera quizá tuviese una hectárea o media de anchura, aunque en algunos sitios tanto se estrechaba que apenas quedaba bastante espacio para el paso de las vacas. A cierta altura ya no había vegetación. El granito adoptaba en los sitios altos las formas más extravagantes, y tenía esas vaporosas tonalidades que prestan a las montañas muy altas vagas semejanzas con las nubes del cielo. Al dulce aspecto del vallejo, aquellos roqueros nudos y pelados oponían las selváticas y estériles imágenes de la desolación, posibles desprendimientos y formas tan caprichosas que a una de aquellas rocas se la llama *el Capuchino* de tanto como se parece a un fraile. A veces, aquellas agujas puntiagudas, los audaces pilares y las cavernas aéreas se iluminaban alternativamente, siguiendo el curso del sol o las fantasías de la atmósfera, y tomaban los matices del oro, se teñían de púrpura, se tornaban de un rosa vivo, o mates, o grises. Aquellas alturas ofrecían un espectáculo continuo y cambiante como los irisados reflejos de la garganta de los pichones. A menudo, entre dos láminas de lava que se diría divididas de un hachazo, penetraba un rayo de luz, en la aurora o al ponerse el sol, hasta el fondo de aquella risueña canastilla donde el astro retozaba en las aguas de la concha, semejante al surco de oro que atraviesa la hendedura de una persiana y recorre un aposento español, cuidadosamente cerrado para la siesta. Cuando el sol planeaba sobre el antiguo cráter, lleno de agua por alguna revolución antediluviana, los flancos rocosos se caldeaban, el viejo volcán se alumbraba, y su rápido calor despertaba los gérmenes, fecundaba la vegetación, coloreaba las flores y maduraba los frutos de aquel pequeño rincón de tierra ignorada. Cuando Rafael llegó allí, divisó a varias vacas pastando en la pradera; luego de andar algunos pasos hacia el estanque, vio, en el lugar donde el terreno era más ancho, una modesta casa cuyas paredes eran de granito y el ensamblaje de madera. El tejado de esa especie de cabaña estaba en armonía con el paraje, espeso de musgo, de hiedra y de hierbajos que delataban años. Una débil columna de humo, de la que no se asustaban los pájaros, flotaba sobre la chimenea en ruinas. En la puerta había un gran banco entre dos grandes madreselvas, cuajada de rojas y aromáticas flores. Apenas se veían las paredes bajo los pámpanos de la parra y entre las guirnaldas de rosas y de jazmines que se entrecruzaban al azar, sin orden. Indiferentes a ese adorno campestre, nadie lo cuidaba y dejaban su gracia virgen y traviesa a la naturaleza. Ropas de niño tendidas sobre un grosellero se secaban al sol. Había un gato agazapado en una agramadera de cáñamo, y debajo había un caldero amarillo recientemente fregado, en medio de algunas peladuras de patata. Al otro lado de la casa, Rafael distinguió una cerca de espinos, sin duda para evitar que las gallinas picasen los frutos del huerto.

Parecía que el mundo terminase allí. La casuca recordaba esos nidos de aves ingeniosamente encajados en el hueco de una roca, en los que coinciden a la vez el arte y el descuido. Era una naturaleza ingenua y noble, una rusticidad auténtica, pero poética, porque florecía a mil leguas de nuestra poesía elaborada, porque no tenía analogía con ninguna idea, porque no procedía más que de sí misma, verdadero triunfo del azar. En el momento en que Rafael llegó, el sol lanzaba sus últimos rayos de derecha á izquierda, y hacía resplandecer los colores de la vegetación, destacando o. decorando los encantos de la luz, las oposiciones de la sombra, los fondos amarillos y grisáceos de los roquedales, los diferentes verdes de los follajes, las notas azules, rojas o blancas de las flores, las plantas trepadoras y sus campánulas, el tornasolado terciopelo de los musgos, los purpurinos racimos de los brezos, y sobre todo la lámina de límpida agua en la que se reflejaban fielmente las cimas graníticas, los árboles, la casa y el cielo. En ese delicioso cuadro, todo tenía su lustre, desde la brillante mica hasta la mata de hierbas rubias oculta en un suave claroscuro; todo era armonioso a la vista: la vaca pinta de reluciente piel, las frágiles flores acuáticas extendidas como franjas que pendían sobre el agua en una depresión donde bordoneaban insectos revestidos de azur o de esmeralda, y las raíces de los árboles, especie de cabelleras arenosas que coronaban una informe figura de guijos. Los tibios aromas de las aguas, de las flores y de las grutas que perfumaban el solitario reducto, produjeron en Rafael una sensación casi voluptuosa. El majestuoso silencio que reinaba en ese bosque, olvidado sin duda en las listas del cobrador de impuestos, lo interrumpieron de pronto los ladridos de los perros. Las vacas volvieron la cabeza hacia la entrada del pequeño valle, le enseñaron a Rafael sus húmedos hocicos y siguieron rumiando después de contemplarle estúpidamente. Suspendidas en las rocas como por arte de magia, una cabra y su cría hicieron unas cabriolas y fueron a posarse sobre una mesa de granito junto a la cual estaba Rafael, pareciendo que le interrogasen. Los ladridos de los perros hicieron que saliese afuera un rollizo chiquillo que se quedó pasmado, y luego apareció un viejo de cabellos blancos y de estatura mediana. Los dos seres estaban en relación con el paisaje, con el aire, con las flores y la casa. La salud desbordaba en aquella ubérrima naturaleza; la vejez y la infancia eran bellas, y había en su sistema de vida un abandono primordial, una rutina de felicidad que daba un mentís a nuestras monsergas filosóficas, y sanaba al corazón de sus engreídas pasiones. El viejo pertenecía a los modelos preferidos por los varoniles pinceles de Schnetz. Rostro moreno y con muchas arrugas que parecían ásperas al tacto; una nariz recta, pómulos salientes y veteados de rojo como la hoja madura de una cepa, contornos angulosos, y las características de la fuerza, incluso allá donde la fuerza había ya desaparecido; sus callosas manos, aunque no trabajasen ya, aún tenían un vello blanco y escaso; su actitud de hombre verdaderamente libre hacía suponer que en Italia probablemente se habría hecho bandido por amor a su preciosa libertad. El pequeño, auténtico montañés, tenía unos ojos que podían mirar al sol sin pestañear; rostro atezado y cabello castaño en desorden. Era ágil y decidido,

natural en sus movimientos como un pájaro; mal vestido, se le veía una piel blanca y lozana a través de los desgarrones de su ropa. Los dos permanecieron en pie y en silencio, el uno pegado al otro y movidos por el mismo sentimiento; la expresión de los dos rostros era la prueba de una identidad perfecta en su vida igualmente ociosa. El viejo se había identificado con los juegos del niño y el niño con el humor del viejo, por una especie de pacto entre dos debilidades, entre una fuerza a punto de acabar y una fuerza que empieza. No tardó en aparecer en el umbral de la puerta una mujer de unos treinta años. Hilaba mientras andaba. Era auvernesa, fuerte el color y aire jovial, franca, dientes blancos...; rostro de Auvernia, talle de Auvernia, peinado y vestido de Auvernia, opulentos pechos de Auvernia, como su lenguaje; una cabal idealización del país: costumbres laboriosas, ignorancia, economía, cordialidad...; su tierra estaba allí, en ella.

Saludó a Rafael y entraron en conversación. Los perros se calmaron, el viejo se sentó en un banco al sol, y el chiquillo siguió cada paso de su madre, callado, pero escuchando, examinando al forastero.

—¿No tienen miedo aquí, buena mujer?

—¿Y de qué podríamos tenerlo, señor? Cuando atrancamos la puerta, ¿quién podría venir? No, no tenemos miedo. Además —añadió, haciendo entrar al marqués en el amplio zaguán de la casa—, ¿qué podrían robarnos a nosotros los ladrones?

Y señalaba las paredes ennegrecidas por el humo, en las cuales había por todo adorno esas imágenes iluminadas de azul, de encarnado y de verde, que representan la *Pasión de Jesucristo*, los *Granaderos de la Guardia Imperial*; luego, en una alcoba, una vieja cama de nogal, y aquí y allá, una mesa de patas torcidas, banquetas, la artesa del pan, tocino colgado del techo, sal en un pote y una sartén, y sobre la chimenea, escayolas amarillentas y coloreadas. Al salir de la casa, Rafael vio más allá de unos peñascos, un hombre con una azada en mano, y el cual, aun encorvado sobre la tierra, miraba con curiosidad hacia la casa.

—Señor, es mi hombre —dijo la auvernesa, dejando asomar la típica sonrisa de las campesinas—. Trabaja allá arriba.

—¿Y ese anciano es su padre?

—No, señor; es el abuelo de mi hombre. Así como le ve, tiene ciento dos años. Pues aún no hace mucho llevó a pie a nuestro pequeño a Clermont... Ha sido fuerte como un roble, pero ahora no hace más que dormir, beber y comer. Se entretiene siempre con el chico. A veces, el niño quiere subir a la loma, y él le sigue.

En ese mismo instante Valentín decidió vivir con el viejo y el niño, respirar su aire, comer su pan, beber su agua, dormir como ellos, y llegar a conseguir que por sus venas circulase una sangre igual a la de ellos. ¡Capricho de moribundo! Convertirse en uno de los elementos de aquel roquedal, salvar su almacén por algunos días más adormeciendo a la muerte fue para él el arquetipo de la moral individual, la verdadera fórmula de la existencia humana, el bello ideal de la vida, la única vida, la verdadera vida. Un instintivo y egoísta pensamiento se le metió en el corazón, como si el

universo entero le cupiese en el corazón.

A sus ojos, no había ya más universo, y el universo fue él. Para los enfermos, el mundo comienza en la cabecera de su lecho y termina al pie del lecho. Ese paisaje fue el lecho de Rafael.

¿Quién, una vez en su vida, no ha espiado los pasos y la diligencia de una hormiga, metido una paja en el único orificio por el que respira una rubia babosa, estudiado las fantasías de una melindrosa señorita, admirado las mil vetas, coloreadas como el rosetón de una catedral gótica, que se destacan sobre el fondo rojizo de las hojas de una encina? ¿Quién no ha contemplado con deleite durante un largo rato el efecto de la lluvia y el sol en una techumbre de tejas doradas, o bien las gotas del rocío, los pétalos de las flores, los variados recortes de sus cálices? ¿Quién no se ha sumido en esas meditaciones materiales, indolentes y ocupadas, sin objetivo, y que conducen, sin embargo, a algún pensamiento? ¿Quién no ha llevado, en fin, la vida de la infancia, la vida perezosa, la vida rústica y sin sus trabajos? Así vivió Rafael durante muchos días, sin cuidados, sin deseos, experimentando una sensible mejoría, un extraordinario bienestar, que calmó sus inquietudes y aplacó sus sufrimientos. Escalaba con esfuerzo los roquedales, e iba a sentarse en un pico desde donde sus ojos abarcaban algún amplio, inacabable paisaje. Y allá pasaba largas horas como una planta al sol, como una liebre en su madriguera. O bien se familiarizaba con los fenómenos de la vegetación, con las vicisitudes del cielo; espiaba el incesante movimiento de todo lo que se agitaba en la tierra, en las aguas, en el aire... Intentó asociarse al movimiento íntimo de la naturaleza e identificarse hasta donde pudiera con su pasiva obediencia para caer bajo la ley despótica y conservadora que rige las existencias instintivas. No quería seguir con la carga de sí mismo. Semejante a los criminales de otros tiempos que, perseguidos por la justicia, estaban salvados si llegaban a la sombra de un altar, intentaba deslizarse en el santuario de la vida. Logró convertirse en parte integrante de aquella amplia y poderosa fructificación; abrazó las intemperies del tiempo, habitó los huecos de los roquedales, aprendió las costumbres y usos de las plantas, estudió el régimen de las aguas y sus yacimientos, y trabó conocimiento con los animales; en fin, se unió tan perfectamente a esta tierra animada que en cierto modo captó su alma y penetró sus secretos. Para él, las formas infinitas de todos los reinos eran los desarrollos de una misma substancia, las combinaciones de un mismo movimiento, la vasta respiración de un ser inmenso que actuaba, pensaba, marchaba, crecía, y con el que quería crecer, andar, pensar, obrar... Mezcló fantásticamente su vida a la del roquedal, y se clavó en él. Gracias a ese misterioso iluminismo, convalecencia ficticia, semejante a esos benéficos delirios otorgados por la naturaleza como otros tantos altos en el dolor, Valentin saboreó los placeres de una segunda infancia durante los primeros tiempos de su estancia en medio de aquel risueño paisaje. Iba descubriendo en él naderías, emprendiendo mil cosas sin acabar ninguna, olvidando al día siguiente los proyectos de la víspera; despreocupado, fue feliz, y se creyó salvado. Una mañana, se quedó por casualidad

en la cama hasta el mediodía, sumido en esa ensoñación mezclada de vela y de sueño que presta a las realidades las apariencias de la fantasía y da a las quimeras el relieve de la existencia, cuando de pronto, sin saber al principio si continuaba un sueño, oyó, por vez primera, el boletín de su salud dado por su patrona a Jonatás, quien, como cada día, iba a pedírselo. La auvernesa, creyendo sin duda todavía dormido a Valentín, no había bajado el diapasón de voz montañesa.

—Eso no va mejor ni va peor —decía—. Ha tosido durante toda la noche como si reventase. Tose y escupe el buen señor que da lástima. Mi hombre y yo nos preguntamos de dónde saca fuerzas para toser así. Parte el corazón oírle. ¡Qué condenada enfermedad tiene! No está, no, nada bien. Siempre estamos con el alma en un hilo, temiendo que estire la pata cuando menos lo esperemos. Está tan pálido como un Jesús de cera... Vamos, que yo lo veo cuando se levanta, y veo que su cuerpo es un manojito de huesos. Y, además, no huele ya muy bien, que digamos. A él le es igual, se agota corriendo por ahí, como si tuviese salud para vender. Valiente sí lo es, que nunca se queja. Pero de verdad que estaría mejor debajo de la tierra que encima, pues sufre la pasión de Dios. No es que lo deseemos, señor; de ningún modo. Pero si no nos diese lo que nos da, también le querríamos igual; no, no es el interés lo que nos mueve. ¡Dios mío, que sólo los parisienses cogen esas cochinas enfermedades! ¿Dónde las atrapan? Pobre joven; seguro que no puede acabar bien. Esa fiebre le mina, le chupa, le arruina... Él no se da cuenta, no lo sabe, señor; no se entera de nada... Pero no hay que llorar por eso, señor Jonatás. Lo que hay que decirse que será feliz no sufriendo más. Usted debería hacerle una novena. Con novenas se ha hecho cada cura..., y nosotros pagaríamos con gusto un cirio para salvar a una criatura tan dulce y tan buena; si es un cordero pascual...

La voz de Rafael se había debilitado demasiado para hacerse oír, por lo que a la fuerza tuvo que sufrir aquel espantoso cuchicheo. Sin embargo, la impaciencia le hizo saltar de la cama, y apareció en el umbral de la puerta.

—¡Viejo bribón! —gritó a Jonatás—. ¿Quieres ser mi verdugo?

La campesina creyó ver un espectro y huyó.

—Te prohíbo —prosiguió Rafael— que te preocupes por mi salud.

—Sí, señor marqués —respondió el viejo servidor, secándose las lágrimas.

—Y de hoy en adelante lo mejor que vas a hacer será no venir aquí sin orden mía.

Jonatás quiso obedecer, pero antes de retirarse miró al marqués fiel y piadosamente, y Rafael leyó en sus ojos su sentencia de muerte. Desalentado, vuelto súbitamente a la verdadera comprensión de su realidad, Valentín se sentó en el poyal de la puerta, se cruzó de brazos y bajó la cabeza. Jonatás, asustado, se aproximó a su amo.

—Señor...

—¡Vete! ¡Vete! —le gritó el enfermo.

Durante la mañana del día siguiente, Rafael, habiendo subido con esfuerzo las rocas, se había sentado en una hendedura llena de musgo, desde donde podía ver el

estrecho camino que conducía del balneario a su alojamiento. Al pie del pico divisó a Jonatás conversando de nuevo con la auversesa. Una capacidad maliciosa le interpretó los movimientos de cabeza, los desesperados ademanes, la siniestra ingenuidad de aquella mujer, y hasta lanzó sus fatales palabras al viento y al silencio. Aterrado, se refugió en las más altas cimas de las montañas, y quedóse allí hasta el atardecer, sin haber podido ahuyentar los torturantes pensamientos tan desgraciadamente revelados en su corazón por el cruel interés de que él se había convertido en objeto. De pronto, la propia auversesa se irguió ante él como una sombra en la sombra de la tarde; por una extravagancia de poeta, él quiso ver, en su falda rayada de negro y blanco, una vaga semejanza con las descarnadas costillas de un espectro.

—Ya cae el relente, estimado señor —dijo ella—. Si usted siguiese aquí, se quedaría ni más ni menos como un fruto machucado. Debe entrar. No es nada sano el rocío, y usted que no ha tomado nada desde esta mañana.

—¡Voto a Dios, vieja bruja! —rugió él—. ¡Le ordeno que me deje vivir como yo quiera, o me marcho de aquí! Ya está bien con abrirme la fosa todas las mañanas, para que también venga a hurgarla por la noche...

—¿Su fosa, señor; abrir su fosa...? ¿Dónde está su fosa? Nosotros quisiéramos verle como a nuestro padre, y no en la fosa. ¡La fosa! Demasiado pronto vamos a la fosa...

—¡Basta! —exclamó Rafael.

—Cójase de mi brazo, señor.

—No.

El sentimiento que el hombre soporta más difícilmente es la compasión, sobre todo cuando la merece. El odio es un tónico, hace vivir, inspira la venganza; pero la compasión mata, debilita nuestra debilidad. Es el mal transformándose en embaucador, es el desprecio en la ternura, o la ternura en la ofensa. Rafael halló en el centenario una piedad triunfante, en el niño una piedad curiosa, en la mujer una piedad quisquillosa, y en el marido una piedad interesada; pero bajo cualquier forma que se mostrase ese sentimiento, siempre estaba preñado de muerte. Un poeta hace de todo un poema, terrible o jubiloso, según las imágenes que le impresionan; su alma exaltada rechaza los matices suaves, y elige siempre los colores vivos y netos. Aquella piedad produjo en el corazón de Rafael un horrible poema de duelo y de melancolía. No había pensado sin duda en la franqueza de los sentimientos naturales cuando deseó aproximarse a la naturaleza. Al creerse solo bajo un árbol, batiéndose contra un fuerte ataque de tos, del que no triunfaba nunca sin salir abatido de la terrible lucha, veía los ojos brillantes y fluidos del muchachito, vigilando desde un matorro, examinándole con esa infantil curiosidad en la cual hay tanta burla como placer, y un indefinible interés mezclado de insensibilidad. El tremendo *Hermano, morir habernos* de los trapenses parecía constantemente escrito en los ojos de los campesinos con quienes vivía Rafael; no sabía lo que temía más, si sus palabras

ingenuas o su silencio; todo en ellos le desazonaba. Una mañana vio a dos hombres vestidos de negro que rondaron en su derredor, le husmearon y le estudiaron de soslayo; luego, simulando haber ido allí para pasearse, le dirigieron algunas triviales preguntas, a las que respondió brevemente. Reconoció en aquellas dos personas al médico y al cura del balneario, enviados sin duda por Jonatás, consultados por sus huéspedes o atraídos por el olor de una próxima muerte. Entrevio entonces su propio cortejo fúnebre, oyó el canto de los curas, contó los cirios, y no vio ya sino a través de un crespón las bellezas de aquella exuberante naturaleza, en cuyo seno creyó haber hallado de nuevo la vida. Todo lo que antes le anunciaba una larga existencia le profetizaba ahora un próximo fin. Y al otro día salió para París, no sin que antes le abrumasen los deseos melancólicos y cordialmente quejumbrosos de sus huéspedes.

Después de viajar durante toda la noche, se despertó en uno de los más risueños valles del Borbonesado, cuyos parajes y perspectivas remolinearon ante él, rápidamente arrastrados como las vaporosas imágenes de un sueño. La naturaleza se desplegaba ante sus ojos con cruel coquetería. Ahora el Allier desplegaba sobre una magnífica perspectiva su cinta líquida y brillante, como después irrumpía la aguja de los campanarios de lugarejos humildemente ocultos en el fondo de una garganta de amarillentas rocas; ahora se descubrían súbitamente detrás de unos monótonos viñedos los molinos de un pequeño valle, y continuamente aparecían granjas solitarias, aldeas en las lomas, o algunos caminos bordeados de majestuosos álamos; finalmente, el Loira y sus largas ondas diamantinas relucieron en medio de sus doradas arenas. ¡Seduciones sin fin! La naturaleza, agitada, vivaz como un niño, reteniendo apenas el amor y la savia del mes de junio, atraía fatalmente las apagadas miradas del enfermo. Levantó las persianas del coche y se puso a dormir de nuevo. Hacia el atardecer, después de pasar por Cosne, le despertó una alegre música, y se encontró ante una fiesta de aldea. La posta estaba situada junto a la plaza. Durante el tiempo que los postillones emplearon en el relevo de los caballos, vio los bailes de aquel jubiloso vecindario, las muchachas adornadas con flores, lindas, provocativas, y luego los rostros felices de los campesinos viejos, gallardamente enrojecidos por el vino. La chiquillería retozaba, las viejas hablaban riendo; todo tenía una voz, y el placentero contento adornaba hasta los trajes y las mesas dispuestas. La plaza y la iglesia ofrecían una fisonomía de dicha; los tejados, las ventanas, y hasta las puertas de la aldea, parecían también haberse endomingado. Lo mismo que los moribundos molestos por el menor ruido, Rafael no pudo reprimir una siniestra interjección, ni el deseo de imponer silencio a aquellos violines, de aniquilar aquel movimiento, de ensordecer aquellos clamores, de disipar aquella fiesta insolente. Subió iracundo a su coche. Cuando miró de nuevo hacia la plaza, vio a la alegría asustada, a las campesinas huyendo y los bancos desiertos. En el quiosco de la música, un clarinetista ciego seguía tocando una estridente farándula. Aquella música sin bailarines y aquel viejo solitario de perfil desabrido, harapiento y con el cabello en desorden, oculto a la sombra de un tilo, eran como una fantástica imagen del deseo de

Rafael. Caía a chorros uno de esos aguaceros que las nubes eléctricas del mes de junio arrojan tan bruscamente y que bruscamente terminan. Era algo tan natural, que Rafael, tras haber contemplado en el cielo algunas nubes blancuzcas arrastradas por una ráfaga de viento, no pensó en mirar su piel de chagrén, y se acomodó en el rincón de su coche, el cual en seguida reanudó la marcha.

Al día siguiente volvió a estar en su casa, en su habitación, en el rincón de su chimenea. Hizo encender un gran fuego, tenía frío. Jonatás le trajo cartas. Todas eran de Paulina. Abrió la primera sin prisa, y la desplegó como si se tratase del grisáceo papel de un apercibimiento sin gastos, enviado por el recaudador de impuestos. Leyó la primera frase:

«¡Marchado... pero eso es una huida, Rafael mío...! ¿Cómo?... ¿Nadie puede decirme donde estás? Si yo no lo sé, ¿quién lo sabrá?»

Sin querer seguir adelante, cogió fríamente las cartas y las echó al fuego, mirando con ojos sin brillo y sin calor los movimientos de la llama que retorció el perfumado papel, lo contraía, lo revolvía y lo consumía.

Chamuscados fragmentos flotaron sobre las cenizas dejándole ver comienzos de frases, de palabras, de pensamientos, y que se complicó en coger entre llamas, por una diversión maquinal.

«...Sentada a tu puerta... esperado... Capricho... Obedezco... Rivales... ¡yo no! ... tu Paulina... ama... ¿No más Paulina, pues?... Si hubieses querido dejarme, no me habrías abandonado... Amor eterno... Morir...»

Estas palabras le produjeras una especie de remordimiento; cogió las tenazas y salvó de las llamas un último girón de carta.

«...He murmurado —escribía Paulina—, pero no me he quejado, Rafael. Dejándome lejos de ti, has querido sin duda ocultarme el peso de alguna pena. Un día, quizá me matarás, pero eres demasiado bueno para hacerme sufrir. No te marches más así. Oye, puedo afrontar los mayores suplicios, pero a tu lado. El pesar que me impondrías ya no sería un pesar: en mi corazón hay mucho más amor aún del que te he mostrado. Puedo soportarlo todo, menos llorar lejos de ti, no saber lo que tú...

Rafael puso sobre la chimenea este resto de carta ennegrecida por el fuego, y luego volvió a lanzarla de pronto a las llamas. Aquel papel era una imagen demasiado viva de su amor y de su vida fatal.

—Ve a buscar al doctor Bianchon —ordenó a Jonatás.

Acudió Horacio y encontró acostado a Rafael.

—Amigo mío —le dijo—, ¿puedes componerme una bebida ligeramente opiada que me mantenga en una somnolencia continua, sin que el constante empleo de ese brebaje me haga daño?

—Nada más fácil —respondió el joven médico—; sin embargo, será necesario estar en pie algunas horas del día, para comer.

—¿Qué horas? —le interrumpió Rafael—. ¡No, no! No quiero estar levantado más que una hora como máximo.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Bianchon.

—Dormir es aún vivir —respondió el enfermo—. No dejes entrar a nadie, aunque sea la señorita Paulina de Vitschnau —ordenó a Jonatás mientras el médico extendía la receta para la pócima.

—Doctor Bianchon, ¿hay remedio? —preguntó el viejo criado al joven doctor mientras le acompañaba hasta la escalinata.

—Puede durar aún bastante tiempo, o morir esta noche. En él las probabilidades de vida y de muerte son iguales. No comprendo nada de esto —respondió el médico, con un gesto de duda—. Es necesario distraerle.

—¿Distraerle? Doctor, usted no lo conoce; días pasados mató a un hombre sin decir ni uf... Nada le distrae.

Rafael permaneció sumido durante algunos días en la nada de un sueño artificial. Gracias a la potencia material ejercida por el opio sobre nuestra alma inmaterial, aquel hombre de imaginación tan poderosamente activa descendió a la altura de esos animales perezosos que se agazapan en el fondo de los bosques, bajo la forma de un despojo vegetal, sin dar un paso para capturar una presa fácil. Hasta había apagado la luz del cielo, no dejando que penetrase la claridad en su habitación. Hacia las ocho de la noche salía del lecho, sin tener una conciencia lúcida de su existencia; satisfacía su apetito y en seguida volvía a acostarse. Sus horas, frías y arrugadas, no le aportaban sino confusas imágenes, apariencias, claroscuros sobre un fondo negro. Se había sepultado en un profundo silencio, en una negación de movimiento y de inteligencia. Una tarde se despertó mucho más tarde que de costumbre, y no encontró servida la cena. Llamó a Jonatás.

—Puedes irte —le dijo—. Te he hecho rico, y podrás ser feliz el resto de tu vejez; pero no quiero que sigas jugando con mi vida... ¿Cómo, miserable, paso hambre? ¿Dónde está mi cena? ¡Responde!

Jonatás dejó escapar una sonrisa de contento, cogió una bujía cuya luz temblaba en la total oscuridad de los grandes aposentos de la mansión, y conduciendo a su amo, convertido de nuevo en máquina, a una vasta galería, abrió bruscamente la puerta. Al punto Rafael, inundado de luz, quedó deslumbrado, sorprendido por un espectáculo inaudito. Eran sus arañas de cristal y sus candelabros cargados de bujías, las flores más raras de su invernadero artísticamente dispuestas, una mesa destellante de platería, de oro, de nácar, de porcelanas; un festín real, humeante, y cuyos apetitosos manjares excitaban las fibras nerviosas del paladar. Vio a sus amigos convocados, mezclados, con mujeres ataviadas y encantadoras, de gargantas desnudas y espaldas descubiertas, con las cabelleras llenas de flores, los ojos brillantes, todas ellas de diversas bellezas, y provocativas bajo voluptuosos disfraces: una realzaba sus atrayentes formas con una chaqueta irlandesa; otra llevaba la lasciva basquiña de las andaluzas; ésta, casi desnuda en Diana cazadora, y la de más allá, modesta y amorosa en el atavío de *mademoiselle* de la Valliere. Todas estaban igualmente destinadas a la embriaguez. En las miradas de todos los invitados

brillaban la alegría, el amor, el placer. En el momento en que se mostró en el umbral de la puerta la exangüe figura de Rafael, estalló una aclamación súbita, rápida, rutilante como los rayos de aquella improvisada fiesta. Las voces, los perfumes, las luminarias, aquellas mujeres de penetrante belleza, impresionaron todos sus sentidos y despertaron su apetito. Una deliciosa música ejecutada por una orquesta situada en un salón contiguo cubría con un torrente de armonía aquel enajenador tumulto y completaba aquella extraña visión. Rafael sintió su mano apretada por otra cosquilleante, la de una mujer, cuyos frescos y blancos brazos se alzaban para abrazarle; la mano de Aquilina. Comprendió que aquel cuadro no era vago y fantástico como las fugaces imágenes de sus descoloridos sueños, lanzó un grito siniestro, cerró bruscamente la puerta, y humilló a su viejo servidor abofeteándole.

—¡Monstruo! ¿Has jurado, pues, matarme? —exclamó.

Luego, jadeando por el peligro que acababa de correr, aún tuvo fuerzas para volver a su habitación, bebió una gran dosis del somnífero y se acostó.

—Vaya al diablo... —dijo Jonatás irguiéndose—. Sin embargo, el doctor Bianchon bien que me ordenó que le distrajera...

Era aproximadamente medianoche. A esa hora, Rafael, por uno de los caprichos fisiológicos, pasmo y desesperación de las ciencias médicas, resplandecía de belleza durante su sueño. Un rosa vivo coloreaba sus blancas mejillas. Su frente, graciosa como la de una doncella, expresaba el genio. La vida florecía en aquel rostro tranquilo y sereno. Se habría dicho un niño dormido bajo la protección de su madre. Su sueño era un buen sueño, su respiración era acompasada y limpia y sonreía, transportado sin duda por algunas imágenes inconscientes a una hermosa vida. Quizá era centenario, quizá sus nietos le deseaban larga vida; quizá desde su rústico banco, sentado al sol y bajo el ramaje, divisaba, como el profeta, en lo alto de la montaña, la Tierra Prometida, en una benéfica lejanía...

—¿Has vuelto, pues?

Estas palabras, pronunciadas con argentina voz, disiparon las figuras nebulosas de su sueño. A la luz de la lámpara vio sentada en la cama a su Paulina, pero una Paulina embellecida por la ausencia y por el dolor. Rafael se quedó estupefacto ante el aspecto de aquel rostro blanco como los pétalos de una flor acuática, y que, enmarcado por su negra y larga cabellera, aún parecía más blanco en la sombra. Las lágrimas habían trazado su brillante senda en sus mejillas, sobre las cuales quedaban suspendidas, a punto de caer al menor esfuerzo. Vestida de blanco, la cabeza inclinada y rozando apenas el lecho, estaba allí como un ángel descendido de los cielos, como una aparición que un soplo podía hacer desaparecer.

—¡Ah, ya lo he olvidado todo! —exclamó ella en el momento en que Rafael abrió los ojos—. No tengo voz más que para decirte «¡Soy tuya!» Sí, mi corazón es todo amor ¡Ah, jamás, ángel de mi vida, has estado tan bello! Tus ojos fulminan... Pero ya lo adivino todo. Has ido a buscar la salud sin mí; me temías... Pues bien...

—¡Vete, vete! ¡Déjame! —respondió por fin Rafael con sorda voz—. ¡Márchate

ya! Si te quedas ahí, muero. ¿Té quieres verme morir?

—¡Morir! —repitió ella—. ¿Puedes tú morir sin mí? ¡Morir siendo tan joven! ¡Morir amándote yo! ¡Morir! —añadió con voz profunda y gutural, cogiéndole las manos con arrebató—. ¡Frías! —exclamó—. ¿Es una ilusión?

Rafael sacó de debajo de su almohada el pedazo de piel de chagrén, frágil y pequeño como la hoja de una pervinca, y mostrándosela, dijo:

—Paulina, bella imagen de mi bella vida, digámonos adiós...

—¿Adiós? —repitió ella con acento sorprendido.

—Sí. Éste es un talismán que cumple mis deseos y representa mi vida. Mira lo que me queda de él. Si me miras aún, voy a morir...

La joven creyó que Valentín se había vuelto loco, le quitó el talismán y fue a buscar la lámpara. Iluminada por el vacilante resplandor que se proyectaba igualmente sobre Rafael y sobre el talismán, examinó muy atentamente el rostro de su amante y el último trozo de la piel mágica. Al ver a Paulina, bella de terror y de amor, Rafael no fue ya dueño de su pensamiento: los recuerdos de las escenas acariciadoras y de los delirantes goces de su pasión triunfaron en su alma desde hacía tanto tiempo adormecida, y se despertaron como un fuego mal apagado.

—¡Paulina, ven...! ¡Paulina...!

Un terrible grito salió de la garganta de la muchacha, y sus ojos se dilataron; sus cejas, violentamente contraídas por un dolor inaudito, se separaron con horror, y leyó en los ojos de Rafael uno de aquellos furiosos deseos que en otro tiempo fueron su propia gloria, pero a medida que aumentaba el deseo, la piel, contrayéndose, le cosquilleaba la mano. Y sin reflexionar, huyó al salón vecino, cerrando la puerta.

—¡Paulina! ¡Paulina! —gritó el moribundo, corriendo tras ella—. ¡Te amo, te adoro, te deseo...! ¡Te maldigo si no me abres! ¡Quiero morir siendo tuyo!

Por una fuerza singular, último estallido de vida, derribó la puerta, y vio a su amante medio desnuda, retorciéndose sobre un canapé. Paulina había intentado en vano desgarrarse el pecho, y para darse una rápida muerte, trataba ahora de estrangularse con su chal.

—¡Si yo muero, él vivirá! —decía tratando de cerrar el nudo que había hecho.

Tenía suelto el cabello, desnudos los hombros, la ropa en desorden, y, en esa lucha con la muerte, llenos de lágrimas los ojos y el rostro congestionado, retorciéndose con terrible desespero, presentaba a Rafael, ebrio de amor, mil ocultos encantos que aumentaron su delirio; se arrojó sobre ella con la celeridad de un ave de presa, rompió el chal y quiso tomarla en brazos.

El moribundo buscó palabras para expresar el deseo que devoraba sus fuerzas, pero no halló sino los sonos roncós del estertor en un pecho, cuya respiración, cada vez más honda, parecía salirle de las entrañas. Después, no pudiendo ya articular palabra, mordió a Paulina en el pecho. En el acto acudió Jonatás, espantado por los gritos que oía, y trató de arrancar a la joven el cadáver junto al cual estaba tendida.

—¿Qué quiere? —le preguntó ella—. ¡Es mío, lo he matado yo...! ¿No lo había

ya anunciado?

EPÍLOGO

—¿Y qué fue de Paulina?

—¿Paulina? ¿Usted se ha quedado alguna vez, en una agradable noche de invierno, junto al fuego casero, voluptuosamente entregado a recuerdos de amor o de juventud, contemplando las estrías producidas por las llamas en un trozo de roble? Aquí, la combustión dibuja los cuadros encarnados en un tablero de damas; allá, hace espejear los terciopelos; pequeñas y azules lenguas de fuego brincan y retozan entre los leños del hogar. Viene un pintor desconocido que se sirve de esa llama; por un artificio único, traza en el seno de esos resplandecientes tonos violetas o purpúreos una imagen sobrenatural y de inaudita delicadeza, fenómeno fugaz que el azar no repetirá jamás. Es una mujer cuyo cabello agita el viento y cuyo perfil respira una deliciosa pasión. Fuego en el fuego. Ella sonríe, se extingue... Usted ya no la volverá a ver. Adiós, flor de la llama. Adiós, principio incompleto, inesperado, venido demasiado tarde o demasiado pronto para ser algún bello diamante...

—¿Pero Paulina?

—¿No lo ha comprendido? Empiezo otra vez. Calma, calma. Ya llega, véala ahí, la reina de las ilusiones, la mujer viva como un relámpago, ardiente como el rayo del cielo, ser increado, todo espíritu, todo amor... Ella ha revestido yo no sé qué cuerpo de llama, o la llama se ha reavivado un instante para ella. Las líneas de sus formas son de una pureza que se diría que provienen del cielo. ¿No resplandece como un ángel? ¿No oye usted el aéreo estremecimiento de sus alas? Más ligera que el ave, se deja caer junto a usted, y sus terribles ojos fascinan; su dulce y poderoso aliento le atrae los labios por una fuerza mágica; ella huye y le arrastra, y usted ya no siente la tierra. Usted quiere pasar una sola vez su trémula mano, su reducida mano por ese cuerpo de nieve, estrujar sus cabellos de oro, besar sus iridiscentes ojos. Un vapor le embriaga, una música sutil le hechiza. Todas las fibras de sus nervios se estremecen, todo usted es deseo, todo usted es sufrimiento. ¡Oh dicha sin nombre! Usted ha rozado los labios de esa mujer, pero, de pronto, un atroz dolor le despierta. ¡Ah, ah...! Su cabeza ha topado contra el ángulo de su cama, se ha abrazado usted a la caoba color de canela, a los fríos dorados, a algún bronce, a una estatuilla de Amor, en bronce.

—Pero, señor, ¿y Paulina?

—¿Todavía? Óigame usted. Cierta bella mañana, saliendo de Tours, un joven que viajaba a bordo de *La ville de Angers* tenía en su mano la mano de una hermosa mujer. Así enlazados, los dos admiraron, durante un largo rato, sobre las anchas aguas del Loira, una blanca figura, artificialmente brotada del seno de la bruma, como un fruto de las aguas y del sol, o como un capricho de las nubes y del aire. Alternativamente ondina y sílfide, esa fluida criatura revoloteaba en el aire como una palabra vanamente buscada corre en la memoria sin dejarse aprehender; se paseaba

entre las islas, y agitaba su cabeza a través de los altos álamos; después, adquiriendo en un instante una estatura increíble, hacía resplandecer los mil pliegues de su vestido, o brillar la aureola trazada por el sol en torno a su rostro; planeaba sobre los aldeorros, sobre las colinas, y parecía que le prohibiese al barco de vapor que pasara frente al castillo de Ussé. Usted habría dicho que era el fantasma de la Dama de las bellas primas que quería proteger a su país contra las invasiones modernas.

—Bien, ahora comprendo lo de Paulina. ¿Pero y Fedora?

—¡Oh...! A Fedora volverá usted a encontrarla. Ayer estaba en los Bouffons, esta noche irá a la Ópera; está en todos los sitios. Fedora, si usted quiere entenderme, es la sociedad.

París, 1830-31.



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, Cromwell, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de Escenas de la vida privada, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de Novelas y cuentos filosóficos: en estos volúmenes se encuentra el germen de La comedia humana, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.

Notas

[1] Bienaventurados los que sufren. <<

[2] Intrigante aventurera veneciana que logró casarse con Francisco II de Médicis. <<

[3] Periódico reaccionario. <<

[4] Jefes vendeanos de la revolución pro restauración monárquica. <<

[5] Oh hijos, oh hijas. <<

[6] En francés, «dragons noirs», o sea, literalmente, dragones negros. <<

[7] En inglés, diablos azules; literalmente, hipocondría. (*N. del T.*) <<

[8] En inglés, diablos azules; literalmente, hipocondría. (*N. del T.*) <<

[9] ¡Fuera! ¡Fuera! <<

[10] Buen tono. <<

[11] Juego de palabras. Escudo: moneda; escudo: defensa. <<

[12] Véase *El albergue rojo*. <<

[13] Humanista francés, autor del *Tratado de los estudios*. <<